

Jacques Heers

Occidente durante los siglos XIV y XV

NUEVA CLIO

la historia y sus problemas

títulos publicados

1. la prehistoria
ANDRÉ LEROI-GOURHAN y otros

el próximo oriente asiático desde los orígenes hasta las invasiones de los pueblos del mar
PAUL GARELLI

'. roma y el mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas
JACQUES HEURGON

9. la paz romana
PAUL PETIT

10. el judaismo y el cristianismo antiguo
MARCEL SIMON y ANDRÉ BENOIT

11. la crisis del imperio romano
ROGER RÉMONDON

12. las invasiones. las oleadas germánicas
LUCIEN MUSSET

***bis.* las invasiones. el segundo asalto contra la europa cristiana (siglos VII-XI)**
LUCIEN MUSSET

14. occidente durante la alta edad media. economías y sociedades
RENÉE DOEHAERD

18. europa en el siglo XIII
LÉOPOLD GENICOT

20. la expansión musulmana (siglos VII-XI)
ROBERT MANTRAN

ente durante los siglos XIV y XV. los estados
BERNARD GUENÉE

23. occidente durante los siglos XIV y XV. aspectos económicos y sociales
JACQUES HEERS

5. la iglesia y la vida religiosa en occidente a fines de la edad media
FRANCIS RAPP

26. la expansión europea (siglos XIII al XV)
PIERRE CHAUNU

nquista y explotación de los nuevos mundos (siglo XVI)
PIERRE CHAUNU

27. la expansión europea (1600-1870)

Occidente
durante los siglos
XIV y XV
Aspectos económicos y sociales

NUEVA CLIO ▸ La Historia y sus problemas

Colección dirigida por

ROBERT BOUTRUCHE Y PAUL LEMERLE

Profesores de la Sorbona

Occidente durante los siglos XIV y XV

Aspectos económicos y sociales

Jacques Heers

Profesor de la Universidad
de París-Sorbona



EDITORIAL LABOR, S. A.
Calabria, 235 - 239 — Barcelona - 15
1976

Traducción por
MANUEL SÁNCHEZ MARTÍNEZ

Con 14 ilustraciones

Primera edición: 1968
Segunda edición: 1976

Título de la obra original: L'Occident aux XIVe et XVe siècles. Aspects économiques et sociaux
Editada por PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, París

Depósito legal: B. 52 923 - 1975. Printed in Spain
I.S.B.N.: 84 - 335 - 9332 - 3
Talleres Gráficos Ibero - Americanos, S. A.
calle H, s/n. (esquina Gran Capitán) - Sant Joan Despí (1976)

Prólogo a la segunda edición

En el curso de los diez últimos años, las investigaciones históricas han aportado una notable cantidad de datos que permiten enriquecer de manera considerable nuestro conocimiento de las economías, sociedades y civilizaciones de los últimos tiempos de la «Edad Media». Además, tales resultados, fruto de investigaciones concretas llevadas a cabo profundamente y sin apriorismos, conducen sobre todo a revisar ciertos postulados hasta ahora admitidos de manera implícita. Algunas de estas tesis, a pesar de ciertas advertencias o discordancias, parecían tan evidentes que se ganaron la casi unánime adhesión de los diferentes autores. En 1961, yo mismo retuve dos de estos esquemas fundamentales como trama de la primera edición de este libro. En el momento presente, pienso que ha llegado la hora de ponerlos en tela de juicio o, al menos, de matizarlos considerablemente.

Se trata, en primer lugar, de la oposición entre economías, sociedades y civilizaciones del mundo rural, por un lado, y del mundo urbano por otro. Esta tesis del antagonismo ciudad-campo estaba estrechamente ligada a la idea de un estallido de la ciudad hacia el siglo XI, de una ciudad decididamente extraña y hostil a la sociedad rural de la época. Tal idea no puede seguir siendo sostenida. Para nuestro período, todo habla de una íntima interpenetración de las actividades humanas y de las sociedades entre ambos mundos. En segundo lugar, estaba sólidamente arraigada la idea de la contracción económica y de las crisis sociales, ambas dramáticas, del «final de la Edad Media». No cabe duda de que esta imagen vino impuesta por el deseo, a veces inconsciente, de exaltar el «Renacimiento» de la «Edad Moderna» y que se encontraba reforzada por el hecho de que, con frecuencia, los historiadores se interesaron preferentemente por los países franceses, afectados por las guerras y los disturbios políticos. Esta tesis de la contracción tampoco puede seguir siendo mantenida sin discusión.

El abandono de estos dos esquemas históricos explica las modificaciones introducidas en el plan de esta obra.

Prólogo de la primera edición

En las postrimerías de la Edad Media, la civilización occidental ofrece una desconcertante riqueza. Pese a ello, se trata de un período oscuro, del que la Historia ha conservado, sobre todo, el recuerdo de catástrofes, de grandes conflictos políticos y espirituales. Se habla con frecuencia de la crisis del siglo XIV, que se prolongaría hasta el «Renacimiento». Pero ello equivale a esquematizar con exceso.

Es indudable que nos encontramos muy lejos de los tiempos de San Luis, siglo «clásico» en el que la economía y la sociedad parecen haber alcanzado una especie de equilibrio: el de las bellas catedrales de la Isla de Francia.

Por el contrario, los siglos XIV y XV son tiempos agitados que han arruinado la economía y trastornado, en ocasiones, la paz social de los campos. La época se caracteriza por estas turbulencias y por los penosos esfuerzos para adaptarse a una nueva situación. No se manifiesta sólo por una seria reordenación del mapa económico de Europa, por una nueva distribución de los itinerarios y de los grandes mercados, e incluso por los conflictos sociales, la ruina, a veces, de una determinada aristocracia, la subida de elementos nuevos. Al historiador de las civilizaciones se le hace patente, ante todo, por una floración de iniciativas en todos los dominios de la vida espiritual y artística: audacias y herejías. La civilización traduce de una manera, ya dramática, ya insólita, las desgracias y angustias de la época; es la hora de la desmesura, de la exacerbación de los sentimientos religiosos y de las expresiones artísticas. Son, propiamente, los dos siglos del *flamboyant* o flamígero.

Después de estudiar la vida económica y las estructuras sociales en el campo y en la ciudad, es necesario que nos esforcemos por precisar los lazos que existen entre la subversión social y la civilización. Pero estas investigaciones no son fáciles. No siempre pueden darse reglas generales, visiones de conjunto y ni siquiera métodos que puedan ser aceptados por todos. De aquí la necesidad, tras exponer el estado actual de los conocimientos, de presentar los grandes problemas que aún quedan en pie y que son objeto preferente de nuestra preocupación.

Índice de materias

SEGUNDA PARTE

LAS ACTIVIDADES

TERCERA PARTE

LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

LIBRO II

PROBLEMAS Y DIRECTRICES PARA LA INVESTIGACIÓN

LIBRO III

DOCUMENTACIÓN

Índice de ilustraciones

Abreviaturas

A.E.S.C.	*Annales (Economies. Sociétés. Civilisations).*
A.S.I.	*Archivio Storico Italiano.*
B.E.C.	*Bibliothèque de l'Ecole des Chartes.*
B.P.H.	*Bulletin Philologique et Historique* (hasta 1610) del Comité des Travaux historiques et scientifiques.
C.E.H.	*Cambridge Economic History of Europe.*
C.S.H.	*Congreso Internacional de Ciencias Históricas.*
E.H.R.	*Economic History Review.*
H.G.	*Hansische Geschichtsblätter.*
J.N.S.	*Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik.*
R.B.H.	*Revue Belge de Philologie et d'Histoire.*
S.A.S.	*Studi in Onore di Armando Sapori*, Milán, 1957.
S.E.T.	*Studies in English Trade in the XVth Century*, Londres, 1933.
S.F.	*Studi in onore di A. Fanfani*, Milán, 1962.
V.S.W.	*Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte.* Congreso Internacional de Ciencias Históricas.

ADVERTENCIA. Los números entre corchetes remiten a los números de la Documentación, páginas 379 y ss.

LIBRO PRIMERO

ESTADO ACTUAL DE NUESTROS CONOCIMIENTOS

PRIMERA PARTE

LA OCUPACIÓN DEL SUELO. LOS PAISAJES

CAPÍTULO PRIMERO

Las etapas del establecimiento

1) La herencia del pasado

A) AMPLITUD DE LAS ROTURACIONES Y DE LA URBANIZACIÓN

En el curso de varios siglos los hombres conquistaron en Occidente vastos territorios agrarios, construyeron nuevas ciudades o restauraron las antiguas. A partir del año mil, y a veces con anterioridad, la presión demográfica provocó grandes movimientos de población suscitando dilatadas conquistas, guerreras o pacíficas: cruzadas mediterráneas e ibéricas, expansión hacia los países del Este, desarrollo de una industria urbana de calidad que exigía abundante mano de obra calificada, asalto a las tierras incultas y reconstrucción de las ciudades; todas estas empresas participaban de un mismo impulso y testimoniaban una fuerte vitalidad humana.

Intensas roturaciones provocaron una transformación radical de los paisajes, que fue la más espectacular en la historia de nuestros campos. Por doquier, los campesinos hicieron retroceder bosques, landas y eriales. Los roturadores abatieron los árboles y, sobre las chamiceras, hicieron trabajar a los pesados arados de ruedas o simplemente a cuadrillas de obreros armados con picos y azadas; arrancaron los tocones y desfondaron el suelo. Incluso a veces, el hombre se atrevía con las marismas, tierras más hostiles que requerían esfuerzos y perseverancia superiores. Las abadías de Flandes y del Poitou, así como las comunidades de campesinos de los *Fens* ingleses, construyeron diques y canales, drenaron las tierras y sembraron trigos y habas. La conquista de las grandes marismas, tan difícil y, sin duda, tan imperfecta, fue ciertamente la más asombrosa realización humana de aquella época.

En los antiguos «desiertos» surgieron nuevas aglomeraciones y nuevos caseríos: los *torps* escandinavos, los *mesnils* de los países franceses y los *berewicks* ingleses. El estudio de los nombres de lugar muestra muy bien, desde un principio, la asombrosa actividad de los pioneros. Y ello sin contar con aquellas conquistas más oscuras que silencian los textos de la época y que se leen mal sobre el mapa: las del señor que amplió su *curtis* * y las de cada campesino que, poco a poco, roturó y explotó un nuevo campo.

El hombre ya no estaba reducido a los «oasis de cultivo» del año mil, perdidos en medio de inmensos desiertos impenetrables y prácticamente desconocidos. Ya no le abrumaba el miedo al bosque porque se había adueñado de él; si no lo había conquistado del todo, por lo menos sabía explotarlo cada vez mejor.

Estas roturaciones ganaron territorios inmensos en todas las regiones, aunque sin duda alguna fueron más notables en los países nuevos situados en las márgenes de la Cristiandad. Así ocurrió en la península ibérica, donde la Reconquista iba acompañada por una lenta ocupación de las tierras por parte de campesinos venidos frecuentemente del norte de los Pirineos. Y también en la Alemania del Este y en los países eslavos, donde las abadías cistercienses y las órdenes militares se construyeron amplios señoríos e instalaron colonos renanos y flamencos. Este «*far east* europeo» ofrecía, aún en 1300, la imagen más sorprendente del entusiasmo campesino por las nuevas tierras.

Incluso en los viejos terruños, donde ya las abadías carolingias habían roturado los bosques, los hombres reanudaron sus trabajos con más actividad y exigencia, a veces hasta el límite extremo de las posibilidades. Los países del Oeste vieron aclararse los bosques; los caseríos o los poblados se apretujaban a lo largo de los caminos reales o en la frontera de los grandes feudos.

En los países marginales y en las regiones hostiles o amenazadas, aquella intensa colonización del suelo se apoyaba con frecuencia en un elevado número de núcleos urbanos, pequeñas ciudades-mercado, que fueron cabezas de la roturación y después del comercio: villas nuevas de Francia del Norte, *sauvetés* y bastidas del Suroeste o ciudades más sólidas del Este alemán y de la Reconquista ibérica; estos nuevos centros urbanos, estrechamente ligados a la explotación del suelo, se contaban por decenas e incluso por

* Conjunto de construcciones (mansión residencial, graneros, establos, cuadras, cocinas, panadería, talleres) y los huertos y vergeles situados en el centro de la explotación señorial (N. del T.).

centenas en cada uno de los frentes de roturación. Amplias regiones ofrecían así unos paisajes absolutamente nuevos.

Por la misma época, siempre a partir de los siglos XI o XII, los antiguos centros urbanos *(cités)*, reducidos con frecuencia a un núcleo residual, se extendían a causa de la construcción de burgos mercantiles y levantaban nuevas cercas. De tal forma que también la renovación urbana prestaba otro semblante a Occidente.

B) Las desigualdades

Sin embargo, las conquistas conocieron de una región a otra y, a veces, de una tierra a otra, muy diversa suerte, según las condiciones naturales del suelo y del relieve o, más aún, según las circunstancias del establecimiento, las estructuras sociales, las etapas de la expansión demográfica y del aprovechamiento. Estas diferencias explican la extrema variedad del campo de Europa occidental hacia el siglo XIV. Cuanto más de cerca estudia el historiador la vida rural, más consciente es de la imposibilidad de encerrarse en fórmulas rígidas y generales: la desigualdad de las densidades humanas y la variedad de los paisajes, de las actividades, de las estructuras económicas y sociales, de los lazos de hombre a hombre y de la propia evolución de los campos impiden bosquejar un cuadro de conjunto. Es necesario detenerse siempre en los detalles, en los ejemplos concretos y precisos, definiendo tipos antes que leyes. Es preciso, por tanto, esforzarse en subrayar estos matices y contrastes.

Ciertas regiones apenas experimentaron el ataque del hombre y quedaron animadas sólo por el paso de los rebaños o la recogida de leña, bellotas o cañas. La densidad humana era muy débil en estas zonas: sólo algunos poblados o algunas granjas de las abadías cistercienses instaladas en el frente de ataque de los bosques y las marismas.

Esta oposición entre los espacios más o menos vacíos y las buenas tierras abundantemente pobladas —en muchos lugares, ya superpobladas— es muy sensible en todos los países. Por supuesto, es difícil citar unas cifras precisas, definir todos los matices de estos contrastes humanos y, ni que decir tiene, imposible dibujar un mapa aunque sea simplificado. Sin embargo, podemos delimitar sus rasgos esenciales.

El mapa de los municipios de Francia, comentado desde este punto de vista por A. Meynier y G. Duby [1], proporciona ya una idea de conjunto muy interesante. Los límites de los municipios ac-

tuales coinciden a menudo con los de las antiguas parroquias y, en su conjunto, ciertas oposiciones entre regiones vecinas guardan toda su significación.

En el sureste de la cuenca de París, por ejemplo, está nítidamente marcado el límite entre las tierras difíciles del Puisaye, país de bocaje y de suelos húmedos, y las tierras fáciles de las planicies de la baja Borgoña, país de *openfield* y de cereales [2]. En Puisaye, los municipios se extienden a lo largo de 35 e incluso de 50 km², con una media de 45 km²; esta media es sólo de 11 km² en la baja Borgoña donde, a partir del siglo XIII, las abadías habían multiplicado sus granjas.

Otros documentos proporcionarían datos, si no más completos, por lo menos más concretos. Así, por ejemplo, los recuentos fiscales y, para Francia, el *État des paroisses et des feux de 1328*, cuyos principales resultados fueron publicados por F. Lot [3].

Para Inglaterra podrían utilizarse los registros de la *Poll Tax* redactados hacia 1377 [4]. Un neto contraste se observa aquí entre las grandes regiones del centro (Leicester, Northampton) y del este (Suffolk, Norfolk, hasta aproximadamente Yarmouth e Ipswich), centros de desarrollada agricultura, y entre los países de landas y bosques: Cornualles, Devon, País de Gales, marcas del oeste y condados del norte a partir del Yorkshire.

De la misma manera, en Toscana, la *pieve* de Impruneta, situada a 9 km al sur de Florencia, contaba con 620 fuegos en el siglo XIV, o sea, con una densidad probable de 62 habitantes por km², síntoma de una superpoblación manifiesta totalmente característica de los valles y colinas del *contado* florentino [5]; mientras que las zonas de montaña (o los fondos insalubres de los valles) sólo fueron ocupados de forma muy débil y, a menudo, esporádica.

Estas graves desigualdades de las densidades humanas en los campos de Occidente se encuentran también, a escala mucho más reducida, de una región a otra, entre las planicies y los valles de un mismo país o entre las tierras húmedas y los suelos de antigua colonización agraria. G. Fourquin ha señalado con nitidez unos contrastes fundamentales en 1328 entre los ricos terruños de trigo y viña de Beauce y de France, particularmente, las castellanías de Gonesse, Dammartin y Montmorency, y entre las arenas arcillosas y frías del Hurepoix; las cifras de densidad, según las estadísticas y los cálculos del autor, van de 19 fuegos por km² a sólo 6 fuegos [6].

Las cifras proporcionadas por J. B. Harley interesan a las dos

centaines de Stoneleigh y Kineton, en el Warwickshire, en 1279 [7]. Estas parroquias de los Midlands ofrecían con frecuencia paisajes y estructuras económicas y sociales muy variadas.

En el sur, el distrito de Kineton era un centro de colonización agraria muy antiguo: desde 1086, en el momento de la investigación del *Domesday Book*, el número de familias para 1000 acres se situaba entre 15 y 32. Por el contrario, en el norte, Stoneleigh era un territorio poblado de árboles, situado al borde del gran bosque de Arden: en 1086, una sola parroquia alcanzaba la densidad de 29 fuegos para 1000 acres, mientras las restantes oscilaban entre 4,5 y 7,5; en el sur, se contaban de 10 a 27 arados de ruedas por parroquia y en el norte sólo de 3 a 7. Así pues, desde muy pronto, existió un contraste fundamental entre los dos distritos. No cabe duda de que el esfuerzo de roturación, más tardío (y que, por una vez, podemos medir aquí muy exactamente), contribuyó mucho a eliminar aquellas diferencias. Mientras que el sur, ya «saturado», vio a su población permanecer estable e incluso en ocasiones acusar un ligero retroceso entre 1086 y 1279, el aumento era considerable en el norte: del 46 al 760 % según las parroquias. Todo ello da una excelente idea de las roturaciones en aquella época. Pero el contraste entre los dos tipos de país se mantuvo siempre. Ello no es tan sensible si se considera la densidad humana, ahora apenas superior en el sur, como si se observa la extensión de las tierras cultivadas, los paisajes y los géneros de vida. El antiguo territorio del sur cuenta entre 30 y 67 % de tierras arables; el otro, sólo de 7 a 30 % para alimentar al mismo número de hombres. Por una parte, se hallan las ricas regiones de cereales, donde el hombre no ha dejado subsistir ningún bosque y ordena por doquier el paisaje, y donde las cosechas de trigo proporcionan un amplio excedente para el mercado exterior; por otra parte, encontramos las tierras boscosas, mal conquistadas, donde el hombre sobrevive gracias sobre todo a la ganadería y, quizás, a la industria rural.

A estos contrastes responden los de la implantación urbana. Pocas conquistas importantes a este respecto; las nuevas ciudades, muy escasas, añadieron poco a la herencia romana; pero la red urbana de la Antigüedad, ya muy desigual, se preservó mejor o peor a lo largo del tiempo. Y así, la Italia meridional perdió numerosas ciudades episcopales, antaño prósperas y activas. El hecho urbano se borró también en Inglaterra y en Armórica. En el siglo XIV, la asombrosa densidad de la red urbana en el norte y el centro de Italia, en Provenza e incluso en Renania se oponía así al dibujo mucho más disperso del noroeste europeo.

2) Los nuevos establecimientos

Casi todos los autores están de acuerdo al señalar, en el umbral del siglo XIV, más bien hacia 1270-1280, si no una paralización total, al menos una neta disminución de las roturaciones e incluso una crisis de crecimento de las grandes ciudades. Algunos invocan la imposibilidad de roturar más, comprometiendo así una especie de equilibrio entre las tierras sembradas de trigo y los bosques, indispensables éstos a las comunidades campesinas [8]; otros, nos muestran una humanidad soñolienta, menos conquistadora [9]; para un período posterior, acusan los sombríos cortes demográficos provocados por las pestes y las restantes epidemias, por las guerras y la inseguridad o, de manera más general, por las «crisis» o por la «depresión» que habría marcado el final de la Edad Media.

Este esquema, en realidad bastante discutible [10], no puede ser enteramente aceptado. Es cierto que las roturaciones se detuvieron en Ile-de-France y en varias regiones vecinas; los cronistas hablan con frecuencia de campos arruinados o de ciudades exangües. Sin embargo, el cuadro exige indudablemente muchos matices. La detención de las roturaciones nunca se ha manifestado en la misma época con tanta claridad; pero tampoco fue definitivo. Los hombres acometieron todavía los eriales en las zonas marginales; tras las ruinas de la guerra, vino la reconquista del suelo, a menudo espectacular; las mutaciones agrarias introdujeron paisajes nuevos, fruto de un importante trabajo. Y, por fin, ciertas ciudades crecieron y construyeron recintos para englobar a los nuevos barrios.

A) Continuación de las roturaciones

En los confines de los países conquistados desde antiguo, en la Alemania del este, más allá del Elba, los campesinos alemanes y holandeses prosiguieron la desecación de los pantanos y el ataque a bosques y landas [11]. En el norte de Escandinavia, el arzobispo de Upsala estableció nuevos señoríos territoriales en la costa del golfo de Botnia. El desbroce del bosque de Finlandia aparece como una de las grandes empresas agrarias del momento. En la Suecia central, la búsqueda del hierro provocó un aflujo de dinero y de mano de obra, y la fundación de mercados agrícolas cerca de los primeros yacimientos mineros, en medio de los terrenos pantanosos [12]. En la propia Inglaterra las empresas de conquista del suelo se extendieron cada vez más lejos, en los condados del oeste y del norte, en los frondosos bosques del Buckinghamshire y del Hertfordshire e incluso en el Weald de Sussex [13]. La bonificación de las marismas en la costa de Kent se mantuvo muy activa hasta aproximadamente 1480 [14].

Idéntico esfuerzo encontramos en la mayor parte de los países

montañosos. El auge del desmonte en los Alpes del sur se situó hacia el siglo XIV [15]. Y lo mismo en el Delfinado, hasta aproximadamente 1350: fuerte progresión demográfica con desbroce de los bosques, aprovechamiento de nuevos suelos e importantes migraciones de campesinos-colonos en el interior de la región [16]. También en esta época se construyeron, como réplicas a las bastidas del suroeste, las *basties* del Embrunais, del Gapençais, Diois y Baronnies [17]. Por fin, lo mismo sucedió en ciertos macizos montañosos del norte, menos elevados pero considerados como de difícil acceso: los campesinos atacaron los bosques del Ardenne, en el mismo borde del relieve, y los cistercienses crearon en Dronzé (1328) una villa nueva que, cuatro años más tarde, contaba con unas sesenta casas.

En otras regiones, el esfuerzo de roturación se benefició del apoyo de la sociedad urbana y de los capitales de la burguesía. Así sucedió en Cataluña, por lo que respecta a la bonificación de las marismas del Llobregat; en esta región, el desarrollo de la viña data también del siglo XIV [18]. La Italia del norte ofrecía igualmente en aquella época la imagen de una agricultura próspera en claro progreso. El establecimiento de nuevos poblados y la multiplicación de los canales de irrigación atestiguan la vitalidad de la agricultura lombarda [19].

B) Reconstrucción de los campos

En Francia, más afectada por las guerras, los hombres debieron roturar de nuevo sus campos, así como construir las casas y las iglesias. Esta ocupación fue a veces espontánea, antes del retorno de los señores, y llevada a cabo por los antiguos habitantes o sus herederos, o por extranjeros que, una vez borrados los límites de las propiedades, se instalaron en las tierras abandonadas como en su casa. Sin embargo, más tarde, los dueños, señores laicos, abadías, monasterios, a veces, burgueses, y agentes del rey, recuperaron las antiguas propiedades y, de una manera o de otra, intentaron repoblarlas. Así ocurrió en el Bordelais, en dos ocasiones [20], en el Quercy y en Provenza por obra de las grandes abadías, de poderosos señores y de los oficiales del rey Renato [21]. En Ile-de-France, animada desde 1442 por la proximidad del mercado parisiense, esta precoz «convalescencia agraria» fue esencialmente obra de los señoríos eclesiásticos (Saint-Denis, Saint-Germain-des-Prés y la catedral de Notre-Dame) y, más todavía, de los hombres de leyes, gentes de toga y altos oficiales del rey; en suma, del mundo parlamentario; fue

sin embargo la reconstrucción muy incompleta, puesto que sólo afectó las mejores tierras, países calcáreos de buenos viñedos, dejando abandonadas durante algunos años las tierras ingratas de Brie y del Hurepoix [22].

Estas migraciones hicieron converger hacia las ricas llanuras devastadas a los habitantes de las montañas, demasiado pobres para alimentar a una población que la recuperación demográfica había multiplicado considerablemente. Los campesinos del Oeste, del Maine, del Limousin y de Bretaña se dirigieron hacia París y sus campos próximos [23]. En el Bordelais y especialmente en el Entre-deux-Mers [24], completamente arruinado, la mezcla de las poblaciones agravó más aún los pasados disturbios; allí también encontramos gentes del Oeste, un elevado número de bretones y habitantes de las montañas del centro: Marche, Limousin, Rouergue, Auvergne y del Béarn, librado de la guerra y rico en hombres. El Limousin se despobló muy pronto en beneficio de los países del sur, adonde huían las familias dejando las tierras abandonadas; también la reconquista del suelo fue en las planicies muy tardía, lenta e imperfecta.

Después de las guerras civiles y los bandidajes de los castellanos el valle del Ródano y la Provenza litoral, sólo eran «lugares desiertos y deshabitados». Grandes comunidades de campesinos extranjeros vinieron a instalarse en las ruinas de los poblados. En primer lugar, alemanes, en el valle bajo, hacia Aviñón, pero, sobre todo, italianos. Las aldeas provenzales fueron completamente repobladas por algunas colonias venidas del Piamonte y de los pobres poblados de la costa ligur, como los del valle de Oneglia, por ejemplo; migraciones tan importantes como éstas transformaron considerablemente la región: nuevos cultivos y economías, nuevas corrientes espirituales y religiosas [25].

El movimiento de reconquista del suelo, el establecimiento de nuevos colonos en antiguos emplazamientos aldeanos abandonados o en elevaciones mejor protegidas marcaron netamente los paisajes agrarios de la Toscana. Los campesinos del valle del Arno, entre Pistoia y Lucca, ahuyentados por las guerras contra Florencia, encontraron refugio en Montecarolo, nuevo municipio emplazado sobre una colina, que recibió sus fuentes bautismales en 1334 y sus estatutos en 1388. Más tarde, Siena se esforzó en repoblar la Maremma; en 1410, ocupó de nuevo el burgo rural de Saturnia, completamente devastado por una compañía de aventureros; después, reconstruyó el muro del recinto, reparó las casas, atrajo a montañeses del Apenino y a campesinos de Romaña, dándoles gratuitamente tierras, pastos, simientes y sal, con 500 florines por familia; en 1470, la población rebasaba los 1000 habitantes y había roturado todas las tierras de los alrededores [26].

C) VILLAS NUEVAS Y BASTIDAS

Las ciudades jalonaron esta nueva toma de posesión del suelo: roturación de provincias lejanas o de fronteras siempre discutidas y reconquista de tierras abandonadas [27]. Efectivamente, esta segunda colonización presentó, por oposición a la primera, un carácter urbano más pronunciado. Los nuevos establecimientos fueron, de hecho, pequeñas ciudades: nudos de caminos y puntos de reunión para los mercados o las ferias. Estas aldeas se organizaron en seguida en función de una economía de intercambios en torno a la plaza o mercado cubierto *(halle *)*. Encontramos también ciudades fortificadas, protegidas por un sólido cinturón de murallas, cuando constituían límites de unas fronteras difíciles de sostener, particularmente en el suroeste de Francia donde se enfrentaban franceses e ingleses [28]. Ya fuesen fortalezas, puntos de apoyo militares y administrativos, o centros de poblamiento y ciudades mercado en la confluencia de caminos y valles, dotadas muy pronto de ferias y privilegios importantes, aquellas bastidas o villas nuevas surgieron todavía, desde el Atlántico al valle del Ródano, hasta 1350 aproximadamente; la Bastida de Anjou fue construida en 1370 [29].

Ahora bien, en esta época la bastida cisterciense del Suroeste parecía una verdadera ciudad agrícola, mucho más poblada que las *sauvetés* de los hospitalarios del siglo XII, que eran simples caseríos o poblados. Grenade, fundada en 1290, contaba con 3000 lugares para edificar y con 3000 *casals* con sus huertos y viñas.

Entre 1299 y 1348 el municipio de Florencia fundó de nueva planta, en el Valdarno di Sopra y, al norte, en el Apenino, cinco *terre nuove* que reagruparon a las poblaciones de varias aldeas desmanteladas por las guerras. Construidas todas ellas según una planta cuadrada o rectangular, con sus calles paralelas cortándose en ángulos rectos, poseía cada una su recinto fortificado, sus puertas y su plaza rectangular, dominada por el austero palacio municipal y la iglesia parroquial; esta operación, que pretendía desligar a los campesinos de los nobles del *contado*, tuvo extraordinario éxito [30].

En el norte se concluyó —o, más bien, se transformó— la red de innumerables villas nuevas de la colonización alemana. Los arzobispos de Bremen y Hamburgo, así como los duques de Sajonia y Brunswick, habían creado numerosos puntos de apoyo militares en

* Plaza pública, a menudo cubierta, donde radica un mercado (N. del T.).

los límites de sus provincias. Pero después, el tráfico de la Hansa prestó a estos burgos de campesinos, apretujados en torno al castillo y a la iglesia, un aspecto del todo diferente y les valió una sólida fortuna.

Tal es el caso de Buxtehude, al oeste de Hamburgo, donde vinieron a establecerse primeramente un grupo de colonos holandeses para roturar y sanear el suelo; pero en el siglo XIV, este lugar, enclavado en la ruta de cereales que unía a Lübeck con Brujas y en la de los bueyes daneses exportados hacia el sur, conoció una vida comercial y un artesanado muy activos. Se convirtió entonces en una verdadera ciudad, en uno de aquellos centros comerciales cuyo aspecto netamente urbano (*halles*, casas de corporaciones) atestiguaba el éxito del comercio hanseático en los países del Báltico [31].

Pero las villas nuevas no sólo aparecieron en las regiones fronterizas, sino que se crearon también en los viejos países, como consecuencia de la reconstrucción que siguió a las guerras civiles. Así sucedió, por ejemplo, en el Flandes valón: Castillon-sur-Sambre y Lannoy-du-Nord, cuya carta municipal data de 1458 [32].

CIUDADES NUEVAS DE ESPAÑA DEL SIGLO XIV

Según TORRES BALBAS, *Resumen histórico* [436]

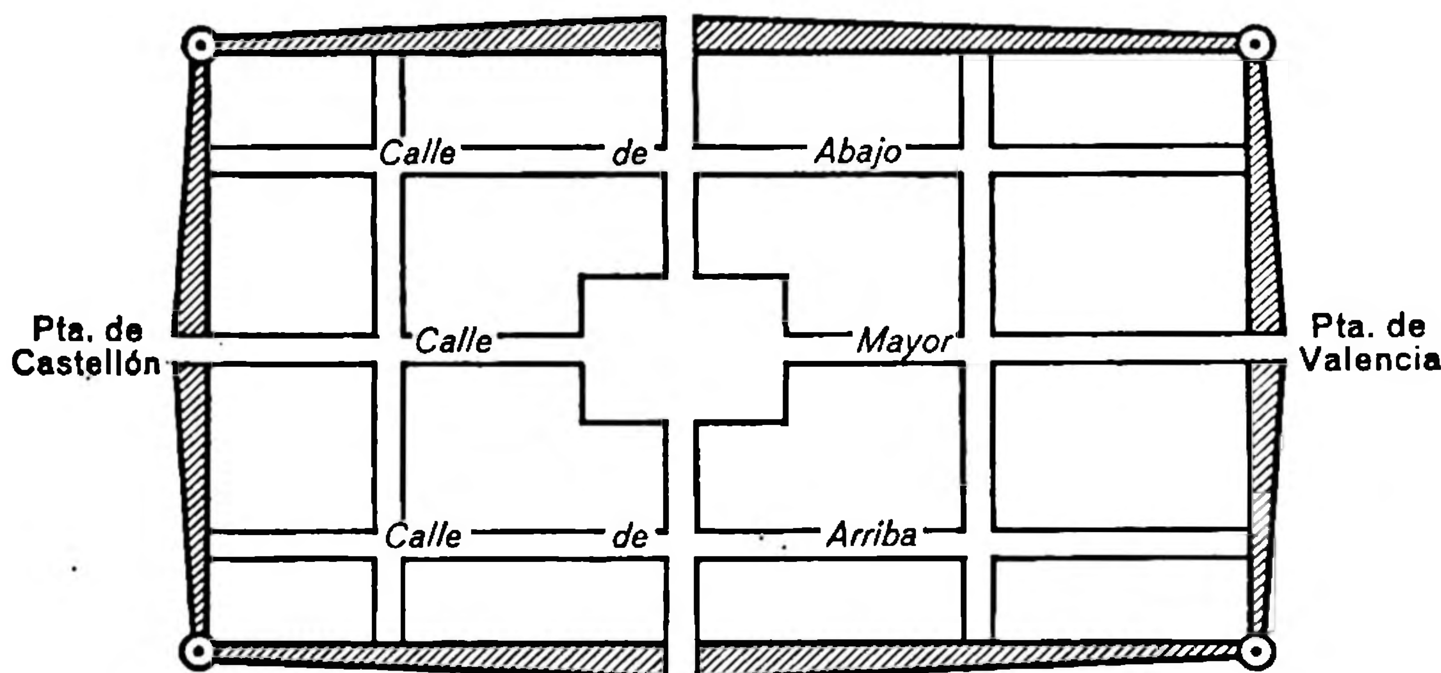


FIG. 1. *Villarreal*

Centro de poblamiento creado en el norte del reino de Valencia, entre Castellón de la Plana y Valencia, por orden de Jaime I, en 1272 (cerca de una *acequia nova*). La carta puebla es de 1274; en 1301 la ciudad no estaba aún completamente poblada

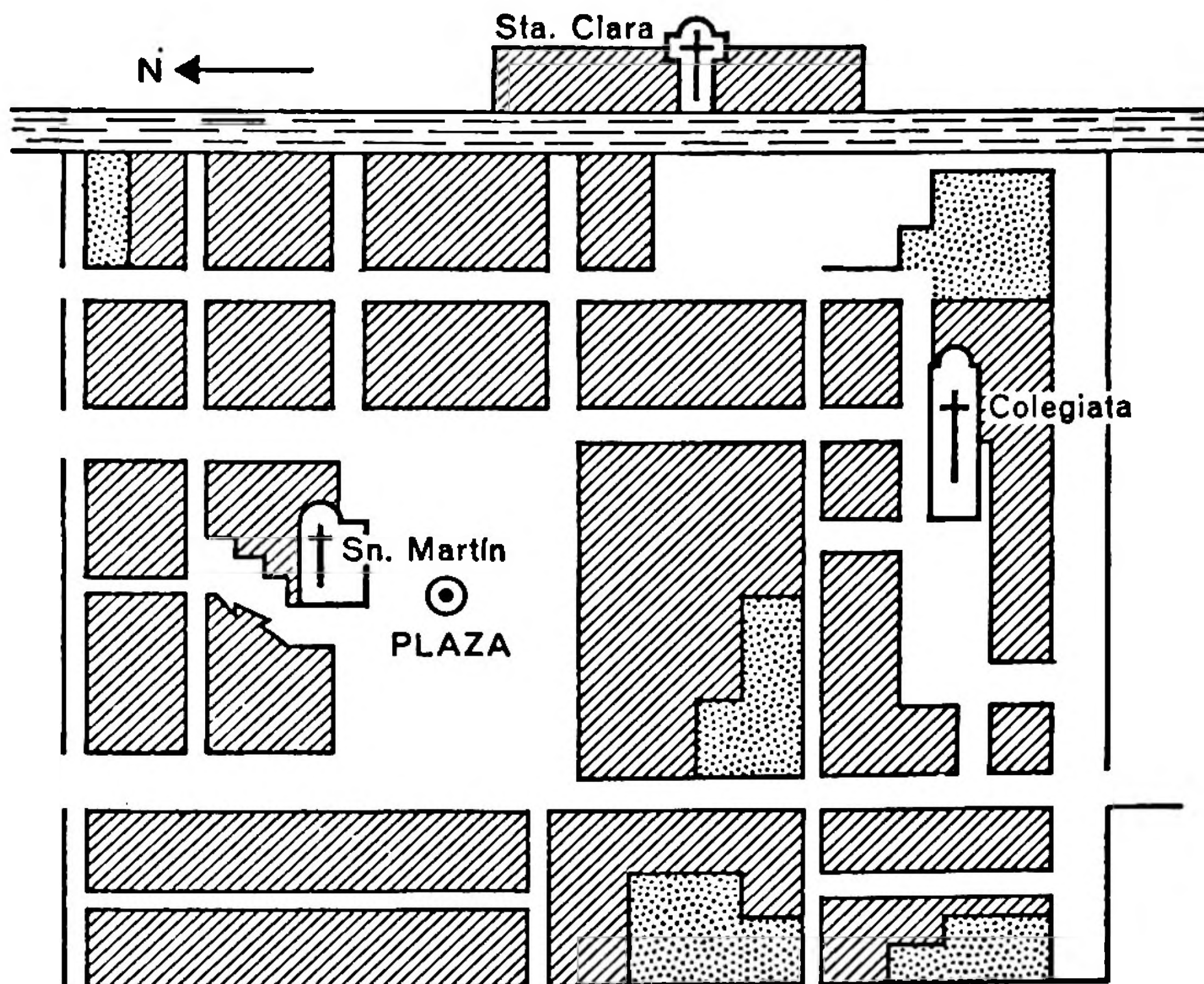


Fig. 2. *Briviesca*

La carta puebla es de 1313, la muralla de los años 1400-1420. Plano rectangular perfecto. Las calles principales delimitan la Plaza Mayor, centro de la vida pública

D) Las grandes ciudades

a) *Concentración de la actividad económica y política*

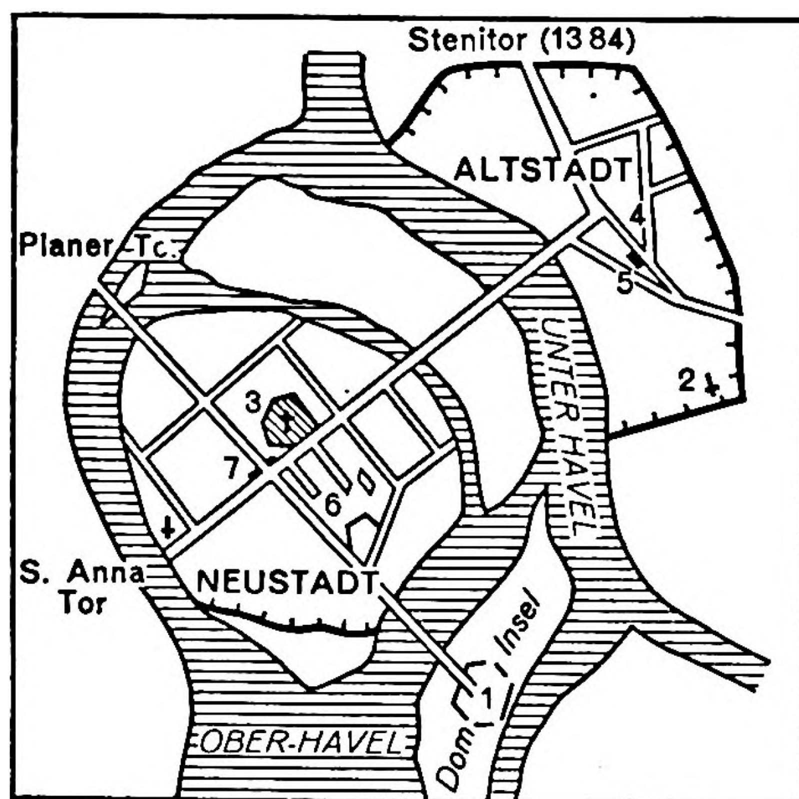
Las grandes ciudades absorbieron los barrios, dominaron la periferia y atrajeron hacia ellas a las poblaciones y energías de la región: es decir, neta concentración de las actividades económicas o políticas en beneficio de algunos centros privilegiados. A la diseminación y anarquía de los siglos precedentes siguió una rigurosa ordenación del mapa económico de Occidente. La evolución de las técnicas (construcción de navíos mucho más grandes, perfeccionamiento del mercado del dinero y de la banca) exigió forzosamente

una especialización decisiva entre la ciudad principal que acaparaba el gran tráfico y las de los alrededores, abocadas al tráfico regional; así ocurrió entre Venecia y los restantes puertos del Adriático, entre Génova y los de las *rivieras*. Marsella y Aviñón, en su calidad de plazas financieras y centros de flete, controlaban en Provenza todo el comercio del trigo. Y aunque, en Flandes, el puerto de Brujas ya no recibiese a los grandes navíos, la ciudad se convirtió en el centro de los banqueros extranjeros, dando órdenes a sus antepuertos de la Esclusa e incluso a Walcheren.

Esta concentración provocó en ocasiones la desaparición o, por lo menos, la irremediable decadencia de ciudades hasta entonces

PAISAJES URBANOS: CIUDADES ALEMANAS DEL ESTE

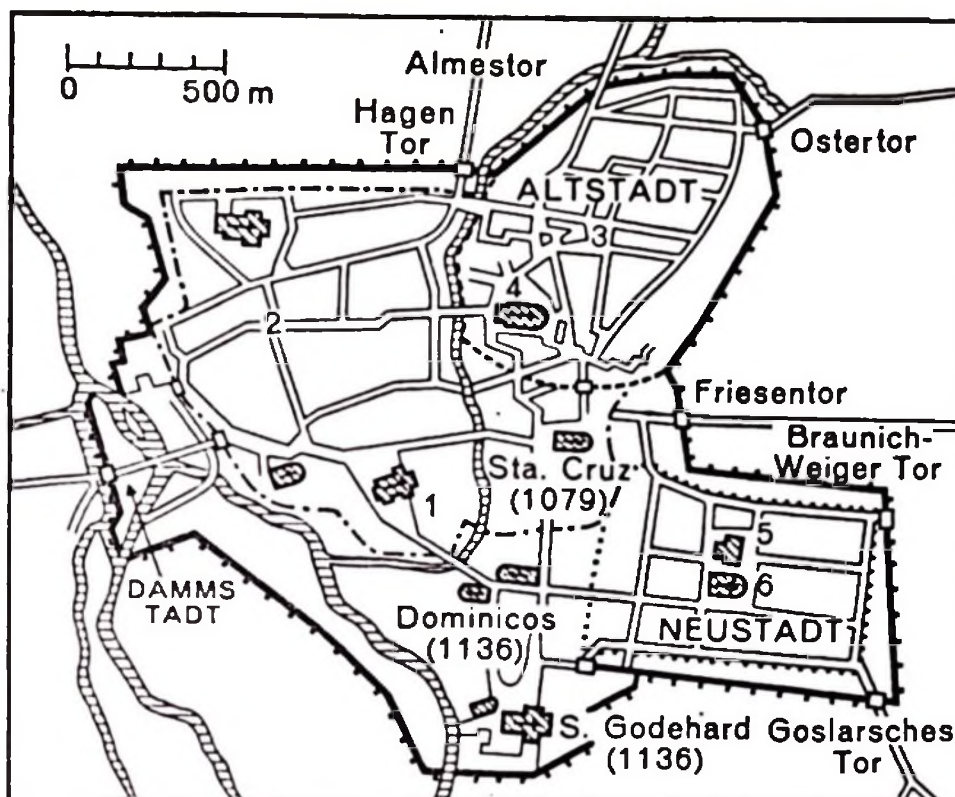
Ciudades episcopales, burgos mercantiles.
(Según PLANITZ, *Die deutsche Stadt...* [479])



1, Catedral (983) destruida en 1165; 2, San Gotardo (1150); 3, Santa Catalina (1395); 4, Mercado de la ciudad vieja (1170); 5, Rathaus; 6, Mercado de la ciudad nueva (1196); 7, Rathaus. Las fortificaciones son de 1350

FIG. 3. *Brandeburgo*

Primero ciudad episcopal, posteriormente centro mercantil. Ciudad doble que no se fortificó hasta los años 1330. Plaza de mercado triangular en la ciudad vieja, simple encrucijada de calles. El mercado de la ciudad nueva es una gran plaza alrededor de la cual se construyó, muy lentamente, la segunda aglomeración



Muralla del año 1000 | Muralla del siglo XI (Alstadt) | Muralla de 1212-1216 (Neustadt) | Muralla general del siglo XIV

1, Catedral de San Martín (815); 2, Mercado viejo (1000); 3, Mercado de la ciudad vieja; 4, San Andreas (1030); 5, Mercado de la ciudad nueva (1215); 6, San Lampert (1215)

El suburbio popular de Dammstadt, construido hacia 1280, fue destruido por los habitantes de la parte alta de la ciudad en 1333

Fig. 4. *Hildesheim* (S. de Hannover)

Tres aglomeraciones de tipo distinto, la última esencialmente mercantil, unidas después de 1300 por una muralla común fortificada

importantes y muy ricas. El esplendor de Londres y de Bristol eclipsó entonces al de otros puertos. Piacenza se esfumó ante Milán; Siena, siempre muy activa, cedió sin embargo el paso a Florencia, en el momento de las dificultades de los Buonsignori; todavía durante algún tiempo Lucca seguiría enviando sus hombres de negocios a Inglaterra y París pero, muy pronto, abandonó el gran comercio internacional. Y aunque Pisa, después de la resonante y dramática derrota de la Meloria ante los genoveses (1284), construyese todavía un nuevo cinturón de murallas hacia el año 1300, que englobaba el barrio de Kinsica, al sur del Arno, se sumió en la decadencia poco después y, alrededor de 1480, era ya una ciudad adormecida [33].

En aquel momento, cuatro grandes ciudades, verdaderas metrópolis económicas de Occidente, Venecia, Milán, Génova y Florencia, controlaban todos los negocios de Italia; precisamente fueron estas ciudades las que decidieron uniformizar sus monedas de oro, acuñando el famoso ducado *delle quattro stampe.*

Hubo también una concentración del poder político, cuando más complicada se hacía la maquinaria administrativa. En esta época se fijaron las grandes capitales; villas de corte con sus palacios, mansiones de los príncipes y altos oficiales y sus industrias de lujo; pero muy pronto, también grandes centros comerciales que vivían de la llegada incesante de visitantes, de sus hospederías y de sus universidades. Tal fue, en la época de Carlos V, la fortuna de París y, guardando las debidas proporciones, la de Londres, Rouen, Gante o Dijon. En el sur, la de Nápoles, populosa ciudad, aún mal conocida, que compraba telas, piezas de orfebrería y tapicerías en Flandes. Y, por fin, Aviñón, capital de una complicada maquinaria burocrática [34], ciudad de grandes mercados de vinos y especias, de tintoreros para los tejidos de seda y de banqueros italianos.

b) *Movimientos de población*

Es difícil medir este desarrollo de las ciudades de Occidente. Con todo, las nóminas de los nuevos burgueses, las de los artesanos inmigrados en fecha reciente y la evolución de los apellidos subrayan la importancia de las corrientes de población con dirección a las ciudades; hacia París o hacia las ciudades de Flandes, por ejemplo, Arrás; hacia Pisa todavía en 1280 o, más tarde, hacia Florencia.

En Andalucía, el vacío demográfico que siguió a la Reconquista fue paulatinamente ocupado por gentes procedentes del Norte. Pero esta nueva emigración se dirigía exclusivamente hacia las ciudades. De aquí el contraste que se estableció en seguida en España entre las ciudades del sur, de viva tradición urbana y con un comercio en pleno auge, y las ciudades mucho más modestas de Castilla y Cataluña. Mientras Sevilla alcanzaba sin duda alguna los 75 000 habitantes, Córdoba y Jerez los 35 000, y Murcia los 25 000, las ciudades del norte, aunque estuviesen situadas en ricas comarcas y en importantes cruces de caminos, como Toledo, Salamanca o Medina del Campo, apenas rebasaban los 20 000 habitantes; Burgos, Segovia, Madrid, que acababa de nacer, o Cuenca, apenas los 10 000. Badajoz, fuera del gran tráfico de Andalucía, fue siempre una ciudad poco poblada. Al desarrollo de las grandes ciudades del sur hemos de oponer las dificultades de Barcelona; aunque superó bastante bien la epi-

demia de 1348 y construyó entonces la Bolsa de Comercio, el Salón del *Consell de Cent* y las *Drassanes* (Arsenal), fue azotada en seguida por hambres, guerras, desórdenes sociales y más aún sufrió las consecuencias de la emigración hacia Valencia y Mallorca, y su apartamiento de los grandes itinerarios marítimos de la época. Barcelona contaba con 50 000 habitantes aproximadamente en 1340 y quizá sólo con 20 000 en 1477 [35]. Aunque, por supuesto, muy aproximadas, estas cifras ilustran bastante bien la decadencia de la vieja capital frente a los nuevos mercados de Andalucía. El auge de la industria textil de lana e hilados de algodón no bastó para llenar este vacío. El reclutamiento de la mano de obra se llevaba a cabo en la propia ciudad; hacia 1320, 75 % de los obreros habían nacido en Barcelona, mientras sólo 25 % venían de fuera, especialmente, de Gerona, Urgell y Tarragona. Observemos, por el contrario, que en Génova, cuando la industria era ya muy activa en 1460, casi todos los obreros de la seda (alrededor de 90 %) venían de los campos vecinos [36].

Esta última comparación señala muy bien la fortuna diversa de las ciudades y la concentración de las actividades económicas en beneficio de unos escasos centros privilegiados mientras que otros, peor situados, conocieron una ineluctable decadencia.

c) *Nuevos recintos amurallados*

La construcción de los recintos amurallados era a veces un signo de expansión urbana. Sin embargo, F. Ganshof ha observado justamente que la edificación de nuevos muros no se correspondía forzosamente con las etapas reales de la extensión de la ciudad [37].

Con frecuencia los recintos amurallados se construían después del desarrollo de los burgos que, durante mucho tiempo, habían quedado fuera de la ciudad; respondía ello a una política de economías y también a una política social, de segregación en suma, ya que mantenía aparte a los populares y turbulentos barrios obreros. Otras veces, por el contrario, las defensas se ampliaron cuando se esperaba un renacimiento económico que no siempre se producía. Así sucedió en Ypres, después de las destrucciones ocasionadas por el asedio de 1383: la ruina de la industria textil era entonces irremediable y los nuevos barrios nunca llegaron a construirse. En 1400 Toulouse era, dentro de sus muros, «una ciudad demasiado grande para una población empobrecida y reducida» [38]; en Barcelona, las grandes murallas que mandó levantar Pedro el Ceremonioso en 1359 y que dejaban los antiguos muros (las actuales *Ramblas*) en el centro de la ciudad, no fueron alcanzadas por las casas hasta 1550 aproximadamente [39].

Pero, aún teniendo muy en cuenta estas restricciones, podemos admitir que la construcción de un nuevo recinto amurallado era

signo, a veces varios decenios más tarde, de una gran vitalidad urbana.

Así sucedió en las ciudades brabanzonas: Lovaina (de 1357 a 1363) y Bruselas (de 1357 a 1377); pero, sobre todo, en las del Mosa y el Rin: Utrech, Aquisgrán, Maestricht, Worms, Estrasburgo y Basilea. En Alemania, Augsburgo construyó en 1380 nuevos muros que englobaban ocho a diez veces la superficie de la antigua ciudad carolingia; en Hamburgo la muralla data de 1300, en Ratisbona de 1320; en 1350 fueron fortificadas las dos islas que forman la ciudad de Brandeburgo y, en el mismo año, la *Neuestadt* de Memmingen[40]. En Italia, Génova protegió el barrio de Santo Stefano en 1320, y el de San Tommaso en 1346; importantes barrios de aspecto claramente urbano se desarrollaron en seguida extramuros y habrían de extenderse aún más. En la propia Francia, los recintos ordenados edificar contra la amenaza inglesa por Juan el Bueno subrayaban los progresos de ciudades que no eran capitales políticas ni metrópolis mercantiles: en Le Mans, las fortificaciones elevadas por la ciudad en 1350 se extendieron al burgo condal y al burgo de Saint-Vincent en 1354, y al de La Tannerie en 1362[41].

Fue en 1358, sólo diez años después de la peste, cuando los cónsules de Rodez decidieron unir el burgo con el núcleo antiguo, pues, como decían, la ciudad se había extendido y el número de los habitantes era muy crecido[42]. Por poco importante que fuese cualquier movimiento comercial bastaba para provocar la inmigración de los campesinos hacia las ciudades.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. En *A.E.S.C.*, 1958, págs. 447 y ss.
2. Y. BEZARD, *La vie rurale* [154]. N. B. — Las cifras entre corchetes remiten a los números de la Bibliografía, págs. 381 y ss.
3. F. LOT, *L'état des paroisses et des feux de 1328* (Bibl. Ecole des Chartes, 1929).
4. H. C. DARBY, *A Geographical history* [166], pág. 232.
5. D. HERLIHY, *Santa Maria Impruneta* [205], pág. 248.
6. G. FOURQUIN, La population de la région parisienne aux environs de 1328 (*Le Moyen Age*, 1956).
7. J. B. HARLEY, *Population trends* [200].
8. E. PERROY, *Wage labour* [237].
9. R. GRAND, Agriculture médiévale et population (*Études sociales*, 1955, páginas 13-23).
10. Cf. *infra*, págs. 345 y ss.
11. R. KÖTZSCHKE y W. EBERT, *Geschichte* [224].
12. L. MUSSET, *Les peuples* [124], pág. 263.
13. W. G. HOSKINS, *The Making* [217], pág. 97. Otro ejemplo de conquista del bosque en una región de llanura, ahora referido a Francia: M. LE MENÉ, La forêt de Lattoy au Moyen Age. Défrichement de sa partie occidentale entre la Loire, l'Evre et l'Hyrome (*Le Moyen Age*, 1970). Y para la conquista de los pantanos: N. G. POUNDS, Population and settlement in the Low Countries and Northern France in the later M. A. (*R.B.P.H.*, 1971).
14. F. R. H. DU BOULAY, A rentier Economy in the later Middle Ages: the Archbishopric of Canterbury (*E.H.R.*, 1964).
15. T. SCLAFERT, *Cultures* [247].
16. M. A. BENEDETTO, *Ricerche sugli ordinamenti dei domini del Delfinato nell'alta valle di Susa*, Turín, 1953.
17. P. VAILLANT, *Les libertés* [262]; V. CHOMEL, La perception des cens en argent dans les seigneuries du haut Dauphiné aux XIVe et XVe siècles (*Recueil des travaux offerts à M. Clovis Brunel*, París, 1955).
18. J. VICENS VIVES, *Manual* [135], pág. 175.
19. Para el conjunto de Italia, véase P. J. JONES, *Per la storia* [211].
20. R. BOUTRUCHE, *La crise* [160], págs. 193 y ss.; Les courants de peuplement dans l'Entre-Deux-Mers (Bordelais); étude sur le brassage de la population rurale du XIe au XVe siègle (*A.E.S.C.*, 1935).
21. RICARD, *La colonisation et le peuplement des campagnes dans le Midi de la France après la guerre de Cent ans*, tesis doctoral, Montpellier, 1949.

22. G. Fourquin, *Les campagnes* [191], págs. 273-277.
23. *Ibid.*, págs. 422-428.
24. R. Boutruche, Le brassage (*A.E.S.C.*, 1935); P. Deffontaines, *Les hommes* [169]; Ch. Higounet, Mouvements de population dans le Midi de la France d'après les noms de personne et de lieu (*A.E.S.C.*, 1953); y L'occupation du sol entre Tarn et Garonne au Moyen Age (*Annales du Midi*, 1953).
25. R. Jeancard, *Les seigneuries d'outre-Siagne*, Cannes, 1954.
26. G. Cecchini, Saturnia. L'opera di colonizzazione senese nel secolo xv (*S.F.*, t. II).
27. M. Beresford, *New Towns* [423]; E. Miller, Medieval New Towns (*Northern History*, 1968, págs. 192-197).
28. Ch. Higounet, Bastides et forteresses (*Le Moyen Age*, 1948); J.-P. Trabut-Cussac, Bastides ou forteresses (*Le Moyen Age*, 1954).
29. G. de Saint-Blanquat, Les bastides du sud-ouest de la France (*A.E.S.C.*, 1948); Ch. Higounet, Cisterciens et bastides (*Le Moyen Age*, 1950).
30. Ch. Higounet, *Les «Terre Nouve»* [207].
31. M. Schindler, *Buxtehude* [487].
32. Pietresson de Saint-Aubin, Une ville neuve inconnue: Castillon-sur-Sambre (*Revue du Nord*, 1937); G. Espinas, La fondation d'une ville neuve dans la Flandre wallonne au xve siècle: Lannoy-du-Nord (1458-1462) (*Ibid.*, 1930 y 1931).
33. D. Herlihy, *Pisa* [450], págs. 52-53.
34. B. Guillemain, *La cour pontificale* [448].
35. Cl. Carrère, *Barcelone* [428]. El estudio de J. Pourrière: *La ville des Tours à Aix-en-Provence*, Aix-en-Provence, 1958, ilustra, para otra región, el ejemplo de una aglomeración urbana despoblada y abandonada después de 1350.
36. J. Heers, *Gênes* [449], págs. 33-34.
37. F. L. Ganshof, *Étude sur le développement* [443].
38. Ph. Wolff, *Histoire de Toulouse* [504].
39. L. Pericot, A. del Castillo, J. Ainaud y J. Vicens Vives, *Barcelona a través de los tiempos*, Barcelona, 1943.
40. Planitz, *Die deutsche* [479]. Ver *Supra*, figs. 3 y 4, pág. 00.
41. A. Bouton, *Le Maine* [424], págs. 12-13.
42. F. Lot, *Recherches* [464].

Capítulo II

Los paisajes marginales

Las grandes roturaciones y la expansión urbana dejaron subsistir amplios terrenos solitarios, grandes desiertos donde el hombre no habitaba, donde no había dejado su impronta ni había construido verdaderos paisajes «agrarios». Estas regiones marginales lindaban a menudo con las tierras empanadas, rodeando incluso las grandes ciudades. Los mapas detallados subrayan la importancia de los grandes bosques, así como las múltiples extensiones de agua dulce en las inmediaciones de las ciudades y de los mejores terruños. El mapa realizado por R. Boutruche [1] muestra los bosques que rodeaban Burdeos: al norte, el Double, al sur y al oeste, el «gran bosque de Burdeos», que venía a morir al mismo pie del recinto amurallado; seguía después la gran landa y, en el Entre-deux-Mers, desde La Réole a Sainte-Foy-la-Grande, el *Pays aux Bois*, sólo parcialmente conquistado por el viñedo y, por fin, las marismas, todavía pantanosas, que empezaban en los alrededores inmediatos a la ciudad. El cinturón de bosques y pantanos cerraba el horizonte por todos los lados [2].

Pisa ofrece tal vez el ejemplo más espectacular y también el más dramático [3]. Los bosques de Viareggio, al norte, y los de Livorno, al sur, encuadraban la llanura litoral del Arno. El río, incapaz de drenar hasta el mar las grandes avenidas del otoño e invierno, invadía entonces todo el valle bajo, expuesto a las crecidas devastadoras que destruían los diques. Durante el mal tiempo, Pisa aparecía inundada y aislada de los barrios vecinos; sus habitantes se veían entonces en la necesidad de ir en barca hasta los arrabales. Cuando había peligro de inundación, se ordenaba a los poblados situados más arriba del Valdarno que abrieran sus compuertas con el fin de que el agua dejara a salvo la ciudad durante algún tiempo. Sin embargo, escaseaba el agua potable, por lo que cada casa de Pisa

tenía una cisterna y su propio sistema de distribución. Durante el verano, la malaria hacía estragos. Sólo durante el invierno los hombres podían ir a trabajar a las minas de hierro de la isla de Elba o de la Maremma toscana; los burgueses de Pisa partían con regularidad durante los meses más calurosos; bastaba una estancia de nueve meses para obtener el derecho de ciudadanía. El éxodo estival era, pues, un acontecimiento normal, una forma de vida ligada a aquel inhumano cinturón de pantanos donde sólo pacían grandes rebaños de búfalos errantes, zonas desérticas que el hombre aún no había conquistado.

1) Los «desiertos»

Pero el bosque o la marisma no eran siempre hostiles. Aunque indudablemente poco poblados, ofrecían, con gran frecuencia, una serie de apreciables recursos; es decir, tenían su propia economía, su estilo de vida y una civilización particular.

A) La vida de los bosques

El bosque procuraba a los campesinos, especialmente a los pobres, toda clase de recursos que muchos rehusaban abandonar. Muy a menudo, los huéspedes de las villas nuevas debieron luchar contra las comunidades vecinas que se veían privadas así de terrenos de paso para sus rebaños. A veces el señor se oponía resueltamente a las roturaciones, ya fuese por interés político (bosques fronterizos mantenidos por los príncipes eslavos), o por interés económico, con el fin de preservar terrenos de caza o de pastos [4]. En el Maine, por ejemplo, los campesinos no podían penetrar en el coto *(breuil)*, para llevar sus cerdos, si no iban conducidos por agentes del señor *(sergents)*, en unas fechas determinadas [5]. El coto fue entonces uno de los rasgos esenciales del paisaje rural en nuestras regiones occidentales. Así se explican también los dilatados bosques reales del Ile-de-France, terrenos de caza que escaparon, como los estanques y a menudo por las mismas razones, a los roturadores.

Inglaterra ofrecía el ejemplo más notable de estas prohibiciones señoriales. Dejando al margen los del ducado de Lancaster, la mayor parte de los bosques pertenecían al rey y estaban protegidos por una jurisdicción particular administrada por un verdadero ejército

de guardas mandados por los *limarii* o *veltrarii* con tribunales de justicia especiales.

Se consideraban bosques reales no sólo las regiones completamente boscosas, como los grandes bosques de Selwood, de Sherwood o de Dean (estuario del Severn), sino también las zonas montañosas: los Chiltern Hills, los montes de Dartmoor en Cornualles o de Exmoor e incluso a veces hasta comarcas enteras del Devon, de Cornualles, del Essex, del Lancashire y del Northamptonshire. Este bosque real alcanzó indudablemente su mayor extensión en torno a los años 1250[6]. El bosque de Windsor, mucho más amplio que en la actualidad, comprendía todo el Berkshire, hacia el oeste, una parte del Hampshire, extendiéndose hacia el sur, en Surrey, hasta los alrededores de Guildford.

En cuanto territorio reservado, resuelta y estrictamente apartado del mundo campesino, el bosque real constituyó, sin embargo, una fuerte carga para la vida del campo inglés. Atraía a los pobres que venían en busca de menudas rapiñas y débiles beneficios; por ello, ninguna ley fue tan impopular como la que pretendía proteger el privilegio real. De ahí, aquellas luchas entre los agentes reales y una multitud de cazadores furtivos y contrabandistas que vivían en los bosques, así como de individuos declarados fuera de la ley que en ellos buscaban refugio. Aquellas luchas figuraron siempre, y durante mucho tiempo después, en el trasfondo de los conflictos sociales, de las revueltas y arrebatos campesinos como también de las tradiciones populares y de todo el folklore inglés[7].

Por su parte, los señores procuraron mantener intactos sus cotos o sus parques. En Inglaterra, el *park*, elemento esencial e indispensable del *manor* señorial, fue al principio una reserva de caza que formaba parte de un bosque natural cerrado por un seto vivo o por un foso. En el *manor* de Hatfield, en el Hertfordshire, que les había sido entregado en el 960 para que se abasteciesen de madera de construcción, los monjes de Ely reservaron hacia 1260 dos *parks* cercados, uno de los cuales, el *Great Park*, se extendía a lo largo de 350 acres (140 ha). Sólo más tarde, y tras un largo proceso, estas reservas se convirtieron en *parks with herbage*, formación vegetal original donde sólo subsistían algunos hermosos árboles sobre las praderas naturales[8].

Esta estricta organización del bosque se podía encontrar en muchos otros países. En la baronía normanda de Neubourg, todos los bosques eran objeto de jurisdicciones especiales, muy variables de una tierra a otra; estos derechos se transcribieron en el célebre *Coutumier des forêts de Normandie* compilado por Hector de Chartres en el siglo XV; el señor confiaba la vigilancia de los bosques a unos oficiales particulares, los *verdiers*, asistidos por *forestiers;* en el gran bosque del Bosc, las *plaids de verderie* se celebraban cuatro veces al año[9].

El bosque ofrecía al campesino, sobre todo al más pobre, una serie de apreciables recursos. Tenemos que hacer ahora un serio

esfuerzo de imaginación y de reflexión para representarnos el puesto que ocupó el bosque en la vida cotidiana del campo durante aquella época. Los historiadores han señalado sus múltiples aspectos, a veces bastantes inesperados [10]. Ante todo, era terreno de paso para los rebaños semisalvajes: bueyes, especialmente cerdos, ovejas y cabras, responsables todos de una degradación del bosque primitivo. Caza, recolección de frutos y bayas; leña para calentarse y carbón vegetal, madera para tonelería y para la construcción de casas y cercados, cortezas de encinas para curtir las pieles y hojarasca para el ganado. El mundo rural conocía entonces una verdadera civilización de la madera de la que son testigos casi todos los tipos regionales de habitación; civilización que, en el Norte, se extendía con frecuencia a los burgos y ciudades.

En ciertas regiones, el bosque ofrecía algo más que simples recursos complementarios, ya que dio nacimiento a una verdadera economía particular, en la cual el hombre vivía entonces en el bosque y exclusivamente del bosque.

Un notable ejemplo de esta economía agroforestal ha sido presentado por A. Timm en una obra consagrada a la vida campesina en las regiones de la Alemania noroccidental, según los *Weistümer* [11]. A lo largo del Rin y del Main los topónimos acabados en *-rode*, *-reut*, *-rat* (de *ruptaria* = romper la tierra con la azada), en *-schwand*, en *-brand* (incendios de bosques) atestiguan la extensión y el éxito de las empresas de colonización agraria; en Hesse se computan más de 400 poblados acabados en *-rode*. Pero, donde las condiciones naturales eran menos favorables para el cultivo de cereales, los campesinos no quemaron los bosques. Así sucedió al noroeste, en la zona del actual bosque de Teutoburg, cerca del Ems, entre Münster y Osnabrück. Los grandes oquedales de hayas y encinas fueron sólo diezmados y degradados por el paso de hombres y rebaños; a los grandes bosques sucedió entonces el *Niederwald*, bosque bastante pobre dominado sólo por algunos grupos de árboles altos. Toda la economía reposaba en las bellotas de las encinas y en la ganadería porcina. Sólo exiguas parcelas eran sembradas temporalmente por los campesinos. La tenencia campesina —la *Hufe*—, unidad de explotación familiar, no era una tierra determinada, sino un derecho de uso para cierto número de cerdos; todos los tributos señoriales se pagaban en cerdos. La principal preocupación de la comunidad aldeana era la reglamentación estricta de los pastos y los recorridos del ganado, la fijación de las fechas de recolección de la bellota y la protección de las encinas contra los daños que pudiesen ocasionar los rebaños vecinos. He aquí toda una vida, unas estructuras sociales, unas instituciones jurídicas y administrativas, y hasta podríamos decir una «civilización» rural, vinculadas a la explotación exclusiva del bosque para la ganadería. La madera para la construcción, considerada como desdeñable, no era objeto de reglamento alguno ni de norma consuetudinaria alguna.

También en Inglaterra los señores estimaban a menudo el valor de un bosque según el número de cerdos que podía alimentar, anotando: *silva de... n porcis*. En 1289, los cistercienses de Stanley poseían una *porcaria* en el bosque de Clippenham [12].

En Normandía, en 1397-1398, en el solo bosque de Neubourg 225 familias campesinas que habitaban en 10 aldeas o caseríos de los alrededores inmediatos se beneficiaban del derecho de enviar sus cerdos, durante el otoño y el invierno, a los bosques (derecho de *panage*); esto afectaba a 1297 cerdos (2234 en 1393-1394); en los mismos años de 1397-1398, 214 familias de 12 aldeas llevaban al *pâturage* 287 vacas y terneros, así como 23 yeguas [13].

Otro ejemplo de economía de recolección ligada a la explotación de bosques y landas era la cosecha de miel y cera, productos esenciales entonces. En Alemania, el derecho de captura de los enjambres salvajes, que al principio era libre, fue paulatinamente confiscado por los señores, que entregaban feudos a sus oficiales apicultores *(Zeildler)* o guardaabejas *(Bienenwart)*; ello ocurrió en la Selva Negra, Lusacia, Brandeburgo y, sobre todo, en Franconia, en los bosques de Lorenz y de Sebald, llamados entonces «los jardines de abejas del Sacro Imperio»; en dicho bosque de Lorenz, 27 aldeas de apicultores vivían de la explotación de los enjambres y dirimían sus litigios ante el tribular de la corporación *(Zeidelgericht)* [14]. En el bosque de Breteuil, unos guardas particulares, los *bigres*, vigilaban por orden del rey y de la abadía de Saint-Sauveur de Evreux, «los enjambres de moscas»; aquellos cargos se hicieron hereditarios, convirtiéndose en verdaderos feudos de *sergenterie;* ciertos topónimos (Mesuel-aux-Bigres, Bigrène) atestiguan la importancia de esta función [15]. En Castilla la Nueva, con el fin de luchar contra los bandidos que atacaban a las agrupaciones de colmenas *(posadas)*, diseminadas en las *haciendas* lejos de los centros de poblamiento, los propietarios y guardianes de la colmenas *(colmeneros)* se agruparon hacia 1300 en una cofradía, la *Hermandad Vieja de Toledo*, esbozo de la todopoderosa Santa Hermandad [16].

B) La vida de las marismas

Hacia 1300 las marismas eran relativamente más extensas que los macizos forestales. Ello era debido a que la desecación del suelo, el incesante drenaje, la lucha contra los ríos y el mar siempre amenazadores, el mantenimiento de los diques y los canales exigían medios y capitales diferentes a los empleados para el desbroce. El saneamiento de las marismas, en especial, exigía una continuidad en el esfuerzo que sólo permitían los largos períodos de paz. Con frecuencia, el hombre tuvo que retroceder, abandonar proyectos demasiado ambiciosos y ceder el terreno ya conquistado.

Sin embargo, el mantenimiento de las marismas litorales o de fondos húmedos en los valles del interior no equivalía siempre a un fracaso. La marisma tenía sus propios recursos y suscitaba diversas actividades, a veces, indispensables. Por ello, creó también unas economías y unos géneros de vida particulares.

En primer lugar, las salinas. El gran comercio de la sal con dirección a las pesquerías de arenques del Báltico explicaba la especialización de las marismas saladas. En la costa de los *Fens* ingleses, especialmente en el Lincolnshire, la extracción de la sal se efectuaba por ebullición del agua del mar en fuegos alimentados por turba. Estas calderas de sal y toda la línea de los *salt boilers villages* subsistieron mucho tiempo después de las primeras desecaciones. En la costa atlántica francesa, donde la evaporación natural de las aguas era suficiente, hubo que elegir entre la cosecha de sal y el cultivo de cereales y habas. La elección vino dictada con frecuencia por las tradiciones mercantiles, el trazado de los itinerarios comerciales y la intervención de los hombres de negocios extranjeros.

Ello explica los fuertes contrastes que diferenciaban, hacia 1300, los diversos *marais* de la costa francesa [17]. En menos de cien años, de 1199 a 1293 según parece, el *marais* del Poitou fue completamente desecado, entre la Vendée y la bahía del Aiguillon, gracias a las abadías que se asociaron para abrir los canales y construir los diques (*bot* del Alouette y *achenal* de los Cinq-Abbés) y, en último término, gracias a la intervención de Felipe el Atrevido (*achenal* le Roi, de 19 km de largo, en 1283). «Clásica expresión de la obra medieval», esta marisma del Poitou, de la Sèvre-Niortaise y del Lay, fue sin duda la más hermosa realización de la época. Pero los saneamientos fueron mucho más escasos al norte, en la marisma bretona, y al sur, en la marisma de Charente. Ello fue debido a que el comercio de la sal conoció muy pronto una extraordinaria importancia en Guérande y, sobre todo, en la famosa bahía de Bourgneuf, donde anclaban cada año las grandes flotas del Norte; y también en Brouage. Las abadías (las de La Tenaille en la región de Marennes), el conde del Poitou en Oléron y el conde de la Marche en Saintonge extraían importantes beneficios de la explotación salinera. También los propios salineros, *manants*, gente en su mayoría de condición humilde, obtenían las mismas ventajas que, en otras regiones, conseguían los *hôtes* de las villas nuevas ocupados en secar el suelo. Era otra manera de ocupación y explotación de los terrenos marítimos.

Otros, en las regiones del interior, preservaron las capas de agua dulce para la pesca. Ya sabemos la importancia considerable que tenía el consumo del pescado, debida, entre otras razones, a la mediocridad de la alimentación a base de carne y a la observancia del ayuno [18]. Las cuentas de las abadías [19], las crónicas, las memorias y los «Libros de razón social» de los burgueses, así como el *Roman*

de Renart, muestran muy bien el interés que se prestaba al transporte y a la venta del pescado. La pesca explica el mantenimiento e incluso la extensión de los estanques, como en los campos de Sologne [20].

Dejando al margen la sal y la pesca, la vida de las marismas ofrecía aspectos muy diversos: grandes mantos de aguas tranquilas en los *Fens,* con las orillas bordeadas de cañaverales; bosques de sauces, alisos, chopos y fresnos en los *marais mouillés* del Poitou y de Bretaña; amplios pinares en los valles bajos del Po y del Oglio, en la región de Mantua. En estos terrenos, todavía poco consolidados y donde la impronta humana era aún incierta, los campesinos sólo conocían una economía de recolección muy primitiva: caza de aves salvajes, pesca con ayuda de redes desplegadas en los pasos estrechos, corte de madera, juncos y cañas. En Inglaterra, en las tierras inundadas del Cambridgeshire, aldeas enteras situadas sobre colinas aisladas, enmedio de los mantos de agua, sólo vivían de la cosecha de juncos. En la marisma del Poitou, la *rouche,* nombre vulgar del lirio acuático, servía de pasto para el ganado, para la construcción del tejado de la casa, para el mantenimiento del fuego doméstico y para la fabricación de antorchas. En los grandes *Fens* ingleses, la explotación de la turba era un derecho común, cuyos beneficios se repartían entre todos los habitantes; del mismo modo, el valor de cada tenencia campesina se evaluaba según la cantidad de turba recogida en un año. Las marismas naturales tenían sus tradiciones y sus economías, así como su respectivo folklore.

Las bonificaciones originaron nuevos paisajes y nuevas sociedades rurales. Sólo muy tarde, a veces más de un siglo después de los primeros trabajos, los campos de cereales o de habas se asentaban en suelos consolidados y estables. Durante mucho tiempo, únicamente fueron vastas praderas: las del litoral, a veces recubiertas por el mar y donde nadie podía segar, o aquellas otras, mejor protegidas, que proporcionaban heno para los piensos de invierno. En Flandes, las abadías cistercienses debieron alimentar durante varios años a los huéspedes establecidos en sus marismas, amplias zonas de paso para las ovejas y, más tarde, también para los bueyes. Apriscos, establos y campos subrayaban las etapas de aquella conquista.

En la marisma del Poitou, había guardianes que conducían también las *caravanas* que reunían los rebaños de varias aldeas. En las llanuras del Guadalquivir, de la Camarga, de la Maremma, de Sicilia o de Cerdeña erraban inmensos rebaños de búfalos casi semisalvajes. Estas grandes marismas del Mediodía producían carnes

saladas y ahumadas, quesos salados amontonados por *file* de seis grandes piezas en las barcas italianas (a veces, 300 *file* de quesos en un solo navío). Otros quesos de búfalo, en forma de *cacciacavalli,* aquellas bolas de cuero unidas por correas que usaban los guardianes para capturar a los animales en plena carrera, atestiguan toda una economía centrada en el pastoreo, con sus tradiciones y su folklore.

Los países marginales donde el hombre no llegaba a construir sus aldeas no siempre eran tierras hostiles o desprovistas de recursos. Al contrario; los señores obtenían importantes beneficios de sus bosques [21]. En el siglo XV, el dominio de Porto, situado en la campiña romana, procuraba apreciables beneficios a sus señores; y, sin embargo, este *casale* no tenía ninguna parcela de cultivo y todos los beneficios procedían del alquiler de las «hierbas de invierno», de la explotación del bosque (sauces y tamariscos), de la pesca en el antiguo puerto de Trajano, transformado en una zona pantanosa, y de las salinas [22]: en resumen, una economía de recolección.

Todos estos datos atestiguan la importancia que tuvieron los desiertos en la vida campesina de aquella época. No es cierto, por tanto, que toda roturación señale, desde el punto de vista económico, un «progreso» inmediato.

2) Trashumancias y nomadismos

A) Los desplazamientos ligados a la ganadería

Fuera de los propios bosques y marismas, la ganadería dejaba su huella en toda la vida rural. En los terrenos agrarios bien establecidos, pastos y sembrados estaban estrechamente asociados y estas formas de asociación determinaban los tipos de paisajes y las relaciones sociales [23]. Por el contrario, en las montañas, los campesinos o los ganaderos especializados llevaban sus animales a los prados naturales, en los pastos de alta montaña. Ello implicaba evidentemente una serie de desplazamientos estacionales más o menos largos y espectaculares.

A veces, estas migraciones conservaban un carácter familiar y se limitaban al valle. Así, por ejemplo, en los países escandinavos, donde cada familia hacia el 15 de junio abandonaba la gran granja y los campos cultivados en el fondo para subir hacia los pastos de altura e instalarse en la residencia temporal de verano (*seter* en Noruega, *säter* en Suecia y *sel* en Islandia) [24]. Tales prácticas, que de hecho asociaban todavía agricultura y ganadería, se desarrollaron sobre todo en las montañas medias de Francia, Alemania y Europa

central, donde los animales, poco numerosos, podían ser alimentados durante el invierno con el heno recogido en el valle o en las primeras pendientes.

Pero, en otros lugares, la ganadería trashumante tenía el carácter de una vasta industria. Rebaños de varios millares de cabezas llegaban durante el invierno a lejanas llanuras conducidos por pastores especializados [25]. El paso de los rebaños suscitaba interminables conflictos de intereses entre pastores y agricultores que expresaban la oposición entre dos tipos de economías, dos estructuras sociales y dos estilos de vida; y es que la ganadería especializada acababa frecuentemente con las formas tradicionales de la agricultura.

En todo el centro y sur de Italia, los soberanos favorecieron la trashumancia en cuanto percibían tasas por el paso de los rebaños. Los papas crearon la «aduana» de la ganadería; cada año, los animales descendían de las montañas hacia la ciudad de Anzio por la antigua *Via Cavona*, llamada a partir de entonces la *Via Doganale*. En el sur de Italia, Alfonso el Magnánimo organizó también la «aduana del ganado» en 1443. Los rebaños de bueyes y de ovejas llegaban durante el invierno desde las altas planicies del Aspromonte y de la Sila hasta el *agro* de Crotona, y de las montañas de los Abruzzos a la llanura adriática del Tavoliere.

Esta ganadería trashumante guardaba también estrecha relación con la extensión de los grandes dominios —*latifundia*— concedidos por los soberanos aragoneses a sus fieles cuando la lucha contra los angevinos. Los nuevos *barons* atacaron los derechos de las comunidades rurales, les prohibieron coger madera en los bosques y llevar sus animales a pacer sobre los *monti*. Ello provocó los abandonos de terrenos y poblados: en Sicilia, en el Val di Noto y el Val di Mazara, los campesinos de los *casali* (aldeas) se reagruparon en grandes *castra* fortificados; al pie de los Abruzzos desaparecieron incluso algunas ciudades que antes habían sido obispados, como Dragonara y Fiorentino [26].

La alta Provenza. En los Alpes meridionales, las comunidades montañesas, al principio hostiles, se conformaron pronto a consecuencia de las grandes sumas que les procuraba el alquiler de sus pastos de montaña a los rebaños que venían de la baja Provenza [27]. Cada año, las *montagnes* de l'Ubaye y del Var se subastaban y alquilaban a los burgueses de Barcelonnette que las cedían en seguida a los *nourriguiers*, verdaderos empresarios de la ganadería. Grandes rebaños agrupaban a los animales de aldeas enteras; los más pobres, incluso los artesanos, llevaban en ocasiones algunas cabezas. Las grandes ferias de ganado se celebraban al pie de los pasos alpinos: Saint-Martin-Vésubie por un lado, Bersézio y Accéglio por otro. De aquí procedía la fortuna de los mercaderes de los valles, sobre

todo de Castellane. En Italia, los de Saluzzo proveían a Savona y Génova, mercados, sin embargo, mucho más alejados.

El censo de 1471 atestigua el auge de la ganadería en los valles de la alta y baja Provenza: más de 24 000 ovejas (y también 1120 bovinos) poseían las ocho localidades de la bailía de Saint-Paul-de-Vence y más de 26 000 las 14 aldeas de la veguería de Grasse; esto es, una media de 100 animales por familia en la mayoría de los casos.

España. Hacia el año 1300, la introducción de ovejas del norte de África preparaba el triunfo de una nueva raza obtenida por el cruce con los animales de Castilla: la oveja merina. Los rebaños trashumantes reunían alrededor de 1 500 000 cabezas hacia 1350, y 2 700 000 en 1467. Los ganaderos estaban agrupados en sólidas organizaciones, cada vez más poderosas.

En Aragón, las *casas de ganaderos* recibieron muy pronto importantes privilegios reales. Pero los ganaderos chocaron con la oposición decidida de las comunidades de propietarios que les prohibían el paso; esto ocasionó largos y violentos conflictos, mal solucionados por las ordenanzas reales, y avenencias financieras con frecuencia difíciles de negociar; así sucedió entre la *Casa* de Zaragoza y las cuatro grandes comunidades aliadas de Calatayud, Teruel, Daroca y Albarracín cuyas tierras constituían casi la cuarta parte del reino de Aragón y que le impedían el paso hacia el sur.

En Castilla estas asociaciones de ganaderos, las *mestas*, acabaron por agruparse en una sola institución, la *Mesta* [28].

La institución reunía a *los hermanos de la Mesta*, es decir, a todos los que tenían un rebaño confiado a los cuidados de los pastores comunes y pagaban por ello el *servicio del ganado*. Hacia 1480 había alrededor de 3000 ganaderos empeñados en esta inmensa empresa. Como en Provenza, encontramos entre ellos a individuos humildes. Pero, de hecho, la *Mesta* estaba dominada por los grandes señores y los monasterios, que tenían 25 000, 30 000 y 40 000 cabezas (duque de Béjar, Santa María del Paular cerca de Segovia y, sobre todo, el monasterio de El Escorial *); el tesorero era el Gran Maestre de la Orden de Santiago.

La *Mesta* caracterizaba toda la vida de Castilla, por los daños que causaba y los límites que imponía a los cultivos pero, sobre todo, por la animación que suscitaba al paso de los rebaños. Éstos seguían las *cañadas*, caminos entonces muy bien precisados. Tres grandes itinerarios unían los pastos de verano del norte con los del sur, llamados los *extremos:* la *cañada leonesa* (de León, punto de reunión, a Cáceres, Mérida y Badajoz), la *segoviana* (de Logroño hacia Se-

* El monasterio de El Escorial comenzó a construirse en el año 1563 (N. del Traductor).

govia, Ávila y, de allí, a Andalucía o a El Escorial), y la *manchega* que, desde la sierra de Cuenca, alcanzaba Murcia o Andalucía. Había una extraordinaria animación en las asambleas tradicionales de la *Mesta:* la de otoño, antes de la partida de los animales, en Riaza, Aranda de Duero o también en Medina del Campo y Segovia; las del sur, en enero y febrero, en Siruela, Montalbán y Villanueva de la Serena, donde se depositaron los archivos. También había un vivo movimiento de negocios, en cada etapa, en las ferias que se celebraban en los cruces de caminos; ferias donde venían campesinos, negociantes de lana y cueros o artesanos. Por fin, había también fiestas religiosas y profanas que eran ocasiones de encuentro y distracciones. La llegada del rebaño por la *cañada* ritmaba la vida económica, social y afectiva de los campos hasta los más alejados contornos. La *Mesta* imponía por doquier sus exigencias y, en cuanto verdadera potencia política también dominaba al país.

En Portugal, las asambleas regionales de pastores, las *rafalas*, favorecidas con frecuencia por los reglamentos reales, vigilaban la reunión y el marcado del ganado así como las largas travesías por los caminos de trashumancia entre los pastos de verano de la sierra da Estrela y las llanuras del Alemtejo, donde los animales permanecían durante el invierno (hacia Guarda, Gouveia, Covilha). Rebaños castellanos venían de las montañas de Galicia; de 50 000 a 60 000 cabezas de Castilla invernaban en las orillas del Guadiana. El rey debió disponer una organización especial para la recogida de los animales perdidos. En todo caso, estos desplazamientos chocaban con los cercados de los campesinos (las *coutadas*) y provocaban, con ocasión de las ferias, graves conflictos con las ciudades que intentaban imponer su monopolio [29].

Este extraordinario desarrollo de la ganadería trashumante vació las llanuras de sus cultivos y de sus aldeas. En todos los países meridionales, los paisajes agrarios retrocedieron así ante los eriales; a los sedentarios sucedieron los guardianes de ganado, los nómadas.

B) Articas y ocupaciones temporales

En muchas otras regiones, sobre todo en los terrenos áridos de las montañas, las roturaciones no crearon hasta pasado mucho tiempo una verdadera «agricultura» ni unos paisajes permanentes. En las otras márgenes, en el frente de conquista de las tierras, el hombre sólo explotó algunos campos, escasos y temporales, arrebatados momentáneamente a los bosques y a los eriales.

Con frecuencia, la ocupación del suelo en los linderos de los bosques se tradujo ante todo por un cultivo intermitente, con pobres

medios, sobre tierras artigadas, a menudo empleando sólo la azada; y ello sin hablar ya de las tierras abandonadas en un momento dado, a falta de mano de obra, de animales de labor e incluso de simientes. En las Ardenas y en el Macizo Central, en Escocia, en el Béarn o en los Alpes, se oponían casi por doquier las tierras cálidas, llanuras, labrantíos a las tierras frías, ribazos o tierras de desbroce que procuraban, durante una sola estación, unas labores limitadas a ciertos campos efímeros. La tierra volvía a convertirse en erial durante tres años o incluso seis; en el Maine, a los períodos normales de rotación bienal sucedían a veces varios años de abandono.

En Sologne, las *rotures* sólo eran desbrozadas por el tiempo de algunas cosechas. En pleno bosque, los campesinos recolectaban sobre las tierras aún calientes de la artiga —sobre las *brandes arces*— tempranas cosechas de centeno, rábanos o nabos. Venía seguidamente el retorno al erial, a las *brocilles* y al *désert*. Sin duda, alguna, estas prácticas eran muy frecuentes en muchas otras regiones: en la isla de Mallorca, por ejemplo, donde la artiga temporal fue durante mucho tiempo la regla normal en los valles del norte.

Esta práctica convirtió poco a poco el bosque primitivo en una formación vegetal muy diferente: monte bajo y zarzas o, a veces, los árboles aparecían reunidos en frondosos bosquecillos separados por grandes extensiones de landas. En todo caso, se trataba de una práctica primaria que subrayaba la pobreza de ciertos suelos y la mediocridad de las técnicas, señalando al mismo tiempo hasta qué punto la colonización de las tierras, a pesar de haberse emprendido activamente desde hacía más de tres siglos, seguía siendo imperfecta y sólo provocaba en ocasiones una ocupación del suelo limitada, cuando no precaria.

A pesar de las grandes roturaciones, la civilización rural no siempre era «agrícola» ni aparecía sólidamente anclada en el campo fijo y permanente.

Ciertos rasgos del hábitat rural traducían este carácter incierto y superficial de la ocupación humana: en algunas comarcas de Hainaut, durante el siglo XV, las casas campesinas, hechas con tablas de madera ensambladas, podían ser fácilmente desmontadas, transportadas y reconstruidas en otro lugar [30].

De la misma manera, los mercados permanentes de las ciudades contrastaban con los alejados campos, especie de regiones *residuales* poco abiertas a los intercambios monetarios, a los mercados periódicos, abocados a una civilización particular, la de las reuniones durante uno o varios días lejos de las ciudades, en eriales o crestas. En estas regiones, las ferias o los peregrinajes religiosos sólo dieron

nacimiento a agrupaciones de viviendas temporales, visitadas únicamente algunas veces al año. Las *cumbessias* o *muristenes* de Cerdeña, casas de madera construidas cerca de las iglesias o santuarios aislados, sólo eran habitadas con ocasión de determinadas ceremonias religiosas que atraían a gran número de pastores y campesinos. Ordenadas en torno a un patio cuadrado (por ejemplo, el *cortile* de Monte Gonare en Orani, o el de Sarule), con sus abrigos para las acémilas, tenían también habitaciones para los mercaderes; eran verdaderas caravaneras en plena montaña que, desde el final de la Edad Media, señalaban sin duda la existencia de unas relaciones más frecuentes entre las comunidades campesinas, pero siempre lejos de las ciudades.

Hacia 1460, detrás de Génova, los campesinos de la vertiente ligur se encontraban cada semana con los de la vertiente piamontesa para intercambiar sus productos; ello se producía, lejos de toda vivienda permanente, en un lugar llamado las *Capanne*. Construidas en la línea de las crestas, a 1000 m de altura, muy por encima de la ruta mercantil de los Giovi (600 m), no eran más que simples barracas de madera, abandonadas los días restantes del año y una parte del invierno. Sorprendemos furtivamente estos encuentros gracias a la alusión temprana de un relato; sin embargo, a ellos estaban abocadas las diversas colectividades campesinas de los alrededores. Se trataba de unos muy burdos intercambios de productos indispensables para la vida cotidiana, que se pagaban con frecuencia por medio de operaciones de trueque. Para conocer mejor nuestras civilizaciones rurales, sobre todo las de las montañas, sería necesario identificar y estudiar estos mercados de campesinos alrededor de instalaciones rudimentarias durante un día a la semana; su tipo primitivo y el hecho de presentar las características de una economía donde la ciudad asumía un papel muy lejano permitirían compararlos a los zocos del *bled* de África del norte o a los mercados indios de las montañas de América central aún en el momento actual. Sería preciso especificar también qué regiones de Occidente quedaron entonces fuera de una verdadera economía comercial dominada por las ciudades. En el Apenino ligur se encuentran otros muchos lugares llamados *Capanne:* detrás de Chiavari, a 800 y 900 m de altura, también allí fuera de los grandes caminos; y, asimismo, hacia Torriglia, en las cumbres, en dirección al monasterio de Bobbio, a 1400 y 1500 m.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. R. Boutruche, *La crise d'une société* [160], mapa fuera de texto.
2. Ch. Higounet, L'arrière-pays de Bordeaux au XIII° siècle, esquisse géographique (*Rev. hist. de Bordeaux et du départ. de la Gironde*, 1955).
3. D. Herlihy, *Pisa in the early Renaissance* [450], págs. 46-48.
4. H. Rubner, *Untersuchungen über die Forstverfassung des mittelalterlichen Frankreichs*, Wiesbaden, 1965.
5. R. Latouche, Un aspect de la vie rurale dans le Maine (*Le Moyen Age*, 1937).
6. H. C. Darby, *A Geographical history* [166], mapa, pág. 176.
7. M. Keen, *The Outlaws of Medieval legend*, 1961, Cf. igualmente, *infra*, páginas 368 y ss.
8. W. G. Hoskins, *The Making* [217].
9. A. Plaisse, *La baronnie* [240], págs. 95-97.
10. P. Deffontaines, *Les hommes* [169]; *La vie* [170]; A. Plaisse, *La baronnie* [240], págs. 81-106, y La forêt de Brix au XV° siècle (*Annales de Normandie*, 1964); J. Martin-Demézil, Les forêts du comté de Blois jusqu'à la fin du XIV° siècle (*Mém. Soc. Sciences et Lettres Loir-et-Cher*, 1964).
11. A. Timm, *Waldnützung* [257].
12. R. A. Donkins, The Cistercian settlement and the English Royal Forests (*Revue Cîteaux*, 1960).
13. A. Plaisse, *La baronnie* [240], págs. 91-93.
14. M. Devèze, *Forêts françaises* [173], pág. 372, y R. Hilf, *Der Wald in Geschichte und Gegenwart*, Potsdam, 1938.
15. Registre du Trésor des Chartes, *Règnes des fils de Philippe le Bel*, t. II, éd. J. Guérout, 1966, pág. 348.
16. L. Suárez Fernández, Evolución histórica de las Hermandades castellanas (*Cuadernos de Historia de España*, 1951).
17. Sobre todo esto, L. Papy, *L'homme et la mer*. La côte atlantique de la Loire à la Gironde, Burdeos, 1941.
18. R. Delatouche, Le poisson d'eau douce dans l'alimentation médiévale. L'exemple du Maine (*B.P.H.*, 1967 [1969], t. I, págs. 171-182).
19. Los tributos anuales pagados a las abadías inglesas del este o a la catedral de Canterbury se expresaban a menudo en millares de anguilas
20. I. Guérin, *La vie rurale* [199].
21. Cf. *infra*, págs. 105 y ss.
22. R. Montel, Un casale de la campagne romaine de la fin du XIV° siècle au début du XVII° siècle. La domaine de Porto (*Mélanges de l'École française de Rome: Moyen Age, Temps modernes*, págs. 31-87).

23. Cf. *infra*, págs. 41 y ss.
24. L. Musset, *Les peuples scandinaves* [124].
25. M.-T. Kaiser, *Le berger en France à la fin du Moyen Age*, París, 1973.
26. J. Day, Ch. Klapisch-Zuber, en *Villages désertés* [265].
27. Th. Sclafert, *Cultures* [247], págs. 150 y ss.
28. Muy conocida después del estudio clásico de J. Klein, *The Mesta* [223]; véase también Ch. Bishko, *El castellano* [155]; E. Ibarra, *El problema* [294]; cf. *infra*, fig. 10, pág. 147. Sobre la evolución de las actividades y de los paisajes agrarios, J. G. Fernández, *Aspectos del paisaje agrario de Castilla la Vieja*, Valladolid, 1963.
29. M. J. Lagos Trindade, Alguns problemas do pastoreio em Portugal no seculos XV e XVI (*Do Tempo e da Historia*, Lisboa, n.° 1, 1965).
30. G. Sivery, *Structures...* [252], pág. 150.

Capítulo III

Los paisajes agrarios; campos permanentes y hábitat rural

Las regiones de Occidente presentaban al final de la Edad Media, inmediatamente después de las grandes roturaciones y allí donde el hombre construyó sus caseríos o sus aldeas y puso límite a sus campos, unos paisajes agrarios de extraordinaria variedad; en realidad, los contrastes y matices desafían toda clasificación simplista, sin contar ya con el hecho de que los paisajes evolucionaban constantemente, a veces de una generación a otra. Tanto es así que la oposición «clásica» entre regiones de cercado y regiones de campos abiertos *(open-fields)* parece un tanto artificial; dicha oposición permite definir unos tipos extremos de civilización rural pero corre el riesgo de olvidar toda la gama, extraordinariamente compleja, de los paisajes de transición cuyos trazos aparecían en todos los campos de Occidente [1].

1) Tipos extremos de paisajes agrarios

A) Cercado

En los bocajes y restantes cercados, los campos, generalmente muy irregulares, estaban todos cerrados por setos vivos del bocaje —es decir, tierra plantada de árboles o matorrales—, fosos, muros de piedras secas y canales de drenaje en algunos viejos pólderes cuyo trazado caprichoso se yuxtaponía a la cuadrícula, más moderna. Los innumerables caminos encajonados reforzaban aún más la impresión de aislamiento. El hábitat disperso en caseríos de comunidades familiares o en simples casas aisladas en medio de sus campos,

daba bastante la impresión de una colonización o, al menos, de una explotación individual de las tierras y de una roturación en orden disperso.

Estos paisajes de cercados se encontraban en todas las regiones, pero con más frecuencia en los países húmedos abocados a una explotación agroforestal o a la ganadería. Así, por ejemplo, en el Maine, hacia los confines del Macizo central, en la Inglaterra occidental y Cornualles [2] e incluso en ciertas regiones alemanas: Alpes austriacos y Baviera.

En la Thiérache, país de semibocaje, el cercado (aquí llamado *accourtillage*) afectaba a campos y praderas; los campesinos debían cercar sus prados individuales recientemente desecados [3].

B) «Open-field»

a) *Open-field «regular»*

Los campos se alargaban en bandas muy estrechas, con frecuencia de 200 o 300 m de longitud; algunas podían alcanzar, y aún rebasar 1 o 2 km. De aquí procede la expresión de campos *en correas (en lanières)*, o *encintados (rubannés)* o en *láminas de parqué (lames de parquet)*. Estos campos, divididos en parcelas (*raies* en Francia, *lands*, *acres* o *strips* en Inglaterra), se agrupaban con frecuencia en cierto número de cuarteles que seguían la misma *estación* y el mismo ritmo de cultivos. Las parcelas tenían a menudo la misma orientación en el interior de los diferentes bloques. En Escandinavia, sobre todo en Dinamarca y en el centro y sur de Suecia, donde el *open-field* era muy riguroso en aquella época, la orientación sistemática venía quizá dictada por la posición del sol; era el *solskifte* [4]. Por otra parte, el orden de las parcelas seguía muy exactamente el de las casas de la aldea. Tal práctica atestigua una cohesión muy intensa de la comunidad campesina y quizá también ciertas supervivencias religiosas. No existía aquí ningún cercado permanente; sólo los caminos o los arroyos separaban los cuarteles, pero no los campos.

El *open-field* se caracterizaba casi siempre por una extraordinanaria división y una gran dispersión de la propiedad campesina. Cada posesor de una tenencia tenía o explotaba unas piezas de terreno de pequeñísimas dimensiones, situadas en puntos muy alejados a veces unos de otros y, en todo caso, repartidos entre los tres o los seis *fields;* tenía también su parte en los bosques y sus

derechos de pasto. La extensión de las parcelas del poblado de Wingston (Leicestershire) en 1393 variaba de la octava parte a la mitad de un acre (de 5 a 20 áreas); una sola tenencia campesina, que no parecía ser excepcional, tenía sus 5 ha de tierra repartidas en 49 parcelas, 21 de las cuales tenían 10 áreas [5].

El hábitat era casi siempre muy concentrado; las casas, rodeadas de vergeles y huertos, se agrupaban en grandes pueblos compactos. Así aparecían en Alemania y en los países de colonización situados más al este: *Gewanndorf*, pueblo-plaza *(Angerdorf)*, *Ringdorf*, de forma circular.

En Inglaterra, sobre todo en las bajas tierras orientales, los *villages-greens*, aldeas forestales, construidas sobre calveros aislados en el momento de la roturación de los grandes bosques, se ordenaban en torno a una plaza central, terreno de pasto y de refugio para los animales domésticos; todas las granjas se abrían a este *green* (o *square*) y en el exterior, frente al bosque hostil, los muros ciegos aseguraban una sólida muralla continua contra los animales salvajes o los bandidos. Pero, una vez consolidada la seguridad, otras casas se construyeron algo más alejadas y dispersas, o a lo largo de la avenida que corría al pie del primer gran muro (la *black lane*). Pero sólo las primeras granjas, las que daban al *green*, a la iglesia y al pozo se beneficiaban de los derechos colectivos y del derecho de pasto para sus animales [6].

El paisaje variaba según la fuerza de las coerciones comunitarias, el grado de evolución y las etapas de la construcción. Por ejemplo, en Kent, en una serie de terrenos aldeanos divididos en gran número de campos densos y donde los terrazgueros poseían unas parcelas alargadas, parte del hábitat se concentraba alrededor de la iglesia, pero otra parte se dispersaba en granjas y caseríos [7].

b) *Pueblos-calle*

Un tipo muy particular del *open-field* de campos regulares era el *Waldhufendorf*, pueblo forestal. Las casas se repartían a una y otra parte del camino, eje principal de la roturación que seguía generalmente el curso de un valle. Detrás de cada casa, una parcela alargada, perpendicular al camino, llegaba hasta la orilla de los bosques. Eran los terrenos dispuestos en *espina de pescado* (*arêtes de poissons* en francés o *Reihendoerfer* en alemán). En los *Marschenhufendorfen*, terreno de marismas desecadas, el canal formaba el eje del pueblo. Encontramos aquí un *open-field* sin hábitat agrupado:

las casas se dispersaban a varios kilómetros unas de otras en toda la extensión del terreno roturado.

Este último paisaje estuvo también ligado esencialmente a las roturaciones. Aparecía en Alemania del sur, en los valles de Baviera y de Austria, desde los primeros trabajos realizados por las abadías carolingias. Hacia 1300 se extendió considerablemente, y no sólo en toda la Europa central (llanuras de Polonia, pueblos forestales al pie de los Cárpatos, valles de los Alpes), sino también en Francia, en los límites de las Ardenas e incluso en las llanuras de la cuenca de París. El *Waldhufendorf* era «una forma de roturación en estado puro»[8]. Se vuelve a encontrar en los pueblos forestales de Normandía, *pueblos-nebulosa*, que se extienden con frecuencia en 10 o 20 km. Así, por ejemplo, los *pueblos-calle* fundados hacia 1260-1280 por los arzobispos de Rouen en el bosque de Aliermont: Croix-dalle, Notre-Dame-d'Aliermont; o aún, en la misma época, los de los bosques de Longboël (Neuville, Champ-d'Oisel), de Evreux y de Breteuil[9].

c) *Open-field «irregular»*

El terreno de campos abiertos e irregulares difería sobre todo por la forma de las parcelas. Lejos de reproducir el firme ordenamiento de los tipos clásicos del *open-field* septentrional, estos campos, más frecuentes según parece en los países mediterráneos, dibujaban un rompecabezas inextricable y caprichoso, con parcelas más densas, no forzosamente más grandes, pero rara vez en forma de cinta. La variedad de estos paisajes era muy sensible, por ejemplo, en los campos del Bordelais. Los campos muy irregulares, sin ninguna forma geométrica ni plano de conjunto, dominaban en planicies y vertientes de ocupación ya antigua. En el Entre-deux-Mers, esta irregularidad aparecía aún más acentuada y la superficie de los campos era muy variable: se trataba de la obra de pioneros aislados o de pequeñas comunidades campesinas que atacaron los bosques o las landas. Por el contrario, en los Graves, en los Palus y tierras baldías al norte de Burdeos, se encuentran parcelas alargadas más regulares o, en todo caso, mejor ordenadas, que recuerdan a menudo una conquista bastante reciente debida a la bonificación de las tierras húmedas. Por fin, aquí y allá, algunos cercados para los viñedos y, en los fondos, una serie de fosos que delimitaban pequeñísimas unidades de cultivo[10]. Esta variedad y estos mismos contrastes se encuentran en todos los países del Centro y del Mediodía: contrafuertes del Macizo central, Provenza y, sobre todo, el Languedoc.

2) Paisajes agrarios y explotación del suelo

A) La primacía de los cereales

En las fértiles tierras bien cuidadas la civilización rural fue esencialmente una civilización del trigo.

En el Norte existían las regiones de cereales de la gran llanura europea. En Alemania del norte, Brandeburgo, Holstein, Pomerania y Prusia aseguraban el gran tráfico de los mercaderes de la Hansa que exportaban los granos por Rostock, Stettin y, sobre todo, por Dantzig. También en los mejores suelos de las llanuras de Flandes. En Inglaterra, los grandes *manors* de los Midlands y del este mantenían numerosos y potentes instrumentos de labranza. Una ancha banda de ricas tierras de trigo corría de este a oeste: desde el East Suffolk y país de Norwich, por el Cambridgeshire y la cuenca alta del Támesis, hasta el estuario del Severn, en el condado de Bristol [11].

En la Francia septentrional, Picardía, Normandía, Vexin y, más al este, Artois contaban con elevadas densidades humanas mientras Lorena daba ricas cosechas; hacia el sur, señalemos las planicies de Borgoña y el Poitou. Valois y el France hasta la llanura de Gonesse (que durante mucho tiempo suministró el pan consumido en París), Brie y Beauce alineaban sus campos de cereales, sólo cortados por valles con vertientes más verdes, con sus árboles frutales y, a veces, sus viñedos. Sin embargo, este paisaje aparecía siempre muy compartimentado: los suelos mejores no se extendían hasta el infinito sino que, por el contrario, estaban cercanos a los bosques y a los bajos fondos húmedos: arenas del Hurepoix y del Gâtinais. L'Ile-de-France ofrecía variados aspectos; algunos suelos, ricos pero difíciles de trabajar, fueron conquistados muy poco a poco y, a veces, mucho más tarde.

Ya fuesen antiguos terrenos o conquistas recientes, nos hallamos ante el más importante ejemplo de los grandes hogares agrícolas de Europa occidental, donde los hombres eran más numerosos, los rendimientos más elevados y las hambres más escasas; y, en definitiva, donde se desarrollaron más pronto los perfeccionamientos esenciales de las técnicas y los modos de cultivo: grandes arados con ruedas delanteras, utilización preferente del caballo en lugar del buey, multiplicación de las labores agrícolas y sistemática rotación trienal. Las tierras de l'Ile-de-France supusieron entonces la fortuna de París; sin ellas no podría explicarse el enorme desarrollo de la capital ni el poderío político de los Capetos. Ninguna dinastía ni

ciudad encontraron próximas a ellas tan importantes cosechas ni una campiña tan bien ordenada y rica.

Cultivo tradicional, aunque beneficiándose en numerosos países de importantes innovaciones técnicas en la búsqueda de elevados rendimientos, el de los cereales ocupaba, con mucho, la mayor parte de los terrenos en todo Occidente; aunque ciertamente con variable fortuna —desde la simple subsistencia a la gran producción para los mercados lejanos y desde la débil explotación a las siembras compactas— este cultivo constituyó la actividad fundamental de nuestros campos.

B) Asociación cereales-ganadería: rotación y división de las tierras

Sin embargo, en los suelos definitivamente conquistados por el hombre, la economía tradicional reposaba todavía en un justo equilibrio entre los campos de trigo y los baldíos.

En efecto, los prados de siega eran casi siempre muy raros [12]. En 1279, en el poblado de Whittlesford (Cambridgeshire), sólo ocupaban 44 acres frente a los 1363 ocupados por las tierras cultivadas; y, cerca de allí, en Sawston, 82 frente a 1243. Esto es, ocupaban casi la misma superficie que las casas, los cercados y los huertos [13]. Terreno vallado y plantado a veces de árboles frutales, el prado daba magnífica hierba, segada varias veces al año: provisiones para el invierno o haces de forraje que se llevaban a la ciudad vecina. Las praderas sólo proporcionaban un complemento de hierba cara; generalmente la ganadería no era posible sino gracias a los bosques, landas o baldíos. La necesidad de reservar amplios terrenos de pasto para los rebaños, sobre todo para los de los pobres, marcó profundamente los paisajes agrarios durante siglos. A menudo imponía prohibiciones; otras veces, favorecía las prácticas comunitarias.

a) *Pasto libre y rotaciones*

Casi siempre, los cultivadores abandonaban al ganado los rastrojos y los hierbajos crecidos rápidamente en las tierras segadas. Este derecho al pasto libre se ejercía también en los campos no sembrados, es decir, en los barbechos [14]. El campesino dejaba la tierra reposar entre las siembras: he aquí una regla absoluta de la economía medieval que se explica por la mala calidad de ciertos

suelos y de los abonos, así como por la insuficiencia de las labores de cultivo. Estas tierras en reposo, los barbechos, alternaban con las sembraduras según un ritmo variable.

La *rotación bienal*, en la que se sucedían un año de cereales y un año de barbecho, era una práctica directamente surgida del cultivo temporal, del que siempre conservó ciertos hábitos. La *rotación trienal* representaba un evidente progreso: dos años de producción frente a uno de barbecho; cereales de invierno (por ejemplo, trigo candeal o centeno) y, tras un reposo que duraba más de seis meses, cereales de primavera (avena, cebada) y, por fin, el barbecho [15].

La repartición de los dos tipos de rotación de cultivos no es fácil de señalar sobre un mapa. Marc Bloch mostró ya las excepciones que llevaba consigo la tradicionalmente admitida distinción entre los países del Norte y los del Mediodía. El ritmo bienal subsistía aún en muchas regiones septentrionales: por ejemplo, en Alsacia o en Bretaña [16]. Por el contrario, la tercera temporada de siembra fue introducida a veces en los países meridionales a partir del siglo XIII.

En 1338, en los terrenos de los hospitalarios situados en las regiones montañosas de la alta Provenza, donde «ningún cereal podía fructificar», los cultivos se limitaron ciertamente a los trigos de invierno en rotación bienal. Pero, en otros lugares, como en los valles meridionales, la cebada y la avena podían introducirse en una tercera tierra, tan extensa a veces como las otras dos. Esta práctica de cultivo en *restouble*, con sementera en marzo, estaba por otra parte más extendida en las pequeñas tenencias campesinas que en las tierras de la reserva señorial. Obligados por la necesidad, los pobres se arriesgaban con más decisión [17].

De hecho, no se trataba en absoluto de dos tipos de civilización netamente separados ni de una oposión entre dos «herencias». Las rotaciones variaban, en la misma región, de una comarca a otra e incluso a veces en el interior del mismo terreno [18]. Y es que, de una manera más simple, ellas correspondían a diversas etapas de la ocupación del suelo y su evolución respondía frecuentemente a la presión demográfica y a la búsqueda de cosechas más importantes o más variadas en una misma tierra.

En Toscana, el desarrollo de la propiedad «burguesa» y de la economía de mercado provocó el paso de la rotación bienal a la trienal: dos años de granos (*grano* y *ringrano*, de hecho a menudo se obtenían judías) y uno de barbecho (*terra maggensis* dejada *ad bonam coloriam*); así sucedía, por ejemplo, en el terreno de Santa Maria Impruneta donde los campesinos, con frecuencia apar-

ceros, efectuaban varias labores con la azada, y empleaban el abono animal comprado en la ciudad o el abono verde (altramuces plantados en marzo, después de la cosecha, y enterrados en otoño) según la práctica del *sovescio* [19].

Esta búsqueda de mayores beneficios condujo a los campesinos de las tierras más ricas a sembrar en el barbecho, rebasando así el ritmo trienal: en vísperas del siglo XVI, los hombres de Hainaut no sembraban guisantes ni habas, plantas agotadoras que no suprimían el barbecho, sino más bien arvejas, en cultivo robado al barbecho, ganando así una cosecha [20].

Por el contrario, las regiones de ganadería especializada empleaban ritmos más laxos donde los baldíos y la hierba ocupaban el suelo la mayor parte del tiempo; al norte de la Thiérache, hacia 1450, los ganaderos impusieron a sus campos, ya bastante escasos, unas rotaciones originales e irregulares: avena y barbecho o avena y herbajes cada cuatro o cinco años [21].

b) *Coerciones, derechos de ban y división de las tierras*

En ciertas regiones de *open-field*, el pasto libre y la rotación de los cultivos implicaban una serie de servidumbres colectivas y una estrecha vida comunal. Primeramente, la obligación de no cerrar lo campos, salvo con empalizadas móviles o con vallas que se pudiesen levantar fácilmente en el momento oportuno, con el fin de garantizar el paso a los animales conducidos por un pastor comunal, personaje importante que ocupó un lugar destacado en el folklore medieval [22]. Después, la obligación de dividir el suelo en un número variable de *quartiers (cuarteles)* donde se cultivaría lo mismo. Eran los *cantons* y los *climats* en las regiones de habla francesa; los *Gewanne* en Alemania; y en Inglaterra, los *furlongs*, netamente visibles en los planos parcelarios.

A veces incluso se desarrolló la práctica de efectuar esta división bienal o trienalmente: los *cuarteles* se agrupaban entonces en bloques compactos e importantes, poco numerosos, llamados a menudo *soles (añojales)*, en número de dos o cuatro, y tres o seis según el tipo de rotación adoptado (bienal o trienal). Estos *añojales* se repartían todo el terreno cultivado del pueblo. Así encontramos tres *royes*, tres *fins*, en el norte de Ile-de-France o en Champagne [23]; tres *felder* o *zelgen* en Alemania, *vang* y *fält* en Suecia y *vang* o *aas* o *skift* en Dinamarca. El sistema se utilizó también en Inglaterra donde los campos, agrupados en varios bloques primarios llamados *furlongs*, formaban tres *fields* señalados por límites permanentes y por topónimos muy concretos [24].

Aquellos *cuarteles* y *añojales* que, en las tierras de rotación trienal y de campos abiertos y regulares, constituían los elementos

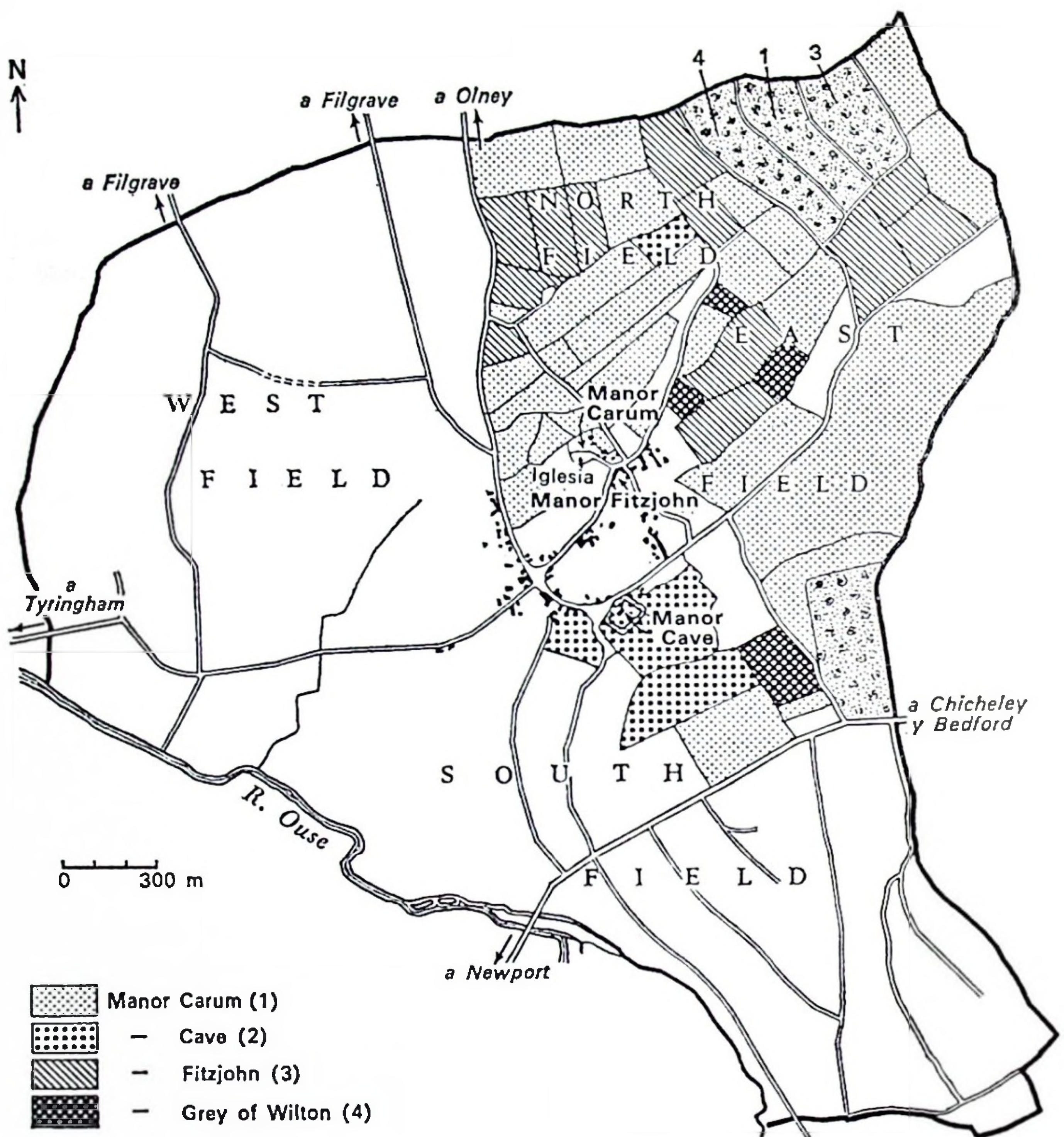


FIG. 5. Plano de la tierra de Sherington hacia 1300
(Según A. C. CHIBNALL, *Sherington* [163], lám. fuera de texto)

esenciales del paisaje agrario, se encuentran también en algunas regiones de campos irregulares y de rotación bienal. En Cerdeña, las tierras cultivadas se dividían estrictamente en dos bloques, en cada uno de los cuales se atribuían las tierras al campesino: uno daba trigos mientras el otro se dejaba en barbecho [25].

La práctica de la división de la tierra no fue tampoco una «herencia» ni un rasgo fundamental e inmutable de la civilización agraria; no estaba ligada a las condiciones físicas y ni siquiera a los tipos de explotación. Traducía más bien una mayor organización de la comunidad rural: calendario de los trabajos, rebaño común y ritmo de los cultivos aceptado por todos. Tales coerciones, impuestas por un señor o por la propia comunidad formaban, de hecho, lo esencial del derecho de *ban* y del poder de mando en el campo [26].

c) *Los baldíos y los rebaños*

Todavía en aquella época, ciertos terrenos reservaban al ganado, más allá de los campos sembrados (el *ager*), grandes extensiones de bosque y baldíos (el *saltus*). Estas reservas eran indispensables para la explotación de los campos. En algunas regiones del Norte se oponía con claridad el término cultivado a las tierras de los alrededores, mantenidas al margen de la rotación regular y de la repartición. Así ocurría en Alemania, con los campos del *Einwirtschaf* y con los bosques y baldíos de *Feldwirtschaft*, y en Escocia, con el *in-field* y el *out-field*, a veces separados por un muro continuo de piedras secas. En varios condados de Inglaterra, como Devon o el Hertfordshire, una serie de caseríos o granjas construidos en los siglos XII y XIII estaban rodeados por un islote de pequeños campos irregulares, cerrados por obstáculos de tierra, mientras se conservaban en los alrededores gran parte de los bosques primitivos, formando bloques densos [27].

Cerdeña ofrecía un ejemplo extraordinario de esta repartición del suelo entre landas y tierras cultivadas. Cada poblado comprendía huertos y viñedos cercados que se situaban alrededor de las casas, tierras de labor y, por fin, el *saltus*, donde pacían los rebaños. Las tierras cultivadas, a menudo de propiedad comunal, se llamaban tierras *de cuerda*, palabra que recordaba la manera de medirlas y distribuirlas, cada dos o cinco años, entre las familias del poblado; eran las tierras del cultivador, de la *habitacione* o, por deformación, *vidazzone*. Por el contrario, el *saltus* era entregado a los pastores que conducían el ganado semisalvaje, llamado *rude* por oposición al ganado domado *(masedu)* que era admitido en los barbechos de la *habitacione*. Un documento de 1320 aproxima-

damente precisa con claridad: «Los vaqueros están obligados a mantener sus vacas en las montañas reservadas, que deberán estar lejos del pueblo, lejos de la *habitacione* sembrada y lejos del barbecho cubierto de pastos [...]». La protección de los cultivos contra las depredaciones del ganado era la principal preocupación de los campesinos y la razón de ser de la comunidad aldeana. Cada habitante debía prestar juramento de que no causaría daño alguno a los campos y de que se opondría a quien lo intentase; este juramento era la *scolca* y la misma palabra se utilizó pronto para designar al propio pueblo[28].

De esta forma, la ganadería libre más allá de las tierras sembradas caracterizaba igualmente al paisaje agrario, imponiéndole una estructura particular de rasgos originales. En ciertas regiones, el progreso de la ganadería había alterado ya la economía agraria, introduciendo nuevos tipos de roturaciones así como nuevos paisajes.

d) *Conclusión: el ejemplo inglés*

Desde el siglo XIV Inglaterra era con mucho el primer país productor de lana de la Europa occidental. Pero, según las regiones, la cría de la oveja no presentaba las mismas características.

En ciertas regiones, se integró perfectamente en la economía clásica (asociación cereales-ganadería) y no modificó el *open-field* tradicional ni las coerciones colectivas de las comunidades aldeanas. En esta época, los rebaños del país de Sussex, muy numerosos en las tierras de trigo de los South Downs, sobre todo hacia el este, en torno a Chichester, iban a pacer en los rastrojos o en los barbechos[29]. La feria de lana de Winchester se celebraba cada año durante el mes de septiembre.

Sin embargo, grandes regiones de ganadería especializada empezaban ya a desarrollarse. Los rebaños de ovejas ocupaban las landas y los baldíos, las marismas poco consolidadas y los terrenos aún semiboscosos: ello sucedía en el País de Gales, en la cadena Penina y, sobre todo, en East Anglia, Yorkshire y Lancashire. Aquí, las roturaciones estuvieron en seguida íntimamente ligadas a la ganadería. A partir de 1225, los campesinos de South Damerham, en el Wiltshire, condado que sin embargo no se contaba entre las más importantes regiones de ganadería, habían construido en las colinas de Merton un caserío de pastores donde 198 aldeanos poseían 3760 ovejas[30].

Si la ganadería campesina sólo puede medirse a través de contados documentos, conocemos mucho mejor la acción de las abadías, en particular las cistercienses, que, sobre todo en los condados del este, impusieron esta orientación, adoptando desde el principio una

economía muy particular, ya especializada, y, por tanto, un paisaje agrario donde los baldíos triunfaban sobre las sementeras. Las cuatro abadías cistercienses de la comarca de Stoneleigh, en el Warwickshire, poseían, en 1300-1310, un total que se aproximaba a las 20 000 ovejas [31]; otros monasterios tenían cada uno 15 000 o 20 000. Lo mismo puede decirse de los grandes señores: el obispo de Winchester tenía, en 1259, 29 000 cabezas y el duque de Lincoln, en 1303, más de 13 000 [32].

Así la especialización pastoril explicaba en Inglaterra los rasgos particulares de los paisajes agrarios: por una parte, los clásicos suelos de trigo, y por otra, las regiones de ganadería del norte, este y oeste, donde el hombre no cultivaba el suelo, sino que se contentaba con algunas pequeñas parcelas cercadas y pegadas alrededor de las casas, prefiriendo recorrer las landas o las marismas en pos de sus rebaños.

3) Intentos de explicación; vida del paisaje agrario

Todos los datos que preceden subrayan la extrema variedad y, por ello mismo, la complejidad de los paisajes agrarios; muestran también su encabalgamiento en las mismas regiones y nos llevan a rechazar toda imagen que intente repartir las estructuras agrarias en grandes y compactos bloques regionales, como, por ejemplo, los países del norte europeo y los países meridionales.

Por otra parte, incluso en su detalle, los paisajes y los diversos modos de hábitat no pueden explicarse invocando el determinismo geográfico (condiciones del suelo, del relieve o del clima) [33], ni cierto determinismo de las técnicas (aquí el caballo y allí el buey de labor; aquí el arado con ruedas delanteras y allí el arado romano mediterráneo). No cabe duda de que el empleo de uno u otro instrumento imponía determinadas servidumbres e incluso introducía ciertos rasgos originales del paisaje [34]. Por ejemplo, en los campos ingleses se debió acondicionar, en el extremo de cada *furlong (cuartel)*, una parcela transversal *(headland)* para poder girar el arado de ruedas. Estas *cabezas de campos* o *crestas de campos* existían, quizás un tanto más estrechas, en todos los países de *open-field;* así, el *buttier* de Normandía y la *fourrière* en Picardía. En la Alemania media, se trataba de la banda de tierra llamada *Ackenberg,* formada por los depósitos sucesivos de tierra que se abandonaban en cada labor [35]. Pero el empleo del arado de ruedas sólo deter-

minaba algunos aspectos particulares y nunca los rasgos generales del paisaje agrario. Suecia, país de campos abiertos y regulares por excelencia, no conoce aún el arado de ruedas.

El paisaje agrario se debe más a las estructuras sociales, a la economía, a las solidaridades humanas e incluso a las mentalidades colectivas; se puede explicar con más facilidad si consideramos las circunstancias y las características de la roturación, las etapas de la puesta en valor, las jerarquías sociales y la fuerza, más o menos coercitiva, del *ban* aldeano.

Tales circunstancias y estructuras evolucionan constantemente, y sería un grave error creer en un paisaje agrario inmutable así como detectar automáticamente, detrás de las formas actuales, sus primeros orígenes. De aquí proceden los estrepitosos —aunque ya antiguos— fracasos de las explicaciones por el determinismo geográfico o de las teorías etnográficas expuestas por Meitzen al final del siglo pasado [36]. Ya Marc Bloch criticaba durante aquella obsesión por la prehistoria o por el factor étnico: «Nuestros setos, ¿son neolíticos o célticos? A la luz de la experiencia ni siquiera estamos seguros de que sean medievales». Y decía también: «Algunos olvidan que entre la prehistoria y el presente se interpone la historia» [37].

Así pues, la historia de los paisajes de la Europa occidental sería la historia de una lenta evolución y, con frecuencia, la de varias transformaciones contradictorias. Analizar la situación en un determinado momento sólo es captar un instante de la vida movediza del paisaje agrario.

Ello debería conducir no tanto a la realización de grandes cuadros que abarquen amplias regiones y varios siglos como a la multiplicación de estudios minuciosos y concretos de zonas muy bien definidas [38].

El propio *open-field* regular no siempre se construyó por fuerza como resultado de la roturación colectiva de un amplio territorio. Es verdad que en Renania y en el sur de Alemania, los textos mencionan con claridad las prácticas colectivas y las coerciones del *open-field* desde el siglo IX, por lo que resulta verosímil la relación entre el *manor* carolingio y esta estructura agraria perfectamente administrada [39].

Sin embargo, en otros lugares, y con mucha mayor frecuencia, el paisaje de campos abiertos resultaba de una creación continua o de una transformación relativamente brutal, como consecuencia de una política determinada.

En ciertas regiones, la primera roturación dio como resultado, simultáneamente, una serie de cuarteles de delgadas parcelas y unos

campos muy irregulares[40]. En otras zonas, se desarrollaba paulatinamente, a lo largo de generaciones, el paso de los campos construidos por pioneros aislados, campos irregulares rodeados de cercas que los defendían de los animales del bosque, al *open-field* regular: así lo vemos en el Yorkshire, donde la roturación inicial databa con frecuencia del siglo XIII y donde la construcción del *open-field* se prosiguió durante más de cien años[41]. En lo que respecta a los viejos terrenos cultivados desde antiguo, los textos sólo mencionan deliberadamente las prácticas del *open-field* para épocas bastante tardías. En los valles de las montañas alemanas y al este del Elba, las reglas comunitarias sólo hicieron su aparición, muy progresivamente, al final de la Edad Media y, a veces, mucho más tarde. La institución tomó cuerpo en lentas etapas para alcanzar su plenitud y rigor muy tarde, «en el mismo momento en que su decadencia iba a comenzar»[42].

Los rasgos particulares del paisaje de *open-field* derivaban también de las estructuras sociales, de su evolución y del eterno conflicto entre la fuerza de las coerciones comunitarias o colectivas y el individualismo de los campesinos provistos de tierras.

En Normandía, las roturaciones de los grandes bosques, y las aldeas forestales ofrecían por lo menos dos tipos de paisajes, según que «la ley del grupo» se impusiese con mayor o menor fuerza: Saint-Nicolas-d'Aliermont se extendía a lo largo de 17 km con unas parcelas, situadas a una y otra parte de este eje, muy estrechas (de 14 a 35 m) y muy largas (1400 m), mientras que los pueblos del Bosc, más solidarios, se construían sobre dos ejes perpendiculares y presentaban una forma semicircular más recogida[43].

G. Sivery ha estudiado unos notables ejemplos de la formación, evolución e incluso desaparición de estos paisajes de *open-field*. En las planicies de Hainaut, sobre todo en el Cambrésis, tipo perfecto de país de campos abiertos, las estructuras, la distribución de la propiedad, las formas de los campos y las coerciones que imponía la división de las tierras evolucionaban constantemente. En su origen, la roturación agrupada y la explotación en común impusieron una distribución de las tierras en grandes bloques compactos; las parcelas sólo aparecieron más tarde y muy poco a poco. La forma de estos campos individuales también cambió y el paisaje agrario se fragmentó aún más: campos en cinta, muy estrechos y alargados; en algunas regiones, esta transformación del paisaje sólo aconteció entre el año 1300 aproximadamente (campos de 3 a 10 ha) y el año 1400 (campos de 1 ½ a 2 ha)[44].

Por otra parte, la repartición del terreno aldeano en grandes añojales (o *roies*) y la rotación colectiva *(arroyage)* respetada por todos los campesinos, no se desarrollaron en estas regiones de *open-field* sino de una manera muy desigual y, a veces, incierta. En algu-

nas comarcas de transición o de paisajes mixtos, la coerción colectiva para el *arroyage* era muy rara; cada campesino decidía cuál debía ser la rotación de sus cultivos. De hecho, la división de las tierras en cuarteles dependía de la economía y de la fuerza de las coerciones, ya fuesen señoriales o colectivas. En las regiones del Hainaut oriental, ciertos grandes señores impusieron la percepción de unas rentas sobre tres añojales y, por tanto, obligaron a la rotación colectiva. En Cambrésis, por el contrario, después de 1450 aproximadamente, la abadía de Saint-André-du-Cateau sólo mantenía la rotación en sus propias tierras y no podía hacerla observar a sus campesinos; cada arrendatario *(fermier)* o posesor de una tenencia disponía de sus campos a su antojo: la debilidad del derecho de *ban* suponía la debilidad de la economía cerealista, y conducía a la afirmación de un individualismo que se traducía en el desarrollo de los pastos y de los cercados [45]. El *open-field* perfecto y la rotación colectiva correspondían así a determinadas condiciones particularmente favorables y a un momento preciso de la evolución del paisaje y de las prácticas. G. Sivery observa también que una densidad humana demasiado elevada no permitía imponer la rotación colectiva en el conjunto del terreno [46].

A. Plaisse describe asimismo ciertas formas más o menos rígidas de la rotación trienal colectiva en los campos de Neubourg e indica claramente que esta obligación «no debía pesar de manera idéntica sobre todos los explotadores» [47].

De la misma manera, el *bocaje* u otros paisajes cercados no siempre se construyeron de golpe a partir de las primeras roturaciones. También evolucionaron; en muchas regiones, su historia está todavía por hacer. Con gran frecuencia, los cercados ganaron terreno y a los bocajes primitivos, nacidos del desbroce individual del bosque o de ocupaciones de tierras desordenadas y anárquicas en las marismas, a aquellos cercados de las roturaciones «en orden disperso», se añadía en ocasiones otro pacientemente construido sobre los antiguos terrenos de campos abiertos roturados desde hacía tiempo.

La colonización agraria del bosque de Arden, en el Warwickshire, ofrece un ejemplo manifiesto de esta evolución. Los primeros establecimientos, que databan desde los orígenes del poblamiento anglosajón hasta los años 1180-1200, consistían en un gran *manor* y un terreno campesino en *open-field*. Pero después, y hasta 1350 aproximadamente, las nuevas roturaciones dispersas se tradujeron en la aparición de granjas aisladas rodeadas de campos densos, con frecuencia cuadrados, y cercados por empalizadas o setos vivos plantados en montones de tierra [48].

He aquí un fenómeno bastante general y un importante cambio en las actitudes campesinas: el hombre prefería vivir aislado y roturar en solitario la tierra en lugar de aceptar la coerción de los trabajos comunitarios. Ello guardaba una indudable relación con la naturaleza de los suelos y con un mejor utillaje pero, sobre todo, con una serie de transformaciones sociales (ruptura de ciertas familias comunitarias) o con nuevas condiciones económicas: demanda de productos de la ganadería y extensión de los herbajes.

Esta evolución del paisaje afectó a todos los países donde se desarrollaba entonces una intensa vocación herbajera. Así sucedió en la Thiérache*, en Normandía, y en todo el oeste europeo; en esta época, se dibujaron nuevos bocajes mientras los campos abiertos sólo formaban ya, en ellos, unos bloques residuales y aislados, como vestigios de una época en que los setos eran mucho menos numerosos; así puede observarse, por ejemplo, en los *méjou* de Bretaña, los *wasti* de Devon y Cornualles, los *machairs* de Escocia y el *Esch* de Frisia formado por largos campos en cinta rodeados por *Kampen* irregulares y achaparrados. Los cercados roían el *open-field:* así lo vemos en Charente y en los límites occidentales del Macizo central, donde sin embargo los setos permanentes no se desarrollaron hasta más tarde.
Esta yuxtaposición de dos tipos de terrenos y la evolución del cercado al final de la Edad Media son muy bien conocidos por lo que se refiere a Devon y Cornualles. Un texto de 1286 permite describir muy exactamente el paisaje: las granjas, aisladas o agrupadas en caseríos y pequeños poblados de cinco a diez fuegos, estaban rodeadas por cercados estrechos, huertos y vergeles, bien cuidados y cultivados con la azada. Más allá se encontraban auténticos campos, igualmente cerrados con setos. Por fin, más lejos se extendían algunos campos abiertos para el cultivo de los cereales, en los cuales se ejercía el pasto libre; eran los *wasti.* Pero los *wasti* de Devon y Cornualles, a partir de esta época, comenzaban a ser cercados poco a poco, no por los señores, que tenían ya sus amplios *parques,* sino por los campesinos. La conquista del *open-field* por los cercados fue, en el oeste inglés, un «hecho espontáneo progresivo, esencialmente campesino y popular» [50].

Esta lenta construcción del bocaje y el encabalgamiento de estructuras que de ella resulta atestiguan con nitidez la extraordinaria diversidad de los paisajes agrarios y su incesante transformación, al tiempo que sugiere la imposibilidad de realizar una descripción que invoque sólo algunas reglas generales o ciertos esquemas rígidos.

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Cf. G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 169 que ofrece un análisis muy interesante de la variedad de los paisajes agrarios de Hainaut y muestra la frecuente imposibilidad de calificarlos. Los paisajes mixtos ocupaban, con relación a los de campos abiertos, una proporción del suelo muy elevada.
2. J. HATCHER, *Rural* [202].
3. G. SIVERY, *Structures* [252], págs. 205-206.
4. S. CÖRANSSON, Regular open-field pattern in england and scandivanian Solskifte, en *Geografiska Annaler*, Estocolmo, 1961.
5. W. G. HOSKINS, *Midland Peasant* [216]; W. O. AULT, *Open-field Farming* [147].
6. W. G. HOSKINS, *The Making* [217].
7. A. R. H. BAKER, Open-fields (*E.H.R.*, 1964).
8. A. MEYNIER, *Les paysages agraires* [234], págs. 119-120.
9. R. DION, *La part de la géographie* [175]; según L. DELISLE, *Etudes sur la condition de la classe agricole et l'état de l'agriculture en Normandie au Moyen Age*, 1851, págs. 396 a 417; A. PLAISSE, *La baronnie* [240], páginas 277-290.
10. R. BOUTRUCHE, *La crise d'une société* [160].
11. H. G. DARBY, *A Geographical history* [166], pág. 236.
12. Sin embargo, véase A. NOMPAIN-ROUSSEY, La prairie de Lampanne, une région bourguignonne productrice de foin à la fin du Moyen Age (*Annales de Bourgogne*, 1967, págs. 129-155).
13. Citado por R. DELATOUCHE y R. GRAND, *L'agriculture* [171], pág. 292.
14. Particularmente M. BLOCH, *Caractères* [156], I, pág. 24.
15. D. FAUCHER, L'assolement triennal en France (*Etudes rurales*, 1961).
16. La rotación trienal no se extendió hasta muy tarde en el Palatinado y en la baja Alsacia: G. SCHRÖDER-LEMBKE, Wesen und Verbreitung der Zweifeldwirtschaft im Rheingebiet, en *Zeitschrift für Agrargeschichte*, 1959.
17. G. DUBY, *Techniques et rendements* [179].
18. Así lo vemos en los campos de Neubourg, en Normandía, donde algunos terrenos estaban sometidos a «rotaciones encabalgadas». Cf. A. PLAISSE, *La baronnie* [240], pág. 233-235.
19. D. HERLIHY, *Santa Maria Impruneta* [205], págs. 252-253.
20. G. SIVERY, *Structures* [252], págs. 222-223.
21. *Ibíd.*, págs. 209-210.
22. M.-T. KAISER, *Le berger* (cf. *supra*, pág. 35, nota 25).
23. M. BLOCH, *Caractères* [156], I, pág. 31.

24. P. de Saint-Jacob, Les enclosures anglaises (*Information historique*, 1955); W. Beresford, Ridge and Furrow, in the Open-Field (*E.H.R.*, t. I, 2.ª serie); *Medieval England* [153]. Los límites de los *furlongs* y de los *fields* se mantuvieron con frecuencia inmóviles durante siglos: carreteras, caminos, senderos, pasos y pistas, o numerosos mojones *(landmarks)* que podían ser cruces o estelas de piedra, o también setos, obstáculos de hierba plantados de árboles. Cf. A. R. H. Baker, Open Fields and Partable Inheritance on a Kent Manor (*E.H.R.*, 1964). Los 380 acres de tierras del poblado de Cuxham, en el Oxfordshire, estaban regularmente divididos en 3 *fields*, de 120 o 130 acres, que llevaban los nombres de los pueblos más próximos; no se registró cambio alguno en los límites de estos *fields* desde el becerro de 1447 hasta el siglo XVIII. P. D. A. Harvey, *A Medieval* [201]. Estudio muy preciso de la formación y los límites de estos *fields* en E. A. Pocock, The First Fields in an Oxfordshire Parish (*The Agricultural History Rewiew*, 1968, págs. 85-100).
25. M. Le Lannou, *Pâtres et paysans* [229], pág. 130.
26. G. Sivery, *Structures* [252], págs. 306-307, 461; cf. *infra*, pág. 267.
27. W. G. Hoskins, *The Making* [217].
28. M. Le Lannou, *Pâtres et paysans* [229], pág. 115.
29. R. A. Pelham, The distribution of Sheep in Sussex in the early XIV century, en *Sussex Archeological Collections*, 1934; citado por H. G. Darby, *A Geographical* [166], pág. 241.
30. *Ibíd.*, pág. 245.
31. J. B. Harley, *Population* [200].
32. N. Neilson, Medieval Agrarian, en *C.E.H.* [91], t. I, pág. 463.
33. R. Dion, *La part de la géographie* [175].
34. D. Faucher, *A propos* [184].
35. A. Meynier, *Les paysages agraires* [234], págs. 125-126.
36. A. Meitzen, *Siedlung und Agrarwesen der Westgermanen und Ostermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slaven*, 3 vols., 1895.
37. M. Bloch, *Caractères* [156], II, págs. 65-66.
38. Puesta a punto de E. Juillard, A. Meynier, X. de Planhol y G. Sautter, Structures agraires et paysages ruraux; un quart de siècle de recherches françaises (*Annales de l'Est*, Memoria n.º 17, Nancy, 1957). Cf. también un ejemplo muy interesante de una investigación regional llevada a cabo con sumo cuidado por la exactitud y la precisión: G. Sivery, *Structures* [252], páginas 125-255.
39. G. Sivery, *Structures* [252], pág. 253.
40. O. Tulippe, *L'habitat rural en Seine-et-Oise, essai de géographie du peuplement*, Lieja, 1934.
41. M. T. Bishop, Assarting and the growth of the open-field, en *Economic History Review*, 1935, págs. 13-29; cf. también X. de Planhol, Essai sur la formation du paysage rural à champs ouverts (*Annales de l'Est*, 1959).
42. A. Meynier, *Les paysages agraires* [234], pág. 149.
43. A. Plaisse, *La baronnie* [240], págs. 277, 278, 284 (n. 124), 287.

44. G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 173 (particularmente n. 6 y 7), 186, 187 y Recherches sur l'aménagement des terroirs des plateaux du Hainaut-Cambrésis à la fin du Moyen Age (*Revue du Nord*, 1969, págs. 5-26).
45. G. SIVERY, *Structures* [252], págs. 191, 215 y ss., 225 a 232.
46. G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 240.
47. A. PLAISSE, *La baronnie* [240], págs. 291 a 294.
48. B. K. ROBERTS, A study of Medieval Colonization in the Forest of Arden, Warwickshire (*The Agricultural History Review*, 1968, págs. 101-113).
49. G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 208.
50. P. FLATRÈS, *La structure* [189] y Les anciennes structures rurales de Bretagne d'après le cartulaire de Redon. Le paysage rural et son évolution (*Études rurales*, 1971).

Capítulo IV

Paisajes urbanos y nuevos paisajes agrarios

A lo largo de los siglos la ciudad medieval fue una creación continua, constantemente recomenzada y, en suma, nunca acabada. Además, la ciudad conquistó pronto las tierras vecinas, les impuso una economía particular y, por tanto, también nuevos paisajes; éstos hicieron retroceder a los antiguos, es decir, a los terrenos propiamente campesinos.

1) Las etapas del auge urbano y el plano de las ciudades

También el paisaje urbano se construyó poco a poco, como resultado de una lenta elaboración, cuyas etapas resulta difícil señalar con claridad, o bien de reconstrucciones parciales después de las guerras y los incendios [1].

Por ello, además de los imperativos del relieve, las circunstancias de esta colonización urbana y la actividad política o económica de sus habitantes introdujeron variantes muy sensibles: organización general del plano, trazado de las calles y de los cruces, densidad de las casas y de los hombres, especialización y jerarquía de los barrios. Los paisajes urbanos nos aparecen, por lo menos, tan diversos como los paisajes agrarios. Y, al igual que ellos, evolucionaron muy de prisa.

A) La herencia de Roma y de la Alta Edad Media

La ciudad medieval fue heredera de largas y antiguas tradiciones, a menudo muy complejas [2].

a) *La ciudad romana*

En los países meridionales, particularmente en Italia, donde la continuidad histórica desde la época romana no ofrece duda alguna, se mantuvieron durante siglos las calles rectas y cortadas en ángulos rectos. Esta planta evolucionó lentamente en las ciudades de llanura o en aquellas otras que desplegaban su amplitud en los valles. En Florencia, los dos ejes romanos formaban el sólido armazón de la ciudad, se cruzaban cerca del antiguo *forum*, convertido en mercado central, y conducían a las cuatro puertas principales de la ciudad [3]. También en Milán, la amplia *plaza de la ciudad*, con sus palacios del Común y del Podestà, ocupaba el emplazamiento del antiguo *forum* que, de esta manera, ordenaba todo el tejido urbano. Igual observamos en Turín y en todas las ciudades del Norte hasta Susa.

Sin embargo, en otras ciudades, las exigencias del relieve o una estructura política y social diferente imponían otro trazado; la herencia romana se degradaba y el *forum* desaparecía; únicamente la vía principal conservaba cierta prestancia: era la *platea lata*, la calle mayor, bastante discontinua y medio cortada por las grandes encrucijadas. Y así, a la tradición romana de la plaza central se opuso desde aquel momento la tradición medieval de la larga calle comercial. Esta *platea lata* se encuentra mucho más al norte, hasta en Lübeck, donde corre detrás del mercado y de la iglesia de Santa María. En la antigua ciudad romana de Metz, cerca del viejo *oppidum* galo, las únicas calles importantes, muy estrechas por lo demás, corrían en el sentido del eje del antiguo *cardo maximus* con dirección a las únicas puertas de la ciudad (puerta Mosela y puerta Serpenoise); las callejuelas que bajaban hacia el Mosela no permitían ninguna circulación.

Así pues, incluso desde este punto de vista, se enfrentaban desde el principio dos estilos de ciudades medievales: aquel en que se mantenía todavía casi intacta la planta romana y donde la vida se organizaba en torno a una gran plaza común heredada del *forum* y, al contrario, aquel otro donde la herencia romana se había alterado considerablemente y donde las actividades se hallaban mucho más dispersas.

b) *El castillo*

A esta antigua ciudad romana se agregó o se superpuso un *castillo* fortificado, construido en época bárbara, con frecuencia carolingia, y que sirvió de residencia durante mucho tiempo al conde o al vizconde [4]. Este castillo, gran complejo administrativo y especialmente militar, se alzaba con frecuencia fuera de la ciudad antigua; así lo observamos, todavía sin salirnos de Italia, en Génova, elevado sobre el antiguo *oppidum* ligur, en Arezzo y en Volterra. Pero, en numerosas ciudades solía ocupar una posición clave del antiguo centro, en el interior del recinto reconstruido; éste fue el

caso, por ejemplo, de Florencia y Milán. En los países del Norte, donde el recuerdo de la ciudad romana se había debilitado, el *castrum* era a menudo llamado *civitas.*

Este *castrum* o *civitas*, inicial núcleo urbano heredado de épocas antiguas, fue, a lo largo de toda la Edad Media, la ciudad de las iglesias y de los conventos, de las antiguas casas fortificadas y de las residencias aristocráticas; fue siempre un barrio de ricos propietarios terratenientes, con importantes superficies no construidas, con jardines y huertos cercados en las laderas y con hermosas mansiones a veces en ruinas.

Por otra parte, en las regiones menos urbanizadas durante la época de los romanos, ciertos grandes señores, dueños de tierras y poderes, construyeron en época más tardía sus castillos en las encrucijadas de los caminos y en los pasos de los ríos. Estos castillos fueron a menudo activos núcleos preurbanos en cuanto servían de etapa para los mercaderes y de centros de mercado, abrigando también hospitales y colegiatas. Así lo observamos en Forez al contemplar toda aquella serie de castillos que jalonaban el importante camino de la región de Forez y las rutas transversales; levantados en el siglo XII e incluso más tarde, aquellos fuertes señoriales dieron nacimiento a una serie de ciudades de pequeños comercios (Montbrison, Crozet, Saint-Germain-Laval, por ejemplo) [5].

B) Los tejidos urbanos espontáneos: burgos o arrabales

A estos barrios residuales, *civitas* o *castrum,* se oponían en cada ciudad los *burgos* o *arrabales,* creaciones medievales originales, construidas frecuentemente fuera del recinto amurallado.

a) *Los burgos*

Nacidos como consecuencia de un movimiento comercial muy activo o de nuevas industrias, los burgos señalaban las diferentes etapas de la expansión urbana; de ahí su distribución muy desigual y su carácter a menudo anárquico [6]. En las ciudades que conservaban la planta muy simple de las ciudades romanas, se establecieron primeramente en los grandes ejes de los caminos, en las cuatro puertas principales, o bien alrededor de los puestos de aduanas o de las primeras tiendas de revendedores y artesanos. En Florencia cada puerta estaba precedida de un burgo muy activo.

Pero todo ello era la excepción. Casi siempre, la ciudad medieval ordenaba una red de caminos muy complejos y caprichosos.

En los países del Oeste y del Norte, las poco numerosas vías romanas fueron sustituidas por un trazado de importantes caminos mucho más abigarrado pero mejor adaptado a las necesidades de las comunidades eclesiásticas y a los desplazamientos de gentes y mercancías. A la salida de la ciudad la circulación se diversificaba en un elevado número de itinerarios impuestos por las condiciones del relieve, las relaciones con el campo vecino y las necesidades del momento [7]. A veces, lejos de ordenarse según un plano regular, los arrabales se instalaban de una manera aparentemente caprichosa. Se fijaban en la desembocadura de un puente (Villeneuve-lès-Avignon, París, todas las ciudades del Rin, del Mosela y del Danubio), en la confluencia de un valle, en una encrucijada de caminos, al borde del mar allí donde se instalaba y desarrollaba el puerto comercial; otras veces, cerca de una abadía, o también, como sucedía en Italia y, sobre todo en el sur de Alemania, cerca de la mansión fortificada de una familia noble. En otros lugares, seguían la construcción de los molinos batanes instalados en las orillas y en las islas del río, cuyos brazos estaban encauzados con diques, canalizados y cortados en gran número de tramos [8]. El impulso demográfico permitió muy pronto llenar los vacíos, cosa que estaba plenamente acabada en el siglo XIV.

b) *Mercados y paisajes urbanos*

Aquellos arrabales eran esencialmente barrios de negocios. La ciudad se organizaba entonces en función de los mercados, que raramente se encontraban en el centro de la aglomeración y que no admitían punto de comparación con el *forum* romano. El mercado medieval no era ni más ni menos que una zona de paso y de encuentro fijada por una larga costumbre; este lugar podía ser un arenal a lo largo de un río, o con más frecuencia, la confluencia de dos o tres caminos en el momento de reunirse para franquear un puente, pasar una antigua puerta de la muralla o alcanzar los alrededores inmediatos de la catedral, de la abadía o del castillo. Por esta razón, aquellas largas plazas de mercado tenían formas irregulares, a menudo triangulares o en forma de pata de ganso; así aparecen en Génova y en las ciudades de Provenza.

Además, en las grandes ciudades, los mercados se especializaban. Hacia 1330 desaparecía de Barcelona el *mercadal*, plaza característica de las ciudades catalanas, y se organizaron entonces toda una serie de pequeños mercados en minúsculas plazas ubicadas cerca de las murallas: los había de trigo, vino o pescados.

Lo mismo sucedió en Venecia, a lo largo del canal, o en Génova, cerca del puerto: *clapa olei, clapa piscium*. La antigua plaza de la Chambre, en Metz, situada muy al interior de la *cité*, llegó a ser demasiado estrecha en los albores del siglo XIV, lo que dio origen a la plaza de los Cambios (triángulo comprendido entre la muralla y el Seille), a la más próxima de la Mercería; después, al gran mercado campesino del *Vicetum*, al del Quartereau para los granos, al de Neufbourg y, por fin, al de Champ-à-Seille[9]. En el Mediodía, la actividad se dispersaba así en verdaderos *zocos* estrechos, oscuros y cubiertos con grandes toldos blancos, donde se abría una serie ininterrumpida de exiguos tenderetes y pequeñas salas abovedadas situadas bajo las casas[10].

En toda Francia, los mercados diarios o semanales imponían un aspecto original al paisaje urbano y, a veces, incluso al propio entramado urbano. Así lo vemos en las ciudades de Forez; en Feurs los mercaderes se instalaban a lo largo de las principales calles *(in carreria...)* que a menudo llevaban el nombre de tal o cual mercancía; en otros lugares, la ciudad establecía, en un amplio espacio, una sistemática ordenación del mercado: emplazamientos perfectamente iguales y simétricos, pago de un censo uniforme por los *bancos* de venta protegidos por un simple abrigo, la *galería* (la *loge*) (116 bancos en Saint-Germain-Laval y 54 en Cervières). En Montbrison, el gran mercado quedó dividido en varios sectores especializados: para los objetos de cuero, para los tejidos *(aula sarzilorum)*, la sal *(sauneria)* y las cerámicas *(tupinerie)*; otros mercados especializados, dispersos por la ciudad, ofrecían a los parroquianos los granos, el aceite y los animales[11].

Por el contrario, la ciudad de Lübeck ofrecía un ejemplo perfecto de gran mercado instalado en una plaza de grandes dimensiones y alimentado en este caso no sólo por el comercio local, sino también por importantes negocios internacionales; al sur de la iglesia de Santa María se habían instalado 141 tiendas de productos de todo tipo, duramente disputadas por las grandes familias de mercaderes y repartidas en algunos sectores especializados[12]. En este mercado central, especie de bazar a la oriental, convergían todas las actividades de la ciudad.

Por su parte las ciudades fluviales presentaban otro paisaje urbano, muy característico: los arenales y los muelles, un elevado número de puertos bien delimitados y especializados, los mercados establecidos en las orillas y, sobre todo, las *etapas*, donde cada barquero y cada mercader debían exponer su cargamento; en Lille, los granos, el vino, las telas de lino y el glasto se negociaban en la *etapa*, a lo largo del Deule[13]. Y por fin, lo que constituía sin duda el rasgo más original, los puentes de madera o de piedra que soportaban en ocasiones molinos pero, más corrientemente, viviendas y tiendas; así podía observarse en el puente de Londres, en los puentes de París (puente de los Cambios, puente Notre-Dame y puente Saint-Michel) y en el Ponte Vecchio de Florencia

donde se instalaron al principio los carniceros y, más tarde, los orfebres; de hecho, estos puentes eran grandes vías mercantiles muy animadas: sobre el puente Notre-Dame de París había un total de 60 casas.

c) *Ferias y halles*

También la gran feria dejaba su huella en el paisaje urbano, con sus barracas de madera, sus galerías y sus mesas de cambistas, alineadas a una y otra parte de las anchas avenidas por donde pasaban clientes y mirones; ciudad ciertamente efímera, levantada deprisa y abandonada tras la partida de los mercaderes pero que, con todo, suscitaba corrientes de circulación, provocaba un dibujo particular del trazado urbano (con frecuencia, una convergencia de calles) y exigía acondicionar, intacto, fuera de la ciudad o de los burgos en pleno crecimiento, un considerable espacio libre, fácil de acceso y situado cerca del río, del puerto o de los más importantes caminos. La feria internacional o regional, instalada en dos, tres o cuatro temporadas durante varias semanas del año, acabó por hacer de la ciudad de feria un centro más próspero y original: casa de las aduanas, de los guardias y del baile *(bailli)*, depósitos, graneros y almacenes, tiendas en la planta baja de las mansiones vecinas, albergues y, sobre todo, grandes mercados cubiertos *(halles)*. En 1470, los burgueses de Caen hicieron «levantar hermosas y grandes construcciones, salas, cámaras, graneros y cilleros en el lugar delimitado por las cinco grandes calles, que desembocan en el cauce del río Ourne, para recibir las mercancías» [14]. En Falaise, las galerías elevadas en esta época para la feria de Guibray fijaron el trazado de las futuras calles de la ciudad: calles de Tours, de Alençon, de Rouen, de Bernay y de París (hacia 1495).

Ya fuesen mercados permanentes o semanales, ferias campesinas o grandes reuniones de extranjeros, la *halle*, a la vez depósito y lugar de venta, se convirtió en el principal centro del negocio: las había en cada burgo mercantil para recibir los granos y los tejidos de los campesinos, en las grandes ciudades para acoger los tejidos de los ciudadanos y en los terrenos de feria para los bienes de los extranjeros [15]. Es verdad que la importancia de la *halle* y su forma de insertarse en la ciudad variaban según las regiones y la naturaleza de los tráficos. Con frecuencia eran simples recintos cubiertos, ampliamente abiertos a la plaza del pueblo o sólo delimitados por un muro muy bajo, con tejados de tejas o de pizarra portados por gruesos pilares de madera o de piedra y bello maderamen, todo

lo cual protegía varios bancos, igualmente de madera, puestos sobre caballetes; así eran en las regiones de Francia [16], en Normandía, en Inglaterra y, con anterioridad, en las plazas de las bastidas del suroeste francés, donde los mercaderes solían utilizar también el abrigo que les ofrecían las casa con pórticos. Por el contrario, en las ciudades más activas, las *halles* eran sólidos edificios completamente cerrados por muros de piedra, de dos o tres pisos, coronados también por un amplio tejado; esta construcción abrigaba unos sótanos abovedados que servían de depósito, varias salas de exposición y de venta, otras para las medidas y los pesos, oficinas, una dependencia para las reuniones, las asambleas o el tribunal. En ciertas ciudades, sobre todo en Flandes, la *halle* se presentaba como un conjunto mucho más complejo de construcciones, en torno a un patio central, que servía a veces de mercado al aire libre o de lugar de encuentro.

Las *halles* se especializaron a menudo. Así sucedió para la venta de la carne, dispersa en las ciudades del sur de Francia en varios *mazels* (177 carniceros en Toulouse, instalados en nueve emplazamientos diferentes para la ciudad y tres para el burgo) [17], pero concentrada en las grandes ciudades del norte en una *gran carnicería*, de imponente aspecto, situada en el centro del núcleo mercantil, más bien cerca del río (por ejemplo, en Gante y en París) [18].

En todo caso, la *halle* se configuró por doquier como un elemento esencial del paisaje urbano. En las ciudades del norte de Francia y de Flandes, la gran *halle*, al igual que la iglesia del pueblo en los campos, se elevaba en la plaza principal y atraía hacia ella todas las actividades sociales y políticas. La guilda de los mercaderes se reunía allí y, más tarde, se asentó también en ella el gobierno municipal. La *halle*, su torre, su campana y su reloj señalaban así el centro vital de un vasto complejo urbano hacia el cual todo convergía. También la campana comunal *(beffroi)* estaba encima de la *halle* de los mercaderes y de los tejidos, ya que los Ayuntamientos de Brujas y de Gante, por ejemplo, no fueron construidos hasta más tarde, en torno al siglo XVI. He aquí un rasgo muy original del urbanismo de los países del norte opuesto así al de las ciudades italianas que, mucho antes, ya habían construido sus palacios del Municipio y del Podestà.

Por fin, la feria y los grandes mercados permanentes, así como el tráfico incesante de los puertos, provocaron evidentemente la construcción de albergues y de edificios para la recepción de extranjeros, todos los cuales impusieron también un estilo particular al paisaje y trazado urbanos. Lyon contaba por lo menos con una veintena de hostelerías alrededor de los años 1450 [19]. Las caravaneras y *fonduqs* de los países mediterráneos, inspirados sin duda en la tradición oriental, con sus almacenes, sus habitaciones y sus cua-

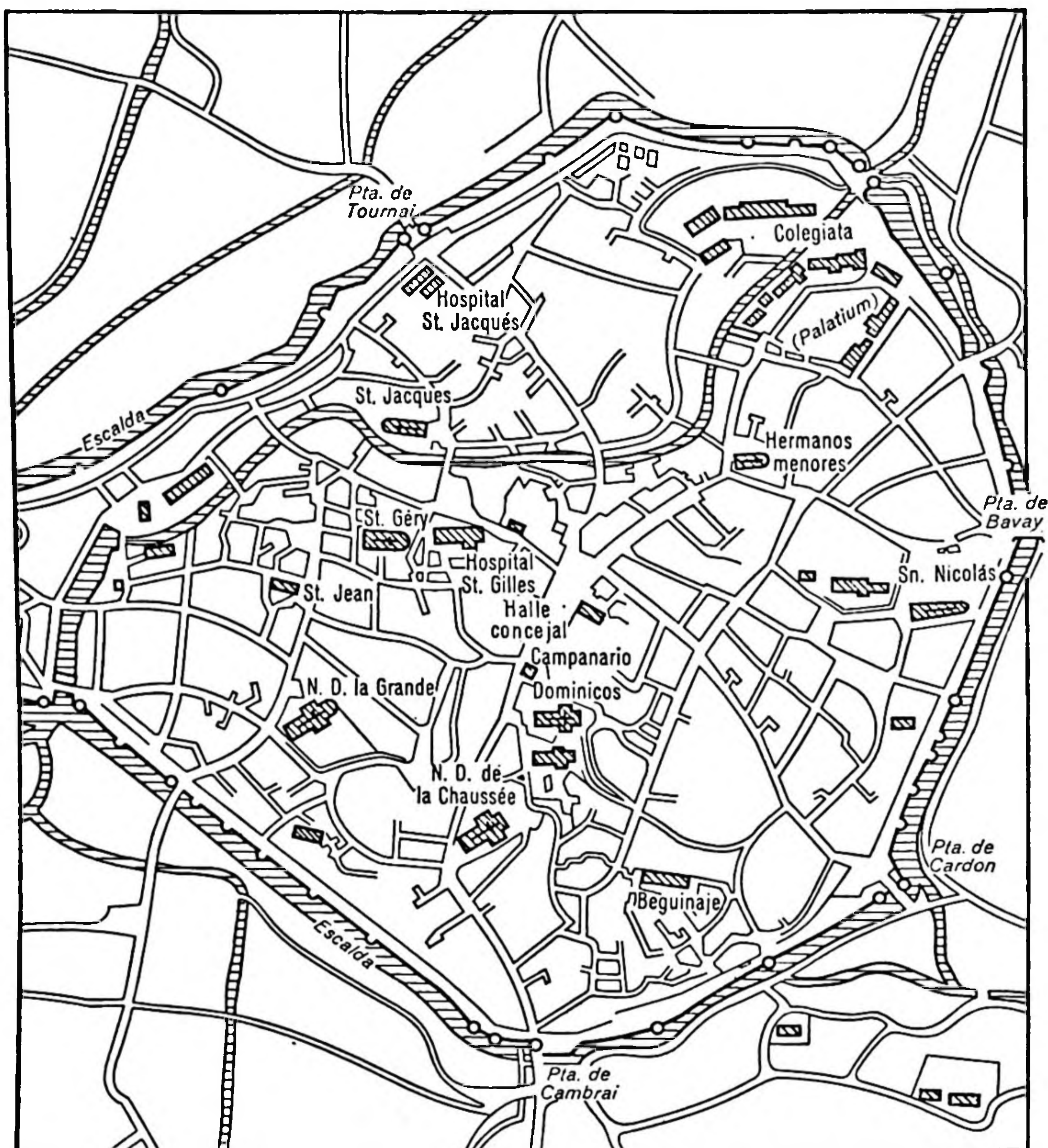


Fig. 6. Valenciennes en 1420

Plano de Jehan de Behaine (Biblioteca de Valenciennes), según la copia efectuada por B. Carpentier, en *Le Béguinage Sainte-Elisabeth de Valenciennes* (Diploma de Estudios Superiores inédito, Lille, 1957)

dras para los caballos y mulos en torno al pozo y al patio central, introdujeron en los burgos comerciales un rasgo muy original; así, por ejemplo, en Venecia (el *fondaccho dei Tedeschi*), en Génova y en Granada [20]. Sin embargo, también en el Norte se alzaban imponentes y amplias hostelerías en las ciudades situadas en las encrucijadas de las rutas de feria. En Ribécourt, pueblo-etapa en el valle del Oise, algo más arriba de Compiègne, la hostelería de Crasmulot comprendía también, en torno a un gran patio interior, una serie de habitaciones, varias cuadras y cobertizos para guardar los carruajes [21].

C) OTROS PAISAJES URBANOS: VILLAS NUEVAS Y BARRIOS NUEVOS

a) *Villas nuevas*

A estos complejísimos trazados urbanos y ciudades multicelulares, formadas por la yuxtaposición de barrios nacidos espontáneamente de un movimiento comercial o de un empuje demográfico [22], se oponían otros conjuntos urbanos construidos de una sola vez, como resultado de una voluntad deliberada de colonización del suelo. A menudo, esta urbanización fue obra del soberano o de grandes familias señoriales. Las modernas villas nuevas acompañaron y sostuvieron en muchas regiones la roturación del suelo; eran establecimientos donde afluían los huéspedes extranjeros y también refugios defensivos y mercados que señalaban el frente de Reconquista cara al enemigo (así, por ejemplo, en el Levante español o incluso en el oeste inglés, en las lindes del País de Gales) o el progreso del desbroce de grandes bosques (como las bastidas del Suroeste).

Como todas las empresas de roturación colectiva, las ciudades de colonos, a veces paramilitares, presentaban un trazado regular que por su simetría respondía exactamente al del terreno vecino. La planta de las villas nuevas venía dictada por ciertas reglas generales y uniformes; sabemos, por ejemplo, que el rey de Inglaterra, a comienzos del siglo XIV, había confiado la misión de trazar el esquema director de las bastidas del Périgord a unos expertos cualificados que fijaban el emplazamiento de las plazas y los edificios públicos, así como la anchura de las calles [23].

En muchos aspectos las ciudades de Aquitania y España, centros y mercados de colonización, hacían pensar en las de la Antigüedad romana. Un recinto fortificado de forma cuadrangular se abría por cuatro puertas orientadas. En el interior, encontramos un trazado muy regular en forma de damero; en el centro, la plaza principal, casi cuadrada, donde se levantaban el ayuntamiento, la igle-

sia, la *halle* de madera o de piedra, así como las principales casas de los mercaderes; esta plaza, que con frecuencia volvía la espalda a la red regular de calles que penetraban en ella por estrechos pasajes abovedados, parece una lejana herencia de las plazas helenísticas y de los foros romanos [24]. Eran ciudades-mercado, de colonización.

b) *Barrios nuevos y parcelaciones*

Igualmente en los confines de Europa, aunque esta vez al este de Alemania, la colonización germánica creó de nueva planta, o bien pequeños mercados regionales, o bien —añadidas a los antiguos núcleos preurbanos, que eran a menudo simples puestos de defensa y administrativos— villas nuevas anexas o burgos comerciales, estos últimos perfectamente ordenados, trazados según un plan impuesto y rápidamente construidos. Esta *Neustadt*, organizada en torno a una plaza central y al *Rathaus* (Ayuntamiento), oponía así el dibujo de sus calles en damero a los caprichos del trazado urbano del primer centro urbano o preurbano *(Altstadt)* [25]. Así, por ejemplo, en Breslau con su *Ring* de forma cuadrada; en Dresde, Wismar, Memmingen, Brandeburgo y, sobre todo, en Lübeck.

Podemos distinguir con facilidad el urbanismo de las viejas regiones, creación espontánea, desordenada y proseguida durante siglos, de otro urbanismo, el de los países conquistados, donde la ciudad llevaba la impronta de una creación brutal y de una voluntad directora.

Sin embargo, en los antiguos países romanizados, ciertos burgos presentaban un plano de conjunto muy bien construido y simétrico. Generalmente ello era consecuencia de una colonización voluntaria, de un establecimiento tardío y de una auténtica parcelación deseada por los grandes propietarios terratenientes que insalaban a sus huéspedes y les confiaban lotes muy simétricos en las puertas de la ciudad.

En Metz se oponían así la *ciudad* y el *burgo* de allende el Seille. En la *ciudad (cité)*, las *cortes (cours)* y las grandes propiedades territoriales de los señores laicos o eclesiásticos habían sido repartidas en numerosos lotes; pero ello se realizó paulatinamente, a medida que se afirmaba el desarrollo económico de la ciudad; de aquí, una planta desordenada, casitas construidas detrás de las mansiones de las grandes familias, multitud de callejuelas tortuosas y de callejones sin salida. Por el contrario, en el *burgo*, la parcelación de las *cortes* del capítulo de la catedral o del capítulo de Saint-Sauveur se hizo de una sola vez: parcelas muy regulares, alargadas perpendicularmente a las calles (que en aquella época eran más bien caminos) y todas de dimensiones parecidas. Los compradores pertenecían siempre a la población rural de los alrededores.

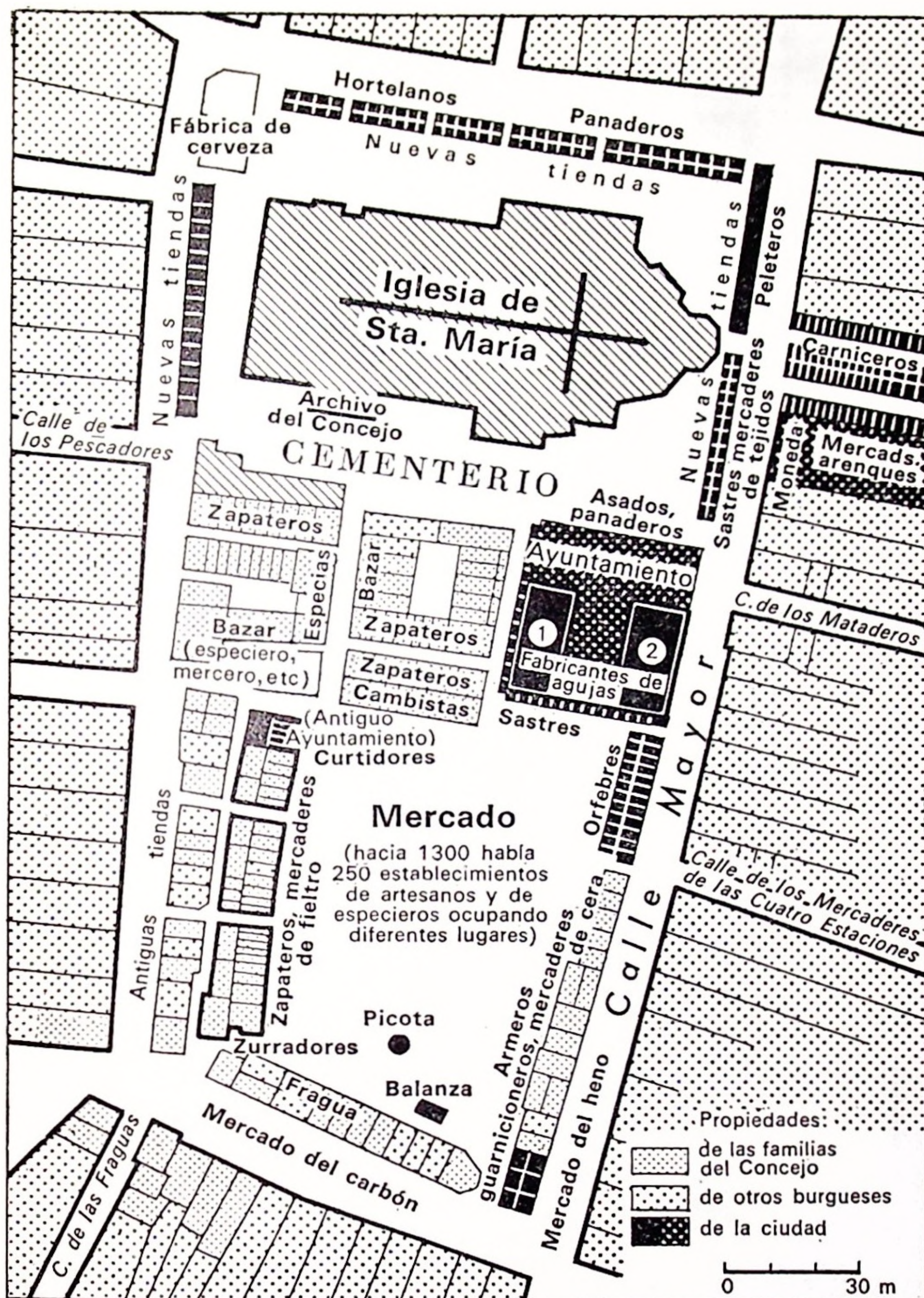


FIG. 7. El mercado de Lübeck hacia 1300
1, *Halle* de los paños; 2, Salón del Concejo
Los trazos gruesos indican los edificios de varios pisos
(Según WESTERMANNS, *Atlas zur Weltgeschichte*, 1963, pág. 82)

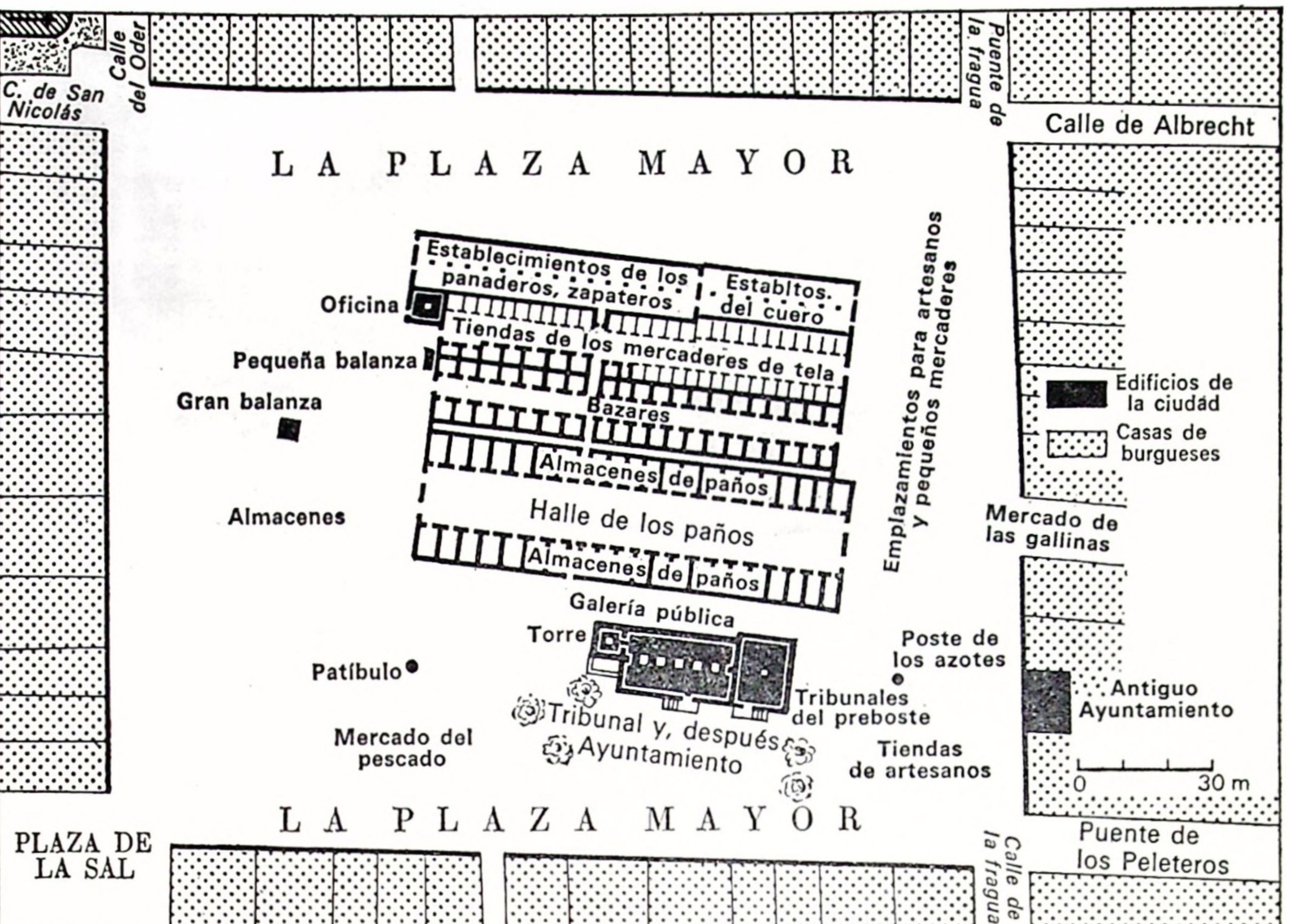


Fig. 8. La plaza del mercado y el Ayuntamiento de Breslau hacia 1300
(Según Westermanns, *Atlas zur Weltgeschichte*, 1963, pág. 82)

De lo que resultó, aquí, en oposición a la *cité* poblada por mercaderes, un establecimiento de campesinos. En el burgo de Seille, la única gran plaza regular de la ciudad, casi cuadrada, estaba estrechamente vinculada a la vida rural; al principio, fue mercado de forrajes y feria de ganados (hacia 1160), donde vivían forjadores, carpinteros y herradores. Hacía pensar en los amplios campos de feria de las ciudades francesas del oeste y del centro, ubicados al pie de las murallas. Solo más tarde se construyeron las *halles* de los curtidores y agamuzadores, y luego las hermosas mansiones de los corredores. En el siglo XV esta plaza presentaba un aspecto burgués, con sus casas bien alineadas de dos pisos sobre arcadas; era expresión de un bello urbanismo que, sin embargo, sólo se afirmaría plenamente mucho más tarde[26]. Así se formó, al final de la Edad Media, un barrio perfectamente organizado en torno a una plaza central. Pero es preciso recordar el origen y la evolución de este urbanismo medieval bastante excepcional: era una creación campesina, fruto de una parcelación realizada de una sola vez y de la misma naturaleza que las villas nuevas o las bastidas, que también fueron ciudades rurales hechas de una sola vez.

2) Aspecto general; densidades urbanas

A) Ciudades fortificadas y recintos amurallados

Por doquier la ciudad era entonces una plaza fuerte, dominada a menudo por una fortaleza, pero siempre ceñida de murallas. En Italia, decía un contemporáneo, las gentes con frecuencia «guerrean entre sí [y] se deleitan en hacer torres y casas de piedra»; y es que la torre, en las ciudades de Toscana y Lombardía, no era sólo un lejano recuerdo de las guerras civiles entre güelfos y gibelinos sino una necesidad muy real. Muchas de ellas se construyeron todavía hacia 1460, siendo propiedades de familias nobles y vigilando las callejuelas de los alrededores. Lo mismo encontramos mucho más al norte, en Metz.

En la misma época, todas las pequeñas ciudades de Provenza, siguiendo el ejemplo de Aviñón y Villeneuve se rodearon de murallas y levantaron iglesias fortificadas, así como severos campanarios comunales de piedra. A la fortaleza sucedieron entonces, en todo Occidente, los vastos recintos amurallados; el arte militar, aplicado a las grandes ciudades, conocería aún importantes perfeccionamientos. Los altos lienzos, las torres redondas con sus bases rechonchas, sus matacanes y sus complicadas almenas (los *merletti* de la murallas italianas) caracterizaban a la ciudad de esta época, como lo atestiguan los dibujos de los pintores y los sellos de los magistrados. Todavía más característica era la puerta de la ciudad, precedida del puente levadizo y flanqueada por dos enormes torres con tejados

cónicos cubiertos de pizarra; en cuanto obra de defensa y sala de guardia y de reunión, esta puerta formaba cada vez más parte integrante del decorado urbano [27]. En las grandes ciudades del Mediodía las puertas eran, desde antiguo, el centro de una vida social activa con sus milicias armadas, sus asambleas y *sociedades de puertas (sociétés de portes)* que se oponían así a las aristocráticas *sociedades de torres* de los nobles. Hacia 1460, en Génova, las *contrade* inmediatas a la Porta Soprana eran los barrios populares de densidad más elevada, donde las casas eran menos miserables y donde se mantenía siempre una apariencia de vida común.

B) Trazados urbanos y densidades de población

La ciudad de entonces se defendía y se aislaba del campo por medio de fuertes murallas. Aunque ciudad mercado, era también una ciudad fortaleza. Sin embargo, ¿no conservaba todavía un aspecto campesino? ¿Ofrecía entonces el paisaje urbano una expresión verdaderamente original o aún valía, un siglo después, la imagen del París de Felipe Augusto con sus calles que olían a granja?

Varios autores, siguiendo sobre todo a W. Sombart cuyas bien conocidas tesis negaban toda forma de vida «moderna» y «capitalista» a la Edad Media, insisten en el aspecto todavía rural de las ciudades de Europa aún en esta época; y muestran que los prados cercados, los huertos y las granjas eran a manera de enclaves campesinos que, en caso de asedio, permitieron prolongar durante algún tiempo la resistencia. Es verdad que, en el momento de su máximo esplendor, y aunque fuese una ciudad mediterránea sede de grandes mercaderes, Siena conservaba todavía un aspecto semirrural, con sus viñas, prados, huertos y con el murmullo de los corrales y de las faenas agrícolas.

Pero en fechas sucesivas no ocurrió lo mismo, al menos en algunos lugares; según parece, se oponían entonces, por lo menos, dos tipos de ciudades medievales. Las del Norte o el Oeste se instalaban con más facilidad en la llanura; todas ellas tenían amplios recintos amurallados: más de 400 ha en Bruselas, Lovaina y Brujas, y más de 600 en Gante. Las casas sólo estaban unidas en el centro de la aglomeración y a lo largo de las calles que llevaban a las puertas; en los intervalos subsistían numerosos e importantes espacios vacíos. Ello era particularmente sensible en Colonia y en Douai, donde encontramos un arrabal llamado «La Couture» y otros lugares conocidos por La Prairie y Le Pré-Saint-Vincent. En el interior de los

muros de estas ciudades del Norte se levantaban con frecuencia grandes abadías o castillos.

Especialmente los beguinajes, vastos recintos cerrados, formaban un pequeño mundo aparte: el de Champfleury en Douai; el de Saint-Elisabeth en Brujas y el de Notre-Dame en Gante; el arrabal situado allende el Mosela, en Metz, contaba con tres beguinajes cerca de la iglesia de Saint-Marcel. El de Sainte-Elisabeth, en Valenciennes, reunía la iglesia, el cementerio, la casa rectoral, el hospital y las casas bajas de las beguinas en torno a un patio herboso, a la granja y al corral [28].

En París, el burgo de Saint-Germain-des-Prés conservaba hacia el 1420 su marco campesino: huertos y cercados en las islas del Sena, Pré-aux-Clercs y L'Oseraie en las orillas y, al sur, el vedado de Saint-Germain; las callejuelas de Saint-Sulpice corrían entre las viñas [29]. En Bristol, las hermosas viviendas de los mercaderes extendían sus huertos hasta las orillas del Avon.

Frente a estas ciudades de llanuras y ríos, la ciudad mediterránea aparecía entonces mucho más densa. Si Florencia tenía la misma superficie que Gante (para una población mucho mayor), Venecia era mucho más reducida y Génova, encerrada en las murallas de 1346, no sobrepasaba las 120 ha: ¡la cuarta parte de Brujas! Estos simples datos subrayan desde el principio las enormes diferencias de densidad urbana. Es evidente que el aspecto de la ciudad acusaba estas diferencias. La ciudad mediterránea era muy apiñada [30]. Es verdad que incluía también conventos y abadías en el interior de los muros pero eran edificios estrechos, a veces minúsculos, sin explotaciones rurales. En Venecia, los cercados donde florecían las azucenas y las rosas eran pobres zonas de recreo comparados a los amplios jardines de Flandes e incluso de Alemania. De aquí venía la costumbre de construirse ya en esta época casas de campo en las puertas de la ciudad para pasar el verano.

En el interior, todo era más angosto: los pequeños atrios de las iglesias, ligeramente elevados con algunos peldaños, los claustros de piedra y mármol de dos pisos, donde los pobres y los enfermos venían a refugiarse, a buscar limosnas o cuidados, y donde se reunían también las asambleas populares. Encontramos aquí un paisaje perfectamente urbano, que no se debía sólo a las condiciones del relieve, sino también a unas costumbres particulares y a cierta concepción de la vida, más solidaria, que reunía con frecuencia a los habitantes en barrios compactos en torno a iglesias y grandes mansiones. La ciudad meridional parecía ser entonces la expresión más acabada de la civilización urbana medieval.

3) La ciudad y los paisajes agrarios

Aunque en algunas regiones los grandes cuarteles de campos abiertos estaban muy próximos a la ciudad, a veces incluso pegados a las murallas [31], lo más frecuente era que el desarrollo urbano provocase una profunda transformación en los paisajes agrarios de los campos de los alrededores. Los ciudadanos, tanto mercaderes como gente humilde, orientaban de manera decisiva la explotación de las tierras de la periferia; solicitaban de ellas cereales panificables, y sobre todo vino para las tabernas y los albergues, frutos, legumbres, heno y, a veces, madera para la construcción y la calefacción [32].

A) ARRABALES HORTÍCOLAS Y HUERTAS

En esta época se había desarrollado ya en todo Occidente la especialización hortícola de los arrabales más próximos. Así, cerca de Lille, Brujas y Arras vivía toda una legión de hortelanos en minúsculas parcelas. Más al sur, en Picardía, las huertas de regadío asociaban al cultivo de las legumbres el del glasto, producto tintóreo para los bellos tejidos azules de Flandes. Hacia 1280 la gran región productora de glasto era todavía el valle del Somme, de Péronne a Amiens, cultivándose en los fondos pantanosos recientemente desecados. Todo ello consistía en un trabajo muy particular que exigía suelos ricos, capaces de producir varias consechas al año, cuidados atentos y el control de los burgueses o de las grandes abadías. Una de las esculturas de la catedral de Amiens recuerda la importancia del glasto en la economía del país [33].

En el Mediodía, la especialización hortícola iba con frecuencia en pos de los progresos de la irrigación. En España, en los alrededores de Valencia [34] y de Murcia, un tribunal de las aguas resolvía los conflictos, decidía la apertura y la clausura de los canales y administraba, en suma, al pueblo. Este paisaje de *huerta*, con sus campos minúsculos de arroz y de trigo, a menudo sombreados por los árboles frutales, sus innumerables zanjas y las barracas de adobe de los campesinos, no era específicamente español [35]. Incluso más allá del Rosellón, existió a veces en Provenza y sobre todo en Italia. Aquí, los campesinos debieron sanear las llanuras litorales donde divagaban, sobre suelos inestables de cieno o de guijarros, los torrentes que descendían de las montañas.

A las puertas de Génova, la zona del Bisagno atraía a las gentes de los campos vecinos que, en su calidad de aparceros de los conventos de la ciudad o de los burgueses, construían huertos y venían a vender los frutos, calabazas, calabacines, sandías y, sobre todo el heno para los asnos y los mulos en el mercado de la ciudad. Más al oeste, *hierbas* y frutos dieron fama también desde esta época a la llanura de Albenga, antigua ciudad romana y ciudad episcopal pero, ante todo, gran mercado agrícola. Lo mismo podía decirse de la cercana Villanova d'Albenga, burgo de colonización en plena región hortícola, fundado en 1288, con sus sólidas murallas y sus calles en ángulo recto. En estas llanuras bajas la conquista del suelo estuvo ligada a la explotación de los huertos. Por otra parte, ya sabemos el papel desempeñado por la *Piazza delle Herbe* en la vida cotidiana de las ciudades del norte y centro de Italia.

B) Periferias vitícolas y grandes viñedos

En cuanto gran mercado de consumo y activo centro de comercio, la ciudad creó sus propios viñedos, con frecuencia en el propio interior del recinto pero generalmente en las tierras vecinas y en las laderas de los valles.

R. Dion ha mostrado muy bien hasta qué punto se desarrolló en esta época el consumo del vino en los medios populares de las ciudades francesas [36]. A partir de los años 1350 y a imitación de los criados de las buenas familias, los obreros artesanos consumían vino regularmente. Ello originó el desarrollo del comercio local y la multiplicación de tabernas y bodegones. Observa G. Duby que la democratización de una bebida tan noble era un signo de la época, ya que se produjo cuando en las ciudades se copiaban de buen grado todas las modas de los ricos y cuando las fronteras sociales comenzaban a ser más imprecisas [37]. Pero observemos que, por lo menos en Francia, fue la ciudad la que se adaptó entonces al campo: desde mucho tiempo atrás parece que los campesinos y artesanos de las aldeas bebían vino y las abadías ofrecían regularmente, junto con las hogazas de pan, pintas de vino a los carpinteros de obra, a los herreros y a los forestales que trabajaban para ellas.

Fue en todo caso al final de la Edad Media cuando apareció, al lado de los caldos nobles, el «vino plebeyo» destinado al consumo corriente. Los libros de cuentas señalaban diferencias de precio considerables entre estas diferentes calidades.

a) *Viñedos suburbanos*

En todo Occidente la vocación vitícola de los terrenos suburbanos se desarrolló muy pronto, a veces a partir del siglo XIII; siguió de cerca al desarrollo de las ciudades y de los circuitos del gran comercio.

El viñedo bordelés, del que R. Boutruche ha confeccionado un mapa muy preciso, fue al respecto «uno de los grandes territorios productivos de Occidente» [38].

La viña se encontraba sobre todo en las inmediaciones de la ciudad, en las Graves de Burdeos: «A lo sumo sólo algunas plantaciones de álamos y de mimbreras ligadas por otra parte al cultivo de la viña, escasos campos de trigo, huertos y baldíos rompían a veces la ordenación de las cepas». Pero la viña podía encontrarse también en la orilla derecha del Garona, en las laderas y terrazas situadas al pie de los acantilados calcáreos o bien en las tierras bajas de los pantanos. Aquí, los bancales de la viña se espaciaban más, alternando en las laderas con zarzales y, en los pantanos, con praderas, mimbrerales y alamedas. Por fin, en l'Entre-deux-Mers, aunque bastante densas todavía en el oeste y centro, las cepas sólo ocupaban unos campos desparramados por el «Pays aux Bois». El viñedo marcaba profundamente la vida de toda la región, explicaba la fortuna de Burdeos, su intenso comercio de exportación hacia Inglaterra y justificaba la política de los burgueses, siempre inquietos por mantener su monopolio (impuesto duramente a las regiones situadas río arriba) e inquietos también por conservar su mercado inglés. Era una economía en parte especulativa, por cuanto se trataba de una creación mercantil ya ligada a uno de los grandes comercios marítimos de la época.

De la misma manera, cada ciudad del alto país aquitano se había rodeado de un viñedo que alimentaba su propio mercado y, por lo menos durante ciertos años, un importante movimiento de barcaje por el Garona y sus afluentes. Ch. Higounet subraya la extensión geográfica de los viñedos «urbanos» de Toulouse, de Périgueux, de Cahors y de Bergerac, mostrando la acción de los consulados de Gaillac en el desarrollo, a las orillas del Tarn, de un viñedo nacido al principio de varios núcelos monásticos primitivos y de cercados señoriales: he aquí una viticultura consular que sustituía poco a poco a las viticulturas eclesiástica y condal [39].

Al final de la Edad Media, Lyon, primero ciudad mercantil y de pequeñas industrias y, después, ciudad de grandes ferias, conquistó todo el campo de los alrededores e impuso su impronta a los paisajes agrarios. En la propia ciudad, los empinados flancos de las colinas de Fourvière y de La Croix-Rousse estaban tapizados de viñedos. Los cercados de viña, situados en los accesos inmediatos a la ciudad, representaban del 40 al 50 % de las parcelas enumeradas en los becerros. En 1388 los habitantes de Lyon poseían 100 ha de

viñas y 50 ha de otras tierras en el borde de la planicie que domina al Saône. Esta densidad y predominio se debilitaron ciertamente en los terrenos más lejanos, pero el viñedo lionés (que, plantado de *Gamay*, sólo daba un vino de consumo local) se extendía en filas todavía densas a lo largo del Saône, río arriba hasta Anse y río abajo hasta Givors e incluso en los valles afluentes (Saint-Jean-des-Vignes en el Brévenne) [40].

El mercado de París explica también el desarrollo del viñedo de l'Ile-de-France que G. Fourquin sitúa entre los más importantes de aquella época; la viña se impuso en comarcas enteras, ocupando en otros lugares un puesto idéntico al de los cereales [41].

Y lo mismo sucedía en países muy lejanos donde las condiciones climáticas no parecían en absoluto favorables. Y es que por doquier la ciudad provocaba la plantación de cepas.

El mapa dibujado por W. Abel subraya los progresos del cultivo de la viña en Alemania cuyo apogeo habría que situar, según este autor, hacia el siglo XVI. Los viñedos se extendían por el valle del Rin, río abajo hasta Xanten, y a lo largo del Elba hasta las cercanías de Stettin. Ciudades como Münster, Gotinga y Braunschwig se rodearon de una periferia vitícola. Winrich von Kniprode, gran maestre de la Orden Teutónica (muerto en 1382), hizo venir a ciertos viñadores del sur de Alemania y de Italia con el fin de plantar cepas en Prusia oriental [42].

b) *Las ciudades y los grandes viñedos*

Incluso más allá de los terrenos próximos a ella, la ciudad populosa, gran mercado de consumo a la búsqueda también de vinos de calidades diferentes, favoreció el desarrollo de los viñedos especializados en amplias zonas privilegiadas.

Esta especialización vitícola se debía evidentemente al desarrollo de los intercambios a larga distancia pero también a la evolución del gusto y de la moda: lo que llamaba R. Dion «la ofensiva de los vinos fuertes» [43]. Hasta entonces, los burgueses de las grandes ciudades del Norte, en particular los parisienses, preferían los vinos claros del viñedo local, que «no se suben a la cabeza a menos que se hagan grandes excesos». Después, poco a poco y no sin ciertas reticencias, aquellos parisienses bebieron gustosamente los vinos recios del valle del Loira y de Borgoña; y, algo más tarde, los vinos dulces o generosos, como los moscateles del Mediterráneo, primero importados de Oriente y después cultivados en algunos terrenos de Italia. El viñedo de Beaune, de donde procedían los mejores vinos tintos, fue reconstruido en gran parte, particularmente hacia 1250,

en la región de Volnay. El país de Auxerre [14] ofrecía el ejemplo perfecto de una estricta especialización de los cultivos y de un viñedo comercial explotado para la exportación.

Fra Salimbene, monje franciscano de Ferrara que visitó Francia alrededor de 1245, quedó profundamente impresionado por el aspecto particular que ofrecían los campos de Auxerre: «[...] con ocasión de mi estancia personal en Auxerre, pude comprobar que en el amplio espacio que comprende la diócesis de esta ciudad, los montes, las laderas, las llanuras y los campos están cubiertos de viñas, como pude ver con mis propios ojos. En efecto, la gente de esta región ni siembra, ni cosecha, ni amontona el cereal en los graneros. Les basta con enviar sus vinos a París por un río próximo que pasa por allí. La venta del vino en esta ciudad les proporciona excelentes beneficios con los que pagan sobradamente alimento y vestido» [45].

En Borgoña, en el siglo XV, los viñedos fueron objeto de atentos cuidados por parte de los grandes burgueses, de los señores y de las comunidades eclesiásticas. El auge de la ciudad y el desarrollo de la corte explicó entonces el crecimiento de la «viticultura urbana» y de la «viticultura principesca».

Felipe el Atrevido se interesó por los vinos de Arbois y, sobre todo, por los de Borgoña. Por la ordenanza de 1395 [46], el duque evocaba la excelencia de los vinos de Beaune, Dijon y Chalon, vendidos en lugares muy lejanos del extranjero, hasta en París y Roma. Pero decía que varios de sus súbditos, «codiciando tener gran cantidad de vinos», habían plantado unas nuevas cepas muy corrientes llamadas *gamay*. Ahora bien, «le vin de gaamez est de telle nature qu'il est moult nuisible à créature humaine, mèmement que plusieurs qui au temps passé en ont usé, ont été infectés de grièves maladies; car ledit vin [...] est plein de très grand et horrible amertume, et devient tout puant». Por ello, los campesinos debían arrancar todos aquellos nuevos plantones, prohibiéndoseles al mismo tiempo que abonasen los campos para obtener cosechas más abundantes. El príncipe cuidaba así de mantener la calidad del vino y se oponía a los campesinos, preocupados por el contrario en producir más.

De la misma manera, en Metz, a partir de 1338, los regidores de la ciudad prohibían el *gamay* y ordenaban su arranque; decidían también, con el fin de no dañar la reputación de su vino, destruir las parras que, como en la mayor parte de las ciudades, sólo producían malos vinos, llamados «de criado» [47].

De esta forma, la búsqueda de mejores calidades y de vinos más fuertes —indudablemente, también de los que se conservaban mejor pasado un año— llevó a que las ciudades, ya fuesen mercantiles o de corte, arrancasen sus antiguas plantaciones, las situadas en los arrabales cercanos que eran a menudo los más poblados, y que extendiesen los viñedos en terrenos más alejados.

Éste fue el caso en la mayor parte de Italia, en Montferrato, en la región de Verona y, sobre todo en Toscana bajo el impulso del mercado florentino [48].

Evidentemente, esta especialización introdujo otros paisajes así como diferentes estructuras económicas y sociales. La viña implicaba un ritmo de vida particular, cuidados constantes y atentos, y una mano de obra disponible. Al mismo tiempo, imponía o aconsejaba el cercado de los campos y el abandono de las prácticas y coerciones comunitarias.

Durante mucho tiempo los historiadores se dedicaron sobre todo a estudiar el comercio del vino, para lo cual resulta evidente que la documentación es mucho más fácil de reunir; pero han descuidado la historia económica y social de los viñedos: origen de las plantaciones, trabajos y tipos de cultivos, calidad de los vinos y procedimientos de vinificación [49], distribución de la propiedad y repartición del trabajo, evolución del paisaje y de las estructuras sociales [50], así como el nacimiento, en ocasiones, de una civilización particular. Las pocas páginas de M. Davisio di Charvenso sobre un viñedo piamontés aportaban ciertas precisiones para la Italia del Norte y subrayaban el interés económico de la especialización vinícola [51]. Referente a Francia, una exposición organizada por los Archivos Nacionales en 1953 sobre el tema *Le vin de France dans l'histoire* presentaba algunas innovaciones interesantes [52]. Los estudios sobre el viñedo alsaciano daban un ejemplo de las investigaciones llevadas a cabo según esta nueva mentalidad: a partir de 1949, aparición de un número especial de la *Revue d'Alsace* consagrado al vino y a la viña; al año siguiente, otro folleto donde el tema era estudiado por los miembros de la Société d'Ethnographie, subrayando así todos los aspectos humanos de la extensión del viñedo [53]. L. Sittler se ha dedicado a mostrar la importancia y la originalidad del viñedo de Colmar [54]. En esta región el cultivo de las viñas construyó realmente un nuevo paisaje muy particular: tipos de casas rurales o urbanas y folklore popular. Todos los viñedos del este, tanto en Suiza como en Baviera, ofrecían desde esta época otros tantos ejemplos de una civilización y de unos paisajes agrarios organizados en función del viñedo; estas regiones, en su mayoría germánicas, aparecían en este sentido más marcadas por su vocación vitícola que las de Francia occidental [55].

C) La impronta lejana de las ciudades en el campo

En este caso el factor decisivo fue la influencia de las ciudades y de sus mercados en terrenos a veces alejados pero sometidos sin embargo a una especie de dominación o de incitación económica: auge de la población y del consumo urbanos, nivel de vida más elevado, multiplicación de la demanda y mejora de los transportes

que permitían enviar más lejos los productos baratos. Ello ocasionó, por lo menos en ciertas regiones bien situadas, una especialización de los cultivos o de las actividades rurales, dominada e impuesta por los mercaderes; era una especie de economía especulativa que, en ocasiones, despreciaba o contrariaba los cultivos tradicionales, introduciendo nuevos paisajes y mentalidades.

a) *Las ciudades y los cereales*

En los países del Norte, las exigencias de la industria y del comercio de la cerveza provocaron una auténtica reconversión de los cultivos tradicionales. En Inglaterra, los sembrados consagrados a la cebada se extendían en detrimento de los cereales de invierno. En Suecia y sur de Noruega, los campesinos buscaban un rendimiento superior del centeno y la cebada para evitar las compras de cerveza al extranjero; las técnicas primarias de una explotación rudimentaria y continua en un solo campo fueron sustituidas, en el siglo XV, por diferentes sistemas de rotación muy complejos en cuatro o cinco añojales, donde centeno y cebada se alternaban anualmente.

Las regiones forestales de Alemania del noroeste ofrecían un ejemplo extraordinario de la influencia de las ciudades en la economía del campo inmediato [60]. Estas regiones, aún en los años 1280-1300, sólo vivían de la recolección de bellotas y de la cría de cerdos. Muy pronto, el auge urbano, el desarrollo de las actividades de la Hansa y sobre todo de las salinas de Luneburgo provocaron una completa subversión de las estructuras económicas e incluso sociales: el paso de la economía de recolección *(Feldwaldwirtschaft)* a una explotacción agrícola mucho más evolucionada. El efecto inmediato fue en primer lugar el desmonte del suelo y, de improviso, un gran interés hacia la tala y el comercio de la madera. Las ciudades y las salinas exigían cantidades considerables de grandes troncos: hacía falta una docena de encinas para construir una casa de dimensiones medias.

Estos desbroces dieron nacimiento en las regiones más húmedas del Oeste a un país de bocaje donde predominó en seguida la ganadería, no ya de cerdos, sino de bovinos para la venta de la leche, de la mantequilla y del cuero en las ciudades. Por el contrario, en el Este se desarrolló una economía cerealista: *open-field* regular con campos en cinta y grandes aldeas, coerciones colectivas y rotación trienal. Aunque las diferencias de suelo y especialmente de clima podían explicar estos dos paisajes (bocaje en el Oeste y *open-field* al Este), ambos fueron, de manera manifiesta, recientes creaciones provocadas por el auge de las ciudades y de la economía comercial: he aquí un ejemplo extraordinario de la «reconversión» del campo de Occidente.

b) *La ganadería, los cercados y los abandonos de aldeas*

Por doquier, en ciudades y campos, crecía el consumo de la carne y se consolidaba la promoción social de los carniceros.

El auge de la *ganadería bovina* introdujo en los campos nuevas prácticas y exigencias. Así se explica, en Inglaterra, una modificación muy sensible de las rotaciones, que dejaba mayor espacio a las leguminosas y a los cereales de primavera. En una de las tierras de la abadía de Ramsey (en Wistow), las leguminosas ocupaban, en 1307, 16 % de las sementeras y 44 % en 1379; la abadía de Leicester dedicaba a ellas 17 % del suelo cultivado en 1363 y 32 % en 1401 [57]. En Flandes, por influencia de los carniceros de las ciudades, los campesinos instalaron en los campos antaño cultivados una serie de praderas cerradas y las conservaron durante varios años [58].

En Escandinavia, concretamente en Dinamarca, donde los censos señoriales se pagaban en mantequilla, la ganadería de los bueyes y de los caballos fue muy pronto uno de los grandes recursos del país. Hacia 1390-1400 comenzó con mayor grado de especialización el gran comercio de bueyes en los mercados de Ribe y de Kolding, con sus largas marchas de cinco a diez mil animales por los antiguos caminos de bueyes *(Okseveje)* que conducían a los puertos del Sur [59].

El mercado de ganados de Colonia veía afluir por rebaños enteros a los bueyes que llegaban de Hungría, de Polonia e incluso de Rusia y de Dinamarca. Algunos estudios recientes de los historiadores de Europa central insisten particularmente en este tráfico de animales de matadero; en 1480, el ganado vivo representaba de 55 a 65 % de las exportaciones de Hungría hacia el Oeste; los bueyes procedían de las grandes regiones de pastos comprendidas entre el Danubio y el Tisza, y las grandes ciudades de feria controlaban inmensos prados de engorde; por ejemplo, la comarca de Debreczen poseía prados de 50 km en torno a la ciudad y alimentaba alrededor de 90 000 pares de bueyes. Con frecuencia, en todos estos países los campesinos abandonaban sus cultivos y se contrataban como pastores o conductores de ganado; el auge de la ganadería favoreció ampliamente la emigración hacia las ciudades [60].

Observamos lo mismo en Italia, hacia 1460, cuando se realizó la bonificación de la baja llanura del Arno favorecida por los capitales florentinos. Los montañeses se instalaron en los alrededores inmediatos de Pisa y, más al Norte, en la región del lago de Massaciuccoli hasta Camaiore. Los habitantes de Pontremoli, gran aldea del Apenino, afirmaban que por lo menos mil de los suyos habían ido a establecerse entre Lucca y Pisa; venían también alemanes y españoles, antiguos soldados; primero roturaban el suelo y después criaban búfalos, vendiendo carnes saladas, quesos y cueros.

De la misma manera, el auge de la industria textil e, indudablemente, también cierta elevación del nivel de vida explicaban el desarrollo de la *ganadería lanar*, que era trashumante en el Mediodía, y sedentaria en el noroeste de Europa, sobre todo en Inglaterra.

Las «enclosures» *. Esta reconversión de la economía de los campos provocaba, a veces, importantes cambios de paisaje.

En Francia: Ni el asalto a las coerciones comunitarias ni la multiplicación de los cercados eran nuevos en Francia. Sin embargo, fue en el siglo XV, coincidiendo con el desarrollo de la ganadería especializada, cuando debemos situar el «primer asalto a las servidumbres colectivas», por lo menos en Francia [61]. Una solicitud presentada en 1469 por los Estados de Provenza y aceptada por el rey Renato enunciaba el principio general del abandono del pasto libre. En la práctica, se preservaron primeramente los huertos, viñas y olivares; después, los campos situados cerca de los pueblos (las *bolles*) y, por fin, en fechas muy variables según las regiones, la totalidad del término. Tal prohibición iba naturalmente dirigida en este caso contra los grandes empresarios ganaderos, los *nourriguiers*, cuyos numerosos rebaños arruinaban en el otoño —cuando regresaban del *alpe*— los rastrojos de los labradores; por tanto, el movimiento de las *enclosures* en Provenza fue una reacción de defensa del cultivador contra las tentativas de trashumancia. En todo caso, fue un movimiento popular.

Sin embargo en los países montañosos el movimiento de las *enclosures* campesinas fue muy limitado y no se reflejaba verdaderamente en el paisaje: no encontramos barreras sólidas ni setos y sólo algunos puntos de referencia o vallas al principio móviles. Fue además un movimiento muy lento.

En Inglaterra: Las *enclosures*, aquí por el contrario muy numerosas, fueron directamente en pos del desarrollo de la ganadería y de la hierba.

Por doquier, la «pata de las ovejas cambiaba la arena en oro». La economía de los condados productores de lana (sobre todo, los Cotswolds) se modificó por completo al quedar dominada por los hombres de negocios de las grandes aldeas, los llamados *monney men*. Ello ocasionó la multiplicación de los rebaños de los grandes

* Campos cuadrados y cerrados que comprendían en su interior una vivienda y que, en Inglaterra, se destinaban a la explotación ganadera (N. del T.).

manors y de los campesinos; y, naturalmente, una disminución muy sensible de la mano de obra rural puesto que la vigilancia de los animales requería muchos menos brazos que el cultivo regular de los cereales y, por fin, el abandono de los pueblos.

El detallado estudio de M. W. Beresford sobre la cronología del despoblamiento rural en las diferentes regiones de Inglaterra[2] permite subrayar la coincidencia entre el desarrollo de la cría de la oveja y el abandono del pueblo. La despoblación fue muy precoz, anterior al siglo XIV, el algunas regiones de las márgenes del Este: Norfolk, Suffolk, Yorkshire, incluso en el East Riding y, más al Norte, en el Lincolnshire; en estos condados los rebaños de ovejas eran muy numerosos ya en el siglo XIII. Entre las tierras despobladas más tarde, entre 1450 y 1520, algunas lo fueron de forma muy limitada: Middlesex, Berkshire, Hampshire y Derbyshire, por ejemplo; en suma, las márgenes de los Midlands y la zona de Chiltern Hills, donde la ganadería sólo se instaló muy moderadamente y casi siempre asociada a los cereales. Por el contrario, en el Northamptonshire, Leicestershire y Oxfordshire, encontramos un considerable despoblamiento que corresponde, en esta región de los Cotswolds Hills, a una verdadera ocupación del suelo, a veces, brutal, por los grandes rebaños de ovejas.

Contrariamente a la opinión admitida durante mucho tiempo el movimiento de las *enclosures* no fue exclusivamente señorial. Los *lords* afirmaban que, antes de su intervención, una fracción importante de los terrenos había sido convertida por los campesinos en herbajes y que las aldeas se encontraban ya mucho menos pobladas. Pero, en todas partes, la influencia de la ciudad y de los mercados de la lana fue determinante.

c) *«Rivieras» y especulación*

Todavía en el siglo XIV, las zonas costeras de Nápoles, de Córcega y, sobre todo, las «rivieras» ligures no ofrecían el magnífico espectáculo que tenemos hoy ante los ojos. Eran regiones boscosas, cubiertas de pinos, de monte bajo o, a veces, de olivares. El hombre no había dejado aún su huella. Si la ocupación de las llanuras aluviales remontaba en ocasiones al siglo XIII —por lo menos en Liguria—, la de las costas rocosas fue mucho más tardía. Fue obra también de las ciudades. Al principio, las costas de los alrededores inmediatos a la ciudad se utilizaron para las residencias de verano, construidas entre parques y jardines: «villas» de Pegli, de Quarto y de Albaro en torno a Génova que, con sus palmeras y naranjos, maravillaban a los viajeros que seguían la costa. En las zonas más alejadas, el hombre descendía de los poblados encaramados en la montaña y se instalaba en el litoral, cerca de las antiguas *marine*, que hasta entonces no eran sino minúsculos puertos de pesca, en las cercanías de las *villae*, de los prioratos, de las torres de vigilancia y de los molinos. El retorno de la seguridad, a partir de 1460 aproximadamente, favoreció la dispersión de aldeas y caseríos;

ello explica la cantidad de pequeños pueblos, de *frazioni*, en la región de Andora, por ejemplo, entre Porto Maurizio y Taggia. La colonización de la «Riviera» ligur, sobre todo al Oeste, fue así relativamente tardía. En 1470 cincuenta familias venidas del interior construyeron, en el emplazamiento de una *villa* de Ventimiglia, el nuevo pueblo de Bordighera; las restantes *ville* de Ventimiglia se poblaron en la misma época, al ser conquistadas por los montañeses.

Los campesinos construyeron terrazas y plantaron, siempre en función de la ciudad y del comercio, viñas, olivares y agrios. La intensa demanda mercantil del burgo o de la ciudad más lejana les incitaba a buscar rendimientos superiores y a asociar en los mismos campos una serie de cultivos intercalares: cereales y viñas o árboles frutales. Así se desarrolló en el norte y centro de Italia, en las zonas costeras y en los valles de Lombardía o Toscana, la *coltura promiscua*, que dio lugar a unos paisajes característicos, de campos bien acondicionados y fecundados por las inversiones y los mercados urbanos.

El terreno de Sestri, en la Riviera ligur de Levante, ofrecía un perfecto ejemplo de la extraordinaria variedad de los productos agrarios y del abandono de las sementeras tradicionales en beneficio de los cultivos arbustivos. En esta comarca, engarzada en las pronunciadas pendientes del Apenino y cortada por varias filas de colinas, los hombres no construyeron aún sus terrazas, pero lograron regar sus exiguas parcelas de tierra por medio de una fina red de zanjas naturales y de canales; los campos de trigo apenas representaban 3 % del número total de parcelas y sólo 2 % del valor de las tierras; por doquier, predominaban los macizos de castaños, muy bien cuidados, las viñas, los vergeles, los huertos y las plantaciones de higueras; las «tierras mixtas» de la *coltura promiscua* representaban por su parte casi la tercera parte del valor total del terreno; en ciertos caseríos, este porcentaje superaba 50 e incluso a veces 65 %. La viña se mezclaba con los olivos o alineaba sus cepas, más cortas, entre las filas de castaños [63].

Igualmente en Toscana, el crecimiento de la *certura promiscua* y de los paisajes compuestos se desarrolló de manera continua e irresistible. En el Val d'Elsa, antes de 1300, 51 % de las parcelas de viñedo estaban plantadas de cepas; después de 1348, sólo 18 %; estas cifras subrayan muy bien el progreso considerable de las tierras plantadas en menos de dos generaciones [64].

De la misma manera, el auge del comercio y de las industrias navales en la costa del País Vasco español provocó el retroceso de los cereales, que se desarrollaban, además, en difíciles condiciones climáticas; en su lugar, comenzaron a aparecer, en la proximidad de los puertos, los huertos de agrios (el zumo del limón o de la naranja servía para conservar el pescado); las ciudades marítimas, sobre todo, emprendieron la tarea de la repoblación forestal sistemática: Bilbao organizó una verdadera policía forestal y decidió plantar cada año por lo menos mil árboles en su distrito (el *término*) [65].

La reorganización de la economía y de los paisajes agrarios que provocaba la proximidad del mar, vía mercantil por excelencia, o de las ciudades, y que justificaba sin duda el precio elevado de la explotación del suelo, tenía forzosamente sus inconvenientes: hacia el 1520, los recaudadores del fisco genovés citaban una notable cantidad de ciudades que sólo producían trigo o castañas suficientes para alimentar a sus habitantes durante cuatro o seis meses al año.

Hemos visto que la ciudad introducía —a veces, lejos de sus propios mercados, pero cerca de las rutas que frecuentaban sus navíos y sus hombres de negocios— unos paisajes muy particulares, diferentes a los *open-fields* y a los bocajes tradicionales; pero los más elaborados de todos esos paisajes, los mejor construidos y los que llevaban más clara la huella del hombre, eran también los pertenecientes a economías especializadas, especulativas e inevitablemente ligadas al comercio; en definitiva, eran los paisajes de «mundos hambrientos» que recibían su pan de otros lugares.

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. M. BASTIDE, Un exemple de reconstruction urbaine: Toulouse après l'incendie de 1463 (*Annales du Midi*, 1968, págs. 7-26).
2. Véase especialmente la sólida síntesis de F. VERCAUTEREN, *Conceptions* [497].
3. E. FIUMI, Fioritura e decadenza dell'economia fiorentina: II. Demografia e movimento urbanistico (*Archivio Storico Italiano*, 1957-1958).
4. M. MARTENS, Les survivances domaniales du «castrum» carolingien de Bruxelles à la fin du Moyen Age (*Le Moyen Age*, 1963). PH. WOLFF, Civitas et Burgus: l'exemple de Toulouse (*Festschrift Edith Ennen*, Bonn, 1972).
5. E. FOURNIAL, Les villes du Forez médiéval (*Études foréziennes*, 1970, vol. 3, páginas 139-165).
6. J. GAIER-LHOEST, *L'évolution topographique* [442]; J.-L. CHARLES, *La ville de Saint-Trond* [429]; J. A. VAN HOUTTE, *Bruges* [495].
7. J. HUBERT, en *Les routes de France depuis les origines jusqu'à nos jours*, París, 1959.
8. A. JORIS, *Huy* [454].
9. J. SCHNEIDER, *La ville de Metz* [486], págs. 202 y ss.
10. L. TORRES BALBÁS, *Resumen histórico* [491].
11. Sobre todo esto, véase E. FOURNIAL, *Les villes* [441], págs. 156 y ss.
12. Cf. *infra*, fig. 7, pág. 65.
13. G. SIVERY, *Lille* [488].
14. CH. DE BRAS DE BOURGUEVILLE, *Recherches sur les antiquités de la province de Neustrie*, Caen, 1588, 265 págs., pág. 67.
15. R. H. BAUTIER, Notes sur les Bruxellois aux foires du Lendit au XIVe siècle (*Cahiers bruxellois*, t. VII, 1962, págs. 175-180); en esta feria del Lendit se encontraba «une halle du cuyr dedans la grange», donde los zapateros instalaban sus bancos.
16. Véase el estudio de una de estas *halles* de las pequeñas ciudades en W. W. HORNS, Les halles de Crémieu (*Bull. du Groupe d'Études hist. et géog. du bas Dauphiné*, 1961, págs. 66-90).
17. PH. WOLFF, Les bouchers de Toulouse du XIIe au XVe siècle (*Annales du Midi*, 1953, t. 65, págs. 375-394.
18. J. DURBEC, La grande boucherie de Paris (XIIe-XVIIe siècle) (*B.P.H.*, 1955 y 1956, págs. 65-125).
19. M. BRÉSARD, *Les foires de Lyon aux XIVe et XVe siècles*, París, 1914, 386 págs., pág. 218.
20. L. TORRES BALBÁS, Alhóndigas hispanomusulmanas y el Corral del Carbón (Granada) (*Al-Andalus*, t. XI, 1946, págs. 447-480).

21. L. H. LAURENT, *Un grand commerce* [359], pág. 254.
22. Cf. fig. 6, pág. 62; Valenciennes ofrece un magnífico ejemplo de ciudad con calles tortuosas, con abundantes callejones sin salida, patios interiores y plazas alargadas o en triángulo ante las iglesias y las abadías.
23. M. BERESFORD, *New Towns* [423].
24. Cf. *supra*, figs. 1 y 2, págs. 12 y 13.
25. Cf. *supra*, figs. 3 y 4, págs. 14 y 15. Neustadt de Brandeburgo e Hildesheim.
26. J. SCHNEIDER, *La ville de Metz* [486], págs. 49-50.
27. P. LAVEDAN, *La représentation* [459].
28. Cf. *supra*, fig. 6, pág. 62.
29. F. LEHOUX, *Le bourg* [460].
30. L. TORRES BALBÁS, *Resumen histórico* [491].
31. Así, por ejemplo, hasta las mismas puertas de Valenciennes, G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 160.
32. Para la comarca de Lyon, véase M. F. MARANINCHI y C. BOSC, *Les biens de campagne des Lyonnais d'après les «Nommées rurales» de 1493*, memorias inéditas, Universidad de Lyon, II, 1970.
33. Véase, para otros lugares, J. HERBILLON y A. JORIS, Les moulins à guède en Hesbaye au Moyen Age (*R.B.H.*, 1964); A. JORIS, La guède en Hesbaye au Moyen Age (XIIIe-XVe siècle) (*Le Moyen Age*, 1963, págs. 773-789).
34. T. F. GLICK, Levels and Levelers: Surveying irrigation canals in Medieval Valencia (*Technology and Culture*, Chicago, 1968).
35. Cf. sobre todo H. BRESC, Les jardins de Palerme (1290-1460) (*Mélanges de l'École française de Rome: Moyen Age, Temps Modernes*, 1972, págs. 55-127).
36. R. DION, *Histoire de la vigne* [176].
37. Recensión de R. DION en *A.E.S.C.*, 1961, págs. 122-126.
38. R. BOUTRUCHE, *La crise d'une société* [160], págs. 16 y ss.
39. CH. HIGOUNET, *Pour une géographie du vignoble aquitain médiéval*, en *Le vin* [266], texto y mapas, y J. FAURY, Les vignobles du Collège de Périgord aux XIVe et XVe siècles: étude d'histoire rurale toulousaine (*Annales du Midi*, 1966).
40. M. T. LORCIN, Le vignoble et les vignerons du Lyonnais aux XIVe et XVe siècles, en *Le vin* [266], texto y mapa.
41. G. FOURQUIN, *Les campagnes* [191], págs. 65-73 y mapa 1.
42. W. ABEL, *Geschichte* [141], mapa de las págs. 117-118; cf. también (*ibíd.*, página 116) la extensión de los huertos y de los mercados de frutas.
43. R. DION, *Histoire de la vigne* [176], particularmente las págs. 317, 399 y 469.
44. M. DELAFOSSE, Le commerce des vins d'Auxerre (XIVe-XVIIe siècle), (*Annales de Bourgogne*, 1949).
45. Citado por R. DION, *Histoire de la vigne* [176], pág. 246.
46. *Ibíd.*, pág. 283.
47. J. SCHNEIDER, *La ville de Metz* [486], págs. 57-59.
48. A. MARESCALCHI, G. DALMASSO, *Storia della vite e del vino in Italia*, Casale Montferrato, 1931; y CH. DE LA RONCIÈRE, Le vin et la vigne dans le contado de Florence au XIVe siècle, en *Le vin* [266].
49. J. BARENNES, *Viticulture et vinification en Bordelais au Moyen Age*, Burdeos, 1912.

50. M. Delafosse, Les vignerons d'Auxerrois (xive-xvie siècle) (*Annales de Bourgogne*, 1948, págs. 7-41).
51. Coltivazione a reddito della vigna a Rivoli nel secolo xiv (*Bol. storico bibl. subalpino*, 1950, págs. 1-13).
52. Catálogo impreso, París, 1953.
53. *Revue d'Alsace*, 1949 y 1950.
54. *La viticulture et le vin à Colmar à travers les siècles*, Colmar, 1956, páginas 168 y ss.
55. Sobre el estudio del paisaje y de las estructuras vitícolas, el dosier se ha enriquecido apreciablemente con los estudios presentados al Congreso de Grenoble en 1971; cf. *Le vin* [266].
56. A. Timm, *Waldnützung* [257].
57. G. Duby, *L'économie rurale* (según Raftis y Hilton) [181], II, págs. 613-616.
58. A. Nompmain-Roussey, La prairie de Lamponne, une région bourguignonne productrice de foin à la fin du Moyen Age (*Annales de Bourgogne*, 1967, páginas 129-155).
59. L. Musset, *Les peuples scandinaves* [124], pág. 259.
60. W. Abel, *Geschichte* [141], págs. 114-116.
61. M. Bloch, *Caractères* [156], I, págs. 202 y ss.
62. M. W. Beresford, *The lost* [152].
63. Fr. Robin, *Sestri Levante, bourg de la rivière génoise (vers 1450-vers 1500)*, tesis mecanografiada (3.er ciclo), París, Universidad de París X, 340 págs.; páginas 58-107.
64. Ch. de la Roncière, Le vin et la vigne, en *Le vin* [266].
65. J. A. García de Cortázar, *Vizcaya* [290].

SEGUNDA PARTE

LAS ACTIVIDADES

Capítulo primero

La tierra

Todavía en esta época la tierra era la base de toda gran fortuna y de todo poder social y político. En el campo, el hombre que mandaba, el señor *banal*, era ante todo un gran propietario terrateniente; el derecho de *ban* llevaba consigo, en primer lugar, la dirección de los trabajos agrarios, el mando sobre los campesinos en los campos y la fijación del calendario. Por otra parte, el mercader, el banquero y el hombre de negocios permanecían estrechamente unidos a sus orígenes, con frecuencia rurales; del campo procedían sus primeros capitales; en sus aldeas conservaban parientes y amigos que, en los malos momentos, les ofrecían refugio y posibilidades de rehacer la fortuna. De todas maneras, aunque hubiese nacido en la ciudad y en el seno de una familia inmigrada mucho tiempo atrás, el hombre de comercio o de finanzas buscaba ante todo la posibilidad de invertir dinero en el campo vecino. Todos los «Libros de razón social» italianos, particularmente toscanos, atestiguan por medio de detallados inventarios de los bienes rurales y de numerosas memorias sobre compras de dominios, este interés por la tierra; los hombres de las ciudades sólo anotaban con amplitud dos tipos de acontecimientos: los nacimientos de sus hijos y la adquisición de todo tipo de propiedades [1]. Ello sucedía en todos los países de Occidente: cada ascensión social se traducía ante todo en la formación o la extensión de un patrimonio rural.

Tal apetencia no era nueva, por lo que sería un error ver en ella una especie de repliegue económico ligado a las «crisis» de esta época. El «mercader» fue siempre un propietario tanto en la ciudad como en los campos más o menos próximos. Sucedía con frecuencia, particularmente en Francia, que la práctica de los negocios sólo era una etapa en la vida de un hombre o de una familia: el verdadero objetivo era la compra de tierras y de señoríos para obtener, por este camino, el acceso al poder.

1) Los señores del suelo

El señorío rural, heredero de épocas antiguas y, a menudo de la *villa* carolingia, conservaba gran vitalidad, ocupando todavía un lugar considerable en el espacio agrario. Sin duda alguna, hablar de la desaparición de la economía «señorial» o de la sociedad «señorial» sería una generalización muy abusiva; y referirse al debilitamiento de lo que algunos llaman sin motivo la sociedad «feudal» es sólo un apriorismo demasiado esquemático y sistemático. Sin embargo, el señorío evolucionó en varios sentidos, como consecuencia de ciertas mutaciones sociales o de nuevas exigencias conómicas como la adaptación al mercado próximo o lejano. Pero esta evolución no fue forzosamente un síntoma de debilidad, sino todo lo contrario.

A) Los señores tradicionales: príncipes, nobles y abadías

La potencia política explicaba la conservación y, a veces, el desarrollo de los grandes señoríos de los príncipes. Ello se apreciaba muy claramente en las fronteras de la Europa cristiana, o sea, en el Sur y en el Este.

Las guerras civiles (primero la de 1368, que dio el poder a Enrique II de Trastamara frente a Pedro el Cruel y, después, hacia 1390, la grave crisis que enfrentó a los nobles con la casa de Trastamara, debilitada por la minoría de Enrique III y la desgraciada lucha contra Portugal) favorecieron el nacimiento de una poderosa aristocracia terrateniente, verdadera oligarquía que se reforzó más aún por los disturbios que provocaron los combates entre los *infantes de Aragón*. Estos hombres, llamados ya *los Grandes de Castilla*, poseían enormes señoríos; eran los Guzmán, Mendoza, Manrique, Pimentel, Álvarez de Toledo y Ayala. Una vez terminadas las guerras y la Reconquista, los soberanos, incapaces de apoyarse en las ciudades y en una inexistente burguesía, eran impotentes para resistir las presiones de aquellas familias; ello ocasionó el nuevo y considerable aumento de unas posesiones que ya eran inmensas; fue entonces cuando se fundaron en Castilla aquellos *fabulosos dominiones:* el conde de Haro poseía él solo casi toda la Rioja, mientras las posesiones leonesas de Alburquerque se extendían de Aragón a Portugal. Estas grandes posesiones no se desarrollaron únicamente por la concentración jurídica de los derechos, sino porque correspondían —tanto en Castilla como en Extremadura y Andalucía— a enormes explotaciones de un solo posesor, algunas de las cuales remontaban a los años 1230-1250, a la época de los *repartos* de Fernando III en Córdoba y Sevilla [2].

No cabe duda de que las circunstancias políticas no bastan para explicar el auge o el mantenimiento de la gran explotación rural en todas las regiones de Castilla. Se ha de invocar también la reciente y grave evolución de la economía, el predominio decisivo de la ganadería y la enorme importancia que tuvieron entonces para el país las exportaciones de lana, cueros o sebos; y quizá, más aún, la sólida estructura de las sociedades de grandes ganaderos (la *Mesta*) y también las diversas fraternidades que reunían a los ricos propietarios terratenientes, como la *Hermandad Vieja de Talavera, Toledo y Ciudad Real,* la más poderosa de todas.

Una situación casi análoga caracterizaba a los territorios del este europeo conquistado por los Caballeros Teutónicos, por las grandes abadías y por los poderosos señores de las marcas fronterizas, que todavía llamaban a colonos alemanes y holandeses para cultivar sus vastas propiedades. En estos países de conquista y de colonización recientes, los grandes señores eclesiásticos o laicos se labraron inmensas posesiones rurales, computadas a menudo en millares de *Hufen* (tenencias campesinas que correspondían al manso) y que posiblemente contaban con unas diez hectáreas cada una.

Hacia 1250, la abadía cisterciense de Leubus recibió del duque de Silesia 900 *Hufen* cerca del Oder, y 5000 *Hufen* del duque de Gran Polonia, junto al Netze. En Brandeburgo, los margraves distribuyeron más tarde grandes superficies de tierras a los caballeros que defendían la frontera de los polacos. Estos *Schlossgesessener Adel (nobles dueños de castillos)*, muy poderosos, detentaban bienes considerables: los Wedel poseían en 1337 alrededor de 60 aldeas y obtenían más tarde otro feudo de 5000 *Hufen.* Los mismos señores se aposentaron en Bohemia, sobre todo en el curso superior del Moldava, donde la gran familia de los Wittigonen y las abadías cistercienses de Goldenkron y Hohenfurth quedaron frente a frente [3].

En los restantes países, lejos de las márgenes políticas y de los frentes de colonización, los nobles, contando a menudo con el apoyo real o, en todo caso, con un fuerte poder, conservaron amplios señoríos. Era el caso, por ejemplo, del conde de Hainaut que conservaba dominios muy ricos, así como explotaciones muy bien dirigidas y que, en el siglo XIV reconstituyó nuevas y vastas reservas cerca de las antiguas explotaciones dominicales de Quesnoy; en este lugar, una vez pasados los años difíciles, la reconstrucción llevada a cabo por el señor siguió de cerca a la del Estado, puesto que los escribanos anotaban indiferentemente en los registros de cuentas los gastos administrativos y los gastos de la casa condal [4].

Otros señores, simples nobles, iglesias catedrales y sus canóni-

gos o grandes abadías, debidos a sí mismos y sin contar con gran apoyo político, continuaron administrando importantes dominios. Ello se observa en todo Occidente: en Inglaterra, en el norte de Francia [5] e incluso en Italia [6]. Con mucha frecuencia, los abades y los nobles rescataban tierras o derechos a los campesinos con lo que aumentaban o reconstituían sus reservas. En el siglo XIV, la abadía de Maroilles poseía aún bienes y derechos en 33 aldeas de Hainaut [7]. Mucho más tarde, en l'Ile-de-France, el territorio de la bailía de Senlis «pertenecía aún a las iglesias y a los nobles»; en 1412, de 35 feudos que dependían del castillo de L'Isle-Adam, 4 eran de «caballeros» y 22 de «escuderos» [8].

De hecho, en muchos países, los antiguos dueños del suelo seguían en su sitio.

B) Los nuevos dueños

Pero en otras regiones, a veces muy próximas a las anteriores, los señoríos rurales pasaron a otras manos: ciudadanos, mercaderes, financieros, hombres de leyes y de toga. He aquí otro aspecto muy importante de la impronta dejada por las ciudades en los campos. A nivel social, las investigaciones detalladas aportan una gran cantidad de nuevos elementos: por ejemplo, la posibilidad de seguir los destinos de varias familias del patriciado urbano que invertían en dominios rurales el dinero ganado en los negocios. Un tal Thiébaut de Heu, ciudadano de Metz, pasó con facilidad «del comercio a la aristocracia terrateniente» [9]; igual hicieron los grandes mercaderes de la Compañía de Ravensburg, los prestamistas lombardos de Asti o de Chieri, los negociantes de Marsella, los Ysalguier de Toulouse [10] o los Jossard de Lyon [11].

Los *lombardos* de Asti y de Chieri, que debían sus fortunas a los préstamos con fianza hechos en las ciudades y ferias de Occidente, formaron parte desde el siglo XV de la nobleza del valle del Tanaro y del Montferrato. Los mercaderes de las ciudades de Suabia, muy bien conocidos gracias al minucioso estudio que les dedicó A. Schulte, prefirieron las tierras, los castillos, los escudos de armas y los honores de la Iglesia a los cargos de la administración municipal en su propia ciudad.

En el norte de Alemania, en 1375, 88 burgueses de la pequeña ciudad de Stendal, al sur del Elba, poseían bienes situados en 114 aldeas del Altmark, de los que obtenían sustanciosas rentas [12]. En la propia región parisiense, la intervención de los ciudadanos influyó seriamente en la vida del campo [13]

Guillaume Forbin, maestro artesano pellejero, vino de Borgoña a instalarse en Aix y después en Marsella. Dos de sus hijos, Bertrand y Jean, se dedicaron

muy pronto al comercio marítimo, compraron navíos para el transporte de los granos, pescaron el coral, viajaron a Oriente o a Flandes y poseyeron una o dos tiendas en Marsella; legaron una fortuna ya considerable y gozaron de excelente posición en la ciudad. Los dos hijos de Jean, Jean Forbin y Palamède Forbin, ambos ricos negociantes, fueron los jefes de una auténtica dinastía de hombres de negocios. Compraron los arriendos de los impuestos de Provenza, una serie de casas en Marsella y tierras en los alrededores. En 1474, Jean adquirió el castillo de La Barben; fue varias veces embajador ante el rey de Francia y su hermano fue nombrado virrey de Provenza a la muerte de Carlos III [14].

En la propia Inglaterra, menos urbanizada y donde las grandes ciudades mercantiles tardaron bastante en desarrollarse, los traspasos de señoríos se multiplicaron en beneficio de hombres nuevos. En 1440, uno de los *manors* de la aldea de Sherington, en el Buckinghamshire, fue cedido por John Fitz John, descendiente de una antigua familia, a un poderoso grupo de hombres de leyes y de mercaderes londinenses quienes, asociados financieramente, confiaron su administración a Richard Maryot; este último, un abogado enriquecido por una numerosa clientela, adquirió en la misma aldea, y ya en nombre propio, otro *manor* señorial (un *moated manor*), conservando al mismo tiempo su gran mansión de Fleet Street en Londres [15]. Y así, poco a poco, golillas y tenderos se instalaron en los campos de los Midlands.

A veces, los ciudadanos reconstruían o construían enteramente nuevos señoríos. En el siglo XIV, los burgueses de Metz compraron numerosas parcelas con las que formaron grandes dominios —los *gagnages*— donde multiplicaron las *enclosures* [16]. Renier Accorre, *prestamista* de Florencia establecido en Provins y convertido en chambelán del conde de Champagne, adquirió entre 1270 y 1288 varios dominios completos, casas fortificadas, hombres de cuerpo y jurisdicciones; pero con más frecuencia, sus dominios fueron el resultado de un paciente trabajo de concentración: antiguos feudos, porciones de feudos y tenencias campesinas; y así, en torno a la *mota* de Mont-Flambain y a las heredades de los vasallos del conde, llegó a reunir por compras sucesivas hasta ¡530 piezas de tierra!

En los campos de la región parisiense fueron precisamente los ciudadanos quienes provocaron, por medio de sus compras, la concentración de las parcelas y la formación de dominios compactos. La fragmentación de las explotaciones rurales sólo era patente lejos de la capital «debido a la ausencia de burgueses que concentrasen las tierras» [17].

Parece bastante verosímil que la renovación —por supuesto muy desigual y parcial— de los señores rurales, la llegada a los castillos

de individuos activos, ejercitados en los negocios y en las difíciles prácticas del derecho y de las querellas jurídicas, así como la acción de enérgicos administradores, tan ávidos de proseguir sus beneficios como extraños al mundo rural que querían dominar, anunciaban una nueva actitud, mucho más realista, en la gestión de las propiedades rurales. Éste sería, junto a las transformaciones de la economía agraria, uno de los factores esenciales de la «reacción señorial» y del fortalecimiento de la gran propiedad rural.

2) ¿Desórdenes y dificultades del señorío rural?

Las dificultades financieras de los señores de la tierra y el déficit de su administración se advierten con frecuencia al leer las crónicas, los libros de cuentas e incluso la correspondencia privada.

A) Débiles ingresos y déficits

Los responsables, intendentes y contables, invocaban en primer lugar un descenso considerable de los ingresos. Los abandonos de aldeas y tierras, las mortandades y las destrucciones eran la consecuencia de que muy a menudo el señor sólo percibiese débiles rentas, bastante inferiores a las de antaño. En 1437, el intendente del capítulo catedralicio de Schleswig hizo sus cuentas anuales y las comparó a las de 1352 [18]: sólo había recibido 591 medidas locales de cebada frente a las 2116 ingresadas en 1352, 480 celemines de centeno frente a 1431 y 271 marcos de Lübeck frente a 778. El total de los ingresos, evaluados en medidas de trigo duro («toneladas» de 139 litros), sólo alcanzaba a 2421 medidas frente a 7609. A esta caída, con frecuencia brutal, se añadían el bajo precio de los productos agrícolas vendidos en el mercado (sobre todo, los cereales) [19], el alza de los salarios [20] y de los productos manufacturados, así como la devaluación de la moneda, que afectaba seriamente a las rentas evaluadas en sueldos y denarios. Pero, sobre todo, el señor no lograba cobrar sus rentas. A partir del siglo XV se multiplicaron en Prusia las quejas contra los *morosos;* un registro de los años 1450 dice que los campesinos de varias aldeas de Sajonia «no cumplían sus compromisos desde hacía muchos años; a veces, sólo pagaban la quinta parte de lo que debían»; las numerosas prescripciones contenidas en los *Weistümer* (costumbres) y en los *Offnungen* (reglamentos) de toda la Alemania occidental atestiguan la gravedad de



FIG. 9. Plano de la *curtis* del *manor* de Cuxham (hacia 1315)
(Según P. D. A. HARVEY, *A Medieval* [201], pág. 33)

estos retrasos [21]. Todas las cuentas de los *manors* ingleses subrayan la importancia considerable de aquellos morosos que, a menudo, representaban varios años de rentas. Así sucedía en el *manor* de Northfleet, perteneciente al arzobispado de Canterbury [22], que debía ingresar 62 libras de rentas; pero los retrasos se elevaban a una media de 168 libras entre 1460 y 1469, y de 211 libras entre 1470 y 1479. Un reciente estudio de Ch. Dyer [23] precisa que este retraso no era consecuencia de la miseria ni efecto de las malas cosechas, sino que derivaba de una actitud general, sin duda concertada, de los campesinos y de un rechazo general de las tasas y servicios exigidos por el *manor*. Estos rechazos masivos y colectivos fueron más precoces y numerosos allí donde la cohesión aldeana era más sólida y se generalizaron —probablemente en torno a los años 1425— en los valles del Severn y del Avon, en los Cotswold. Hemos de esperar a finales de siglo, a partir de 1480-1490, para que los oficiales del *lord* pudiesen exigir de nuevo en toda Inglaterra la totalidad de las rentas.

B) Gastos suntuosos y deudas

Por otra parte, los gastos de los nobles crecieron de manera considerable. R. Boutruche ha mostrado muy bien cómo estos nobles empobrecían a sus herederos por una serie de fundaciones piadosas y caritativas: legados a los pobres, a hospitales, iglesias y órdenes religiosas, así como celebración de centenares o millares de misas para el eterno descanso de sus almas [24]. Además, el estilo de vida no era el mismo de antes: hermosas viviendas con elegantes habitaciones y lujo en la alimentación y en el vestido. Los datos recogidos por W. Abel subrayan esta evolución [25]. Las cuentas (1474) del caballero Hans von Honsperg, dueño de un señorío cerca de Leipzig, nos muestran que de un total de 158 ½ monedas *(Neue grossen)*, gastó 6 ½ en los salarios de los obreros y criados, 13 en el mantenimiento del material, 12 en la compra de ganado, 27 en la alimentación y 44 en vestidos; la familia vendía ovejas pero consumía carne de buey comprada; compraba también lúpulo, especias, pescados, miel, frutos del Mediodía, arroz, higos, almendras y uvas pasas. Las esposas de los caballeros ya no llevaban vestidos confeccionados con la lana que se trabajaba en la casa; una crónica de la época cuenta que una viuda había vendido una aldea para hacerse un hermoso vestido de terciopelo azul y, en realidad, las vestiduras de seda o de terciopelo de una dama noble valían varias aldeas.

Por otra parte, como antaño la lejana cruzada, las interminables guerras contra los ingleses o entre partidos arruinaban a los caballeros franceses, obligándoles a abandonar sus tierras y a empeñar o vender sus bienes. La guerra de los Cien Años o la querella entre

armagnacs y borgoñones supusieron un duro golpe para las fortunas nobles provocando, a veces, verdaderas catástrofes.

Estas pérdidas fueron especialmente graves en las regiones ocupadas por los ingleses después de Azincourt. Por ejemplo, en el Maine, los señores abandonaron sus *manors* y, para poder pagar sus rescates, debieron pedir prestadas fuertes sumas a burgueses, sacerdotes o cabildos e incluso dejar sus joyas como prenda en manos de los cambistas de Le Mans [26].

La familia de los Chalon-Tonnerre, que en los años 1420 se había alineado en el partido de los Orleans, vio todos sus bienes confiscados por el duque de Borgoña, saliendo exangüe y endeudada de todos aquellos conflictos [27].

Por fin, a los gastos de la guerra se añadían entonces los ocasionados por los procesos, tan interminables como aquélla, onerosos, cuidadosamente mantenidos y llevados a cabo por un procedimiento mal definido y muy engorroso. La «guerra judicial», otra forma de conflicto privado, pesaba tanto como aquella otra, violenta, de antaño. Los procesos eran una terrible carga para los hombres de la época y provocaron una sangría considerable en la tesorería de los nobles en beneficio de los hombres nuevos, los *golillas;* no cabe duda de que también ellos favorecieron la transferencia de señoríos a nuevas manos.

C) Balance: síntomas de abandono y su interpretación

Indudablemente, algunas fortunas no pudieron resistir los desequilibrios ocasionados por la merma de las rentas y por los pesados gastos. Sin demasiada dificultad, el historiador podría evocar ruinas totales y, por otra parte, detectar síntomas de abandono y de profundas mutaciones económicas y sociales.

En todos los países encontramos pequeños nobles, señores hasta entonces de dominios rurales y de casas fortificadas que, endeudados, venden sus tierras, caen en situación plebeya y llevan desde ese instante la vida de oscuros cultivadores o, instalados en el pueblo vecino, ejercen algún pequeño oficio de mercadería.

Otros, mucho más poderosos, abandonaron sólo la reserva, entregando todas sus tierras en alquiler a los campesinos. Al final del reinado de Eduardo II, Tomás de Lancaster, dueño de la *honor* (conjunto de bienes) de Leicester, impuso su jurisdicción y percibió rentas en 65 aldeas, pero no poseía más de 4 *manors.* Este abandono

de la explotación directa, del aprovechamiento directo, se traducía en la disminución o la desaparición del instrumental agrícola. La abadía de Ramsey tenía en el *manor* de Houghton 5 arados de ruedas en 1307 y sólo uno en 1404; al mismo tiempo, el número de bueyes pasaba de 28 a 5; la cantidad de grano sembrado en las tierras señoriales disminuía también de manera muy apreciable: 145 *quarters* en 1318 y 90 en 1379 [28].

Ciertamente tales ejemplos no son excepcionales y estos síntomas explican la tesis presentada no hace mucho por Marc Bloch: los señores daban a censo o vendían las tierras de sus reservas; no exigían ya las corveas de los campesinos; apenas entrojaban unas cuantas cosechas y poseían pocos animales e instrumentos de labranza. Convertidos en «rentistas de la tierra», se contentaban con percibir el alquiler de sus tierras y los beneficios de su justicia o de sus privilegios (molino, horno, peajes): ello ocurría especialmente en Francia, y Marc Bloch la oponía a Inglaterra, donde la economía «manorial» se había conservado, según pensaba él, más sólidamente.

Sin embargo, esta opinión —muy clara aunque bastante sistemática— está siendo desde hace algún tiempo matizada e incluso desmentida por varios estudios concretos que se apoyan no tanto sobre estos síntomas externos como en series contables.

Es muy posible que tales desequilibrios, crisis, ruinas y renovación social no fuesen entonces más frecuentes ni más dramáticas que en otras épocas. A partir de la mitad del siglo XIII e incluso antes, ciertos señores vendían sus tierras y abandonaban el tren de vida noble. No cabe duda de que ello debió suceder siempre, ya que las condiciones sociales parecen a menudo muy cambiantes en el espacio de algunas generaciones. Ocurre simplemente que los documentos son mucho más numerosos en el siglo XV, lo que lleva a desorbitar un fenómeno bastante habitual y a imponer la idea de una «crisis».

Varios autores han afirmado que la «crisis agrícola» fue general e ineluctable en esta época, y que se explicaba, de una parte, por los numerosos abandonos de tierras como consecuencia de las epidemias o de la huida de los campesinos y, de otra, por la evolución divergente de los precios: descenso del precio del trigo, alza de los salarios y de los productos fabricados. Esta tesis, todavía en gran parte admitida, no ha sido verificada por los estudios concretos de ciertos señoríos. Los precios no evolucionaron en absoluto de manera uniforme: todo dependía del mercado y de múltiples condiciones locales, complejas e imprevisibles [29]. El atento examen de varios inventarios y de algunas series contables de bienes pertenecientes a

los hospitales de Namur, de 1368 a 1430, conduce a unas conclusiones que desmienten claramente la teoría de una «crisis agrícola» generalizada:

— las reducciones de los cultivos fueron poco numerosas y, con gran frecuencia, sólo temporales;
— el trigo mantuvo e incluso consolidó su poder de compra[30].

3) La economía tradicional: estructura y explotación

A) Visión general: los señores dueños de la tierra

Sin ser excepcionales, las dificultades económicas del señorío rural durante esta época tampoco parecen realmente nuevas ni catastróficas; además, fueron muy desiguales según las regiones, los mercados y los propietarios; con frecuencia, duraron muy poco tiempo y se superaron con facilidad.

En realidad, la decrepitud del señorío no es evidente ni general; al contrario: el propietario explotaba por sí mismo las tierras y dirigía todos los trabajos. Y ello sucedía en todas las regiones...

A veces incluso se produjo muy claramente una especie de «reacción manorial», que sometió de nuevo al mando directo del señor una serie de parcelas abandonadas a los campesinos posesores de tenencia. Estas reagrupaciones de tierras y nuevas tomas de posesión atestiguan muy bien el vigor de la economía y de las formas tradicionales de explotación.

Al este del Elba, el *manor* reconstruido durante el siglo XV, llamado *Gutsherrschaft*, incluía ante todo una amplísima reserva cultivada por los dependientes del dominio[31]. Algo más tarde, el campo danés cambió de aspecto: 90 *manors* fueron construidos hacia 1500, sólo en la isla de Lolland. La prohibición real de fortificar las residencias particulares —por lo demás, poco respetada— fue levantada en 1483; a partir de entonces, los ricos construyeron poderosos castillos rodeados de fosos y de murallas como el que hizo edificar el obispo de Viborg en Spottrup; estas mansiones señoriales eran el signo de un poder nuevo sobre los campesinos. El auge de las grandes explotaciones rurales está asimismo atestiguado por la multiplicación de grandes viviendas, ya no fortificadas, aunque lujosas, con sus muros entramados y sus hermosas ventanas y balcones; eran casas de advenedizos, nuevos dueños y antiguos campesinos, favorecidos por una reciente fortuna, que copiaban ahora el estilo de vida de los nobles[32]. Podríamos observar sin dificultad una evolución análoga en muchas regiones de Suecia o de Noruega.

En Toscana, el dominio señorial clásico se reforzó muy a menudo, a lo largo de los años comprendidos entre 1250 y 1500, por la política consciente y pertinaz del *appoderamento:* los propietarios, sobre todo las abadías, adquirieron parcelas por centenares y las reagruparon en *poderi,* amplios dominios compactos; la abadía de Vallambrosa consagraba a estas compras por lo menos de 100 a 200 libras anuales; en ciertas aldeas toda la tierra quedó de esta forma *appoderata* por ricos señores [33].

Por otra parte, en muchas regiones, la acción de los ciudadanos, deseosos de establecerse en el campo, de poseer su castillo y sus tierras, de ser los propietarios del suelo y llevar un tren de vida noble favoreció en gran medida este reagrupamiento de tierras: aquellos ricos individuos reconstruyeron o construyeron de nueva planta algunos dominios coherentes y sólidos. Así sucedió en Francia, en los alrededores de París y cerca de las ciudades de Champagne. Pero, sobre todo en Toscana, donde los mercaderes, los *magnates* de Florencia, hicieron construir en el emplazamiento de un antiguo *manor* o de un *castello,* una *casa da signore,* que era a la vez villa de placer, granja y centro del dominio, siempre coronada por una torre; estos *palagi* y *torri* ocuparon en el paisaje toscano, paulatinamente, el lugar donde antaño se elevaban las *curtes* y los *castra* [34].

La gestión y las cuentas. El vigor de la explotación «manorial» y del aprovechamiento directo se traducía a menudo en una gestión muy atenta, en la puesta a punto de nuevos métodos de organización del trabajo (e incluso de previsión o, en cierto modo, de planificación) y, sobre todo, en un control contable reforzado por gerencias.

Los ricos *landlords* ingleses poseían gran número de *manors,* en la mayoría de los casos muy dispersos por regiones bastante alejadas. Los manuales de agricultura de los años 1250-1290 y las cuentas señoriales nos muestran que, desde muy pronto, se había desarrollado en Inglaterra un verdadero arte de la explotación del gran dominio.

Ciertos *landlords* son célebres por sus éxitos: el prior Eastry en las tierras de Canterbury (1285-1331), el abad Clown en Leicester (1344-1377) y William Edington en Winchester (1346-1366).

Un consejo de administración formado a menudo por los oficiales del dominio, consejeros jurídicos, jueces u hombres de leyes e incluso algunos caballeros miembros de la aristocracia local asistía al *lord* y dirigía toda la empresa [35]. Las más grandes posesiones contaban con varios conjuntos de bienes, cada uno de los cuales tenía cierta autonomía; así, por ejemplo, los siete *bailiwicks* de

Canterbury y los seis *bailiwicks* del obispado de Ely. El *bailiwick* de Clare, grupo de dominios del East Anglia pertenecientes a los duques de March, comprendía cuatro *manors* en Suffolk, dos en Norfolk, uno en el Hertfordshire y uno en Essex, más tres *pueblos* y pequeñas reservas y tenencias muy dispersas.

Cada *manor* estaba dirigido en el propio lugar por una serie de oficiales que con frecuencia eran hombres de leyes: *reeve*, baile, agente *(sergent)*..., estrechamente vigilados. Cada año, las cifras de producción se fijaban de antemano: tanto de granos para una sementera, de mantequilla y queso por vaca, de crías por animal adulto, de lana por vellón. En caso de pérdidas, los responsables podían incurrir en graves penas. Esta búsqueda de mejores rendimientos incitaba a mejorar las técnicas, a ganar más superficies cultivables en marismas y bosques y a emplear, al lado de los campesinos *(vilain)* siempre sometidos a las corveas, una mano de obra asalariada muy numerosa: *famuli* permanentes, trabajadores ocasionales de paso y pobres de la aldea.

Durante mucho tiempo el estudio de las contabilidades agrarias sólo ha retenido la atención de los historiadores ingleses [36] que disponían, también es cierto, de una documentación considerable y continua. En los restantes países, sólo las cuentas de los mercaderes han sido objeto de publicación o de trabajos. La investigación de los registros contables de los grandes señoríos rurales —los de nobles o abadías— es, pues, una recentísima iniciativa que deberá ser proseguida, pero que aporta ya unos resultados muy notables [37]. En Francia, Italia y Alemania estos registros son muy numerosos, bastante más, para ciertas regiones, que los conservados referentes a los comerciantes y financieros. Los métodos de contabilidad de los propietarios de *manors* no van siempre a la zaga de los utilizados por los banqueros. El considerable trabajo de G. Sivery se apoya en varios centenares de cuentas rurales de todo tipo y muestra claramente que, en los años 1330-1350, después de un largo período de vacilaciones y progresos menores, la contabilidad de los condes de Hainaut había alcanzado una rara maestría, permitiendo una seria verificación de las administraciones; sin duda alguna los oficiales del conde, más expertos que los de los monjes de la vecindad, habían aprendido mucho en su trato con los italianos —lombardos instalados en las ciudades— y los templarios [38].

Estas cuentas señoriales diferenciadas, que incluían varios registros paralelos, permitían vigilar la buena marcha de la empresa y evaluar muy exactamente los beneficios [39].

B) Ejemplos particulares

a) *El señorío francés*

En todas las regiones de Francia, numerosos dominios señoriales, aunque de dimensiones y valores muy variables, permanecieron fieles a la economía tradicional y tuvieron importantes reservas explotadas bajo su control directo.

En Ile-de-France, las *granjas* de las abadías de la capital conservaban, en el centro de sus posesiones, la casa señorial *(hôtel)* o *manoir*, rodeada de las edificaciones para la explotación: establos y apriscos, palomar, lagar, cillero y graneros para los cereales; todo ello en un patio cerrado por un ancho muro. Estas *granjas* poseían, como media, una reserva de 75 a 100 ha de tierras arables, más 10 a 20 ha de prados y, con frecuencia, 5 a 10 ha de viñas. En Tremblay, la reserva de la abadía de Saint-Denis tenía 200 ha de tierras y 375 de bosque. Las tenencias ocupaban 700 ha [40].

Lo mismo podía encontrarse, sin duda alguna, en todas las regiones cerealistas del norte de Francia, donde los señores conservaban con más facilidad su derecho de *ban* y una estricta gestión de sus tierras, donde el individualismo campesino hacía menos mella en sus prerrogativas y donde el bloque de las tierras dominicales se imponía aún en todo el paisaje.

Incluso en los propios países de bocaje, la reserva señorial no siempre desaparecía; además no todas las tierras fueron cedidas en alquiler. Esta reserva incluía por supuesto bosques, landas, baldíos y amplios terrenos de paso para los rebaños, pero también prados de siega muy valiosos y algunas parcelas de tierra. Así lo observamos en algunos pequeños dominios del Maine: el castellano de La Milesse poseía en 1470 una reserva de 445 ha, de la cual 414 arpendes (alrededor de 200 ha) eran bosques, 100 jornales (alrededor de 1 ha) eran pastos y landas, 51 jornales (alrededor de ½ ha) eran tierras laborables, más dos estanques, un horno y huertos; el modestísimo *manoir* de los Pins, a las orillas del Loir, en 1447 aún conservaba 42 jornales (alrededor de 20 ha) de campos cultivados [41].

La situación tampoco evolucionó, o por lo menos no de manera decisiva, en el sur de Francia. Los hospitalarios de Provenza, por ejemplo, extraían siempre los mayores beneficios de la tierra reservada al dueño. Indudablemente, hemos de ver en ello el deseo de producir lo suficiente para alimentar a la *familia* y entrojar importantes cosechas a final de año. G. Duby piensa que intervenía también la voluntad de mantener el derecho de mando y el estatuto

de propietario. «La aristocracia rural prefería aún, en el umbral del siglo XIV, la fidelidad de una legión de servidores numerosa y próxima al aumento de los ingresos en dinero por ventas de las tierras mejor administradas» [42].

b) *El* manor *inglés*

Inglaterra conoció siempre la forma de economía rural que los historiadores califican de *high farming*, en la cual, los grandes propietarios cultivaban intensivamente sus reservas con el fin de vender en el mercado una parte importante de sus cosechas [43].

Cada explotación señorial o *manor* incluía una *curia*, centro de toda la actividad rural [44], situada casi siempre cerca de un *park* y rodeada por fosos *(moat-manor)*, que permitían el funcionamiento de los molinos, o por un largo muro de piedra o de tierra recubierta de chamiza. Una puerta apta para el paso de los carruajes se abría en este recinto, protegida por una torre o varias torrecillas [45]. En este patio se levantaba la imponente casa del dueño, construida con piedra y ladrillo; pero el *hall*, habitación primitiva y única, cubierto con un gran armazón de madera, iluminado por hermosas ventanas con paneles de vidrio, adornado en su exterior por grandes *oriels* en saledizos, flanqueado por dependencias de servicio y por la cocina, perdió entonces toda su importancia: si los familiares, tanto criados como granjeros, todavía se reunían en él e incluso hacían allí sus comidas, la familia del propietario vivía en apartamentos privados, divididos en varias habitaciones. En el patio, donde se levantaban los almiares de paja y de heno, aparecían repartidas las edificaciones para la explotación: los trojes, inmensas naves de 150 o 200 pies de largo, divididos en tramos y cubiertos con espléndidos armazones de madera trabajada, con enormes vigas curvadas y sostenidos sus muros por macizos contrafuertes; después, las edificaciones para trillar el grano, de forma octogonal, abiertos en sus lados —los *gin-gans*—, los grandes palomares, los establos y los cobertizos, los hornos para secar los guisantes y preparar la malta. Fuera del muro se encontraban el huerto, el vivero, los molinos y los apriscos.

Es verdad que el *manor* señorial no impuso en todas las regiones de Inglaterra idéntica ley ni determinó de la misma manera los paisajes agrarios o las estructuras sociales. Desde este punto de vista, el estudio del número de *manors* por aldea puede aportar evidentemente preciosos datos. En ciertos condados de los Midlands, en el Warwickshire por ejemplo, o en el Huntingdonshire, el Buckinghamshire, el Oxfordshire y, por tanto, en toda la región de los Cotswold y de los Chiltern Hills, una aldea de cada dos sólo contaba con un *manor*, que de esta forma era dueño de toda la comunidad rural; por el contrario, en otros condados, situados algo más al este y más

vecinos, tal situación era mucho más rara: sólo 7 aldeas de cada 25 tenían un *manor* en el Bedfordshire y no más de 12 de cada 112 en el condado de Cambridge; todo esto en vísperas de 1300.

Por otra parte, el *manor* señorial podía integrarse más o menos en el terreno aldeano. El único *manor* de Cuxham, en el Oxfordshire, y los cuatro *manors* de Sherington (en 1300), en el Buckinghamshire, se diferenciaban con nitidez de las parcelas campesinas; todas sus tierras se encontraban reunidas en un solo bloque compacto que cortaba el *open-field* del terreno [46]. Por el contrario, los dos *manors* de Wingston, en el Leicestershire, que poseían 1200 acres de tierras en los 2900 acres de la aldea, se integraban perfectamente en los campos de los campesinos, sin que sus límites destacasen; W. G. Hoskins afirma que en las regiones del Danelaw la aldea y no el *manor* continuaba siendo la forma esencial de la organización social y política [47], en cuyo caso la comunidad campesina se imponía con más facilidad al señor.

4) La «reacción señorial»: los nuevos ingresos

En momentos difíciles, la vitalidad del señorío rural se manifestaba en todo Occidente por la adopción de nuevas políticas que, por diversos medios, tendían a compensar ciertas perdidas y a adaptar la economía «manorial» a la coyuntura y a las exigencias de los mercados.

A) Los derechos sobre los hombres

En primer lugar, la «reacción señorial» pesaba sobre los hombres, sobre los posesores de tenencias que vieron endurecerse las pretensiones o las exacciones de los dueños. Ciertos historiadores hablan a menudo de una «nueva servidumbre», hacia los años 1360 a 1400. En efecto, numerosos señores de Inglaterra y sobre todo de Alemania (pero también de Francia) hicieron valer de nuevo y de manera más severa sus derechos de justicia, agobiando a los campesinos con multas, tallas y tasas arbitrarias; ello puso graves límites a las libertades individuales de sus campesinos y ocasionó un retorno al estado de servidumbre, llamado *villenage* en Inglaterra. En el espacio de tres años (de 1368 a 1371) el arzobispo de Magdeburgo Albrecht III multiplicó tanto las tasas y servicios que abandonaron sus tenencias más de 3000 campesinos [48]. En Alemania, particulargamente en el Este, los propietarios agravaron de manera manifiesta

su presión social: la situación de los campesinos se hizo cada vez más difícil pues debieron aceptar una serie de *cartas de costumbres* muy severas (*Weistümer*), impuestas por los nobles y sus juristas a las comunidades aldeanas; ello provocó la servidumbre progresiva de los campesinos [49].

La sujeción de los hombres se tradujo con frecuencia, por lo menos en Inglaterra, en una mayor actividad de los tribunales señoriales de justicia (*manor courts*); numerosos *manors* reforzaron entonces las reglas de la comunidad agraria multiplicando las «ordenanzas de otoño»: así, por ejemplo, los dueños del único *manor* de Warboys (Huntingdonshire) impusieron 6 ordenanzas nuevas en 1411, 7 en 1430 y 9 en 1440 [50]. Es cierto que todas las multas no iban a parar al señor [51] pero, sin embargo, éste obtenía saneados beneficios y un acrecentamiento de su autoridad.

Con el apoyo del soberano, los señores se esforzaron ante todo en frenar la huida de los campesinos y el alza de salarios. La lucha contra los fugitivos caracterizó claramente la reacción señorial. En 1432, la Constitución promulgada por las Cortes Catalanas, que lleva el título de *Commemorants*, daba al señor el derecho de tomar inmediatamente todos los bienes del campesino que abandonase su casa [52]. El rey de Dinamarca prohibió a los criados que fuesen a trabajar a las pesquerías de la isla de Lolland y, en Suecia, los agentes reales devolvían a la fuerza a los campesinos instalados en las ciudades. En la Alemania del este, el estatuto de Wislica (1347) no permitía que los campesinos sujetos al derecho alemán cediesen su manso sino bajo ciertas condiciones; estos reglamentos fueron reforzados en 1420, en 1445 (la marcha del campesino quedaba sujeta a la autorización del señor) y después en 1496 (confiscación de los bienes, castigo de los cómplices); en 1436 se firmó un acuerdo con Polonia para la entrega recíproca de los campesinos fugitivos [53]. Por otra parte, en Inglaterra, la ordenanza de 1349 y los estatutos de 1351 establecían una severa legislación del trabajo: prohibición de ofrecer salarios más elevados a los que regían antes de la peste (de 1349), control de la contratación y de los cambios de patronos, obligación de que todo hombre sin tierra y con menos de sesenta años aceptase trabajo en casa de su *lord* a tal precio.

B) Otros tipos de explotación

En ciertos países, algunos señores (pero nunca todos los propietarios de la tierra) abandonaron las formas tradicionales de la explotación directa. Conservaron un castillo, *manor* o casa fortificada con bosques, prados y derechos de todo tipo, pero cedieron la totalidad o una parte de las tierras arables de la reserva a una serie de explotadores campesinos que asumieron por sí mismos la admi-

nistración. La naturaleza de estas cesiones fue, en realidad, muy variable: simple alquiler, aparcería *(métayage)* o arrendamiento, tipos más complejos donde el trabajo campesino iba asociado a los beneficios.

De manera general, numerosos autores han considerado durante mucho tiempo que este abandono, total o parcial, de la explotación «manorial» de las tierras era un síntoma evidente de una «crisis» del señorío y de una disminución de los ingresos. Esta tesis no reposaba en ningún estudio particular y hoy ha sido desmentida.

Observemos, en primer lugar, que esta evolución no afectó nunca al conjunto de una región sino sólo a ciertos señores y no siempre a todas sus tierras. Se trataba evidentemente de una alternativa.

Por otra parte, no cabe duda de que los ingresos de estos nuevos alquileres eran siempre muy diferentes y desde luego superiores a los que procuraban las antiguas tenencias, cuyos censos habían disminuido considerablemente, sobre todo en poder adquisitivo, si estaban computados en moneda.

De hecho, ciertas cesiones atestiguan la existencia de una política muy sagaz y provocaban con frecuencia un aumento sensible de los recursos.

Uno de los aspectos más espectaculares de la evolución del señorío rural fue entonces el considerable desarrollo del arrendamiento. El propietario cedía a un campesino rico, en ocasiones a un humilde señor o a un burgués que abandonaba la ciudad, una parte importante de su reserva a cambio de un apreciable alquiler [54]. De esta forma se constituyeron en el norte de Francia y, sobre todo en Inglaterra, aquellas grandes granjas, con frecuencia de 20 a 50 ha de tierras arables, que podían incluir la casa señorial, el *manor* y su patio, bosques y pastos. Este proceso, que según parece surgió en los años 1250-1280, se generalizó doscientos años más tarde.

Sin embargo, el análisis concreto de las cuentas del arzobispado de Canterbury referentes a unas cuarenta posesiones del sureste de Inglaterra realizado por F. R. H. du Boulay ha mostrado que la práctica del arrendamiento no significaba un abandono de las tierras en mal estado, entregadas a bajo precio. En este caso el contrato de arrendamiento iba precedido de una minuciosa investigación de la calidad de los suelos y de su valor; a menudo, da la impresión de que dicho contrato era el fruto de largas negociaciones y de regateos. Hasta el siglo XVI aproximadamente, los plazos fijados seguían siendo bastante cortos: de 5 a 12 años; el arzobispo percibía (para granjas, desde luego, de 40 a 200 ha) sumas importantísimas (de 30 a 120 libras) pagadas regularmente cada año. Con frecuencia, el contrato preveía la construcción de nuevos edificios y la continuación de las roturaciones; obligaba al arrendatario a la residencia y le

prohibía talar los bosques y, sobre todo, causar daños al parque señorial. De manera general, el *Consejo* de los dominios continuaba ejerciendo una estrecha vigilancia y, a menudo, hasta regulaba con antelación el número y el ritmo de los trabajos agrarios[55]. Vemos así cómo, en esta época por lo menos, el arrendamiento no suponía un abandono definitivo sino más bien una tentativa para reconstruir o mejorar ciertos dominios[56].

G. Fourquin ha mostrado igualmente, refiriéndose a las tierras de la abadía de Saint-Denis, que el arrendamiento, aplicado en pleno período de crecimiento económico, se traducía en altos alquileres, en ingresos de dinero más considerables y regulares, en una mejor tesorería y en saneadas finanzas[57]. Lo mismo sucedía en los grandes dominios de Hainaut que, sin embargo, apenas contaban con más de 50 ha de tierras laborables[58].

Veamos otra política de adaptación: en el viñedo angevino los señores propietarios de los cercados (que hasta entonces dejaban los trabajos a destajo a obreros asalariados) abandonaron, ante la subida de los salarios, esta explotación directa en los años 1380-1390; a partir de entonces dieron los principales trabajos (descalce, bina e incluso poda y cava) a una serie de aparceros por medio de un contrato llamado de «conveniencia»[59].

C) Especialización agraria y otros ingresos

No todos los señores consagraron sus tierras al cultivo de los cereales, al *high farming* inglés. Sensibles a la evolución de la demanda y a las posibilidades de los mercados urbanos, se especializaron muy a menudo en tal o cual producción más remuneradora: la madera, la carne o la lana y, sobre todo, el vino.

a) *Los bosques*

La explotación del bosque señorial tomó en esta época un giro sistemático, racional y hábil. Todas las cuentas señoriales atestiguan la atención particular que los propietarios de los *manors* ingleses y de las granjas francesas mostraron hacia el mantenimiento de sus bosques: registros separados de cuentas e indicaciones muy concretas de gastos y ventas. El espacio entre una y otra tala estaba fijado de manera rigurosa, lo que permitía reconstituir grandes oquedales. Los señores de Hainaut, con el conde a la cabeza, dividían sus bosques en lotes de «15 tallas» y, cuando se efectuaba la repoblación,

protegían los pequeños arbustos durante cinco o seis años por medio de empalizadas [60]. El homenaje prestado en 1390 por Margarita de Grancey, dama d'Ancy-le-Franc, al conde de Auxerre y de Tonnerre daba cuenta muy exactamente de 380 arpendes de bosque, repartidos en 15 lotes diferentes, cuyo plazo de tala variaba entre 25 y 50 años y cuyo precio de «tonsura» oscilaba entre 15 y 70 sueldos por arpende [61]. Tales cifras y estas importantes variaciones son el ejemplo claro de una explotación «especulativa». De hecho, el valor de la tala no dependía solamente de la especie o del vigor de los árboles, sino también de la proximidad de las ciudades o de los ríos.

En resumidas cuentas, los bosques representaban una parte cada vez más importante de los ingresos señoriales. En Ancy-le-Franc, la venta de los árboles daba 26 libras al año mientras que las tierras acensuadas sólo procuraban 5 libras [62]. En Ile-de-France, la abadía de Saint-Denis poseía varios millares de hectáreas de bosques; en el siglo XIV adquirió todavía más, mientras los árboles aportaban de ordinario, entre 1284 y 1343, de 6 a 14 % del total de los ingresos. De hecho, el porcentaje que representaban los bosques era relativamente mucho más importante puesto que sus gastos de explotación eran muy inferiores a los que ocasionaban las sementeras: por ejemplo, en el año 1334-1335, los ingresos fueron de 3280 libras y los gastos de 281 libras; en el año 1376-1377, cuando los ingresos sólo representaron excepcionalmente 3 % del total de las rentas, su rendimiento seguía siendo casi tan elevado: 406 libras frente a 36 [63].

A la venta de los árboles se añadían a menudo los productos de la caza, de la ganadería, de la recolección de la miel, las multas percibidas por los *viguiers* y los tribunales de *viguerie* y, eventualmente, los alquileres de los derechos de uso. Parece que la regularidad de tales ingresos puede explicar la política, a veces tenaz, de los señores, preocupándose por extender sus reservas forestales *(cotos, vedados* o *lugares protegidos de tala* [*défends*]*)* y prohibiendo el acceso a los campesinos; aquí tuvieron su origen los graves e interminables conflictos con las comunidades rurales.

b) *La ganadería*

En ciertos bosques, en las landas y baldíos, los señores dejaban pacer grandes rebaños semisalvajes; esta ganadería ejercida por el propietario se oponía así a los derechos de uso reivindicados por los aldeanos de los alrededores. Los reyes de Inglaterra, al tiempo que imponían un severo estatuto del bosque y una estricta vigilancia, habían establecido en los linderos de los grandes bosques varias granjas para la ganadería (las *vaccaries*), de vastas dimensiones, que procuraban a la Corona apreciables ingresos. Por ejemplo, las hubo al borde de

bosque de Windsor, en Eversley y en Bagshot; y, sobre todo, en los valles del Blackburnshire, situados en el flanco de la cadena Penina, donde en los años 1390 las cinco granjas de Trawden contaban con más de 400 vacas; y, además, los once establos de Rossendale [64].

En la misma época, el conde de Hainaut poseía una amplísima reserva dominical, llamada Renaut-Folie, donde se criaba ganado para el consumo de la casa condal y caballos para todos sus servicios. Establecida al borde de los grandes bosques de Mormal, esta «casa» del bosque utilizaba alrededor de 3000 ha y poseía, además, 135 ha de praderas de siega; empleaba una mano de obra abundante y experta: equipos de segadores para la siega del heno y pastores permanentes para la custodia de los animales. Para mejorar las razas, el conde había traído a sus parques cierto número de vacas de Saboya, de la región de Metz y de Inglaterra; caballos de España y de Apulia (hacia 1280) y yeguas de Normandía (en 1334). Sin embargo, en este caso, la ganadería no provocó ninguna transformación del paisaje ni *enclosure* alguna: los súbditos del conde capturaban y marcaban regularmente yeguas y potros salvajes en el bosque de Mormal [65].

c) *Las minas y la industria*

Por fin, en cuanto dueños del suelo y de la fuerza motriz de las corrientes de agua, disponiendo a menudo de una mano de obra campesina numerosa, relativamente estable, poco organizada y, por ello mismo, poco exigente, los señores obtuvieron entonces saneados ingresos de la explotación de las minas y del tejido de los paños.

Coincidiendo con la época que presenció el despertar de las pequeñas industrias metalúrgicas (construcciones navales, útiles de labranza e instrumentos textiles), el propietario de las minas y de las fraguas adquirió entonces gran predicamento en muchas regiones [66]; por ejemplo, en Suecia, sobre todo en Dalécarlie, donde los grandes hornos a la manera sueca, introducidos en seguida en Alemania, permitían una mayor producción que antaño [67]; del mismo modo, en los Alpes, donde los cartujos organizaron en los valles numerosas fraguas que funcionaban activamente [68]; e igualmente en el Apenino ligur, detrás de Génova [69], o en los valles de los Alpes lombardos, cerca de Milán y de las ciudades lombardas del acero [70].

Parece que desde el siglo XIV la industria de los buenos paños había emigrado en gran medida de las ciudades a las aldeas del campo [71].

La industria inglesa, la más activa de todas, no estaba estrictamente localizada en las ciudades. Al contrario; si Bristol tenía sus barrios obreros y sus molinos batanes en el meandro del Avon, los paños llamados *de Bristol* eran confeccionados a menudo en nume-

rosas aldeas rurales situadas al pie de los Cotswolds y escalonadas a lo largo de los ríos: Somerset, Avon y sus afluentes; lo mismo sucedía con los paños de Salisbury y de Winchester; sin hablar ya de los paños de Irlanda, muy populares, que se tejían, como las telas de lino, en los campos de la isla.

Los paños llamados *Stroudwaters* y *Castlecombes*, que se contaban entre los más apreciados de Inglaterra, eran exclusivamente productos de la industria rural, o sea, paños tejidos en el marco del *manor* señorial, bajo la responsabilidad y la autoridad del dueño.

La comarca de los Stroudwaters, en los Cotswold, célebre por sus torrentes y los saetines de sus molinos, contaba con varios *manors* señoriales: Bisley pertenecía al duque de York, por ejemplo, y Minchinhampton a la abadía de Caen. Estos *manors* tenían desde luego en la planicie una cabeza de partido de explotación rural: aldea agrupada en torno al parque señorial y a la iglesia, con las sementeras tradicionales y las landas de las colinas. Hacia el año 1300, la aldea exportaba sus lanas en las barcas del Támesis. Más abajo, los caseríos se dispersaban a lo largo del Stroud Valley y de sus afluentes. Desde mucho tiempo atrás, los molinos abatanaban la lana en estos lugares. Pero el verdadero desarrollo de la industria data de los años 1450; al principio fue ejercida por los pañeros de los burgos vecinos (como Cirencester); poco después, por cuenta de los propietarios de los molinos, a los que se llamaba «pañeros». En Castlecombe, el gran *manor* comprendía entonces dos partes: Upper Castlecombe en la planicie y Lower Castlecombe en el valle. Ante los estragos de la peste negra y la huida de los campesinos, el señor abandonó sus propiedades a partir de 1352, conservando sólo el parque y el derecho de coto; pero, en seguida hizo tejer paños. Hacia 1410, un hombre de negocios natural de Norfolk (y, por ello, diestro en estas técnicas) compró el *manor*, obteniendo de Londres importantes encargos de paños rojos y blancos para el ejército; ello provocó un aflujo considerable de nuevos huéspedes, todos ellos artesanos venidos de lejos: a partir de 1430, los habitantes de Castlecombe vendían en el mercado de Blackwell (Londres) aquellos paños de excelente calidad cuya reputación se mantuvo más de un siglo después [72].

Todavía sin salir de Inglaterra, toda la economía agraria de los condados del Devon y de Cornualles estaba sometida de hecho a las restantes actividades: trabajo textil, transportes terrestres y navegación a lo largo de las costas, pesca, tejido de telas y paños, extracción de estaño y plata. Las fluctuaciones de la producción minera condicionaron las de los cereales y las de todos los productos del suelo; las crisis agrarias, los abandonos de tierras y las variaciones en el precio del arpende dependían de la demanda más o menos importante de las comarcas mineras. De toda la población de Cornualles casi una de cada diez personas estaba ligada al trabajo de las minas [73].

Como vemos, en muchos países de Occidente, el propietario del *manor* no era exclusivamente comerciante de granos. Al contrario; en tanto que dueño de los bosques, gran productor de carne o de lana, castellano viñador, propietario de fraguas, de minas, de vidrierías [74], de molinos batanes y de aldeas de tejedores, la economía de su dominio se diversificaba, se integraba en un amplio complejo mercantil y se enriquecía.

5) Propiedades y fortunas campesinas

A) Las tierras fuera del señorío; los alodios

La relativa abundancia de los cartularios o de las cuentas señoriales nos ha conducido con demasiada facilidad a no contemplar la vida del campo más que bajo el prisma de la gran propiedad territorial, fuese laica o eclesiástica. De hecho, nos encontramos ante una generalización abusiva, pues limitar el estudio de las estructuras económicas y sociales al de las relaciones de fuerza entre señores y campesinos es dar una imagen muy simplista de la vida de las comunidades rurales. Muy mal conocida por falta de documentos concretos, la propiedad campesina, tan antigua como el señorío (y, a veces, más antigua que él) se conservó perfectamente, igual que todas las instituciones propias del mundo campesino. Desgraciadamente, parece que «la obsesión por la agricultura señorial y sus rentas ha provocado un desconocimiento fundamental del desarrollo económico y social del siglo XIII» [75].

Para escapar de esta óptica tan constriñente, es necesario prestar más atención a las propiedades estrictamente campesinas, independientes del señorío, por lo menos desde el punto de vista económico: eran las tierras que pertenecían al patrimonio familiar y que no debían alquiler alguno; tierras llamadas generalmente *alodios*. Por suerte, los recientes estudios sobre historia agraria llaman la atención sobre este punto.

Estos *alodios*, poseídos en plena propiedad por individuos, a menudo de condición modesta e incluso sometidos personalmente a ciertas exacciones señoriales, son por desgracia difíciles de conocer todavía y más aún de computar. Supervivencia a veces de la propiedad romana, la tierra de alodio se podía encontrar sobre todo en el Sur: Provenza, Languedoc y norte de Italia, cuyos notarios nos muestran a pequeños campesinos vendiendo tierras con toda

libertad, desembarazadas de toda coerción. Pero la encontramos también más al Norte, en todas las regiones del Garona, particularmente en el Bordelés, donde representaba alrededor de 10 % de todas las tierras; asimismo, en Forez y en Mâconnais, donde los campesinos alodiales se mantenían todavía en el siglo XIV.

También aquí, la división sistemática de la Europa occidental en países de derecho escrito y países de derecho consuetudinario donde el alodio estaría mucho menos extendido o sería prácticamente desconocido, parece un rotundo apriorismo. La distinción es mucho más difícil de establecer. Ya en 1947, R. Boutruche pudo confeccionar un mapa de la repartición del alodio hacia el año 1300 [76], y mostrar que la propiedad personal había sabido resistir los embates del señorío rural mucho más allá de los límites de los países de derecho escrito. Aunque indudablemente casi desconocido en Inglaterra, en Ile-de-France y en Bretaña —pero no desde mucho tiempo atrás—, subsistía en las montañas, en un curioso islote de Normandía (país d'Yvetot), en la región del Mosa y, más lejos todavía, en Suiza e incluso en Sajonia. El autor cita también a León y Castilla que, de esta forma, pueden asimilarse a ciertas regiones italianas. Esta repartición, por supuesto muy desigual e incluso caprichosa, plantea una serie de problemas que no siempre resuelve el estudio del feudalismo ni tampoco el del señorío y sobre los cuales no estamos mucho mejor informados desde entonces.

De todas maneras, estas tierras campesinas no eran siempre de propiedad individual, de un hombre y sus herederos ni de una sola familia sino, más bien, de un grupo social dilatado, de una importante comunidad familiar, llamada con frecuencia comunidad *tácita (taisible)* que celosamente conservaba su patrimonio indiviso [77]; también estas tierras, mucho más difíciles aún de captar por el historiador, escapaban al marco del señorío y representaban, sin duda alguna, en ciertas regiones una parte notable de los terrenos.

B) Nuevas formas de «propiedades» campesinas

Por otra parte, la propia noción de «propiedad» era entonces muy compleja y bastante subjetiva. El campesino posesor de una tenencia que, desde varias generaciones, cultivaba el mismo campo, terminaba por considerarlo como su propia tierra, aún respetando los derechos del señor. Esta impresión se afianzaba especialmente cuando los hombres quedaban libres de toda dependencia personal y de toda forma jurídica de servidumbre; cuando sus herencias, así

como la conservación de sus descendientes en las mismas tenencias, quedaban aseguradas sin ninguna restricción; cuando los censos, ya depreciados, sólo parecían tener una especie de valor simbólico [78] y ser la referencia a un derecho señorial bastante lejano; y cuando, por fin, el campesino podía, a cambio de una modesta tasa, disponer de las tierras, venderlas o enajenarlas a terceros e incluso realquilarlas. Las ventas o alquileres de tierras acensuadas parece que fueron entonces muy fáciles de realizar; se multiplicaron sobre todo en las ciudades pero también en aquellos campos cerealistas muy influidos por los grandes mercados. Vemos, por tanto, que algunas de las grandes fortunas campesinas parecían asentarse, por un lado, en bienes personales y, por otro, en unas tierras a censo que habían escapado prácticamente al control estricto del señor.

a) *Nuevos establecimientos; bonificaciones*

Todas estas favorables condiciones aparecieron con frecuencia reunidas en el siglo XV, como consecuencia de los disturbios y de las fluctuaciones económicas, ya que solían acompañar a la reordenación de las tierras devastadas. La reconstrucción de los campos, el éxodo de los campesinos y la búsqueda de una nueva mano de obra, así como también las mutaciones económicas y una explotación más atenta de la tierra, provocaron una mejora decisiva y favorecieron la extensión de las propiedades campesinas.

Y es que el señor debía conceder una serie de ventajas para retener o hacer venir a los campesinos a las tierras abandonadas. A veces, esta política se expresada en verdaderos contratos de roturación: contratos de *affogement* en Bretaña, cartas del Quercy, *actes d'habitation* sobre todo en Provenza, estudiada por R. Aubenas [79]. Las concesiones otorgadas en bloque a toda una comunidad («ha sido decidido que los citados hombres puedan repartir el dicho terreno como les parezca, conforme a la utilidad general») precisaban las exenciones de impuestos y la naturaleza de los servicios, pero también los derechos del señor y la obligación que tenían de reedificar la aldea con sus casas y sus murallas.

A esta política de los señores respondían las medidas de orden general adoptadas por el soberano, ya fuese Luis XI o el rey Renato: supresión o disminución de los impuestos, *lettres de naturalité* para los extranjeros, y ennoblecimiento de los burgueses provistos de feudos con el fin de estimular la inversión de capitales en el campo.

Se multiplicaron entonces por toda Francia los arrendamientos

a muy largo plazo, prorrogados a veces a dos o tres generaciones: *baillée à trois têtes du Maine*, *colloque* del Quercy, arrendamientos perpetuos. En la región de Toulouse, los aparceros *(laboureurs)*, llegados con frecuencia del Macizo Central, del Agenais o de Gascuña, obtuvieron entonces, junto a un apreciable alargamiento de los contratos, una mayor participación en los productos [80]. Estas concesiones sólo se explicaban por la escasez de mano de obra y la necesidad de reparar las ruinas. Casi todos los nuevos acuerdos preveían una *bonificación* y una *mejora* de las tierras, a cargo del arrendador, y describían de manera minuciosa los trabajos exigidos.

Ampliamente difundido por todos los países del Mediodía, como Provenza [81], Languedoc, Alpes del Sur y norte de Italia [82], el viejo contrato de enfiteusis que, a veces, se confundía con el *livellum*, atestigua muy bien el deseo de mejora de las tierras y la amplitud de las concesiones.

El terrazguero disponía de la tierra a su antojo, a cambio de un derecho de entrada y un censo anual; podía venderla si el propietario no hacía valer su derecho de preferencia; debía, sin embargo, bonificar las tierras, volverlas a poner en cultivo, desecarlas y plantar centenares de cepas de viña y olivares. En todo caso, ocurría con frecuencia en muchas regiones que el campesino se consideraba como el verdadero propietario. Nos revela muy bien esta costumbre el hecho de que los contratos de enfiteusis «perpetua» fuesen mucho más numerosos que aquellos otros establecidos para 9 o 27 años. Hacia 1280, el catastro de Bolonia designaba a las tierras alquiladas en enfiteusis o en *livellum* con el nombre del terrazguero y no con el del propietario [83].

b) *Viñedos campesinos y viñadores*

De la misma manera, los nuevos viñedos, ya fuese por la puesta en cultivo de los baldíos o por transformación de las labores, se hicieron a menudo por asociación entre el señor y el campesino que plantaba las cepas. Estos contratos, llamados *de complant*, daban la mitad de las nuevas cepas al campesino. A partir de los años 1300-1320, la *rabassa morta* de Cataluña dejaba la tierra al campesino mientras vivía la cepa plantada. El hecho cierto es que, en todos los países, el viñedo estaba íntimamente vinculado al desarrollo de la pequeña propiedad rural, liberada de los lazos económicos o jurídicos que pesaban sobre los otros campesinos. «La vocación vitícola revistió un carácter democrático que la distinguía de la labranza» [84].

Aunque el viñedo lionés permaneciese en poder de señores o de ciudadanos, los viñadores campesinos, muy numerosos en la zona próxima a la ciudad y que cultivaban a menudo tenencias inferiores a una hectárea diseminadas en varias parcelas, escaparon ya hacia los años 1350 de las servidumbres personales que aún pesaban sobre los hombres de las montañas vecinas; la cuantía de las dotes y de las pensiones vitalicias legadas en testamento atestiguan, por otra parte, un nivel de vida más elevado y una alimentación más rica y refinada [85]. La libertad personal y el bienestar material anunciaban muy claramente el acceso a otro estatuto. En Anjou, la pequeña propiedad vitícola se había desarrollado mucho antes y se extendía cada vez más en detrimento del cercado señorial: las declaraciones de los años 1480-1520 dicen que sólo 10 señoríos de un total de 60 poseían grandes cercados: «La viticultura se había convertido en campesina y familiar» [86].

Todas estas concesiones ligadas a las roturaciones, a la reconstrucción agraria y a la implantación de nuevos cultivos más exigentes, explican el auge considerable de la propiedad llanamente campesina, fuera de toda dominación señorial, en las tierras más cultivadas, que eran regiones de intensa irrigación, donde se trabajaba con la laya o a mano y donde abundaban los viñedos y la arboricultura; ello ocurría cerca de las ciudades y, más generalmente, en los terrenos de densa implantación humana. Por ejemplo, en las zonas litorales italianas: la comarca de Sestri Levante, según el estudio del catastro de 1467 y de las actas notariales, ofrece el caso sorprendente de un terreno agrario, que se extendía desde las montañas a la costa, donde todos los hombres eran personalmente libres y donde casi toda la tierra les pertenecía en propiedad; ninguna parcela dependía de ningún señor laico ni pertenecía a ningún habitante de Génova; las propiedades eclesiásticas y las de los propios habitantes del burgo eran muy limitadas: es decir, era un terreno específicamente campesino [87].

C) Jerarquías y aristocracias campesinas

Las nuevas condiciones, los disturbios, las mortandades, las migraciones e incluso a veces las mutaciones económicas favorecieron también una neta diversificación de las fortunas en el interior del mundo campesino. Contrariamente a la imagen simplista de una «masa» campesina uniforme, miserable y sometida al señor de idéntica forma, se vislumbran ahora —gracias a los recientes estudios de historia de la sociedad agraria— los contornos y los caracteres verdaderos de un campesinado occidental muy complejo y que presentaba una extraordinaria variedad de condiciones y de fortunas.

A lo largo de los siglos y, quizá de una manera más sensible en esta época, se desarrolló claramente y, a veces, con cierta ostentación, una aristocracia campesina de individuos enriquecidos, más favorecidos por la fortuna, que podemos llamar *concentradores de tierras*. Los encontramos en todas las regiones. Las cuentas de los *manors* ingleses prueban la existencia entonces de un mercado de tierras de asombrosa actividad: compras y ventas, subarriendos, alquileres; las parcelas cambiaban a menudo de manos; en 1447, 50 de los 98 terrazgueros del *manor* de Gillingham (en el arzobispado de Canterbury, en Kent) cultivaban una o varias parcelas cedidas por otros [88]. En los países meridionales, los catastros y los contratos notariales nos dan una imagen todavía más precisa —y, sin duda, más fiel— de este extraordinario mercado de tierras: en Italia, Provenza y el Languedoc, la mayor parte, con mucho, de los contratos efectuados ante notario eran transacciones de tierras.

Generalmente este mercado y el juego de repartos y herencias [89] eran la causa de las grandes desigualdades de fortunas, tanto de los terrazgueros como de los propietarios, en el Norte [90] y en el Sur. G. Sivery observa una agravación en las diferencias de rentas y de condiciones a partir de los años 1250; la sociedad aldeana se diversificaba también: las antiguas y tradicionales denominaciones bastante uniformes *(manants, hôtes, hommes)*, se sustituyeron por la mención de las profesiones [91]. En Gillingham, situado en el condado inglés de Kent, la cuarta parte de los terrazgueros explotaban 2 acres (1 ha) o menos; 40 % de ellos tenían entre 2 y 10 acres; pero 6 % poseían más de 100 acres [92]. En la zona litoral genovesa, concretamente en Sestri, un número importante de campesinos sólo poseían en propiedad, en 1467, una pieza de tierra mientras que otros tenían 15 y 20; el valor medio de las propiedades raíces se situaba, según las aldeas o caseríos, entre 100 y 250 libras pero, mientras numerosos campesinos apenas tenían 10 libras de tierra, otros poseían de 1500 a 3000 libras [93].

Todas estas cifras subrayan el ascenso de una aristocracia campesina formada por hombres libres y enriquecidos llamados en Inglaterra, según las regiones y las circunstancias, *yeomen*, *husbandmen*, *good men* y también *franklins*, *thrifty men* (los que han ahorrado). En la aldea de Wingston (Leicestershire), una familia de campesinos llamada Randolf compró en 250 años (de 1200 a 1450 aproximadamente) 150 acres (60 ha) de tierras, tres casas importantes e incluso numerosas rentas [94]; otros hicieron fortuna criando ganado en los *Fens* bonificados; y otros, por fin, eran antiguos molineros. Estos *yeomen* empleaban a asalariados agrícolas, poseían herramientas de labranza y podían recibir grandes fincas en arrendamiento. Su éxito muestra los importantes cambios ocurridos en la estructura social de las comunidades campesinas.

El teólogo Hugh Latimer hablaba en uno de sus sermones de su propio padre quien —según decía— tuvo durante toda su vida la misma finca pero poseía también una dehesa para 100 ovejas, criaba 30 vacas lecheras, empleaba a 12 hombres para sus labores, daba limosna y hospitalidad a los pobres de la vecindad [95]. También en Toscana y Lombardía numerosos *fictaioli*, que habían tomado en arriendo tierras, bosques y molinos de la iglesia o de los ciudadanos, se enriquecieron con la explotación racional de sus tierras y, por medio de la usura, dominaron toda la sociedad de aquellos campos [96].

Podemos observar, por tanto, que el mundo rural, señores y campesinos, era muy diverso y que, en todo caso, estaba muy jerarquizado. La variedad de condiciones y fortunas, de los propios géneros de vida y los contrastes entre regiones no muy lejanas unas de otras, impiden presentar un cuadro de conjunto y, aún más, frenan toda tentativa de ofrecer una evolución en forma de esquema general y riguroso.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. Como, por ejemplo, la familia florentina de los Corsini cuyo «Libro de razón social» permite seguir todas estas inversiones, desde 1362 a 1457. Cf. A. PETRUCCI, *Il Libro* [68].
2. J. VICENS VIVES, *Manual* [135]; L. REDONNET, *El latifundio* [245]; A. FERRÁN NÚÑEZ, *Castilla dividida* [186]; y, más recientemente, E. MITRE FERNÁNDEZ, *Evolución* [119].
3. H. AUBIN, The lands east of the Elbe and German colonisation eastwards, en *C.E.H.*, t. I.
4. G. SIVERY, *Structures* [252], págs. 325 y ss., particularmente pág. 332.
5. G. FOURNIER, La création de la Grange de Gergovie par les Prémontrés de Saint-André et sa transformation en seigneurie (XIIe-XVIe siècle) (*Le Moyen Age*, 1950); O. MARTIN-LOBER, L'exploitation d'une grange cistercienne à la fin du XIVe siècle et au début du XVe siècle (*Annales de Bourgogne*, 1957); G. DESPY, Un domaine seigneurial au Bas Moyen Age: La terre de Jauche dans la seconde moitié du XVe siècle (*Le Moyen Age*, 1963, págs. 867-889); G. FOURQUIN, *Les campagnes* [191], págs. 140 y ss.
6. P. J. JONES, A Tuscan monastic lordship in the later Middle Ages: Camaldolis (*Journal of Ecclesiastical History*, 1954).
7. G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 306.
8. B. GUENÉE, *Tribunaux et gens de justice* [198].
9. J. SCHNEIDER, en *Mémoires de l'Académie de Metz (1954-1955)*, págs. 13-90.
10. Cf. los mapas presentados por PH. WOLFF, *Les «estimes» toulousaines* [503] para señalar la repartición de los bienes rústicos de las familias ciudadanas en los campos vecinos.
11. R. FEDOU, *Les hommes de loi* [438]; *Le terrier de Jean Jossard* [49] y Une famille aux XIVe et XVe siècles: les Jossard de Lyon (*A.E.S.C.*, 1954).
12. W. ABEL, *Geschichte* [141], pág. 182.
13. G. FOURQUIN, *Les campagnes* [191], págs. 347 y ss.
14. E. BARATIER y F. REYNAUD, *Le commerce de Marseille* [273], págs. 697 y ss.
15. A. C. CHIBNALL, *Sherington* [163], págs. 3 y ss.
16. J. SCHNEIDER, *La ville de Metz* [486], págs. 394 y ss.
17. G. FOURQUIN, *Les campagnes* [191], págs. 349-350.
18. Cuaderno estudiado por C. A. CHRISTENSEN y citado por W. ABEL, *Geschichte* [141], pág. 147.
19. M. M. POSTAN, Some Economic Consequences of a Declining Population (*E.H.R.*, 1950); M. POSTAN, J. TITOW, *Heriots* [241]; J. SCHREIDER, Wages and prices in England in the later Middle Ages (*The Scandinavian Economic History Review*, 1954).

20. W. Beveridge, Wages in the Winchester Manors (*E.H.R.*, 1936).
21. W. Abel, *Geschichte* [141], págs. 128-129.
22. F. R. H. du Boulay, A Rentier Economy... (*E.H.R.*, 1964).
23. Chr. Dyer, *A Redistribution* [182].
24. R. Boutruche, *Aux origines* [158].
25. W. Abel, *Geschichte* [141], págs. 124-125.
26. A. Bouton, *Le Maine* [424], págs. 54 y ss., págs. 97-112. Sobre la importancia de los rescates en las finanzas señoriales, cf. A. Bossuat, Les prisonniers de guerre au XVe siècle (*Annales de Bourgogne*, 1951, págs. 7-35).
27. M.-T. Caron, *Les Chalon-Tonnerre, famille noble de Bourgogne au XVe siècle*, tesis mecanografiada (3.er ciclo), Universidad de París X, 1971, páginas 27-39.
28. J. A. Raftis, *The Economy* [242].
29. G. Sivery, *Structures* [252].
30. L. Genicot, *La crise agricole* [197].
31. W. Kühn, *Geschichte* [225].
32. L. Musset, *Les peuples scandinaves* [124], pág. 279.
33. P. J. Jones, *From Manor* [222], págs. 228-231.
34. *Ibid.*, págs. 233-235.
35. Sobre el papel de este *council* y de sus *auditors*, J. A. Raftis, *The Economy* [242]; R. Somerville, The Duchy of Lancaster Council and Court of Duchy Chamber (*Translations Royal History Society*, 1941, págs. 159-177); L. Fox, *The Administration of the Honor of Leicester in the XVth Century*, Leicester, 1940.
36. R. R. Davies, Baronial Accounts, Incomes and Arreares in the Later Middle Ages (*E.H.R.*, 1968, págs. 211-229); véase también sobre la presentación de estas cuentas y su interés, F. R. H. du Boulay, A Rentier Economy in the Later Middle Ages: the Archbishopric of Canterbury (*E.H.R.*, 1964, páginas 427-438) y, sobre todo, *The Lordship* [178]; Chr. Dyer, *A Redistribution* [182]; T. B. Plugh, *The Marcher Lordships of South-Wales, 1415-1436: Select Documents*, Cardiff, 1963.
37. Cf., por ejemplo, la obra muy detallada y perfectamente realizada de L. Genicot, *Crise agricole* [197]. Para Francia, véase la utilización de varias cuentas señoriales por M.-T. Caron, *Les Chalon-Tonnerre* (cf. *supra*, nota 27), páginas 55-80 y, por otra parte, para el estudio de la trashumancia, véase la investigación del cuaderno de cuentas de un pastor del rey Renato hecha por M.-T. Kaiser, *Le berger* (cf. *supra*, nota 25 del Capítulo II de la Primera Parte).
38. G. Sivery, *Structures* [252], págs. 18-23 y 471-500.
39. E. Stone, Profit-and-Loss Accountancy at Norwich Cathedral Priory (*Transactions of the Royal Historic Society*, 1962, págs. 25-48); E. Scark y B. Ross, *Accounts of the Cellares of Battle Abbey, 1275-1513*, Sydney, 1967.
40. G. Fourquin, *Les campagnes* [191], págs. 137-138. Para otras regiones, véase también L. Génicot, L'étendue des exploitations agricoles dans le comté de Namur à la fin du XIIIe siècle (*Études rurales*, 1966, págs. 5-31).
41. A. Bouton, *Le Maine* [424], págs. 157 y 159.
42. G. Duby, *Techniques et rendements* [179].

43. Ejemplos en H. S. BENNETT, *Life on English Manor, 1150-1400*, Cambridge, 1937; H. P. R. FINBERG, *Tavistock Abbey* [187]; G. A. HOLMES, *The estates* [215]; R. H. HILTON, *Social structure of rural Warwickshire* (Dugdale Society Occasional Papers, 1950); M. MORGAN, *The English Lands of the Abbey of Bec*, Londres, 1946; F. W. MAITLAND, History of a Cambridgeshire Manor, en *Collected Papers*, II, Cambridge, 1911; P. D. A. HARVEY, *A medieval* [201]; R. H. HILTON, *A Medieval Society* [212].
44. Descripción muy exacta de un *manor* señorial en P. D. A. HARVEY, *A Medieval* [201]. Cf. fig. 9, pág. 93.
45. Estas *gatehouses*, que prestaban a menudo un aspecto militar al *manor*, abrigaban en ocasiones hermosas viviendas con varias habitaciones.
46. P. D. HARVEY, *A Medieval* [201]; A. C. CHIBNALL, *Sherington* [163].
47. W. G. HOSKINS, *Midland Peasant* [218].
48. W. ABEL, *Geschichte* [141], pág. 162.
49. Cf., por ejemplo, G. VON BELOW, *Geschichte* [151]; T. MAYER, *Adel und Bauern* [233].
50. W. O. AULT, *Manor Court and Parish* [146].
51. Cf. *infra*, pág. 268.
52. J. VICENS VIVES, *El gran sindicato* [264].
53. W. KÜHN, *Geschichte* [225], pág. 146.
54. B. HARVEY, The Leasing of the Abbot of Westminster's Demesnes in the Later Middle Ages (*E.H.R.*, 1969, págs. 17-27).
55. F. R. H. DU BOULAY, *Who were farming* [177].
56. El arzobispo autorizaba a sus arrendatarios a que dedujesen hasta 20 % de su arriendo para las reparaciones y las mejoras de la finca.
57. G. FOURQUIN, Le début du fermage; l'exemple de l'abbaye de Saint-Denis (*Études rurales*, 1966, págs. 7-81).
58. G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 464.
59. M. LE MENÉ, Le vignoble en Anjou à la fin du Moyen Age, en *Le vin* [266], página 9.
60. G. SIVERY, *Structures* [252], pág. 455.
61. M. T. CARON, *Les Chalon-Tonnerre* (cf. *supra*, nota 27), pág. 199 y documento n.° 1, págs. 323-329.
62. *Ibíd.*, pág. 200.
63. G. FOURQUIN, La part de la fôret dans les ressources d'un grand seigneur d'Ile-de-France à la fin du XIII[e] siècle et au XIV[e] siècle (*Paris et Ile-de-France*, 1970, t. XVIII-XIX, págs. 7-36, mapa); y *Le domaine royal* [11]; en 1332, Felipe VI recibía de sus dominios del Gâtinais, en ingresos brutos, 8000 libras de sus bosques sobre un total de 20 000 libras.
64. W. WEILSON, en *Cambridge Economic History* [91], t. I.
65. Sobre todo esto, véase G. SIVERY, *Structures* [252], págs. 441-444, 525-537 y 583.
66. P. J. HESSE, *La mine et les mineurs en France de 1300 à 1550*, tesis de derecho, París, 1968.
67. L. MUSSET, *Les peuples scandinaves* [124], pág. 263.
68. O. JOHANSEN, *Geschichte* [357]; J. SCHNEIDER y colaboradores, *Le fer à travers les âges*, Nancy, 1956; particularmente en la región de Allevard.

69. J. HEERS, *Gênes* [449], págs. 218-223.
70. El manual escrito por UZZANO para el uso de los mercaderes (cf. *infra*, página 332) cita 32 calidades del acero llamado de Brescia, clasificadas según el lugar de producción y repartidas en dos grandes categorías: Val Chamonicha y Val di Ropia.
71. E. COORNAERT, *Draperies rurales* [350].
72. Evidences of Industrial Growth on some XVth manors (*E.H.R.*, 1959).
73. J. HATCHER, *A Diversified Economy* [203].
74. D. VAN DERVEECHDE, *Le domaine* [368].
75. Cf. las observaciones de CHR. DYER (*A Redistribution of Incomes* [182]), recordando las conclusiones de E. MILLER, The English Economy in the Thirteenth Century (*Past and Present*, 1964, págs. 21-40).
76. R. BOUTRUCHE, *Une société* [159].
77. Cf. *infra*, págs. 257 y ss.
78. En esta época, los antiguos censos disminuían casi siempre, ya fuese por la devaluación de la moneda o por rectificación de las cifras: en las tenencias de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, los censos pasaron de 8 a 4 sueldos por arpende de viña entre 1395 y 1456; en las tierras arables de Meudon el censo por arpende era de 7 sueldos en 1360, de 4 sueldos y 8 denarios en 1422 y sólo de 2 sueldos 7 denarios en 1461; cf. Y. BÉZARD, *La vie rurale* [154]; véanse otros ejemplos de estas reducciones espectaculares de los censos en G. DUBY, *L'économie rurale* [181], II, pág. 597.
79. *Chartes de franchises* [144].
80. G. SIGARD, *Le métayage* [248].
81. R. AUBENAS, *Cours d'histoire* [145]; para Córcega: P. LAMOTTE, *Baux* [226].
82. FR. ROBIN, *Sestri Levante* (cf. *supra*, nota 63 del capítulo cuarto de la primera parte), págs. 263-270.
83. A. PALMIERI, *La montagna bolognese nel Medio Evo*, Bolonia, 1919.
84. G. DUBY, *L'économie rurale* [181], I, pág. 239.
85. M.-T. LORCIN, *Le vignoble* (cf. *supra*, nota 40 del capítulo cuarto de la primera parte), pág. 17.
86. M. LE MENÉ, *Le vignoble* (cf. *supra*, nota 59), pág. 15.
87. FR. ROBIN, *Sestri Levante* (cf. *supra*, nota 63 del capítulo cuarto de la primera parte), págs. 260-263.
88. A. R. H. BAKER, Open-fields (*E.H.R.*, 1964).
89. B. DODWALL, Holdings and Inheritance in Medieval East Anglia (*E.H.R.*, 1967).
90. J. A. RAFTIS, Social structures in Five East Midlands Villages (*E.H.R.*, 1965, páginas 83-100); FR. RAPP, L'aristocratie paysanne du Kochesberg à la fin du Moyen Age et au début des Temps Modernes (*B.P.H.*, 1967, págs. 439 a 450).
91. G. SIVERY, *Structures* [252], págs. 386-392.
92. 1 acre = 40 áreas.
93. FR. ROBIN, *Sestri Levante* (cf. *supra*, nota 63 del capítulo cuarto de la primera parte), págs. 229-258.
94. W. G. HOSKINS, *Midland England* [218].

95. F. R. H. DU BOULAY, *Who were farming* [177]. Cf. también, en lo referente al estudio de las propiedades, de las actividades y del género de vida de dos ricas familias campesinas, siervos administradores y molineros, de Bellegarde-en-Forez: A. ROCHETTE, Fortunes paysannes au XIVe siècle en Forez (*Études Foréziennes. Mélanges*, 1972, págs. 143-166); el estudio de los testamentos permite precisar muy bien las rentas y las ambiciones sociales de estos «prohombres» de aldea.

96. D. HERLIHY, *Santa Maria Impruneta* [205], págs. 259-260.

Capítulo II

El comercio

1) Productos del suelo y mercados regionales

Todavía en el siglo xv la tierra era la base fundamental de toda fortuna al igual que el comercio de los productos del suelo era la fuente de los mejores beneficios. Durante mucho tiempo, los historiadores de la economía medieval concedieron demasiada importancia a los tráficos lejanos, espectaculares y exóticos. Sin embargo, desde el principio la riqueza y el éxito dependían mucho más de las transacciones de cereales y ganado que de las importaciones y reventas de especias o sederías. Antes que nada, los grandes mercaderes fueron los propietarios terratenientes, dueños de considerables dominios bien explotados y capaces de negociar por sí mismos o por medio de sus familiares el excedente de sus cosechas. Más tarde, en la misma época de los viajes a países lejanos, ni las ciudades ni los hombres de negocios desatendieron las ventas, al por mayor o al por menor, de granos, vinos, lanas y paños campesinos. El control del mercado rural fue una de las preocupaciones constantes de la ciudad.

A) Ferias rurales y comercios de feria

a) *Las ferias en el campo*

Al margen de algunos mercados de audiencia internacional, artificiales en suma por cuanto nacieron en caminos y encrucijadas superpuestos con mucha frecuencia a la economía tradicional, cada región tenía sus propias ferias, muy numerosas y que, con la excepción de algunas semanas invernales, se celebraban a lo largo de todo el año, manteniendo de esta forma una especie de negocio ininterrumpido y frecuentes reuniones entre campesinos y mercaderes.

Sucedía en ocasiones que ciertas circunstancias excepcionales o, a veces, la política del soberano garantizaban la fortuna de una de aquellas ferias de origen rural, la cual eclipsaba entonces a las demás y adquiría una proyección mucho más amplia. El rey de Castilla había exigido que todos los negocios de la Corte y todos los pagos se efectuasen en Medina del Campo: pues bien, esta simple etapa en las rutas de trashumancia se transformó entonces en el verdadero centro financiero de la Corona; he aquí el asombroso éxito de una feria de ovejas en una época en que la Corte era tan nómada como los rebaños [1].

Sin embargo, este destino de la feria era absolutamente excepcional y desorbitado. Lo más frecuente era que la actividad mercantil se dispersase por el campo, en varias ferias esencialmente campesinas. Así, por ejemplo, en las cercanías de Castilla, los mercados portugueses de Melgaçao, Vila Mendo, Sabugal o Monforte de Rio Livre nunca dieron origen a ciudades y ni siquiera a grandes reuniones internacionales [2]. En Cornualles ciertas ferias campesinas muy activas se celebraban lejos de toda aglomeración [3]. En el norte de Italia, las ferias y los mercados rurales eran muy frecuentados e importantes, al margen de las grandes ciudades [4]; e igualmente, por lo que parece, en el sur de Alemania, Suabia y Baviera, o en Suiza [5]. En Francia, las ferias rurales, muy densas y con clientelas campesinas, ritmaban todas las actividades económicas y la vida social del campo en todas las regiones. Países de cultivos y pastos, sin grandes centros mercantiles, como Normandía, se animaban con ocasión de las célebres reuniones de Montmartin-sur-Mer (en el Cotentin) [6] y de Guibray (bajo los muros de Falaise), pero se celebraban también varias decenas de ferias anuales de mediocre importancia y débil audiencia: por ejemplo, en Conches, en Rugles, en Ecouis, en La Ferté-Macé y en otras modestísimas aldeas y caseríos. Por el contrario, aunque la Provenza interior era rica en burgos y ciudades mercantiles, se mantenía y desarrollaba igualmente una activa economía de feria [7].

Con mucha frecuencia, los mercados campesinos parecían estar estrechamente vinculados a la venta de los productos de la ganadería: cabezas de ganado en vivo en las montañas de Provenza, de Italia, en las altas planicies de Castilla y el Alemtejo portugués, en los campos del noroeste europeo y de los países escandinavos; los movimientos de trashumancia, los desplazamientos de los animales de matadero y el esquileo de las ovejas imponían su calendario y su ritmo a todos los negocios y a todos los intercambios. En otros lugares, la feria era ante todo de paños o de telas tejidas en el campo: paño campesino basto, destinado a una clientela local de labradores y gente humilde o paños más refinados, teñi-

dos, para el comercio más lejano de las ciudades, los puertos y ultramar; así, por ejemplo, en el Languedoc meridional donde, alrededor de los grandes mercados regionales y las importantes ferias de Pézenas y de Montagnac, se había implantado en la propia montaña una intrincada red de pequeñas ferias que drenaban regularmente la producción local [8].

Sologne no exportaba sus paños muy lejos ya que eran lanas de pobre calidad y tejidos de escaso renombre. Sin embargo, como en muchas comarcas rurales, los campesinos eran cardadores y tejedores durante el invierno; numerosos molinos *de abatanar* aparecían instalados en el curso de los ríos. A este trabajo se añadía con frecuencia el del cuero: había molinos *de casca* que trituraban la corteza de las encinas, tenerías y artesanos zapateros y peleteros en cada aldea. Las *halles* del burgo de Courmesmin, donde sólo acudían campesinos de los alrededores, en 1455 cobijaban 24 puestos de pañeros y 10 de curtidores. Las ferias de Sologne, puntos de reunión exclusivamente rurales donde sólo se vendían los productos de la región, se celebraban regularmente tres o cuatro veces al año en pequeñas aldeas; estos núcleos eran simples cruces de caminos que se animaban así durante algunas semanas del año: Salbris, Brinon, La Ferté-Nabert, La Ferté-Hubert, La Ferté-Avrain y la Chapelle-d'Anguillon [9].

b) *Ferias campesinas en las ciudades*

La feria campesina no sólo se desarrolló en todos los campos de Occidente sino que de una manera espectacular penetró a veces en la economía urbana, dejando su huella en el paisaje de las grandes ciudades. En éstas, sobre todo en las metrópolis mercantiles enriquecidas por el gran comercio lejano, toda feria —incluso las célebres reuniones de alcance internacional, como Champagne y, después, Lyon, Ginebra o Chalon-sur-Saône— era al mismo tiempo un mercado rural. Al lado de las casetas instaladas por los extranjeros (italianos, flamencos, brabanzones, alemanes o españoles) donde se exponían artículos raros y preciosos, especias y sederías, otros mercaderes ofrecían objetos destinados a una clientela esencialmente campesina. Así, los campesinos de los alrededores acudían a proveerse de herramientas, de herraduras, de rejas de arado y de ropa de trabajo; compraban también algunas piezas de tejido para las fiestas; a veces, buscaban simientes, arreos y madera para la construcción; y, por fin, todas las ferias tenían también uno o varios mercados de ganado instalados en una amplia plaza o en un prado: eran fundamentalmente animales de labor y de tiro, ovejas y cerdos. Cuando el conde de Forez estableció las dos ferias anuales de Montbrison (la de invierno al día siguiente de Todos los Santos y la de verano en la víspera de la Ascensión) pretendía manifiestamente atraer una lejana clientela: las ferias serían «pregonadas» dos años se-

guidos en Viennois, en Provenza, en Velay y en Auvernia; el edicto del conde (1308) hablaba de la «costumbre de las ferias de Champagne» y obligaba a los mercaderes de tejidos al por mayor a que vendiesen utilizando el «ana de Champagne»; como en Champagne, estos mercaderes se beneficiaban de la protección del conde. Con todo, la lista de los tendejones de venta indica asimismo la existencia de una clientela en gran parte campesina: algunos de estos tendejones debían reservarse a los merceros, a los ropavejeros, a los zurradores y a los «ferreteros»; otros artículos se vendían «fuera de las calles donde se alineaban los tendejones». Por la misma época, las de Feurs sólo eran en definitiva unas ferias de ganados y grandes mercados rurales donde los negociantes de Moulins, de Lyon y de todos los burgos intermedios, simples lugares de parada en las vías mercantiles, venían a abastecerse de productos agrícolas [10].

Así se explican las creaciones o la conservación de numerosas ferias establecidas en las ciudades, al pie de las murallas, en un burgo exterior, en un prado a lo largo del río, e incluso a veces en el interior del casco antiguo. Ciudades mercantiles de Provenza tan pequeñas como Fayence o Le Muy tenían, a mediados del siglo XIV, dos o tres ferias al año [11]. Moulins tenía 6 ferias cada año, Montluçon 7 y la pequeña ciudad de Cusset 10 [12]. Estas ferias, como las de los arrabales de Rouen o las de las propias ciudades de Flandes no dependían de una economía estrictamente «urbana»; por el contrario, su frecuencia y su vigor subrayaban la importancia de los negocios que iban dirigidos al mundo rural. Toda ciudad se enriqueció, en buena parte, de este tráfico. En los peores momentos de los disturbios bélicos y de las amenazas inglesas, la gran feria parisiense del Lendit sólo recibía un pequeño contingente de extranjeros; sin embargo, seguía siendo al parecer un activísimo mercado campesino.

c) *Los oficios; los merceros*

Estas ferias rurales, organizadas en pleno campo, cerca de un burgo o en la propia ciudad, señalaban desde el punto de vista social una de las grandes fechas del año. Con frecuencia, atestiguan la existencia de una especie de cultura campesina muy particular que casi siempre debemos remontar a épocas muy antiguas. En muchos países, eran antiquísimas peregrinaciones, primero paganas y después cristianas. Durante varios siglos, continuaron siendo peregrinación y fiesta. Eran muy numerosas las que dependían de una abadía y se celebraban bajo la protección de los monjes, quienes percibían a cambio una serie de derechos; este carácter tenían, por ejemplo, las ferias campesinas de Rouen y sus arrabales: la de Saint-Gervais, que dependía de los religiosos de Fécamp; la del

Pré, que se celebraba en la época de las Rogativas y dependía del priorato de Bonne-Nouvelle; la de Saint-Gilles, de los monjes del Mont-aux-Malades y, por fin, la de Saint-Ouen que dependía de la gran abadía del mismo nombre. Los clérigos exponían las reliquias del santo patrono y el abad bendecía los tendejones y las calles; la apertura iba precedida de una procesión religiosa.

Como es lógico, estas ferias suscitaban una considerable reunión de gente durante días y, a veces, semanas: campesinos, curiosos y viajeros, mercaderes de la ciudad y del extranjero, gitanos y vagabundos. Acudían también malabaristas y saltimbanquis de todo tipo así como exhibidores de animales. Era, además, la ocasión para celebrar grandes fiestas profanas, carreras, competiciones, juegos e incluso ciertos espectáculos; en este sentido, la influencia de la feria sobre el campo se dobla o compite con la que ejercía la ciudad propiamente dicha; en Abbeville, con ocasión de la feria de la Virgen de septiembre, los titiriteros, colocados bajo la jurisdicción del «rey de los ribaldos», interpretaban una serie de farsas en la iglesia.

Desde el punto de vista económico, la feria frecuentada por los campesinos introducía o conservaba, a pesar del desarrollo del comercio sedentario y de las compañías estables de mercaderes, unas formas antiguas del comercio itinerante y seminómada. Así se observa, por ejemplo, en el caso de los merceros, presentes por doquier y sólidamente organizados en amplias comunidades fraternas pero cuya auténtica actividad no se define con facilidad. De hecho, el mercero parece que vendía toda clase de productos: piezas de telas y de tejidos crudos o de pobre calidad, hilo y cintas, quincallería (clavos, agujas, alfileres, espejos y pequeñas herramientas de todo tipo), herraduras, piezas de trajes y adornos: cinturones bordados y dorados, sombreros de fieltro; y, sobre todo, lo que podemos llamar ya los artículos de París, tales como bolsos y bolsas de cuero repujado o de terciopelo, pequeñas arcas para guardar joyas e incluso algunas joyas; a veces, ofrecían también especias y sederías. Era, pues, todo lo contrario a un comercio especializado: su clientela era esencialmente rural y ellos podían atender todas las necesidades y responder a las exigencias —sin duda, bastante particulares— de este mercado. Aunque el mercero se proveyese en los puertos y en las grandes ciudades mercantiles, su negocio se inscribía con nitidez al margen de la vida urbana. Poseía una casa en la ciudad, donde residía entre viaje y viaje y almacenaba sus mercancías. Parece que algunos abrían una tienda a la calle vendiendo así una parte de sus productos en la propia ciudad [13]; sin embargo, se trataba de un pequeño negocio

ocasional y de escasa importancia. Las ventas se hacían en otros lugares: el mercero iba de pueblo en pueblo, de castillo en castillo y, sobre todo, de feria en feria, al encuentro de sus clientes.

Estos merceros se encontraban siempre en las ferias, formando un contingente numeroso. De ordinario, alquilaban 16 de los 50 puestos de venta en la *halle* de Courmesmin y 8 de los 34 puestos en la de Romorantin, ambas enclavadas en Sologne [14]. En 1447, cuando la apertura de la feria de Saint-Pierre en Millau, estaban presentes 20, de los cuales sólo 7 viajaban a caballo [15]. En efecto, muchos llevaban sus mercancías sobre sus propios hombros; otros merceros mantenían uno o dos empleados y conducían así una pequeña caravana de acémilas, caballos o mulos. Ya fuesen simples buhoneros o *caballeros* merceros, aquellos hombres eran nómadas «alans, venans et séjournans esdictes foires et marchiez, ou retournans d'iceuls, avecques leurs marchandises, familles, droiz, choses et bien quelconques» [16]. En definitiva, el mercero se definía sobre todo por un género de vida que se inscribía fuera del marco habitual de la vida mercantil, ya fuesen guildas o artes [17], y que estaba estrechamente unido a su presencia en mercados campesinos temporales.

B) Los mercaderes de las ciudades y la clientela rural

A estos buhoneros y merceros de las ferias se oponían los negociantes de la ciudad, fuese simple aldea o gran centro urbano, que recibían en su casa, en sus obradores y en sus tiendas a los compradores del campo. Nos hallamos ahora ante un comercio sedentario.

La clientela rural animaba y enriquecía constantemente la economía de las ciudades al tiempo que establecía unos estrechos lazos entre ambos mundos.

De hecho, una parte apreciable del negocio se debía al aflujo incesante, en las calles de la ciudad, de los campesinos que venían al mercado. Esto afectaba sobre todo a los *pañeros*. En las pequeñas ciudades de Francia, el pañero no era, como en los grandes centros textiles de Flandes y Normandía, un fabricante y un capitán de industria, dueño de una gran mano de obra y de toda la producción de los tejidos [18]. Era un mercader que tenía tienda. Es verdad que viajaba, que iba a las ferias de Lyon, de Ginebra y del Languedoc, pero su papel económico se limitaba a almacenar tejidos y a revenderlos, poco a poco y al por menor, a sus propios clientes; a veces, cortaba en trozos sus piezas; el ritmo de sus negocios, ya bastante

incierto, era también considerablemente lento. Esta actividad no estaba forzosamente especializada: un mismo mercader, llamado pañero, podía instalar a un dependiente en otra tienda donde vendiese otro artículo, por ejemplo, pieles. A menudo, este hombre era un personaje importante en la ciudad, ya que el comercio de los tejidos aventajaba con mucho a todos los demás; la mayor parte de los libros o cuadernos de cuentas que han llegado hasta nosotros referentes a Francia son de pañeros. Estudiando estas cuentas se observa que su clientela era muy variada aunque, de hecho, los individuos procedentes del campo ocupaban un lugar importante: pequeña nobleza de los castillos vecinos, habitantes de las aldeas y simples campesinos.

En Périgueux, los Giraudoux vendían en una zona que abarcaba de 30 a 50 km alrededor de la ciudad; los caballeros y señores de las cercanías compraban, sólo ellos, 20 % de sus paños [19]. En Angers, Jacquet du Boyle vendía a lugares situados a 100 y 150 km de su casa, sobre todo, a nobles (40 % de su volumen de negocios) [20]. Lo mismo se observaba en Lyon [21], en Carcasona [22] y, más aún, en todas las pequeñas ciudades de la Provenza interior, donde señores, campesinos y revendedores judíos de las aldeas frecuentaban regularmente los tenderetes de los pañeros: en Riez [23], en Grasse, donde el pañero vendía, para las dotes de las hijas, paño de Malinas a los burgueses y paño de Courtrai a los campesinos [24]; en Forcalquier, sobre todo, donde el mercader tenía dos tiendas contiguas, una para los buenos tejidos de Normandía y los más corrientes del Languedoc, y la otra, una especie de almacén general y bazar rural, donde los campesinos se abastecían de telas, de paños bastos y crudos, de vestidos confeccionados, calzas, capuchones, e incluso mangas, cuerdas, herramientas, semillas y herraduras [25].

Esta clientela rural y los lazos estrechos con el campo incitaban al pañero a comerciar con toda clase de productos del suelo: Jacquet du Boyle, en Angers, vendía a los campesinos jabón, hilos, cintas, hilo de oro y algunas piezas de orfebrería pero, a cambio, llevaba al mercado urbano granos, caballos y vinos de Saint-Porcain y de Orleans. Estamos todavía ante una especie de economía de feria que penetraba en la ciudad.

Las relaciones con la vecindad hacían del pañero un hombre poderoso que conocía bien el campo, dirigía de hecho los negocios y acaparaba las tierras. Ello lo lograba, muy a menudo, mediante el crédito, ya que sólo una escasa parte de las ventas se pagaba al contado: alrededor de un tercio en Angers y en Périgueux, donde los Giraudoux se repartían, en 1320, 249 créditos de valores muy desiguales. Al parecer, en las ciudades de Provenza, estos pañeros eran a menudo notarios.

De hecho, todo mercader instalado en la ciudad vivía, en gran parte, de las ventas a los señores de los castillos y a los campesinos. Esto sucedía en todos los sectores de la economía [20]. La ciudad distribuía en todos los pueblos y aldeas sus productos fabricados y aquellos otros introducidos por el gran tráfico internacional. Sin duda alguna, aquí radicaba su principal función mercantil.

2) Comercio internacional

A) Itinerarios y ciudades comerciales

El comercio de Occidente reflejaba, en aquel momento, una serie de condiciones económicas absolutamente nuevas. La concentración urbana sobre todo dio lugar a un mercado de consumo mucho más activo. Ello originó el incremento, a veces brutal, del comercio de los alimentos nobles y caros: el trigo candeal, el vino y los frutos de los huertos.

La industria, sobre todo, tomó un nuevo giro. A los tradicionales paños de lana se añadieron —con la nueva moda de las prendas interiores— los fustanes y las telas ordinarias de lino o de cáñamo que hicieron la fortuna de regiones enteras. La *halle* de las telas era algo así como el símbolo de otra economía. El textil ya no fue en Europa occidental el negocio de ciertos centros urbanos privilegiados, sino que puso en juego las actividades de todos los países, contribuyendo a hacer del comercio internacional un tráfico masivo organizado en función de esta industria.

Gran comercio de granos, vinos, carnes, lanas, algodón, telas y paños, todos estos intercambios diferían mucho de un tráfico «medieval», de lujo, limitado a los productos de gran valor transportados en pequeñas cantidades.

a) *El mundo mediterráneo*

El Mediterráneo siguió siendo la encrucijada mercantil más activa de Occidente. El comercio mediterráneo presentaba una originalidad innegable que debía mucho todavía a las factorías del Levante donde nacieron las grandes fortunas de Italia.

Italia y Oriente. El tráfico de las especias, productos del Levante, de las Indias orientales o de China, se enriqueció entonces al tiempo que se diversificaba; al final de la Edad Media, profundas conmociones afectaron a los intercambios entre Oriente e Italia.

En 1261, la restauración del Imperio bizantino había dado a los genoveses importantes ventajas en Constantinopla y en las orillas del mar Negro: Caffa, en Crimea[27], fue pronto la capital de un verdadero imperio colonial italiano, aventurado en las fronteras del mundo cristiano. Los navíos genoveses, cada vez más poderosos para poder afrontar las tempestades de invierno del mar Negro, llevaban primero a Trebisonda y a Constantinopla y, después, a Occidente, el trigo de las llanuras, la sal de las costas lacustres[28], las maderas y especialmente las preciosas pieles de Rusia, los pescados salados y el caviar de las grandes pesquerías del Kuban (La Copa), del mar de Azov (La Tana)[29] y, por fin, los esclavos que los tártaros venían a vender en los mercados italianos. Y ello sin referirnos ya a las orillas del Cáucaso, con sus factorías y sus puntos de apoyo fortificados en lo alto de los valles: también allí se traficaba con esclavos y con la madera de los grandes bosques de coníferas o de boj. Ante todo, el mar Negro se convirtió entonces en la etapa principal del gran comercio con Asia. A Trebisonda llegaban las rutas de Persia. A La Tana las de la India por los pasos de Afganistán y la de China por el Asia central, la famosa «ruta mongola» o de la «paz mongola» que atravesaba todas las estepas de Asia y que, noche y día, era protegida por los funcionarios de Pekín; ruta de China cuyas etapas describió minuciosamente Pegolotti y donde los mercaderes pagaban en moneda de Florencia o de Génova y pesaban, hasta en China, en libras según el peso de Génova. Los genoveses habían equipado también una flotilla de comercio en el mar Caspio. Aquella ruta de la seda, tan segura, directa y bien organizada, aseguraba a Italia la seda de Extremo Oriente menos cara que la de los países musulmanes o incluso que la de las islas del mar Egeo. Así puede explicarse el gran auge de las sederías en Toscana, en Venecia y en Génova[30]. Las rutas mongolas, especias y sederías, supusieron la gran fortuna de los italianos en Oriente[31] pues permitían rodear por el Norte al costoso intermediario musulmán.

Es cierto que ni Damasco ni Alejandría de Egipto fueron descuidadas, puesto que tenían sus propias industrias y especialidades. Pero el tráfico de Oriente era ante todo el mar Negro: Caffa y sus reuniones de mercaderes nómadas, individuos de las llanuras y de los bosques; más todavía, La Tana, donde los abigarrados grupos de asiáticos intercambiaban todos los productos y las monedas de Oriente. Los Estados de Italia comprometieron todas sus fuerzas en aquellas rutas del mar Negro y Asia. Génova y Venecia se enfrentaron para defender sus monopolios, reservarse La Tana y lograr la supremacía en Constantinopla y en los islotes que defendían la entrada a los estrechos. Fue una lucha indecisa, como aquella guerra de Chioggia, sin más resultado que la precaria paz de Turín (1381) la cual dejó a los dos rivales debilitados pero frente a frente.

Hacia 1360, el edificio se encontraba ya gravemente comprometido por la ruina del Imperio mongol, único que podía garantizar la paz mercantil. Fue la ruina de las grandes rutas italianas de Asia; este desastre se agravó todavía más con la derrota de los cruzados cristianos en Nicópolis (1396) y, en la misma época, con las razzias devastadoras de Tamerlán contra La Tana; un poco más tarde, en 1403, Focea y Damasco fueron saqueadas por Tamerlán y Beirut

por los genoveses de Boucicault. Ello provocó serias dificultades en el comercio oriental de los italianos. De 1378 a 1382, los venecianos no enviaron ningún convoy de galeras a Levante; el de *Romania* (mar Negro) se reanudó en 1383 pero se interrumpió de nuevo de 1400 a 1402 y, después, en 1405. Algunos años los navíos regresaban casi de vacío, con las monedas y los lingotes de plata llevados desde el punto de partida; los precios de las especias subían en todos los mercados de Occidente [32].

Cuando los italianos frecuenten de nuevo las rutas de Levante, una vez superada esta crisis, sus tráficos se orientarán hacia otras direcciones, presentando características muy diferentes. Era forzoso recurrir asiduamente al intermediario musulmán y a los puertos de Siria y Egipto. Aunque los mercaderes mantuvieron sus convoyes de *Romania* hasta 1453, ya no compraban más especias en el mar Negro, sino sólo los productos del país: cera, frutas, pescados o accesoriamente trigo y sal; en ocasiones todavía, un poco de seda de las regiones del Caspio negociada en Trebisonda. Este convoy, antaño esencial, sólo tenía ahora cierto valor por sus escalas en Constantinopla y el Egeo (seda y frutos).

El comercio oriental de Venecia, por las dos rutas de Beirut y Alejandría y por las *mude* cargadas de algodón de Levante, aparecía en el siglo XV todavía especializado, limitado a la zona meridional y especialmente preocupado por los productos caros: pimienta, gengibre, canela, nuez moscada y a todos aquellos condimentos, medicinas y plantas aromáticas que ocupaban de doscientas a trescientas rúbricas en los manuales de comercio o en las mercuriales de la época.

Por el contrario, la zona de influencia de Génova se situaba al norte del mar Egeo y sobre todo en el mar Negro, incluso después de la caída de Constantinopla. La *Casa di San Giorgio* se mantuvo aferrada a estas factorías durante más de veinte años (1453-1475). En particular, los genoveses conservaban la isla de Quíos, encrucijada esencial, almacén y centro de un intenso tráfico de recogida de las mercancías del Egeo, Siria, mar Negro y, sobre todo, de Turquía.

Y así, las dos metrópolis mercantiles provocaron una especie de reparto económico e incluso político del Mediterráneo oriental.

Mientras que el ducado veneciano se imponía en Siria y en Chipre, el de Génova corría en Quíos y en Turquía. Hubo también reparto del tráfico. Es verdad que los genoveses aún llevaron a Italia unos cargamentos que recordaban a los de las galeras venecianas: pimienta, gengibre, todas las especias y seda,

algodón y productos tintóreos: quermés, índigo, laca y nuez de agalla. Era un comercio de lujo puesto que la seda más basta valía a bordo más de diez veces el precio de la pimienta. Pero hacia España y el mar del Norte su tráfico era diferente. Los aduaneros ingleses afirmaban que «los mercaderes genoveses no importaban especias»; y lo mismo sucedía en Flandes. Sus grandes navíos abandonaban Quíos cargados en sus tres cuartas partes, y a menudo más, de alumbre, materia prima esencial para la industria y el teñido de los paños; los genoveses ejercían sobre su comercio un monopolio casi absoluto (minas de Turquía: Focea, Karahissar), y controlaban el gran mercado de importación de Brujas[33]. Con el alumbre llegaban los vinos, el algodón y la madera para las ballestas.

Por otra parte, Venecia, todopoderosa en Alejandría, acabó por imponer una especie de monopolio de la pimienta, que logró mantener sólidamente gracias a la plata de las minas de Bohemia y Servia[34]. Venecia, profundamente anclada en Oriente hacia las postrimerías del siglo, mantuvo regularmente sus convoyes de Egipto; incluso después del éxito portugués, este comercio conocería aún algunas fortunas excelentes. Prácticamente excluidas de este monopolio de la pimienta, Florencia y Génova buscaron otras vías; Génova, por ejemplo, quiso rodear al intermediario musulmán por el Sur, de común acuerdo con los ibéricos, como antes lo había evitado por el Norte siguiendo las escalas del mar Negro.

Por último, digamos que el tráfico de Levante ya no era sólo el de los productos lejanos del Extremo Oriente. Por el contrario, lo esencial de los cargamentos genoveses[35] procedía de Asia Menor y del mundo turco: alumbre, colorantes, madera y derivados, granos, frutos, algodones (algodón turco de Génova, rival en Lombardía del algodón sirio o egipcio de Venecia) y, por último, la seda. Brusa y Quíos suplantaron entonces a Constantinopla, Alejandría o Damasco. Así se explica la gravedad de la crisis provocada por la ruptura con los turcos después de 1453; esta crisis no afectó a las rutas de las especias, situadas mucho más al Sur, pero comprometió el abastecimiento de algunos productos primordiales de Asia Menor y de las islas del Egeo.

Ello ocasionó la búsqueda de otros mercados más próximos, esto es, un auténtico repliegue hacia Occidente.

El Mediterráneo occidental. Como antaño, los grandes tráficos del mar Tirreno continuaban siendo los productos alimenticios: granos, sal y vino.

Aunque Marsella recibía los cereales del valle del Huveaune, de pequeñas llanuras interiores como la de Trets y, sobre todo, del valle del Ródano, en torno a Arles y Aviñón, que eran ambos grandes puertos de granos, ello era excepcional. En todo el Mediterráneo la

ciudad aparecía desfavorablemente situada, lejos de los grandes centros de la vida rural: Venecia en sus lagunas y tierras bajas y Génova adosada a sus pobres montañas, «lanzada al mar». Incluso en las tierras fértiles, sobre todo en las llanuras, el auge de las ciudades expulsaba a los cultivos alimentarios en beneficio de actividades más especializadas: ganadería, cultivos de hortalizas, plantas textiles (lino especialmente) o tintóreas (azafrán, pastel). Ello sucedía en Toscana y, a veces, en Lombardía; la llanura del Po, tan rica en ciudades e industrias, no daba en todas partes ricas cosechas.

Como en la época del Imperio romano, era preciso buscar lejos los granos; el gran cultivo cerealista dependía esencialmente del comercio internacional. Esto dio lugar, por oposición a las llanuras del Norte, al desarrollo de unas economías ya muy especializadas y, a menudo, especulativas: intervención de los grandes mercaderes, de sus empleados y de intermediarios; producción enteramente organizada para la expedición a los puertos que, a veces, eran simples factorías o bien simples embarcaderos, sin ciudad y sin más actividad que la del cargamento. Sicilia ofrecía un perfecto ejemplo de esta economía tan particular de los trigos: permisos de exportación vendidos a las grandes compañías de Florencia, Venecia o Génova, armamento de grandes navíos, agentes de Palermo y Trapani, que eran a la vez, aseguradores, corredores, compradores y financieros que controlaban y organizaban todo el tráfico, decidiendo la fecha de salida de los convoyes y los itinerarios hacia los *caricatori* escalonados a lo largo de las costas occidental y meridional de la isla: Mazaro, Marsala, Licata, Sciacca y Agrigento.

Pisa ya no podía encontrar el grano suficiente en sus propios campos, por lo que debía enviar a sus mercaderes a la Maremma toscana, al sur de Livorno, otra tierra «colonial» de granos. En los alrededores de Bibbona, cerca del monasterio de Maggio, tenía lugar cada otoño una «feria de trigos» donde acudían negociantes y notarios de toda Italia [36].

Sin embargo, en el siglo XV, este tráfico interior se amplificó y se diversificó. Entonces se produjo una promoción real del mar Tirreno en el mapa económico de Europa. Así lo observamos, sobre todo, en los puertos del eje catalán que partía de Barcelona [37] o de Colliure, y se dirigía hacia el Este por Mallorca, Palermo o Nápoles y Siracusa con dirección a Quíos y Rodas; ruta de los paños, ruta del aceite y, a veces, de los trigos sicilianos.

Nápoles, ciudad de corte y capital. En esta ruta catalana, Nápoles conoció una nueva fortuna. No cabe duda de que la ciudad se había comprometido muy escasamente en el tráfico lejano de Levante o Flandes; sus hombres de negocios no recorrían, como los de Florencia, Venecia o Génova, las grandes rutas del mundo; tampoco contaba con grandes compañías. Era esencialmente un puerto

do escala y un gran mercado de exportación de los productos del suelo, punto de salida de una fértil región agrícola. Nápoles vendía los trigos de Campania, exportados también por Gaeta, Castellamare de Stabia y, sobre todo, Salerno; vendía avellanas por centenares de cestos con destino a las confiterías de Egipto, carnes y quesos salados [38]; y especialmente los vinos, *griegos* o *latinos*. La *botte* de Nápoles, unidad de medida, se impuso en todos los mercados del Mediterráneo occidental. Ciudad populosa y una de las más grandes de Italia (sino la más grande), Nápoles debía también alimentar, vestir y abastecer de paños y telas a los pueblos del interior; desarrolló su industria textil, bastante ordinaria, y organizó las ferias de Salerno, donde los mercaderes de Italia exponían los tejidos de Inglaterra, de Florencia y de todo Occidente [39]. Nápoles era también una villa de corte donde vivían los grandes señores, oficiales de las provincias, capitanes de los ejércitos y de las flotas, y donde afluían los hermosos tapices de Flandes, los grandes terciopelos de Venecia y Génova y las más excelentes piezas de orfebrería. Ciudad *gentile, nobile* la llamó Anselmo Adorno cuando visitó Italia en 1470.

Nápoles y Palermo ofrecían dos ejemplos de aquellas capitales mediterráneas que atraían riquezas y mercaderes, donde todos los negocios estaban en manos de extranjeros y donde los nobles, poco interesados por el comercio, vivían de sus feudos y de sus cargos, construyendo en la ciudad grandes palacios.

Otro eje catalán iba de Barcelona hacia el Sur y la costa africana: Orán y Honein. Esta ruta hizo de Mallorca y Valencia [40] los grandes almacenes de los productos de África así como dos encrucijadas esenciales en el mar occidental. Pero las fortunas catalanas, aunque brillantes, se borraron poco a poco ante las empresas de florentinos o genoveses.

Por los puertos del mar Tirreno pasaban las mercancías más preciosas. Allí se anudaban las rutas del oro del Sudán, que desembocaban en Túnez o en los puertos del reino de Tremecén, antes de que los portugueses se establecieran a lo largo de las costas de África occidental y amenazaran las antiguas fortunas de los italianos. También la ruta del coral —una de las principales monedas de cambio de los venecianos en Siria— cogido en Cerdeña, en Provenza [41] y en La Calle (entre Túnez y Bona) donde los genoveses instalaron, hacia 1450, una verdadera colonia, revitalizada sin cesar en hombres y vinos de las Rivieras ligures por un apurado ir y venir de pequeñas barcas.

Por fin, los hombres de negocios intentaron producir en el Oeste lo que tenían costumbre de comprar en los puertos de Levante. A las antiguas empresas coloniales de venecianos o genoveses en Chipre, en todas las islas del Egeo o en las costas de Asia Menor, respon-

dían ahora nuevas iniciativas y especulaciones en Italia y España. En primer lugar, fue el alumbre, con las minas providenciales de Tolfa [42] descubiertas en territorio pontificio y explotadas alternativamente por los Médicis y las compañías genovesas que las tomaron en arriendo de la Cámara Apostólica. El descubrimiento de las minas de Tolfa en 1462 —«¡la más completa victoria sobre los turcos!», dijo entonces el papa— alteró en todo caso la geografía de los grandes transportes genoveses en el Mediterráneo; su cabeza de puente se replegó de Quíos a Génova.

Hubo también repliegue en lo que se refiere a los frutos (higos y uvas pasas de Málaga), la cochinilla, la cera y el vino de Nápoles y de las Rivieras ligures. Sobre todo, la seda de Granada o de Valencia que, a pesar de ser más cara, competía en todos los gremios con la de Oriente; hacia 1480 se impuso la de Calabria. Más significativas eran quizá las etapas del azúcar: de Siria a Chipre, con los grandes dominios venecianos y, después, a Sicilia; en el reino de Granada, en el Magreb (en las llanuras del Marruecos meridional) para los genoveses; en las islas nuevas del Atlántico y, por fin, Cuba y el Nuevo Mundo. Hacia 1480, el azúcar de Madera se vendía no sólo en Flandes sino también en el Oriente mediterráneo y en Venecia. El ejemplo más claro de la estricta especialización de ricas tierras en beneficio de los mercaderes de Florencia y Génova fue, sin duda alguna, el del reino de Granada, «colonizado» por los genoveses.

La organización de los itinerarios venecianos subrayaba de manera sorprendente el auge del Occidente mediterráneo [43]. En 1402, Venecia lanzó el convoy de Aigües-Mortes que tocó, a su paso, Sicilia y Nápoles; abandonado por algunos años, se reanudó muy regularmente a partir de 1412. Más tarde, en 1436, fue el convoy de Berbería; y, en 1460, el del *Trafego*, que aseguraba, a lo largo de las costas de África, los intercambios entre el islam occidental y los puertos de Siria. Las galeras del *Trafego*, como las naves genovesas que, desde mucho tiempo atrás, para ir de Cádiz a Quíos pasaban por Granada y Túnez antes que por Génova, recogían al pasar a todos los mercaderes musulmanes; pues, todavía hacia 1470, ningún país islámico tenía flota mercantil en el Mediterráneo.

Una ciudad mercantil: Venecia. Sin duda alguna, Venecia ofrecía la imagen perfecta de una ciudad enteramente dominada por una aristocracia de todopoderosos hombres de negocios. Varada en los islotes de las lagunas, celebrada cada año el matrimonio del Dogo con el Mar «como signo de perpetuo dominio». Evidentemente, Venecia extendió su imperio hacia el interior, había conquistado la *Terra Ferma* y fundado un Estado territorial. Pero su auténtica fortuna dependía todavía del imperio colonial de Grecia y del mar Egeo, antaño arrancado a Bizancio; estaba vinculada a los movimientos de las galeras que traían la pimienta de Alejandría, a la llegada de los grandes navíos pesadamente

cargados de algodón y a las compras que hacían los alemanes del *Fondacho dei Tedeschi* y también los lombardos. «Las compras que hace Lombardía en nuestro país suponen la navegación de gran número de bajeles y galeras a Siria, a Romanía, a Cataluña, a Flandes, a Chipre, a Sicilia y a otras regiones del globo. De tal suerte, que por la comisión y flete del dos y medio o tres por ciento, corredores, tintoreros, flete de bajeles y galeras, pesaje, embalaje, barcas, marinos, remeros e intermediarios, más el beneficio de los mercaderes que intervienen en tales funciones, todo ello supone para los venecianos una suma de 600 000 ducados sin ningún desembolso. De este trabajo viven con holgura varios millares de personas»[44]. No se pueden definir mejor las actividades de la ciudad *mercantil*.

En tanto que ciudad de Oriente y ciudad de dinero, Venecia ofrecía entonces el espectáculo más brillante del mundo. Commynes conservaba de ella un maravilloso recuerdo: «La plus triumphante cité que j'aie veue».

Los mercaderes controlaban toda la vida política; habían quebrantado a las grandes familias nobles y desarmado la oposición de la gente de los oficios, especialmente de los obreros del arsenal, que se beneficiaban de la prosperidad general y gozaban con las fiestas y espectáculos callejeros. Aquella aristocracia dejó su impronta en toda la civilización de la ciudad, donde se desarrolló el gusto por los desfiles, por el lujo y los recuerdos de Oriente: pesadas sederías bordadas de oro, perlas coloreadas de Murano, y fachadas flamígeras de los palacios del Gran Canal. Los cuadros de los maestros del Quattrocento, con sus ricos colores, su luz y sus bien ordenados escenarios recuerdan los desfiles, los juegos y el orden de los grandes mercaderes.

Tanto las empresas lejanas de Génova, Venecia y Florencia como el negocio, a menudo «pasivo» o, al menos, limitado a horizontes más estrechos, de otros grandes puertos[45] o encrucijadas del interior, atestiguan que el rasgo esencial de la economía mediterránea era la primacía de las ciudades. Ciudades monstruosas que, cada vez más, se especializaban e imponían sus exigencias de mercaderes al campo pero que no podían acudir a su subsistencia. Ello provocó, al final de la Edad Media, el auge considerable de un comercio de avituallamiento que, con frecuencia, se nutría muy lejos del mar interior; era un tráfico imperioso, estrechamente vigilado cuando se trataba del trigo y la sal.

Regularmente, los cereales de Flandes o del norte de Alemania, cargados en Brujas o en Middelburgo, emprendían la conquista de los mercados meridionales. A la búsqueda del pan y de la sal, se añadió —aunque menos imperiosamente— la de los vinos, frutos,

aceite y pescados; la pesca del atún, en las almadrabas de Andalucía y de Susa en Tunicia, arrendadas a sociedades genovesas, alcanzó las proporciones de una verdadera industria.

b) *Mar del Norte y mundo del Báltico*

La Hansa germánica. En su origen, las hansas o las guildas eran, en los países germánicos, unas asociaciones de mercaderes: cofradías religiosas y sociedades de ayuda mutua y de defensa. En cada ciudad se oponían con frecuencia mercaderes y gente del mar. En Magdeburgo apareció también la guilda, mucho más modesta, de los barqueros del Elba. En Aalborg (Jutlandia), se oponían dos poderosos grupos de mercaderes alemanes y daneses: la *Papageiengilde* («guilda de los Papagayos») y la *Leichnamsgilde* («guilda del Cuerpo de Cristo»).

Sin embargo, las hansas se reunieron muy pronto en asociaciones mucho más poderosas, como la *hansa Londoniensis*, en Londres, formada por mercaderes de catorce ciudades flamencas y que ejercía un auténtico monopolio sobre el tráfico de la lana. Los alemanes formaban asociaciones de este tipo en la isla de Gotland, el gran almacén del comercio escandinavo, y después sobre todo en Londres donde la *Kölner Hanse* reunía, en torno a los habitantes de Colonia, a los de Tiel, Dortmund y Munster. Estas *Grosse Gilden*, sólidamente organizadas, disponían de su propio presupuesto, alimentado por una serie de impuestos particulares o por multas.

Para garantizar su seguridad y sus privilegios, pidieron ayuda a sus ciudades de origen. En efecto, los miembros influyentes de las diversas guildas o hansas pertenecían a las ricas familias de las ciudades alemanas. Y, de esta forma, las ciudades, y no ya solamente los mercaderes o sus comunidades, intervenían en países extranjeros y concluían alianzas políticas que están en la base de la *Deutsche Hanse*[16]. Al principio, ésta se desarrolló en Flandes (1358) pero alcanzó su auge en 1370 cuando la Hansa teutónica, formada por 70 ciudades, sostuvo un largo y difícil combate contra Dinamarca; al quedar victoriosa, obtuvo por el tratado de Stralsund el control del comercio a través de los estrechos.

La Hansa no era un Estado ni tampoco una confederación política. Era, ante todo, una liga de mercaderes que disponía de la fuerza militar de las ciudades, aunque de una manera desigual y episódica. Logró reunir a todas las ciudades mercantiles del norte de Alemania y de Renania. Dividida en cuatro zonas: *Westfalia* (Colonia), *Sajonia* (Brunswick), *Wende* (Lübeck) y *Prusia* (Dantzig), la Hansa es-

taba realmente dominada en esta época por Lübeck y Hamburgo, *cabezas* de la Liga que, entre el mar del Norte y el Báltico, aseguraban las comunicaciones vitales. Los intercambios entre ambos mares se efectuaban al principio mediante el pago de un portazgo y después, tras la paz de Stralsund, a través de los estrechos daneses.

El tráfico hanseático se organizó entonces según un esquema relativamente simple [47]: productos de Inglaterra o de Flandes, textiles o especias, a cambio de productos primarios del Báltico. Por Londres, Hull y Boston, los alemanes exportaban las lanas inglesas. Sin embargo, era en Brujas donde se efectuaba lo esencial de su comercio; los paños de Flandes, hacia 1350, eran en toda Europa la mejor moneda para los comercios lejanos.

Por el contrario, en el Este, encontramos un comercio «colonial» que sólo se interesaba por los productos brutos, no suscitando en realidad más que una economía de recolección ligada a la expansión alemana en los países bálticos y eslavos. Junto a la Hansa, intervino aquí —como competidor o como aliado— la Orden teutónica en cuyos dos poderosos *Grosschäffer* de Mariemburgo y Könisberg se almacenaba el ámbar, las pieles y la cera [48]. Los granos de la Alemania colonial, al este del Elba, y de Polonia iban a parar a Flandes, país muy urbanizado donde, a veces, escaseaba el pan; iban también a Inglaterra y, más tarde, a Burdeos. Citemos, por último, a la madera exportada sobre todo por Dantzig: madera para la construcción, mástiles de navíos, muebles y cofres, pez y alquitranes; y también las cenizas necesarias para el teñido de los paños.

En Escandinavia, los hanseáticos tomaban el hierro de Suecia, la madera, las pieles y, cada vez más, el pescado [49]. No cabe duda de que este último fue su tráfico esencial o, por lo menos, el más original. Las famosas ferias de Escania, ferias pesqueras, se celebraban regularmente cada año, desde mediados de agosto a comienzos de octubre, al sur de la península de Falsterbo [50]. Falsterbo, auténtica ciudad estacional hecha de campamentos y barracas de madera recibía más de 10 000 visitantes: hanseáticos, alemanes del interior, ingleses, flamencos, franceses y normandos. Hacia 1400 el volumen de pesca obtenido en Escania podía estimarse en casi ocho mil toneladas de arenques, o sea, varias veces más que el producto actual. Cada *nación* obtenía del rey de Dinamarca, quien aseguraba la protección de las ferias por medio de sus capitanes y prebostes de justicia, una concesión territorial llamada *vitte*, rodeada de empalizadas; la de los habitantes de Lübeck medía más de un kilómetro de longitud e incluía mercados de pescado, almacenes, depósitos, talleres de tonelería y de salazones. Los hanseáticos ejercían aquí una primacía indiscutible. A cambio de los arenques salados, llevaban los paños de Flandes y algunos objetos manufacturados pero, sobre todo, los víveres para los pescadores, la madera para las barcas o los toneles y, por fin, la sal de Lüneburgo [51] o del Atlántico que les permitía ejercer un auténtico monopolio. Frecuentaban además muchas otras regiones de Escandinavia: las islas de los estrechos daneses (Rügen, Mon, Lolland, Bornholm), Malmö, Trälleborg y Jutlandia donde sus *compañías* compraban pescado, mantequilla y

quesos en Aalborg, Viborg y Flensburg por sólo citar los principales centros. Más al Norte, iban también hasta Noruega[22]; en Bergen, su factoría cerrada, en el *puente de los alemanes*, estaba dominada por los habitantes de Lübeck; en Oslo, Stavanger y Tonsberg, las gentes de Rostock tenían sus propios almacenes (la *Rostockerhof*) y, cada verano, sus mercaderes llegaban hasta los fiordos, las islas de la costa e incluso el hinterland; se trataba, pues, de un pueblo bastante laborioso formado por viajeros y vendedores ambulantes en busca de saneados beneficios. La región sur de Noruega, el territorio de Wiek, estaba también bajo monopolio alemán.

La Hansa germánica dejó así su original impronta en toda la Europa del Norte. Es verdad que sus colonias no siempre estaban suficientemente abiertas al mundo exterior. El tipo perfecto de establecimiento hanseático en el extranjero era, sin duda, la *Peterhof* de Novgorod: amplio recinto rodeado por altos muros, con una serie de almacenes para la mercancía, la aduana con su balanza, las viviendas y la iglesia. En esta pequeña ciudad cerrada sólo vivían algunos agentes o encargados, todos ellos solteros; esto recuerda una regla monástica, por lo que algunos han afirmado, erróneamente, que este personal era reclutado entre los caballeros de la Orden teutónica. Esta *Cour* de Novgorod sólo tenía una réplica y, aún así de manera muy imperfecta, en Bergen (*Tyskebrygge*, «muelle alemán»), en Londres *(Stalhof)* y en Polotz. En los restantes lugares, los alemanes se mezclaban cada vez más con los habitantes de la ciudad. En Dinamarca, sus *compañías* aceptaban a mercaderes del país. Con mucha frecuencia, a esta colonización de hombres de negocios se añadía aquella otra, más modesta pero también más íntima, de los artesanos. En Bergen, los zapateros alemanes, ya instalados en 1296, obtuvieron del rey una *cour (Hof Wogsbotten)* en 1330; les siguieron los orfebres, los curtidores y los panaderos. En 1451, había en total 129 «maestros» alemanes en la ciudad, de los cuales 63 zapateros poseían 30 tenderetes y estaban agrupados en la guilda de Santa Ana, mientras que los mercaderes formaban las de Santa Catalina y Santa Dorotea. En Oslo, había otra *cour* de artesanos, el *Michelsgarten*, donde se elevaba la Marienkirche. En Tonsberg, el *Sudergarten* (= *Schusterhof*, *cour* de los zapateros) pagaba cada año al rey un tributo de 100 botas y 200 zapatos; más al Norte, los zapateros alemanes habían precedido en Trondheim, desde 1370, a los mercaderes.

Inglaterra, Flandes y Holanda. El comercio del Norte conoció en el siglo XV una serie de conmociones considerables que afectaron a la jerarquía de los grandes mercados y comprometieron la cohesión de la Hansa y sus monopolios.

El factor decisivo fue quizá la decadencia de la industria pañera en las ciudades del Flandes marítimo.

Brujas, encrucijada mercantil del Norte: La fortuna de Brujas, como la de todas las grandes ciudades flamencas, estaba ligada a la industria de los paños. Sólo ella podía explicar la potencia de los mercaderes pañeros, el tráfico hacia las ferias de Champagne y el elevado nivel de vida de la ciudad.

Sin embargo, el descenso de la industria y del comercio de paños flamencos no amenazó la prosperidad de la ciudad, que continuó siendo la gran metrópoli mercantil del Norte. Las dificultades de la navegación por el enarenamiento del estuario del Zwynn tampoco detuvieron esta actividad. Aunque los grandes navíos se detuviesen en La Esclusa o incluso en Middelburgo, en la isla de Walcheren, el tráfico se seguía organizando en Brujas; era allí donde se anudaban las relaciones de negocios y donde se redactaban los contratos de préstamo, de flete y de seguro marítimo.

¿A qué se debía aquella prosperidad mercantil? Se desarrollaron nuevas industrias: tapices de gran lujo de Brujas, Gante o Arras que iniciaban ya la conquista de los mercados de Roma y de las ciudades españolas, o telas de lino y paños campesinos de los campos de Flandes, Hainaut y Brabante. Hemos de pensar también en la importancia del mercado de consumo para los granos y las cervezas de Alemania, así como para las especias y los frutos del Mediterráneo. La gran fortuna de Brujas obedecía esencialmente al comercio de tránsito: almacenaje, redistribución y mercado bancario [53]. Es verdad que tanto las galeras florentinas o venecianas como las naves genovesas abandonaban ahora Brujas casi de vacío, marchando a cargar los paños, las lanas y el estaño a Londres o a Southampton. Sin embargo, era en el puerto flamenco y no en Inglaterra donde dejaban a la ida la mayor parte de su cargamento. En Quíos, Génova o Sevilla se embarcaban productos generalmente con destino a La Esclusa o Middelburgo y no a Londres. Si el trabajo de los paños se dispersaba ahora por Inglaterra, Holanda y Brabante, Brujas seguía siendo el centro de tráfico del alumbre genovés; allí se había instalado la principal filial de la Compañía de Quíos que distribuía el alumbre en todos los países del Norte. Pero, sobre todo, Brujas era una de las cabezas mercantiles de la Hansa. La actividad de los alemanes, aquí extraordinariamente compleja, se extendía a todos los sectores de la economía y estaba en relación con todos los países de Occidente. Hildebrando Veckinghusen [54], uno de aquellos grandes mercaderes hanseáticos, se estableció en Brujas en 1403, donde vivía en una casa con factoría y almacén, empleando a carreteros, correos y jóvenes dependientes. Estuvo más de siete años sin regresar a Lübeck, su ciudad natal, pero traficaba con los restantes miembros de la familia en Lübeck, Riga, Dorpat (en Estonia) y Novgorod; y enviaba a sus sobrinos a Venecia y a Livorno. Desde Brujas, su red de negocios cubría toda Holanda y Flandes, Alemania hasta Nuremberg y Constanza, Francia (Rouen, Amiens, La Rochelle), e incluso Italia, con Venecia y Lucca.

Vemos, por tanto, cómo la decadencia de la industria flamenca no afectó a la fortuna mercantil de Brujas.

Sin embargo, dicha decadencia provocó otra serie de trastornos cargados de consecuencias. A los paños flamencos sucedieron en el mercado mundial los de Inglaterra. En este caso, el auge de la industria señaló la entrada de negociantes y navíos ingleses en las grandes rutas del comercio internacional.

Incluso en lo referente al tráfico de la lana, el auge del trabajo de los paños provocó una nueva distribución de las zonas ganaderas y de los mercados. Los condados del Este experimentaron una sensible decadencia. Si las cifras de los *enrolments of New Freemen* mostraban aún un claro aflujo de inmigrantes a York entre 1300 y 1390, el descenso fue sensible a continuación. Hacia la misma época, se vino abajo el tráfico de los puertos de Hull, Grimsby y Scaborough [55]. La ganadería se desarrolló en las regiones del Sur y del Oeste, más próximas a los grandes centros de tejido de Londres, Winchester, Salisbury, Coventry y Bristol. Las mejores lanas venían ahora de los Cotswolds: de Coventry, del Herefordshire, Shropshire y de la región de Buckingham; su cotización era de dos a cuatro veces mayor que la de las lanas del este y sureste, las *slight wools.*

Pero, sobre todo, el tráfico de las lanas adquirió un aspecto mucho más moderno, ya capitalista. En la exportación se impusieron los negociantes de Calais, los *staplers,* que vieron reforzado su monopolio. Convertidos en los principales acreedores de la Corona [56], obtuvieron prendas sobre los impuestos reales, emitieron entonces unos empréstitos forzados y, como contrapartida, entregaron certificados de deuda y *warrants,* órdenes de pago que circulaban como un verdadero papel moneda y que servían para regular sus compras. Institución financiera muy compleja, que recuerda los bancos de Italia o de España, y potencia con la que el rey debía contar, la *Etaple* subrayó muy bien el papel desempeñado por la ganadería y la lana en el país.

Al mismo tiempo, se desarrolló la influencia de los mercaderes sobre el campo [57]. Los londinenses, los *woolmen* intermediarios especializados, *merceros* y *pañeros,* compraban la lana a conventos, *manors,* labradores o ganaderos de los Cotswold; a menudo, también controlaban los talleres de tejido. También aquí estaba el comercio muy bien organizado: venta sobre una muestra, largo crédito y estimación exacta de las diversas calidades por algunos expertos *(wool-packers)* que sellaban los sacos. Una viva animación reinaba en los campos ingleses: grandes aldeas con hermosas y amplias iglesias así como suntuosas casas. En definitiva, una vida rural muy

marcada por la influencia de la ciudad y de sus mercaderes, una mentalidad de hombres de negocios y una serie de condiciones apropiadas para el fortalecimiento de la gran propiedad rural y de los *manors* señoriales.

Con todo, el gran comercio de paños confiado a los *Merchants Adventurers* iba por delante de aquel otro confiado a los *Staplers* de la lana [58]. Aquellos «paños largos» de Inglaterra se encontraban en todos los mercados junto al estaño de Devon y Cornualles.

De aquí la fortuna económica de las ciudades y puertos de Inglaterra, cuyo mejor ejemplo nos lo brinda Bristol. Más que Southampton, siempre controlado por los italianos [59], y más que Londres [60], muy cosmopolita y donde predominaban todavía mercaderes hanseáticos y banqueros de Florencia, Milán o Lucca, Bristol simbolizaba el despertar nacional de la economía inglesa [61].

Bristol. Muy bien situado en un meandro del Avon, en su confluencia con el Frome, el puerto recibía con facilidad por sus orillas los productos del interior: lanas de Buckingham para su propia industria, hierro y carbón de los bosques del Dean, paños de Coventry (los famosos *Coventry blues,* teñidos con el pastel que vendía Bristol), paños de Ludlow y estatuas de alabastro de Nottingham enviadas hasta Portugal. De Irlanda llegaban pescado (arenques, blancos, frescos o salados y los *Pecys of Saltfish*), mantequilla, tocino, carnes saladas, cueros y pieles de ante, zorros y martas y, por fin, las famosas telas de lino. Hacia 1430, Bristol construyó nuevos muelles: el Welsh Bach sobre el Avon, y el Key sobre el Frome para el gran comercio. La ciudad emprendió entonces la tarea de conquistar los mercados lejanos. Sus navíos iban a España y a Lisboa mientras Robert Sturmy osaba desafiar a los italianos en el Mediterráneo. Hacia el Norte, los pescadores ingleses alcanzaban los bancos de Islandia: sobre todo, los barcos de la costa este, de Cromer, Blakeney, Scarborough [62] o Newcastle. Los habitantes de Bristol venían seguidamente para comerciar; ejercían una especie de trueque colonial, una trata centrada exclusivamente en el pescado salado; un texto de 1420 da el valor, en *saltfish,* de cada producto ofrecido por los mercaderes: granos, mantequilla, cervezas y vinos (o malta para hacer la cerveza de Islandia), quincallería, telas de Irlanda, de Bretaña o de Flandes y, sobre todo —en una proporción que alcanza la tercera parte—, paños ingleses. Esta explotación económica de las pesquerías recuerda aquella otra impuesta por los hanseáticos en las ferias de Escania, «trata» que anunciaba ya los procedimientos del comercio colonial tal como se practicaría más tarde en las costas africanas.

Los *Merchants Adventurers* no podían soportar en Inglaterra la competencia de los extranjeros, sus privilegios y el favor que les concedía el rey, siempre necesitado de dinero. Por eso, el auge económico del país se acompañó de un vivo movimiento xenófobo, sobre

todo en Londres donde fueron saqueadas las tiendas de italianos y alemanes y se multiplicaron los panfletos para exigir a la Corte una política más firme y un control severo de las actividades mercantiles. En 1449, un libelo llegaba a solicitar la destrucción de la flota bretona y normanda «para que los mercaderes ingleses pudiesen dominar los mares». Ello provocó detenciones y vejaciones de todo tipo pero, sobre todo, conflictos con la Hansa, celosa de su monopolio báltico [63]. A partir de 1400, los mercaderes ingleses frecuentaron los puertos orientales: Thorn y Dantzig, donde llevaban estaño, paños e incluso algunos productos de origen extranjero como la sal de la bahía de Bourgneuf, vinos de Gascuña, higos y uvas pasas de Portugal. A cambio, adquirían madera y construían allí mismo los barcos que servirían para volver con sus cargamentos, mucho más pesados y voluminosos al regreso que a la ida. Así se explica una larga serie de corsos, capturas, bloqueos y represalias: supresión de los privilegios de la Hansa germánica en Londres en 1447, interceptación de la flota hanseática de la sal por los ingleses en 1449 y larga guerra de seis años antes de la paz de Utrecht, en 1474, que supuso el regreso de los alemanes a Inglaterra pero que señalaba el final de su situación privilegiada en los mares del Norte.

El privilegio de los hanseáticos en el Báltico fue igualmente derrotado por los mercaderes y navíos de Holanda. El auge económico de Holanda, mucho menos estudiado al parecer que el de Inglaterra, fue sin embargo tan espectacular como éste.

Las cuentas del peaje de Dordrecht, de 1380 a 1385, subrayaban la intensa actividad de este puerto, que recibía del interior los vinos del Rin, los cereales, las frutas y las legumbres, madera, materiales de construcción [64], muelas de molino y pastel; en cuanto gran almacén, el puerto importaba por mar el pescado, el centeno del Báltico, el lino y las cardenchas para sus tejedores. Dordrecht era también un centro de producción de sal por combustión de plantas marinas. Se celebraban allí con regularidad algunos mercados y ferias [65].

En todas las ciudades de Holanda, la industria de los paños se desarrolló muy de prisa, sobre todo, en Delft y Leyden [66]. Los holandeses acapararon buena parte de las lanas y de los vellones en la etapa de Calais [67]; formaron sólidas asociaciones de *Calis vairders* y organizaron a gran escala las compras a crédito. Sus paños, vendidos primeramente en las ferias de Brujas y Amberes y, cada vez más, en las de Delft y Berg op Zoom, se dirigían también a los mercados del Este: ferias de Leipzig, Breslau, Polonia y Bohemia. Auge de la industria, de cierto capitalismo urbano y también de la flota mercantil. Amsterdam [68] y Rotterdam enviaban sus navíos al

Báltico, hasta Dantzig y Noruega, donde competían duramente con los de Lübeck.

De esta forma, ingleses y holandeses arruinaron el tradicional monopolio de la Hansa.

Y es que la Liga hanseática, menos fuerte que antaño, debilitada al Este por los eslavos y al Sur por la competencia de las ciudades de Baviera, carecía de cohesión.

Los intereses de Lübeck, que vivía ante todo del tránsito y se esforzaba por mantener la unidad, se enfrentaban a menudo con los de las restantes ciudades. Cuando los marinos de Dantzig, cada vez más activos en Escania (y, más tarde, incluso en Islandia), multiplicaron los viajes directos a las salinas de la bahía de Bourgneuf y de Setúbal [69], Lübeck, que había hecho construir expresamente el canal del Stecknitz para llevar la sal de Luneburgo y sustraerla a Hamburgo, intentó oponerse a ello. Por otra parte, Prusia debía mucho a los viajes de los ingleses; cuando se produjo el conflicto con Inglaterra, la Orden Teutónica y Dantzig se declararon en contra de las represalias y el embargo. Por su parte, Colonia había ocupado prácticamente la Hansa de los alemanes en Londres; sus mercaderes encaminaban los paños ingleses por el valle del Rin hacia las ferias de Francfort, las ciudades del sur de Alemania, los países del Danubio e incluso las grandes ferias de Galitzia, en Lemberg y Cracovia [70]. También ellos rechazaron toda interrupción del tráfico con Inglaterra donde estaban demasiado empeñados sus intereses. La Hansa, pues, no podía aplicar un auténtico bloqueo económico.

Hacia el Norte, la expansión comercial de los británicos alcanzaba otros mercados hasta entonces descuidados. Limerick, en Irlanda, mantenía relaciones directas con Sevilla o Lisboa y a veces recibía la sal del continente para sus pesquerías. Más al Norte, después de Noruega (donde los naturales de Lübeck les hacían la vida imposible) y de las islas Färöe e Islandia (donde Dantzig se impuso a partir de 1475) los pescadores y marinos ingleses buscaron otros bancos más lejanos: el Finmark, al extremo norte de Noruega, y después, con Cabot y sus compañeros, muchos de ellos hombres de Bristol, los bancos de Terranova.

Al final de la Edad Media, la economía de los intercambios en Europa del Norte vio sobre todo desarrollarse el auge industrial y mercantil de Holanda e Inglaterra [71]. Estas nuevas economías atentaban contra las actividades y la cohesión del grupo hanseático. Así se dibujó una nueva geografía de los grandes itinerarios mercantiles. El triunfo de Amberes sobre Brujas [72], hacia 1490, aunque provocado por las dificultades que enfrentaban a esta última ciudad con el duque de Borgoña, estuvo en realidad preparado por el trá-

fico de las gentes de Colonia que llevaban a los puertos del Escalda los paños de Londres.

c) *Nuevas fortunas*

El mar: España y Portugal. Mercaderes italianos y pañeros de Flandes se encontraban en las ferias de Champagne; éstas correspondían a un tráfico muy intenso, realizado esencialmente con productos de gran lujo: por un lado, ricos tejidos de lana; por otro, especias y tejidos de seda. Los productos baratos negociados en la feria procedían de regiones vecinas y viajaban poco. Pero, en 1278, se efectuaron los primeros viajes regulares de las galeras genovesas entre el Mediterráneo y Brujas directamente por el estrecho de Gibraltar, viajes precedidos, al parecer, por las expediciones de galeras mallorquinas [73]. No cabe duda de que las condiciones políticas eran favorables: reconquista de las ciudades de Andalucía por los cristianos y, en 1246, intervención de navíos vascos que, en gran número, forzaron el estrecho y aseguraron la libertad de navegación. Pero la iniciativa obedecía también a unas consideraciones de orden económico. En este momento, el tráfico entre el norte y el sur de Europa ya no era sólo el de las especias ligeras, sino también el de los granos, sal y, en el otro sentido, vinos, frutas y aceite. Pero, ante todo, alumbre.

Hacia 1260, los genoveses acababan de ocupar las ricas minas de alumbre de Oriente (concesión de Focea por los Paleólogo a Benedetto Zaccaria); exigieron y financiaron en seguida aquellos largos periplos marítimos hacia Flandes con el fin de disminuir los gastos de transporte. Es muy significativo que Venecia, extraña al tráfico del alumbre, no organizarse sus primeros convoyes a Flandes hasta 1374, o sea, casi un siglo después que los genoveses.

El comercio del alumbre provocó la apertura marítima del estrecho de Gibraltar por parte de los navíos que iban a Flandes y, cien años más tarde, otra importante evolución de las técnicas marítimas. En 1376, los genoveses, momentáneamente expulsados de ellas, volvieron a controlar las minas de alumbre de Focea y, para responder a las crecientes necesidades de la industria textil, organizaron la producción a gran escala, buscando una nueva disminución de los gastos de transporte. Génova sustituyó entonces progresivamente las galeras por las naves, mucho más potentes y baratas. Hacia 1460, sólo tenía naves en su flota, mientras que Venecia y, sobre todo, Florencia, fieles a las especias, armaban casi siempre galeras.

El gran tráfico marítimo mar del Norte-Mediterráneo continuó siendo durante todo este tiempo privativo de los italianos. En una

dirección viajaban las lanas y los paños de Inglaterra, el estaño y algunos productos manufacturados de Flandes y Alemania: quincallería, espejos, telas y fustanes. En la otra dirección, Florencia y Venecia seguían transportando especias, sedas, frutos exóticos y, cada vez más, el algodón. Por el contrario, Génova llevaba el alumbre y, más tarde, los frutos, vinos, aceite, jabón, cochinilla y atún procedentes, sobre todo, de España. De esta forma, las importaciones a Inglaterra y Flandes llegarían a perder, con el tiempo, su carácter netamente oriental. La ascensión de los productos españoles era un signo evidente de la nueva fortuna de Sevilla-Cádiz y de la nueva jerarquía de los mercados meridionales.

En efecto, los grandes navíos italianos y sus mercaderes llevaron toda clase de prosperidad a los litorales que frecuentaban a su paso: reparación de las cocas, tránsito y almacenaje, prospección del mercado local, inversiones de capitales y aprendizaje de las técnicas; una colonia italiana era, en la ciudad extranjera, un fermento económico cuyas actividades se dejaban sentir muy lejos. Ahora bien, los itinerarios continuaron siendo muy estables: casi siempre el navío italiano unía directamente España con Southampton. Salvo rarísimas excepciones, debidas más bien a las dificultades de la navegación que a las necesidades del mercado, no se efectuaba escala alguna en Burdeos o en Nantes, en Bretaña o Normandía. La costa francesa quedaba así al margen del circuito italiano.

La costa francesa. Sin embargo, la fachada marítima francesa conocía a veces una intensa actividad. Los navíos de Bretaña [74], del País Vasco y los del estuario del Gironda [75], más al norte de Rouen o de Dieppe, practicaban un intenso cabotaje a lo largo de las costas y efectuaban enlaces regulares con Inglaterra [76]. Y ello sin contar, en las mismas rutas, a los ingleses de Bristol, Londres, Plymouth y del País de Gales (Milford Haven). Buques de poco tonelaje, más adaptados para subir los estuarios que para los grandes viajes, marchaban siempre en convoyes de diez a cuarenta. Burdeos y La Rochela enviaban sus vinos hacia Flandes [77] y, sobre todo, hacia Inglaterra [78]. Sin duda se trataba de un tráfico muy incierto y sometido a los azares de la política, como lo atestigua la catastrófica crisis de 1453-1470, pero que, en su conjunto, alcanzó un volumen considerable; durante los años normales, las expediciones de vinos de Burdeos igualaban en ocasiones a las de la época actual. De Burdeos y Bayona partían también, durante el siglo XV, las balas de pastel del Lauragais que hicieron la fortuna de los mercaderes de Toulouse. La Rochela exportaba los trigos de Poitou y de Charente [79]; y, por fin, todas las flotas del Norte venían a la bahía de Bourgneuf

para buscar la sal [80]. También la pesca desempeñó un papel considerable en la costa de Francia, desde Bayona y sus armamentos para la captura de la ballena, hasta Dieppe y sus bacaladeros.

Todo este complejo tráfico, indudablemente esencial para estas regiones, parecía limitarse las más de las veces a los productos primarios; debía muy poco a la industria y a los mercados lejanos, dependiendo sólo de mediocres capitales y utilizando unas técnicas arcaicas. Francia no se benefició del despertar suscitado por los italianos. Era Brujas la que distribuía hasta Rouen los productos de la Hansa y los del Mediodía. Podríamos explicar así el retraso francés en la expansión marítima y colonial ultraatlántica.

Andalucía y Portugal. Por el contrario, el auge de Castilla respondía al de Inglaterra. Ni un solo navío pasaba sin tocar en Sevilla o Cádiz. Este último servía de puerto de tránsito y de almacenaje, con sus anejos de Sanlúcar y, después, Huelva y Palos. Sevilla era una capital mercantil y bancaria que, a partir de los años 1280, vio crecer su *barrio del mar* [81] donde acudían en gran número los marinos bretones, vascos e incluso ingleses; abrigaba además una colonia cada vez más poderosa de banqueros florentinos y genoveses: Centurioni, Spínola y Grimaldi, que serían los futuros comanditarios de los primeros tráficos a las Indias Occidentales.

La fortuna de Andalucía estaba basada primeramente en los productos del país: trigos producidos en los años buenos, garbanzos, vinos de Jerez, aceite, jabón, pieles, cochinilla y frutos secos que se exportaban por centenares de cestos; sin olvidar, por fin, el atún en aceite de las almadrabas arrendadas al duque de Medina Sidonia que hacía una competencia brillante en todo el Mediterráneo a los arenques salados y al *stockfish* del Norte. Citemos también el mercurio y el cinabrio de Almadén que Génova exportaba hacia las minas de plata de Europa central donde los alemanes utilizaban ya el procedimiento de la amalgama; el tráfico del mercurio explica muy bien el interés mostrado por los financieros alemanes hacia Andalucía en las postrimerías del siglo y, sobre todo, en la época colonial.

Los puertos de Andalucía se convirtieron principalmente en los intermediarios obligados del comercio con África y las islas atlánticas. Sevilla recibía los cueros, la cera y la cochinilla de Rabat; de las islas importaba en primer lugar la urchilla, especie de alga tintórea muy apreciada por los pañeros del Norte y cuyo monopolio ostentaba un grupo de financieros genoveses. Más tarde, también los vinos y el azúcar. Además, la expansión portuguesa a lo largo de las costas africanas no alimentaba sólo el mercado de Lisboa; un intenso comercio, más o menos clandestino, favorecido por los

Fig. 10. La vida económica en España y Portugal hacia 1490
Hg: mercurio; Pb: plomo; Ag: plata

banqueros italianos, llevaba a Sevilla la goma arábiga, la falsa pimienta o *meleghetta*, a veces, plumas de avestruz y, por supuesto, el oro del Sudán. Era en Cádiz-Sevilla donde las galeras florentinas o las naves genovesas tomaban los lingotes de oro africano. En 1377, de 68 300 liras genovesas de oro de África entradas en el puerto ligur, 54 400 venían de Andalucía [82]. Así pues, ya desde esta época, mucho antes de la expansión colonial atlántica, Cádiz se configuraba como una de las primerísimas encrucijadas mercantiles de Occidente y Sevilla como una capital del oro. Estas consideraciones deben tenerse en cuenta para poder comprender el auge del mundo ibérico y su éxito colonial mucho más tarde.

La posición de Lisboa era diferente [83].

Los mercaderes italianos jugaban un papel importante en Portugal pero eran menos numerosos y potentes que en Sevilla ya que en cierta manera estaban más lejos de sus ciudades natales. Hacia 1450, las naves genovesas ya no frecuentaban el puerto del Tajo y los Lomellini sólo mantenían unas relaciones muy precarias con los mercaderes de Génova. Su actividad se inscribía en el marco de la economía portuguesa, centrada sobre todo en el Atlántico y el Norte: monopolio de la exportación del corcho pero sólo hacia Brujas y nunca hacia el Mediterráneo, valorización del Algarve, de Madera y de las Azores. Los portugueses, más emprendedores en el mar, no se beneficiaron tanto como Andalucía del apoyo financiero de las grandes casas italianas; y es que sus mercados de exportación, salvo el de la sal, acaparado por los alemanes de la Hansa, eran mucho más restringidos.

El auge medieval de la economía ibérica supuso una auténtica conquista de los mercados y de los itinerarios marítimos de Occidente por los marinos castellanos y portugueses. En el Mediterráneo, pusieron sus navíos al servicio de las grandes ciudades: Florencia, Génova, Barcelona e incluso Marsella. La instalación de los ibéricos, en el Mediterráneo —gentes de Oporto, Lisboa, La Coruña, Santander, Bilbao y, sobre todo, de los pequeños puertos de la costa vasca: Bermeo, Deva, Portugalete, Lequeitio, Ondárroa, Zumaya y Motrico, por ejemplo— dejó su huella, a partir de 1400-1420, en la vida marítima del Tirreno; fue uno de los grandes acontecimientos de la época. Estas flotas auxiliares garantizaban lo más esencial de los transportes de trigo (Sicilia, sur de Italia y, en ocasiones, África del Norte), de sal (Ibiza y Cartagena) y de lana hacia los grandes centros urbanos y manufactureros. Y ello sin referirnos ya a viajes más lejanos con dirección a la Apulia e incluso a Oriente; en el momento del saco de Tana por Tamerlán, en 1395, se encontraban allí, en el fondo del mar de Azov, marinos vascos.

La vía terrestre: fortuna de las ciudades alemanas. Rutas y ferias. La apertura de la vía marítima por el estrecho de Gibraltar no arruinó, ni mucho menos, todas las ferias ni el comercio terrestre a través de Europa.

La feria desempeñaba todavía un papel esencial en los intercambios del interior. Los historiadores han insistido demasiado en el carácter sedentario y urbano del comercio en esta época. Pero H. Dubois ha mostrado muy bien «que no se produjo una transferencia masiva del comercio de las ferias al comercio urbano, sino que se produjo una redistribución geográfica del comercio de feria». Por otra parte, la idea de competencia entre las ferias, salvo para algunos casos excepcionales, debe ser revisada; las ferias eran más bien complementarias y «la práctica mercantil habitual era la venta circular»; fue así como los pañeros normandos iban al Lendit, después a Chalon-sur-Saône y finalmente a Ginebra [84]. Aunque posiblemente más numerosas y menos estables, las grandes ferias continuaban todavía marcando muy profundamente el mapa económico de Europa. Las más activas jalonaban los itinerarios que iban del Mediterráneo a las ciudades de Flandes; en suma, tomaron el relevo de las ferias de Champagne. Su geografía y sus características eran muy diferentes. La guerra de los Cien Años, la inseguridad crónica y el hundimiento de ciertos comercios desviaron a los mercaderes del itinerario propiamente francés. Las ferias se celebraban en Chalon-sur-Saône, en Ginebra y, después, en Lyon, situada en los confines del reino [85]. Más al este, entre las ciudades de la Hansa y Lombardía, corría un segundo haz de rutas que se anudaban en otras encrucijadas: ferias de Francfort del Main, de Nördlingen y de Leipzig [86].

Nuevos itinerarios y, por tanto, nuevos tráficos: por lo menos en Ginebra y en Lyon, se mantenían las especias pero eran ya mucho menos importantes que los hilos de seda, bastante más valiosos, los terciopelos y brocados así como los hilos de oro y de plata; o sea, una auténtica fortuna viajaba entonces en una sola bala; tales eran los negocios y los riesgos de los mercaderes italianos. Lyon [87] y Ginebra [88] eran ante todo las ferias de la seda. En Génova, ellas ritmaban el trabajo de tejedores y tintoreros; los contratos se hacían en función de las ferias para la partida de las caravanas. De aquí las considerables sumas invertidas en estos viajes y que se negociaban sobre el terreno. Y de aquí el recurso al crédito, a los financieros italianos y a las letras de cambio. En cuanto a lugar de cita de los banqueros, se convirtieron ya en ferias de cambio, en las futuras grandes plazas bancarias de Occidente.

Francia. La repartición de las ferias y la distribución de las grandes rutas internacionales subrayaban el retraso de los países franceses respecto a los alemanes.

Es verdad que, a pesar de los desastres ocasionados por la guerra de los Cien Años y las dificultades financieras, Francia no permaneció totalmente apartada del gran tráfico. Pero siempre lo hizo de manera marginal. Ya lo hemos observado al referirnos al Atlántico. En el Mediterráneo, Marsella [89] exportaba los trigos, la miel, el aceite, las lanas de Provenza y en ocasiones los productos del valle del Ródano y de Borgoña. Armaba barcos para la pesca del coral y explotaba sus marismas saladas. Sin embargo, la lucha contra la Corona de Aragón frenó en varios momentos el auge del tráfico: saqueo de la ciudad por los catalanes en 1423 y, después, conflictos entre el rey Renato y Alfonso V por el reino de Nápoles, que privaron a Marsella de algunos grandes mercados italianos o catalanes. En otras regiones, como la costa del Languedoc, la sal de los estanques y los granos animaban también un importante comercio de exportación. Venecia organizó en 1401, en 1403 y, luego muy regularmente a partir de 1412, un convoy de galeras con dirección a Aigües-Mortes que, después de 1436, llegaba hasta Valencia. Más tarde, las galeras de Francia y las empresas de Jacques Coeur y su equipo de agentes intentaron la gran aventura del comercio con Oriente hasta el punto de que los genoveses, momentáneamente preocupados por esta competencia, atacaron con violencia el puerto de Aigües-Mortes. Sin embargo, estos viajes no podían rivalizar, ni siquiera en los años buenos, con los de las grandes flotas italianas. El monopolio de las especias, instituido por Luis XI en favor de los puertos del reino, estaba fatalmente abocado al fracaso. Las naves de Génova y las galeras de Florencia y Venecia abastecían a Marsella de pimienta, jengibre y azúcar. Tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico, el comercio de los puertos franceses, responsable muy a menudo de importantes fortunas burguesas, era esencialmente un tráfico regional.

Abandonadas por las rutas internacionales, las regiones del interior conocían también una intensa actividad que con frecuencia fue el origen de grandes beneficios. El Languedoc, con sus múltiples ferias, fuente de eternas querellas [90], era un gran centro de exportación pañera dirigida sobre todo hacia Cataluña [91]. Las telas de Francia (no ya las telas finas de Reims y de Champagne sino las de cáñamo, los *cañamazos*) se vendían en Lyon y en Marsella. El cultivo del cáñamo y el trabajo de los tejedores llevaron cierta prosperidad a las regiones del Saône y del valle medio del Ródano,

sobre todo a la Bresse y, más al Norte, hasta el Mâcon y Charolles; de aquí las grandes *halles* de telas de Bourg, Montluel y Belleville. Sólo en la feria de Chalon-sur-Saône, en 1329, las tasas percibidas por la venta de las telas de la región correspondían a 4000 piezas, de una longitud de 216 000 anas (270 000 m). Con relación sólo a las telas de lino aparecían citadas varias decenas de lugares de producción. Estas telas se enviaban hacia Aviñón y por Marsella, Port-de-Bouc y Aigües-Mortes, se exportaban a todo el Mediterráneo [92]. Aunque muy aislada y al margen de los grandes caminos, la ciudad de Saint-Flour vendía a Barcelona sus *bordats*. La relación de los negocios de una ciudad como Toulouse han mostrado que los mercaderes franceses iban con sus convoyes de mulas o sus carromatos por todo el reino [93].

Un activo comercio de granos, vinos, animales vivos, cueros, pieles, sal, herramientas de hierro y vasijas de estaño animaba las principales rutas de Forez: el Camino de Forez, el Gran Camino Empedrado y la Gran Vía Francesa, muy próxima, llamada también Camino Lionés [94]. Las salinas del Jura interesaban a los mercaderes de todos los países vecinos [35].

Las rutas de Francia atraían también a los mercaderes extranjeros. Hacia 1480, un agente de la Compañía florentina de los *Filicaia* se instaló sucesivamente, durante largos meses, en Nantes y en Castres.

El tráfico del azafrán, especia occidental que en la cocina de los países germánicos competía a menudo con la pimienta, suscitó múltiples actividades. Su cultivo ocupaba una parte importante de tierras fértiles en el Lyonnais, Forez, los valles del Gévaudan, y sobre todo en el Albigeois, entre Montauban y Saint-Antonin, donde el pueblo de Bruniquel dio nombre a una calidad particular conocida en todos los mercados. Se producía también más al Norte, en el Angoumois, la Turena y el Gâtinais. Las compañías extranjeras mantenían unos representantes asiduos en estas provincias francesas. Cuando los agentes de la Gran Compañía de Ravensburg iban de Lyon a Barcelona tomaban, de preferencia al valle del Ródano y la vía del mar, la ruta del interior, por el Macizo Central, la Rouergue y el Albigeois, para inspeccionar de paso los mercados del azafrán y pasar a Zaragoza, donde se negociaba la mejor calidad de Aragón *(Ortsafran)* [96]. Nos encontramos ante una auténtica «ruta del azafrán» internacional, ubicada en el corazón de Francia.

Como conclusión, diremos que Francia conoció, sin que de ello nos quepa la menor duda, una actividad económica capaz de alimentar importantes corrientes de intercambios hacia la Corte pontificia de Aviñón y las de los reyes de Francia o de los grandes nobles.

Pero este tráfico rara vez se inscribió en el marco del gran comercio internacional que, más al oeste o al este, seguía con preferencia otros itinerarios. Además, el mercado francés era casi siempre «pasivo». Los mercaderes no solían rebasar el marco de Francia; al contrario, eran los italianos, ibéricos o alemanes quienes buscaban clientes en sus ciudades y en sus ferias para las expediciones lejanas: colonias genovesas de Marsella, castellanas de Nantes y La Rochela, florentinas y también castellanas de Rouen. Dejando al margen a Jacques Coeur [97], los hombres de negocios franceses no fundaron grandes compañías a la manera de los italianos o alemanes.

Alemania meridional. Los alemanes mostraron más espíritu de iniciativa. Además de su posición favorable en la red de las rutas internacionales, las ciudades de Alemania central y meridional se beneficiaron de un auge industrial real.

Dos clases de productos alimentaron un importante tráfico de exportación:

Los metales. A las pequeñas empresas ubicadas en el marco del dominio rural que sólo empleaban una docena de obreros, sucedieron entonces grandes sociedades cuya actividad se extendía a regiones enteras y que controlaban la exportación de los productos acabados. Su capital estaba dividido en cierto número de partes iguales (generalmente, 128 *Küxen*), cuyos dividendos se pagaban en numerario o en lingotes de peso variable. Los accionistas, que al principio se encontraban todas las semanas, residían entonces en la ciudad, y enviaban o mantenían a una serie de agentes en cada lugar.

El comercio de los metales alemanes, cobre, estaño, zinc y plata sobre todo [98], provocó entonces la formación de un auténtico capitalismo urbano: en Augsburgo, los Fugger, y en Nuremberg las grandes dinastías de los Meuring y los Fürer, anunciaban ya las de la época dorada. Ello ocasionó el auge de las industrias de transformación: latón, bronce (la fabricación de campanas fue una de las especialidades de Europa central), cañones, bombardas, armas, corazas, navajas de afeitar y quincallería. Estas actividades y, más aún, el comercio de lingotes de plata y la acuñación de monedas explican la brillante fortuna financiera y bancaria de Nuremberg.

Las telas: Desde mediados del siglo XIV, en la alta Suabia y, particularmente, en la región del lago de Constanza, hombres y mujeres hilaban el lino durante el invierno; en todas las aldeas se tejían las telas y los fustanes [99]. Más tarde, esta industria fue controlada paulatinamente por los mercaderes de las ciudades que, al precio de graves conflictos sociales, lograron imponer sus monopolios. Las

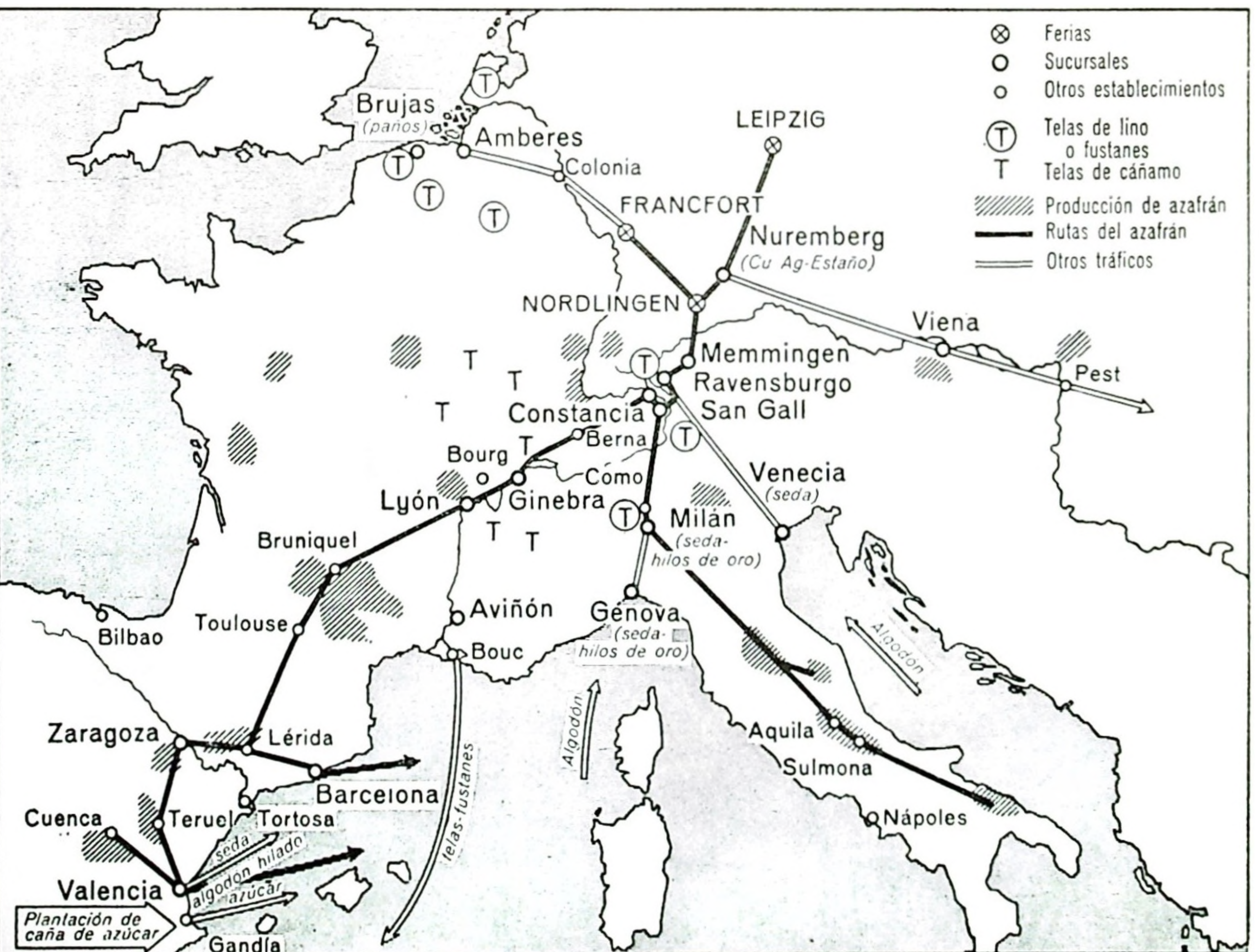


FIG. 11. Los negocios de la compañía de Ravensburg hacia 1490

halles de telas, principales monumentos de los grandes burgos, atestiguan el orgullo que les producía su éxito [100]. De esta forma, se desarrolló otro capitalismo, primero industrial y después mercantil, en Augsburgo, Constanza, Saint-Gall y Ravensburg. Esta última ciudad, en su origen un modestísimo cruce de caminos, llegó a organizar el trabajo de comarcas enteras al tiempo que monopolizaba las compras de algodón en los puertos italianos.

Metales y telas ayudan a explicar la fortuna de aquellos mercaderes en todas las rutas de Europa. La familia de los Milich, natural de Nuremberg, traficaba regularmente con Lübeck, donde estaban establecidos dos de sus hijos, vinculados a la alta aristocracia de la ciudad; exportaban los paños de seda, joyas y perlas más allá del Báltico, hasta Noruega [101]. En estas regiones, por tanto, la Hansa fue derrotada por las gentes del Sur. Hacia el Este, los mercaderes de Francfort o de Nuremberg frecuentaban asiduamente las ciudades encrucijadas de Bohemia [102] o de Polonia [103], garantizando de esta forma, por las rutas del interior, unas relaciones regulares entre Rusia y Venecia, donde su influencia se hacía notar cada vez más [104]. Agrupados en el famoso *Fondaco dei Tedeschi*, compraban una parte considerable del algodón traído por las *mude* de Siria y Egipto, y llevaban la plata de las minas de Europa central, indispensable para el tráfico veneciano en Oriente [105]. En Génova, los alemanes de Renania y, sobre todo de Suabia adquirieron también firmes posiciones: comercio del mercurio, del coral (trabajado con frecuencia en la misma ciudad por artesanos venidos de Colonia), y de los metales para la fundición de campanas o bombardas; pero, ante todo, comercio de las lanas españolas. En efecto, desde Génova habían llegado con facilidad a Cataluña —todo el tráfico Génova-Barcelona estaba prácticamente en manos de alemanes o lombardos—, al reino de Valencia, donde explotaban con éxito una plantación y una fábrica de azúcar cerca de Gandía y, a veces, incluso a Oriente.

Nuremberg, ciudad de la plata. Nuremberg simbolizaba la nueva fortuna alemana. Bien situada en una encrucijada de rutas cerca de las minas de Bohemia, los intercambios fueron estimulados por una feria anual instituída, al parecer, hacia el año 1300. A continuación, el emperador Segismundo confió a la ciudad la custodia de las joyas de la Corona y las reliquias imperiales, expuestas durante las dos semanas que seguían al Viernes Santo. Además, cada año, apenas clausuradas las ferias de Francfort, los mercaderes se trasladaban con frecuencia a las ferias y fiestas religiosas de Nuremberg, capital económica y espiritual de la Alemania meridional, donde se trataban negocios muy importantes ya que la afluencia popular era considerable. En 1463, cerca de 2000 carretas franquearon la torre de la ciudad.

Nuremberg era sobre todo la ciudad de la plata. Sus mercaderes controlaban en gran parte la producción de las minas. Especializados muy pronto en el transporte de monedas, en el cambio manual, en el tráfico de letras de cambio y en la banca, estos mercaderes —a la vez negociantes y financieros— podían hacer la competencia en determinadas ocasiones a los banqueros italianos. La ciudad conoció entonces una asombrosa prosperidad: «rebosaba oro».

Pero si Nuremberg iba a la cabeza de todas las ciudades de Alemania, ninguna de sus casas de comercio (Jacob Fugger, Jorg Fütterer, Peter de Watt), ni tampoco las de Augsburgo (Hans Heim) [106] alcanzó entonces la importancia de la *Grosse Gesellschaft* de Ravensburg [107].

La sede social estaba en Ravensburg, en el cruce de caminos del comercio textil; allí, en la parte alta de la ciudad vieja y al pie del burgo fortificado, se alzaba la gran casa de piedra, de dos pisos, donde estaban instaladas las oficinas y los almacenes para las mercancías y donde vivían uno o dos asociados con sus dependientes. La compañía poseía tres sedes en la alta Suabia (Memmingen, Saint-Gall y Constanza) y trece sucursales en el extranjero, más un número variable de agencias a cargo de simples empleados que vigilaban cosechas y mercados. Su red comercial cubría Alemania, Suiza, Italia, España (Barcelona, Valencia, Alicante y Bilbao), Francia (Lyon, Aviñón, con «compagnons» en Bourg-en-Bresse, Port-de-Bouc, Perpiñán, Toulouse) y, por fin, Flandes (Brujas primero y después Amberes). Aunque muy rápida e incompleta, esta enumeración subraya la complejidad del tráfico así como la vocación netamente occidental de estos negocios, particularmente clara en lo que respecta al interés mostrado ya por los mercados ibéricos. Génova asumía aquí un papel más importante que Venecia, ligada sobre todo a Nuremberg y Augsburgo.

Lombardía: A este éxito de las ciudades alemanas del sur respondió el de las ciudades industriales y mercantiles de Lombardía cuyo pasado, sin embargo, fue mucho más brillante. Estaban muy bien situadas en las rutas de los Alpes y se habían enriquecido con una notable industria especializada en el tejido de los paños finos (Milán, Mantua, Cremona) y, más tarde, con una industria de la seda en pleno auge —los terciopelos de Milán competían cada año con los de Venecia y Génova en las ferias de Francfort—; eran dueñas también del trabajo rural de los fustanes y de las fraguas en los valles de las montañas cuyo acero, de excelente calidad, alimentaba una serie de fábricas de armas ya muy conocidas. Milán tenía sus grandes compañías de comercio: los Borromeo y los Biscaro que acaparaban algunas ramas importantes del tráfico genovés: trigo, sal, pastel y lana; compraban y conducían navíos, ocupando un lugar importante, en Génova, entre los mayores accio-

nistas de la *Casa di San Giorgio*. En esta misma época, Piacenza, que fue la ciudad de los primeros banqueros, dominaba de nuevo el juego del dinero y preparaba ya sus grandes ferias de cambio.

Conclusión. En resumen, el final de la Edad Media contempló, frente a los antiguos monopolios de la Hansa o de las ciudades marítimas de Italia, la ascensión a menudo espectacular de nuevas fortunas económicas en las rutas marítimas o terrestres: Sevilla y Castilla, Inglaterra y Holanda, Nuremberg, Ravensburg y el sur de Alemania y, por fin, Lombardía. Con relación a la era del siglo XIII —la de las ferias de Champagne— fueron éstas las más grandes transformaciones del mundo occidental.

B) El capitalismo mercantil

a) *Las técnicas*

No creemos necesario abordar aquí el examen profundo de todas las técnicas medievales ni describir su evolución y sus múltiples formas; intentaremos más bien definirlas, subrayar su carácter y, sobre todo, al lado de las formas exteriores y del aparato jurídico con frecuencia muy alejado del actual, señalar su espíritu, más o menos nuevo, buscando en él la prueba de una mentalidad diferente. El historiador de la economía debe investigar el interés práctico de tal o cual operación y no limitarse a una serie de minuciosas comparaciones entre fórmulas jurídicas.

Los navíos. Dejando al margen la apertura de las vías alpinas [108], es indudable que los transportes terrestres no conocieron cambios apreciables [109]. Pero el estudio de los navíos y de la circulación marítima ha hecho grandes progresos desde hace algunos años, gracias a los capítulos consagrados a las flotas mercantiles en las obras de historia económica, pero también, muy especialmente, a la Comisión Internacional de Historia Marítima que, desde 1957, publica regularmente, bajo la dirección de M. Mollat, los trabajos de sus coloquios internacionales [110]. Con todo, la tarea no es fácil; a las dificultades del vocabulario, al carácter a menudo desordenado y muy impreciso de una documentación sólo accesible a los especialistas en el arte marítimo, se añade la imposibilidad de definir de una manera exacta, en la mayoría de los casos, las unidades de tonelaje.

Las flotas mercantiles, al final de la Edad Media, seguían ofreciendo una tipología de navíos extremadamente variada. No cabe duda de que ello obedecía a las condiciones de la navegación (por ejemplo, tráfico de estuario y tráfico de alta mar), pero también a la naturaleza de las mercancías, cuyo peso y precio de coste imponían en ocasiones unos buques particulares; con frecuencia, los imperativos económicos determinaban así el tonelaje de los navíos.

Por las rutas occidentales navegaban, por una parte, los bajeles abocados al comercio regional, incluso al alto cabotaje, y, por otra, los que emprendían lejanos viajes por cuenta de grandes mercaderes. Los primeros eran de dimensiones muy modestas; barcos ingleses, bretones, girondinos y vascos; navíos franceses de los puertos normandos, barcas catalanas, marsellesas o de los puertos ligures; todos ellos apenas rebasaban las 100 toneladas y viajaban en convoyes, a veces de varias decenas de buques. Por el contrario, la Hansa, que cargaba especialmente productos bastos de escaso valor (granos, madera y sal), armaba potentes navíos que pronto se hicieron famosos: la *Kogge*, sustituida muy pronto por la *Holk* y, después, por la *Krawel*, todavía más imponentes [111]. Los hombres de negocios italianos, mostraron, al mismo tiempo, cierta predilección por barcos cada vez más poderosos. Para el tráfico de las especias, la antigua galera fue sustituida por la galera *da mercato*, que navegaba sobre todo a vela, pesadamente cargada y capaz de transportar cerca de 200 o 300 tm [112]. Para los productos pesados (toneles de vino, aceite, jabón, alquitrán, trigo, sal y alumbre), Venecia, y especialmente Génova, utilizaban cada vez más la nave [113]. Aquellas *cocas*, *naves* o *carracas* eran mucho más sólidas que los restantes bajeles de la época: en Génova (hacia 1460) podían desplazar con facilidad 1000 tm.

La puesta a punto de navíos tan costosos como las galeras o naves impuso a la economía una forma claramente capitalista: capitalismo de Estado en Venecia, con sus grandes astilleros navales que eran objeto de todas las atenciones de la Serenísima y sus convoyes regulares de galeras arrendadas mediante subasta; capitalismo privado en Génova y, en menor grado, en Florencia. La construcción de navíos movilizó considerables medios. El tráfico de madera se presentaba como uno de los más importantes del momento; los bosques del Norte alimentaban los astilleros de la Hansa. Venecia recibía por el Adigio las maderas de las Dolomitas; Porto Pisano, por el Arno, las del Apenino toscano y Barcelona las del Montseny, que se cargaban en la costa catalana, hacia Palamós. Pero Génova, pegada a una montaña de monte bajo y zarzales, muy mal

dotada, debía ir hasta el traspaís de Niza o hacer venir los troncos del Delfinado, flotando en las aguas del Ródano y siguiendo, después, a lo largo de las costas de Provenza; incluso llegó a comprarlos en Córcega y Turquía. Había que contar también con los enormes gastos del armamento: velas, cordajes, aparejos, varias toneladas de bizcocho y salarios de los hombres que formaban la tripulación. Y, por fin, había que contar con los peligros. No tanto con el mal tiempo: el navío había vencido al invierno; a partir de la mitad del siglo XIV, Venecia ya no cerraba el mar durante el mes de noviembre a sus convoyes de Oriente y de Flandes. Se temía sobre todo a los hombres [114], especialmente a los señores que practicaban la piratería, dueños en Oriente o en Córcega de flotas integradas por tropas irregulares, que formaban unos auténticos imperios del mar como, más tarde, los corsarios de las Antillas.

La industria de los transportes se plegaba a las exigencias de los mercaderes y los fletes, cada vez más bajos, se adaptaban a un tráfico de masa y de productos relativamente baratos. En los navíos italianos, el transporte sólo representaba 0,5 % del precio de costo para la seda y menos de 2 % para las especias comunes (pimienta y jengibre); el trigo entre Sicilia y Génova sólo pagaba de 10 a 14 %, y el alumbre de Quíos a Flandes, a pesar de tan largo recorrido, sólo 16 % [115]. Además, mejoró el ritmo de la navegación. Las galeras de combate de Venecia seguían estando sometidas, aún en el siglo XVI, a un avance difícil y vacilante, retardado por largas paradas nocturnas, «apoyado en los puertos como si se tratase de un auténtico cabotaje»: el tiempo de navegación efectiva sólo representaba de 31 a 39 % del tiempo total [116]. Pero las galeras mercantiles de Florencia, a su retorno de Inglaterra, obtenían ya un mejor rendimiento: 70 % de navegación efectiva en los 32 días del trayecto Southampton-Porto Pisano en febrero-marzo de 1430 [117]. Por la misma época, el ritmo de navegación de las grandes naves genovesas correspondía también a una economía mercantil perfectamente organizada para un mayor beneficio de los hombres de negocios [118].

A veces, el navío se dividía en cierto número de partes, fácilmente negociables y, con frecuencia, subdivididas a su vez en varias fracciones. La explotación del navío se convertía en un negocio de capitalistas que se contentaban con invertir su dinero y repartirse los beneficios. La especialización de las actividades y el divorcio entre el hombre de negocios y el marino explican asimismo el empleo de flotas auxiliares. Los grandes puertos sólo armaban ya para el tráfico lejano y abandonaban las demás tareas a las flotillas de los pueblos próximos o, con preferencia, a los navíos extranjeros que venían a ofrecer sus servicios: vascos y portugueses en Barcelona, Florencia y Génova [119]; y hombres de Ragusa en Venecia para atender

a sus transportes del trigo siciliano. Estos marinos artesanos mandaban navíos de 200 a 300 toneladas, pero no participaban en las operaciones mercantiles.

En ambos casos, ya fuese un gran navío armado por una sociedad o un barco auxiliar, el patrón no era un hombre de negocios, sino un simple asalariado que efectuaba unas tareas concretas por cuenta de una sociedad de capitalistas; su participación en la empresa era con frecuencia muy modesta. El papel del capital se afirmaba aquí de manera indiscutible.

La correspondencia mercantil y las cuentas. Las *técnicas intelectuales* experimentaron también una evolución muy sensible que atestigua la aparición de una nueva actitud en los grandes mercaderes de Occidente. Las cartas de comercio colocaron aún más al agente, director de las grandes sucursales, bajo la estrecha dependencia del patrón. La carta de negocios, regular y atenta, era un principio de buen gobierno. Los corresponsales de Datini en Aviñón se quejaban amargamente de la fatiga que les producía, sobre todo durante el verano, la redacción de las cartas para la casa de Prato y las demás sucursales. Estas cartas satisfacían los intereses y la curiosidad del hombre de negocios, permitiéndole poseer una amplia información sobre todos los problemas del momento y sobre la coyuntura económica y financiera examinada en sus menores detalles. Y ello hasta el punto de que las grandes compañías florentinas fueron no sólo los correos de los papas de Aviñón, sino también sus informadores pacientes y sagaces [120].

Todo esto explica el enorme volumen de la correspondencia de los Médicis o de Datini en Prato [121]. Estas cartas incluían también auténticas cotizaciones pues daban, con ligero margen de fechas y en varios ejemplares para ser enviados a diversos lugares, listas de precios en una veintena de plazas; a veces de doscientos a cuatrocientos artículos. En ocasiones se escribía en estrechas bandas de papel la lista de las mercancías cargadas en los principales puertos de Oriente y Occidente; e incluso las que llevaban a Damasco o a El Cairo las caravanas de las especias.

Preocupación por dirigir el negocio desde lejos, como un capitán de empresa; preocupación por la información, que se correspondía con una curiosidad siempre despierta y con un ardiente deseo de preveer eventuales especulaciones, he aquí otros tantos síntomas de la mentalidad *capitalista* del hombre de negocios [122].

Otro síntoma de esta mentalidad fue el perfeccionamiento de la contabilidad [123].

¿Cómo definir la *partida doble*, nuevo método para llevar los libros?

De hecho, el término de *partida doble*, corrientemente utilizado, se presta a confusión pues se trataba de dos tipos de perfeccionamiento.

Por una parte, la *presentación bilateral:* Se abría una cuenta a nombre de cada cliente, socio, factor, pariente, etc., que cubría dos páginas del registro, situadas frente a frente:

— a la izquierda, el *debe*, donde se escribían los débitos o sumas debidas por el titular de la cuenta;

— a la derecha, el *haber*, donde se anotaban los créditos o sumas debidas por el redactor del libro al titular de la cuenta.

Ciertas cuentas, presentadas de la misma manera, se abrían no a personas, sino al comercio de tal o cual producto, a las operaciones de préstamo, de seguros, de cambio o a la propia tesorería de la empresa («caja»). Esta presentación permitía comprobar, en todo momento, el total de los débitos y de los créditos, verificando así el estado de las relaciones con los clientes o los socios y calculando con comodidad los beneficios o déficit de cada negocio.

Por otra parte, la *doble entrada:* Cada operación se traducía entonces en dos escrituras; por ejemplo, la venta de una pieza de tela se inscribía en el *debe* del comprador y en el *haber* de la cuenta «paños». El banquero o el mercader podía verificar constantemente la exactitud de las sumas escritas por él mismo y, sobre todo, por sus factores o agentes[124].

Al mismo tiempo, la contabilidad se diversificaba: existía un *diario*, donde las operaciones se anotaban cada día por orden cronológico, registros especializados, *grandes libros*, libros de beneficios, libros para la repartición de los beneficios entre socios y libros de caja.

De esta forma, el libro de cuentas se convirtió en un verdadero instrumento de gestión de las compañías e incluso pudo contribuir a orientar sus diferentes actividades.

b) *Las sociedades de comercio*

Tipos de asociaciones. Los contratos de asociaciones presentaban indudablemente una enorme variedad según las ciudades y el momento; parece ocioso estudiar todas sus formas y definir sus aspectos jurídicos. Sin embargo, es relativamente fácil señalar el papel desempeñado por el capitalista, que aportaba los fondos, en aquellas diversas empresas.

La tradición histórica suele oponer, por lo menos en lo referente a Europa meridional, las ciudades marítimas donde los contratos tenían un carácter efímero (una sola operación mercantil y un solo viaje), a las ciudades del interior donde los hombres se asociaban para mucho más tiempo. Por un lado, la *comenda:* el mercader viajero recibía un capital que debía hacer fructificar en el extranjero; asociación capital-trabajo donde las tres cuartas partes de los beneficios iban generalmente al capital y la cuarta parte al trabajo. Por otro lado, la *sociedad:* asociación de dos o varios mercaderes que proporcionaban el dinero y se ocupaban activamente del negocio; los beneficios se repartían a prorrata de las sumas puestas por cada uno.

En las ciudades toscanas se desarrollaron grandes compañías de comercio, mucho más complejas y poderosas, capaces de extender sus actividades a toda Europa y a Oriente [125]. Mientras en Génova se afirmaba el individualismo irreductible de sus mercaderes y Venecia dispersaba sus actividades en una polvareda de negocios, Siena estaba dominada, desde mediados del siglo XIII, por grandes casas bancarias muy poderosas en las ferias de Champagne: Tolomei y la Gran Mesa de Orlando Bonsignori; todas ellas se habían arruinado muy pronto debido a la pérdida del favor de los papas, lo que provocó una estrepitosa quiebra en 1298. En Lucca se desarrollaban grandes empresas, más especializadas en el trabajo y venta de tejidos de seda: Rapondi y Spifone. Por supuesto, era Florencia la que iba a la cabeza con sus tres generaciones de grandes compañías, símbolos de la prosperidad de la ciudad y garantes de la alianza güelfa que la unió a los papas de Aviñón y al rey de Nápoles [126].

Primero fueron los Spini, Cerchi, Frescobaldi y Scali, centrados sobre todo en Occidente (ferias de Champagne, Flandes, Inglaterra), hasta las quiebras de 1302-1326. Mucho más fuertes, en cuanto fueron auténticos grupos de sociedades que extendían su tráfico a Oriente, los Bardi, Acciaiuoli y Peruzzi marcaron hacia 1330 el apogeo de las grandes casas toscanas. Por fin, después de la larga crisis de 1343-1350 (guerra de los Cien Años, peste negra y desórdenes en Florencia en la época de Galterio de Brienne), viene la última generación, formada por los Guardi, Médicis y Strozzi.

Estas compañías se caracterizaban por:

— una gran estabilidad: los Bardi duraron 70 años. Sólo cada seis o siete años renovaban su contrato y en esta ocasión se modificaba la lista de los asociados. Los directores permanecían en su puesto durante diez o quince años;

— su carácter familiar, que garantizaba la solidaridad de los miembros. El nombre social era siempre el de una o dos familias, entre las cuales se elegían los principales responsables. Estaba prohibido a los asociados ejercer ninguna actividad fuera de la compañía; por tanto, dominaba todavía cierto rigor;

— su estructura capitalista; los beneficios se repartían exactamente a prorrata

de los capitales. Además, la compañía recibía depósitos de particulares que, en ocasiones, alcanzaban sumas considerables, lo que le permitía prestar con generosidad a los soberanos: reyes de Inglaterra, de Francia y de Sicilia o papas de Aviñón. Estos depósitos eran pagaderos a la vista por lo que una mínima alerta, al precipitar las retiradas, provocaba una catástrofe;

— por fin, la extrema diversidad de los negocios. Por una parte, la compañía se interesaba en todo tipo de actividades: comercio al por mayor y al por menor, transportes terrestres y marítimos, ventas de todos los servicios, banca y tráfico de dinero. Por otra parte, mantenía en el extranjero numerosas sucursales o numerosas filiales, a veces una veintena en todo Occidente.

Evolución. En el siglo XV, todas estas asociaciones mercantiles evolucionaron en un sentido claramente capitalista: concesión de un lugar más destacado al hombre con dinero, mayor estabilidad, empleo sistemático de asalariados o de comisionarios que permitían al patrón permanecer en su casa sin salir de la ciudad; pero, sobre todo, una mayor división del capital, cesión de participaciones y posibilidad de invertir en múltiples empresas. Las *comendas* se firmaban ahora para varios años. En Venecia, el mercader se desplazaba mucho menos. En todas las plazas de Oriente y Occidente se agitaba una masa de intermediarios, agentes comerciales, técnicos, corredores, notarios y comisionistas.

La evolución alcanzó su expresión más plena en las grandes sociedades capitalistas [127].

No todas las sociedades alemanas tenían un carácter tan familiar como las de Nuremberg [128]. Los Popplau de Breslau aceptaban a socios extranjeros en su ciudad [129]. La Gran Compañía de Ravensburg [130], desde su origen, agrupaba ya a tres familias de tres ciudades diferentes: Humpis de Ravensburg, Muntprat de Constanza y Mötteli de Buchorn; muy pronto, toda Suabia, hasta Ulm, proporcionaba capitales y asociados. Entre 1380 y 1530 se han podido contar más de 300 asociados de 120 familias diferentes. (Obsérvese, sin embargo, que hacia 1490, de 590 000 florines, alrededor de 430 000 pertenecían a los cuatro socios principales; los demás habían invertido unas sumas bastante pequeñas).

Las *sociedades* genovesas a partes múltiples, muy originales y aún más flexibles, anunciaban ya nuestras modernas sociedades por acciones [131].

Con frecuencia se consagraban a la explotación de un monopolio: gabelas de Génova, transporte de sal a través del Apenino, alumbres de Oriente, coral del reino de Túnez, mercurio de Castilla, corcho de Portugal, frutos y azúcar del reino de Granada. Se trataba, por tanto, de una sociedad muy especializada

donde cada asociado, de una forma natural, invertía su dinero en muchos otros negocios individuales o colectivos. Observemos también dos particularidades que subrayan el carácter muy flexible de estas instituciones. Por una parte, en ningún concepto estaban dominadas por una sola familia; el nombre social traducía solamente la naturaleza de las operaciones *(sociedad de los alumbres, del coral...)*; eran efectivamente asociaciones ANÓNIMAS. Por otra parte, el capital estaba casi siempre repartido en 24 partes iguales: los *quilates;* pero cada *quilate* podía estar a su vez dividido indefinidamente y, en ocasiones, de una manera muy compleja; podía ser vendido en todo momento sin ninguna formalidad. También las inversiones eran muy cómodas de realizar.

El mercader capitalista. El examen de las técnicas y las estructuras de la economía permite afirmar que la era del «gran» capitalismo comenzó por lo menos en el siglo XV [132]. El hombre de negocios alemán, y sobre todo italiano, rehusaba toda especialización y se interesaba por todas las actividades de su ciudad: banca, comercio e industria, a cuyos artesanos controlaba y se encargaba de pagar. Este mercader era un hombre libre de obrar a su manera, por oposición al artesano rígidamente especializado. Incluso sometido a la autoridad todopoderosa del Estado, como en Venecia, ninguna actividad le estaba prohibida. En esta época, las condenas eclesiásticas se eludían con facilidad.

Especialmente el tipo de mercader, de gran mercader, había evolucionado mucho. Nos encontramos ahora muy lejos de aquel viajero que acompañaba a sus bienes por todas las rutas del mundo, y también de aquel hombre preocupado por sus propios negocios, vigilando sus almacenes y esperando febrilmente la llegada de los navíos. Ello no significa por fuerza una especie de envilecimiento, una carencia del gusto por el riesgo o una falta de espíritu de empresa, sino una nueva mentalidad y una nueva manera de dirigir los negocios por medio del dinero. Se trataba de otra técnica, más difícil y arriesgada, que indefectiblemente alejaba poco a poco al negociante o banquero del auténtico mundo del comercio y del trabajo. El hombre de negocios nos aparecía entonces como un manipulador de dinero más que como un jefe de empresa. Las ocasiones de invertir eran extraordinariamente variadas: préstamos de todo tipo, seguros marítimos, títulos de la deuda pública y partes en los navíos o en diferentes sociedades. De este modo, algunas ciudades tenían una verdadera bolsa de valores mobiliarios. El gran mercader colocaba su dinero en todas partes; no siempre participaba en la administración de los negocios aunque esperaba el momento de repartir los beneficios; su principal preocupación era saber cuándo comprar y vender sus diferentes títulos, podríamos decir, sus *accio-*

nes; en ocasiones, se trataba de un auténtico juego de bolsa, meramente especulativo.

Todos los libros de cuentas de los mercaderes franceses atestiguan un arcaísmo asombroso y un carácter todavía muy primitivo de las técnicas. En suma, el libro sólo servía para anotar las deudas de cada cliente, en ocasiones con gran desorden; no era raro que compareciesen algunos testigos y que encontremos sus nombres allí consignados; los propios deudores firmaban en el registro, en cuyo caso éste aparecía como un catálogo de los créditos del mercader.

c) *Conclusión: diferentes «niveles» técnicos*

Pero, ¿se encuentra en todos los países este tipo de hombre de negocios capitalista?, ¿afectaron estas nuevas técnicas a todos o quedaron reservadas sólo a una élite, a una aristocracia de los negocios? No cabe duda de que es más importante definir la penetración en profundidad de los diversos perfeccionamientos en los diferentes medios sociales que investigar una serie de innovaciones bastante excepcionales.

Las nuevas técnicas se difundieron muy ampliamente en los grandes centros urbanos de Italia y, con verosimilitud, también en la España mediterránea. La letra de cambio (e incluso, el endoso), el cheque, las transferencias y las participaciones en sociedades no sólo fueron privativas de un grupo de financieros, sino también de los pequeños mercaderes, revendedores minoristas, notarios, artesanos, asalariados, religiosos e individuos del vecino mundo rural. Todos los medios sociales y todas las profesiones conocieron aquellos progresos.

Sin embargo, lo que sorprende más es la asombrosa desigualdad que ofrecían las diferentes ciudades. Frente a las ciudades de Italia y a los puertos ingleses y flamencos, donde el comercio del dinero, las ventas a plazos y las múltiples formas de préstamos conocieron tan gran desarrollo, otros países nos muestran un retraso considerable. Ello era particularmente notable en Francia, tanto en la fachada atlántica como en París e incluso Marsella. El carácter todavía primario de las técnicas se acompañaba a menudo de una gran debilidad de los medios financieros. En Toulouse, a pesar de que la explotación de los molinos del Garona estaba controlada por una especie de sociedad anónima por acciones [133], los contratos de las sociedades de comercio se referían a cifras ridículamente medio-

cres [134] comparadas con las que movilizaban las compañías italianas o alemanas.

Incluso en las ciudades donde se habían instalado las colonias mercantiles de Italia, éstas permanecieron, al parecer, aisladas, sin que los naturales aprendieran demasiado de su contacto. Igual podríamos decir de las factorías de la Hansa en las ciudades del Norte. Europa distaba mucho de formar un mundo único; las ciudades de Occidente se situaban a unos niveles técnicos extraordinariamente variados; algunas de ellas quedaron muy atrás, apartadas de los recientes perfeccionamientos. Un tejedor de Génova o de Florencia era más hábil en el manejo de las cuentas o las escrituras que un mercader de París o de Nantes. Por tanto, Occidente se nos aparecía como un auténtico mosaico de medios muy desiguales.

C) Los mercaderes y el capitalismo industrial

La imagen del artesano «medieval» debe matizarse considerablemente. La del pequeño artesano que trabajaba solo, asistido quizá por uno o dos aprendices en el obrador de su propia casa, y que vendía directamente los productos de su trabajo a los clientes en su propio tenderete abierto a la calle, sólo puede aplicarse a ciertos oficios de débil envergadura: especialmente a los de la alimentación (panaderos, por ejemplo), a los del vestido (zapateros, fabricantes de calzas, sastres) y a ciertos trabajos de lujo como el que realizaban los orfebres. A este artesanado que permaneció intacto, situado al margen del gran tráfico, hemos de oponer en casi todas las grandes ciudades una importante industria organizada de muy diferente manera; por ejemplo, la del tejido de los paños de lana y seda [135], la de las minas, las fraguas y ciertas industrias del metal [136].

a) *Las estructuras de la industria urbana*

Los trabajos importantes, que necesitaban una mano de obra numerosa y que ponían en juego medios considerables, estaban completamente en poder de los mercaderes, hombres de negocios y capitanes de industria. Esta clarísima concentración de las responsabilidades y de las iniciativas se explica con facilidad:

La obligación de acumular capitales y controlar los mercados. Únicamente el mercader, curtido por los viajes, en relaciones con factores y comisionistas establecidos en el extranjero y muy al co-

rriente de las calidades, estaba en condiciones de comprar, a veces muy lejos, las materias primas. La lana y la seda costaban muy caras, especialmente esta última, materia mucho más preciosa que la pimienta, por ejemplo. Las calidades variaban como también las condiciones del mercado. La extraordinaria variedad del vocabulario para designar las procedencias y las diferentes «cosechas» de lana, el interés que hacia ello muestran los manuales de mercadería así como la descripción minuciosa de todas las ferias y mercados de las abadías inglesas, atestiguan la dificultad que tendría un profano para conocer y dominar un mercado tan complejo; lo mismo podríamos decir de lo que respecta a los colorantes: pastel (o glasto) sobre todo. Por ello, los empresarios de la industria o bien eran, principalmente en lo referente a tejidos, mercaderes importadores de lanas, o eran, como en Bristol para los paños de lana y en Lombardía para los fustanes, mercaderes de pastel.

Además, sólo el mercader podía asegurar la venta regular y beneficiosa de los tejidos en las ferias del extranjero y, con frecuencia, en ultramar. Toda industria pañera de calidad dependía estrechamente de la evolución de los mercados y de los precios, de la conquista de nuevas salidas para los productos, de la adaptación a las nuevas modas [137] y, por tanto, del perfecto conocimiento de la clientela. Ello implicaba, por lo demás, el mantenimiento de una fabricación igual a precio relativamente bajo o, en todo caso, capaz de enfrentarse a la competencia; he aquí otras tantas condiciones susceptibles de estimular el control estrecho de la producción por ciertos responsables.

La extrema diversidad de las actividades. Lo que sorprende más al estudiar la industria textil era la extraordinaria dispersión del trabajo en un elevado número de operaciones, todas ellas realizadas por un obrero u obrera especializados. Entre la llegada de la lana bruta y el tejido propiamente dicho se intercalaban gran cantidad de labores: selección de las lanas, desengrasado, preparación de las lanas, peinado, cardado, hilado y urdidura; una vez tejido el paño, se ponían en funcionamiento los bataneros y los tundidores, los tintoreros, los medidores y los inspectores [138]. En total se podían contar con frecuencia de veinte a treinta operaciones muy distintas. Cada obrero se dedicaba a una de ellas, sin que ningún artesano pudiese dominar todo este ciclo. Sólo el mercader, ya propietario de las fibras, podía organizar la repartición de los trabajos, dirigirlos y controlarlos según sus propias disponibilidades y las urgencias del mercado.

El poder político de los mercaderes en la ciudad. Los pañeros, dueños de la ciudad en tanto que regidores, detentaban las principales magistraturas. Podían imponer sus leyes y reglamentos y hacerlos respetar por medio de sus asociaciones profesionales, *hansas* o *guildas.* Vigilaban también las calidades, los precios y los salarios.

Todas estas condiciones y necesidades hicieron que, para los tejidos y, en menor grado, para el hierro y acero [139], la producción se organizase según un esquema relativamente uniforme, siempre bajo el control exclusivo del gran mercader. Éste poseía, desde el principio, las materias primas; confiaba cada operación a un obrero especializado que cobraba a destajo, decidía también el ritmo de trabajo y a lo largo de un amplio y largo circuito permanecía como propietario de la pieza en todos los estadios de su elaboración; la almacenaba y, por fin, la vendía, ya al por menor en su propia tienda, ya al por mayor en el exterior o en la misma ciudad a los extranjeros. La estructura capitalista, en beneficio del mercader, ya existía en las ciudades de Flandes y del norte de Francia, en torno a los años 1270 [140].

b) *Mercaderes y mano de obra*

Este control económico sobre un sector de producción tan activo implicaba evidentemente el dominio de una numerosa mano de obra. A mediados del siglo XIV, Gante, que tenía aproximadamente 50 000 habitantes, daba empleo a más de 4000 tejedores y 1200 bataneros. Más tarde, en 1431, época en que hacía estragos una grave crisis de la industria pañera en las ciudades del Flandes marítimo, más de la mitad de la población activa de Ypres estaba todavía ocupada en el trabajo de los paños [141].

De hecho, el control de la mano de obra parece ser la clave de toda esta industria. El estudio detallado hecho por F. Mèlis, según la contabilidad de Francesco Datini, muestra con claridad tanto los lazos existentes entre gran comercio e industria como la gravedad del interés mostrado hacia el precio de costo. Datini, activo hombre de negocios, dueño de varias compañías mercantiles instaladas en Pisa, Florencia, Barcelona, Génova y Aviñón, había invertido capitales (entre 1383 y 1401) en cuatro sociedades diferentes para la producción de paños de lana. Las cuentas conservadas, muy completas, permiten hacer un balance exacto de todas las operaciones. En una de estas cuatro *Compagne di Arte della Lana* y sobre el total de las calidades de lana (inglesa, de Menorca, Mallorca, Le-

vante español, Provenza, Romaña y África del Norte), el precio de costo de los paños se desglosaba de la siguiente manera:

Compra de la lana	37,00 %	del total [142]
Coste de los trabajos	56,40 %	» »
Gastos diversos (oficinas)	5,60 %	» »

Observamos que la mano de obra representaba más de la mitad del precio de costo de los paños tejidos en Toscana; las operaciones de selección y de lavado, que exigían poco instrumental y escasos productos, absorbían por sí solas casi la tercera parte del precio de los trabajos.

c) *Mercaderes e industrias rurales*

La búsqueda de una mano de obra barata provocaba duros conflictos sociales, al tiempo que explica también el recurso al trabajo de los campesinos. Favorecida ya por ciertas innovaciones técnicas, por varios procedimientos mecánicos y, particularmente, por el empleo más regular del molino batán movido por la fuerza de las corrientes de agua, la industria rural tomó entonces un importante auge, pero en muchos países siempre bajo el impulso de los grandes mercaderes.

Los hombres de negocios de las ciudades provocaron la implantación de la industria de paños y telas en el campo. Fue así, por ejemplo, como se desarrolló la del reino de Aragón después de la guerra de 1284-1304 contra Francia, que privó a los negociantes de Barcelona, Valencia o Mallorca de las telas del Languedoc; hicieron venir entonces a obreros extranjeros e invirtieron capitales. Cien años más tarde, los paños de los Pirineos (Ripoll, Puigcerdá, Vic y Olot), del Rosellón, del Vallés (Sabadell y Tarrasa) y de la región de Gerona se exportaban al norte de África y, a través de Nápoles, Génova o Palermo, hasta los lejanos mercados de Oriente. En este caso, la industria fue al comienzo esencialmente urbana, aunque ciertas operaciones se realizaban en las aldeas y ello se debió mucho a los molinos batanes de los valles. Bastante más modesta y, al principio, de calidad mediocre, la producción de Castilla iba dirigida al mercado interior o, a través de las ferias de Guimaraes, al portugués. En 1462 las Cortes de Toledo reservaban un tercio de la lana española a la industria del reino; en este momento, Sevilla podría tener unos 38 000 obreros de la lana, contándose 13 000 talleres en Toledo. Este trabajo alcanzó muy pronto a las ciudades pequeñas e incluso a las aldeas, en la región de Sigüenza, Calahorra y Osma; eran productos relativamente bastos que los mercaderes enviaban para su apresto y acabado a Navarra y Aragón. Asimismo en el Languedoc las operaciones de tejido se dispersaban cada vez más por el campo.

La comarca de Somerset, al sur de Bristol, nos ofrece un significativo ejemplo del auge de la industria pañera en el campo inglés. Las regiones de la llanura tejían sobre todo los *straits*, paños más estrechos y cortos, así como de calidad más corriente, que podían ser abatanados según la antigua técnica: era el caso de Taunton o de Langport en el valle del Parrett. Por el contrario, los bellos paños anchos exigían molinos batanes, lo que originó una industria dispersa por los pueblos de las colinas, a una y otra parte de los Mendip Hills: Bath, Croscombe y especialmente Wells. Estos molinos abatanaban incluso los paños tejidos en Bristol, lo que provocó la ruina de los obreros bataneros de la ciudad.

Por tanto, casi por doquier en Occidente la ciudad dominaba la industria del campo, por lo menos a través del control de los mercados y mediante la institución de un verdadero monopolio de compra sobre toda la producción.

En determinadas regiones, los hombres de negocios ciudadanos controlaban por sí mismos la producción y todo el trabajo de las comarcas vecinas; distribuían los encargos, siempre a destajo, a los propietarios de las forjas o a los obreros de la lana. Así, por ejemplo, sucedía en la industria pañera de Toscana: de 1383 a 1401, Francesco Datini había confiado 4674 libras de lana por valor de 89 florines a 317 obreros hiladores de su ciudad (Prato); al mismo tiempo, entregaba 12 231 libras de lana por valor de 358 florines a 453 hiladores del campo. Estos campesinos obreros vivían en 95 aldeas diseminadas por la montaña a una distancia de 40 km de la sede de la empresa [143]. De esta forma, la mano de obra rural, menos exigente, más dócil, todavía no organizada y, por ello, incapaz de defenderse, predominaba sobre la de la ciudad; ello ocurría sobre todo en las operaciones más delicadas como, en efecto, eran el abatanado y el hilado.

La *bottega della lana*, instalada en la ciudad, ordenaba todas estas operaciones. Podemos imaginarnos así el incesante ir y venir de los mulos cargados con lanas, hilos y piezas para abatanar por todos los caminos de la montaña. De esta manera, los mercaderes extendían su influencia, profunda y difundida, en una amplia región hasta el momento muy alejada de las empresas de la ciudad. La industria fue así un poderoso elemento de dominio económico y social de la ciudad sobre el campo a veces muy lejano.

d) *Limitaciones y dificultades*

Esta gran industria, sólidamente implantada en la ciudad y su distrito, presentaba pues una estructura claramente «capitalista», bajo la dirección del mercader, empresario y dueño de los trabajos. Sin

embargo, la evolución hacia una más intensa concentración de las actividades era aún muy imperfecta.

Todos los trabajos se efectuaban a domicilio, bien en casa de los campesinos, bien en casa de gentes humildes de los arrabales o en talleres que, todo lo más, reunían en una misma habitación tres o cuatro telares; los propios tintoreros sólo empleaban un número muy reducido de oficiales *(compagnons)*; los molinos batanes trabajaban, en total, con un número bastante mediocre de piezas. El mercader capitán de la industria no estaba nunca a la cabeza de una factoría, ni siquiera de una fábrica, en el sentido actual de la palabra. Su función quedaba exclusivamente reducida a la dirección; todo lo más, alquilaba algunos locales y ciertas herramientas pero no disponía de ninguna edificación importante; una *bottega della lana* era, ante todo, una oficina y una tienda de venta al por menor.

Las verdaderas fábricas, que reunían a un gran número de obreros en el mismo local, nacieron más tarde. Quizá podamos rastrear su origen en los talleres instalados, desde mediados del siglo XV, por los responsables de los hospicios que recogían a los pobres y huérfanos; pero de estos establecimientos sólo tenemos escasísimos datos, muy incompletos.

Por otra parte, la organización «capitalista» de la empresa no implicaba forzosamente que todas esas empresas estuviesen cada una a la cabeza de una intensa producción y dirigiesen un elevado número de obreros. Los estudios de F. Mèlis y de R. De Roover muestran, por el contrario, la existencia de numerosísimas sociedades, familiares o no, que sólo desarrollaban una actividad bastante modesta. En Florencia (1380), 200 *botteghe* se repartían todo el trabajo de los paños y su producción variaba de 3 a 220 piezas de paño anuales. Vemos, pues, que el «capitalismo» industrial se situaba a todos los niveles. Habría que tener en cuenta, además, la multitud de intermediarios, pertenecientes a oficios marginales, que vivían de la lana: pequeños empresarios de algunos obreros a sueldo: tintoreros, cardadores, lavadores de lana o fabricantes de peines, por ejemplo. Aunque sometidos al arte de la lana *(sottoposti)*, estos maestros artesanos y pequeños mercaderes conservaban cierta independencia y se situaban a un nivel honorable en la jerarquía de las fortunas. Algunos de ellos poseían, en 1378, más de 1000 florines colocados en el Banco de Estado de Florencia (el *Monte*); en el mismo año, la lista de la tasa sobre las rentas relacionaba a 150 *sottoposti* estimados a más de un florín, colocándose de esta forma en la décima parte superior de las rentas florentinas. Por fin, todavía en la misma época (de 1372 a 1378), un libro de cuentas de dos

fabricantes de peines *(pettinagnoli)*, nos los muestran fabricando y vendiendo peines de caña pero al mismo tiempo comprando, vendiendo e intercambiando paños; traficaban con mercaderes de Pisa y Pistoia, y pagaban dos florines de tasa, lo que los clasificaba en la tercera parte superior de su barrio [144].

De esta forma, la actividad industrial, siempre muy estrechamente vinculada al comercio, organizada según una estructura de tipo «capitalista», asentada en el empleo de una mano de obra asalariada, se dispersaba en una multitud de pequeñas empresas de importancia muy desigual y que presentaban innumerables grados de riqueza y rango; en efecto, aquellos pequeños empresarios de la industria habían sido con frecuencia factores o empleados como agentes o vigilantes por *lanaioli* más poderosos.

Por el contrario, los capitales invertidos por el mercader capitán de la industria procedían a menudo de otros lugares: podían ser hombres de negocios afortunados, pero también personajes de mucha menor envergadura.

Por todo ello, la imagen de una estructura de la industria y de una repartición de las tareas que opone, frente a frente, sin intermediarios ni grados, al «gran» empresario y a los obreros de todo tipo, se trata de un simple apriorismo, por lo demás, erróneo. Contrariamente a lo que escribían y escriben aún determinados autores, el siglo XV no contempló el paso de la pequeña *bottega* al capitalismo de la gran empresa. Esta estructura «capitalista» ya estaba construida desde hacía tiempo y permaneció muy diversificada.

Esa industria, especialmente la de la lana, no parecía muy próspera ni, sobre todo, muy segura de su futuro. Los cálculos de F. Melis permiten afirmar que los beneficios obtenidos, entre 1383 y 1401, por Francesco Datini en sus sociedades de la lana se situaban entre 5 y 7 %, mientras que el conjunto de sus actividades comerciales le procuraba un beneficio medio de 20 %. Todas las grandes crisis económicas y, por consiguiente, las convulsiones sociales ligadas a las dificultades del empleo se debían a las incertidumbres de la industria pañera. La abundancia y la minuciosidad de los reglamentos para mantener una calidad idéntica, la estrecha vigilancia de las piezas entregadas a la venta por unos inspectores competentes (los *eswardeurs* en las ciudades de Flandes) y las gravosas multas no obtenían resultado alguno: en esta época el mercado de los paños de lana era el más inestable de todos. Constantemente, en el transcurso del tiempo y a veces a un ritmo bastante rápido, vemos que los tejidos de tal ciudad, pese a su renombre, desaparecían de la circulación en beneficio de otros: paños del

Flandes marítimo, después, del Flandes interior, de Brabante y, por fin, de Normandía, obtuvieron un sonado triunfo en los años 1440 a 1480; a partir de entonces, tocaría el turno a los paños ingleses.

D) Conclusión: las asociaciones de mercaderes: defensa y monopolios

Todos los historiadores de la economía y de la sociedad medievales han subrayado con insistencia el papel considerable desempeñado por las asociaciones de oficios en las ciudades. Numerosos autores las designaban y las designan todavía con el nombre de *corporaciones*. Sin embargo, esta palabra debería ser proscrita y abandonada. No se utilizaba en la época que nos interesa y, de cualquier modo, implica una organización del trabajo totalmente diferente. Más vale hablar, según los países y las lenguas, de *artes* (sobre todo, en Italia), de *hansas* (en Francia septentrional y en Alemania), de *guildas*, de *compañías* o, simplemente, de *gremios*, de *métiers;* todas estas palabras fueron utilizadas por los contemporáneos.

En este caso, la herencia de la Antigüedad se aprecia muy poco o al menos se encuentra completamente desnaturalizada. El recuerdo de los antiguos *colegios* romanos sólo se había mantenido en Italia, con nombres por lo demás muy diversos *(collegia, scholae, compagnie, capitudini, arti, fragili, consorti, matricolae, universitates)* y se le vio desaparecer o, por lo menos, evolucionar de forma decisiva poco después de la época carolingia. Sólo Venecia conservó el nombre de *scuole* para designar a sus asociaciones de oficios, totalmente sometidas al Estado y controladas con severidad.

El gremio, por regla general, nació espontáneamente: lazos de vecindad, comunidad de culto o devociones comunes y, sobre todo, reacción de defensa. En su origen, el deber de asistencia mutua prevalecía sobre todos los restantes y los miembros del gremio se prestaban socorro financiero y moral en caso de enfermedad; socorro en los procesos, en la detención arbitraria, en caso de robos o violencias y cuando atravesaban momentos difíciles; debían también velar a su cofrade muerto, asistir a los funerales, a las misas de aniversario y a las oraciones colectivas para el eterno descanso de las almas. Las relaciones sociales se establecían entonces, en el interior de la guilda profesional, en un mismo pie de igualdad.

En lo sucesivo, con el desarrollo del gran tráfico y de la industria, estas asociaciones evolucionaron de manera decisiva. Dicha evolución reflejaba perfectamente, desde el siglo XIV, las desigual-

dades sociales y atestiguaba la existencia de unas preocupaciones particulares, de un deseo de mantener una sólida jerarquía de las condiciones y un monopolio lo más estricto posible:

a) En el interior de las grandes ciudades se dibujó primero y, se afirmó después, una estricta jerarquía de gremios; unos, prestigiosos, ricos y poderosos, detentaban la realidad del poder político-económico. En ocasiones, esta jerarquía se manifestaba de una manera formal e institucional, claramente expresada. Ello sucedía sobre todo en Italia donde no todas las *arti* se situaban en el mismo rango. Desde 1236, en Florencia, 36 hombres representando a los gremios reunidos en la casa de los Cónsules del *Arte di Calimala* (mercaderes), manifestaban ya la distinción entre 7 *arti maggiori* y 14 *arti minori*, entre *popolo grasso* y *popolo minuto;* aunque evidentemente susceptible de arreglo, esta distinción, precisada por la definición de gremios intermedios, debía durar algunos siglos; las artes mayores (jueces y notarios, mercaderes, cambistas y banqueros, pañeros, sederos, médicos y boticarios, peleteros y pellejeros) formaban una sólida e inconmovible aristocracia [145].

En las ciudades de la Hansa, sólo los gremios *(Aemter, Innungen, Gilden, Gewerke)* más influyentes estaban representados en el Consejo. En Francfort, Berlín, Rostock o Greifswald, eran los panaderos, zapateros, pañeros y herreros; en Magdeburgo, las cinco *grosse Innungen* reunían sólo a los pañeros, merceros, peleteros, zapateros y fabricantes de telas. Hacia 1300, ocho gremios *(misteries, craft-guilds, city companies)* dominaban toda la vida política de Londres (los de los orfebres, fabricantes de telas, peleteros, especieros, pescaderos, pañeros, mercaderes de sal y de vino). Los miembros de estas asociaciones pertenecían también a poderosas asociaciones religiosas y a cofradías aristocráticas: la *Bachelery* en Norwich, la *Guilda de la Santa Trinidad* en Lynn, la *Junkergesellschaft* en Dortmund, Riga y Dantzig, las *Gewandschreidergilden* en Bremen, Münster, Osnabrück y Magdeburgo y, por fin, la famosa *Sociedad del Círculo (Cirkelselshop)*, fundada en 1379 en Lübeck y seguidamente acaparada, mediante un sistema de elección restringida *(cooptation)*, por las grandes familias de la ciudad. Sólo en algunas ciudades marítimas, por ejemplo, Hamburgo y Dantzig, todos los miembros del gremio se consideraban iguales; pero, de hecho, ello no significaba nada. En las ciudades inglesas, las guildas se clasificaban en tres categorías: las grandes *(potentiores)*, las medias *(secondarii* o *mediocres)* y las menores *(minores)*; como, por ejemplo, en Lincoln, York y Bristol.

En todo Occidente y en cada ciudad, el consejo de los regidores representaba exclusivamente o en su mayoría a los gremios más poderosos. La jerarquía de las guildas se manifestaba de manera tangible y ostentatoria con ocasión de las ceremonias, de las entradas reales, de las fiestas y procesiones, donde cada gremio caminaba según un orden de prelación muy estricto fijado de antemano o ventilado, cada vez, tras interminables discusiones [146].

b) Cada gremio se organizaba también según una jerarquía muy pronunciada; sólo los maestros participaban en el gobierno de la guilda y designaban a los *cónsules, gobernadores, protectores*, a todos los oficiales, agentes, tesoreros o vigilantes de todo tipo que infligían y percibían las multas. El gremio, contrariamente a la imagen forjada por cierta literatura ya antigua, era todo lo contrario a una asociación «democrática»; se distinguían siempre con toda claridad los maestros de los oficiales. En varios países, particularmente en Inglaterra, esta distinción tomó un ropaje institucional y se distinguió por el hecho de llevar una *librea*; en Londres, la guilda de los especieros *(the Grocer's company)* contaba, en 1386, con 135 miembros de idéntico estatuto y, en 1470, con 75 miembros que llevaban librea más 102 sin librea [147]. Con mucha frecuencia, en las ciudades inglesas, la fracción aristocrática y dirigente del gremio tomaba entonces el nombre de *livery company*.

En los grandes gremios, sobre todo en los textiles, los grandes mercaderes pañeros o sederos mantenían bajo su dependencia, en el interior de la propia asociación profesional, a todos los maestros artesanos responsables de las diferentes operaciones, como los bataneros, los tejedores, los tintoreros... En Florencia, cierto número de oficios estaban de esta forma sometidos *(sottoposti)* al *Arte della Lana* y al *Arte di Por Santa Maria (della seta)*; en este último, los estatutos distinguían a los maestros del arte, los *setaiuoli grossi* (batidores e hiladores de oro, vendedores al por menor, tejedores de lino), de los *setainoli minuti* (tejedores, fabricantes de peines, devanadores de capullos, bordadores, pintores de la seda...; en total, 14 profesiones diferentes) [148].

Sólo tardíamente y en ciertas ciudades, algunos oficios formaron una asociación propia, liberándose así de la guilda principal.

c) El gremio tendía a imponer un monopolio y a cerrarse a los recién llegados. Los maestros intentaban, cada vez más, evitar toda competencia demasiado peligrosa. De aquí los interminables conflictos entre las guildas de especialidades próximas para delimitar bien sus recíprocas competencias e impedir el intrusismo. En todas las ciudades, los mercaderes querían oponerse a los extranjeros, exigiendo del soberano una política resueltamente hostil a los foráneos; con frecuencia, intentaban canalizar en su beneficio los negocios de la feria exigidos por una parte de su clientela. En París, los carniceros lucharon durante mucho tiempo, hasta llegar a la insurrección, contra el rey que deseaba instalar un número mayor de carnicerías y, por tanto, de puntos de ventas.

Esta búsqueda del monopolio venía dictada evidentemente por el deseo de mantener elevados precios de venta. Ello contradice por completo la famosa doctrina, llamada del justo precio, en la que ciertos autores veían la voluntad de prohibir todo espíritu competitivo y de establecer una nivelación, mediocre, de los beneficios y las condiciones [149]. En suma, estas tesis se aproximan a las de W. Sombart para quien el mercader no buscaba nunca «durante toda la Edad Media» sino una ganancia razonable que le permitiese únicamente mantener su posición pero sin que acumulase riquezas ni esperase cualquier ascensión social [150]. Tales errores proceden, una vez más, de la sistemática negativa a admitir el desarrollo de estructuras y mentalidades capitalistas en la Europa occidental al final de la Edad Media, aferrándose a la imagen, clásica y fácil, de una sociedad enteramente dominada por unos imperativos religiosos, mal definidos por añadidura. Veamos cómo esta influencia religiosa puede variar según los medios y las circunstancias [151].

Para R. De Roover, estas posiciones son excesivas y erróneas [152]:

1) La Iglesia no consideraba el *justo precio* como algo ligado al coste de la producción y a las circunstancias sociales del trabajo, sino a las necesidades del mercado; el *justo precio* venía determinado por el libre juego de una demanda más o menos intensa. Sólo en el caso de escasez y, por tanto, únicamente para ciertos productos alimenticios, las autoridades debían incidir sobre los precios y configurar una política general de avituallamiento.

2) La Iglesia no sostenía ni aprobaba los monopolios instituidos por los gremios. Por el contrario, acusaba a los monopolios de mantener, en favor de los dueños de la industria, unos precios de compra demasiado bajos para las materias primas y unos precios de venta muy elevados para los productos acabados. Era, en suma, bastante favorable a la libre empresa y al espíritu competitivo.

Por tanto, los gremios iban con frecuencia contra la auténtica doctrina de la Iglesia.

Por otra parte, los maestros de los gremios tendían a conservar su cargo, su taller o su negocio en el seno de su familia y reservar el ejercicio de la profesión sólo a los miembros de su parentesco, o sea, a sus herederos. En muchas ciudades, la herencia de los puestos de venta de los carniceros se impuso como un derecho indiscutible. Esta actitud explica que las viudas quedasen a la cabeza de tales negocios sin ejercer por ello el oficio. Por fin, los muy elevados derechos de entrada para obtener el acceso a la maestría, así como la confección de una *obra maestra* que, a menudo, requería el empleo de materiales costosos favorecieron también la transmisión del oficio únicamente a los hijos o yernos [153].

d) Por fin, los maestros de los gremios intentaban, cada vez más, controlar la calidad de los productos con el fin de evitar toda competencia considerada como desleal y, también, de conservar una

clientela fiel. De aquí los reglamentos, numerosos y detallados, para definir los materiales y las labores. Los famosos estatutos de gremios sólo son, a menudo, unas interminables series de reglamentos de todo tipo, codificados y confiados a la vigilancia rigurosa de los oficiales de la guilda. Estos estatutos, muy bien conocidos en la mayor parte de las ciudades y, sobre todo, en las italianas [154], llevaron con frecuencia a los historiadores a ver en los oficios ante todo unas instituciones encargadas de una especie de policía económica y a menospreciar, por ello mismo, su papel social y político.

3) El dinero, la banca y el crédito

A) La moneda

a) *Monedas de cuenta; piezas de moneda*

En los libros de cuentas, en los contratos escritos, en las ferias y mercados así como en las tiendas de los artesanos, los precios y los servicios se computaban en unidades de cuenta. La moneda de cuenta más corriente en Europa occidental era la libra y sus submúltiplos, el sueldo y el denario [155]. Su equivalencia se establecía siempre por la conocida doble relación:

1 sueldo valía 12 denarios
1 libra valía 20 sueldos o 240 denarios.

Por supuesto, estas unidades diferían de un país a otro y de una a otra ciudad pues no se llamaban del mismo modo ni tenían idéntico valor. En Francia, las ordenanzas reales reconocían la libra *tornesa* y la libra *parisina.* En Italia, cada ciudad, ya fuese una gran metrópoli mercantil o una simple aldea sin gran actividad internacional, tenía sus propias unidades de cuenta.

En cuanto a los especímenes monetarios, mucho más numerosos aún, la primera tarea del historiador fue realizar un inventario exacto para cada país y época, cosa que generalmente ya está hecha. Estos repertorios son todos ellos preciosos e indispensables instrumentos de trabajo [156].

Las monedas se caracterizaban por su aleación y su peso.

El tenor de la aleación —se dice con frecuencia el *titre* o la *ley*— se expresaba así:

— para el oro: en *quilates*, cada uno de 1/24 de metal puro. En esta época, casi todas las monedas de Europa occidental tenían una ley de 24 quilates y eran, por tanto, de oro puro;

— para la plata: en *denarios*, cada uno de 1/12 de metal puro o más bien, de la mejor aleación posible; como en Francia, la aleación *argent-le-roy* que, según estimaciones actuales, tenía una ley de 958/1000 de plata realmente pura).

El peso se especificaba generalmente indicando el número de monedas acuñadas en la unidad de peso de metal. En Francia, era el *marco* de París que, desde mediados del siglo XIV, valía alrededor de 244,75 g actuales; en Inglaterra era la *libra-peso*. En otras regiones, como por ejemplo en Italia, las unidades de peso variaban de un lugar a otro. Además, algunos Estados o ciudades, por tradición, indicaban el número de monedas en un marco o una libra de metal puro, mientras que otros lo indicaban en un marco o libra de aleación (por ejemplo, en Francia).

Nuevas monedas de oro, de excelente peso, fueron acuñadas primeramente en Italia: *genovino* de Génova en 1252, *fiorino* de Florencia en el mismo año y *ducato* de Venecia en 1284. En esta época, dichas monedas podían encontrarse en cualquier sitio de Europa: *florín* o *ducado* de la Cámara Apostólica de Aviñón (y después, de Roma), *florín* de Hungría y del Imperio, *noble* de Inglaterra, *Philippus* y, después, *lion* de Flandes y Borgoña, *cruzado* de Portugal.

Por la misma época, los soberanos o las ciudades acuñaron también hermosas monedas de plata, de buena aleación, llamadas generalmente *gros*. En suma, Europa occidental conocía en este momento un triple sistema de monedas:

— monedas de oro;
— buenas monedas de plata;
— pequeñas monedas, llamadas comúnmente denarios, de metal malo.

b) *Mutaciones monetarias*

Estos tres tipos de monedas no tenían generalmente el mismo empleo. Los pequeños denarios se usaban como moneda fraccionaria; los mercaderes los rechazaban con frecuencia para el pago de una suma, por poco importante que fuese: exigían, por el contrario, *gros*, cuyo metal era mucho más rico. Ello originó disputas y a veces incluso una serie de edictos del rey o del municipio reglamentando el empleo de las pequeñas monedas.

Los *gros* de plata servían, ante todo, para las transacciones mercantiles en el interior de la ciudad o de la región; eran las monedas

habituales, muy conocidas de todos. Para el extranjero, los hombres de negocios preferían las monedas de oro, instrumento normal en las operaciones internacionales.

El curso mercantil de los *gros* de plata y de las monedas de oro se establecía con referencia a la unidad de cuenta. Cada moneda se definía a la vez por:

— su valor intrínseco (peso de metal puro);
— su valor nominal, o su curso, expresado en unidad de cuenta (generalmente sueldos y denarios).

En Francia, estas dos características podían resumirse en una sola fórmula: el *pie* de la moneda [157].

Sin embargo, el curso de las monedas, esto es, su valor nominal, variaba. Fijado por una ordenanza, dependía de hecho de las circunstancias económicas, de la demanda más o menos intensa de metales preciosos, del ritmo de los negocios, de la relación —siempre cambiante— del oro y la plata, y de la presencia de malas monedas que inevitablemente perturbaban el mercado monetario [158]. Por ello cada moneda se designaba, no por su valor, sino por un nombre que recordaba su calidad, su aspecto o, más corrientemente, la figura grabada (*florín* = flor de lis, *écu* = escudo, *franc à pied* o *franc à cheval* = noble armado).

Cada moneda de oro o de plata y, por tanto, cada unidad de peso de oro o de plata amonedado valía cierto número de sueldos y denarios de cuenta. Y, recíprocamente, la unidad de cuenta valía cierto peso de oro o de plata puros [159]. Se llamaba *mutación monetaria* a toda variación de estas relaciones.

Las mutaciones afectaban tanto a la moneda de oro como a la de plata. Podían operarse de dos formas diferentes:

— cambiando el peso o la ley de las monedas (o ambas a la vez); era preciso entonces acuñar nuevas piezas y prohibir el empleo de las antiguas, lo que no siempre era fácil;
— cambiando simplemente el curso en sueldos y denarios de las monedas existentes. Este cambio lo decidía en ocasiones el soberano o el municipio; pero, con mayor frecuencia, venía impuesto por los cursos oficiosos practicados por los mercaderes.

Por fin, las mutaciones podían ejercerse en dos sentidos:
— aumento del valor del marco de metal puro expresado en unidades de cuenta; era la mutación más frecuente. Los mercaderes de la época hablaban, en Francia, de un *fortalecimiento* o de un *aumento* de la moneda puesto que consideraban el valor de la moneda en unidades de cuenta. Ahora diríamos mejor *debilitamiento* o *devaluación* de la moneda, pues consideramos el valor de

la unidad de cuenta en peso de metal; lo mismo se decía, a partir del siglo XV, en otros países.

— disminución del valor del marco; cada unidad de cuenta valía entonces más metal (*debilitamiento* de la moneda en el vocabulario francés de la época).

c) *Las mutaciones monetarias y los mercaderes*

Tales mutaciones perturbaban gravemente los negocios. Hacían muy difíciles los préstamos de dinero, las ventas a plazos o a crédito y el pago de las letras de cambio, si el valor de la unidad de cuenta en peso-metal había variado en el intermedio. Cuando se efectuaba la liquidación de las deudas, ello provocaba procesos de todo tipo. H. Van der Wee ha mostrado el desconcierto que se apoderaba de los medios comerciantes de Brujas cuando el duque anunciaba una mutación de las monedas [100]. La burguesía de negocios, que se hacía oír en las asambleas de estados, consideraba estas operaciones como una verdadera calamidad y como una de las plagas de la época. La opinión general oponía los períodos felices, de moneda estable, a aquellos otros en que las sucesivas mutaciones provocaban desórdenes, marasmo de la actividad económica y, a veces, miseria (en el caso, por ejemplo, de que los obreros de las ciudades recibiesen un salario fijado en unidades de cuenta y, por tanto, en cada devaluación obtenían menos monedas de plata o monedas de peor ley). Esta inestabilidad alteraba asimismo la vida del campo puesto que los censos que pagaban los campesinos, fijados de una vez por todas, se computaban, no en especie, sino en unidades de cuenta. Después de cada mutación, los propietarios de la tierra sólo recibían un reducido número de monedas. Ello ocasionó vivas reacciones señoriales para revisar las condiciones antiguas, imponer nuevos convenios y exigir los censos en especie (o incluso, en ocasiones, en monedas de oro).

Ante estos inconvenientes, los hombres de negocios reaccionaron de diferentes maneras:

— uniformando sus diferentes monedas de oro con la finalidad de utilizarlas cómodamente en los mercados vecinos sin referencia ya a una moneda de cuenta. En Italia, los ducados de oro de las cuatro grandes ciudades estaban exactamente ajustados: *ducati delle quatro stampe* (Venecia, Milán, Génova y Florencia). En el Norte, las ciudades vendas de la Hansa formaron una auténtica unión monetaria que vigilaba la ley de las monedas, fijada de común acuerdo. Estas ciudades acuñaron unos florines de oro renanos que fueron aceptados desde entonces en todo el norte de Alemania. Sin embargo, el *mark* de plata con los emblemas de las cuatro ciudades (Lübeck, Hamburgo, Wismar y Luneburgo) no

fue acuñado hasta el siglo XVI [161]. En 1346, el rey de Aragón, Pedro IV, impuso a todos sus súbditos el *florí d'or d'Aragó*, acuñado en todas las cecas, hasta Valencia [162];

— pero, sobre todo, mediante la creación de una moneda de cuenta vinculada de manera estable a la moneda de oro. Esta segunda moneda de cuenta sólo se desarrolló en los grandes centros mercantiles y bancarios, especialmente en Italia [163]. En los documentos de los hombres de negocios, esta moneda sustituía a la «corriente» (libras, sueldos y denarios), demasiado insegura, y se imponía, ante todo, en las operaciones de cambio. Y así, esta moneda tan particular, en la que cada unidad representaba de manera inmutable cierto peso de oro, permitía atenuar ciertos inconvenientes de las mutaciones monetarias;

— por fin, en las épocas más agitadas, mediante el establecimiento de los precios no en libras, sueldos y denarios inestables, sino en ducados, escudos o francos de oro. Tal práctica, que era con frecuencia un síntoma de inquietud e incluso de pánico, podía precipitar la devaluación. Cuando el Estado deseaba asegurar la estabilidad de sus monedas, quedaba formalmente prohibida.

De todas maneras, el oro aparecía a menudo como una moneda refugio. Ahora bien, ¿fue una actitud general?; ¿cómo definir la mentalidad del mercader y de los hombres de aquella época ante los problemas monetarios?, ¿hemos de admitir, como decía M. Bloch, que, al hablar de libras y sueldos, todos tenían presentes en la memoria, de hecho, el número de monedas de metal correspondiente? [164].

d) *Las mutaciones, los Estados y las ciudades*

El Estado, fuese soberano o municipio, obtenía con frecuencia cierto beneficio de las mutaciones: derecho de monedaje sobre la acuñación de nuevas monedas y liquidación de las deudas o salarios de los oficiales en una moneda devaluada. Pero, generalmente, debía tener presente la opinión política [165], dirigida por la burguesía de negocios, que exigía una *buena moneda*, es decir, ante todo, una moneda estable. De esta forma, el Estado desarrollaba a menudo una política de estabilidad monetaria, multiplicando los reglamentos en tal sentido.

Sin embargo, en esta época, los diferentes mercados monetarios nacionales o urbanos dependían estrechamente unos de otros; los negociantes e incluso la gente del pueblo aceptaban de buen grado el oro o la plata en pago de monedas extranjeras. La gran abundancia de estas monedas y las alteraciones frecuentes (sobre todo, en las de plata) impedían a menudo conocer su valor exacto; y así, por un evidente deseo de simplificación, se recibía por el mismo valor unas monedas parecidas pero de acuñaciones variadas y de

pesos ligeramente diferentes. De esta manera, las «buenas monedas» (piezas que contenían relativamente más plata) desaparecieron poco a poco, acaparadas por los mercaderes y enviadas a la fundición o al extranjero. Sólo quedaban las «malas monedas» (que contenían menos plata pura para un idéntico valor). Esta ineluctable ley, muy bien conocida desde 1360 aunque expresada por Thomas Gresham dos siglos más tarde, se enuncia ahora de manera simplista por la siguiente fórmula: «la mala moneda expulsa a la buena». Ciertos mercaderes obtenían de ello grandes beneficios. Al final de la Edad Media, toda Europa se vio drenada por este tráfico de monedas de plata [166].

Y así, «la existencia en alguna parte de Europa de un centro importante de moneda débil suponía un riesgo constante de devaluación para todas las buenas monedas» [167]. Cualquier mutación en un Estado alteraba las reglamentaciones monetarias de los países vecinos [168], y los soberanos podían entregarse así a una auténtica «guerra monetaria» emitiendo monedas más débiles que su adversario [169]. Ello provocó las constantes intervenciones del poder real. Por medio de una serie de ordenanzas, precisas y severas, Carlos V de Francia afirmó el monopolio real, fijó estrictamente el curso de las monedas de oro y de plata, y prohibió tesaurizar o firmar contratos que no estuviesen especificados en moneda de cuenta. Pero, sobre todo, prohibió absolutamente el empleo de las monedas extranjeras, en particular, inglesas. Más tarde, Luis XI quiso establecer las ferias internacionales en el interior del país para vigilar mejor las operaciones de los mercaderes extranjeros, limitando de esta forma la introducción de malas monedas en el reino [170].

B) La banca y los préstamos de negocios

El empleo de la moneda se hizo más flexible y, sin ninguna duda, el ritmo de la circulación monetaria se aceleró. Todas las técnicas financieras evolucionaban claramente hacia una simplificación de las operaciones: ganancia de tiempo y de dinero. Ello se logró, ante todo, con la multiplicación de los convenios privados que no se hacían ya ante notario: reconocimiento de deudas, contratos de seguros hechos por los corredores e incluso por los propios interesados sin ningún intermediario, y billetes de pago.

Muchas operaciones se hacían oralmente: los mercaderes se conocían muy bien y las relaciones de negocios se establecían sobre la base de una confianza recíproca. En definitiva, muy raramente

exigían una garantía escrita sino que, por orden verbal, los escribanos de los bancos privados o públicos efectuaban las transferencias de fondos o los traspasos de títulos que, en cada ciudad, ascendían cada día a varios millares de liras.

Los perfeccionamientos de las técnicas bancarias iban dirigidos, por un lado, a poner a punto unas monedas de reemplazo para paliar la carencia de metales preciosos y disminuir los riesgos; y, por otro, a desarrollar la práctica del crédito. Las grandes innovaciones de esta época fueron las monedas no metálicas y los instrumentos de crédito.

a) *Moneda bancaria*

En su origen, los banqueros eran unos hombres de negocios que tenían un *banco* en una plaza pública. Después del estudio clásico de R. De Roover sobre el mercado del dinero en Brujas [171], ya sabemos cómo los cambistas manuales, que pesaban y cambiaban las monedas de diversas procedencias, se convirtieron en *banqueros*. Recibieron entonces depósitos de sus clientes y concedieron préstamos [172]. Los grandes mercaderes, por su parte, se especializaron más bien en el cambio internacional, por medio de la letra. Este esquema resulta válido para los países del Norte y Alemania. En las ciudades meridionales, los hombres de negocios instalados como banqueros ejercían absolutamente todas las operaciones del tráfico del dinero. De todas maneras, la banca privada ejercía, en estas regiones, una triple función: depósitos, préstamos y, sobre todo, transferencias [173]. En su libro, el banquero podía transferir una suma de dinero de uno de sus clientes a otro. Esta transferencia, llamada en italiano el *giro di partita*, y que era, en definitiva, la principal ventaja ofrecida por el banco, fue la razón de ser de los famosos *banchi di scritta* del Rialto veneciano. Gracias a esta práctica, multiplicada hasta el infinito, extendida en todos los medios sociales y auténtica rutina en el mundo de los negocios, el hombre de aquella época evitaba casi todas las manipulaciones monetarias y pagaba a sus acreedores por transferencia *in banco*. Las unidades monetarias utilizadas en los libros de los banqueros eran estables y estaban ligadas al valor de la moneda de oro: *fiorino di fiorino* en Florencia, *lira di ducato* en Venecia, *lira di buona moneta* en Génova, florín renano y, sobre todo, florín húngaro para los alemanes, escudo de Saboya para las ferias de Ginebra. Los mercaderes disponían, por tanto, de una moneda bancaria de carácter internacional que pre-

sentaba, sin duda alguna, las mismas ventajas que las ofrecidas posteriormente por Amsterdam y Amberes.

En las ciudades de Italia, los bancos públicos se remontaban generalmente al siglo XV y desempeñaban un papel análogo. En su origen, eran unas asociaciones de acreedores de la comuna que habían suscrito unos empréstitos más o menos forzados en los momentos difíciles; los diversos *montes*, *compere*, *mahone*[174] se consolidaron en seguida en una sola institución que llegó a ser entonces muy poderosa. La más célebre fue ciertamente la banca de San Jorge en Génova (llamada por los contemporáneos *Casa di San Giorgio* o también *Compere di San Giorgio*)[175]. Su renombre y poder eran tributarios del enorme capital proporcionado por los ciudadanos, los nobles de los alrededores, los mercaderes de toda la Italia septentrional e incluso las abadías y los hombres de negocios extranjeros. Pero estaban basados también en el lugar ocupado por la *Casa* en la gestión de la comuna que, al ser demasiado débil para equilibrar sus finanzas, enajenó poco a poco todos sus recursos: gabelas, monopolio de la sal, derechos y créditos. Otras ciudades mediterráneas conocieron también sociedades de este tipo aunque no de tal importancia: el famoso Monte de Florencia, la banca de Venecia[176] y la de San'Ambrogio en Milán; menos poderosas y, sin duda, menos flexibles, aunque mejor conocidas, fueron las *taulas* de Valencia[177] y Barcelona[178].

De esta forma, ya fuese por medio de bancos privados y sus monedas internacionales o por medio de los bancos públicos, el hecho cierto es que la práctica de la transferencia penetró profundamente en todos los medios sociales. El mercader deseaba siempre, y lo conseguía con facilidad, evitar el empleo de las monedas metálicas. Es verdad que las miniaturas muestran siempre al cambista sentado ante una pequeña balanza para pesar las monedas; pero, cada vez más, el peregrino o el viajero tomaban letras de cambio, seguras y fáciles de negociar. El mercader utilizaba las transferencias. Veamos un solo ejemplo: un hombre de negocios italiano, entre 1456-1460, había efectuado transacciones financieras por valor de 160 000 liras, pero sólo manipuló 11 700 liras en metálico.

b) *Moneda de papel*

Desde principios del siglo XIV, las ciudades italianas utilizaban el cheque y la letra de cambio.

El cheque era una orden de pago escrita que se emitía a beneficio de un tercero.

Ejemplo de cheque:

Giovanni Piccamiglio, sírvase pagar a Luigi Doria
48 libras y 6 denarios, con cargo a mi cuenta.

Tommaso Piccamiglio.

Entran en juego aquí tres personas: el *librador* (Tommaso Piccamiglio) que escribe el cheque, el *tomador* (Luigi Doria) que debe percibir la suma y el *librado* (Giovanni Piccamiglio) a quien es presentado el cheque y debe pagarlo. El papel estaba redactado en un único ejemplar y no llevaba dirección al dorso.

La letra de cambio era un cheque librado en una plaza extranjera y pagadero en una moneda diferente a la original. Evitábase de este modo las manipulaciones monetarias y los riesgos del transporte. Si el *tomador* efectuaba el viaje y presentaba él mismo la letra al *librado* que debía pagarla, sólo intervenían —como en el caso del cheque— tres personas. Éste era el caso de los mercaderes viajeros y, sobre todo, de los peregrinos. Otras veces, el *tomador* dirigía la letra a un corresponsal especialmente designado, que debía percibir el dinero. Intervenían entonces cuatro personas. La letra estaba redactada en varios ejemplares numerados y en unas delgadas tiras de papel que se enviaban por caminos diferentes para evitar las pérdidas; llevaban la dirección al dorso.

Ejemplo de letra de cambio:

Reverso: *Enrico de Boldo, alemán residente en Ginebra.*
Anverso: *En el nombre de Dios, Génova a 30 de marzo de 1458.*
Querido hermano, por esta primera letra, sírvase pagar en la próxima feria de Pascua, a Martino Illuminato, 125 escudos de Saboya, equivalentes al valor recibido aquí de Bartolomeo Illuminato, a razón de 42 sueldos por escudo.

Vuestro Batista de Sessino.

La letra está redactada en Génova por el *librador* Batista de Sessino; éste había recibido 5250 sueldos genoveses, o 262 libras y media, de Bartolomeo Illuminato, el *tomador.* A razón de 42 sueldos genoveses por escudo de Saboya, el total se elevaba a 125 escudos pagados en Ginebra por el *librado,* Enrico de Bolbo, al *beneficiario* Martino Illuminato.

En esta época la práctica de la letra de cambio se flexibilizó. En su origen, forzosamente ligada a un *contrato de cambio* redactado en buena y debida forma ante notario, implicaba el depósito de una prenda mobiliaria o inmobiliaria. Hacia los años 1380-1400, en la mayor parte de las ciudades italianas la letra se liberó por completo del contrato y se transformó en un convenio estrictamente

privado; las monedas utilizadas en cada plaza estaban bien fijadas, así como el vencimiento (*usanze* en Italia) y la manera de calcular los valores.

— Tanto la letra como el cheque podían ser *endosados*; es decir, que el *beneficiario* podía indicar (al dorso del papel o, a veces, al pie del mismo) su deseo de que la suma se pagase, no a él mismo, sino a otra persona. El endoso se remonta por lo menos a mediados del siglo XV. Generalmente los historiadores economistas veían en tal práctica uno de los síntomas indiscutibles del capitalismo «moderno». Pero la cesión de créditos podía realizarse también por transferencia de cuentas en los libros de los banqueros o de los mercaderes, técnica mucho más extendida, sin duda alguna, que el endoso y tan eficaz como él. Bastaba que el *beneficiario* indicase oralmente al *librado* que inscribiese la suma en el libro no a su crédito, sino al de otra persona. De tal forma que, ya fuese por medio del endoso o de la transferencia, el cheque y la letra de cambio desempeñaban la función de una moneda de papel.

c) *La resaca y el crédito*

— La letra de cambio podía encubrir una operación de préstamo a interés. En efecto, si el *beneficiario* no conseguía que le pagasen la letra, existía la costumbre de verificar el incumplimiento del pagador —el *librado*— por un notario; esta operación se llamaba el *protesto*. En este momento, el *librado* debía redactar una segunda letra que obligase al redactor de la primera a reembolsar al *tomador:* era la *resaca (contra-cambium)*. Pero, como el curso de las monedas nunca era el mismo a la vuelta que a la ida, el *tomador* cobraba más de lo que había dado; la diferencia representaba su beneficio y correspondía al interés del dinero durante esta ida y vuelta de las letras.

Ejemplo de resaca según el acta de protesto redactada por un notario:

Primera operación. El 14 de mayo de 1457, en Palermo, Galeazzo Doria *(tomador)* confió una suma de 60 florines de Palermo a Tommasino Spinola *(librador)*. Recibió a cambio una letra de cambio pagadera a su corresponsal, en Génova, Demetrio de Nigrono *(beneficiario)*, por Bartolomeo de Framura *(librado)*. El curso era de 37 sueldos de Génova por cada florín de Palermo; la suma escrita en la letra era, por tanto, de 111 liras de Génova (o 2220 sueldos).

Segunda operación. El 11 de julio de 1457, en Génova, Bartolomeo de Framura rehusó pagar la letra, que fue *protestada* por un notario. Redactó entonces una segunda letra dirigida a Palermo, a Tommasino Spinola, ordenándole que reembolsase a Galeazzo Doria. La suma indicada era todavía de 111 liras genovesas o 2220 sueldos. Pero el curso, en el sentido Génova-Palermo, era entonces de 35 sueldos genoveses por cada florín de Palermo; lo que suponía ahora un poco más de 63 florines. Una vez pagadas las tasas, Galeazzo Doria cobró, pues, alrededor de 63 florines y no 60. La diferencia de tres florines representaba el interés de su dinero durante la ida y vuelta de las letras a lo largo de casi cuatro meses. Lo que suponía 15 % de interés anual.

En lo sucesivo, la práctica de la resaca se hizo aún más flexible [179]. En 1460, en Génova, los hombres de negocios llegaron incluso a suprimir el protesto, lo que permitía, gracias a un acuerdo previo, devolver la letra sin gastos en caso de falta de pago.

De esta forma, mediante la diferencia normal de los cursos en el momento de la resaca, la operación de cambio se transformó en un préstamo con interés. Estos arreglos, todavía más sensibles —en la misma época— en las ferias de Ginebra y de Lyon cuyas reuniones periódicas prorrogaban regularmente los préstamos, permitían un amplísimo empleo del crédito [180]. El considerable tráfico de los efectos de cambio entre las ciudades italianas y Brujas [181], Londres o las ferias, no correspondía a transferencias reales de fondos o a transacciones comerciales, sino a innumerables operaciones de préstamo. Por otra parte, el tipo de alquiler del dinero por la práctica de la resaca no era prohibitivo: de 7 a 12 % en período normal.

d) *Otras prácticas de préstamos de negocios*

La práctica de la resaca atestigua el deseo que existía de ligar el crédito a una operación de cambio, como también lo atestigua el cambio marítimo o el préstamo a riesgo marítimo que asimismo suponían auténticas operaciones de préstamo con interés [182]. De hecho, se trataba seguramente de evitar las prohibiciones religiosas y sociales contra la usura, invocando el riesgo corrido.

Aunque, en teoría, tales prohibiciones continuaron siendo severas *(el dinero no engendra dinero)*, la condenación se suavizó considerablemente.

Ello era evidente en el cambio y la resaca, práctica que ocultaba fácilmente el préstamo con interés. La posición de los doctores de la Iglesia nos aparece en este caso muy vacilante y jalonada de controversias interminables [183]. En general, la Iglesia reconocía que el riesgo de pérdida existía y que el financiero podía entonces reclamar una compensación. Quizá sea necesario ver en esta tolerancia el reconocimiento tácito de la utilidad del préstamo de negocios, justo en la época en que las transacciones internacionales adquirían tan extraordinaria amplitud. En efecto, ciertos censores, sobre todo dominicos y franciscanos, intentaron justificar algunas prácticas del mundo de los negocios e incluso emprendieron la tarea de rehabilitar canónica e ideológicamente al mercader. El mercader era útil a la sociedad porque llevaba a su ciudad trabajo y bienestar; he aquí el reflejo de una nueva ética, sin duda ampliamente extendida,

cuya influencia en el plano literario y artístico se medirá en seguida.

En todo caso, cabría insistir en los estrechos lazos que, a nivel material y espiritual, unían a los mendicantes con el negocio y la banca; las colonias de mercaderes establecidas en el extranjero protegían a los conventos de los predicadores, menores y hermanos de la Observancia; así obraban los italianos en Inglaterra y en Brujas, los alemanes de la Hansa, de Nuremberg o de Ravensburg en todo el mundo occidental.

De todas maneras, resulta excesivo admitir que el rigor y las prohibiciones hubiesen frenado el desarrollo del tráfico del dinero; en todo caso, parece que lo dirigieron y lo limitaron a algunas formas particulares. El extraordinario auge de las letras de cambio y de las ferias de cambio atestigua de forma espectacular la actitud de los hombres de negocios: no renunciar, por supuesto, a los préstamos aunque se respetasen ciertas formas suficientemente complejas sobre las que no se ejercía de manera formal la antigua prohibición.

Ciertamente, en detalle, las prácticas del crédito, en todas sus formas, variaban mucho de una ciudad a otra y de un medio social a otro, según el peso de las tradiciones, de las coerciones sociales o según las incitaciones provocadas por nuevas necesidades.

Así sucedió con los contratos de seguro, mucho tiempo ocultos en forma de ventas ficticias. Esta precaución se mantenía todavía hacia 1460, en Génova, mientras que los financieros de Florencia, Venecia y Barcelona la habían abandonado, por lo menos desde principios de siglo, e indicaban sin vacilación la tasa de la prima. ¿Reflejaba ello, en un caso, rigor, fidelidad a las tradiciones y cierta timidez, y en el otro, tolerancia o espíritu empresarial más amplio y atrevido?

El contraste era todavía más claro en lo referente a las operaciones de préstamo. Si nos situamos en la misma época, hacia 1460, vemos que los hombres de negocios genoveses, aunque muy hábiles y dueños ya de una parte importante del tráfico internacional del dinero, seguían respetando las prohibiciones. Una sentencia del obispo era capaz todavía de romper un contrato de préstamo, de anular una deuda importante e incluso de infligir una multa al acreedor. Todos los medios eran buenos entonces para enmascarar el interés. El prestamista trucaba la contabilidad y jugaba con la diferencia de valor de las monedas para que no apareciese beneficio alguno. Una forma de préstamo (préstamo de liras *de paghe*, es decir, de los créditos de la *Casa di San Giorgio*), a pesar de ser muy cómoda y estar ampliamente extendida en todas las categorías sociales, se abandonó bruscamente en 1466 cuando la Iglesia recordó los reglamentos y citó expresamente esta práctica [184]. Pienso que este último hecho es muy significativo.

El genovés temía las condenas. He aquí la imagen clásica de la influencia de la religión y de la sociedad en un medio comercial, sin embargo, muy evolucionado.

¿Cómo explicar pues que, en la misma época, estos mismos mercaderes establecidos en Londres hiciesen figurar con todas sus letras las operaciones de préstamo en sus libros de cuentas? Y no sólo el *contracambium*, con indicación de los cursos de ida y vuelta, o las ventas a plazos, sino simples préstamos que precisaban la cuantía, el vencimiento y el tipo de interés [185]. Lo que sorprende en este caso es la manera como tales prácticas se exhibían, al parecer, sin temor. ¿Había un control menos riguroso? ¿O bien nos encontramos ante medios diferentes, sentimientos religiosos menos intensos, prohibiciones sentidas de manera menos grave o ausencia de coerción familiar o social?

Quizá sería posible establecer alguna conexión entre la especialización de las plazas bancarias y el desarrollo de un medio religioso realmente particular: humanismo, herejías y luego la Reforma. Lyon y Ginebra eran entonces los grandes centros de las ferias de cambio, diestros en todas las prácticas del préstamo y visitados por los grandes financieros del momento. El problema debe ser planteado y aclarado.

En todo caso, lo cierto es que, a partir de esta época, los grandes centros mercantiles y financieros conocieron una amplísima difusión de los préstamos bancarios o particulares. Los negocios reposaban, ante todo, en el crédito [186].

4) Los usureros: cambistas y prestamistas

La imagen del usurero, despreciado, deshonrado, proscrito de la sociedad, confinado en un sórdido tráfico de dinero y desafiando las prohibiciones de la Iglesia y la reprobación unánime, sale a la luz todavía cuando se leen ciertos autores. Efectivamente, hasta hace muy poco tiempo, se admitía sin restricciones ni matices que todo tráfico de dinero implicaba en sí una severa condenación y que todo ejercicio de la usura, particularmente el préstamo de consumo y, sobre todo el préstamo con fianza, exponía al responsable a los anatemas de la Iglesia y, con frecuencia, a todo tipo de persecuciones.

Esta idea, muy aferrada, está estrechamente vinculada a otros dos postulados tan sólidos como ella:

— por un lado, la creencia en una sociedad medieval perfectamente «religiosa», sometida a las directrices y a las prohibiciones de la Iglesia; lo prohibido estaba, por tanto, excluido;

— por otro lado (y sobre todo), la tesis inconmovible de una

total incompatibilidad entre las sociedades rurales, de estructuras llamadas con insistencia «feudales», y las prácticas capitalistas del préstamo de dinero.

Desde esta óptica, el préstamo de dinero sólo podía ser ejercido por individuos no cristianos o, a lo sumo, por extranjeros, por desclasados, que eran los únicos capaces de desafiar la reprobación y las condenas. De aquí el interés mostrado hasta entonces exclusivamente, por las actividades de los judíos y los lombardos.

A) Los extranjeros y los préstamos de dinero

a) *Los judíos*

Establecidos generalmente en las ciudades y en los burgos, los judíos servían con frecuencia de intermediarios entre los hombres de negocios extranjeros o los mercaderes cristianos, por una parte, y los campesinos o los ricos propietarios por otra. En esta época, los encontramos sobre todo en los países del Mediodía. Llevaban a Aviñón, a los almacenes de los negociantes genoveses o florentinos, los sacos de trigo comprados en las pequeñas aldeas. También en Sicilia, una parte importante del comercio de los granos pasaba por sus manos; y lo mismo en la región de Málaga, respecto a la seda de los caseríos de los montes donde no llegaban los agentes de los negociantes italianos. Compraban paños de calidades mediocres, a veces tejidos crudos, a los pañeros de las pequeñas ciudades de la Provenza interior y los revendían en el campo. Estas actividades mercantiles entrañaban inevitablemente todo tipo de tráfico de dinero puesto que compras y ventas se hacían casi siempre a plazos o a crédito. De esta forma, el intermediario adelantaba el dinero y se convertía en un acreedor firmemente introducido en las comunidades rurales.

Los judíos se dedicaban también en todos estos países a los préstamos con fianza, dedicándole atención preferente a la clientela rural. En Mantua, en Venecia, en Milán e incluso en Florencia, las comunas habían autorizado a ciertas familias israelitas, generalmente por medio de un contrato de *condotta*, a tener bancos de préstamos con fianza *(banchi di pegno)*; estos bancos, muy activos, prestaban a menudo a los campesinos [157]. Los judíos de Perpiñán tenían también una clientela rural y adelantaban el dinero en la época de las sementeras o con ocasión de la partida de los rebaños a la montaña [158]. Al igual que el pequeño negocio, estos préstamos les proporcionaban la ocasión de intervenir, de confiscar bienes, objetos o tierras, agravando así su influencia en el campo.

La actividad de los judíos en los países del norte estaba menos difundida y quizá más limitada a la propia ciudad. Conocemos la existencia de una importante comunidad en Angers [189]; y sabemos también los negocios que realizaban dos israelitas instalados en Vesoul [190]; sin embargo, su acción y la densidad de sus establecimientos parecen ser más débiles que las de otros prestamistas; en los Países Bajos, por ejemplo, los judíos estaban casi siempre ausentes de las aldeas y ejercían poca influencia en el campo [191].

b) *Los italianos*

Originarios al principio de algunas ciudades de Lombardía, como Piacenza, especializados en las operaciones de cambio y en el comercio del dinero, y procedentes después de las ciudades piamontesas de Asti y de Chieri o, sobre todo, de las ciudades mercantiles de Toscana (Siena, Florencia, Pistoia), los prestamistas italianos, contrariamente a los judíos, estaban muy firmemente implantados en todo Occidente. Desarrollando una intensa actividad en los caminos que de Italia conducían a las ferias de Champagne, adquirieron muy pronto, a partir de 1260, gran maestría en el ejercicio de los pequeños comercios y de los préstamos. Lograron imponerse en grandes centros urbanos como París, Londres, Brujas, Friburgo o en la propia Ginebra. Obtuvieron privilegios de ciertos soberanos [192] colocándose a menudo bajo su protección. Para las gentes del pueblo eran los *lombardos;* esta palabra se aplicaba sin distinción a todo financiero italiano que practicase el préstamo. En las ciudades, su actividad se extendía a gran cantidad de tráficos pero, sobre todo, a los préstamos con fianza; el estudio de las actividades de estos usureros aportaría muchos datos sobre las condiciones de vida popular en las grandes ciudades de Occidente.

Su influencia en el campo parece igualmente intensa. Se había desarrollado al principio en las montañas del Delfinado, más próximas a su sede social de Lombardía. En estos valles, todos los mercados campesinos estaban prácticamente controlados, desde comienzos del siglo XIV, por las mesas de préstamos de Asti y de Chieri; la multiplicación de los préstamos con fianza provocó aquí, paulatinamente, el endeudamiento de los campesinos, incapaces de devolver el dinero a sus acreedores; de esta forma, se aceleró el proceso de transferencia de las tierras en beneficio de los usureros lombardos [193]. Lo mismo sucedía en el valle de Aosta y en Saboya, regiones que habían permanecido al margen del gran comercio y de la industria [194].

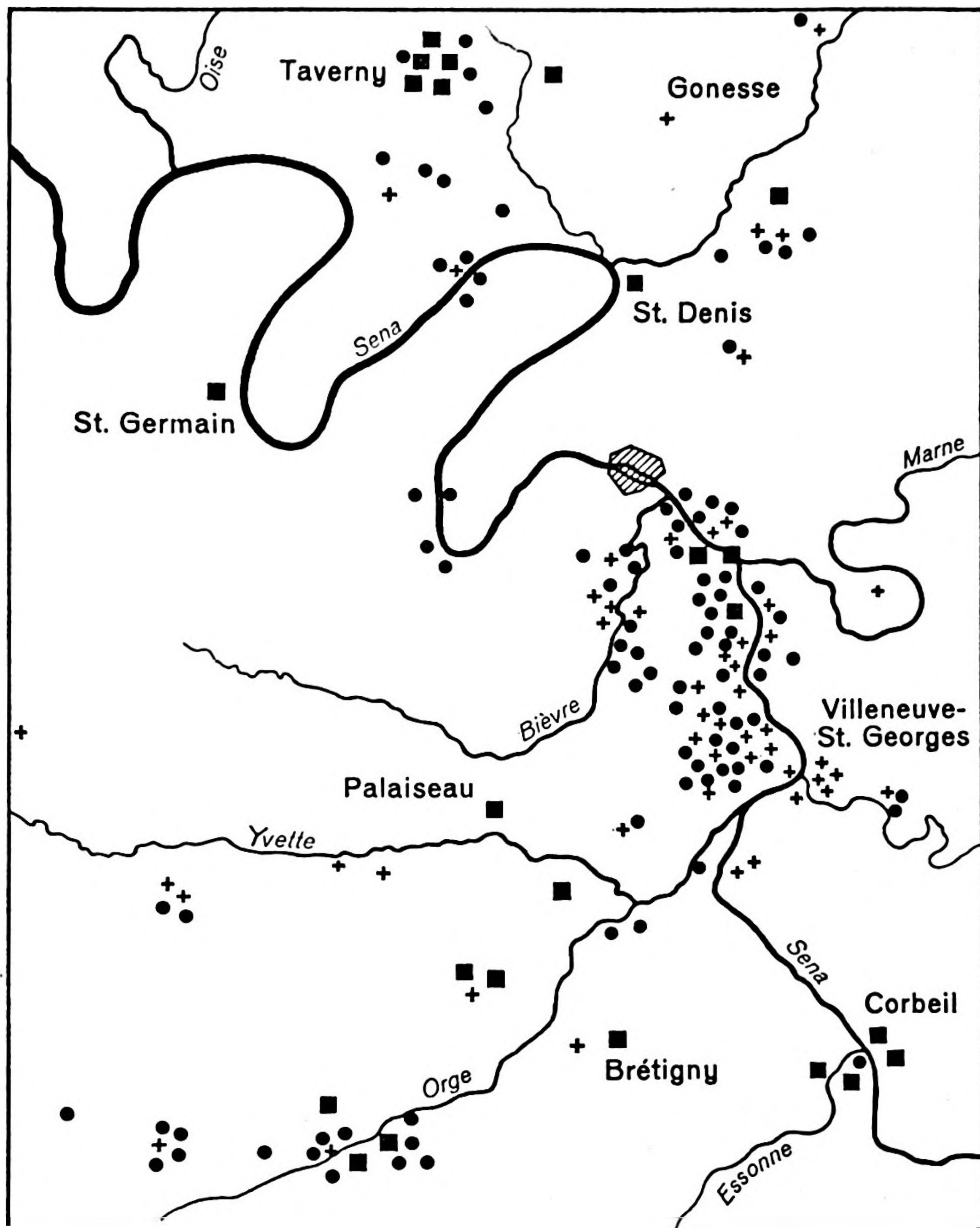


FIG. 12. La influencia de la ciudad sobre los alrededores de París: el crédito. Mapa elaborado a partir del libro de cuentas de los *Gallerani* [38], financieros de Siena instalados en París (1302-1305)

1, Préstamo inferior a 2 lb parisinas; 2, Préstamo entre 2 y 10 lb; 3, Préstamo superior a las 10 lb (tan sólo uno supera las 50 lb)

De hecho, los lombardos instalaban sus mesas de préstamo en todos los países: en las ferias de Champagne y en las ciudades y burgos de Borgoña y Francia [195]. Entre 1301 y 1350, obtuvieron 143 concesiones y privilegios en el norte y este de Francia [196]. En París, hacia los años 1302-1305, los sieneses Gallerani, muy activos también en Londres y en Champagne, prestaban sumas variables a un elevado número de *villani*, habitantes de la periferia y del campo vecino: más de 600 préstamos en más de 100 localidades diferentes [197]. Otros se habían establecido en las pequeñas ciudades de Ile-de-France, como Mantes o Poissy [198].

Un documento descubierto por F. Vercauteren permite tener una exacta medida de su implantación en los campos de los Países Bajos [199]: se trata del texto de la convocatoria hecha en 1309 por el emperador Enrique VIII en Colonia a todos los lombardos que habitaban en el Imperio; entre el Mosa y el Escalda, sin contar Flandes ni Limburgo ni la región de Lieja, aparecían citadas 77 aldeas o ciudades. Ello subraya muy bien la difusión de las mesas de préstamo italianas en los campos del norte y el papel de Colonia, plaza mercantil y financiera donde los lombardos tenían importantes casas.

c) *Los cahorsinos*

Finalmente, en ciertas ciudades del noroeste de Europa, los textos municipales, reglamentos u ordenanzas designaban a los prestamistas con fianza con el nombre de *cahorsinos*. Es verdad que, alrededor de los años 1220, unos mercaderes y cambistas de Cahors se habían establecido, por una parte, en todos los puertos franceses del Mediterráneo y, por otra, en La Rochela y en Burdeos. Posteriormente, llegaron a las ciudades de Flandes y, después, a Inglaterra. El momento culminante de su fortuna debemos situarlo, sin duda alguna, en torno a los años 1280-1300 [200]. Mucho más tarde, el calificativo se seguía aplicando de manera más general a todos los financieros y cambistas del suroeste francés e incluso en ocasiones a todos los prestamistas con fianza, al parecer sin ninguna distinción de orígenes.

En Brujas, un inventario de la «casa de los cahorsinos» realizado hacia 1440, proporciona una impresionante lista de objetos de todo tipo, lo que muestra claramente que una comunidad de extranjeros, venidos del Languedoc o simplemente llamados por tradición cahorsinos, practicaban a gran escala el préstamo con fianza.

B) JUDÍOS Y LOMBARDOS: SU INSERCIÓN EN LA SOCIEDAD

Todos estos prestamistas, usureros y acaparadores de prendas y tierras, ¿eran realmente extraños a la sociedad, manteniéndose alejados del mundo en que vivían? Un estudio medianamente serio

de sus actividades, de la estructura de sus negocios y de sus condiciones permite matizar considerablemente o desmentir ciertas ideas tópicas que, con gran frecuencia, no son más que simples apriorismos sin ninguna relación con la realidad.

Observemos primeramente que sólo los judíos eran extraños a la comunidad cristiana. Todos los prestamistas restantes, cahorsinos y sobre todo lombardos, eran cristianos y, en ningún momento, estuvieron excluidos de la Iglesia, sino que frecuentaban su parroquia y llevaban, desde este punto de vista, idéntica vida que todos sus vecinos. Por otra parte, todo parece indicar que estos cristianos cambistas y prestamistas eran más activos y numerosos que antaño, eliminando con frecuencia a los judíos de sus posiciones y adquiriendo nuevos mercados. Un mapa de la implantación de los prestamistas extranjeros haría aparecer muy claramente un área de difusión israelita mucho más limitada. Es verdad que, en detalle, este mapa quedaría sin explicación en muchos puntos; parece que, salvo en algunas grandes ciudades (por ejemplo, París) ambas comunidades se excluían, pero no sabemos por qué en un lugar prevalecía una sobre otra y al contrario; en la ciudad de Génova, por ejemplo, los de Asti y Chieri tenían, hacia 1460, numerosas mesas de préstamo, mientras que los judíos, aunque muy activos en Lombardía y Venecia, estaban completamente ausentes de la ciudad: ¿simple casualidad, resultado de una competencia muy dura, vecindad del Piamonte o diferente actitud de la población?

En todo caso, ni los judíos ni los italianos llamados *lombardos* eran exclusivamente usureros. La imagen del judío dedicado por completo al pequeño comercio del dinero es muy forzada. En todos los países, en Provenza o en la península ibérica, los israelitas ejercían todo tipo de profesiones: médicos, orfebres, peleteros, zapateros, sastres o carniceros [201]. Incluso los que prestaban con fianza eran también, casi siempre, mercaderes. Lo mismo podemos decir de los lombardos quienes, aunque asociados para dirigir una mesa de préstamo, compraban y vendían granos, vino o caballos; asimismo traían de Italia numerosos productos tales como tejidos o especias. El lombardo prestamista con fianza estaba al frente de una tienda; es evidente que sus negocios se situaban a un nivel muy inferior al de las grandes compañías toscanas o milanesas, pero les permitían establecer y mantener lazos estrechos con numerosos hombres de negocios, con proveedores y clientes de toda condición.

Además, el usurero lombardo —lo ignoramos todo o casi todo de las asociaciones mercantiles israelitas— no actuaba solo en ningún caso. Participaba en una amplia y potente sociedad organizada para establecer y mantener varias mesas de préstamo, a veces muy numerosas y dispersas en varias ciudades. Tales sociedades —las *casane*— administraban así cierto número de sucursales dependientes de la casa central sita en Italia, con frecuencia confiadas a fami-

liares. Los Portini de Pistoia tenían una serie de mesas o factorías instaladas en París, en varias ciudades y aldeas de Toscana (como Beaulieu, pequeño pueblo próximo a Loches), en Bourges, Laon y Niza; estas localidades, citadas en una carta comercial de 1330, no eran, por supuesto, las únicas frecuentadas por esta importante casa toscana. Exactamente en la misma fecha, un tal Richard Vagnon, natural de la diócesis de Turín, tenía una mesa en Montbrison (Forez); su hermano se había establecido en Saint-Étienne-de-Saint-Geoirs (Delfinado); algo más tarde, en 1342, tres Vagnon más trabajan en otras ciudades del Delfinado mientras otros familiares (seis en total) estaban en el Champsaur, en Die, Lons-le-Saunier, Château-Chalon y varias ciudades del Franco Condado [202]. Tal red de sucursales, unidas por estrechos lazos, a menudo familiares, y por una frecuente correspondencia comercial atestigua muy bien una condición social bastante honorable: el prestamista lombardo no era, en todo caso, un exiliado ni un aventurero aislado que hubiese roto toda relación con los suyos y con su ciudad natal.

Estos individuos, judíos o lombardos, no trabajaban sólo por cuenta propia o por la de sus familiares. L. Poliakov ha mostrado de manera perfectamente clara que una parte del dinero prestado por los judíos en las ciudades italianas procedía de depósitos efectuados en su casa por cristianos. Así, éstos escapaban no ya a la condena moral que castigaba la usura sino, sobre todo, al impuesto sobre los beneficios. Por ello, en 1457, la comuna de Siena decidía que «los mencionados judíos estaban obligados a dar a conocer los nombres de todos los ciudadanos y habitantes de la ciudad que tuviesen dinero colocado en su *presto*». En 1460, Francisco Sforza enviaba decir al papa que una tasa de 5 % sobre el capital de los judíos, prevista para financiar la Cruzada, sería una «carga insoportable», porque «muchos capitales cristianos están en poder de los judíos [...] una imposición a los judíos de una veinteava parte de su capital sacaría a la luz una grande e infinita cantidad de hombres de mala voluntad y conviene tener presente que es necesario no provocar demasiados descontentos [...]». Lo mismo sucedía en todas las ciudades. De hecho, los prestamistas israelitas eran, en ocasiones, meros intermediarios cuando no simples testaferros. En Mantua, hacia 1480, el cronista Ugo Calefani afirmaba que los bancos de préstamo de los judíos pertenecían en realidad a los Trotti, grandes banqueros cristianos de la ciudad [203].

Sin duda alguna, lo mismo podríamos decir de los lombardos, aunque no contamos con ningún estudio concreto que permita conocer el origen de sus capitales. Sin embargo, una carta escrita en Brujas (1457) por Angelo Tani y Tommaso Portinari a Cosme de Médicis, residente en Florencia, hablaba claramente de los prestamistas lombardos instalados en la ciudad; decía que estos usureros habían recibido en depósito, para ser prestados, unos capitales confiados por la propia compañía de los Médicis y también por gentes de la ciudad [204].

Las propias autoridades, civiles o eclesiásticas, no siempre eran hostiles a los usureros, cambistas y prestamistas judíos o lombardos. Algunos llegaron a beneficiarse de la alta protección de los príncipes y de su favor. Renier Acorre, cambista toscano instalado en las ferias de Champagne, se fijó en Troyes y se convirtió en chambelán del conde de Champagne. El italiano Betin Coucinel, maestro de las monedas en Saint-Quentin (en 1278) y después en París, fue el jefe indiscutible de toda la política monetaria real. Otros dos financieros italianos, al principio cambistas y prestamistas, los hermanos Albizzo y Musciatto Guidi (Biche y Mouche), fueron los consejeros de Felipe el Hermoso hasta 1297; a continuación, el rey les encargó ciertas misiones diplomáticas en Alemania y Roma. Las cartas de los lombardos se referían con frecuencia a la protección ofrecida por tal obispo o por el prior de tal abadía.

Es verdad que los franciscanos manifestaron, sobre todo respecto a los judíos, una violenta hostilidad que se tradujo en una intensa y peligrosa predicación y, también, en la fundación de los Montes de Piedad, de los que a menudo fueron promotores con la finalidad de competir con las mesas de los usureros y prestar a los pobres por una tasa razonable [205]. Pero no parece que la Iglesia en sí misma se opusiese siempre a los prestamistas, sino muy al contrario, por lo menos, en lo que se refiere a los italianos. En París y en Ile-de-France, en los años 1302-1305, los sieneses y otros financieros italianos no exigían prendas mobiliarias para garantizar sus préstamos. Simplemente, hacían autentificar el préstamo solicitando una «carta obligatoria de seguridad», entregada ante las dos partes por los guardias de las ferias de Champagne o por los diversos prebostazgos de la región parisiense o por el Châtelet; en caso de incumplimiento de pago, estas cartas ponían obligatoriamente a los agentes *(sergents)* a disposición del acreedor. Con frecuencia, tales cartas eran entregadas por la Iglesia, primero por las *cours* de los deanes y después por el oficial; se llamaban entonces cartas *de nisi;* el deudor recalcitrante incurría en pena de prisión e incluso en una sentencia de excomunión sin apelación [206]. Cien años más tarde, en el siglo XV, todavía se usaban estas cartas. Vemos, por tanto, que lejos de condenar y proscribir al usurero, la Iglesia excomulgaba en este caso al mal deudor.

Y de esta forma, aunque el usurero extranjero permaneciese siempre arropado bajo un nombre que conservaba un tinte peyorativo —el *cahorsino* en el siglo XIII y el *lombardo* en nuestra época— nos aparece perfectamente tolerado e incluso integrado en la sociedad. Las persecuciones que se desencadenaron contra judíos y lom-

bardos, por ejemplo en París en época de Luis IX y Felipe el Hermoso, no hemos de considerarlas realmente como el resultado de una violenta y sistemática animosidad contra los prestamistas, realizada en nombre de una estricta prohibición religiosa; en absoluto. Más bien serían el síntoma de un antagonismo racial y religioso, despertado por ciertos predicadores, así como el signo de una viva hostilidad hacia los extranjeros. En los momentos difíciles sobre todo, tales expulsiones de financieros permitían al príncipe confiscar sus bienes y, mediante una suspensión total o parcial de las deudas, apaciguar el descontento popular. Pero estas medidas políticas no desanimaron a los dueños de mesas de préstamo o de *casane*.

C) Prestamistas cristianos en su país

La condición relativamente confortable y, a veces, envidiable del prestamista extranjero nos ayuda a comprender y a admitir un hecho económico y social que, hasta hace poco tiempo, parecía fácilmente ignorado por todos los autores: la existencia, en cada país y en cada ciudad, de usureros cristianos, ciudadanos de la urbe honorablemente considerados que ejercían, más o menos abiertamente, todo el comercio del dinero, prestando a los burgueses, a los oficiales de los gremios, a los nobles y a los campesinos.

El usurero y prestamista cristiano se encuentra por doquier. En Lille (1294), el conde Guy de Dampierre concedió a seis burgueses de la ciudad el monopolio, durante diez años, de las operaciones de banca y de cambio en la ciudad; estos individuos (designados a veces con el nombre de *cobradores*) prestaban regularmente a interés a toda clase de personas sin ninguna precaución y a un tipo módico (de 6 % a 12 %); estos nuevos banqueros pertenecían a familias de regidores y podían ser, además, corredores de lana o mercaderes de paños[207]. Mucho más tarde, fueron burgueses de Angers y de Le Mans quienes prestaron dinero a los nobles franceses hechos prisioneros por los ingleses tras la conquista de Normandía; estos individuos, mercaderes de la ciudad, exigieron como fianza joyas, adquiriendo de esta forma importantes fortunas[208]. Todos los mercaderes de Montbrison (Forez), en la década 1320-1330, eran también prestamistas de dinero: un tal Hugues Maniglier, antiguo mayordomo de la colegiata de Notre-Dame, que hizo fortuna en el comercio de la cera y, después, en el de paños, trigo, centeno y vino, dejó a su muerte gran número de reconocimientos de deudas; pero, sobre todo, un tal Mathieu Chambon, el carnicero más rico de la ciudad, que prestaba corrientemente a 14 denarios (es decir, a 7 %) y guardaba en su cofre 132 créditos diferentes por valor de 1500 libras; la tercera parte de estos créditos, firmados por pequeños tenderos y campesinos de los alrededores,

databa de más de diez años atrás; algunos iban acompañados de prendas heterogéneas; estos préstamos e intervenciones constantes en el mundo rural que, sin duda, se traducían en confiscaciones de bienes campesinos, explican así que este individuo, al igual que los judíos y lombardos, lograra reunir una importante fortuna en bienes raíces: prados, viñas, tierras y rentas [209].

El préstamo con interés parecía ser la actividad principal de estos financieros de las pequeñas ciudades llamados, en unos sitios, *banqueros* y, en otros, *cambistas* [210], los cuales tenían bancos o puestos de venta durante los días de mercado bajo las *halles* o en la plaza llegándose a contar a veces por decenas, según los textos.

De manera general, en todas las ciudades y, posiblemente también en los pueblos de Occidente, todos los *mercaderes* eran, al mismo tiempo, prestamistas. Si la fortuna les sonreía, abandonaban el comercio por las finanzas, o sea, por los préstamos.

La usura, esto es, el préstamo con interés, no fue exclusivamente practicado por «burgueses» plebeyos a quienes les importaría poco la reprobación social. Los nobles prestaban gustosamente, ya de forma directa a sus campesinos, ya por medio de intermediarios [211]. Y lo mismo las personas de la Iglesia. De 1429 a 1435, los abades de Saint-Florent de Saumur prestaron a varios caballeros prisioneros o arruinados más de 8000 escudos de oro, recibiendo a cambio joyas en calidad de prenda: cruces de oro, tapas de encuadernación y broches de libro, un collar de oro y una nave de plata dorada; uno de los mandatarios prometió constituirse personalmente en prisionero de la abadía si la deuda no era pagada. Los préstamos a corto plazo (uno o dos años) eran efectuados en forma de ventas ficticias de prendas; precaución a la que podían acudir estos eclesiásticos pero que, realmente, no podía disimular el beneficio del préstamo a la vista de todos [212]. Parece que, en Inglaterra, los eclesiásticos prestaban con frecuencia dinero con interés; como Walter Langton († 1321), obispo de Coventry y de Lichfield, y William Melton († 1340), arzobispo de York; y, sobre todo, tres clérigos de la cancillería real que, de 1335 a 1385, hicieron registrar más de 220 reconocimientos de deudas: eran préstamos de pequeñas sumas, casi siempre inferiores a 30 libras, concedidos a corto plazo probablemente para hacer frente a necesidades urgentes; en una palabra, préstamos de consumo; los prestatarios eran también hombres de iglesia o caballeros; sus acreedores podían, de esta forma, apoderarse de tierras y de *manors* [213].

En el propio mundo rural, los préstamos de dinero, mediante garantía de tierras e intereses, eran muy comunes. Se daban, sobre

todo, en forma de alquileres con opción a compra, llamados también ventas *con pacto de retro:* venta de una tierra con posibilidad de recuperarla al devolver la suma; durante este tiempo, la tierra era alquilada por el comprador al vendedor, antiguo propietario, por un alquiler anual que llegaba a 5 % o 10 % del precio de venta. Tales prácticas parece que eran bastante corrientes [214]. En el siglo XV, en aquellas regiones donde las actas notariales, por el gran número conservado, permiten tener una buena imagen de las relaciones económicas y sociales en las comunidades campesinas, los préstamos de este tipo parecen muy frecuentes, casi cotidianos. Los documentos de alquileres con opción a compra eran, con mucho, los más numerosos de todos los que se pasaban ante notario; en un solo terreno se cifraban cada año en decenas e incluso en centenares [215]. La división de las propiedades en gran número de pequeñas parcelas permitía un empleo muy flexible de esta fórmula. Los compradores, prestamistas, eran en ocasiones mercaderes de la ciudad o del pueblo pero también, con más frecuencia, campesinos más afortunados que sus vecinos. Así pues, los campesinos se prestaban con naturalidad dinero unos a otros.

Conclusiones

Hemos visto que el cristiano, residente en el mismo lugar, burgués y mercader, noble, hombre de Iglesia o campesino, se dedicaba a practicar la usura sin incurrir por ello, al parecer, en ninguna condena moral y sin ser perseguido. Esta observación, aunque evidente, deja todavía muchos puntos en la sombra. Particularmente, sería necesario poder definir:

— si cierta forma de préstamo parecía ser menos lícita que cualquier otra en función de una clientela muy pobre, una acumulación de prendas mobiliarias (tales como herramientas o vestidos) o unos intereses muy elevados y mal precisados (ya que ciertos usureros prestaban corrientemente a 40 %, y exigían mayores penalidades para los retrasos);

— si la prohibición, siempre recordada por la Iglesia, no se manifestaba de una manera más o menos severa según los medios económicos y sociales, y también según las épocas, las necesidades y la coyuntura general. Esta prohibición era el origen de ciertas formas disimuladas de préstamo, algunas de ellas muy complejas.

En todo caso, el tipo de interés, a menudo muy bajo, tanto por la práctica de la resaca para los préstamos de negocios como por la de los alquileres con opción a compra para los préstamos a los campesinos, atestigua muy bien la intensísima difusión de los préstamos de dinero en todos los medios sociales.

En el campo, el tipo anual no rebasaba, al parecer, 10 %, quedando así muy por debajo del que se aplicaba en las inversiones del comercio y de la industria en los años difíciles. Por ello, las técnicas financieras, ventas a plazos, compras a crédito y préstamos de dinero penetraron muy ampliamente en el mundo rural. Esto ocurrió en el siglo XIV, pero mucho antes por lo que respecta, al menos, a los préstamos. En este ámbito, el crédito era omnipresente.

D) Capitales burgueses en el campo

Los hombres de negocios de las ciudades no buscaban sólo en el campo unos mercados provechosos o una mano de obra disponible, sino también múltiples posibilidades de invertir sus capitales. El simple préstamo de dinero a los campesinos, forma muy común de inversión, solía traducirse, a más o menos largo plazo, en el acaparamiento de tierras por parte del mercader. Además, el ciudadano compraba directamente bienes raíces. Esta propiedad rural, muy compleja y formada lentamente, representaba una porción importante de su fortuna y le exigía parte de su tiempo y de su dinero.

a) *El capital burgués y la tierra*

La adquisición de tierras cultivadas, explotadas para hacer fructificar unos capitales difería profundamente de la compra de un señorío. Por supuesto, ambas operaciones no eran incompatibles, pero sus objetivos no eran idénticos. En un caso, se trataba de hacerse dueño de un amplio dominio perteneciente a un solo poseedor, de un *manor* y de una reserva, de tenencias, de construcciones para la explotación y de derechos sobre los hombres; era adquirir un nuevo poder y hacer patente cierta ascensión social. Por el contrario, la compra de simples tierras sólo era una forma de invertir dinero, sin intención de residencia ni de dominio social.

Los mercaderes italianos efectuaban ambas operaciones. Sus «Libros de razón social», que con tanto cuidado establecían los inventarios de sus fortunas rurales y especificaban todos los contratos relativos a las tierras y, por otra parte, los

catastros establecidos por las comunas lo expresan muy claramente. Estos grandes burgueses tenían uno o varios dominios, *poderi*, con una casa para el dueño coronada con una torre, *curtis* señorial, palomar, pozo y pórtico, más una vivienda para el arrendatario o aparcero y tierras; eran sus villas campestres, tan características del país toscano, que conferían cierta especie de nobleza; de aquí el interés por adquirir, por lo menos, uno de esos *poderi* en la aldea natal (real o supuesta) de la familia, con la finalidad de acreditar mejor una ascendencia señorial y «noble», que sólo la tierra parecía conferir. Pero estos mercaderes tenían también, en elevado número, una serie de parcelas de tierra aisladas, viñas, olivares y huertos de higueras, con frecuencia de pequeñas dimensiones y dispersos por numerosas localidades. En Pisa, el ciudadano más importante según el catastro de 1428, Giovanni Maggiolini, poseía una fortuna rural considerable: 19 casas con parcelas de tierra en la propia ciudad, otras seis casas en los arrabales así como tierras labradas y viñas, situadas al pie de las murallas; además, este mercader de lana y de seda poseía también 134 parcelas cultivables dispersas por 20 localidades diferentes (de ellas, 51 en una aldea y 10 en otra, en torno a un dominio): campos sembrados de trigo, viñas, olivares y bosque así como tierras incultas[216]; he aquí un ejemplo muy claro de inversiones dispersas, simples colocaciones de capitales, sin que ello comportase, por supuesto, ninguna dirección efectiva de los trabajos. Estas tierras eran confiadas a campesinos en calidad de aparceros o como trabajadores a destajo. De igual manera, la repartición de los bienes rurales de una institución eclesiástica de Verona, el Hospital SS. Giacomo e Lazzaro, nos ofrece también el ejemplo de una auténtica pulverización de las parcelas: un total de 300 ha aproximadamente aparecían fragmentadas en 576 parcelas (esto es, una media de apenas media hectárea cada una), repartidas por 60 localidades diferentes, que iban desde la zona de colinas que domina el lago de Garda hasta la zona de llanuras llamadas las *Basse*[217].

Estas inversiones en el campo crecieron sin cesar. Fueron obra también de numerosos ciudadanos de condiciones sociales muy variadas y de diferentes niveles de fortuna. Por supuesto, los grandes mercaderes invirtieron sumas considerables; como el pisano Giovanni Maggiolini; como Francesco Datini de Prato que hizo, de manera muy exacta, una lista detallada de todos sus bienes y de todos sus derechos[218]; o como, por fin, la familia de los Chorsini, dueños de ricas posesiones en numerosas aldeas de Toscana[219]. En ocasiones, tales inversiones subrayaban las etapas de una auténtica conquista política y económica de regiones enteras. Los hombres de negocios florentinos se habían apoderado de una parte muy importante del *contado* pisano, poco después de la conquista de la ciudad; los Capponi, Rucellai, Ridolfi y los Pucci poseían allí grandes dominios y tierras de todo tipo; un inventario realizado en 1492 calculaba los bienes rurales de los Médicis en la comarca de Pisa en 40 000 florines: un palacio y varias tiendas en la ciudad, un palacio de verano en los Monti Pisani (en Agnano), varias pequeñas explotaciones en

la zona de las colinas, 7850 *staiore* (alrededor de 940 ha) de tierras en la Val di Serchio, 27 000 *staiore* (alrededor de 3240 ha), de ellas, 16 000 (1900 ha) de tierras arables cerca de Vicarello, cuatro grandes haciendas para la ganadería en la marisma y, por fin, 3000 *staiore* (360 ha) de pastos y una fábrica de quesos en Vico Pisano [220].

A estas inversiones masivas respondían aquellas otras, a veces muy modestas, de gentes humildes, de ciudadanos preocupados por colocar algún peculio. Y es que la compra de tierras no era un asunto exclusivo de los hombres de negocios ni de los poderosos. Todo lo contrario: en Lyon (1388), de 938 familias tasadas según sus bienes raíces, 403 poseían tierras, viñas o prados en el campo [221]. El estudio de las «nommées rurales» de 1493 revela la atracción, casi podríamos decir la fascinación, que ejercía la tierra sobre los habitantes de Lyon, ya fuesen modestos o ricos; entre los propietarios censados y tasados según sus bienes rurales figuraban, al lado de los grandes mercaderes y de los hombres de leyes, numerosos artesanos y pequeños negociantes que compraban campos y viñas en un radio de una veintena de kilómetros en torno a la ciudad [222].

Ciertos autores, preocupados en perfilar muy bien la gravedad de la «crisis» económica del final de la Edad Media y en analizar todos sus aspectos y consecuencias, escribían —y escriben aún— que estas inversiones en el campo traducían, por parte de los hombres de negocios, un debilitamiento del espíritu de empresa, un negarse al riesgo y la búsqueda de un valor de refugio, pero poco productor de beneficios. Tal teoría debe ser abandonada. Las inversiones de dinero en tierra no significaban en absoluto una congelación de capitales. Con frecuencia la tierra producía tanto o más que ciertas operaciones comerciales o financieras: en Toscana, un mínimo de 4 a 6 % de beneficio y, a veces, hasta 30 % en los mejores casos [223].

El mercader se interesaba bastante por las tierras que poseía, ejercía sobre los hombres que las cultivaban una constante vigilancia y perseguía el crecimiento de rendimientos y beneficios. Intentaba aplicar en esta explotación rural los mismos principios e idénticos métodos que empleaba en la gestión de sus comercios y tráficos: contratos precisos, en buena y debida forma, obligaciones cuidadosamente definidas, contabilidad escrupulosa y estimación de costes y beneficios. En este sentido, la intervención del capital burgués en el campo provocaba con mucha frecuencia la organización de nuevos tipos de explotación y la definición de otras relaciones sociales, muy diferentes, entre propietarios y trabajadores de la tierra. Ello era

particularmente notable en Italia, donde los libros de cuentas y los contratos notariales atestiguan la existencia de una gestión muy intensa que no dejaba nada al azar; estos contratos precisaban exactamente la naturaleza y las dimensiones de cada dominio y de cada parcela; determinaban las aportaciones y obligaciones de cada uno; además, tales acuerdos solían describir a menudo las faenas agrícolas debidas por el explotador, fijando su número y su temporada. De esta forma, el campesino que tenía la tierra de un burgués se encontraba ligado por una serie de coerciones muy rigurosas; en todo caso, perfectamente claras.

Además, numerosísimos contratos preveían una «mejora» del suelo o de los cultivos: obligación de estercolar las tierras, de drenarlas, de reconstruir las edificaciones que amenazaban ruina y de plantar cierto número de cepas de viña o de pies de olivos. La propiedad burguesa sostenía por doquier la obra de bonificación: así sucedía, por ejemplo, en Lombardía para desecar las zonas pantanosas. Pero esta bonificación implicaba forzosamente unas inversiones más considerables y, por ello mismo, un dominio todavía más severo sobre las tierras.

Aunque la asociación capital-trabajo adoptase entonces unas formas muy diversas, parece, sin embargo, que la difusión del capital ciudadano en el mundo rural correspondía casi siempre al establecimiento de numerosos contratos de aparcería. El mercader, más que el señor rural, confiaba sus bienes, ya fuesen pequeños dominios, muy grandes granjas o, a veces, simples trozos de tierra, a los aparceros. Él mismo aportaba los fondos, la casa, las edificaciones, las herramientas y animales de labor y, en ocasiones, las plantas o las simientes. A cambio, recibía una parte de lo obtenido —de ordinario, la mitad— que el aparcero debía llevarle a su casa, sita en la ciudad. La aparcería, muy difundida en Italia, particularmente en Toscana [224], se acompañaba con frecuencia de préstamos de dinero; de tal manera que el campesino debía, además de una parte de las cosechas, las *prestanze* o devoluciones por vencimientos anuales de su deuda. En 1448, los Médicis habían concedido a sus 121 campesinos del valle del Mugello una serie de adelantos que debían devolver, en ganado y en dinero, y que alcanzaban la suma de 4763 florines [225].

b) *Los mercaderes y la ganadería*

También en este ámbito la intervención del capital burgués se verifica en todas las regiones y en todos los niveles de fortuna. En el

Mediodía, el gran mercader, a menudo pañero, se hacía empresario ganadero, bien directamente o a través de una serie de personas intermediarias, comprando todo o parte de una compañía de trashumancia.

La región de Pisa, llanura y montes de los alrededores, nos ofrece el ejemplo sorprendente de una zona rural profundamente turbada por esta especialización de las actividades campesinas y la acción decisiva de los mercaderes. La burguesía de la ciudad y, de una manera más indirecta, también la de Florencia, habían provocado, hacia 1260, una clara deserción de los campesinos del cultivo del cereal, al comprar regularmente el grano siciliano y ofrecerlo muy caro por la lana de las ovejas de la región. De aquí las importantes trashumancias entre la llanura de Pisa (pastos de invierno) y las regiones montañosas de la Garfagnana, Valdarno, Val di Serchio y Piamonte. Los rebaños de mil y dos mil ovejas venían, durante el invierno, a las tierras bajas del litoral. En 1270 la comuna de Pisa añadió a sus estatutos una serie de capítulos relativos a la actividad pastoril: *De guardianis*, *De damnis et guastis*. En 1284, un contrato de asociación firmado entre una casa noble de Pisa (los Masca) y un hombre de negocios de Lucca organizó una «Compañía de ovejas» para regular la trashumancia de los rebaños durante cinco años entre la Garfagnana y las llanuras del Arno.

En efecto, esta actividad estuvo al principio dominada por las grandes casas nobles de Pisa y Lucca; pero, pronto, sus derechos de pasto fueron alquilados a unos intermediarios, *guardiani*, *cafadari*, sagaces financieros, que realizaron rápidamente importantes fortunas, adquirieron tierras, *manors* y feudos, y dispusieron a su vez del «arriendo» de los pastos, que dividieron a la manera de las compañías capitalistas del gran comercio en partes muy numerosas (de 16 a 48) cedidas al mejor postor. Pero, sobre todo, expulsaron a los campesinos de sus tierras, sin que las precauciones tomadas frente a estos *guardiani* —en el Valdarno, por ejemplo, existía la obligación de dar cuenta de sus desplazamientos a los sindicatos de la comuna— bastasen para detener el éxodo de los cultivadores. Desde el principio del siglo XIV, habían desaparecido 8 de las 19 iglesias de la Pieve de San Lorenzo alle Corte en el Valdarno; y 13 de 21 en la Pieve de San Casciano [226].

Mucho más tarde, alrededor de los años 1470, los grandes mercaderes de Florencia habían alquilado en las cercanías de Pisa inmensos pastos; ello originó la viva reacción de los pisanos para protegerse de una total degradación de las tierras y de la invasión de las marismas: prohibición de conducir los animales a menos de 4 millas de la ciudad, de convertir la tierra arable en pastos sin expresa autorización y de criar búfalos. En 1475, se creó la *Opera della Riparatione del Contado di Pisa*, conocida después con el nombre del *Ufficio dei Fiumi et Fossi* [227], que consagraba los esfuerzos de una comuna, unida a una economía tradicional y, en suma, luchando por su propia supervivencia, para resistir a las empresas de las grandes compañías florentinas. En definitiva, se trataba del enfrentamiento entre dos tipos de economías y entre dos tipos de inversiones.

Pero lo más corriente fue que las intervenciones de los mercaderes fuesen bastante más discretas y no atentasen contra el paisaje o las esructuras.

Los burgueses de las ciudades invertían capitales en rebaños de bueyes o de ovejas confiados a campesinos o incluso a ciertas abadías propietarias de amplios terrenos de pastos. Estas asociaciones recuerdan, con diversas modalidades, aquella otra establecida por la aparcería para la explotación de las tierras cultivables. Los contratos, llamados de *socida* en Italia, de *gazaille* en el Mediodía francés [228], de *noureçon* en el Norte y, en Francia de una manera general, de *cheptel* [229], concluidos por un período de dos a cinco años, preveían un reparto idéntico de los productos: lanas, leche o crías.

Estos contratos o arrendamientos de ganado *(baux de cheptel)* se habían desarrollado extraordinariamente a partir del siglo XIII en los Países Bajos, sobre todo en el sur de Flandes. En 1312, un burgués de Saint-Omer cedía de esta forma, por tres años, 1400 ovejas a la abadía de Clairmarais. De los 49 arrendamientos de ganado estudiados por L. Verriest referentes a la ciudad de Tournai para el período 1297-1334, 42 concernían a rebaños de ovejas, que oscilaban entre las 40 y las 300 cabezas; los arrendadores de los animales pertenecían a todas las condiciones sociales [230].

En Italia, el desarrollo de la industria de los paños de lana y del capitalismo urbano provocó, al parecer algo más tarde, una muy amplia difusión de estas asociaciones entre burgueses y ganaderos del campo. Un modesto mercader de Sansepolcro, pequeño pueblo de Toscana, firmaba él solo 24 contratos de *socida* en los años 1385-1396. En 1442, los estatutos de la ciudad de Massa, en Lunigiana (al sur de La Spezia), precisaban claramente que existía la costumbre *di allocare bestiame*, indicando la parte que el burgués podía exigir del *mezzadro*, según los animales y las circunstancias. Como último ejemplo, recordemos a los carniceros de Toulouse que, para asegurarse un avituallamiento a mejor cuenta, poseían, naturalmente, una serie de prados, pero confiaban también en *gazaille* un número cada vez más importante de animales a los pequeños explotadores de los alrededores.

De esta forma, las inversiones «capitalistas» de los ciudadanos se implantaron profundamente en el campo y en todos los sectores de la actividad rural. La extendida práctica del crédito, en todas sus formas, y la colocación de capitales de importancia variable a niveles muy diferentes de la escala social contradicen formalmente la imagen esquemática y artificial de una oposición entre el mundo campesino «feudal» y el mundo mercantil «capitalista», como también la idea del paso de una sociedad a la otra en una determinada época. El capital penetraba constantemente en esta sociedad llamada «feudal» la cual, por supuesto, sólo es una construcción abusiva de determinados historiadores, un simple apriorismo.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. J. Paz y G. Espejo, *Las antiguas* [312]; G. Menéndez Pidal, *Los caminos* [305].
2. V. Rau, *Subsidios para a estudio das feiras medievais portuguesas*, Lisboa, 1943.
3. E. Elliott-Binns, *Medieval* [183], pág. 204.
4. G. Mira, *Le fiere lombarde nei secoli XIV-XVI*, Como, 1955.
5. A. H. Amman, Die deutschen und schweizerischen Messen des Mittelalters (*Recueil de la Société Jean-Bodin*, t. V: *La foire*, Bruselas, 1953).
6. M. Cauvin, *Montmartin-sur-Mer et sa foire médiévale*, Châtenay- Malabry, 1960.
7. Cf. la lámina del *Atlas historique de Provence* realizada por E. Baratier.
8. J. Combes, Les foires en Languedoc au Moyen Age (*A.E.S.C.*, 1958, páginas 231-259) y Foires régionales au Moyen Age (*Bull. trimestriel de Centre régional de la Productivité et des Activités économiques de Montpellier*, 1954, págs. 190-230).
9. J. Guérin, *La vie rurale* [199], pág. 99.
10. E. Fournial, *Les villes* [441], págs. 169 y ss.
11. P. L. Malausséna, *La vie en Provence orientale aux XIVe et XVe siècles. Un exemple: Grasse à travers les actes notariés*, Grasse, 1970.
12. A. Leguai, *Le Bourbonnais pendant la guerre de Cent ans*, Moulins, 1969, página 143.
13. Como, por ejemplo, en Metz: J. Schneider, *Le livre de comptes* [76].
14. J. Guérin, *La vie rurale* [199], pág. 94.
15. L. Lempereur, Les chevaliers merciers et les foires en Rouergue (*Mémoire de la Société des Lettres, Sciences et Arts de l'Aveyron*, 1928, t. 23, páginas 497-574), pág. 526. Merceros de Aix, de Aviñón, de Ginebra, de la Maurienne, de Saint-Claude e incluso de París frecuentaban regularmente las ferias de Marsella. Cf. E. Baratier y F. Reynaud, *Histoire* [273], páginas 834 y ss.
16. Estatutos de los merceros de Turena, Anjou y Maine (agosto 1448), (*Recueil des ordonnances des rois de France*, t. XIV, pág. 36).
17. Cf. *infra*, pág. 295.
18. Cf. *infra*, págs. 165-167.
19. A. Higounet-Nadal, Une famille de marchands de Périgueux au XIVe siècle: les Giraudoux (*A.E.S.C.*, 1965, págs. 110-133).
20. M. Le Mené, *La comptabilité* [300].

21. P. Meyer y G. Guigue, Fragments du grand livre d'un drapier de Lyon (1320-1323) (*Romania*, 1906, t. XXXV, págs. 428-444).
22. Cf. Portal, Le livre-journal de Jean Saval, marchand drapier à Carcassonne (1340-1341) (*Bulletin historique du Comité des Travaux historiques*, 1901, páginas 423 y ss.).
23. E. Baratier, Le notaire Jean Barral, marchand de Riez au début du xve siècle (*Provence historique*, 1957, págs. 254-274).
24. P. L. Malausséna, *La vie en Provence orientale aux XIVe et XVe siècles. Un exemple: Grasse à travers les actes notariés*, Niza, 1967, 2 vols., pág. 171, y R. Aubenas, Commerce des draps et vie économique à Grasse en 1308-1309 (*Provence historique*, 1959, págs. 201-212).
25. P. Meyer, Le livre-journal de maître Ugo Terrailh notaire et drapier à Forcalquier (1330-1332) (*Notices et extraits des manuscrits de la B. N. Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, París, 1919, t. XXXV [1]).
26. Véase, por ejemplo, E. Forestié, *Les livres de comptes des frères Bonis, marchands montalbanais du XIVe siècle*, París y Auch, 1893, 2 vols.
27. M. Balard, *Caffa, colonie génoise à la fin du XIIIe siècle*, París (en prensa).
28. O. Iliescu, Notes sur l'apport roumain au ravitaillement de Byzance d'après une source inédite du xive siècle (*Nouvelles Études d'Histoire*, Bucarest, 1965). S. Goldenberg, Notizie del commercio italiano in Transilvania nel secolo xvi (*A.S.I.*, 1963).
29. M. Malowist, *Pologne, Russie* [303].
30. R. S. Lopez, Nuovi luci sugli Italiani in Estremo Oriente prima di Colombo, en *Studi Colombiani*, III, Génova, 1951.
31. L. Petech, Les marchands italiens dans l'Empire mongol (*Journal Asiatique*, 1962).
32. J. Heers, Il commercio nel Mediterraneo alla fine del Trecento e negli primi anni del Quattrocento (*A.S.I.*, 1955).
33. M.-L. Heers, Les Génois et le commerce de l'alun à la fin du Moyen Age, en *Revue Historique économique et sociale*, 1954.
34. D. Kovacenic, Dans la Serbie et la Bosnie médiévales (*A.E.S.C.*, 1950).
35. Y lo mismo, en cierta medida, para lo referente a las galeras florentinas: M. E. Mallett, *The Florentine Galleys* [395].
36. D. Herlihy, *Pisa* [450], págs. 119-120.
37. Cl. Carrère, *Le droit* [278], y, sobre todo, *Barcelone* [428]; M. del Treppo, *Assicurazioni* [380].
38. A. Silvestri, *Il commercio a Salerno nella seconda metà del Quattrocento*, Salerno, 1952.
39. A. Sapori, *La fiera di Salerno del 1478*, Nápoles, 1955.
40. L. Piles Ros, *El comercio* [316]; M. del Treppo, *I mercanti catalani e l'espansione della Corona d'Aragon nel secolo XV*, Nápoles, 1971.
41. G. Lavergne, La pêche du corail à Marseille aux xive et xve siècles (*Annales du Midi*, 1952).
42. G. Zippel, L'allume di Tolfa ed il suo commercio, en *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, 1907; J. Heers, *Gênes* [449], págs. 467-471; J. Delumeau, *L'alun de Rome (XVe-XIXe siècle)*, París, 1963.

43. Mapas de A. TENENTI-C. VIVANTI, Le film d'un grand système de navigation: les galères vénitiennes (XIVᵉ-XVIᵉ siècles) (*A.E.S.C.*, 1961).
44. MARIO SANUDO, *Vite dei duchi di Venezia.*
45. P. EARLE, The Commercial Development of Ancona (1479-1551) (*E.H.R.*, 1969, págs. 28-44).
46. Abundante bibliografía en P. JOHANSEN, *Umrisse* [295], quien recoge todos los trabajos anteriores (1955). Véase sobre todo la obra de PH. DOLLINGER, *La Hanse* [96].
47. F. BRUNS, H. WECZERKA, *Hansische Handelsstrassen-Atlas* [90].
48. F. RENKEN, *Der Handel* [323]; B. GEREMEK, *Le commerce* [292]; M. P. LESKINOV, Lübeck als Handelsplatz für östeuropaischen Waren im 15. Jahrhundert (*H.G.*, 1960, 78); W. BÖHNKE, Der Binnenhandel des Deutschen Ordens in Preussen (*H.G.*, 1962), 80); R. H. FISHER, *The russian fur trade*, Berkeley, 1942; E. W. VEALE, *The English* [343].
49. E. CHRISTENSEN, *Scandinavia and the advance* [285].
50. D. SCHÄFER, *Das Buch* [26]; A. CHRISTENSEN, *Les foires de Scanie* [286].
51. A. BRAUN, *Der Lübecker* [275]; A. R. BRIDBURY, *England and the Salt Trade in the late M. A.*, Oxford, 1955; E. WAGNER, *Die Holzversorgung der Lüneburger Saline*, Kiel-Düsseldorf, 1930. Cf. también CH. HIGOUNET, Lünebourg, capitale du sel au Moyen Age (*Information historique*, 1962, páginas 1-9), puesta a punto con bibliografía.
52. M. WETKI, *Studien* [244]; S. A. GADE, *The Hanseatic* [288].
53. R. DE ROOVER, *The Bruges* [385]; J. MARÉCHAL, Bruges centre du commerce de l'argent aux derniers siècles du Moyen Age (*Revue de la Banque*, 1950).
54. L. VON WINTERFELD, *Hildebrand* [342].
55. J. N. BARTLETT, The expansion and decline of York in the Middle-Ages (*E.H.R.*, 1959).
56. W. J. HAWARD, The Financial transactions... *(S.E.T.)*.
57. E. POWER, *Medieval* [320].
58. H. L. GRAY, English Foreign *(S.E.T.)*.
59. A. A. RUDDOCK, *Italian merchants* [328].
60. Sobre los mercaderes ingleses de Londres, véase S. L. THRUPP, *The Merchant class* [336].
61. E. M. CARUS WILSON, *The Overseas Trade* [279].
62. P. HEATH, North Sea Fishing in the Fifteenth Century: The Scarborough Fleet (*Northern History*, 1968, págs. 53-69).
63. M. M. POSTAN, *The Economic* [318].
64. Acerca de un comercio particular pero muy importante, véase M.-L. FANCHAMPS, Les ardoisières des Ardennes et le transport des ardoises sur la Meuse (XIIᵉ-XVIᵉ siècles) (*Le Moyen Age*, 1972, págs. 229-266).
65. Sobre todo ello véase: J.-F. NIERMEYER, *Bronnen* [65].
66. N. W. POSTHUMUS, *De Geschiedenis van de Leidsche Lakenindustrie*, La Haya, 1908.
67. H. J. SMIT, *Bronnen* [78].
68. F. KETNER, *Handel* [296]; N. W. POSTHUMUS, *De Oosterse handel te Amsterdam het oudst bewaarde Koopmanboek van een Amsterdamse venootschap betreffende de handel op de Oostzee, 1485-1490*, Leiden, 1953.

69. A. Abats, *Der hansische* [272]; V. Rau, *A exploraçâo* [322]; A. H. de Oliveira Marquès, *Hansa* [311].
70. B. Kuske, *Quellen zur Geschichte* [55]; W. Kuhn, Die Erschliessung des südlichen Kleinpolen im 13. und 14. Jahrhundert (*Zeitschrift für Ostforschung*, 1968, págs. 401-480).
71. M. R. Thielemans, *Bourgogne et Angleterre* [335].
72. J. A. Van Houtte, *La genèse* [341]; E. Coornaert, *Les Français* [283]; H. Van der Wee, *The growth* [494].
73. R. S. Lopez, Majorcan and Genoese on the North Sea Route in the XIIIth (*R.B.H.*, 1951).
74. H. Touchard, *Le commerce* [337].
75. J. Bernard, *Navires* [373].
76. M. Mollat, *Le commerce* [307], págs. 96 y ss.
77. J. Craeybeckx, *Un grand commerce* [284].
78. Y. Renouard, Le grand commerce des vins de Gascogne au Moyen Age (*R.H.*, 1959).
79. E. Trocmé y M. Delafosse, *Le commerce* [338].
80. Cf. *supra*, pág. 143.
81. R. Carande, *Sevilla* [426].
82. J. Heers, *Gênes* [449], pág. 69.
83. M. Nuñes Dias, *O capitalismo* [125].
84. H. Dubois, *Les foires de Chalon-sur-Saône* [287]. Estas ferias fueron instituidas en 1239 y en 1275, permaneciendo muy activas hasta 1430.
85. R. Gandilhon, *La politique de Louis XI* [289].
86. A. Schulte, *Geschichte des mittelalterlichen* [332].
87. M. Brésard, *Les foires* [276].
88. J.-F. Bergier, *Genève* [274].
89. E. Baratier y F. Reynaud, *Histoire du commerce* [273].
90. J. Combes, *Les foires* [281].
91. H. Caldéran-Giacchetti, L'exportation de la draperie languedocienne dans les pays méditerranéens d'après les Archives Datini (1380-1410) (*Annales du Midi*, 1962).
92. H. Dubois, *Les foires de Chalon* [287].
93. Ph. Wolff, *Commerce et marchands* [502].
94. E. Fournial, *Les villes* [441], págs. 134-208, mapa IV.
95. H. Dubois, L'activité de la saunerie de Salins au milieu du xve siècle (*Moyen Age*, 1964, págs. 419-471).
96. A. Schulte, *Geschichte* [333].
97. M. Mollat, *Les affaires* [308].
98. J. U. Nef, *Silver* [361].
99. F. Vieland, *Das Konstanzer* [370].
100. Y también la industria de los paños: H. Ammann, *Deutschland* [345].
101. F. Röric, Das Einkaufsbüchlein der Nürnberg-Lübecker Mulichs auf der Frankfurter Fastenmesse des Jahres 1495 (*Wirtschaftskräfte im Mittelalter*, 1959); G. Nordmann, *Oberdeutschland* [309].
102. F. Graus, Die Handelsbeziehungen Böhmens zu Deutschland (*Historica*

1960); J. Janacek, Der böhmische Aussenhandel in der Hälfte des 15. Jhtes (*Historica*, 1962).

103. H. Ammann, Wirtschaftsbeziehungen zwischen Oberdeutschland und Polen im Mittelalter (*V.S.W.*, 1961).

104. R. Delort, Un aspect du commerce vénitien au XVe siècle: Andrea Barbarigo et le commerce des fourrures (1430-1440) (*Le Moyen Age*, 1965, páginas 60-63); Ph. Braunstein, Wirtschaftliche Beziehungen zwischen Nürnberg und Italien im Spätmittelalter (*Beiträge zur Wirtschaftsgeschichte Nürnbergs*, I, Nuremberg, 1967).

105. Sobre el papel de los alemanes en el auge de la industria minera en Italia, cf. del mismo autor: *Les entreprises* [348] y *Le commerce* [349].

106. J. Strieder, *Zur Genesis des modernen Kapitalismus*, Munich, 1935; H. Kellenbenz, Jakob Rehlinger, ein Ausburger Kaufmann in Venedig (*Festschrift für Hektor Ammann*, Wiesbaden, 1965, págs. 362-379).

107. A. Schulte, *Geschichte der grossen* [333].

108. J. T. Tyler, *The Alpine Passes* [339 *a*]; M. Popelka, *Die Alpenstrassen* [317]; J.-F. Bergier, *Genève* [274], págs. 190-195.

109. C. M. Cipolla, In tema di trasporti medievali, en *Bollettino storico pavese*, 1944; Encracia A. de la Torre, *Viajes* [416]; F. M. Stenton, Road System of Medieval England (*E.H.R.*, 1936).

110. Trabajos de los Coloquios [417] y números anuales de la *Rev. Histoire économique et sociale* consagrados a la historia marítima.

111. P. Heinsius, *Das Schiff* [391]; Ph. Dollinger, *La Hanse* [96], págs. 177 y 178.

112. M. E. Mallett, *The Florentine Galleys* [395].

113. F. C. Lane, *Venetian* [392]; J. Sottas, *Les messageries* [414]; G. Luzzatto, *Per la storia* [393]; F. Melis, *W. Sombart* [400]; J. Heers, *Gênes* [449], págs. 271-278. En Barcelona, el tonelaje de las naves era más débil: H. Winter, *Die Katalanische Nao von 1430 nach dem Modell im Maritiem Museum Prinz Hendrik in Rotterdam*, Wagdeburgo, 1956; y sobre todo, Cl. Carrère, *Barcelone* [428].

114. D. K. Bjork, Piracy in the Baltic (*Speculum*, 1943); N. Coll Julià, Aspectos del corso catalán y del comercio internacional en el siglo XV (*Estudios de Historia Moderna*, 1954).

115 J. Heers, *Gênes au XVe siècle* [449], págs. 315-319, y, sobre todo, F. Melis, *Werner Sombart* [400], cuadros.

116. E. Fasano-Guarini, Au XVIe siècle: comment naviguaient les galères (*A.E.S.C.*, 1961); mapa y gráficos del ritmo de la navegación.

117. M. E. Mallett, *Diario di Luca degli Albizzi*, aparecerá en 1965.

118. Cf. los gráficos del ritmo de la navegación en J. Heers, *Liaisons et concurrences* [390], figs. III y IV.

119. J. Heers, *Gênes* [449], págs. 282-283.

120. Y. Renouard, *Les relations* [324].

121. F. Melis, *Aspetti della vita* [304].

122. V. Tucci, Alle origini dello spirito capitalistico a Venezia: la previsione economica (*S.F.*, III).

123. F. Melis, *Storia della Ragioneria* [397].

124. R. DE ROOVER, The development of accounting prior to Luca Paioli according to the accounts books of Medieval Merchants, en *Studies in the History of Accounting*, Londres, 1956.
125. R. DE ROOVER, *The Rise* [383], y The Story of the Alberti Company, 1302-1348 (*The Business History Review*, 1958).
126. Y. RENOUARD, *Recherches* [325]; *Les relations* [324].
127. Un estudio muy completo y exacto de la estructura de las compañías dirigidas por Francesco Datini de Prato ha sido realizado por F. MELIS, *Aspetti della vita* [304].
128. PH. BRAUNSTEIN, Relations d'affaires entre Nurembourgeois et Vénitiens à la fin du XVe siècle (*Mélanges Archéologic et Hist. École Française de Rome*, 1964).
129. L. PETRY, *Die Popplau* [315].
130. A. SCHULTE, *Geschichte der grossen* [333]; véase otro ejemplo de Compañía alemana en H. AMMANN, *Die Diesbach* [270].
131. J. HEERS, *Gênes* [449], págs. 204-206.
132. A. FANFANI, *Le origini* [386]; A. SAPORI, *Economia* [409]; E. MASCHKE, Les mentalités du marchand européen au Moyen Age (*Revue d'Histoire économique et sociale*, 1964).
133. G. SICARD, *Aux origines* [411].
134. PH. WOLFF, *Commerces et marchands* [502].
135. F. MELIS, *La formazione* [360] y *Aspetti della vita* [304]; G. ESPINAS, *La draperie* [335]; G. DE POERCK, *La draperie* [362]; GUÉRIN, *L'industrie et le commerce des draps à Paris du XIIIe au XVIe siècle*, París, 1950; FL. EDLER DE ROOVER, Andrea Banchi, Florentine Silk Manufacturer and Marchant in the XVth Century (*Studies in Medieval and Renaissance History*, Nebraska, 1966, vol. 3, págs. 223-285).
136. Por ejemplo, H. PIRENNE, Les marchands-batteurs de Dinant aux XIVe et XVe siècles (*V.S.W.*, 1904, t. II).
137. J. HEERS, La mode et le marché des draps de laine: Gênes et la montagne à la fin du Moyen Age (*A.E.S.C.*, 1971, págs. 1093-1117).
138. Véase sobre todo: G. DE POERCK, *La draperie* [362].
139. Referente a las forjas del Apenino genovés véase, por ejemplo: J. HEERS, *Gênes* [442], págs. 319 y ss., mapa en apéndice.
140. G. ESPINAS, Jehan Boine Broke, bourgeois et drapier douaisien (*V.S.W.*, 1904, t. II).
141. Citado por H. PIRENNE, *Histoire économique* [128], pág. 161.
142. F. MÈLIS, *Aspetti* [304], págs. 557 y ss.
143. F. MÈLIS, *Aspetti* [304], págs. 511 y ss.
144. Sobre todo ello véase el preciso análisis de G. A. BRUCKER, *The Ciompi revolution* [425].
145. E. STALEY, *The Guilds of Florence* [489], págs. 42-61.
146. J. HEERS, *Fêtes, jeux* [534], págs. 12-14; B. GUENÉE y FR. LEHOUX, *Les entrées royales françaises de 1328 à 1515*, París, 1968, 366 págs., pág. 96.
147. G. UNWIN, *The Guilds and Companies of London*, Nueva York, 1964.
148. E. STALEY, *The Guilds of Florence* [489], págs. 149 y 213.
149. A. J. PENTY, *A Guildman's Interpretation of History*, Nueva York, s. a.;

L. S. SCHUMACHER, *The Philosophy of the Equitable Distribution of Wealth*, Washington, 1949; J. M. CLARK, *The social Control of Business*, Nueva York, 1939; G. CLUNE, *The medieval system*, Dublín, 1943.

150. W. SOMBART, *Der moderne Kapitalismus*, Munich, 1961, I, pág. 292.

151. Cf. *infra*, págs. 196 y ss.

152. The Concept of Just Price (*Journal of Economic History*, 1958, págs. 418 a 434); La doctrine scolastique en matière de monopole et son application à la politique économique des Communes italiennes (*S.F.*, I).

153. Cf., por ejemplo, B. GEREMEK, *Le salariat* [356], págs. 48 y ss.

154. La Biblioteca dell'Archivio Storico Italiano publica sus *Fonti sulle Corporazioni medievali*. Véase recientemente: los Legnaioli, 1301-1346, por F. MORANDINI (vol. 7, 1958, 192 págs.), los Correggiai, tavolacciai, scudai..., 1338-1386, por G. CAMERINI-MARI (vol. 8, 1960, 134 págs.). Entre las publicaciones más antiguas: *Statuti dell'Arte di Por Santa Maria*, por U. DORINI, Florencia, 1934, y *Statuti dell'Arte della lana di Firenze (1317-1319)*, por M. AGNOLETTI, Florencia, 1940. Para las restantes ciudades de Italia, véase la bibliografía de S. L. THRUPP, The Guilds (*C.E.H.* [91], t. I); G. BASINI, Appunti sulle arti nell'età di mezzo (*Nuova Rivista Storica*, 1964).

155. Sin embargo, en Alemania ciertas regiones o ciudades utilizaban unos sistemas muy diferentes. Así, por ejemplo, el marco de Lübeck (que valía 16 chelines y cada chelín 12 pfennigs), o los marcos de Prusia y de Riga (cf. PH. DOLLINGER, *La Hanse* [96], pág. 257).

156. PH. GRIERSON, *Coins and Medals*; lista de las monedas medievales en el apéndice, t. III de la *C.E.H.* [91]; A. BLANCHET y A. DIEUDONNÉ, *Manuel de numismatique* [374]; O. GIL FARRÉS, *Historia de la Moneda* [387]; H. ROLLAND, *Monnaies des comtes* [406].

157. Pie de la moneda $= \dfrac{\text{talla}^{*} \times \text{cotización en sueldos torneses}}{\text{ley en } 1/12 \times 5}$. Por ejemplo, el *blanc denier* era una buena moneda de plata acuñada en Francia en 1365; de un marco cuya aleación equivalía a una ley de 4/12 se extraían 96 monedas que valían 5 denarios torneses o, lo que era igual, 5/12 de sueldos torneses; en este caso, el pie de la moneda sería:

$$\frac{96 \times 5/12}{4/12 \times 5} = 24.$$

Se decía entonces que esta moneda estaba en el *pie* 24.°.

158. Cf. *infra*, pág. 180.

159. En Francia, siempre refiriéndonos al *blanc denier* de 1365, cada marco de aleación representaba así 96 monedas que valían cada una 5 denarios torneses; el marco de aleación valía en ese momento 480 denarios o, lo que es lo mismo, 40 sueldos o 2 libras tornesas. Como esta aleación tenía

* La *talla* era el número de monedas que se extraían de la unidad ponderal; a partir del siglo XII, la unidad ponderal universalmente utilizada era el *marco* (N. del T.).

una ley de 4/12 (o un tercio), el marco de plata pura valía 6 libras tornesas. En la misma época, se acuñaron 64 francos de oro de un marco de oro puro, equivalente cada franco a 1 libra tornesa; el marco de oro puro valía, por tanto, 64 francos y 64 libras tornesas, esto es, un poco más de diez veces el marco de plata.

160. L'échec de la réforme monétaire de 1407 en Flandre, vu par les marchands italiens de Bruges (*S.F.*, III).

161. PH. DOLLINGER, *La Hanse* [96], pág. 258.

162. F. MATEU Y LLOPIS, «De Mutatione Monetae» en el Reino de Valencia (*S.F.*, III), pág. 198.

163. Cf. *infra*, pág. 181.

164. Véase también: H. VAN WERVEKE, Monnaie de compte et monnaie réelle (*R.B.H.*, 1934); H. VAN DER WEE, *The growth* [494]; N. W. POSTHUMUS, *Inquiry into the history of prices in Holland*, Leiden, 1964.

165. «La mutación de la moneda se transformó entonces en algo más que una simple manera de llenar las arcas del Estado: era una palanca política...». R. CAZELLES, Quelques réflexions à propos des mutations de la monnaie royale française (1295-1360) (*Le Moyen Age*, 1966, págs. 83-105 y 251-278).

166. M. MOLLAT, *Le commerce maritime* [307], pág. 383; J. HEERS, *Gênes* [449], págs. 62-64; R. FAVREAU, Les changeurs du royaume de France sous le règne de Louis XI (*B.E.C.*, 1964, págs. 216-251); R.-H. BAUTIER, Marchands, voituriers et contrebandiers du Rouergue. Trafic clandestin d'argent du Dauphiné vers les foires de Genève (1424) (*B.P.H.*, 1963), 1966, páginas 669-688).

167. M. BLOCH, Esquisse d'une Histoire monétaire de l'Europe (*Cahier des Annales*, n.º 9), París, 1955, pág. 63.

168. A. GRUNZWEIG, Les incidences internationales des mutations monétaires de Philippe le Bel (*Le Moyen Age*, 1953).

169. A. GIRARD, Un phénomène économique: la guerre monétaire, XIVᵉ-XVᵉ siècles (*A.E.S.C.*, 1940).

170. R. GANDILHON, *La politique économique de Louis XI*, París, 1941, pág. 247.

171. R. DE ROOVER, *Money* [381]; Y. RENOUARD, Le commerce de l'argent d'après deux livres récents (*R.H.*, 1950). Véase también: F. MÈLIS, *Guida della Mostra Internazionale si Storia della Banca. Secoli XIII-XVI*, Siena, 1973.

172. Cf. *infra*, pág. 196.

173. F. MÈLIS, *Note di storia* [398]; R. DE ROOVER, *The Rise* [383]; FR. USHER, *The early History* [418]; P. NORSA, *I Norsa* [402].

174. R. CESSI, *Studi* [377].

175. H. SIEVEKING, *Studio* [413]; J. HEERS, *Gênes* [449], págs. 97-190.

176. G. LUZZATTO, Il debito pubblico nel sistema finanziario veneziano dei secolo XIII-XV (*Studi di Storia economica veneziana*, Venecia, 1955), e *Il debito pubblico della Repubblica di Venezia dagli ultimi decenni del XII secolo alla fine del XV*, Milán, 1963, con apéndice de F. C. LANE, *Sull'ammontare del «Monte Vecchio» di Venezia*, págs. 273-290.

177. S. CARRERES ZACARÉS, *La primitiva Taula de Canvis de Valencia*, Valencia, 1957.

178. Y. ROUSTIT, La dette publique à Barcelone au XVᵉ siècle (*Estudios de Historia Moderna*, Barcelona, 1954).
179. R. DE ROOVER, *L'évolution* [382] y *Le marché monétaire* [384], págs. 30-31. En la misma época se desarrolló la práctica del *cambio seco* (resaca sin que ni siquiera medie el envío de letras) y del *cambium ad Venetias*, sucesión de cambios secos entre las mismas partes.
180. J. HEERS, *Gênes* [449], págs. 87-88; G. MANDICH, *Le pacte* [396]; J.-F. BERGIER, *Genève* [274], págs. 269-274, 312-314.
181. R. DE ROOVER, *The Bruges* [385].
182. J. HEERS, *Gênes* [449], págs. 207-208.
183. S. DE ROOVER, *L'évolution de la lettre de change* [382], apéndice.
184. J. HEERS, *Gênes au XVᵉ siècle* [449], págs. 260-261.
185. Ciertos mercaderes milaneses tampoco disimulaban el interés en sus libros: T. ZERBI, *Studi e problemi di storia economica: credito ed interesse in Lombardia nei secoli XIV e XV*, Milán, 1955.
186. M. M. POSTAN, *Credit* [404]; *Private* [405]. *T.* ZERBI, *Studi e problemi di storia economica;* vol. I: *Credito ed interesse in Lombardia nei secoli XIV e XV*, Milán, 1955.
187. E. CASTELLI, *I banchi feneratizi ebraici nel mantovano, 1386-1808*, Mantua, 1959.
188. R. W. EMERY, *The Jews of Perpignan in the XIIIth Century*, Nueva York, 1959.
189. A. DE BOÜARD, *Actes et lettres de Charles Ier roi de Sicile concernant la France (1257-1284)*, París, 1926, 413 págs., documentos n.° 309, 643 y 873.
190. LOEBB, *Deux livres de commerce* [60].
191. J. STENGERS, *Les Juifs dans les Pays-Bas au Moyen Age*, Bruselas, 1950. Sobre todo esto, véase L. POLIAKOV, *Les Banchieri* [480], págs. 67-73.
192. Por ejemplo, en Hainaut, el conde Guillermo concedió (1323) a varios mercaderes lombardos establecidos en Valenciennes, el derecho a ejercer el comercio en esta ciudad durante quince años, excluyendo a los restantes extranjeros.
193. F. AHRENS, Analekten zur Geschichte des spätmittelalterlichen Geldhandels im Dauphiné (*V.S.W.*, 1928, págs. 293-318); P. VAILLANT, *Les libertés des communautés dauphinoises...*, París, 1955; V. CHOMEL, Communautés rurales et casane lombardes en Dauphiné. Contribution au problème de l'endettement des sociétés paysannes du sud-est de la France au bas Moyen Age (*Bull. de la Commission historique*, 1951-1952, pág. 248).
194. A.-M. PATRONE, Le Casane astigiane in Savoia (*Miscellana storica italiana*, Turín, 1959) y Le Casane astigiane nella Valle d'Aosta (*XXXI Congresso storico subalpino*, Turín).
195. Cf. las obras ya anticuadas de C. PITON, *Les Lombards en France et à Paris*, París, 1892-1893, 2 vols., y de L. GAUTHIER, *Les Lombards dans les deux Bourgognes*, París, 1907.
196. S. KOCH, Italienische Pfandleiher im nördlichen und östlichen Frankreich, Breslau, 1904.
197. Cf. *infra*, fig. 12, pág. 191; según G. BIGWOOD y A. GRUNZWEIG, *Les livres de comptes* [38].

198. Ch.-M. de la Roncière, *Lippo di Fede del Sega (ca. 1280-ca. 1363); Vie et affaires d'un changeur florentin*, Paris, 1974.
199. Documents pour servir à l'histoire des financiers lombards en Belgique (*Bull. Institut historique belge de Rome*, 1950-1951, págs. 43-67). Véase también: C. Tihou, Aperçus sur l'établissement des Lombards dans les Pays-Bas aux XIII° et XIV° siècles (*R.B.H.*, 1961, págs. 334-364).
200. Ph. Wolff, Le problème des Cahorsins (*Annales du Midi*, 1950, LXII, páginas 229-238) e Y. Renouard, Les Cahorsins, hommes d'affaires français du XIII° siècle (*Transactions of the Royal Historical Society*, 1961, páginas 43-67; reimp. en la colección, Y. Renouard, *Études d'histoire médiévale*, París, 1968, t. I, págs. 617-644).
201. Así, por ejemplo, en Portugal: M.-J. Pimenta Ferro, *Os Judens em Portugal no seculo XIV*, Lisboa, 1970, pág. 131, recoge un cuadro de las profesiones ejercidas por los judíos en las ciudades de Portugal.
202. E. Fournial, *Les villes* [441], pág. 251 y ss.
203. L. Poliakov, *Les Banchieri* [480], págs. 99-106.
204. A. Grunzweig, *Correspondance de la filiale de Bruges des Médicis*, Bruselas, 1931, carta del 19 de febrero de 1457.
205. N. Piccolomini y N. Mengozzi, *Il Monte dei Paschi di Siena e le aziende in esso riunite*, Siena, 1891-1925, 9 vols.; U. Nicolini, *Il Monte dei Poveri di Perugia. Periodo delle origini (1462-1474)*, Perugia, 1962.
206. A. Grunzweig, La garantie du crédit non commercial dans la région de Paris au temps de Philippe le Bel (*S.F.*, t. II, págs. 527-546).
207. G. Sivery, *Lille* [488], págs. 192 y ss., 241.
208. A. Bouton, *Le Maine* [424], págs. 104-107 y 112.
209. E. Fournial, *Les villes* [441], págs. 209 y ss.
210. R. Favreau, Les changeurs du royaume de France sous le règne de Louis XI (*B.E.C.*, 1964).
211. M.-T. Carou, *Les Chalon-Tonnerre* (cf. *supra*, nota 27 del capítulo primero de la segunda parte), pág. 297. Cf. *infra*, pág. 247.
212. A. Bouton, *Le Maine* [424], págs. 102-103.
213. R. B. Pugh, Some Medieval Moneylenders (*Speculum*, 1968, págs. 274-289).
214. G. Duby, *L'économie rurale* [181], t. II, págs. 494-496.
215. Fr. Robin, *Sestri Levante* (cf. *supra*, nota 63 del capítulo IV de la primera parte), págs. 289-291.
216. B. Casini, *Il catasto* [2], págs. 433-444.
217. M. Lecce, I beni terrieri di un antico istituto ospitaliero veronese, secoli XII-XVIII (*S.F.*, t. III, págs. 51-181).
218. Publicado por F. Mèlis, *Aspetti* [304], págs. 61-73; cf. para el estudio de este considerable patrimonio rural: I. Imberciadori, Propietà terriera di Francesco Datini e parziaria mezzadrile nel'400 (*Economia e Storia*, 1958, págs. 254-272) y C. Gori, *I poderi di Francesco Datini e il getto produttivo, negli anni 1408-1410* (Tesis doctoral, Florencia, 1971).
219. A. Petrucci, *Il Libro di Ricordanze* [68].
220. M. Mallett, Pisa and Florence in the XVth Century: Some Aspects of the First Florentine Domination (*Florentine Studies*, ed. N. A. Rubinstein, Londres, 1968), págs. 432 y ss.

221. M.-T. LORCIN, *Le vignoble* (cf. *supra*, nota 40 del capítulo IV de la primera parte), pág. 13.
222. M.-F. MARANINCHI y C. BOSC, *Les biens de campagne des Lyonnais d'après les «Nommées rurales» de 1493* (memoria inédita, Universidad de Lyon, 1970).
223. P. J. JONES, *Per la Storia* [221].
224. I. IMBERCIADORI, *Mezzadria classica toscana* [220].
225. P. J. JONES, *From Manor to Mezzadria* [222], págs. 224-225.
226. D. HERLIHY, *Pisa* [450], págs. 115-124.
227. M. MALLETT, *Pisa and Florence* (cf. *supra*, nota 220), págs. 428-429.
228. G. SICARD, *Le métayage* [248]; PH. WOLFF, *Commerces et marchands* [502], págs. 205-211.
229. Cf. la bibliografía dada por A. VERHULST, *La laine* [369], pág. 314, nota 3.
230. L. VERRIEST, Étude d'un contrat privé du droit médiéval: le bail à cheptel vif à Tournai (1297-1314) (*Revue du Nord*, 1946, págs. 267-297).

Capítulo III

El trabajo

1) ¿De la esclavitud al trabajo asalariado?

La herencia de la Antigüedad romana, por lo que a la esclavitud se refiere, o de la época carolingia, en lo que afecta a la servidumbre agraria, se mantenía aún en el siglo XV en diferentes regiones de Occidente en forma de supervivencias más o menos esporádicas. Sin embargo, dicha herencia se había alterado profundamente y, sobre todo desde el punto de vista económico, las condiciones sociales sólo recordaban de manera muy imperfecta a las antiguas formas de explotación de los hombres. El papel de la mano de obra propiamente servil, propiedad de un amo, tanto en la explotación de tierras o minas como en el artesanado o la industria, era cada vez menor, si no mínima.

A) Herencia y supervivencias: los esclavos en las ciudades

La esclavitud era entonces esencialmente urbana y mediterránea. El esclavo ya no trabajaba, agrupado en numerosas cuadrillas, en las faenas agrícolas. Quizás únicamente las grandes propiedades coloniales de los venecianos en Oriente o las plantaciones de caña de azúcar en Chipre empleaban todavía numerosos esclavos, importados de muy lejos y mantenidos en un estricto estado de servidumbre económica y jurídica; igual podríamos decir, ya en Occidente, de las salinas de Ibiza y quizá también del cultivo de la morera en las costas de Liguria; aunque los textos que poseemos, excesivamente vagos, no nos aportan ninguna certidumbre. En el siglo XV, encontramos esclavos en Cataluña, Valencia, Sevilla, Cádiz y, todavía más

numerosos, en Italia (Sicilia, Toscana y provincias del Norte) [1], no sólo en los puertos y grandes ciudades, sino también con mucha frecuencia en el interior, en los pequeñísimos pueblos de los valles toscanos o del Apenino. En Provenza (Marsella o Aviñón), los mercaderes compraban esclavos.

En este caso, hemos de oponer las ciudades mediterráneas a las restantes urbes de Occidente, y ello por razones indudablemente muy numerosas: relaciones marítimas con los puertos de trata en Oriente, nivel de vida más elevado y, por tanto, monedas disponibles en todos los medios sociales; pero, también, una estructura diferente de la familia, más coherente, que reunía bajo un mismo techo a un número superior de individuos y servidores; y quizá, también a ejemplo de los musulmanes.

Conocemos bien determinados aspectos de la esclavitud urbana, tales como la trata. A partir de la detención de la Reconquista hispánica, la guerra y la piratería en las costas del norte de África o de Asia Menor quedaron reducidas a pequeñas industrias comparadas con el comercio con Oriente. Desde la década 1310-1320 hasta la caída de Caffa en 1475, los mercaderes italianos compraban los esclavos en sus factorías del mar Negro: circasianos, rusos y tártaros apresados en el interior o directamente vendidos por sus padres, así como caucasianos y mingrelianos de las costas del Cáucaso. Más tarde y debido a las dificultades de los convoyes de *Romania* y al avance turco en los Balcanes, les llegó el turno a los búlgaros, servios y húngaros. Los musulmanes, exceptuando quizás en Mallorca y Valencia, eran bastante menos numerosos que antaño, aunque la reanudación de las expediciones contra el reino de Granada y, después, su Reconquista provocaron un nuevo auge de la trata de los musulmanes hechos prisioneros [2]. A finales del siglo (hacia 1460), los guanches de Canarias eran vendidos en las ciudades de Andalucía e incluso en Italia; y, por último, citemos a los negros de las costas de Guinea, aunque se vendían casi exclusivamente en el sur de Castilla y en Lisboa. Disponemos de documentos que permiten estudiar la evolución de este funesto tráfico así como las variaciones de los precios de venta en los diferentes mercados de Oriente (La Tana, Caffa, Pera, Quíos) o de Occidente.

La condición jurídica de los esclavos ha quedado también bien definida: derechos del amo, persecuciones, penas y manumisiones [3]. Pero no cabe duda de que el aspecto social de la cuestión merecería estudiarse más concretamente. Los hombres servían en los ejércitos del sultán de Egipto, quien enviaba regularmente unos comisarios al mar Negro o a Pera para establecer contacto con los mercaderes italianos. Las mujeres marchaban a Italia, después de ser vendidas a la edad de trece o catorce años; vivían entre la familia, generalmente alojadas en el último piso de la casa y en un número elevado

o, en ocasiones, elevadísimo. Es cierto que el esclavo no estaba reservado a las familias de la aristocracia, sino que servía también a los maestros artesanos, individuos de escasa fortuna.

La existencia de un número considerable de esclavos de origen extranjero marcaba intensamente la sociedad de las ciudades, planteando todo tipo de problemas. La libertad o la simplicidad de sus costumbres introdujeron, desde el punto de vista étnico, una serie de notables trastornos. De todas maneras, con las esclavas de Oriente, penetraron en la ciudad nuevas costumbres; hablaban su propia jerga, medio italiana y medio oriental, algunas de cuyas palabras han pasado al idioma; tenían su propio concepto de la religión y sus propias devociones [4]. Hostiles en ocasiones, aquellas «enemigas domésticas» provocaron conflictos que rebasaban el mero marco familiar.

Sin embargo, en todas las ciudades y salvo raras excepciones esta esclavitud era exclusivamente doméstica: servicio de la casa y de la familia. Los alquileres de esclavos a los artesanos, bastante frecuentes en Barcelona o Valencia en el siglo XIV, fueron disminuyendo posteriormente. La utilización de los esclavos para la industria parece que fue bastante excepcional. La asombrosa desproporción de las ventas en beneficio de las hembras, considerable en Italia y Provenza pero mucho más sensible en Barcelona, confirma estas conclusiones. De forma que la esclavitud, alimentada por una trata lejana y especialmente oriental, proporcionó sobre todo criados. Las condiciones de vida y de trabajo no diferían mucho y la mayor parte de las mujeres eran manumitidas después de cierto número de años.

Los venecianos reclutaban para su domesticidad a las jóvenes de Servia o Dalmacia, ligadas por un contrato muy duro que tenía vigor durante muchos años y que las sometía también a una especie de servidumbre; igual podemos decir de los genoveses instalados en Córcega. La condición de la criada reclutada en el mismo territorio o en el campo vecino se aproximaba considerablemente a la de las esclavas traídas de ultramar.

B) Herencia y supervivencias: la servidumbre en el campo

En el interior de las comunidades campesinas, ya muy jerarquizadas desde el punto de vista económico y de los niveles de fortuna, una distinción fundamental oponía, además, en cuanto a la condición de las personas, a los hombres libres y a los no libres.

En el Bordelais «la escala de las jerarquías comprendía menos grados que antaño, pero las fronteras entre los grupos estaban mejor trazadas [...]. Los siervos pertenecían a una clase que, a pesar de

ser menos numerosa y más estrechamente delimitada que en el pasado, tenía su lugar en el último escalón de las sociedades»[5].

La servidumbre podía ser personal o estar vinculada a la explotación de una tierra considerada servil. Su característica era con frecuencia —pero no siempre—, además de la capitación, la mano muerta y el *formariage*, la sumisión a la talla arbitraria del señor; de hecho, nos encontramos ante una cuestión muy controvertida, por lo que resulta prácticamente imposible definir con claridad la servidumbre. Hacia el siglo XIV, las palabras pechero *(taillable)* o *questable* acabaron por designar generalmente al siervo. En todo caso, cada manumisión, individual o colectiva, suprimía la talla *a voluntad (à merci)*.

En Francia, en los viejos terrenos roturados desde antiguo, las *cartas de franquicia* suprimieron prácticamente toda servidumbre personal o real. Así ocurrió en Normandía, donde ya a partir de los años 1200-1220 la servidumbre había desaparecido prácticamente y donde los hombres libres fueron a continuación muy bien protegidos por los duques contra los abusos de los señores. También en la Cuenca de París los *hombres de cuerpo* eran cada vez menos numerosos, liberados especialmente por manumisiones colectivas: en el Orléanais, Berry, Beauce y Beauvaisis. En otros lugares, la libertad fue obtenida no por manumisión, sino por un *Weistum* o documento que codificaba los derechos de los señores: los antiguos siervos asimilados a los restantes *rustici* se beneficiaban de las mismas libertades y derechos de uso; esto ocurrió en la mayor parte de los países de Alemania occidental, en Lorena y Valonia así como también en el Mâconnais[6].

Ciertas regiones no conocieron, o lo hicieron muy tarde, el movimiento de liberación de los siervos. Eran, en primer lugar, las tierras alejadas de la influencia de las ciudades y de la circulación monetaria, donde la pobreza de los campos dejaba a los campesinos en una difícil situación económica y donde la inseguridad hacía con frecuencia preciosa la protección del señor. Era el caso de las montañas y, especialmente, las del Mediodía: Alpes del Delfinado y Provenza, montañas del norte y centro de Italia. En el Apenino ligur, hasta por lo menos 1470 y aún después, los señores de la montaña tenían todavía sus *hombres* a los cuales exigían diversas tasas, particularmente, el *hominiscum* y la *capitación*. Todavía en esta época los hombres venían a refugiarse en las tierras de los dueños y, «queriendo vivir una vida tranquila y segura [...]», aceptaban colocarse bajo su dependencia, pagándole la *capitación*, «como señal y prueba de vasallaje y servidumbre». Eran las regiones tur-

badas por la guerra y la anarquía, donde jamás se ejercía la firme autoridad del soberano o del municipio.

A veces, también en las llanuras de determinadas regiones, «casi toda la población rural cayó en la servidumbre» [7]. A excepción de aquellos que podían probar sus libertades por medio de títulos o privilegios, todos los habitantes eran considerados siervos: era «la servidumbre que había contaminado la condición campesina». Esto ocurría en una zona, todavía bastante mal delimitada, situada en las márgenes orientales de la Cuenca de París: región de Laon, Champagne, ciertas comarcas de Borgoña, Franco Condado y Nivernais [8]. Ello subraya, una vez más, la extraordinaria diversidad de las estructuras sociales y de las condiciones humanas en unas zonas rurales, sin embargo, muy próximas.

En Inglaterra, donde el problema se plantea de una manera más compleja, encontramos con frecuencia contrastes de este tipo. Así, por ejemplo, en las dos *centenas* del Warwickshire estudiadas por J. B. Harley según los *Hundred Rolls* de 1279 [9]. En la de Stoneleigh, de roturación relativamente reciente y abocada a los pastos, 50 % de los cabezas de familia eran hombres libres, 27 % *vilains* o siervos y 23 % *cottagers*. Por el contrario, la de Kineton, que era un antiguo terreno de cereal, sólo contaba con 30 % de *free-tenants;* 46 % eran *vilains* o siervos [10].

Si nos asomamos a los países meridionales, el Bordelais nos ofrece otro ejemplo de contrastes regionales que muestra hasta qué punto la manumisión de los siervos fue desigual [11]. Hacia 1290 el Médoc contaba todavía con un número importante de hombres pecheros *(taillables)* que encontramos, a veces, a las mismas puertas de Burdeos, donde aldeas enteras estaban sometidas a las antiguas servidumbres por el poderoso capítulo de Saint-Seurin, señor de una parte de las tierras. Pero en otras zonas (sobre todo en el Entre-deux-Mers), el importante número de alodios, el endeudamiento de los señores laicos en el momento de las Cruzadas, que les obligó a vender cartas de manumisión, y la influencia de las ciudades provocaron una desaparición casi completa de la clase servil. La oposición entre Médoc y Entre-deux-Mers, tan característica por cuanto se manifiesta en dos regiones vecinas, muestra perfectamente que el mapa de la servidumbre corría, en suma, paralelo al de los diversos equilibrios entre señores y comunidades aldeanas.

Muy a menudo, la condición de los hombres no se definía fácilmente, pues la libertad o la servidumbre comportaban muchos grados, a veces casi imperceptibles. Según parece, la servidumbre estaba todavía muy arraigada en el

Bourbonais a pesar de la resistencia de los campesinos; las costumbres de cuatro castellanías nos dan fe de ello. En el siglo XIV y todavía más tarde (quizá hasta mediados del XV), numerosos siervos, llamados con frecuencia «hombres de mano muerta», cultivaban las tierras de los señores, particularmente en las comarcas cercanas al Berry. Su condición servil se manifestaba claramente por la sumisión a la mano muerta, a la talla, a las corveas y a los servicios de transporte. Sin embargo, ciertos campesinos, aunque de condición libre, no sólo soportaban también idénticas obligaciones de trabajo, sino que pagaban una talla «à voulenté raisonnable», que el señor podía «croistre ou diminuer selon la faculté d'icelluy qui la doit» [12]. Por lo menos desde el punto de vista económico, esta condición apenas era más favorable que la del siervo.

Además, un mismo hombre podía, naturalmente, poseer a la vez tierras consideradas libres y tierras serviles o sometidas a la talla.

En todo caso, es evidente que a finales de la Edad Media la condición del siervo y, *a fortiori*, la del semilibre diferían profundamente de las de los numerosos siervos de la época carolingia puesto que éstos, ya fuesen hombres o mujeres, trabajaban directamente la tierra dominical bajo la efectiva dirección de un amo, o bien tejían las telas y forjaban los instrumentos; y todo ello en el marco doméstico, esto es, en la *familia* del señor. A partir de este momento, éste no disponía ya de ninguna mano de obra servil de manera regular y exclusiva, sino que debía conformarse con una serie de servicios o compensaciones.

C) Abandono de las corveas; el trabajo asalariado

En realidad, los dueños de los señoríos rurales exigían cada vez menos los trabajos debidos por sus campesinos, fuesen libres o siervos. Este abandono de los trabajos, corveas, *manoeuvres* e incluso servicios de transporte, no era forzosamente (como se escribía hace aún pocos años) el síntoma de cierto debilitamiento del poder de mando ni tampoco la prueba indirecta del abandono de las reservas y de la explotación directa. Se trataba, por el contrario, de una alternativa deliberada: los campesinos requeridos trabajaban mal, con mala voluntad, costando demasiado caros su salario y su alimentación; la corvea ofrecía un pobre rendimiento mientras simples peones, desarmados y extraños al señorío, se mandaban mucho más fácilmente.

Ciertos síntomas anunciaban, a veces desde antiguo, esta evolución. El estudio de los *manors* ingleses durante el siglo XIV nos

muestra que los señores se negaban de buena gana a exigir los trabajos de sus campesinos; la alimentación, demasiado cara, hacía ilusorias e incluso costosas las pretendidas ventajas. Era preferible pagar a unos obreros asalariados los cuales podían mantenerse de manera mucho más económica que los terrazgueros llamados a la reserva.

Lo mismo sucedía es los Alpes meridionales. En 1338 el empleo de campesinos sometidos a las corveas para el trabajo de la viña e incluso para la siega era una pesada carga y una operación deficitaria. Las cantidades pagadas cada día (dieta y alimentación) eran demasiado elevadas con relación al salario de un jornalero. De esta forma, las encomiendas de los hospitalarios de esta región casi abandonaron los servicios debidos para la labranza, siega o cosecha. De entre más de 120 explotaciones diseminadas por el valle del Ródano y las montañas de las regiones de Embrun y Niza, las corveas sólo subsistían en 27; y de una manera bastante desigual [13].

Con todo, tal abandono no suponía un retroceso de la explotación directa ni un empobrecimiento del señorío. Por el contrario, sucedía con frecuencia que la mano de obra asalariada permitía conservar la reserva. La desaparición de las corveas no era forzosamente un índice de renunciamiento, sino más bien una reorganización de los trabajos, ligada al desarrollo de la moneda y a una voluntad de ahorro. En Italia, las grandes granjas recibían muy a menudo durante las cosechas la ayuda de los obreros de la ciudad que venían a contratarse por algunas semanas; así ocurría en Piamonte, hacia Bolonia, o en la región de Viterbo. En los Alpes meridionales parece que, en ningún caso, la corvea era necesaria para el mantenimiento de la explotación directa; en cierta encomienda de los hospitalarios, la de Bras, el valor de los servicios prestados se calculaba en 16 sueldos al año mientras que el prior pagaba 84 libras a los jornaleros. Parece que, por el contrario, las prestaciones de trabajo sólo se mantuvieron allí donde la reserva era prácticamente inexistente; esto sucedía sobre todo en las regiones de difícil acceso, alejadas de los pueblos y de los caminos frecuentados. De esta forma, las corveas nos aparecen como una «institución tardía, residual, fuera de uso en las regiones más abiertas y manteniéndose esporádicamente en algunos reductos de las alturas» [14].

Y así, al producirse un abandono total de las corveas o una reducción de las exigencias a ciertos días de cada año (muy a menudo, sólo de dos a seis, especialmente con ocasión de la siega), los servicios antiguos ocupaban un lugar poco importante en la explotación de los grandes dominios. Las corveas se mantuvieron simbólicamente por razones de prestigio o para manifestar todavía una especie de poder social y de derecho de mando.

En las reservas señoriales trabajaban sobre todo obreros asalariados pagados por jornada. Todas las cuentas de la gestión de un dominio lo atestiguan con amplitud [15].

En realidad, el recurso al obrero asalariado no era cosa absolutamente nueva; tal práctica se había introducido y desarrollado mucho antes en ciertos países, como Inglaterra, pero en una época en que las cuentas y los textos, al ser muy escasos, no nos permiten observar el fenómeno de manera precisa.

Además, los señores no fueron los únicos en dar trabajo a jornaleros retribuidos en dinero o en especie. Los ricos campesinos que labraban la tierra conducían por sí mismos, ayudados por un criado, sus arados de ruedas pero, en la época de la cosecha, hacían venir, en ocasiones de muy lejos, a grupos de trabajadores extranjeros. El empleo de mano de obra asalariada en tierras pertenecientes a campesinos se remontaba igualmente a una época ya antigua: a partir de la mitad del siglo XII, las costumbres de Favars (Limousin), al hablar de los cultivadores *(rustici)* sometidos a la abadía de Beaulieu, les ordenaban entregar «las gavillas conforme a la ley, tal como las darían a los segadores por su salario» [16].

Y así, a pesar de ciertas supervivencias y de determinadas servidumbres, el trabajo asalariado se había difundido ampliamente, sin duda desde muy pronto, en ciudades y campos, explicando así la presencia de un proletariado rural.

2) El proletariado rural

El desarrollo de la economía de mercado y la concentración de tierras en beneficio de los campesinos ricos agravaron aún más la jerarquía de las fortunas en el interior de las sociedades agrarias que nunca fueron en Occidente sociedades igualitarias. Al parecer, los campesinos sin tierra eran cada vez más numerosos: antiguos siervos privados ya de sus tenencias y cultivadores sumidos en la pobreza por el juego de los repartos o de la mala fortuna.

Es verdad que los documentos hablan mucho más de los campesinos que cultivaban tenencias a censo o que tomaban a su cargo fincas en aparcería que de aquellos otros que participaban en las disciplinas colectivas y respetaban la distribución de los lotes de cultivo. Sin embargo, al lado de los *labradores* y *cultivadores*, numerosos *bordiers* o *cottiers* vivían en una exigua choza de los salarios percibidos trabajando la tierra del amo. En 1279, ciertas parroquias del Warwickshire, en Inglaterra, tenían sus tierras arables casi igualmente repartidas entre el *manor* señorial, por un lado, y el conjunto de los huertos confiados a los *cottiers*, por otro [17]. Las tierras de los *freeholders* o terrazgueros libres, eran insignificantes.

En la Alemania oriental, el señorío rural contaba generalmente con cierto número de individuos humildes instalados en una pequeña parcela; también

ellos eran *hortelanos (Kossäten, Kötner, Gärtner)*. En Prusia, todos los caballeros establecieron sistemáticamente hortelanos en sus tierras durante el siglo XIV; les daban alrededor de tres acres de terreno (una hectárea y media), algo de dinero y la alimentación, a cambio de sus trabajos.

Estos pobres de la aldea, algunos de los cuales estaban excluidos del pasto libre y de las instituciones comunitarias y que constituían la gran masa de los asalariados agrícolas, vivían de mediocres cosechas: legumbres, frutos, algunas gavillas de trigo y algo de lino. En Sologne, las *censivas* comprendían, en ocasiones, unos huertos muy pequeños cuya superficie no rebasaba los 6 o 7 metros cuadrados [18]. En los Alpes meridionales, ciertas casas de los hospitalarios poseían pequeñas parcelas, las *ferrages*, donde el cultivo de los cereales, al proseguirse sin interrupción, «tomaba el aspecto de una horticultura» [19]. Era una economía de gentes humildes que trabajaban con la laya y cuyos procedimientos recuerdan, hasta en el uso del abono humano, a los empleados en las llanuras superpobladas de Asia. Cada casa campesina se rodeaba de un huerto y de un vergel cercado. En esta época, cuando las *hierbas* y las *raíces* formaban un elemento importante de la alimentación, esta economía hortícola de pequeñas faenas realizadas con la azada y de simples braceros sin utillaje ni animales de tracción, dejó una huella profunda en la vida de los campos; pudo alimentar a masas de gentes humildes, imponiéndose como uno de los rasgos más originales de nuestras sociedades agrarias [20]; sólo ella puede explicar las grandes densidades rurales de ciertas regiones.

De hecho, estos trabajos de horticultura se encuadraban, por lo que respecta a los individuos pobres del campo, en un conjunto de actividades muy variadas, pero todas ellas más o menos inciertas, sometidas a las costumbres y a las ofertas de empleo. Estos campesinos sin tierra alquilaban sus brazos (*braceros* los llaman a menudo los documentos, por oposición a los *labradores* que poseían aperos de labranza): marchaban a segar o a vendimiar en las tierras de los demás campesinos o en las del señor; iban también a trabajar en las minas, en los bosques, en las talas de árboles, en las fosas carboníferas o en las fraguas; asimismo, tomaban lana para hilar, abatanar o incluso tejer. Sus recursos dependían también, en gran parte, de la explotación de los derechos de uso en los bosques (recogida de bayas, de madera verde o seca, hojarasca para los camastros; colocación de lazos para la captura de la pequeña caza autorizada) y en las marismas; las mujeres iban a espigar en los campos recién segados. Pero sobre todo, llevaban una vaca y algunos cerdos a los

bosques y landas comunes o a las tierras de pastos libres. La permanencia de estos individuos en el seno de la comunidad aldeana implicaba así la preservación de los derechos colectivos amenazados precisamente por la evolución de la economía rural, por la concentración de las tierras y la afirmación de los derechos personales.

En todo caso, el proletariado rural —numeroso, aunque muy difícil de conocer por el historiador— era una realidad social indiscutible que subraya de nuevo la extraordinaria diversidad de condiciones y fortunas en el interior mismo del mundo campesino.

3) Los obreros: oficiales y criados en las ciudades

A) Los orígenes

El auge de la gran industria urbana, textil o metalúrgica, así como la simple construcción de catedrales, palacios y mansiones, en una palabra, el desarrollo considerable de los trabajos de urbanismo provocaron gran afluencia de mano de obra a la ciudad mercantil. Y ello sin referirnos ya a todas las funciones, pequeños empleos, oficios del vestido y oficios de lujo, muy especializados, que gravitaban en torno a las cortes nobiliarias, laicas o eclesiásticas, y a las universidades. De esta forma, la población de las ciudades se llenaba, a veces de manera muy espectacular, de elementos nuevos extraordinariamente diversos.

Esta atracción de las ciudades provocó migraciones humanas de amplitud muy variable e incluso en ocasiones de naturaleza muy diferente. En la primera época, las nuevas industrias acogían a obreros especialistas, perfectamente compenetrados con su oficio y capaces de construir o gobernar sus propios instrumentos e instruir a los aprendices. Fue así como la ciudad de Génova recibió sucesivamente a tejedores de lana de Flandes (y después de Brabante), a fabricantes de telas y manteles de Lombardía, a maestros de los molinos para papel de Fabriano, a sederos de Lucca (*tessitor setae sive toscanus* decían los notarios todavía en 1460) y a orfebres o coraleros de Alemania. Tales individuos procedían de ciudades ya industriosas, por lo que eran muy bien acogidos e incluso solicitados. Los cónsules y regidores les hacían todo tipo de ventajosas ofertas.

Por el contrario, la inmigración de los obreros de la gran industria ya muy bien implantada, bastante más numerosos, presentaba un aspecto mucho más popular: individuos humildes sin empleo (en todo caso, sin calificación) llegados con frecuencia del campo;

campesinos endeudados en pos de mejor fortuna que abandonaban unas tierras superpobladas. En Génova, el estudio de una importante serie de contratos de aprendizaje, comprendidos entre los años 1457 y 1459, nos muestra que, de 156 aprendices de la seda, sólo 13 procedían de la ciudad mientras el resto habían inmigrado recientemente del campo; se trataba de campesinos sin ninguna experiencia profesional: de 143, 133 procedían de la Riviera oriental y de los montes situados detrás de Génova, es decir, de unas comarcas donde no se había desarrollado ciudad mercantil alguna ni artesanado de cierta importancia; la mayor parte, además, vivían en caseríos dispersos por las montañas [21]. Esta ciudad de la seda adoptó así una política diferente a la de las ciudades laneras de Toscana: no distribuía ningún trabajo a domicilio entre los campesinos de los valles; ¿era ello debido a unas exigencias particulares del trabajo, a una vigilancia más activa o a una menor influencia económica sobre la comarca? En todo caso, las consecuencias sociales de tal inmigración, mucho más masiva, se dejaron sentir gravemente en la vida de la ciudad.

Otras muchas ciudades reclutaban una mano de obra rural más o menos lejana. En París, «la oferta de mano de obra que se hacía al artesanado no era un fenómeno local»; si el número más considerable de criados *(valets)* venía de los países situados entre el Loira y el Somme, otros procedían de todas las regiones de Ile-de-France [22]. En Francfort del Main, sólo la cuarta parte de los «burgueses» de la ciudad eran naturales de las regiones situadas a más de 75 km de ésta; mientras que, para los criados, la situación era exactamente la inversa: 76,5 % procedían de esta lejana zona; de los cuales 56,7 % venían de regiones distantes ¡más de 150 km! [23]. He aquí un magnífico ejemplo de la poderosa atracción que ejercían las ciudades sobre la mano de obra rural.

B) Condiciones económicas y sociales; géneros de vida

Los contratos de aprendizaje, numerosos sobre todo en los países meridionales, así como los estatutos de los gremios permiten conocer mejor y de manera mucho más concreta las condiciones del aprendiz que las del obrero. El aprendiz se contrataba en casa de un maestro por un tiempo largo (de cuatro a diez años, por lo que se refiere al artesanado parisiense estudiado por B. Geremek); pagaba cierta suma en el momento de firmarse el contrato y no percibía salario

alguno o, en ciertas profesiones, sólo un mediocre salario siempre discutido por las normas consuetudinarias. A cambio, era alimentado, alojado, tenía el empleo seguro y, sobre todo, aprendía las técnicas y las prácticas del oficio, de la venta, de la conducción de los negocios y de todo lo que las tradiciones y las mentalidades de la época consideraban como un secreto profesional [24].

La condición de ciertos obreros, oficiales del gremio o criados, recordaba con frecuencia, desde el punto de vista económico y social, a la del aprendiz [25]. La contratación se realizaba en seguida, a partir del final del aprendizaje o incluso antes, en casa del mismo maestro o en casa de un vecino, pariente o amigo designado por los responsables de la guilda; dicha contratación se hacía por lo menos por un año; el oficial era alimentado, casi siempre alojado, pagado anualmente y, por tanto, tenía asegurado su empleo y sus condiciones de vida. Esta forma de trabajo casi familiar, donde el hombre trabajaba constantemente en compañía del maestro en el mismo taller, le servía durante años y formaba parte de su casa, se encuentra sobre todo en los pequeños oficios donde la demanda era relativamente estable y la cualificación de la mano de obra parecía indispensable.

Pero en las grandes industrias, las textiles ante todo, en las obras de construcción o en los astilleros navales y, por el lado opuesto, en los propios trabajos domésticos, las grandes fluctuaciones del empleo provocaban una grave incertidumbre de las condiciones humanas. El individuo, a menudo poco calificado, sólo era contratado por un tiempo muy corto, dos o tres semanas e incluso en ocasiones por uno o varios días, y para una sola tarea concreta, como una ayuda ocasional. De ahí la existencia, en cada ciudad, de un auténtico «mercado de brazos» donde los obreros iban a buscar trabajo cada mañana, a una hora fija, y a menudo durante varios días. En París, los trabajadores de la construcción se reunían en la plaza de Grève; los bataneros ante la iglesia de Saint-Gervais cada lunes por la mañana, después de haber oído una misa fundada por su cofradía o, también, en la encrucijada de los Champs, cerca de la puerta de Saint-Antoine. En las ciudades de Flandes, todos los obreros de la industria pañera, de los bataneros a los tejedores, se reunían en la plaza mayor que estaba situada delante de la Halle [26]. En Chartres, los tejedores esperaban en el Grand Pont y los cardadores en el puente Taillard.

Estos lugares de contratación, atrios o porches de iglesias, mercados, puentes u orillas de los ríos, muy animados, aparecían en las ciudades industriosas como los principales centros de la vida social. Ello permitía a las guildas, a los municipios y al propio

príncipe controlar mejor las circunstancias y las condiciones del empleo: el contrato debía establecerse obligatoriamente en la misma plaza. En 1354, el rey ordenaba en París a los obreros de la pañería, curtidores, carpinteros, albañiles, trabajadores agrícolas y, de manera general, a todos los que buscaban trabajo que fuesen «avant soleil levant ès places accoustumez à louer les ouvriers pour eulx louer à ceuls qui mestier en auront» [27].

Estos individuos, a menudo inmigrados desde hacía poco a la ciudad y que no sabían un oficio, formaban un auténtico proletariado urbano. A pesar de todo tipo de convenios, ordenanzas y arbitrajes municipales o reales para fijar las condiciones de trabajo, las horas de actividad y de descanso e incluso los salarios —a destajo o a jornal— en cada uno de los principales empleos, su situación económica era extraordinariamente precaria. Sobre todo, estos obreros siempre en busca de trabajo eran los primeros que sufrían gravemente las crisis de producción. Ello sucedía en los años malos, cuando las ventas disminuían y los salarios bajaban o se pagaban en una moneda devaluada o bien en granos y vino previamente sobreestimados; en Génova, los obreros de la industria sedera querían que se prohibiesen los pagos en especie y los efectuados corrientemente en «liras de paghe», moneda de cuenta muy particular que era inferior a la libra «de moneda corriente» y cuya cotización dependía estrechamente de la coyuntura interna.

Además, el criado y oficial del gremio debían hacer frente casi siempre a graves deudas contraídas con los usureros o directamente con sus patronos; tales deudas les impedían toda esperanza de ascensión social y les colocaban, frente a los maestros del oficio, en una dependencia económica y financiera todavía más acentuada. También en este ámbito el crédito penetró amplia y profundamente en todas las formas de relaciones sociales. El endeudamiento del oficial, que pedía prestado para establecerse por su cuenta, casarse o sobrevivir en los momentos de crisis o de enfermedades, agravó evidentemente el dominio ejercido por el mercader dueño de la industria y de los capitales.

Pero, sobre todo, el mismo empleo variaba con demasiada frecuencia, según la fortuna y los destinos económicos de la ciudad. Ello explica la existencia de una gran población flotante, a menudo incierta ante el futuro, que no siempre se fijaba con facilidad. De aquí los caracteres muy particulares del urbanismo de la época: las ciudades podían absorber muy de prisa, en una serie de alojamientos construidos rápidamente y muy frágiles, una repentina afluencia de población.

C) Defensas y asociaciones de los oficiales

Este proletariado, verdadera plebe urbana, estaba formado sobre todo por individuos aislados y muy mal integrados en la sociedad; llegados a menudo sin familia de sus campos o del extranjero, quedaban durante un tiempo marginados de los marcos sociales: parroquias, barrios o guildas. Así, por ejemplo, en las ciudades mediterráneas, el oficial venido de fuera, aún en el siglo XV, a veces no tenía apellidos; los ciudadanos le designaban por su nombre de pila y su aldea de nacimiento. El apellido, fijado en estas regiones alrededor del siglo XIV, estaba reservado ante todo a quien formaba parte de un grupo o de una clientela; el inmigrante permanecía aislado. Incluso los lazos que pudiera establecer la vecindad parecen muy inseguros. Un poco a la ligera, los autores han dicho que los obreros de un mismo oficio se agrupaban entonces, por lo general, en un mismo barrio, lo que supondría fuerte cohesión entre ellos. Sin embargo, una vez más, ello sólo cuenta para los artesanos de la pequeña industria de lujo o del comercio al por menor y, además, no siempre. En todo caso, el trabajo de la industria textil dispersaba sus oficios por los barrios periféricos, por los arrabales, fuera de las murallas y próximos a las corrientes de agua.

Además, estos obreros que trabajaban con sus manos no podían unirse ni ayudarse, sino que en el interior de las guildas profesionales y *artes* permanecían sometidos a la autoridad de los patronos; su acción en estas asociaciones de oficios de carácter muy aristocrático era, como ya hemos indicado, desdeñable [illegible].

Sin embargo, de forma muy desigual, violenta o, con más frecuencia, clandestina y siempre muy lentamente, los hombres de los oficios acabaron por organizarse para defender sus intereses y hacer valer sus derechos. A veces, ello se reducía a bruscas acciones en época de tumultos, provocadas por conflictos de trabajo (salarios, duración de la jornada laboral) y caracterizadas por alianzas limitadas al principio a un pequeño grupo pero que se extendieron en seguida a toda una profesión de la ciudad (*bans, alliances, dogane* en Italia, *takehans* en el Norte). Tales alianzas podían imponer interrupciones voluntarias del trabajo y, de esta forma, paralizar la producción durante algún tiempo (como ocurrió en Flandes alrededor de 1280). Perturbaban y amenazaban el orden público, lo que provocó la reacción hostil de las autoridades. En París, el rey prohibió en varias ocasiones a los trabajadores de todos los oficios que formasen «*taquehan*, asamblea o conspiración popular». En Génova, los estatutos de los oficios, establecidos o reforzados relativamente tarde (hacia los años 1350-1390), parecían preocuparse ante todo por integrar a las asociaciones de oficiales de los gremios bajo la dependencia de un *arte* patronal. Estos estatutos eran promulgados por el dux que invocaba, en cada ocasión, el mantenimiento del

orden, declarando su deseo de impedir todas las «cábalas, conspiraciones, juramentos, promesas y ligas que formaban entre sí los hombres de los gremios». Con todo, tales asambleas, muy poco estructuradas, no parecían tener futuro.

Por el contrario, la cofradía de oficiales de un gremio se organizó sobre una base estable y de manera mucho más sólida y continua. Indudablemente tales asociaciones religiosas, que agrupaban a los oficiales de una misma profesión, debían mucho, por lo menos en la industria textil, al recuerdo de las comunidades laicas de trabajadores de la lana reunidas en torno a unos monjes ocupados en el tejido de los paños: los *Humiliati* en Italia y los *Bogards* en las ciudades del Norte. Estos monjes tejedores, que tanto contribuyeron en el siglo XIII a la difusión del trabajo de la lana en las ciudades de Lombardía y, después, en Toscana y en la propia Génova, habían establecido primero y mantenido más tarde en varios países de Occidente, un lazo entre la gente de los oficios de la lana y cierta forma de vida religiosa, de raíz comunitaria o, por lo menos, confraterna.

La fraternidad religiosa parece que fue la primera forma duradera de asociación de obreros, distinta a las de los maestros y escapando a su influencia. A partir de 1325, en Florencia, el estatuto del Podestà prohibía a todos los obreros, particularmente a los de la lana, la formación de asociaciones con el nombre que fuese *(corpus, collegium)*, ni siquiera con pretexto de religión *(sub religionis pretextu)* [29]. En París, hacia los años 1320-1330, los oficiales *(valets)* curtidores en blanco y los oficiales herreros, techadores y zapateros se habían organizado en cofradías cuyos estatutos definían los socorros mutuos, las prácticas religiosas, las devociones, así como las obligaciones y las prohibiciones profesionales. Estos cofrades poseían incluso, en ocasiones, una morada común con salas de reunión o de recepción y llevaban un vestido determinado que podía ser una librea, como ocurría sobre todo en Inglaterra.

De esta manera nacieron unos grupos de defensa y de salvaguarda distintos a las guildas de los maestros. La evolución del vocabulario que se utilizaba para designar al trabajador ilustra muy bien este advenimiento de la cofradía de obreros y la fuerza de las nuevas solidaridades: en Alemania, *Lnecht* y después *Geselle;* en Francia, *valet* o *sergent,* después *compagnon* [30].

4) Consecuencias sociales: pobreza y movilidad

Toda esta evolución (del trabajo doméstico al asalariado, e incluso a veces al proletariado) implicaba evidentemente una mayor incertidumbre de la condición humana. El siervo dependía del dominio, cultivaba la tierra sin provecho real alguno o efectuaba todo

tipo de trabajos sin retribución; pero su suerte iba unida a la del patrimonio. Por su parte, el obrero asalariado estaba a merced de las fluctuaciones del empleo, de la enfermedad, de las heridas y, lo que era más general y más dramático, de las guerras y las algaradas. No podía esperar socorro ni protección.

De esta forma, el desarrollo del trabajo asalariado provocó por doquier malestares sociales y miserias. Acentuó las jerarquías y subrayó la precaria condición de unos hombres que, sin tierra y sin empleo asegurado para algunos años, tanto en el campo como en la ciudad, se encontraban sometidos a los azares y a la mala fortuna de la época; eran entonces muy numerosos los que, como aquel pobre hombre del Berry llegado a París, iban «todos los días a la plaza para ganar sus jornales» [31]. Las nuevas estructuras económicas, la mano de obra y el empleo ahora ofrecidos en el mercado y, por tanto, sometidos a la ley de la oferta y la demanda; la fragilidad de la clientela y, por lo mismo, de la producción; la competencia entre ciudades pañeras o entre tejedores de la ciudad y tejedores campesinos; la inversión o los trastornos de los circuitos comerciales, he aquí otras tantas circunstancias, a veces imprevisibles, que agravaban los riesgos del subempleo; en unos sitios fueron repentinas y sin más consecuencias, en otros, más profundas y sin grandes soluciones.

Es cierto que la pobreza resulta un estado difícil de definir en una época en que las condiciones humanas, los recursos y los géneros de vida eran tan diferentes a los nuestros. Pero esta pobreza medieval, a la que M. Mollat y su escuela vienen consagrando importantes trabajos desde hace unos diez años [32], evolucionó entonces con toda certeza: mayor abundancia de hombres sin trabajo, errantes y desclasados que, si bien no eran todavía seres marginados de la sociedad, sí formaban en todo caso una considerable masa de individuos sin empleo, hambrientos y amenazados. Quizá fue ello lo que provocó, junto a una mayor atención hacia las desgracias de los hombres, el desarrollo de las obras de asistencia, fundaciones caritativas de los príncipes, de los ricos o de la Iglesia [33], o bien obras de sostén fraterno. De esta forma se multiplicaron, además de los hospitales y los hospicios para acoger a pobres y enfermos, las sociedades de socorro mutuo, organizadas con frecuencia al margen de las cofradías religiosas, para ayudar a los operarios incapaces de trabajar. Tal fue, por ejemplo, aquella «aumosne» fundada en París, en 1319, por los peleteros de marta cibelina quienes «pour le grant travail de leur métier il enchient souvent en grieives et longues maladies, si qu'il ne puent ovrer [...], il lour convient querir leur pain et mourir de mesaise»; cada obrero pagaba un derecho de entrada y una cotización; los enfermos recibían tres sueldos parisienses por semana de enfermedad y, además, tres sueldos durante dos semanas de convalecencia [34].

También en el campo las comunidades rurales se organizaron y tomaron a

su cargo los socorros de los pobres sin trabajo. En Hainaut, tales comunidades tenían una contabilidad especial en la *Table des pauvres*, cuyos recursos procedían con frecuencia de la venta de los granos y de la hierba cosechados en las tierras comunales; en la aldea de Marbaix (1447-1448), de una treintena de fuegos, once familias eran socorridas de esta manera; recibían trigo y 36 pares de zapatos de la *table de la pauvreté*, más cierta porción de carne de cerdo procedente de la caja comunal; es verdad que, en esta región de ricos beneficios campesinos, tales socorros a los pobres sólo representaban una escasa parte de las disponibilidades (1/100 aproximadamente de los ingresos de toda la aldea, que contaba con unas 660 ha de buenas tierras). Pero de todas formas la institución atestigua la existencia de cierto sentido de la solidaridad y también la gravedad de la pobreza, hecho social cada vez más penoso: en Marbaix, las familias pobres eran 40 en 1540 [35].

Por otra parte, el trabajo asalariado suponía al mismo tiempo y de manera inevitable una gran movilidad de los trabajadores, obligados a buscar un empleo lejos de sus casas, atraídos por ofertas más ventajosas o por la promesa de mayor seguridad. Tales desplazamientos podían limitarse a migraciones ocasionales o estacionales, simples intercambios entre la ciudad y el campo. Muchas vidas de obreros nos ofrecen así una constante alternancia entre ocupaciones rurales y trabajos urbanos. Los campesinos llegados a la ciudad para vender sus cosechas en el mercado encontraban sobre el terreno la posibilidad de ofrecer algunos pequeños servicios o de contratarse para alguna faena temporal. En el mismo lugar de contratación esperaban trabajo juntos los obreros agrícolas y los hombres de la ciudad; a veces, eran ambas cosas a la vez. Con frecuencia, la mano de obra necesaria para el cuidado de los cercados y para las vendimias se reclutaba en la ciudad. Así sucedía en Dijon, donde los obreros que deseasen trabajar en las viñas de los alrededores debían presentarse en la plaza de la ciudad. En el país de Auxerre, los *labradores de la viña* formaban un proletariado relativamente numeroso y muy particular, semirrural y semiurbano, que a veces desempeñó un importante papel en los movimientos políticos o sociales del siglo XIV [36]. Los oficiales de los gremios, incluso en las grandes ciudades pañeras de Flandes, en París o en Toscana, abandonaban sus talleres y sus obradores en agosto para unirse a las cuadrillas de segadores en los campos vecinos. De esta forma, se establecían o, mejor, se conservaban unos contactos humanos muy estrechos entre ciudades de industria y dominios rurales que, a menudo, llamaban a la misma mano de obra. Estos lazos no se debían exclusivamente a los mercados y ferias o a las inversiones de los burgueses sino que, como podemos observar, interesaban también al mundo del trabajo.

Desde cualquier punto de vista, la ciudad y el campo dependían constantemente uno de otro.

Otros desplazamientos adquirían mayor amplitud, provocados por el inicio y el cierre posterior de grandes obras de construcción o de minas y fraguas, por importantes empresas de transporte, por la explotación de nuevas tierras y, siempre, por el ritmo de los trabajos agrarios: siega y vendimia. Estas migraciones a través de una región entera y, a veces, de una región a otra en busca de trabajos variados comprometió gravemente la vida económica y el equilibrio social de la época. Se trataba, con gran frecuencia, de hombres ocupados en todo tipo de trabajos que se alquilaban en los campos, entre dos ciudades, para sobrevivir, aunque eran incapaces por ello mismo de calificarse. El resultado era la existencia de una población flotante, de futuro inseguro y reducida a débiles salarios.

Los viajes lejanos de los propios oficiales de gremio provocados, en su caso, por la imposibilidad de acceder a la maestría, por el deseo de adquirir mejores salarios o experiencias más completas y por la obligación de abandonar las ciudades que no ofreciesen empleo, no se generalizaron hasta más tarde, sin duda hacia los años 1400-1420. Una carta dirigida por el rey Carlos VI a los zapateros de Troyes habla de «plusieurs compagnons et ouvriers dudict mestier de plusieurs langues et nations qui aloient et venoient de ville en ville ouvrer pour aprendre, congnoistre, veoir et savoir les uns des autres»; sin embargo, proseguía la carta: «dont les aucuns d'eulx s'i (en Troyes) arrestoient et marioient»; ello sucedía en 1420 [37]. Estos oficiales de gremio viajeros fundaron, como antaño los mercaderes, unas asociaciones profesionales de socorro y ayuda [38].

De esta forma, el mundo del trabajo se organizó de una manera más eficaz en el siglo XV: las asociaciones *(compagnonnages)* de obreros, ya fuesen sedentarios o viajeros [39], se sumaron entonces a las guildas profesionales de los maestros. Sin embargo, la condición del trabajador, del «obrero», siguió siendo muy desigual desde el punto de vista social, muy variable y raras veces bien fijada. Lo que más sorprende es la permanencia en la propia artesanía urbana de ciertas formas de economía «doméstica» y, por otra parte, los lazos también aquí muy estrechos y las interferencias constantes entre el trabajo en los campos o en las viñas y el trabajo ciudadano, entre cosechas o vendimias y obras o talleres.

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. D. Gioffré, *Il Mercato* [445].
2. M. A. Ladero Quesada, La esclavitud por guerra a fines del siglo xv: el caso de Málaga (*Hispania*, Madrid, 105, 1967, págs. 63-88).
3. Ch. Verlinden, *L'esclavage* [498]; J. M. Madurell Marimón, *Los seguros* [466].
4. J. Origo, *The domestic* [475].
5. R. Boutruche, *La crise d'une société* [160], págs. 112 y 114.
6. G. Duby, *La société aux Xe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1959, págs. 614-617.
7. P. Petot, Les fluctuations numériques de la classe servile en France du ixe au xive siècle (*C.I.S.H.*, Roma, 1955, *Atti*, pág. 327).
8. A. Bossuat, Le servage en Nivernais au xve siècle, d'après les Registres du Parlement de Paris (*Bibliothèque de l'École des Chartes*, t. CXVII, 1959).
9. J. B. Harley, *Population trends* [200].
10. Cf. también Chr. Dyer, Population and Agriculture on a Warwickshire Manor in the Later Middle Ages (*University of Birmingham Historical Journal*, 1968, págs. 113-127).
11. R. Boutruche, *La crise d'une société* [160], pág. 97.
12. A. Leguai, *Le Bourbonnais* (cf. *supra*, nota 12 del capítulo II de la segunda parte), págs. 44-46 y 47-55.
13. G. Duby, *Techniques et rendements* [179].
14. G. Duby, *ibídem.*
15. Véase por ejemplo, G. Sivery [252].
16. Citado por J. Imbert, G. Sautel, M. Boulet-Sautel, *Histoire des institutions et des faits sociaux (X^e-XIXe siècle)*, París, 1961, págs. 49-50.
17. J. B. Harley, *Population trends* [200].
18. I. Guérin, *La vie rurale* [199].
19. G. Duby, *Techniques et rendements* [179].
20. Cf., para un ejemplo particular de horticultura suburbana el estudio de N. Coulet, Pour une histoire du jardin. Vergers et potagers à Aix-en-Provence (1350-1450) (*Le Moyen Age*, 1967).
21. J. Heers, *Gênes* [449], págs. 33-35.
22. B. Geremek, *Le salariat* [356], pág. 120.
23. R. Mols, *Introduction* [121], t. II, pág. 384. Para otros trabajos, sin duda pequeños empleos, Londres recibía preferentemente hombres del campo vecino. Cf. S. L. Thrupp, Aliens in and around London in the XVth Century (*Studies in London History*, Londres, ed. A. E. J. Hollander y W. Kellaway, 1970).

24. B. GEREMEK, *Le salariat* [356], págs. 30 y ss., según el *Livre des métiers* de Étienne Boileau; págs. 52-54 para un período posterior.
25. Véase sobre todo PH. DIDIER, *Les contrats de travail* [352].
26. G. ESPINAS, *La draperie* [355], t. II, pág. 619.
27. Sobre todo ello B. GEREMEK, *Le salariat* [356], págs. 126 y ss., con referencias bibliográficas.
28. Cf. *supra*, págs. 173 y ss.
29. R. DE ROOVER, Labour conditions in Florence around 1400: Theory, Policy and Reality (*Florentine Studies*, ed. N. A. RUBINSTEIN, Londres, 1968, páginas 277-312), pág. 292.
30. Sobre todo ello, B. GEREMEK, *Le salariat* [356], págs. 104, 112, 115 quien cita a G. SCHMOLTER, *Die Strasbourger Tucher und Weberzunft*, Estrasburgo, 1879, pág. 525.
31. Texto de 1457 extraído de una carta de remisión, citado por B. GEREMEK, *Le salariat* [356], pág. 141.
32. Los resúmenes de los trabajos han aparecido anualmente en forma de cuadernos multicopiados. El primer volumen impreso presenta los resultados obtenidos hasta entonces: *Les pauvres dans la société médiévale*, París, 1973, 768 páginas.
33. Sobre los marginados y los asistidos, cf. *infra*, págs. 288 y ss.
34. Texto publicado por G. FAGNIEZ, *Documents rélatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, t. II: *XIVe et XVe siècles*, París, 1900, páginas 40-43.
35. G. SIVERY, *Structures* [252], págs. 811 y ss.
36. M. DELAFOSSE, Les vignerons d'Auxerrois (XIVe-XVIe siècles) (*Annales de Bourgogne*, 1948, págs. 7-41).
37. G. FAGNIEZ, *Études sur l'industrie et la classe industrielle à Paris au XIIIe et au XIVe siècle*, París, 1895, pág. 85.
38. Cf. *infra*, pág. 346.
39. E. COORNAERT, *Les compagnonnages* [431].

TERCERA PARTE

LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

Capítulo primero

Ordenes, estratos y grupos sociales

La historia social no puede contentarse con estudiar unos tipos llamados «sociales» —el noble, el mercader, el clérigo, el monje—, a veces artificiales y con frecuencia convencionales; tampoco puede reducirse a un simple análisis estadístico, más o menos sólido y exacto, de las fortunas y de los ingresos, esto es, de las riquezas. Después de haber descrito unas estructuras económicas, unas actividades y unos géneros de vida, el historiador debe dedicarse a definir las jerarquías sociales, las capas o, tomando el término de R. Mousnier, los estratos. Tal definición no es cómoda. No todas las palabras, ni siquiera las más empleadas en la época, abarcan una realidad simple, ni siempre la misma realidad.

La idea de una sociedad articulada y estratificada en categorías económicas y sociales bien definidas es sin duda una ficción, una elaboración ulterior de «intelectuales». Tales elaboraciones son particularmente arriesgadas cuando parten de un esquema contemporáneo que el autor —teórico pero no historiador— intenta aplicar a un pasado muy diferente en tantos aspectos a nuestra época. De ahí el interés que despiertan las investigaciones que toman como punto de partida los vocablos y los conceptos de los contemporáneos.

La división de la sociedad en tres órdenes políticos —clero, nobleza, tercer orden— a menudo traída a colación por los cronistas, los doctores y los oficiales reales, así como subrayada por los privilegios fiscales se impone a la evidencia. Es cierto que tal estratificación es, en sí misma, esquemática. Ciertos autores de la época eran perfectamente conscientes de la extrema complejidad de las condiciones humanas en el interior de los tres órdenes y proponían distinguir subórdenes y subdivisiones más o menos numerosas.

Para el historiador, uno de los principales problemas es distinguir bien, desde el punto de vista económico y social y también desde el punto de vista de las mentalidades, a la nobleza de la plebe. La solución e incluso la aproximación a este problema nos parecen particularmente arduos. Aunque la historia social de la nobleza a lo largo de toda la Edad Media retiene la atención de los investigadores desde hace una decena de años [1], los contornos de este estrato social no son realmente fáciles de apreciar.

1) ¿Cómo definir a la nobleza?

A) Aristocracia y nobleza

Tanto en el campo como en la ciudad, la aristocracia era ante todo y en su mayor parte una aristocracia de «nobles». Desde el nacimiento de las ciudades, los poderosos y los ricos eran hombres provistos de tierras, señores terratenientes, caballeros y, con frecuencia, guerreros. Así sucedía en Italia, donde las comunas de los cónsules eran todo lo contrario a unas Repúblicas «mercantiles» o «burguesas». Y lo mismo en el Norte, donde la primera aristocracia del dinero fue muy a menudo la de los propietarios de amplias posesiones, sus familiares, oficiales y ministeriales.

Es verdad que la estructura social de la primera época de la comuna evolucionó, pero no de una manera decisiva ni, mucho menos, dramática. La aristocracia se renovaba pero más bien por el enriquecimiento y la adopción (a veces, en el interior de las antiguas familias) de nuevos ricos que, a su vez, adquirían la categoría de «nobles».

En Metz, las grandes familias —los *patricios*—, descendientes de los primeros dueños de la comuna, contaban hacia 1280 con 1500 o 2000 personas sólidamente agrupadas en cinco *paraiges* [2] todopoderosos; resistían victoriosamente los embates del *común*, rehusando los matrimonios y las adopciones. Sólo excepcionalmente se renovaba el patriciado. Después de la revuelta frustrada de 1285, se contentó con conceder a los notables del común, mucho tiempo después, la posibilidad de formar un sexto *paraige:* ventaja ésta que llegó muy tarde y que, sobre todo, era muy relativa.

La oposición entre vieja y nueva nobleza en las ciudades de Italia, Provenza y Languedoc traducía con mucha frecuencia la existencia de un conflicto de familias o facciones más que un auténtico enfrentamiento social entre dos categorías claramente hostiles y de intereses diferentes.

Lo mismo puede decirse de la ascensión, más tardía, del *pueblo*, del *común*, de los maestros de los oficios. En el plano político, aque-

llos hombres obtuvieron a menudo una serie de ventajas considerables y exclusivas. Los antiguos patricios, a primera vista, fueron expulsados en todas las regiones. En Nimes, desde 1254, los caballeros de las Arènes estaban excluidos del consulado mientras Narbona contaba, en 1272, entre los cinco cónsules, con un *noble*, un *burgués*, un *mercader* y dos *artesanos;* en Montpellier los oficios elegían a los 12 *cónsules majores.* En Florencia (1293), los *Ordinamenti di Giustizia* no sólo alejaban a los *magnates* del poder, sino que adoptaron una serie de medidas excepcionales para arrebatarle toda influencia. En Génova, la antigua nobleza resistió más tiempo, pero en 1339 una revuelta *popular* expulsó a los dos cónsules e impuso un *dux del pueblo*, Simón Boccanegra, que regiría la comuna con carácter vitalicio.

Pero este triunfo del *pueblo* no debe provocar un espejismo. Digámoslo en seguida: los llamados *artesanos* y *gente de oficios* no eran, en absoluto, obreros ni individuos modestos y rara vez auténticos artesanos. Simplemente había ocurrido que otra aristocracia, rica y poderosa, había sustituido a la antigua. «Los conductores y los beneficiarios de los levantamientos rara vez eran artesanos». Los cabecillas de los levantamientos de Nuremberg en 1348 eran armeros y los de Dantzig en 1378 (y todavía en 1416) eran cerveceros, «dos corporaciones [que] incluían [...] más mercaderes de amplio radio de acción que artesanos» [3]. Además, ¿no es cierto que, en casi todas las regiones, contemplamos a auténticos *patricios* aristócratas haciéndose inscribir en cualquier cuerpo de oficios para de conformidad con los nuevos reglamentos ocupar cargos políticos importantes? Esto sucedió en Estrasburgo en el siglo XIV [4].

En Pisa, a pesar de las apariencias, las leyes y las ordenanzas que pretendían apartarla del poder, la antigua *nobleza*, es decir, todos los linajes de la primera época, seguía siendo muy poderosa e influyente en el siglo XIV y más tarde aún [5].

¿Una nueva aristocracia? De todas maneras, los nuevos «patricios» enriquecidos olvidaron las costumbres de su antigua condición. Por doquier, la nobleza era un ejemplo lleno de atractivos y, por tanto, la nueva aristocracia mercantil imitaba a los nobles.

Estos «burgueses», siempre metidos en el comercio de especias, de paños o del dinero, mostraban un gusto a veces muy intenso por las tradiciones de la antigua aristocracia. En las ciudades de la Hansa germánica, los miembros de los linajes formaban un patriciado todopoderoso: eran los *hombres hereditarios (erfsaten)*, o *compañeros ecuestres (kunstabelen)*, o aún *donceles (juncker)* [6]. En Italia, el rico mercader se hacía llamar *señor*, *messer*, *dominus vir* e incluso muy a menudo *nobilis vir*. En Génova, la *nobleza urbana*, absolutamente nueva,

no implicaba un origen antiguo ni un género de vida particular y ni siquiera, en la mayoría de los casos, la posesión de castillos o de feudos. Por tanto, este nombre no era sino una distinción y un título al cual se añadían además una serie de matices sutiles ligados al prestigio personal, a la fortuna y a las relaciones de familia; es decir, toda una serie de epítetos extraídos del repertorio romano o feudal *(egregius, sapiens, potens, miles)*.

La propia actitud de los burgueses e incluso del bajo pueblo florentino ¿no era, en definitiva, un signo de este apego a unos valores que algunos querían ridiculizar pero que mantenían todavía cierto prestigio? Es verdad que, tras los *Ordinamenti di Giustizia*, nadie o casi nadie quería recibir la espada de caballero por temor a los impuestos, confiscaciones y todo tipo de medidas vejatorias. En la plaza pública, los burgueses mostraban un intenso placer por los espectáculos grotescos que ellos mismos organizaban para ridiculizar las tradiciones de la nobleza: torneos en traje de bufones a lomos de asnos o de cerdos. Sin embargo, un siglo más tarde, después de la revuelta de los *Ciompi* (1378), numerosos cabecillas de la plebe tomaron muy pronto el título de *caballeros*. Encontraríamos en distintos lugares, como Milán y ciertas ciudades de Italia o Alemania, otros tantos ejemplos de aquel entusiasmo casi inconsciente por los honores inherentes a la «nobleza». Los burgueses alemanes, grandes mercaderes, daban a sus hijos unos nombres de pila tomados de los héroes de la caballería e incluso un burgomaestre de Lübeck se hizo llamar Johann Perceval. Las estatuas de los nueve valientes adornaban los ayuntamientos de Colonia, Osnabruck y Luneburgo [7].

En todos los países de Occidente estos mismos burgueses enriquecidos adquirieron señoríos rurales, castillos y derechos sobre los campesinos como una etapa indispensable, al parecer, para la ascensión a la nobleza, por una lenta maduración de la condición social y un crecimiento del prestigio que forzaba el reconocimiento de los pares. Estos individuos de comercio, de finanzas y de ley, o sea, los prohombres, se convirtieron así en grandes terratenientes y en nobles que podían llevar un tren de vida noble. Así sucedió, en primer lugar, en Italia: en Venecia, con el entusiasmo mostrado por la aristocracia mercantil por los dominios de la Terra Ferma, en Florencia y en todas las ciudades de Toscana. Los mercaderes enriquecidos reconstituían pacientemente los señoríos y compraban tierras en la aldea, de la que se proclamaban sus antiguos dueños; reconstruían también, en sus «Libros de razón social», unas genealogías que hacían remontar su familia a la época de los grandes linajes propietarios de las tierras y de los campesinos; recordaban las hazañas de aquellos antepasados más o menos imaginarios comprometidos en interminables *vendette*.

Tanto en Inglaterra como en Francia, toda fortuna y todo éxito social, incluso el de los mercaderes, conducía igualmente a la no-

bleza. La tesis que defiende una oposición fundamental y duradera entre nobles y burgueses, entre antiguos nobles y nobles de toga, está en verdad superada, desmentida por todos los estudios recientes. G. Fourquin ha mostrado perfectamente la originalidad de un medio social muy influyente, el de los *notables parisienses*, formado por parlamentarios, «grandes togas», canónigos de Notre-Dame, procuradores y abogados de los grandes monasterios de la ciudad y, por supuesto, oficiales reales de todos los grados [8]; pues bien, el estudio de esos individuos, de sus orígenes y de sus ambiciones pone en evidencia una «ósmosis entre las familias de los nobles y las de la plebe» que vivían de todos esos cargos. Todos estaban de acuerdo en elaborar una nueva teoría del feudo que favoreciese a los hombres de toga de origen burgués.

Martin de La Planche, que fue oficial y recaudador del dominio de la ciudad de París y, después, notario del Châtelet, se aseguró importantes ingresos por medio de asociaciones (las *Compañías francesas*) con viñadores de los alrededores y con mercaderes extranjeros; con tales rentas compró dos grandes mansiones, con granja, lagar y patio, cerca de la puerta de Saint-Martin (de 1454 a 1466); su hijo Jehan, escudero de cocina del rey a partir de 1482, se convirtió en señor de Saint-Gratien al norte de la ciudad [9]. Al parecer, lo mismo sucedía en todas las ciudades de Francia, donde los poderosos adquirieron muy pronto bienes y honores [10], fundiéndose con la nobleza.

B) La nobleza: acceso, naturaleza y grados

Vemos, pues, que en esta época y sin duda alguna hasta comienzos del siglo XVI, la nobleza no formaba una casta ni un orden cerrado. En general, era la aristocracia, el conjunto de los que gobernaban y detentaban el poder y la riqueza. Entonces, «la sociedad de órdenes no había acabado de cristalizarse en el derecho, quedando una zona indecisa entre el orden de la nobleza y el tercer orden» [11].

La nobleza se enriqueció constantemente con nuevas aportaciones [12] y, todavía en el siglo XV, los ennoblecimientos eran muy numerosos. Las formas de acceso eran, en este caso, muy diversas y los procesos extraordinariamente complejos.

El único que se define con facilidad y que corresponde a una noción relativamente simple de la nobleza era el servicio al rey y, sobre todo, el servicio militar. Por supuesto, ello ocurría con mayor frecuencia en los países enfrascados en importantes conflictos exteriores o en guerras civiles como, por ejemplo, en el reino de Nápoles y en el de Castilla. En España, las guerras civiles y dinásticas, la guerra contra Portugal, la conquista del reino de Granada y, por fin, las expediciones a Italia, provocaron un «auténtico saldo de los ennoblecimien-

tos»; a pesar de las advertencias y amonestaciones de las Cortes, el rey multiplicó entonces concesiones y confirmaciones [13].

Pero este ennoblecimiento por las armas era, en otros lugares, absolutamente excepcional y sólo desempeñó un papel modesto en el enriquecimiento de la nobleza. El servicio jurídico, civil y parlamentario era el auténtico protagonista, sobre todo en Francia, donde R. Cazelles ha subrayado que, en el siglo XIV, «la tendencia dominante llevaba a difuminar la distinción entre nobles y no nobles con el fin de dejar paso a una nueva aristocracia, la formada por las gentes del rey» [14] que, a su vez, recordémoslo, no tardó en reivindicar la nobleza.

De hecho, lo más frecuente era que el acceso y la progresión se efectuasen de manera insensible, por el simple éxito y por la adquisición de ciertos signos externos: un sólido señorío, escudos de armas y, sobre todo, la acción de armar caballero. Y así, el linaje de un «burgués» que pudiese reunir tales condiciones y que, además, se hiciese reconocer e impusiese como tal, tenía acceso a la nobleza y, por medio de matrimonios bien elegidos podía adquirir una verdadera sangre noble. Y así también el hombre nuevo que, poseyendo todos esos bienes y honores, se dijese noble sin que su fama atentase contra esta cualidad, llegaba a serlo realmente sin que fuese necesaria la aprobación del soberano. De hecho, la nobleza era todavía por encima de todo una cuestión de prestigio y de fama, una calificación social concedida por los demás.

Evidentemente, de aquí nace la imposibilidad de definir con exactitud a la nobleza e incluso de precisar sus principales aspectos. «No existe un criterio decisivo para definir a la nobleza de Hainaut al final de la Edad Media» afirma G. Sivery y es que, en efecto, en esta región como, al parecer, en muchos países de Occidente, su naturaleza permanecía bastante imprecisa. Es cierto que el noble invocaba la sangre de sus antepasados y que esta adhesión parecía fundamental; pero servía más para conservar la nobleza que para prohibir el acceso a ella. El noble era propietario de tierras, pero la adquisición de un feudo o de un señorío por un burgués o un campesino no bastaba para ennoblecerles; por otra parte, en varias regiones, los *feudos plebeyos* que eran detentados por los campesinos hacían todavía más complejas la jerarquía y la condición de las tierras.

Todo ello subraya la extraordinaria dificultad de definir exactamente una condición y una pertenencia todavía mal asentada. Los contemporáneos eran plenamente conscientes de ello. «El hecho de que el vocablo «noble» apenas figure en los documentos de la vida cotidiana, especialmente en los registros de feudos, atestigua cuanto menos una indecisión y una fluctuación» dice el mismo G. Sivery [15]. La palabra parecía tan vaga que los hombres de la época dudaban

en calificarse a sí mismos como tales. No se sabía exactamente quién era noble y quién no lo era.

En cualquier caso, no todos los nobles tenían fortunas. Al contrario. Las herencias, las ventas, las incautaciones y, a veces, el fraccionamiento de la reserva, la dote de las hijas, los gastos ocasionados por las guerras o las fundaciones religiosas y, sobre todo, las misas de aniversario provocaban una fragmentación y una verdadera pulverización de los feudos.

El auténtico noble, ansioso de mantener su rango, debía hacer frente a considerables gastos suntuarios. En este mismo sentido, el oficio de las armas era un lujo; la caballería costaba cara y atestiguaba muy bien la existencia de cierto nivel de fortuna. El acto de armar caballero ayudaba indiscutiblemente al reconocimiento de la nobleza. En el Namurois, el mantenimiento de la nobleza exigía por lo menos un acto de armar caballero cada siete generaciones; ello subraya muy bien las dificultades financieras de numerosas familias.

Incapaz de armarse caballero, sin castillo ni casa fortificada y cultivando un exiguo dominio, el noble caía entonces y perdía su calidad. En determinados países, se perdía entre la masa de los campesinos propietarios, siendo en ocasiones menos rico que muchos de ellos, abandonaba el nombre del linaje y toda referencia a la nobleza. Por el contrario, en otras regiones, el noble empobrecido se distinguía aún de los plebeyos, como aquel «pobre gentilhombre» del Namurois estudiado por L. Génicot. *Nobleza* e *hidalguía (gentilhesse)* traducían así dos grados de fortuna (*nobilty* y *gentry* en Inglaterra). A veces, el noble, económicamente empobrecido, conservaba el nombre de la familia, aunque cultivase una pequeña parcela de tierra o ejerciese humildes oficios (a menudo, mesonero). De esta forma se desarrolló y mantuvo aquella «nobleza popular» tan conocida en Polonia, en el País Vasco, en Navarra e incluso en Bretaña, pero que, estudiando atentamente las genealogías o los registros fiscales, encontraríamos en muchas otras provincias.

2) Movilidad y complejidad de las condiciones sociales

A) Movilidad social

La propia imposibilidad de definir un estrato social como la nobleza, considerado sin embargo como muy representativo de la época, demuestra claramente la frecuencia y la amplitud de las corrientes humanas en el interior de esta sociedad. El mundo medieval era un mundo muy móvil. Algunos perdían la nobleza pero otros la ganaban. Lo mismo podríamos decir de las fortunas o de los éxitos políticos o mercantiles.

La idea de una sociedad estereotipada, bien separada en categorías por unas barreras estrictas e infranqueables es perfectamente inexacta.

Por el contrario, en todas las ciudades de Occidente los registros fiscales muestran, de una generación a otra, importantes cambios en las aristocracias: nuevos nombres aparecen sin cesar [16].

En Génova, los nombres conocidos en los primeros tiempos de la comuna y todavía en el siglo XIII (Zaccaria, Embriaci, De Vento) ya casi no se encuentran hacia 1460. En menos de un siglo, Florencia presenció el ascenso de tres generaciones diferentes de grandes compañías; en Venecia, las *case nuove* se sucedían a las *case vecchie*. En las ciudades de la Hansa, «la prosperidad de una gran familia apenas se extendía más allá de tres o cuatro generaciones» [17].

Estas nuevas fortunas no estaban siempre basadas en el comercio ni en el tráfico del dinero; he aquí el rasgo más original del período. Llegaban también los escribanos, técnicos tan necesarios para las escrituras, las cuentas y los procesos: notarios [18], corredores y hombres de leyes. Al comienzo eran gerentes, directores de las sucursales y responsables de los bancos públicos, pero después se atrajeron la simpatía de los propietarios y pronto establecieron a sus hijos. He aquí el triunfo del hombre tenedor de libros y, muy pronto, también el de una especie de nobleza de toga.

A pesar de todo lo escrito sobre la «decadencia» del final de la Edad Media, la ciudad occidental no nos aparecía como un mundo estereotipado o anquilosado, sino como un mundo joven que se renovaba sin cesar. Dicha juventud y fluidez eran los caracteres más sorprendentes de la sociedad de entonces. Las fronteras sociales no siempre estaban claramente trazadas ni parecían infranqueables. Ello explica muchos aspectos de la vida social e incluso de los paisajes urbanos.

Evidentemente, la Iglesia era otra forma de ascensión social; sin duda la que aseguraba las fortunas rápidas de hombres salidos de la nada. El origen, a menudo modesto, de los estudiantes universitarios, particularmente en París, y la multiplicación de los establecimientos de acogida, como los colegios de París, Oxford y Cambridge, atestiguan muy bien que el reclutamiento social era relativamente amplio (quizá muy amplio) pues, en ocasiones, se extendía hasta las aldeas más pequeñas. Ahora bien, la clericatura no sólo conducía a los cargos eclesiásticos; al contrario, distaba mucho de ello.

B) Complejidad y diversidad de las condiciones y de las actividades

Esta flexibilidad en el acceso a los cargos, a los poderes y a las fortunas, así como la movilidad de las condiciones humanas en una sociedad cambiante hacen que el hombre no pueda «clasificarse» cómodamente bajo una etiqueta económica y social muy exacta. La lectura exclusiva de los tratados de política y de economía, de los registros fiscales, de los reglamentos y ordenanzas y de los estatutos de oficios nos ofrece una imagen rígida de especializaciones y de límites. Pero tal lectura induce a error en cuanto impone una visión sistemática y preestablecida que no se corresponde con la realidad. Por el contrario, el estudio de documentos privados, libros de cuentas, cartas de negocios, testamentos e inventarios, así como todo tipo de contratos nos lleva a una concepción absolutamente diferente: las condiciones e incluso las profesiones se definían muy mal, se superponían y se sucedían en el curso de una sola vida. Ello valía tanto para los individuos como para los cuerpos sociales. Incluso desde el punto de vista económico, hablar del «noble» o del «mercader» es una simplificación abusiva.

El noble, por supuesto, podía ser propietario de un *manor* o capitán; pero también podía tener tal o cual oficio. En Italia y, a menudo, en otros países meridionales, se dedicaba a toda clase de comercio y de tráfico. Incluso ciñéndonos a Francia, aquella idea del noble únicamente ocupado de sus tierras y de la guerra debe ser profundamente revisada; comerciaba con todos los productos del suelo y podía ser también propietario de fraguas, de minas y de vidrierías. Al parecer, se dedicaba a todo tipo de comercio confiando su dinero a intermediarios. Hacia los años 1460, la dama de Châlon había prestado grandes sumas a varias personas por medio de su sobrino establecido en París; por ejemplo, 3000 libras tornesas a dos mercaderes; «había enviado 10 000 francos a París que le debían dar de beneficio cada año 1000 francos, de los cuales disfrutó mientras vivió» [19].

Por supuesto, lo mismo puede decirse de los «mercaderes», cuya condición nos aparece asombrosamente fluida y compleja. En primer lugar, porque el oficio no se transmitía a menudo de padre a hijo. La imagen de las dinastías de mercaderes no se generalizó en absoluto durante esta época. Al contrario. En Inglaterra, el hijo del mercader buscaba con frecuencia otra actividad, siendo excepcionales las sucesiones escalonadas en más de dos generaciones. En Francia, la práctica de la mercancía sólo era a menudo una etapa en la larga ascensión social. Por otra parte, la profesión, considerada en sí misma,

era muy compleja. Lo conocemos bien en cuanto a las grandes compañías italianas o alemanas: transportes, comercio al por mayor y al por menor, banca y cambio, préstamos y especulaciones de todo tipo. Pues bien, ocurría lo mismo a nivel de una pequeña compañía y de un individuo aislado. Ningún tipo de especialización predominaba. Además, los mercaderes eran también hombres políticos y oficiales provistos de cargos: podían ser mayordomos de sus parroquias o tesoreros de su fábrica y de su cofradía; otros podían ser arrendatarios de los impuestos municipales o reales y otros, en fin, consejeros de los soberanos (como Jacques Coeur, tesorero mayor de Carlos VII). Además, parece que, en todas partes, la fortuna mercantil corría a la par del ejercicio de cargos públicos y que una actividad entrañaba la otra.

Si nos atenemos a otros oficios que parecen implicar una verdadera especialización, la realidad es infinitamente más compleja de lo que suponen aquellos autores que se contentan con leer los estatutos de los gremios los cuales, en verdad, intentaban imponer estrechos límites al ejercicio de cada una de las profesiones. En efecto, estos reglamentos dan la impresión de que cada uno trabajaba en su lugar, limitado a un sector perfectamente definido.

Pero ocurría de muy diferente manera.

Veamos el ejemplo concreto de los especieros de Londres[20]. Su guilda profesional, la *Grocer's Company*, comprendía, de hecho, tres elementos, tres cuerpos de oficio bien diferentes: los *pepperers* (mercaderes de pimienta), los *grocers* (boticarios y vendedores de drogas) y los *roperers* (mercaderes de cuerda); únicamente los lazos de vecindad explican sin duda el montaje de tal asociación de ayuda mutua, perfectamente organizada en 1418. De hecho, la diversidad de las actividades nos aparece todavía más evidente si consideramos no ya la guilda, sino los individuos. Ante todo, sus negocios consistían, claro está, en traficar con la «especiería», es decir —y el abanico era bastante amplio—, las especias propiamente dichas, los colorantes, el jabón, el alumbre y los metales; a todo lo cual se añadía la mercería (sederías paños de oro, tapices, cañamazo, ámbar, marfil y espejos; un verdadero bazar...). Pero, los «especieros» importaban también granos (uno de ellos, con ocasión de las hambres de 1438, los hizo traer de Prusia) y vinos al por mayor, en lotes de 40 a 50 grandes toneles (de 900 l aproximadamente), a pesar del control del mercado por otro cuerpo de oficios, los *vintners*. Ciertos «especieros» negociaban las lanas y los paños ingleses siendo incluso mercaderes de la etapa, *staplers;* lo que implicaba por tanto la pertenencia a dos asociaciones profesionales diferentes (y quizás a tres, si contamos la de los *merchant venturers*).

Pocas profesiones aparecían tan claramente definidas como la de carnicero; que algunos poseyesen prados y ganado señala ya una

extensión de sus actividades, pero sin movernos todavía del mismo sector. Pero he aquí que un carnicero de Toulouse, en 1405, se asoció a un especiero para comprar y revender pastel [21] (!) Mathieu Chambon, carnicero de Montbrison, tenía un total de diez puestos de carnicería en tres emplazamientos de su ciudad; fabricaba manteca de cerdo, curtía y vendía sus cueros, todo lo cual puede parecer bastante natural; pero es que también hacía tejer paños por una serie de obreros tejedores, vendía en su tienda los paños de Le Puy y Lodève, y compraba a los mercaderes que iban de paso hierro y acero de Nevers en lingotes, herraduras y clavos que revendía después a los herreros de las aldeas [22].

Por tanto, ni la condición social ni las actividades económicas se definían por la pertenencia a un orden o a un oficio. La realidad cotidiana parecía mucho más compleja.

C) ¿SOCIEDADES URBANAS Y SOCIEDADES RURALES?

De la misma manera, la distinción entre comunidades o sociedades urbanas, por un lado, y comunidades y sociedades rurales, por otro, no se manifiesta de manera evidente, a la luz de recientes estudios. Ya sabemos hasta qué punto las economías eran solidarias y hasta qué punto lo eran también el mercado de la mano de obra y el mercado del dinero y de los capitales en uno y otro medio.

Las estructuras sociales y las pertenencias son igualmente difíciles de definir y de aislar. Parece totalmente artificial continuar hablando de esructuras propias de la ciudad opuestas a las del campo: como parece igualmente osado situar a un individuo sólo en relación a una de estas estructuras.

Sobre todo, los autores han insistido en el papel desempeñado por las ciudades en el campo vecino y, refiriéndose al final de la Edad Media, han subrayado las etapas y los diferentes aspectos de esta conquista y de esta toma de posesión, económicas, políticas y sociales [23].

El proceso por el cual Florencia llegó a dominar progresivamente todos los valles vecinos, sometiendo así su *contado*, ha sido estudiado de una manera muy acertada por E. Fiumi [24], que observa en esta especie de ósmosis económica y social una de las razones de la potencia y estabilidad de la ciudad.

En los países mediterráneos, la intervención de los mercaderes habría favorecido la formación de comunas rurales (*castri* o *borghi* en Italia), más o menos autónomas, aunque controladas por la gran ciudad próxima, que instalaba allí a un oficial y detentaba el castillo. P. Torelli describía en la región de Mantua una comunidad (más bien una *comuna*) de economía agrícola cuya vida social

y política recordaba exactamente a la de las ciudades[25]. Estudiando sucesivamente los diferentes tipos de contratos y la distribución de la propiedad, y trasladando después su atención hacia los hombres que estaban en el poder, el autor mostraba cómo se desarrollaron, en un territorio que sólo vivía del trabajo de los campesinos, unas estructuras sociales, unos modos de vida y un gobierno comparables a los de las ciudades mercantiles.

Sin embargo, la teoría de una conquista del campo por la ciudad no explica todo. Las relaciones sociales eran mucho más complejas y el estudio comparativo de las condiciones y las instituciones ofrece con certeza unas perspectivas de investigación mucho más fecundas.

Así, por ejemplo, las investigaciones más sistemáticas de M. David le han llevado a definir las relaciones jurídicas y sociales entre burguesía rural por un lado y burguesía urbana por otro [26]. Se trata de la primera síntesis que, en algunos puntos particulares pero esenciales, coloca frente a frente a los grupos privilegiados y activos de los dos ámbitos.

Por otra parte, en un punto concreto, la historia de las franquicias rurales y de las franquicias urbanas puede orientarse también hacia un estudio comparativo. Las similitudes en todos los casos son sorprendentes. Las libertades o derechos otorgados eran de la misma naturaleza y, con mucha frecuencia, sólo se aplicaban a la aristocracia, ya fuese urbana o campesina. Sería interesante determinar con exactitud qué campesinos se beneficiaban de las libertades otorgadas, puesto que nunca se concedían a todos los habitantes de un amplio territorio [27].

Tales similitudes, en realidad muy poco estudiadas, han sido interpretadas como una evidente influencia de la ciudad sobre el campo. Pero ello no es del todo cierto. Las franquicias obtenidas por las comunidades campesinas eran más numerosas e incluso en ocasiones, más generosas y bastante más duraderas.

Numerosas aldeas de la Thiérache habían adoptado una «ley», llamada «ley de Prisches», que iba mucho más allá de la franquicia arrancada por los habitantes de Laon a su obispo; Prisches y otras varias aldeas se habían organizado en comunas, con juramento mutuo, siendo utilizado el término de comuna por uno de ellos[28].

La distinción entre comuna urbana y comuna rural no siempre aparece con claridad. Y ello ni siquiera a nivel de los individuos. El estudio concreto de los miembros de las comunas puede reservar algunas sorpresas. Una «lista de las personas residentes en la ciudad de Provins y en las aldeas que pertenecen a la comuna y que son de la citada comuna» relaciona a 2601 habitantes, de los que 960 tenían sus domicilios en 8 aldeas diferentes de los alrededores[29]. De la misma manera, las cuentas municipales y los registros judiciales de la ciudad de Mantes citan a una serie de *comuneros* que eran de varias aldeas o pueblos de la región.

3) La noción de grupo social y sus manifestaciones

De esta forma, el hombre, por sus actividades económicas, por sus intereses y simpatías, y en su vida cotidiana no podía definirse únicamente por su pertenencia a un «orden» político ni a una asociación de carácter socioprofesional (las guildas o gremios e incluso las compañías más desarrolladas) ni tampoco a una organización política que no siempre encajaba con su propia residencia.

Aquí nace el interés por definir las realidades de la vida social, por precisar los diferentes tipos de solidaridades y los marcos (o digamos mejor los *grupos sociales*) que caracterizaban de una manera mucho más eficaz a cada uno de los individuos. No cabe duda de que tales grupos eran de naturaleza muy variada, forjados y mantenidos por lazos de sangre, lazos de vecindad, un culto común y por una serie de alianzas todavía más complejas y delicadas de definir; además, cada hombre podía naturalmente apelar a varios de ellos, pues allí encontraba protección y consuelo.

Estos grupos, muy diversos, se situaban casi siempre al margen de las instituciones oficiales, al margen del Estado; precisamente se desarrollaban sobre todo en los momentos de debilidad del Estado, ya fuese municipal o real.

Evidentemente eran mucho más difíciles de captar que los cuerpos políticos constituidos; muchos de ellos sólo se mantenían y vivían en virtud de tradiciones y de convenios tácitos rarísima vez explicitados. Los documentos que les afectan son casi siempre muy escasos; por ello, el estudio de estos grupos sociales no ha llamado debidamente la atención de los historiadores hasta hace poco tiempo.

Sin embargo, la pertenencia a uno de estos grupos se manifestaba en numerosos aspectos de la vida cotidiana: por ejemplo, condiciones de vida, vecindades y urbanismo [30], el traje y el hecho de llevar librea, *colores* particulares, devociones en común, procesiones y, sobre todo, fiestas.

La fiesta pública, manifestación del grupo social. El gusto por el espectáculo se manifestó muy intensamente en todas las civilizaciones medievales de Occidente. En los países meridionales, la ciudad había heredado la afición de la plebe romana por los juegos del circo. Pero, si conocemos bien las fiestas del Renacimiento [31], las de la Edad Media desaparecen de nuestra vista con más frecuencia [32] cuando la tradición no se ha mantenido hasta nuestros días estimulada a menudo por el interés que hacia ellas manifiesta el turismo moderno. Sería necesario mostrar el considerable y decisivo papel que desempeñaban los

festejos populares en la vida de la ciudad. Todo era pretexto y ocasión para ello: ceremonias religiosas animadas por las cofradías, ceremonias civiles donde se manifestaban el poderío y el orgullo de la comuna: el matrimonio del dux de Venecia con el mar, por ejemplo, o las grandes entradas de los soberanos. Ciertos juegos eran absolutamente gratuitos y ofrecidos al pueblo. Los del jubileo y, sobre todo, del carnaval romano recordaban muy exactamente los espectáculos del anfiteatro en Roma y Bizancio. En las calles y sobre los ríos, los desfiles del carnaval, de los Reyes Magos en la Epifanía, de las carrozas de flores el día del santo patrón, de las góndolas en Venecia y Pisa permitían otros tantos alardes fastuosos.

Sin embargo, la mayor parte de las fiestas eran combates y juegos deportivos. Por supuesto, no eran carreras de carros pero sí carreras de caballos en el *Palio* de Siena, celebradas en la plaza comunal, ceñida por los palacios de fachadas abiertas por centenares de ventanas, los balcones alineados como otras tantas tribunas y el suelo curvado en forma de concha, como un auténtico anfiteatro de piedra ocre. En Venecia, las carreras de góndolas enfrentaban a los diferentes *sestieri* de la ciudad; en Pisa, las justas náuticas sobre el Arno. En otras regiones, ciertos juegos heredados de la época feudal, como los torneos, se convirtieron en simples pretextos para grandes alardes y toques de trompetas. En Arezzo era el ataque al maniquí por un caballero armado con lanza, recuerdo del antiguo ejercicio del estafermo tan caro a los guerreros del siglo XI. Ahora los burgueses habían adoptado el torneo y el estafermo. Igual que habían adoptado el balón de los campesinos en Florencia para el juego del *calcio*, que enfrentaba a los cuatro grandes barrios de la ciudad. Tradiciones romanas, feudales o campesinas se unían en los juegos populares de las ciudades de Occidente.

No era sólo diversión. Tales competiciones no tenían nada de amistoso, sino que consagraban la victoria de un grupo social, un verdadero triunfo. Con frecuencia, las justas eran peligrosas. En Venecia, por ejemplo, una o dos veces al año los jóvenes se golpeaban a bastonazos durante horas en el puente que separaba los barrios de los Castellani y de Nicolotti, intentando tirar al adversario al canal; cuando llegaba la noche, cada partido contaba sus heridos y sus muertos. Sin duda alguna, estos combates eran muy frecuentes en las ciudades mediterráneas [33]. León el Africano dice que también en Fez los jóvenes se enfrentaban en una serie de luchas que causaban regularmente varias víctimas.

Nos hallamos, pues, ante una tradición mediterránea donde las rivalidades entre barrios y entre facciones se exasperaban aún, como antaño, con ocasión

de las luchas callejeras. Además, la organización de estos juegos, en la ciudad italiana y también en muchas otras regiones, recaía a menudo en las compañías de los barrios, las *contrade*, los *partidos*, como en Bizancio los *azules* y los *verdes*. En Florencia, los juegos, mascaradas, conciertos y combates simulados, que pronto se convertían en riñas brutales y sangrientas, eran cuidadosamente preparados por las *potencias*, divididas en compañías de barrios. Esta necesidad de competición y de emulación mantenía las facciones rivales y la solidaridad de grupos y alianzas más que, al parecer, cualquier otra consideración política o social.

Tanto en el campo como en la ciudad se desarrollaron así unas sólidas células sociales muy unidas. Aislado, el individuo permanecía impotente y apartado de toda vida espiritual, de todos los juegos y espectáculos. El espíritu de cuerpo animaba todas las acciones del hombre, exasperándose en las fiestas y en todas las manifestaciones de la vida social.

Esta absoluta influencia del grupo social señala el camino a las investigaciones de historia social. Debe retener la atención por encima de todo.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. Véase a este respecto las sugerencias de G. Duby, Une enquête à poursuivre: la noblesse dans la France médiévale (*Revue Historique*, t. CCXXVI, 1961), y de L. Génicot, La noblesse au Moyen Age dans l'ancienne «Francie» (*A.E.S.C.*, 1962). R. Boutruche ha analizado este complejo problema en su Bulletin sur l'Histoire de France au Moyen Age (*Revue Historique*, 1965, enero-marzo).
2. J. Schneider, *La ville de Metz* [486], págs. 145 y ss.
3. E. Maschke, *Continuité sociale* [471], págs. 944; véase también F. Vercauteren, *Les luttes* [496].
4. Ph. Dollinger, Patriciat noble et patriciat bourgeois à Strasbourg au XIV[e] siècle (*Revue d'Alsace*, 1950-1951).
5. E. Cristiani, *Nobiltà* [432].
6. Ph. Dollinger, *La Hanse* [96], pág. 165.
7. Ph. Dollinger, *La Hanse* [96], págs. 328-329.
8. G. Fourquin, Le droit parisien de la fin du Moyen Age: Droit des «notables» (*Études d'histoire du droit parisien*, París, 1970-1971, págs. 375-395).
9. P. Thibault, Un notable parisien du XV[e] siècle: Martin de La Planche (*Le Moyen Age*, 1971, págs. 451-492).
10. Por ejemplo, R. Fédou, *Les hommes de loi* [436].
11. G. Fourquin, *op. cit.* (*supra*, nota 8), págs. 394-395.
12. L. Génicot, *L'économie rurale* [195], t. II; E. Perroy, Social mobility among the French Noblesse in the later Middle Ages (*Past and Present*, 1962); La noblesse forézienne et les ligues nobiliaires de 1314-1315 (*Bulletin de la Diana*, 1960); Les Vert de Saint-Bonnet. Essai de filiation (*ibídem*, 1964).
13. M.-Cl. Gerbet, Les guerres et l'accès à la noblesse en Espagne de 1465 à 1492 (*Mélanges de la Casa Velázquez*, 1972, págs. 297-326).
14. R. Cazelles, *La société politique et la crise de la royauté sous Philippe de Valois*, París, 1958, pág. 291.
15. Sobre todo ello G. Sivery, *Les structures* [252], págs. 788, 794-796.
16. Así, por ejemplo, para el suroeste francés: Ph. Wolff, *Les estimes toulousaines* [503]; A. Higounet-Nadal, *Les comptes de la taille* [15].
17. Ph. Dollinger, *La Hanse* [96], pág. 380.
18. C. R. Cheney, *Notaries public in England in the XIIth and XIVth Centuries*, Oxford, 1972.
19. M.-T. Carou, *Les Châlon* (cf. *supra*, nota 27, capítulo primero de la segunda parte), págs. 300-302.

20. S. L. THRUPP, *The Merchant* [336].
21. G. FAGNIEZ, *Documents relatifs* [8], pág. 185.
22. E. FOURNIAL, *Les villes* [441], págs. 212 y ss.
23. Cf., por ejemplo, J.-P. MOLÉNAT, Tolède et ses finages au temps des Rois Catholiques (*Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1972, págs. 327-377) y E. MITRE FERNÁNDEZ, Córdoba y su campiña. Una marca fronteriza al comenzar el siglo XV (*Cuadernos de Estudios Medievales*, 1973, págs. 9-32).
24. Sui rapporti economici tra Città e Contado nell'età communale (*A.S.I.*, 1956).
25. *Un Commune citadino*, Mantua, 1930 y 1952, 2 vols.
26. Les laboratores, du renouveau économique du XII[e] siècle à la fin du XIV[e] siècle (*R.H.D.*, 1959). Para Italia: La territorialità come base dell'ordinamento giuridico del contado nell'Italia medioevale (*Archivio Fondazione Italiana Storia Administrativa*, Milán, 1963).
27. Cf., por ejemplo, P. VAILLANT, *Les libertés des communautés dauphinoises des origines au 5 janvier 1355*, Paris, 1951, 679 págs.; véase también H. NABHOLZ, Eine Eidgenossenschaft in der Dauphiné (*Festgabe für Bundesarchivar H. Turlar*, Berna, 1931).
28. G. SIVERY, *Les structures* [252], págs. 396 y ss. Sobre estas comunidades rurales, su organización y sus poderes, cf. *infra*, págs. 265 y ss.
29. F. BOURQUELOT, Un scrutin du XIV[e] siècle (*Mémoires de la Société nationale des Antiquaires de France*, 1852, vol. XXI, pág. 455).
30. Cf. *infra*, págs. 260 y ss.
31. J. JACQUOT, *Les fêtes de la Renaissance*, París, 1956; F. FRANCASTEL, La fête mythologique du Quattrocento (*Revue d'Esthétique*, 1951); B. TAMASSIA MAZZAROTTO, *Le Feste Veneziane. I Giochi popolari*, Florencia, 1961.
32. Cf. J. HEERS, *Fêtes, jeux* [534].
33. V. SALVESTRINI, *Il gioco del Ponte di Pisa*, Pisa, 1933.

Capítulo II

Familias y clanes familiares

1) Familias naturales y familias artificiales

En 1932, escribía Marc Bloch: «Casi no contamos con ningún estudio concreto sobre los lazos de parentesco en la Edad Media» [1]. Desde entonces, los progresos en este ámbito no han sido muy apreciables [2].

La historia de la familia campesina en la Edad Media está muy mal conocida. Sin embargo, sabemos que se oponían o se sucedieron, según las épocas y las regiones, dos tipos de grupo familiar de muy desigual importancia. Por una parte, la célula conyugal, o familia en el sentido estricto y moderno de la palabra, limitada a los esposos y a los hijos no casados. Por otra parte, una familia mucho más numerosa y potente que comprendía a todos los miembros colaterales, disponía de un patrimonio común y con frecuencia conservaba en su seno a los hijos después de su matrimonio; algunos autores llaman a este tipo de familia el *linaje*. A pesar de esfuerzos y prohibiciones de todo tipo, esta gran familia no siempre lograba resistir a la fragmentación del grupo ni oponerse a la partida de las jóvenes parejas hacia otras tierras o hacia las ciudades. Tales deserciones debilitaban a la comunidad, amenazaban la integridad del patrimonio territorial y, sobre todo, hacían más gravosas las cargas fiscales que pesaban sobre cada uno.

Con todo, el estudio del grupo familiar en el Occidente medieval no puede limitarse a una descripción de ambos tipos, familia conyugal y familia más amplia, especie de linaje o de grupo consanguíneo; tampoco puede reducirse a un análisis, por más fecundo que sea, de la evolución de uno y otro tipo, de sus causas y de la repartición en el tiempo y en el espacio de los grandes grupos familiares.

Desde este punto de vista, las estructuras sociales son con frecuencia mucho más complejas. Las familias poderosas, señoriales o campesinas, rurales y, después, ciudadanas, se enriquecían fácilmente con nuevas aportaciones. Por medio del juego de alianzas, agregaciones y adopciones de todo tipo se formaron amplísimas familias artificiales donde cada grupo primario, incluso cada pareja, salvaguardaba su autonomía y, a veces, hasta cierta libertad. Tales comunidades de tipo familiar, más o menos artificiales, tales clanes o confederaciones de clanes se desarrollaron especialmente a nivel aristocrático (señores, nobles, ricos labradores) y tanto en el campo como en la ciudad.

2) Comunidades familiares de campesinos

El deseo de mantener la herencia intacta y de prohibir la partida de los hijos o, al contrario, la falta de hijos (y, por tanto, de brazos), la inseguridad y los esfuerzos que exigía la reconstrucción de las tierras después de las grandes catástrofes favorecieron de forma evidente los modos de vida colectiva.

Ello originó la formación de unas comunidades más artificiales que, al lado de los miembros de una sola familia, recibían a los amigos y a los allegados. Tales comunidades, llamadas *tácitas (taisibles)* en el Norte, se sancionaban, por el contrario, en las regiones meridionales por unos acuerdos escritos, llamados contratos de *affrairamentum*, que ha estudiado R. Aubenas [3]. De esta forma surgieron y se conservaron, a veces durante siglos, aquellos poderosos grupos de *parçonniers* o *coparçonniers*, las *frairies* del Mediodía y las *frereschès* del Poitou. En la península ibérica, por medio de los pactos de *fraternidad artificial*, los extranjeros eran admitidos a formar parte del grupo familiar, llamado aquí *hermandad*, *hermanamiento*, *agermanament*, *unitas* o aún *germanitas*; algunos historiadores han creído ver aquí una herencia de las prácticas y del derecho visigodos. En el Alto Aragón, donde dominaban estas grandes familias comunitarias, sólo en 1307 obtuvieron los campesinos el derecho de hacer testamentos [4].

En el Norte, las *faides* de los Países Bajos se multiplicaron durante el siglo XIV; en Inglaterra, los caseríos diseminados por los valles de los Cotswood no agrupaban en torno al molino sino a una sola gran familia. En los valles alpinos, particularmente en el Valais, las grandes comunidades familiares mantenían muy estricta la soli-

daridad de sus miembros y tanto el derecho como la propiedad del individuo no se liberaron hasta muy tarde [5].

La comunidad vivía bajo la dependencia de un jefe, a menudo elegido de forma vitalicia, o de varios gobernadores; en ocasiones, hasta de una mujer. Nos encontramos, pues, en ciertas regiones, ante una vida solidaria, bajo un mismo techo. La vivienda rural expresaba la solidaridad de estos lazos sociales de origen familiar. Así lo vemos en las casas comunitarias de Córcega donde, según las comarcas, cada celebración de un nuevo matrimonio iba acompañada por la elevación de un piso o por la anexión de otro edificio a la casa principal [6]. Una casa del país de Caux, de la que desearíamos encontrar más ejemplos, abrigaba en 1484 hasta diez parejas y 70 personas bajo un mismo techo [7]. Comprendemos así la dificultad de definir la noción de fuego y las precauciones que implica todo trabajo estadístico a partir de los recuentos fiscales.

La historia de las comunidades familiares está todavía por hacer. Ella permitiría iluminar y explicar determinadas formas de explotación y del paisaje rural. Casi siempre es la evolución de las relaciones humanas la que caracteriza y provoca la de los «aspectos materiales de la vida campestre».

De todas maneras, ya fuesen familias naturales fecundas y solidarias o familias en su mayor parte artificiales, el grupo social de los campos de Occidente al final de la Edad Media se extendía muy a menudo más allá del simple «matrimonio». En el campo, las grandes comunidades de sangre vivían en casas de pisos o en caseríos instalados en las tierras poseídas y, a veces, explotadas en común. Las encontramos en Borgoña [8], en Bretaña, en Francia central [9], en los valles del Jura y de los Alpes y en la Suiza de lengua francesa, donde persistía aún en la segunda mitad del siglo XIV la costumbre de consultar a todos los parientes antes de enajenar un bien territorial. Esta práctica de la *laudatio parentium* sólo se traducía, a veces, en la presencia de todos los miembros de la familia a título de testigos cuando se firmaba el contrato [10]. En documentos de los años 1460, relativos a las montañas mediterráneas, se citaba todavía muy a menudo la *parentela* o grupo familiar que reunía a todos los parientes.

De manera general, podemos aprender mucho de las prácticas jurídicas, ya que nos muestran muy claramente la intervención constante del grupo familiar o incluso de comunidades más amplias en la vida del campo; podemos remitirnos así a las cartas de perdón, a las indagaciones episcopales y a las crónicas criminales [11].

3) Los clanes familiares de los nobles y de los patricios

Las sociedades urbanas de Occidente heredaron las tradiciones romanas de la *gens* o incluso ciertas prácticas tribales más antiguas. Además, la aristocracia urbana, desde su origen, guardó profundos vestigios de las estructuras de la aristocracia rural, la de los feudos. Por la inmigración a la ciudad de grandes linajes procedentes del campo y de la montaña (como los nobles *selvatici* de Pisa) o, más bien, de una parte de tales linajes, dicha aristocracia era con frecuencia su prolongación, conservando estrechos lazos con sus feudos de origen.

De esta forma se mantuvieron e incluso, en momentos difíciles, se reforzaron en muchas ciudades amplios grupos formados por varias familias; grupos cuyo modelo —los nombres de *casa, hôtel, albergo, paraige* o *parentela, consorteria* lo indican— debe ser buscado en las grandes comunidades de nobles rurales.

El conocimiento de estos clanes familiares en las ciudades de la época resulta indispensable para estudiar las estructuras sociales de la ciudad, sus costumbres, su vida política y diversos aspectos del urbanismo y de la vida cotidiana.

J. Schneider ha señalado la existencia en Metz de una serie de *paraiges* o asociaciones de nobles agrupados por barrios y poseyendo grandes mansiones *(hôtels)* de piedra con varios pisos [12]. En Italia, su papel y su poderío se manifestaban con más claridad. En Florencia, cada gran familia tenía su plaza o su calle; cuando la mujer se casaba entraba *en casa* de los padres de su marido (*nei Alberti* por ejemplo); y los cronistas de la época hablaban con soltura de la *gente Alberta*. La omnipotencia de la familia dejaba su huella en las estructuras económicas de la ciudad; las compañías mercantiles, cuya influencia se extendía, como ya sabemos, al mundo entero, se organizaron en torno a una familia, a dos o tres todo lo más.

A veces, estos grupos llegaban al extremo de aceptar a los extranjeros, formando entonces un *casato* más poderoso, un *consorzio*. Los recién llegados abandonaban pronto su nombre y sus emblemas heráldicos, participando en todas las ceremonias y festejos de la nueva familia; se trataba de una auténtica *adopción* que obliga a pensar en las comunidades tácitas y en las fraternidades del campo. El acta de fundación de un *consorzio* florentino firmada hacia 1380 decía: «Todos nosotros juramos ahora que nos ayudaremos como

hacen y deben hacer los que están auténticamente unidos por la misma sangre».

Una situación parecida encontramos en muchas otras ciudades de la Italia del Quattrocento [13]. En Génova, toda la vida social, económica y política reposaba en los grupos familiares *(alberghi)*, por lo menos entre los *nobili*, obligatoriamente inscritos a un *albergo*. Estas *casas* eran cada vez menos numerosas pero más fuertes: había 70 aproximadamente al comenzar el siglo y sólo una treintena hacia 1460; tal evolución subraya un claro refuerzo de los clanes familiares [14].

El *albergo* genovés debía su fuerza a unas instituciones comunes: asambleas y gobernadores para resolver los litigios o percibir las multas, capitales administrados en su nombre en los registros de la *Casa di San Giorgio*, instituciones caritativas y, a menudo, clientela de individuos modestos o pobres y de esclavos manumitidos que conservaban el nombre del amo y vivían a su sombra. Por ejemplo, 400 o quizá 600 personas llevaban el nombre de Doria o Spinola; pero, por supuesto, no todos eran aristócratas. Ciertos *alberghi* representaban entonces una auténtica potencia militar y política. A nivel económico y financiero, sólo los Spinola pagaban la décima parte del impuesto directo que se percibía en toda la ciudad.

El clan de los nobles y el urbanismo medieval. La fuerza de estas *casas* se debía sobre todo a su cohesión, a los lazos de vecindad y al hecho de que todos los miembros vivían en el mismo barrio. Florencia hablaba de las *consorterie e federazioni di case e di torri*. En su origen, las *consorterie* toscanas agrupaban a los miembros de una familia que habían heredado un castillo conservado indiviso; llegados a la ciudad, anudaron entonces una serie de alianzas que englobaban también a los nobles del campo, del *contado*. Un contemporáneo escribe sin vacilación que «la vecindad significa verdaderamente parentesco» y que los aliados de un grupo familiar estaban «unidos por amor, parentesco y vecindad». En Venecia, todavía en 1480, la *Ca'Falier ai Santi Apostoli* no incluía una sola casa, sino un grupo de propiedades entre las que se alzaba, más hermosa e imponente que las demás, la *ca'grande* de los dueños [15]. En Génova, ello se observa todavía más claramente. Dos o tres familias de una pequeña plaza y los habitantes de algunas casas contiguas formaban con frecuencia un *albergo*. El clan vivía a la sombra de las torres fortificadas, cerca de la *loggia* donde se reunían todos aquellos vecinos; cerca también de la iglesia *gentilice* que tenía sus propias ceremonias y devociones; y cerca, por fin, de los almacenes y de los baños termales comunes. Las casas ofrecían a la calle o a la

plaza sus fachadas altas y estrechas, dando resueltamente la espalda a los barrios artesanos, desunidos e inorgánicos. Como auténticas fortalezas en el seno de la ciudad, los *alberghi* tenían su vida propia, dirimiendo sus litigios entre ellos mismos.

A veces, la vecindad entrañaba una serie de particulares iniciativas económicas. Éste fue el caso, muy sorprendente, de los Giustiniani genoveses. En 1346, varias familias mercantiles —algunas pertenecientes a la antigua *nobleza* y otras, por el contrario, muy *burguesas*— habían financiado por sí mismas la expedición armada para reconquistar la isla de Quíos. Más tarde, todos aquellos hombres tomaron el nombre común de Giustiniani. La comuna, demasiado endeudada para devolver el dinero prestado, debió cederles prácticamente todos sus derechos sobre la isla; de aquí la potencia económica y financiera de la *Maona* de Quíos. Ahora bien, estas diversas familias de los Giustiniani vivían, desde 1346, en el mismo barrio, en torno a una pequeña plaza, célula particular de la ciudad; vemos pues cómo se afirmaba la omnipotencia de los lazos de vecindad en la vida económica, social y militar de la ciudad.

Por otra parte, el clan reunía a individuos de condiciones y de fortunas muy diferentes, desde los más ricos a los más modestos, ligados por la misma suerte y conscientes de una intensa solidaridad. La solidaridad del grupo, el deseo de protección de los débiles y la necesidad de disponer de una numerosa clientela por parte de los poderosos, mantenían estrechas vecindades entre familias que no tenían la misma fortuna ni el mismo género de vida.

La rica vivienda ligaba siempre estrechamente a los propietarios con la vida de las calles, con los trabajos y festejos del pueblo. En Milán y, más todavía, en Génova, en las casas más nobles, la planta baja estaba ocupada por tiendas de artesanos o incluso por talleres de tejedores. Encima, una especie de entresuelo bastante oscuro se abría al exterior por unas ventanas bajas; allí vivían los artesanos; el propietario y su familia vivían en el piso noble, la *caminata* y habitaciones vecinas; arriba de todo estaban las cámaras para los esclavos y los *familiares.* La práctica del entresuelo, el *mediano*, no era solamente italiana y ni siquiera mediterránea; la encontramos en muchas otras ciudades, traduciendo siempre una evidente promiscuidad entre ricos y pobres.

De esta forma, la vecindad entre diferentes categorías sociales seguía siendo muy estrecha, a menudo en el interior de la misma casa. Salvo raras excepciones, la aristocracia urbana no había introducido aún un tipo particular de casa, más noble y perfectamente aristocrática.

De la misma manera, la discriminación y la separación entre los diferentes barrios no siempre aparecía muy desarrollada, por lo menos en las ciudades del Mediodía donde el amplio clan familiar conservaba todavía una fuerte resonancia social. Ningún barrio aristocrático se destacaba de forma espectacular. El noble permanecía cerca de los suyos, de sus clientes; ello lo vemos en toda Italia, de Nápoles a Milán. Las hermosas viviendas, palacios de los ricos, eran vecinas de otras mucho más modestas o de una especie de casas de alquiler divididas en pequeños alojamientos. En Génova, la primera gran calle aristocrática, la *Strada Nouva*, bordeada únicamente de grandes palacios, no fue abierta hasta 1560, cuando los clanes de los nobles se aislaban de sus clientelas. Hasta ese momento, el urbanismo reflejaba otras estructuras sociales, muy particulares.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. Noms de famille et histoire sociale (*A.E.S.C.*, 1932).
2. Sin embargo, entre los estudios recientes, véanse: K. SCHMID, Zur Problematik von Familie, Sippe und Geschlecht, Haus und Dynastie beim mittelalterlichen Adel (*Zeitschrift für Geschichte des Oberrheins*, t. 105, 1962); PONTICELLI, Natura giuridica e organizzazione della famiglia colonica toscana (*Studi senesi*, 1941); M. GONON, *La vie familiale en Forez au XIV*ᵉ *siècle et son vocabulaire d'après les testaments*, París, 1961; R. VAULTIER, *Le folklore* [560], págs. 1-44.
3. R. AUBENAS, Le contrat d'affrairamentum (*Revue historique de Droit français et étranger*, 1933), y Réflexions sur les «fraternités artificielles» au Moyen Age, en *Études d'histoire à la mémoire de Noël Didier*, París, 1960; J. GAUDEMET, *Les communautés familiales*, París, 1963.
4. J. COSTA, *Colectivismo agrario en España*, Madrid, 1898; E. DE HINOJOSA, La fraternidad artificial (*Revista de Archivos*, 1905).
5. G. PARTSCH, *Das Mitwirkungsrecht der Familiengemeinschaft im älteren walliser Recht*, Ginebra, 1955.
6. PH. ARBOS, La maison corse: raisons historiques et sociales (*Revue de Géographie alpine*, 1933).
7. M. BLOCH, *Caractères* [156], I, pág. 170.
8. P. DE SAINT-JACOB, Études sur l'ancienne communauté rurale en Bourgogne (*Annales de Bourgogne*, 1941-1953).
9. H. DUSSOURD, *Au même pot et au même feu*, Moulins, 1962; A. LUGNIER, Les communautés familiales de Roche du XVᵉ siècle à nos jours (*Bulletin de la Diana*, t. XXXI).
10. R. GRAND, Quelques survivances régionales d'une communauté de famille ou de clan dans la pratique coutumière (XIᵉ-XIVᵉ siècle) surtout en France et Suisse romande (*Rev. hist. de Droit français et étranger*, 1952); G. PARTSCH, *Das Mitwirkungsrecht der Familiengemeinschaft im älteren walliser Recht*, Ginebra, 1955.
11. M. JUILLARD, La vie populaire à la fin du Moyen Age en Auvergne, Velay et Bourbonnais d'après les lettres de rémission au XVᵉ siècle, en *Revue d'Alsace*, 1951, págs. 1-68; A. PFLEGER, Moeurs populaires du XVᵉ siècle. La Cour de Justice du «Scheissmeier» de Strasbourg (*Ibídem*, t. 17, páginas 53-68); L. CELLIER, Les moeurs rurales au XVᵉ siècle d'après les lettres de rémission, en *Bulletin philologique et historique*, 1959.
12. J. SCHNEIDER, *La ville de Metz* [486], págs. 114 y ss., 145 y ss.

13. Para Pisa, donde las *consorterie* de los antiguos nobles jugaron siempre un gran papel a finales del siglo XIII, véase E. CRISTIANI, *Nobiltà e Popolo* [432].
14. Véase J. HEERS, *Gênes au XV[e] siècle* [449], págs. 564-575.
15. V. LAZZARINI, *Marino Faliero*, Florencia, 1963.

CAPÍTULO III

Comunidades de vecindad: las comunidades rurales

Los lazos de vecindad no se desarrollaron exclusivamente en el interior de un amplio marco familiar, sino que influyeron, de hecho, en todos los aspectos de la vida social. En las ciudades, los *terciers*, *quartiers* o *sestiers*, las *gâches* del suroeste francés, los burgos, las parroquias, los *popoli* de Toscana, las *contrade* y *conestagie* de diferentes regiones de Italia, bases de percepción fiscal y bases electorales para la designación de los magistrados, formaban grupos sociales muy solidarios, activos y bien definidos. A estos grupos se superponían a veces una serie de asociaciones espontáneas, más o menos duraderas, nacidas especialmente del deseo de establecer una defensa común en los períodos de disturbios, como, por ejemplo, las *vicinie* o las *sociedades de puertas* en las ciudades de Italia. Sin embargo, los lazos de vecindad eran mucho más fuertes en el campo. La comunidad rural, aldeana o plurialdeana se desarrolló como una realidad económica, social y política muy poderosa pero, por desgracia, con demasiada frecuencia olvidada por los historiadores, obsesionados por el señorío y por las relaciones señores-campesinos.

1) La aldea y las comunidades aldeanas

A) ORÍGENES Y DESARROLLO

No cabe duda de que la toma de conciencia de la comunidad en el campo nació de la idea de seguridad y de salvaguarda, encontrándose por ello ligada a la definición de lindes materiales.

Al principio, las lindes se definían muy a menudo mediante una noción jurídica y religiosa concreta: la idea de una protección particular concedida a las

tierras situadas en el interior de unas fronteras claramente materializadas en el terreno. Este sentimiento ha sido perfectamente analizado por K. S. Bader para los pueblos o aldeas de Suiza y Alemania meridional [1]: cada área habitada se rodeaba con una verdadera empalizada de madera, sólida y permanente, llamada *etter;* estos recintos han dejado su impronta todavía en el paisaje de ciertos cantones suizos. Reunidos y yuxtapuestos, formaban la aldea, distinta del campo abierto, abandonado a sí mismo. En el interior de los espacios cercados se ejercía una jurisdicción muy particular, auténtica inmunidad que colocaba a los habitantes fuera del alcance del señor detentor de la justicia. Por otra parte, en las mismas regiones, la ciudad poseía también sus propias empalizadas, su propio *etter*, que se beneficiaba de mayores ventajas.

Más tarde, a esta noción jurídica vino a añadirse la de la protección religiosa: el lugar cercado era un enclave, un lugar de paz. G. Duby señala a este respecto la importancia que tenía en el sureste de Francia el *cimiterium*, espacio cercado, entonces cubierto de casas y sobre el cual se extendía la paz de Dios [2]. De un lugar de refugio rápidamente habitado, el *cimiterium* dio lugar así a la parroquia rural.

Hemos de evocar sobre todo el problema de las cruces de término rurales, que no sólo eran signos de piedad o lugares de parada para las largas procesiones de los días de verano, sino que señalaban también una jurisdicción privilegiada. Así lo había demostrado ya en 1903 A. Chéron en un corto artículo sobre *Les croix de franchises en Berry* [3]. Seguidamente, G. Le Bras ha subrayado el interés que tienen tales investigaciones [4]. Las cruces de término rurales indicaban a menudo los límites de una circunscripción eclesiástica, de una parroquia. En el suroeste de Francia, las *sauvétés* estaban delimitadas por una serie de cruces de término.

Por otra parte, la conciencia colectiva de la comunidad aldeana estaba evidentemente vinculada a los trabajos cotidianos así como al establecimiento de reglas y calendarios; se vio enriquecida por la ayuda y los socorros mutuos de todo tipo y por la participación en las ceremonias religiosas y en las fiestas; y se vio finalmente fortalecida por las luchas y, sobre todo, por los procesos contra el señor. La organización de unas instituciones políticas propiamente dichas siguió muy de cerca a las cartas de libertades campesinas. Por ejemplo, en Hainaut, una serie de organizaciones aldeanas e incluso de comunas rurales se beneficiaban de una real autonomía en los alrededores del año 1300; pero ello sólo en los países de bocaje de la Thiérache, por lo que resulta muy verosímil que esta libertad y esta especial organización campesina se explicasen por la intensa supervivencia de una antiquísima comunidad propia de los países ganaderos. En otras regiones, por ejemplo en las planicies cerealistas del mismo Hainaut, los hombres permanecieron sometidos durante mucho más tiempo. Sin embargo, solían encontrarse en determinadas ocasiones: venían todos, de una a tres veces por año, a las *audiencias generales*

que se abrían con la solemne lectura de las costumbres, hecha por uno de los suyos, a menudo calificado de alcalde o de regidor; ello supone, por tanto, la existencia de comunidades organizadas que podían designar representantes y portavoces, cuando no jefes.

B) Organización y poderes

Estas organizaciones aldeanas no parecen algo desdeñable, sino que recuerdan mucho a las urbanas. Todavía sin movernos de Hainaut, numerosas aldeas del norte de la Thiérache habían adoptado desde las últimas décadas del siglo XII, la «ley» inspirada por la de la aldea de Prisches (concedida a su vez por el señor de Avesnes en 1158). Esta «ley de Prisches» imitaba a la de Laon, pero las libertades de los campesinos eran en aquélla bastante más amplias y más completas que las de los ciudadanos. Los aldeanos formaban muy a menudo una comuna, es decir, una asamblea reconocida por consentimiento mutuo y bajo juramento; el término de comuna se empleaba expresamente en varias aldeas.

Refiriéndose al condado de Hainaut, G. Sivery ha subrayado muy claramente que si las cartas condales y los documentos eclesiásticos dan la impresión evidente de que la historia rural estaba centrada en el feudo, por el contrario, el examen de las cartas aldeanas, de las colecciones de costumbres, de los documentos de regiduría y de las contabilidades de las comunidades (numerosas a partir de 1400) proporcionan una visión totalmente diferente: «Los campesinos se organizaban por sí mismos en los diversos aspectos de la vida rural [...] y parece que tenían muy poco en cuenta al señorío»[5]. Se colocaban bajo la autoridad de un *alcalde (maire)*, asistido por *jurados* o *regidores (échevins)* que administraban la justicia y autentificaban las actas de ventas de tierras; en 1245, cuatro aldeas de la Thiérache habían obtenido una «ley de paz»: cada una designaba a siete regidores y a determinado número de jurados (de 6 a 12 según la población); dichos regidores y jurados daban posesión, cada año, a sus sucesores. Tales comunidades, organizadas de esta manera, acabaron por ejercer el derecho de *ban* de concierto con el señor y, a veces, incluso contra él. Tomaban a su cargo y vigilaban toda la vida aldeana, en todos sus aspectos cotidianos y profesionales y en todas las actividades económicas y sociales; aseguraban, sobre todo, el respecto a la seguridad y a las buenas costumbres; administraban la justicia en todo lo referente a robos, heridas o muertes. Por fin, la contabilidad de sus expertos en escrituras, los *massarts* y los *mainbourgs*, atestigua la existencia de una gestión muy cuidadosa de los ingresos públicos.

Por supuesto, la región de Hainaut no era la excepción. En todo Occidente, las comunidades rurales, más o menos bien organizadas,

establecían por sí mismas sus reglamentos y sus calendarios, es decir, lo que constituía lo esencial del derecho de *ban*, no ya señorial, como lo hace suponer la historia vista desde el punto de vista de los propietarios, sino efectivamente aldeano y campesino.

En las regiones de hábitat concentrado y de campos abiertos, donde el pasto libre y la división de las tierras en temporadas estrictamente respetadas imponían una serie de disciplinas severas, éstas eran decididas por una asamblea de la parroquia celebrada en fechas bastante próximas. Estas asambleas establecían el calendario de los trabajos, fijaban el *ban* para las diversas faenas agrícolas y designaban, por fin, a los jefes encargados de vigilar todas las operaciones e imponer las multas; estos *reyes de aldea* los encontramos por doquier con diferentes nombres: *viewers of the fields* en Inglaterra, *Bauerrichter, Schüttermeister* en Alemania o *Kedde* en Frisia. Las *audiencias rurales,* como el *thing* escandinavo, donde se fijaban en suma las costumbres populares, tenían en cuenta todos los problemas de la comunidad. Las asambleas aldeanas vigilaban también, bajo el porche o en el atrio de la iglesia, el respeto a los derechos de uso en los bienes comunales y el mantenimiento de los caminos; en ocasiones, decidían acerca de la repartición de las tallas [6].

Los *tribunales* de los *manors* ingleses castigaban con multa la falta de cumplimiento en las rentas o en el servicio así como la intrusión en los campos o en los pastos; vigilaban también la calidad de la cerveza fabricada por los campesinos. Sin embargo, estudiando los registros de 48 aldeas dispersas por 13 condados de Inglaterra, se observa que si todavía en 1411 todas las multas iban a parar al señor, en 1440 la mitad de ellas era percibida por la iglesia campesina. Fue el momento en que las aldeas ampliaron y embellecieron sus iglesias: torres, pórticos y capillas, anchas vidrieras y techumbres de madera esculpida. La comunidad, y no ya el señor, designaba a los guardianes de las cosechas; su *tribunal* dirimía las querellas y los litigios, ejerciendo una especie de policía (prohibición de ciertos juegos) [7].

En otros lugares, por ejemplo en las regiones mediterráneas, estas asambleas asumían la dura tarea de distribuir equitativamente el agua de los canales y juzgar los conflictos. Así se desarrolló en los valles pirenaicos e ibéricos el tribunal de los prebostes de las huertas *(sobreposats de la horta).*

Sabemos, por otra parte, que resulta inexacto vincular demasiado estrechamente las prácticas comunitarias con el paisaje de *open-field* regular de grandes aldeas. Los países meridionales de campos irregulares y los del Oeste, a menudo recortados por cercados, con casas aisladas o agrupadas sólo en caseríos, conocían también una vida comunitaria muy activa. Aunque de hábitat disperso, en el sur y

oeste de Noruega se desarrolló muy poderosa la *comunidad de vecindad (grannesamlag)*, formada por varias familias importantes y en la cual las tierras eran redistribuidas frecuentemente, se explotaban en conjunto las praderas del fondo de los valles, se repartía la hierba a prorrata del número de las personas y se efectuaban, igualmente en común, los grandes trabajos; esta ayuda mutua se veía reforzada todavía por la trashumancia y las subidas del ganado en una fecha fija hacia el *seter* o instalación temporal de los pastos de verano [8].

Las coerciones colectivas impuestas por estas comunidades no estaban solamente vinculadas a cierto tipo de terreno. Eran en sí mismas un hecho social fundamental puesto que ordenaban, según su grado de poder, otros muchos aspectos de la vida rural y de la evolución política de los campos. Por tanto, parece que —lejos de mantener el estudio de los campesinos reducido al marco del señorío— sería necesario comenzar ahora por el estudio de la acción, muy importante y compleja, de las comunidades familiares y aldeanas [9].

2) Las comunidades de pastores: marismas y montañas

Ya fuese pasto libre en las tierras cultivadas —después de la siega y durante el barbecho— o grandes terrenos de paso en bosques, baldíos o marismas, la ganadería llevaba consigo, casi por doquier, una serie de usos comunitarios, tanto para la guarda de los rebaños como para la defensa de los pastos. En las montañas, la *alpe*, la *montagne* o pasto de altura, fue poco a poco arrancado al señor por las *universidades* del valle, comunidades de pastores que eran el origen de la emancipación campesina. En la llanura, el señor había cedido también el derecho de paso del ganado en una serie de tierras, de ahora en adelante reputadas como comunes. Eran los *bienes comunales (common lands, waste lands)*. Tales bienes comunales tenían la importancia de un símbolo; expresaban la solidaridad de la aldea, imponiéndole al mismo tiempo una más fuerte cohesión. R. Grand mostró la importancia de la gran pradera comunal, situada casi siempre a las puertas de la aldea, en la vida cotidiana de la comunidad: terreno de pasto para las bestias, guardadas celosamente o trabadas, terrenos de juegos y de luchas deportivas para los jóvenes; lugar de paseo, de asambleas populares en los días de fiesta, de *frairies* y de *kermesses* [10].

De esta forma, la ganadería explica, más allá de las rotaciones de cultivos, el mantenimiento de grandes extensiones boscosas o sin

cultivar y una auténtica forma de civilización, esto es, los trabajos y los juegos de la comunidad.

En todos estos países, fueron las comunidades, las *universidades* de pastores, quienes obtuvieron el rescate de los censos y servidumbres señoriales. Por ello mismo, jugaron un considerable papel político y social. Allí donde tales instituciones comunitarias se nos muestran más rígidas, la impronta señorial fue mucho menos intensa que en otros lugares, pues fue siempre más tardía, un tanto artificial y limitada a ciertos aspectos externos. Todavía hacia 1300, la mayor parte de Escandinavia estaba poblada por hombres libres; la gran propiedad y el sistema de los censos pagados al señor sólo se desarrollaron más tarde, después de las catástrofes y las dificultades financieras que arruinaron a la colectividad campesina. Frisia permaneció durante mucho tiempo como un «país sin señor», donde vivían comunidades de hombres libres, «sociedades campesinas»; solamente más tarde, hacia mediados del siglo XIV, los *Hauptlinge*, simples jefes militares de estas comunidades libres, afirmaron su predominio, pero sólo llegaron a imponer su poder de mando y a percibir una serie de tributos banales, sin que en ningún momento creasen auténticos señoríos territoriales [11].

Con mucha frecuencia, la explotación y la defensa de las zonas de pastos forjaron unas comunidades mucho más amplias, cuando varias aldeas unían sus intereses y sus fuerzas.

A) Las marismas

Los grandes herbajes de las marismas litorales, antes o incluso después de las roturaciones, eran tierras de ganadería semisalvaje adonde las aldeas vecinas llevaban importantes rebaños de bueyes o de búfalos (en el Mediterráneo) y de caballos. Así lo observamos, por ejemplo, en la Camargue, en Sicilia y Cerdeña pero, sobre todo, en los *Fens* de la costa oriental de Inglaterra.

Esta región de grandes marismas, de 100 km de longitud por 30 km de anchura aproximadamente, situada al sur del Wash, fue conquistada en parte a partir de la mitad del siglo XIII. En este momento se construyeron nuevas aldeas con sólidas y macizas iglesias, rodeadas por innumerables cercados para proteger a ciertos cultivos del paso de los animales. Amplias comunidades campesinas, los círculos o *sokes*, reunían a varias aldeas. El *soke* de Bolingbroke, al norte del Fenland, agrupaba cerca de una veintena y controlaba las zonas de pastos de varias «marismas»: *East fen, Nord fen, West fen* y *Wildmore*. Tenía sus oficiales particulares y un tribunal de justicia encargado de hacer respetar la

lex et consuetudo maris. Se trataba, pues, de una jurisdicción popular campesina que hacía de las marismas una tierra reservada. Los habitantes del *soke* llevaban a las praderas todos los animales que poseían. A estos ingresos y a la explotación de la turba se añadían los derechos de pasto abonados por los campesinos vecinos que deseaban llevar a pacer sus rebaños: tasa anual y a tanto alzado por cada casa de las aldeas limítrofes, y tasas por cada animal y por temporada o media temporada para las aldeas más alejadas. Sólo el *East fen* podía alimentar entonces a más de un millar de animales. Dichas jurisdicción y privilegios reforzaban los lazos sociales de los hombres de la marisma, que tenían sus tradiciones y su civilización originales. Para todos, el gran momento del año era la reunión de los bueyes y las ovejas para marcarlas y contarlas; durante tres días, un *bailli* asistido por guardias a caballo o en barca dirigía estas *circhia*, a la vez fiestas populares y religiosas [12].

B) Los Alpes y los valles

De la misma manera, todas las aldeas de un mismo valle o de varios valles vecinos explotaban en común los pastos más próximos, que quedaban así sometidos a su control y a su jurisdicción. De esta forma, se mantuvieron desde épocas muy antiguas o se formaron paulatinamente a consecuencia de las manumisiones colectivas frente al señor, una serie de comunidades plurialdeanas de naturaleza a la vez económica, social y política que, a menudo, se organizaban siguiendo un esquema federal en torno a un centro administrativo, con gran frecuencia en torno a una de las iglesias del valle. En Italia eran las *Comuni di Pieve* (que encontramos aún más tarde en Córcega) o, más extensas, las *Comuni di Valle*, una y otra supervivencias y herencia de antiguas instituciones políticas prerromanas; una de estas comunas de los valles, el *Frignano*, englobaba en 1320 a 61 aldeas agrupadas en 8 *curie* o *pievi* que eran federaciones de 4 a 20 iglesias o aldeas cada una; cada aldea elegía sus representantes en la asamblea del valle, que elegía a sus magistrados supremos, los *consules* y el *podestà*, así como a síndicos, notarios, tesoreros y jueces; el centro político del Frignano se encontraba en un lugar aislado, situado en una montaña (el Monte San Vicenzo), en un *atrium* y en el interior de una especie de ciudad refugio que comprendía una torre de vigilancia y de defensa, un almacén fortificado y una ancha plaza que servía de mercado, donde todos los habitantes se reunían durante los días de fiesta [13].

En el País Vasco español, los habitantes —ganaderos en su mayoría— se habían agrupado asimismo en siete amplias comunas federales, las *merindades*, que reunían a su vez a un número muy variable de comunidades de los valles

(de 2 a 31); estas últimas llevaban el muy significativo nombre de *anteiglesias* (= la puerta de la iglesia, lugar donde los hombres que vivían en casas o caseríos muy dispersos se reunían a la salida de la misa). También aquí, unos delegados elegidos representaban a los hombres de cada comunidad primaria [14].

Tales comunidades plurialdeanas de estructura federal, más o menos extensas, abundaban entonces en todas las montañas de Occidente. Así, por ejemplo, en los Pirineos franceses o españoles [15], en el Jura suizo o francés y en Saboya donde, además, unos *fruitières* vigilaban la explotación del «fruto común» y la fabricación de los quesos [16]. Y lo mismo en Auvernia [17]. En ciertas regiones, estas asociaciones político-económicas tomaron una amplitud mucho más grande, adquirieron una libertad total y una especie de autonomía fiscal y política; repartían sus tasas y contribuciones por la práctica del *escartonnement* (*escarton* o *écarton* en el Briançonnais, *encartaciones* en Vizcaya); se convirtieron en «Repúblicas» como, por ejemplo, la de Andorra o la curiosa *Reppublica degli Otto Luoghi* en las montañas que bordean la Riviera ligur detrás de San Remo; o como, más poderosa quizá, la asociación de las confederaciones del Briançonnais que, nacidas de la ganadería y regulando en seguida la feria, fue capaz de rescatar en 1343 del delfín todas las servidumbres de los valles por la suma —enorme para la época— de 12 000 florines de oro, aumentada con una renta de 4000 ducados [18].

La comunidad aldeana, de campesinos agricultores, detentaba a menudo un derecho de *ban* que cuidaba de la salvaguarda de los intereses económicos y del respeto a la paz y a la seguridad. En este sentido, la solidaridad de vecindad creó una fuerza capaz de poner en jaque el poder de los señores. Estas asociaciones aldeanas detentaban un auténtico poder, a veces igual, si no superior, al de las ciudades próximas; se organizaban y llevaban sus propias cuentas. Sin embargo, excepto en las épocas de anarquía, se desarrollaron poco en el plano político; al parecer, sólo Alemania conoció unas ligas campesinas poderosas y capaces de emprender acciones militares y de gobierno.

Los ganaderos, por su parte, formaron unas comunidades más amplias y, a la vez, más fuertes. La dispersión de los hábitats y el alejamiento de los pastos de montaña les llevaron, por lo menos en las montañas, a organizar unas asociaciones que agrupaban gran número de aldeas o de caseríos. Favorecidas por el aislamiento, ciertas federaciones de pastores adquirieron en efecto una auténtica autonomía política y, a veces, incluso constituyeron verdaderos estados, dueños de todos los poderes.

NOTAS DEL CAPITULO III

1. *Das mittelalterliche Dorf als Friedensbund Rechtsbereich*, Weimar, 1957, 2 volúmenes.
2. Recensión de K. S. Bader (*A.E.S.C.*, 1960, pág. 586).
3. En *Mémoires de la Société des Antiquaires du Centre*, 1903, págs. 220-232.
4. En *Études de sociologie religieuse*, París, 1955, t. I, págs. 84-99.
5. Sobre todo esto, véanse los amplios y precisos comentarios de G. Sivery, *Structures* [252], págs. 394 y ss., 811 y ss.
6. P. de Saint-Jacob, *Études sur l'ancienne communauté* (cf. *supra* nota 8 del capítulo II de la tercera parte); H. Wiessner, *Beiträge* [267]; A. Hanauer, *Les paysans de l'Alsace au Moyen Age; étude sur les cours colongères de l'Alsace*, París, 1865.
7. W. O. Ault, Manor Court and Paris Church in the XVth Century England. A Story of Village By-Laws (*Speculum*, 1967).
8. L. Musset, *Les peuples scandinaves* [124], pág. 90.
9. Cf., por ejemplo, A. Sorbelli, *Il comune rurale dell'Appennino emiliano nei secoli XV e XVI*, Bolonia, 1910; P. Toubert, Les statuts communaux et l'histoire des campagnes lombardes au XIVe siècle (*Mélanges archéologie et histoire de l'École française de Rome*, 1960).
10. R. Grand, *L'agriculture* [171], pág. 314.
11. M. Bloch, *Caractères* [156], II, págs. 114-115.
12. H. C. Darby, *Medieval Fenland* [165].
13. G. Santini, *I Comuni di Valle del Medievo. La Costituzione federale del «Frignano»*, Milán, 1960, e *I Comuni di Pieve del Medioevo italiano*, Milán, 1964. Véase también G. Forchielli, *La pieve rurale*, Bolonia, 1958.
14. J. A. García de Cortázar, *Vizcaya en el siglo XV*, Bilbao, 1966, págs. 53 y siguientes.
15. A. J. Martín Duque, *La comunidad del valle de Salazar. Orígenes y evolución histórica*, Pamplona, 1963.
16. H. Secquier, *Le val de Travers, des origines au XIVe siècle*, Neuchâtel, 1962; P. Duparc, Une communauté pastorale en Savoie, Cheravaux (*B.P.H.*, 1963, págs. 309-329).
17. R. Grand, Chartes des communautés rurales d'Albepierre et de Combrelles (*Revue d'histoire du droit français et étranger*, t. CXXVII).
18. P. Vaillant, Les origines d'une libre confédération de vallées: Les habitants des Communautés briançonnaises au XIIIe siècle (*Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1967, págs. 301-348).

Capítulo IV

Socorro y ayuda mutua. Comunidades religiosas y políticas

Si la vecindad y la identidad de profesiones o de intereses crearon o mantuvieron unos lazos muy poderosos, siendo casi siempre un sólido cimiento de los grupos sociales, ciertas solidaridades humanas insistían esencialmente en los deberes de defensa y ayuda mutua. Tales grupos suplían de esta forma la ausencia del Estado y de las autoridades, ya fuesen reales o municipales. En todo caso, ocuparon un lugar considerable en todos los medios humanos, tanto en la ciudad como en el campo, dejando profunda huella en todos los aspectos de la vida social, espiritual y política del momento.

1) Las comunidades religiosas; las cofradías

En esta época eran abundantísimas las asociaciones de socorro mutuo colocadas bajo una invocación religiosa que llamamos corrientemente *cofradías*. Tanto como la familia, la parroquia o el barrio y más a menudo que la profesión, la pertenencia a tal o cual cofradía o, en ocasiones, a varias, definía el marco de la vida de los individuos, les imponía deberes y les procuraba socorro y protección. Cada aldea contaba casi siempre con una cofradía por lo menos [1]; pero en las ciudades se podían enumerar por decenas (en la pequeña ciudad inglesa de Lynn había 51 *guildas* en 1386).

A) Las devociones y los lazos espirituales

La cofradía estaba asignada a un santo patrón de la que tomaba el nombre y a quien rendía un culto constante. En este sentido, representaba una forma de devoción particular cuyo estudio aportaría

mucho material al conocimiento de las prácticas y de los sentimientos religiosos en diferentes medios [2].

Dichas cofradías, muy antiguas y espontáneamente formadas, herederas en ocasiones de solidaridades y asociaciones de trabajadores de las épocas paganas o fundadas por importantes personajes y estimuladas por los prelados eran, ante todo, asociaciones religiosas. Algunas se dedicaban concretamente a una obra piadosa, recogiendo dinero para la reparación o la edificación de una iglesia o para la construcción de un puente; los cofrades participaban en los trabajos, en ocasiones acarreando las piedras. Otras, como la de Santiago sobre todo, reunían a los antiguos peregrinos, estimulaban los viajes de otros, los acompañaban hasta la salida de la ciudad, los acogían a su retorno al tiempo que construían y mantenían hospicios [3]. Otras cuidaban a los enfermos y enterraban a los muertos abandonados. En cualquier caso, todas ellas exigían de sus miembros por sus estatutos y so pena de multa, una práctica religiosa digna y regular: guardar la fiesta del santo patrón, asistir a la misa y a las oraciones, participar en las ceremonias, procesiones y fiestas, así como contribuir al mantenimiento de la capilla o del oratorio.

Estas devociones no eran puramente formales, sino que creaban unos evidentes lazos espirituales. La atención prestada durante demasiado tiempo a los estatutos de los gremios así como a los reglamentos de fabricación y venta nos ha hecho creer que los móviles de tipo económico eran generalmente el origen de todos los grupos sociales y que tales grupos sólo eran numerosos en las ciudades. En realidad, no ocurre así. La asociación estrictamente religiosa y confraterna precedió con mucha frecuencia al grupo profesional [4]; cuando este último se desarrolle, se nos aparecerá entonces como una creación tardía y superpuesta, una especie de degradación del espíritu primitivo y de confiscación en beneficio de unos intereses particulares que sólo afectará a un número limitado de asociaciones. Las cofradías se multiplicaron en el campo donde no había ninguna especialización profesional, y ni siquiera en las propias ciudades ésta aparece muy claramente establecida. Ciertas cofradías, muy numerosas, reunían a los hombres de varios oficios diferentes. Pero, sobre todo, los grupos profesionales sólo representaban una minoría entre los grupos sociales de la ciudad; por ejemplo, en 1469-1472, las cuentas de las obras para la reconstrucción de la iglesia de Bodmin, pequeña ciudad de Cornualles, relacionan una serie de donaciones procedentes de más de 40 *guildas*, de las cuales únicamente cinco tenían una calificación profesional; todas las restantes sólo dependían de un santo patrón y de lazos de vecindad [5].

B) Los lazos sociales: banquetes y fiestas

Los lazos espirituales, esenciales, se reforzaban por todo un ceremonial que se celebraba, sobre todo, con ocasión de las fiestas, la propia de la cofradía en el día del santo patrón y las de la ciudad o la aldea. Los cofrades llevaban con frecuencia el mismo traje de fiesta con colores propios que los distinguía de los otros; en Inglaterra, la *livery* señalaba así la pertenencia al grupo social y el nombre acabó por aplicarse al propio grupo.

Pensemos, sobre todo, en las ceremonias religiosas, en las liturgias particulares, en los adornos de los altares y, más todavía, en los derroches de cirios y hachones a todo lo largo del año, pero mucho más con ocasión de las misas y las vigilias solemnes. Con mucha frecuencia, las multas o las participaciones en las fiestas se evaluaban en libras de cera. En el norte de Francia, las asociaciones fraternas se llamaban *chandelles* o *candailles* y, en esta época, «la cofradía gravitaba en torno a las candelas». En Inglaterra, los miembros de las *guildas* encargados de comprar y mantener los cirios, llamados los *lightmen*, se ocupaban de todas las finanzas de la cofradía; ciertas iglesias de Normandía guardan todavía algunos espléndidos cirios esculpidos y encintados de la época de las grandes fiestas.

Las procesiones religiosas, las devociones y las fiestas religiosas eran también, en sí mismas, auténticos espectáculos callejeros que marcaban toda la vida social y ritmaban el año; por ejemplo, en Alemania meridional [6].

Por doquier, la procesión se manifestaba como uno de los grandes momentos de la vida social. Y ello, desde los largos desfiles de penitentes durante la Semana Santa en España, en Provenza y en Italia (sobre todo, hacia Nápoles y en Liguria) hasta los más pequeños pueblos del Apenino. Estas procesiones sorprendían y maravillaban: orden perfectamente observado a la luz de los grandes hachones de cera pintada, vestidos negros o blancos, capirotes y látigos de flagelantes, inmensos grupos de estatuas de madera llevadas a hombros; en unos sitios, las joyas y tejidos de seda en las efigies de la Virgen; en otros, los largos cánticos improvisados y las lamentaciones donde se expresaban el fervor y una especie de éxtasis colectivo. Conocemos muy mal tales manifestaciones del alma popular y tales reacciones colectivas y apasionadas con ocasión de las grandes solemnidades religiosas que, en la ciudad, ocupaban un considerable lugar en la vida del pueblo, el mismo, sin duda, que desempeñaban los juegos paganos de la Antigüedad romana, contribuyendo a sellar más intensamente las solidaridades humanas.

En todo Occidente, las fiestas de Pentecostés, organizadas por las cofradías del Espíritu Santo, movilizaban el interés, la atención y, a veces, el dinero de las comunidades aldeanas durante semanas enteras: procesiones a través del

campo y paradas en las capillas, oratorios o calvarios, misas y decoraciones florales de la iglesia o del atrio, de las que sólo algunas escasas aldeas, sobre todo de los países mediterráneos, han conservado el recuerdo hasta nuestros días. Otras fiestas a lo largo del año recordaban unas tradiciones más o menos paganas: las rogativas en primavera para pedir las buenas cosechas o la fiesta de San Juan, que la Iglesia destacaba con unas solemnidades particulares[7].

De la misma manera, las cofradías tomaron a su cargo la organización de una representación de mimo, de un misterio o, más modestamente, de un simple tablado o *pageant*, que ofrecía a la gente una escena o un episodio de una pieza más compleja, desarrollada a través de las calles en un solo día o en varios días consecutivos. El mantenimiento de un *pageant* era siempre una carga pesada que movilizaba parte importante de los recursos del grupo. Ciertas cofradías (llamadas con frecuencia de Nuestra Señora y, sobre todo, de la Pasión) se especializaron incluso en la representación de *Milagros* o de *Misterios*. De esta forma, muchas de ellas han desempeñado un papel importante, a veces primordial y decisivo, en el desarrollo del teatro medieval. Tales espectáculos, expresión de cierta cultura popular, estrechaban, a su vez, los lazos confraternos o forjaban otros nuevos: en Inglaterra, y en el pequeño pueblo mercantil de Bassingbourn (Cambridgeshire), la *guilda* de la Santa Trinidad ofrecía cada año la representación teatral de San Jorge pero repartiendo los gastos que ocasionaba en 27 aldeas de los alrededores; en este sentido, iniciaba o reforzaba una especie de dominio cultural y, en todo caso, financiero de la ciudad sobre el campo vecino.

Por fin, todos estos lazos sociales se manifestaban con ocasión de las grandes comidas hechas en común que, sin duda alguna, eran supervivencias de tradiciones muy antiguas, germánicas y precristianas. Estos banquetes anuales, celebrados en el día de las fiestas (llamados *beuveries*, *potiones*, *soupes* del Espíritu Santo), salpicados de espectáculos, entremeses, danzas y conciertos, reunían durante todo el día a la asamblea de los convidados. Todo ello eran viejas tradiciones, festejos y comilonas propias de una sociedad donde la vida de grupo adquirió tan gran importancia.

Incluso en ciertas ciudades, la comida o, por lo menos, la reunión cada noche en una sala común era una costumbre casi cotidiana de las asociaciones fraternas.

Tomemos como ejemplo los *poêles* que se desarrollaron en Colmar al final de la Edad Media y que regulaban toda la vida social de la ciudad[8]. Cada asociación, una veintena en total, tenía una sala de reunión, *Zunftstube*; la de los labradores, por ejemplo, podía contener de treinta a cincuenta personas. Pero había también un *poêle* de los canónigos *(Turncherrentrinkstube)* y varias para nobles: de la *Pantera*, del *Deán*, de la *Corona* o la llamada *Zum Scheppelin* que,

a partir de los años 1380, fue el origen de un levantamiento político. Por fin, el *poêle* de los patricios, el *Wagkeller*, gran casa de reuniones y de festejos que acabó por confundirse de hecho con el Consejo municipal. Los hombres venían aquí para pasar horas enteras bebiendo el vino del país y tomando a veces su cena.

C) El socorro

Así pues, la cofradía era una compañía religiosa pero también una institución caritativa; en el día de la fiesta o en diferentes ocasiones distribuía pan, cerveza o vino y, a veces, víveres a los pobres; acogía a los desheredados; estas limosnas estaban a menudo especificadas en los estatutos y constaban con regularidad en las cuentas. Por ello, en varias regiones pero particularmente en el oeste de Francia y en Inglaterra, las cofradías religiosas tomaron con frecuencia el nombre de *caridades;* en Périgueux, las diversas *caridades* de la ciudad daban dos veces al año, en el martes de carnaval y en la Ascensión, cerdo salado a los pobres y a los frailes mendicantes[9].

Sin embargo, los deberes hacia los restantes cofrades prevalecían ampliamente sobre los demás. Estos grupos sociales eran *frairies*, especies de familias artificiales, ligadas en el plano espiritual y material por deseos u obligaciones de asistencia. Constantemente, los estatutos empleaban la palabra *hermanos* para designar a los miembros del grupo. Estos hermanos rezaban en común y lo hacían también, con regularidad, por el reposo de las almas de los hermanos fallecidos; asistían todos a los velatorios fúnebres, a las misas del entierro y a los funerales de uno de los suyos. Esta asistencia espiritual, regida por unas obligaciones muy concretas, ocupaba evidentemente un lugar destacado en la vida social de la época, dejando su impronta en las mentalidades colectivas. Se doblaba con los socorros materiales, igualmente definidos minuciosamente por los estatutos, que daban al grupo una sólida cohesión e incluso en ocasiones cierta fuerza política. Los cofrades se ayudaban en las desgracias: enfermedades, detenciones arbitrarias, competencias desleales, malos negocios y pobrezas repentinas, violencias o exacciones. Se hacían visitas, llevándose vino, víveres y dinero. Las cofradías cuidaban a menudo a sus hermanos enfermos en una sala de su propia casa común y, después, en un edificio especial; ello les condujo a fundar verdaderos hospitales privados que, a veces, acogían también a los vecinos. En el campo, las cofradías y las *guildas* campesinas poseían prados, instrumentos y animales de labor que podían prestar a los

cofrades; igualmente solían adelantar las semillas. En Suecia, la regla del *brandstup* imponía a los campesinos la obligación de reconstruir conjuntamente las granjas destruidas por los incendios; al parecer, lo mismo sucedía en Dinamarca, Noruega, Inglaterra y Finlandia [10].

Estas solidaridades se explicaban no sólo por la mala fortuna, sino también, en todos los casos, por importantes diferencias de riquezas y de condiciones. Generalmente, la cofradía no era un grupo social homogéneo; al contrario, reunía a una serie de individuos que no todos se situaban en los mismos niveles de la jerarquía de las condiciones, poderes y fortunas. La cuantía, generalmente muy módica, de los derechos de entrada y de las cotizaciones [11] anuales, atestigua muy bien este carácter heterogéneo, que el estudio de las cuentas permite precisar. La cofradía dominicana de Colmar agrupaba por lo menos a 1000 personas de la misma ciudad y, por tanto, a una variada base social; formaban parte de ella miembros del clero secular y regular, miembros de las grandes familias nobles o patricias y, también, gentes de oficio (24 profesiones representadas, hasta la pequeña artesanía) e incluso domésticos. Esta cofradía estaba asimismo muy bien implantada en el campo y en las ciudades vecinas. Por fin, digamos que las mujeres formaban más de la mitad de los miembros (58,3 %) [12]. Esta diversidad social no era exclusiva de las asociaciones estrictamente religiosas; por el contrario, la encontramos en todos los grupos fraternos.

D) Cofradías y vida política

En muchas regiones de Occidente, el movimiento llamado «comunal», es decir, la formación y el desarrollo de asociaciones de carácter político que garantizaban la seguridad y el gobierno interno de una comunidad, rural o urbana, prolongó con gran exactitud los movimientos de paz. En el origen de toda *comuna* encontramos la búsqueda de una concordia, de una paz y, por tanto, nos hallamos ante un grupo de autodefensa más o menos poderoso. En Francia, la primera *Fraternidad de Paz* fue quizá la fundada en Le Puy (1182) bajo la advocación de la Virgen; pero el movimiento se amplió, propagándose por todo el Languedoc y Provenza durante el siglo XIII. Dos siglos más tarde, las fraternidades de paz todavía movilizaban, especialmente en el mundo mediterráneo, masas considerables que respondían a la llamada de ciertos predicadores populares (monjes de San Bernardino de Siena) o de algunas cofradías de penitentes y flagelantes (los *Battuti* en Italia). Individuos de todas condiciones abandonaban durante varios días consecutivos sus trabajos para realizar largas procesiones expiatorias, oraciones en común, perdones solemnes y espectaculares reconciliaciones. Un religioso franciscano describe maravillado la gran reunión celebrada

en 1480 en Córcega, en la capilla de Nuestra Señora de Casinca (al sur de Bastia) donde, según dice, casi 15 000 *battuti* y 100 000 asistentes, procedentes de todos los puntos de la isla, oraron juntos, se perdonaron sus errores y sellaron entre ellos una paz definitiva [13].

En todo caso, las fraternidades de paz y, de una manera más general, todas las cofradías se presentaban a menudo como las primeras formas de organización política en el interior de una comunidad: solidaridad y defensa común, hábito de reunirse y de ponerse de acuerdo, elección de magistrados y de responsables, percepción de cotizaciones y de multas así como el hecho de llevar una contabilidad ordenada. Con gran frecuencia, en el campo francés, la casa de la cofradía, llamada del Espíritu Santo, primer lugar de reunión de los hombres, se convirtió en la casa consistorial; y lo mismo en determinadas regiones de Alemania, donde los campesinos formaban auténticas ligas agrarias, las *Gauerben,* de socorro y asistencia [14]. En varias regiones de Francia, el propio vocabulario político atestigua muy bien el papel de la asociación religiosa en el desarrollo de la autonomía política. Por ejemplo, en la Alta Auvernia, donde las cofradías fueron el origen de los consejos municipales y de los consulados, y donde las cartas municipales eran llamadas cartas de paz o simplemente, como en Aurillac, las *Paces;* en esta ciudad, un reglamento de 1463 precisaba que los 70 consejeros de la ciudad serían elegidos por 11 cuerpos, algunos de ellos todavía organizados en cofradías; en las pequeñas ciudades de esta provincia, sus habitantes pedían a su señor que estableciese entre ellos «*luminiers* y jurados que administrasen los negocios comunes» y, en Salers, las actas municipales quedaban consignadas en un registro llamado el *Libro de la Luminaria* [15].

Las organizaciones políticas de origen fraterno superaban con amplitud, en ciertos países de Europa, el marco de una sola ciudad, extendiendo sus alianzas y sus poderes a regiones enteras y formando un a modo de gobierno de tipo federal. Así lo observamos, sobre todo, en el reino de Castilla donde, a partir de los años 1250-1280, las grandes fraternidades (nacidas a menudo de las asociaciones de paz o de las ligas para la protección de los peregrinos) dominaban toda la vida política e incluso ciertas actividades económicas en todo el país. Estas fraternidades, llamadas *Hermandades,* eran ligas mercantiles *(Hermandad de la marina de Castilla)* o uniones de municipios que defendían así su paz, sus privilegios y la seguridad de los alrededores (por ejemplo, las *Hermandades generales de Castilla y León*) o bien asociaciones de propietarios para defender sus bienes *(Hermandad Vieja de Toledo).* En cualquier caso, su principal preocupación era la paz y la seguridad. En 1282, se había formado una *Hermandad* para la defensa de las ciudades fronterizas frente al reino de Granada (Córdoba,

Jaén, Baeza, Úbeda, Andújar...). Establecida en 1315, la *Hermandad* general de las ciudades reunía a 96 ciudades y 109 familias nobles de *hidalgos*. Citemos, por fin pero muy especialmente, a la *Hermandad* de Toledo que se había constituido hacia 1300 para proteger a las colmenas de los ataques de los bandidos (los *golfines*) que actuaban unidos en sólidas organizaciones; así pues, en su origen, fue una alianza de los guardianes de colmenas (los *colmeneros*) de la provincia de Toledo que después se extendió a toda Castilla. Esta fraternidad percibía cotizaciones y tasas, y reclutaba un cuerpo armado de guardias, ballesteros y jinetes; de dos a tres veces por año celebraba en una de las ciudades y en la montaña una *junta*, asamblea general y tribunal para los malhechores. Más tarde, renovada con el nombre de *Hermandad nueva* (1363, 1386 y, sobre todo, 1465), le fue confiada la represión de todo tipo de delitos (falsificación de moneda, robos, pillajes, incendios, violaciones, raptos y asesinatos en los caminos), infligía la pena de muerte y hacía ejecutar a los culpables cuando se celebraba la *junta*. Heredera directa de ella, la *Santa Hermandad* (1476), extendida en 1488 a Aragón, estaba presidida por el obispo de Cartagena y reunía a nobles, clérigos y plebeyos, todos los cuales garantizaban prácticamente la policía de todo el reino; su paz y su tribunal se extendieron por doquier hasta el punto de enviar 10 000 hombres al ejército que tomó Granada en 1492. Esta curiosa fortuna política de una asociación de ayuda mutua y de paz subraya la importancia decisiva de los grupos fraternos en la vida social y política de la época [16].

Por otro lado, en el Estado, ya fuese municipal o urbano, las cofradías religiosas y políticas constituían a menudo unos elementos de oposición, cuando no de disturbio, o a modo de sociedades secretas ligadas por juramento y deberes de asistencia y capaces de oponerse a las autoridades establecidas. Los agentes del rey de Francia se quejaban de ello y Luis IX, pensando que las cofradías de Toulouse y otras ciudades del condado organizaban y fortalecían cierto movimiento de resistencia a la ocupación francesa, quiso prohibirlas en todo el Languedoc. En Inglaterra, Ricardo II, en 1386, hizo realizar una amplia investigación con un cuestionario muy concreto sobre la naturaleza, los recursos y las actividades de todas las *guildas* inglesas, puesto que sus consejeros las hacían en parte responsables de la Gran Revuelta campesina de 1381. Todavía mucho más tarde, en 1450, el baile de Lille llamaba la atención de Felipe el Bueno sobre las numerosas cofradías de Flandes.

2) Ligas y partidos

A las comunidades familiares, a las cofradías religiosas y a los gremios se superponían, sobre todo en las ciudades, otras asociaciones generalmente mucho más amplias que vuelven a atestiguar

el vivo deseo que sentía el individuo de incorporarse a un grupo.

El problema de los *partidos* permanece todavía sumido en la oscuridad. En Italia, durante la época de los *güelfos* y los *gibelinos*, ligados a los intereses y a las diversas fortunas del papa o del emperador, la situación aparecía entonces relativamente simple. Todos los conflictos y todas las pasiones se expresaban a través de esta única oposición de dos partidos claramente definidos.

Pero, en lo sucesivo, a la antigua querella todavía viva se superpuso una nueva, que enfrentaba a los *blancos* con los *negros*. Nacida de un simple conflicto familiar en Pistoia (1296), alcanzó Florencia tomando posesión de la ciudad y de toda Toscana. De esta forma se desarrollaron, en el interior de la *parte güelfa*, las dos facciones rivales de los *blancos* y los *negros*. Poco a poco, el conflicto entre blancos y negros hizo olvidar los otros, ya ancestrales. O bien simplemente cambiaban las apelaciones, o bien las alianzas y las facciones se distribuían de otra manera. Durante el siglo XV, en varias ciudades italianas toda la vida política y numerosos aspectos de la vida social ostentaban la huella de la oposición entre los dos *colores*.

A) Vida política de los partidos

¿Correspondían estos partidos a una línea política bien definida? Refiriéndonos a Italia, hemos de responder sin dudarlo demasiado que no. Ya hacia los años 1170, las opciones de güelfos y gibelinos parecían ser mucho más complejas que la simple adhesión, total y sin matices, a los intereses del papa o del emperador [17]. Más tarde, tal adhesión era ya sólo un recuerdo y, en la primera decena del siglo XIV, la célebre Liga güelfa entre el papa, el rey de Nápoles y Florencia sólo fue una alianza circunstancial. Durante el Quattrocento, parece muy difícil definir en cada ciudad las posiciones recíprocas, los intereses políticos y las aspiraciones de los *blancos* y los *negros*.

En Génova, cada consejo, magistratura de la comuna, la *Casa di San Giorgio*, e incluso cada cargo subalterno se dividía exactamente entre ambos *colores*. Por tanto, la constitución política, en todos sus ámbitos, se apoyaba en esta oposición. Pero, ¿correspondía a algo concreto y real? Ninguno de los dos partidos invocaba un programa bien definido. Si ciertas familias *negras* —sólo dos o tres— sostenían con regularidad al rey de Aragón, tal compromiso era absolutamente excepcional.

En Barcelona, la oposición entre dos partidos —la *Biga* y la *Busca*— adquirió una significación más clara durante la revolución de 1466. Cuando la ciudad rechazó la autoridad del rey de Aragón, las facciones jugaron en realidad un

papel de primer orden; al parecer, ya eran poderosas y bien definidas antes de la revuelta, pero en su transcurso tuvieron ocasión de expresarse con más energía, encontrando prácticamente su justificación. Pero, ¿se puede hablar de línea política o de partido? Conocemos muy mal la organización de ambas facciones, pero no parecían ser estables ni hallarse perfectamente fijadas. Precisamente por la ausencia de unas posiciones firmes, los historiadores han dudado mucho en definir sus aspiraciones políticas o sociales: ¿partido aristocrático o partido popular, del rey y del municipio, de los nobles del interior y de los mercaderes?, ¿hubo una influencia extranjera, sobre todo, de Francia? He aquí una serie de etiquetas difíciles de aplicar y un conjunto de problemas por resolver, a pesar del último enfoque realizado por C. Batlle sobre la «ideología de la Busca»[18].

B) Intereses económicos; ¿rivalidades sociales?

Por otra parte, estos partidos de Cataluña, de Francia o de Italia, ¿correspondían a oposiciones de orden social?, ¿eran la imagen visible, coloreada y en ocasiones violenta de una lucha de «clases»: aristocracia contra el pueblo bajo? Por supuesto que no. El partido reclutaba sus fuerzas en todos los medios, sin llegar a ser la expresión de una clase social. En Génova, los *negros* tenían tantos mercaderes o artesanos como los *blancos;* los registros fiscales nos muestran que los ingresos mobiliarios de uno y otro color, en conjunto, venían a valer lo mismo. En Florencia, entre los *negros* se citaban en ocasiones a los *pobres* y a los *ricos*, prueba de que el reclutamiento social de la facción era absolutamente desigual[19].

Otro carácter aquí decisivo: los partidos no correspondían a una división topográfica de la ciudad. Al contrario de lo que sucedía en las facciones romanas y, después, en los *azules* o los *verdes* en Bizancio, no ocupaban firmemente todo un sector de la ciudad, sino que se reclutaban por doquier en los barrios más diversos. La segregación social de los barrios no estaba todavía muy desarrollada en la ciudad medieval y, de todas maneras, cuando existía, no llegaba a reflejarse en los grandes partidos.

Sería quizá más exacto buscar una oposición de intereses, esto es, el enfrentamiento de dos aristocracias puesto que éstas, en definitiva, dominaban siempre ambos *colores*. Por un lado, los mercaderes, los hombres nuevos ligados al gran comercio y, cada vez más, al tráfico del dinero. Por otro, las familias más antiguas, conservadoras de prácticas y de tradiciones superadas, cuando no arruinadas por la evolución económica del momento, incapaces, en todo caso, de adaptarse y reducidas a buscar refugio en una oposición estéril. La hostilidad entre los dos estilos de vida, dos formas de ideal, se

manifestaba en la mayor parte de las grandes ciudades de Europa, sobre todo en el mundo mediterráneo. En Florencia, a las viejas familias de los Cerchi, Scali, Cavalcanti y Mozzi, eliminados de la clientela pontificia hacia 1280 y que formaban el grupo incoherente de los *blancos* más o menos comprometidos por sus relaciones con las ciudades gibelinas de Arezzo y con Venecia, se oponían las jóvenes casas de los *negros*, primero los Donati y Spini, después Acciaiuoli y Médicis, mucho más solidarios puesto que sus negocios estaban entonces en pleno auge. En Génova, dominaban en los *negros* dos grandes familias nobles: los Fieschi de la Riviera di Levante y los Grimaldi de Mónaco; ni una ni otra se interesaban por los negocios de la ciudad sino que vivían más bien confinadas en sus feudos constituyendo, a la cabeza de sus vasallos, una evidente amenaza para la ciudad de los banqueros. Sin embargo, de todos modos, estas dos casas estaban lo suficientemente aisladas como para que no pudiesen dar a los *negros* genoveses un colorido social muy definido. En cualquier caso, todo ello son sólo indicaciones, pero parece muy poco verosímil que las divergencias de intereses expliquen el mantenimiento del régimen de los partidos, tan característico de esta época.

C) ENSAYO DE EXPLICACIÓN: «VENDETTE» Y COMPETICIONES

Hemos visto que las facciones no tenían un programa político definido ni intereses económicos comunes; pues bien, tampoco tenían una organización muy firme. Es verdad que la *parte güelfa* de Florencia tenía su palacio, su estandarte con la flor de lis dorada, sus emblemas heráldicos (un águila destrozando a un dragón), sus capitanes regularmente elegidos (los síndicos) y tres tipos de consejos (de *catorce*, *sesenta* y *cien* miembros); poseía bienes considerables, que procedían de las confiscaciones practicadas en las grandes casas gibelinas, y su patrimonio estaba severamente administrado por los *Priori della pecunia*. Pero nada sabemos de quién designaba a los consejos y a los capitanes ni cómo eran elegidos los electores. De hecho, el partido parecía muy movedizo, de composición a veces incierta y ligado a diversas fortunas particulares.

En definitiva, ¿de qué dependía la formación de un partido en las ciudades?, ¿por qué vivió una existencia tan violenta y coloreada?

Primeramente, hemos de considerar las querellas de familias. Un simple negocio de segundas nupcias y de rivalidad entre los

hijos provocó el conflicto entre *blancos* y *negros* en Pistoia, violentamente mantenido por la *vendetta,* las muertes, exilios y confiscaciones de bienes, donde el honor del nombre se encontraba constantemente comprometido. Las discordias sin final, con secuelas a veces dramáticas, bastaban para animar la vida política de las ciudades y desencadenar las violencias. Querellas interminables como aquella legendaria de los Capuleto y los Montesco en Verona o la de los Armagnacs y Borgoñones en París. Secuelas de odios que no podían apaciguarse y que ninguna fuerza soberana podía zanjar. Los *partidos* o los *colores* eran con frecuencia la manifestación de todo ello.

En la ciudad, el partido siguió también en ocasiones el destino de una gran familia, de un clan todopoderoso; aquél le garantizaba una clientela más amplia o, en todo caso, unos aliados [20]; entonces, la oposición entre los *colores* reflejaba también los conflictos privados, las luchas de los propietarios y los protegidos [21] por el dominio político.

El partido permitía igualmente al bajo pueblo satisfacer su afición por el desfile, el espectáculo y las competiciones deportivas. Sin ninguna duda, nos encontramos aquí ante una evolución comparable a la de Bizancio, donde los *blancos* y los *verdes,* de constituir al principio unos partidos políticos muy organizados con sus milicias armadas y su propio gobierno, apoyándose en unos barrios determinados y en cierta clientela social, llegaron a perder paulatinamente su influencia para convertirse en equipos deportivos dedicados a la organización de los juegos del circo [22]. Mucho más tarde, las facciones italianas conocieron el mismo destino.

Sería imposible negar aquí la importancia del vestido. Los partidos, también en Occidente, tenían su uniforme; además, llevaban en ocasiones el nombre de un color. En Génova no se decía el *partido* sino casi siempre el *color.* Y lo mismo sucedía en todos los países: por ejemplo, en lo referente a las Dos Rosas en Inglaterra. El vestido no era sólo un signo de reconocimiento o de adhesión y un medio de manifestar públicamente sus simpatías, sino que permitía, con los estandartes y los emblemas heráldicos, la celebración de los grandes y brillantes desfiles. Todos los textos insisten en los colores, las armas heráldicas y los escudos. El individuo mostraba entonces hacia todo ello un interés muy vivo, en ocasiones incluso apasionado. Tras el triunfo brutal de los *negros* en 1300, Florencia había decidido emplear, contrariamente a otras ciudades, un haba negra para manifestar cualquier acontecimiento favorable: nacimiento de un hijo varón y voto afirmativo cuando las reuniones públicas. El estudio de los partidos, de las facciones e incluso de las asociaciones de barrios no debería ignorar los colores, su significación, sus símbolos, las tradiciones a ellos unidas y, por tanto, el espíritu de competición y de ayuda mutua, cimiento de todo grupo social.

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. H. F. Westlake, *The Parish Gilds of Medieval England*, Londres, 1919 y P. Duparc, Confréries du Saint-Esprit et communautés d'habitants au Moyen Age (*Revue d'histoire du droit français et étranger*, 1958).
2. La atención hacia este punto ya había sido atraída por G. Le Bras, Les confréries chrétiennes (*Revue d'histoire de droit français et étranger*, 1940 y 1941).
3. E. Lambert, Ordres et confréries dans l'histoire du pèlerinage de Compostelle (*Annales du Midi*, 1943).
4. A. Gouron, *La réglementation* [447].
5. Documento citado por A. R. Myers, en *English Historical Documents*, Londres, ed. D. C. Douglas, 1969, t. IV, págs. 741-744.
6. Ph. J. Schairer, *Das religiöse Volksleben am Ausgang des Mittelalters nach Augsburger-Quellen*, Leipzig, 1914; G. Rueklin-Teuscher, Religiöses Volksleben des ausgehenden Mittelalters in den Reichstödten Hall und Heilbronn (*Historische Studien*, 226, Berlín, 1933); D. R. Ludwig-Andreas, *Volksfrommen, Brauchtum und Kirche in deutschen Mittelalter*, Friburgo, 1936.
7. V. Lanternari, La politica culturale della chiesa nelle campagne: la festa di San Giovanni (*Società*, 1955); G. Mandini, Il bel San Giovanni e le feste patronali di Firenze descritte nel 1475 da Piero Cennini (*L'Arte*, 1909); R. Vaultier, *Le folklore...* [560], págs. 105-124.
8. L. Sittler, *La viticulture et le vin à Colmar à travers les siècles*, Colmar, 1956, 168 págs.
9. Citado por R. Grand, *L'agriculture* [171], pág. 232.
10. L. Musset, *Les peuples* [124], pág. 232.
11. Cf., por ejemplo, M.-Cl. Gerbet, Les confréries religieuses à Cacérès de 1467 à 1523 (*Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1971, t. VII, páginas 75-113).
12. J.-Cl. Schmitt, Une confrérie dominicaine à la veille de la Réforme (*A.E.S.C.*, 1971, págs. 83-104).
13. Crónica de P. A. Monteggiani publicada en el *Bulletin de la Société de Sciences historiques de la Corse*, Bastia, 1888.
14. Fr. Steinbach y E. Becker, *Geschichtliche Grundlagen der kommulanen Selbstverwaltung in Deutschland*, Bonn, 1932.
15. R. Grand, *Les paix d'Aurillac. Étude et documents sur l'histoire des institutions municipales d'une ville à consulat (XII*ᵉ*-XV*ᵉ *siècle)*, París, 1945, particularmente págs. XL, XLV y CXIII.

16. LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ, Evolución histórica de las Hermandades Castellanas (*Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1951).
17. M. PACAUT, Aux origines du guelfisme: les doctrines de la ligue lombarde (1167-1183) (*Revue Historique*, 1963, págs. 73-90); V. VITALE, Guelfi e Ghibellini a Genova nel Duecento (*Rivista Storica Italiana*, 1948).
18. *Estudios de Historia Moderna*, 1957; y de la misma autora: Una familia barcelonesa: los Deztorrent (*Anuario de Estudios Medievales*, t. I, 1964, páginas 473-488).
19. Véase también G. MASI, La struttura sociale delle fazioni politiche fiorentine ai tempi di Dante (*Giornale Dantesco*, 1928, t. 31, págs. 3-28).
20. Sobre la importancia de las familias en la formación de los partidos, véase C. G. MOR, «Dominus Eccrinus». Aspetti di una forma presignorile (*Studi ezzeliniani*, Roma, 1963).
21. G. SORANZO, Collegati, raccomandati, aderenti negli stati italiani dei secoli XIV e XV (*Archivio Storico Italiano*, 1941, págs. 3-35); A. MUNICHI, *La fazione antimedicea detta del Poggio*, Florencia, 1911.
22. A. MARECQ, La durée du régime des partis populaires à Constantinople (*Bull. Académie Royale de Belgique*, 1949, págs. 63-74).

Capítulo V

Los marginados

Fuera de los marcos habituales vivían, al margen de las confesiones, de las profesiones o de los grupos autóctonos, individuos aislados o comunidades de extranjeros, de errantes e incluso de personas fuera de la ley. Estos individuos eran con frecuencia muy numerosos, por lo que dejaban sentir su peso en gran cantidad de aspectos de la vida económica y social del Occidente medieval. Es verdad que algunos de tales individuos favorecieron el intercambio de civilizaciones y de técnicas entre diferentes medios étnicos o lingüísticos; pero otros supusieron graves amenazas, reales o imaginarias, para la paz y el equilibrio social de las ciudades y de los campos.

Estos marginados se organizaban a su vez en comunidades o grupos sociales que recordaban en ocasiones las estructuras tradicionales ya evocadas. Otros grupos llegaron a rebasar el marco ordinario de la ciudad. En todo caso, el peso de estos extranjeros, rechazados o excluidos por su voluntad de unas estructuras que funcionaban desde hacía mucho tiempo, sus relaciones —segregación, cohabitación o entendimiento— y los conflictos con los habitantes del lugar merecen ser estudiados y definidos, puesto que constituyen unos elementos necesarios y esenciales para el conocimiento del clima social y de las estructuras sociales en su conjunto.

1) Los extranjeros en la ciudad

La ciudad, en cuanto centro de industria y de gran comercio, importante mercado de mano de obra para sus obras de construcción y sus talleres, acogía a grandes masas de inmigrantes de muy diversas condiciones y fortunas.

A) Los trabajadores

Algunos sólo podían aportar su trabajo; llegaban sin dinero y, a menudo, sin ninguna competencia técnica, por lo que formaban una especie de proletariado inestable, no cualificado y reducido a realizar todo tipo de faenas primarias, simples y mal pagadas; estos individuos venían casi siempre solos, sin familia. No se establecían verdaderamente en la ciudad; los burgueses, inquietos o deseosos de alejar de sus residencias a ciertos oficios considerados como insalubres o, al menos, nauseabundos, los mantenían aparte, fuera de las puertas, en arrabales superpoblados y, con frecuencia, a lo largo de los ríos (bataneros, tintoreros...).

Esta plebe urbana, miserable y peligrosa, vivía muy al margen de la sociedad que la acogía o que le daba trabajo. Esto duraba, al menos, una generación. En Italia, todavía en el siglo XV, los hombres dedicados a la industria textil o al trabajo de los arsenales, simples peones, sólo se definían por su nombre de pila y su aldea de nacimiento; la ausencia de apellido indica muy bien su aislamiento y manifiesta ya una intención de segregación. Por otra parte, los arrabales industriales y populosos todavía no estaban organizados en «barrios», *vicinie* o cualquier otro grupo de vecindad. Sin duda alguna, ello provocó el éxito de ciertas cofradías religiosas, de obras de asistencia y de caridad, que acogían y sostenían a todos estos individuos aislados, mantenidos fuera de los grupos; y provocó también el éxito de las predicaciones populares, sobre todo, las de los frailes mendicantes en estos medios seudourbanos tan inestables.

En todo caso, estos hombres semierrantes, trabajadores inseguros, se encontraban marginados, sin llegar a integrarse en la sociedad urbana. Naturalmente, su presencia y su número se manifestarían con mucha gravedad con ocasión de los conflictos de trabajo y de los levantamientos «populares» [1]; ello puede explicar muchas veces la búsqueda de una mano de obra preferentemente rural.

B) Los mercaderes extranjeros

Los hombres de negocios extranjeros, a menudo italianos o alemanes, pequeños negociantes, empleados, factores, financieros, cambistas o banqueros formaban en cada ciudad de Occidente una comunidad más o menos numerosa, generalmente próspera y relativamente separada de los restantes barrios urbanos.

De hecho, la colonia mercantil absolutamente aislada, a la manera del *fonduk* cristiano en los países musulmanes de Oriente, formando un barrio muy bien

delimitado, cerrado con cadenas durante la noche y que abrigaba almacenes, albergues y una iglesia, sólo en raras ocasiones lo encontramos en Occidente, si exceptuamos el caso de los alemanes de la Hansa que repetían entonces los modos de vida y las tradiciones de sus predecesores o aliados escandinavos. En Novgorod (Rusia), los hanseáticos se acantonaban en el San Peter Hof, amplio patio cerrado, con almacenes, viviendas, la iglesia, la aduana y la báscula; parecida a una ciudad cerrada, este *patio* tenía su jurisdicción propia, sus costumbres y sólo podía ser habitado por empleados y factores solteros. El *patio*, colonia inserta en una región hostil, no fue imitado por los mercaderes alemanes más que, muy imperfectamente, en Bergen y en el *Steelyard* de Londres (sólo por muy poco tiempo). Esta misma cohesión y solidaridad del extranjero la encontramos también en otras regiones, como en Escandinavia, y no sólo entre los mercaderes, sino también entre los artesanos; por ejemplo, en Bergen, la *Hof Wogsbotten* cedida por el rey en 1330 a los zapateros y, más tarde, a los panaderos y a los carniceros alemanes (en 1451, 63 zapateros alemanes poseían 30 puestos en este patio); y lo mismo el *Michaelsgarten* de Oslo y, en Tornsberg, el *patio de los zapateros (Sousterhof* o *Sudergarten)* concedido por el rey a cambio de un tributo anual de 100 botas y 200 zapatos.

Pero en la mayor parte de los lugares, los mercaderes se dispersaban más (*calle de los lübeckeses, calle de los hamburgueses* en Brujas) e incluso llegaban a vivir en la casa de un mercader de la ciudad que desempeñaba la función de corredor e intermediario.

Con todo, los mercaderes edificaban casi siempre una casa común que servía más bien de lugar de reunión que de vivienda. Por ejemplo, en Brujas, en 1449, 600 alemanes asistieron a una asamblea en el «nuevo albergue de los alemanes», donde debía de ser construida más tarde la famosa casa de los *Osterlinghe,* más las *galerías* de los genoveses y de los florentinos; y también en Venecia el famoso *Fondacho dei Tedeschi* que servía a la vez de albergue, almacén y mercado. Como todos los grupos sociales de la época, la colonia tenía su propia vida religiosa: un santo patrón cuya fiesta era la ocasión para celebrar misas, procesiones o festejos, una iglesia o una capilla; también solía hacer amplias donaciones a cualquier convento.

Aunque sin duda alguna muy débil desde el punto de vista étnico, la influencia de estas colonias extranjeras se manifestaba primordialmente en el ámbito de las artes, de la religión y de la vida material y espiritual. Por medio de su sola presencia, de sus compras, de las modas que lanzaban y del tráfico de objetos de arte [2], los mercaderes favorecían y provocaban intercambios de todo tipo. De esta forma, se creó en las ciudades de Alemania del Sur, cuyos hombres de negocios acudían constantemente a Venecia o a Génova, «una segunda Italia». La influencia artística de los sieneses en Aviñón

o de los italianos en Castilla se debía a la presencia de las grandes compañías mercantiles. Los italianos y los franceses del Mediodía traían de Flandes gran cantidad de cuadros, las costumbres y las técnicas del Norte, las fuentes de inspiración y, en ocasiones, hasta el propio «clima»[3].

El papel de los alemanes fue considerable. Los de las ciudades del Sur no sólo copiaron las modas italianas sino que también aportaron sus gustos y sus artistas, que eran muy numerosos en Milán y en todas las ciudades del norte de Italia. ¿No resulta muy significativo que el pintor más famoso de Génova, Justo de Ravensburg, procediese precisamente de esta ciudad, sede de la gran compañía mercantil tan sólidamente representada en el puerto ligur? En España, los alemanes de Ravensburg adquirieron en la región de Valencia, cerca de su plantación de caña de azúcar y de sus molinos, el convento arruinado de Vallis Jesú que hicieron reconstruir por completo, encargando a flamencos y alemanes que trajesen artesonados del Norte[4]. La Hansa construyó alrededor del Báltico un paisaje urbano muy característico: mercado cuadrado con *Rathaus* y tiendas, casas de aguilones puntiagudos, iglesia y construcciones de ladrillo[5]; y también un estilo de vida religiosa, por medio de las cofradías y la ayuda ofrecida a las órdenes mendicantes... En cualquier caso, germanizó intensamente el mundo báltico: moda arquitectónica alemana, derecho alemán y, sobre todo, la lengua; en Copenhague, a finales del siglo XIV, 20 % de los burgueses llevaban un nombre alemán, y 35 % en Estocolmo hacia 1460[6].

C) Los judíos

No todos los israelitas vivían entonces en las grandes ciudades. Todavía en el siglo XIV, algunos habitaban en simples poblados y aldeas en estrecho contacto con los campesinos. En Castilla, las colonias israelitas eran muy numerosas fuera de las grandes ciudades. El *reparto* de Segovia de 1474 enumera a 305 ciudades y aldeas de todo el reino donde vivían judíos[7].

El reagrupamiento en las ciudades importantes se ponía de manifiesto, al parecer, con ocasión de los momentos difíciles, cuando las persecuciones, las expulsiones y los *pogroms:* en este caso, las grandes comunidades, ya numerosas, ofrecían evidentemente mayor seguridad, pudiéndose beneficiar de la protección efectiva de un señor o de un soberano. En Carpentras, el número de judíos creció en 50 % entre 1400 y 1460 por la inmigración procedente de los pueblos de Provenza o del Languedoc[8].

De todas maneras, la repartición de las comunidades israelitas era entonces muy desigual según las regiones y las épocas.

En Cataluña, los judíos, con sus 25 000 personas, representaban alrededor de la séptima parte de la población urbana; pero casi dejaron de residir en Barcelona después de 1391. En Provenza, no eran sólo prestamistas y negociantes, sino también sabios y, sobre todo, médicos; hacia 1450 había una decena de médicos israelitas en Marsella y otros tantos en Arles, donde se había fundado una cofradía judía dedicada a las visitas a los enfermos y a la sepultura de los muertos[9]. En Carpentras formaban alrededor de la décima parte de la población[10]. Pero en las diferentes ciudades de Italia, su importancia y su función económica en esta época se conocen muy mal. Los judíos estaban completamente ausentes de Génova, por lo menos, hacia 1460. En el norte de Europa[11] ni siquiera las ciudades tenían gueto; como, por ejemplo, la ciudad de Metz a pesar de ser un mercado regional muy activo.

Tales diferencias entre los países y las ciudades de Occidente pueden explicarse por el exterminio de las comunidades cuando las Cruzadas o por la actitud del soberano (como, por ejemplo, la favorable política de los papas de Aviñón); pero dependían también de razones más complejas ya que pueden poner de manifiesto unas estructuras sociales, religiosas quizás, y mentales diversas. He aquí otro ejemplo de la asombrosa variedad de los medios urbanos en esta época.

Los grados de integración en la sociedad urbana o, al contrario, de segregación eran también muy variables. Sabemos ahora que las actividades de los israelitas no se limitaban por fuerza a ciertos ámbitos muy concretos, tales como el comercio al por menor o los préstamos con fianza. En España, los judíos y los convertidos recientemente, no siempre fáciles de identificar, asumían un papel considerable en la vida activa de las grandes ciudades; así, por ejemplo, los orfebres de Toledo o los ricos mercaderes de Burgos que, hacia 1460, se encontraban a la cabeza de importantes capitales, extendiendo su comercio a todo el reino[12].

Por otra parte, parece verosímil que la religión y las diferentes costumbres, la hostilidad de los burgueses y el temor a las matanzas mantuviesen a esas comunidades, a menudo numerosas, encerradas en barrios angostos. En el plano de la ciudad pueden leerse casi siempre el *ghetto* o la *judería*, los *calls* de Cataluña; sobre todo las ciudades de Andalucía tenían en el exterior de sus muros *juderías* y *morerías*[13].

Sin embargo, la idea de un *gueto* como refugio exclusivo y residencia obligatoria, debe ser muy matizada. En primer lugar porque el barrio judío no siempre se ubicaba en un lugar apartado, cerca o fuera de las murallas; algunos se encontraban en pleno centro de la ciudad, junto al mercado (por ejemplo, en Tolón y Marsella), al lado de iglesias o abadías (como también en Marsella, en Tarascón y Carpentras) o de casas fortificadas señoriales (en Salón, Trets y Tarascón) capaces de asegurar su protección; el barrio periférico no indicaba forzo-

samente un apartamiento de la comunidad sino, en ocasiones, un simple recuerdo de la época en que los judíos estaban encargados de la custodia de una parte de las murallas.

En las grandes ciudades, el barrio judío comprendía todos los edificios necesarios para la vida de la comunidad: la sinagoga y la escuela, la piscina ritual *(Mikvé)*, la carnicería, el horno, los pozos, el mercado de carne, el molino y, a veces, el hospital. Sin embargo, en Provenza al menos, el cementerio y el patíbulo especial se encontraban fuera del recinto. Además, ciertas ciudades sólo tenían una «calle de los judíos» mientras otras poseían dos o tres barrios israelitas diferentes; incluso en algunas ciudades, sus correligionarios se dispersaban a través de la ciudad. Si los soberanos, los obispos y los municipios intentaron en algunas ocasiones imponer la residencia obligatoria en la judería, tales coerciones quedaron, la mayoría de las veces, sin una auténtica aplicación práctica; así sucedió, por ejemplo, en Provenza, en los años comprendidos entre 1320 y 1475: por ello, en Marsella, los judíos eran propietarios o arrendatarios de bienes situados en toda la ciudad [14].

2) Nómadas y viajeros

Otros individuos o comunidades, por sus profesiones o género de vida, se mantenían también más o menos al margen de las estructuras sociales habituales y de los grupos sólidamente implantados en las aldeas o las ciudades. A los grupos sedentarios respondían y, en ocasiones, se oponían violentamente en interminables guerras judiciales o verdaderos conflictos armados los nómadas y los viajeros organizados a menudo en grupos de defensa y asistencia. Los conflictos sedentarios-nómadas, sin lugar a dudas menos graves, peligrosos y espectaculares en los países de Occidente que en otros lugares, dejaron igualmente su huella, de manera permanente y, a veces, aguda en el equilibrio social y en muchos aspectos de nuestra civilización medieval.

A) Leñadores y pastores

En el mundo rural eran vecinos, y se enfrentaban los campos construidos y regularmente sembrados de cereal, las aldeas y sus labradores por una parte y los baldíos sin cultivar, de los terrenos de paso para el ganado, de los bosques y de los pastos de montaña por otra. Con frecuencia, se trataba de dos civilizaciones diferentes, de dos géneros de vida y de intereses contrapuestos. El paisaje rural y la sociedad campesina traducían una especie de compromiso y de equilibrio muy inestable, que siempre se alteraba.

Los grandes bosques abrigaban a gran número de pequeños artesanos que habían decidido vivir en ellos, practicaban la tala de los árboles e instalaban sus talleres itinerantes a cambio de un tributo o de una serie de servicios pagados al señor dueño del bosque. Eran los carboneros, los herreros, los curtidores que buscaban las cortezas de las encinas, los cesteros que cortaban las retamas, los cordeleros, los fabricantes de tejas y los ceramistas que cogían la arcilla de los lechos limosos y construían sus hornos; a todos ellos hemos de añadir los pequeños oficios del trabajo de la madera: carpinteros, toneleros, constructores de flejes, fabricantes de arcas, de celemines y de zuecos. Y así, una parte considerable de la industria, sobre todo para la fabricación de objetos domésticos, se efectuaba en pleno bosque, lejos de las aldeas. Estos individuos formaban unas poblaciones flotantes, a veces peligrosas, que por comodidad, miedo o precaución, eran mantenidas al margen de las estructuras aldeanas tradicionales. Con frecuencia, se organizaban en comunidades especiales: varios caseríos de vidrieros dispersos por el bosque formaban juntos una «comunidad de vidrieros y *granges*», cuyos habitantes no pertenecían a ninguna parroquia.

Ciertos oficios adquirían, así, una asombrosa condición de libertad y una especie de independencia frente a los poderes señoriales o soberanos. Por ejemplo, los vidrieros estaban exentos de la talla por Carlos VII en 1445; después, de las ayudas, subsidios y subvenciones y, por fin, de los deberes de asistir a la hueste, a la cabalgada y de dar morada al señor. Los «gentilhombres vidrieros», desde el maestro soplador al obrero que preparaba la pasta, llamados los *hazis*, es decir, los *quemados*, se consideraban todos ellos nobles, libres de todo derecho [15].

De la misma manera, el pastor era también un individuo que, en ocasiones, vivía al margen de la sociedad aldeana, por lo menos durante cierto tiempo. Si bien es verdad que esta posición social era muy diferente, de manera un tanto sorprendente, según las regiones. Mientras en Alemania y en los países germánicos [16] vivía muy apartado de la aldea, extraño a ella y «herético» desde muchos puntos de vista, el pastor se integró mucho mejor en Francia al marco familiar y aldeano tradicional [17].

Sin embargo, la gran trashumancia, el deseo de luchar contra los sedentarios, sus campos permanentes y sus cercados llevaron a los ganaderos a formar unas asociaciones de socorro y de ayuda mutua a veces muy poderosas. Ello se observa ante todo en las regiones ibéricas.

En Aragón, la *Casa de Ganaderos* de Zaragoza había obtenido por privilegio real desde el siglo XIII una serie de derechos de pastos muy extendidos en todo el reino. En Portugal, las asociaciones regionales de pastores, las *rafalas*, recibieron igualmente el apoyo real en sus conflictos con las autoridades municipales que se oponían a la extensión de los pastos libres y al ensanchamiento de los caminos [18]. Pero, sin duda alguna, la más poderosa asociación de ganaderos

trashumantes fue la célebre *Mesta* de Castilla que, nacida en 1273 de la fusión de varias *mestas* regionales, acabó por imponerse triunfalmente y, en ocasiones, de forma desmedida en todo el país [19]. Esta asombrosa potencia tenía su propia jurisdicción y sus oficiales *(alcaldes de mesta, de corral* o *de cuadrilla)* que imponían su ley en todos los pastos que encontraban en el camino; las inmensas manadas, repartidas en *rebaños,* cada uno de un centenar de cabezas, conducidos por cinco hombres y acompañados por acémilas para el campamento y la cocina, eran vigilados, a su vez, por los *entregadores* o jueces itinerantes. La *Mesta* estaba exenta de las tasas sobre la sal. Reunía a varios millares de propietarios y de pastores que conducían en invierno cerca de dos millones de ovejas a los pastos del sur. Aunque la *Mesta* estaba dirigida por nobles, por los grandes abades o los jefes de las órdenes militares y ciertos rebaños señoriales contaban de 20 000 a 30 000 cabezas, también reunía por centenares a campesinos modestos que a menudo no tenían más de 50 animales.

Y de esta forma, la comunidad de intereses y el carácter marginal de las actividades de todas estas asociaciones de pastores provocaron la formación de grupos muy poderosos pero, desde el punto de vista social, muy complejos.

B) Mercaderes viajeros; los merceros

Esta solidaridad se desarrolló también entre aquellos mercaderes que, a pesar de los progresos del comercio urbano, recorrían ferias y aldeas en busca de sus clientes. Los merceros se oponían igualmente a los sedentarios, grandes o pequeños mercaderes de las ciudades y se unían y aliaban en amplias confederaciones para mantener su negocio y luchar contra las justicias municipales. De todas maneras, el hecho de estar constantemente de viaje, sin implantarse en la ciudad, les impidió formar cómodamente guildas locales o cofradías. Los merceros buscaban, por fin, la protección del soberano sin duda alguna contra las ciudades y sus reglamentaciones hostiles a ellos.

De esta forma, se organizaron importantes compañías de merceros, generalmente en el marco de un principado: en Provenza, en el Delfinado, en Saboya, en Forez e incluso en el propio reino de Francia. Estas grandes compañías tenían a su frente un *rey de los merceros,* elegido con ocasión de una gran feria anual y confirmado por el soberano; era asistido por caballeros merceros (la «milicia militar de los caballeros de la Mercería») que, armados por el rey, prestaban juramento sobre los evangelios y vigilaban la práctica económica de las ferias (pesos, medidas y represión de los fraudes); eran ellos mismos quienes publicaban las nuevas ferias. Estos hom-

bres, que aseguraban así el gobierno, la policía y la paz de numerosísimos mercaderes continuamente en camino, se colocaban siempre bajo la autoridad y la obediencia del soberano. En Francia, cada año eran establecidos en su cargo por los bailes reales [20]. Pero la estructura del grupo era diferente; su vocabulario recurría a las instituciones reales y la caballería. Tales grupos permitían al Estado ejercer cierto control sobre estos perpetuos nómadas.

C) Los oficiales (compagnons)

De este deseo de asistencia a lo largo de los caminos y en distintas ciudades nacieron también las diversas asociaciones de oficiales que, para ejercer su oficio, se establecían en diferentes regiones. También estas solidaridades rebasaban muy ampliamente el marco de una sola ciudad; garantizaban a sus miembros una especie de ayuda pecuniaria y moral durante los desplazamientos, así como una acogida benevolente en cada ciudad. La atención de los historiadores se ha orientado, sobre todo, hacia las sociedades de obreros albañiles *(maçons)* que han sido presentadas como los lejanos predecesores de la francmasonería. Es cierto que las fluctuaciones del mercado de la mano de obra eran mucho más brutales para los oficios de la construcción que para otras industrias o empresas. Los peones no especializados podían ser reclutados sobre el terreno pero no así los albañiles cualificados que venían de lejos. Estos maestros albañiles sólo podían fundar una guilda especial en las ciudades muy grandes, donde el empleo era algo más regular (como, por ejemplo, en Londres). En todas partes, solían reunirse en el mismo lugar del trabajo, en la *habitación de los trazos,* llamada también *logia;* estos *francmasones* elegían a los maestres de las logias en cada solar en construcción; las *logias,* numerosas en Inglaterra y en Alemania, aunque más escasas en Francia, recibían a los miembros de las logias de otras obras, los alimentaban y les encontraban trabajo [21]. Sin embargo, estas asociaciones nacientes no parecían rodearse entonces de misterio, ni de respeto al secreto ni incluso de un ceremonial muy especial [22].

En realidad, estas asociaciones de oficiales *(compagnonnages)* se desarrollaron, en la misma época, en otras profesiones [23]. Por ejemplo, los obreros bataneros se habían organizado en una especie de liga que cubría varias regiones y 42 ciudades diferentes [24].

3) Errantes e individuos fuera de la ley

Por fin, en la ciudad y en el campo, numerosos individuos vivían fuera de toda profesión, por irregular e inestable que fuese, y fuera de todo marco social ordinario. Al margen de la sociedad, tales individuos se encontraban en ocasiones también fuera de la ley.

Parece que, en Francia y, sobre todo en Inglaterra, los disturbios económicos, las guerras nacionales o nobiliarias y la carencia de una autoridad soberana provocaron un crecimiento considerable del número de individuos errantes, sin empleo y miserables. En este sentido, ello viene corroborado por la multiplicación de las limosnas, de las instituciones caritativas y de hospicios y hospitales de todo tipo [25]. En cada ciudad, la masa de los «mendigos» amenazaba la seguridad de los burgueses y el equilibrio social o económico. Todos los registros municipales, en ocasiones de pequeñas aldeas, reflejan este temor y esta obsesión; era preciso alimentar a los mendigos y a los nómadas o expulsarlos.

Se trataba realmente de masas numerosas [26] y peligrosas, difíciles de vigilar y contener. Estos mendigos, ribaldos, ladrones, rateros de oficio u ocasionales (los escolares y clérigos vagabundos), lisiados o enfermos (reales o simulados), ciegos y también las prostitutas formaron así, en algunos barrios, verdaderos mundos aparte así como ciertas solidaridades con sus propias leyes, lenguajes y jefes. Es verdad que el soberano intentaba controlar a estos errantes por medio de unos oficiales llamados los *reyes de los ribaldos,* encargados de responsabilidades políticas. Pero el mundo oculto y fluido de los ribaldos escapaba a esta tutela. Poco a poco, los mendigos y los suyos se reagrupaban, en el interior de la ciudad, en determinadas calles o sectores especiales. En París, hacia 1480, varias *cortes* abrigaban a los mendigos: en la calle de la Truanderie (Truhanería), en la calle de los Francs-Bourgeois, la corte del Roi-François (cerca del Ponceau), la de Sainte-Catherine, la de Brisset (en la calle de la Mortellerie), la de la Jussienne (en la calle Montmartre), la de la puerta Barbette, la de la colina Saint-Roch y, sobre todo, la más famosa, situada cerca de la calle Montorgueil y de la calle Neuve-Saint-Sauveur. Estas *cortes de los milagros* constituían mundos aparte, totalmente al margen, sin más leyes que las suyas propias y que designaban a sus jefes: el *rey* y sus oficiales, los *cagouts.*

Si la vida interna de estos grupos marginales implantados en el corazón de las ciudades es bastante oscura, vemos mucho mejor cómo obraban y se organizaban los bandidos de campo abierto y de los bosques. Y ello sobre todo gracias a los estudios realizados por los historiadores ingleses sobre sus *gangs* de criminales [27].

El *gang* de los Coterels hacía estragos, entre 1328 y 1333, en una amplia región situada al norte de Inglaterra, en el Derbyshire y el Straffordshire, particularmente en el Peak District forestal; se unieron a otras bandas como las de los Folville o de Roger el Salvaje (del famoso bosque de Sherwood); después desaparecieron, fundidos en una compañía más poderosa llamada de los hermanos Mynors que, como la de los Foljambes, de los Greslays o de los Bradburns, mantuvieron amenazadas comarcas enteras durante más de un siglo. Los Coterels

se hacían llamar la «compañía salvaje» y Lionel Coterel se decía *king of the route raveners* (devastadores). Secuestraban a personas a cambio de un rescate (una de ellas, un abad, fue al principio guardado cautivo en Londres y, después, enviado a Brabante); robaban el ganado y saqueaban las casas. Se beneficiaban de todo tipo de complicidades y de varios refugios (como en Bakervell, gracias a los canónigos de Lichfield) y se ponían al servicio de particulares para proseguir las querellas privadas. Ni la justicia real ni los *keepers of the peace* podían alcanzarlos. En general, estos individuos no eran pobres ni estaban desprovistos de bienes; al contrario, se trataba más bien de campesinos libres, de *yeomen*, bastante ricos, o segundones de familias nobles.

Desde el punto de vista social y político, la fortuna y la permanencia de tales bandas y confederaciones atestiguan el desasosiego de la época, la importancia de las solidaridades marginales y la existencia de un elevado número de individuos que buscaban fortuna, en ocasiones sólo por algún tiempo, fuera de las profesiones y de las estructuras estables.

Las estructuras sociales. Conclusión

En todos los medios, los hombres no se definían sólo por sus profesiones, sus condiciones o sus fortunas. Sobre todo, el hombre vivía en el interior de uno o varios grupos sociales, grupos familiares, religiosos o de vecindad pero siempre de socorro y ayuda mutua; se definía, ante todo, por estas pertenencias y solidaridades, que constantemente marcaban su vida cotidiana y todas sus actividades; allí encontraba consuelo y protección. Aquellos que, por diversas razones, se colocaban al margen de los marcos tradicionales, constituían otros grupos, sin duda más artificiales pero igualmente solidarios y eficaces.

Desde el punto de vista social, estos grupos eran bastante complejos y heterogéneos; casi siempre reunían a individuos de fortunas y condiciones muy diversas y, con frecuencia, a hombres que pertenecían a «órdenes» diferentes. Tales grupos dejaron su huella en numerosos aspectos de la civilización material y de la vida artística.

NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. Cf. *infra*, pág. 368.
2. J. Lestocquoy, Le commerce des oeuvres d'art au Moyen Age (*A.E.S.C.*, 1943).
3. M. Roques, *Les apports nérlandais* [551].
4. A. Schulte, *Geschichte der grossen* [333].
5. V. K. Habicht, *Hansische Malerei und Plastik in Skandinavien*, Berlín, 1926.
6. L. Musset, *Les peuples* [124], pág. 291.
7. J. Vicens Vives, *Manual* [135], págs. 225-226.
8. R. H. Bautier, *Feux, population* [422].
9. P. Pansier, Les oeuvres de charité juives d'Avignon (xive-xviiie siècle) (*Annales d'Avignon et du Comtat Venaissin*, 1924, págs. 71-134).
10. A. Mossé, *Histoire* [473]; R. H. Bautier, *Feux, population* [422].
11. Sobre Alemania: G. Kisch, *The Jews in Medieval Germany*, Chicago, 1949; y sobre los Países Bajos: J. Stengers, *Les Juifs dans les Pays-Bas au Moyen Age*, Bruselas, 1950.
12. F. Cantera Burgos, *Alvar García de Santamaría y su familia de conversos. Historia de la judería de Burgos y de sus conversos más egregios*, Madrid, 1952.
13. F. Baer, *Die Juden* [421]; L. Torres Balbás, Mozarabías y juderías de las ciudades hispano-musulmanas (*Al-Andalus*, 1954); A. Pons, Los judíos del reino de Mallorca durante los siglos xiii y xiv (*Hispania*, 1956); J. Caro Baroja, *Los moriscos del reino de Granada*, Madrid, 1957; J. Barbell, The pronunciation of hebrew in medieval Spain (*Homenaje a Millás Vallicrosa*, I, págs. 647-696); N. López Martínez, *Los judaizantes castellanos y la Inquisición en tiempos de Isabel la Católica*, Burgos, 1954.
14. D. Iancu-Agou, Topographie des quartiers juifs en Provence médiévale (*Archives juives*, 1971-1972); F. Menkés, Une communauté juive en Provence au xive siècle: étude d'un groupe social (*Le Moyen Age*, 1971).
15. P. Deffontaines, *L'homme et la forêt*, París, 1933, pág. 87; véase también S. Barrelet, *La verrerie en France*, París, 1955 y F. de Fonclare, *Les verreries forestières de Moussans*, Toulouse, 1925; G. Rose-Villequey, *Verre et verriers en Lorraine aux débuts des temps modernes*, París, 1970.
16. W. Jacobeit, *Schafhaltung und Schäfer in Zentraleuropa bis zum Beginn des 20 Jahrhunderts*, Berlín, 1961.
17. M.-T. Kaiser, *Le berger en France* (cf. *supra*, nota 25 del capítulo II de la primera parte).

18. M.-J. LAGOS TRINDADE, Alguns Problemas do Pastoreiro em Portugal, nos séculos XV e XVI (*Do Tempo e da Historia*, 1965, n.° 1).
19. J. KLEIN, *The Mesta* [223].
20. En 1427, la duquesa de Borbón confirmaba a un «preboste de los merceros» de la baronía del Beaujolais, «eslu entre eux». Cf. G. FAGNIEZ, *Documents relatifs* [8], t. II, pág. 218.
21. D. KNOOP y G. P. JONES, *The Medieval Mason* [456]; M. S. BRIGGS, *A Short History of the Building Crafts*, Oxford, 1925.
22. D. KNOOP y G. P. JONES, *The genesis of freemasonry*, Manchester, 1949; P. NAUDON, *Les origines religieuses et corporatives de la franc-maçonnerie*, París, 1964.
23. E. COORNAERT, *Les compagnonnages* [431].
24. Citado por B. GEREMEK, *Le salariat* [356], pág. 117.
25. J. IMBERT, *Les hôpitaux en droit canonique*, Vrin, 1947; *Les hôpitaux en France*, París, 1957; A. RIBEIRO, Assistencia, en *História de Portugal*, dir. por D. PERES, vol. IV, Barcelos, 1932, págs. 531-570; *Atti del primo congresso di storia ospitaliera*, Reggio Emilia, 1962.
26. Cf., por ejemplo, J. JUSSERAND, *Les Anglais au Moyen Age. La vie nomade et les routes d'Angleterre au XIV° siècle*, París, 1884; J. C. RUSSELL computa en la población inglesa 5 % de vagabundos. En Troyes (1432), de las 18 000 personas que poblaban la ciudad, se encontraban alrededor de 3000 mendigos y, de las 10 678 personas contadas en Reims (1482), había más de 2000 «miserables [...] que se buscaban la vida»; P. DESPORTES, La population de Reims au XV° siècle (*Le Moyen Age*, 1966).
27. J. G. BELLAMY, The Coterel gang (*English Historical Review*, 1964), con bibliografía.

CAPÍTULO VI

Sociedad, vida espiritual y artística

Cualquier explicación demasiado materialista de la vida espiritual o artística nos parece, sin duda alguna, excesiva. Sin embargo, en todas las épocas, la vida religiosa y las manifestaciones del pensamiento en el ámbito literario o artístico se encuentran directamente influidas por las estructuras sociales y, en ocasiones, por la evolución de la economía y de la sociedad. Cada vez más, los historiadores del arte relacionan estrechamente el estudio de los artistas y de sus obras al del medio donde se produjeron. De aquí proceden las tentativas, en su mayoría muy recientes, de explicar las diversas corrientes espirituales y artísticas por la evolución del medio, de la clientela, en definitiva.

Pero, ¿de qué manera se ejercían aquellas influencias? Numerosos trabajos se limitan a analizar sus aspectos externos y las direcciones muy generales de su inspiración. El estudio de los temas, de las técnicas y de la concepción de la obra, ligado a la mentalidad de una clase social o de un medio, se halla todavía en la fase de iniciativas nuevas que buscan un método y un camino a seguir; y es que nos hallamos ante un mundo extraordinariamente rico pero de difícil acceso.

1) Las relaciones entre los medios sociales y la vida espiritual o artística

A) LA CONDICIÓN DEL ARTISTA

Las dificultades de semejante estudio proceden, en primer lugar, de la identificación de las obras. Para definir los lazos entre arte y sociedad, el historiador debe generalizar a partir de algunos ejemplos, puesto que resulta imposible apoyarse en un elevado número de obras conocidas y, sobre todo, datadas con

precisión. Ahora bien, en el estado actual de nuestros conocimientos, tal identificación es aún muy imperfecta. En la Italia central, donde los estudios —multiplicados con profusión desde antiguo— respondían a un auténtico entusiasmo de los expertos y del público, los peritos se lanzaron a buscar los autores de numerosos cuadros; algunos de éstos son atribuidos a cinco o seis «paternidades» diferentes. El propio Giotto resulta ser uno de los artistas más discutidos en lo que se refiere a sus obras romanas y sobre todo a los frescos de Asís, especialmente los del Nuevo Testamento, mucho más controvertidos que los del ciclo de San Francisco [1]. Varias obras sienesas de los años 1420, particularmente el tríptico de la *Osservanza*, al principio atribuidas a Sassetta, fueron a continuación consideradas extrañas a la obra del pintor; A. Graziani *inventó* entonces un artista distinto que llamó *el Maestro de la Observancia* y le atribuyó otras obras no firmadas y difíciles de identificar [2]. No cabe duda de que fue una interesante iniciativa, puesto que se apoyaba en seductoras comparaciones y serias confrontaciones, pero bastante discutible. Los expertos nos han propuesto numerosas *invenciones* de este género. Más allá del círculo, en definitiva muy limitado, de la pintura sienesa o florentina, las identificaciones resultan todavía más difíciles, multiplicándose el número de los *maestros* desconocidos. Nos encontramos ante una circunstancia deplorable que orientó demasiado sistemáticamente a los historiadores hacia las mismas ciudades y los mismos medios sociales. Sólo unas incesantes investigaciones en los archivos —libros de cuentas y actas de notarios— permitirían enriquecer nuestras certidumbres.

Todos estos obstáculos no fomentaron indudablemente la realización de muchas investigaciones. Sin embargo, el artista era la expresión de su época. Es verdad que algunas personalidades más vigorosas dirigieron con mayor intensidad el curso de la evolución artística y que ciertos pintores, por su propio temperamento, crearon un clima especial y una ética particular en su propia ciudad. Pero, en su conjunto, el artista quedaba siempre marcado por el medio donde vivía, cuyas aspiraciones, dudas y angustias traducía. En cuanto rasgo esencial de la vida espiritual y de toda la civilización de entonces, este lazo era inherente a la condición del artista que permanecía sometido a las exigencias de la clientela, la cual le prohibió durante bastante tiempo innovaciones demasiado audaces. El pintor, el iluminador y el escultor no eran sino artesanos y además considerados como tales. Esta situación ha sido perfectamente analizada para el período de las grandes catedrales, gracias a varios trabajos sobre los arquitectos, maestros de obras, albañiles y sobre la organización de las obras [3]. De manera firme y estricta, los encargos obligaban al artista a tener en cuenta los deseos de su cliente [4]. En Italia, todavía en la segunda mitad del siglo XV, las dimensiones y la naturaleza de la obra, los temas y las características esenciales se encontraban minuciosamente fijados de antemano. Estos contratos subrayaban también

el aspecto financiero del mercado: el precio cuidadosamente estimado y el examen de la obra terminada por el cliente, asistido por expertos que se pronunciaban sobre su calidad; sólo si este examen resultaba satisfactorio, el pintor cobraba lo que se le debía; hasta entonces no había recibido más que adelantos y, en ocasiones, su alimento [5].

Por tanto, la condición social del artista era muy modesta; y lo mismo su prestigio. Lo que contaba era su probidad, su técnica y su habilidad manual. En este sentido, el estudio de las obras de arte puede ayudar mucho al conocimiento de los medios sociales y de las mentalidades colectivas.

B) Influencias del medio espiritual y de las estructuras sociales

De manera general, la influencia del medio y de la época se traducía en la elección de los temas de inspiración. Esta relación parece relativamente fácil de definir, sobre todo después de las obras de E. Mâle que ofrecen un perfecto ejemplo del método a seguir [6]. Desde entonces, ciertas cuestiones han llamado más la atención, particularmente la Danza de la Muerte [7]. Observemos también el gusto por las escenas de terror o de espanto, así como la atracción por lo sobrenatural, lo diabólico y la hechicería. El penetrante estudio de J. Baltrusaïtis sobre el gótico fantástico [8] había mostrado todos los préstamos que los artistas de la época sobre todo los más populares, recibían del folklore, de los cuentos regionales, de los viejos bestiarios y del repertorio iconográfico de Oriente. Estas investigaciones fueron proseguidas por R. Bernheimer que abordaba a este respecto el estudio de las mentalidades y de la «demonología» [9].

Corrientes espirituales. ¿Resulta atrevido ligar las formas de expresión artística, los temas de inspiración y la sensibilidad sólo a la influencia de una gran corriente espiritual?

La impronta de los dominicos en Florencia, sobre todo después de la peste negra, fue bastante intensa; en aquel momento, los hermanos predicadores emprendieron una auténtica reconquista de los espíritus turbados por la calamidad y los desórdenes sociales. De aquí, el acento constantemente cargado en la cólera divina y en los castigos, tanto en los sermones como en los frescos de iglesias y capillas: la Muerte, el Infierno y el Juicio Final. Atestiguan tal actitud y alternativa los famosos frescos macabros de la capilla de los Españoles, en la iglesia de Santa María Novella, atribuidos a Andrea da Firenze. Dicha influencia se manifestó hasta en Orvieto con el *Juicio final* de Signorelli y llegó a alcanzar entonces los medios franciscanos: en su iglesia de Santa Croce, encargaron a Orcagna la pintura de un *Triunfo de la muerte.*

Obras muy recientes han insistido en las relaciones entre las actitudes intelectuales y otras formas del arte, sobre todo arquitectura y música. Los penetrantes análisis de R. Wittkowa [10] han mostrado cómo la noción de perspectiva ha variado considerablemente según la época y el medio, al tiempo que subraya las relaciones entre la arquitectura de Palladio y las concepciones musicales del momento.

Por la elección de los temas y por su estilo, el arte musical no era sólo el intérprete de ciertas actitudes afectivas o religiosas, sino que atestiguaba también unas tendencias más profundas ligadas a la evolución de las actitudes intelectuales. Pero relacionar la historia de las ideas a la de la música no parece ser empresa fácil. Sin embargo, tales fueron las tentativas de H. Leichentritt en 1938 con su *Music History and Ideas* y, en 1951, con su *Musical Forms* [11].

Estos ejemplos, aunque interesantes, no permiten sin embargo unir demasiado estrechamente la inspiración artística a las corrientes intelectuales. Ningún estudio de lazos de este género debe conducir a conclusiones demasiado simples.

Estructuras sociales. Por su parte, varios autores se han esforzado en precisar las relaciones entre las características de la vida artística y la clientela o el medio social [12]. Tal fue la tentativa de Fr. Antal en 1948: *La pintura florentina y su trasfondo social* [13], cuyo subtítulo *(La República burguesa antes de la llegada al poder de Cosme de Médicis)* señala los límites cronológicos.

Primeramente, el autor muestra la influencia del cliente. La gran burguesía de negocios imponía sus gustos a los artistas; Giotto traducía a la perfección su ideal y sus aspiraciones. A estas expresiones artísticas, ligadas a los grandes hombres de negocios, se oponía otra corriente «pequeño burguesa» que atestigua la existencia de otra mentalidad y que buscaba otros medios: pintoresquismo, anécdotas, realismo conmovedor y sensiblería algo afectada y fácil. Sensible al principio en Siena con Duccio, justo cuando los negocios habían sufrido grandes dificultades y los grandes mercaderes sólo constituían una escasa minoría, este «pequeño» espíritu alcanzó Florencia después de las quiebras de las grandes compañías, hacia 1350-1360; nos encontramos entonces ante otro arte, más fácil y más «dramático», el de Orcagna y Andrea da Firenze. Esta oposición aparece claramente subrayada.

Una vez recuperada la prosperidad económica, hacia los años 1420, los grandes burgueses dominaron de nuevo. Algunos de ellos, más cultivados, favorecieron un arte sabio y racional que halagaba su afición por las ciencias exactas, por el humanismo y las especulaciones intelectuales; Masolino y Masaccio son sus representantes. Pero eran más numerosos los que soñaban entonces con la caballería y la nobleza, deseando un arte lujoso y acogiendo así ciertas tendencias de los «pequeños burgueses»; Gentile da Fabiano y el mismo Benozzo Gozzoli eran sus representantes.

Con todo, los lazos demasiado estrechos entre estructura social y expresión artística rozan, en ocasiones, el artificio o, al menos, la simplificación excesiva. No cabe duda de que resulta difícil reducir la imagen social de la Florencia de esta época al predominio absoluto de un gran medio de hombres de negocios, más o menos poderosos según la coyuntura del momento [14]. Ello sería desconocer la acción de otras categorías sociales y, sobre todo, la de otros factores económicos o espirituales. Sin embargo, la obra de Fr. Antal abrió un camino absolutamente nuevo que no ha sido recorrido lo bastante desde entonces, por lo menos tanto como hubiesen deseado los historiadores de la civilización. Escasos autores se han enfrentado nuevamente con el problema; y las únicas excepciones se refieren de nuevo a Toscana.

Más limitado y matizado en su desarrollo y conclusiones nos parece el estudio de M. Meiss, publicado cuatro años más tarde [15].

Su análisis se adhiere primeramente al de Fr. Antal; observa el predominio de un arte narrativo que pone el acento en el hombre, con Giotto, Simone Martini y los Lorenzetti. Pero, para M. Meiss, este arte desapareció bruscamente a partir de 1350 como consecuencia de la peste negra y de los disturbios que la siguieron. Ello explica, con el hundimiento de los grandes burgueses llenos ya de humanismo y la llegada de individuos humildes, a veces extranjeros y, sin duda alguna, menos cultivados, una recrudescencia del misticismo, de las creencias sobrenaturales y de la noción del pecado. Estas tendencias, muy vivas, dejaron su clara huella en la vida religiosa, en las obras literarias y también en la producción artística, que volvió a determinadas actitudes y símbolos del gótico. La influencia del clero y de los dominicos se reveló en este caso preponderante, hasta tal punto los medios sociales estaban impregnados de misticismo, incluso en la burguesía de negocios, mucho menos cultivada que la del período precedente. El autor se adhiere así al espíritu «pequeño burgués» del que ya había hablado Fr. Antal y lo ilustra con las obras de Andrea da Firenze y, en especial, con los frescos de la capilla de los Españoles en Santa Maria Novella, mostrándonos su verdadera significación religiosa.

Sería necesario aplicar estos métodos de investigación a otros medios y a otras épocas menos «catastróficas», y señalar los matices y los contrastes de una ciudad a otra. Por ejemplo, explicar por qué, en unas circunstancias económicas bastante parecidas, el arte florentino traducía a menudo la afición a las especulaciones intelectuales, comprendidas sólo por una *élite*, mientras que Siena acudía a la expresión, mucho más fácil y popular, de un ideal caballeresco caro al clero y a la nobleza; y ver si estas direcciones divergentes tenían algo que ver con los temperamentos diferentes de Giotto y Duccio, los dos «adelantados» [16].

Personalidad del artista. Y es que, en efecto, no todos los autores aceptan, como hipótesis de trabajo, los lazos que unen al artista con las corrientes espirituales y las estructuras intelecuales de su época, ni la explicación sociológica de las expresiones artísticas.

A. Chastel planteaba de nuevo el problema cuando estudiaba con amplitud el *Art et humanisme à Florence au temps de Laurent le Magnifique* [17] y examinaba las influencias de la vida política, de las estructuras sociales y, sobre todo, de las corrientes de pensamiento en la evolución del arte. El autor no admite a la ligera la acción profunda del mecenazgo de Lorenzo, reduciendo a sus más justas proporciones la imagen demasiado clásica y corriente de una auténtica «edad de oro florentina». Frente a los métodos y a las teorías de la sociología estética, sobre todo, adopta una desconfianza no disimulada. Ni las estructuras sociales, ni todo lo que constituye la «historia externa» aportan una explicación satisfactoria y A. Chastel afirma ante todo su hostilidad a la interpretación del arte a partir de un «sistema» o de una «visión del mundo» particular, ligada al medio social y espiritual. Si, a pesar de todo, la obra de Chastel concede un lugar importante a la relación arte-cultura-sociedad, carga sobre todo el acento en los «valores individuales», en el temperamento y en el genio de los artistas [18].

Esta reacción, que hemos observado a través del ejemplo más reciente y llamativo, subraya la complejidad del problema, las imperfecciones e incluso el carácter demasiado superficial de los resultados a que habían conducido hasta entonces los estudios sobre las relaciones entre arte y sociedad.

2) La vida espiritual y artística como expresión de las sociedades

A) La ciudad

a) *El gusto de los mercaderes*

La gran ciudad construyó una plaza, mucho menos ordenada que el foro romano, pero que, sin embargo, constituía un conjunto característico, muy original, expresión de una civilización y de un particular estilo de vida. Era la plaza de la comuna y de los Mercaderes. Relojes y campanarios comunales exaltaban aquella civilización del hombre de negocios que tenía otro concepto del mundo y otro gusto por la vida. Los altos campanarios comunales de las ciudades del Norte respondían entonces a las agujas más antiguas de las catedrales, lo mismo que la escuela de los mercaderes respondía a la del obispo [19].

So desarrollaron también las grandes y ricas casas de las corporaciones o los albergues do los mercaderes extranjeros; en las ciudades de Flandes, sus fastuosas fachadas tomaron poco a poco posesión de los grandes barrios. En Bruselas, la victoria política de los maestros artesanos, en 1421, provocó una auténtica transformación del centro de la ciudad. En la Plaza Mayor, hasta entonces rodeada por las mansiones de los nobles —los *steenen* de los linajes— se instalaron los representantes de las principales corporaciones de oficios, cerca del ayuntamiento y su torre. Los carpinteros de obra, albañiles, barqueros y merceros tenían su salón de reuniones y después toda una casa común [20].

La gran casa del mercader simbolizaba la omnipotencia de la aristocracia de los negocios. Frente a los palacios, a los ayuntamientos y sus campanarios comunales, dio un estilo gran burgués a las hermosas plazas mercantiles. De norte a sur, la búsqueda de la comodidad y del lujo se encuentra por doquier: grandes ventanales, miradores, vasos de vidrio, artesonados, chimeneas y techos esculpidos, habitaciones con tapices, frescos murales y mobiliario más rico y variado.

Por la misma época, la piedra, material más noble, ganó terreno, subrayando el progreso de las nuevas fortunas. Así, por ejemplo, en Alemania, de Colonia a Magdeburgo y a Hamburgo. En Londres, la piedra sólo se empleaba al principio en las hiladas inferiores o alternando con hileras de sílex tallado; pero, hacia 1480, aparecieron las viviendas construidas íntegramente en piedra o ladrillo. En la Plaza Mayor de Arras, la casa llamada de los Tres Leopardos (que databa de 1467) recordaba a las del Mediodía: galería cubierta apoyada en sólidos pilares de arenisca, ventanales de ojiva en todos los pisos y torrecilla almenada. En Metz, las casas habitadas por los artesanos eran de madera, muy sencillas, con inmensos armazones, como las situadas en la calle de los Curtidores; pero las de las grandes familias estaban construidas en piedra con tejados mucho más planos.

Sin embargo, y he aquí lo significativo, la casa de los grandes burgueses permanecía fiel a una concepción muy particular. Se inscribía perfectamente en el marco de la ciudad, sin buscar el aislamiento o la exclusión de la comunidad [21]. Por otra parte, no siempre se distinguía de la residencia rural de manera clara.

Numerosas casas de Rouen comprendían dos cuerpos de construcción: uno principal que daba a la calle y otro secundario ubicado en el fondo de un patio rodeado de galerías. En el burgo parisiense de Saint-Germain-des-Prés, frente a las casas de los carniceros construidas en profundidad con estrechas fachadas de un aguilón o incluso de medio aguilón, se construyeron auténticas propiedades rurales: patio y huerto cerrado por muros o por un seto vivo rodeado por un foso.

Lo mismo encontramos al Norte, cerca de la puerta Saint-Martin, donde Martin de La Planche había comprado la *Mansión del Rastrillo (Hôtel de la Herse)* y la *Mansión del Lagar (Hôtel du Pressoir)*, éste último levantado entre los huertos y los cercados, incluyendo un gran cuerpo de construcción entre el patio y el huerto, con pozo, pajarera y una *foullerie* (lagar) con dos prensas; muy cerca de allí, poseía también otras dos casas con establos y pozo [22].

Este aspecto aún semirrural traducía perfectamente los intereses económicos y sociales que vinculaban al mercader de cualquier condición con el campo.

Por otra parte, el hombre de negocios hacía encargos, precisaba sus gustos y definía los motivos. El célebre fresco del *Buen Gobierno* de Lorenzetti en el palacio de Siena representa los beneficios de la administración comunal y de la paz de los mercaderes: ideal burgués que se oponía a la guerra y a los desórdenes. Además, es un cuadro muy exacto de las actividades de la ciudad, de sus calles pobladas de artesanos y de las plazas donde se encontraban los empleados; estos paisajes familiares fueron también dibujados por los flamencos en el fondo de sus escenas religiosas.

Aquí se manifestaban el realismo y el «naturalismo» tan característicos de la época. Este gusto por el detalle y por la anécdota familiar, propios del arte burgués de las ciudades del Norte, fue sin duda una de las principales lecciones transmitidas por los miniaturistas o los pintores flamencos y alemanes [23] que, a mediados del siglo XV, influyeron intensamente en la pintura y la escultura de Italia.

b) *¿Una cultura «popular»? El teatro y las canciones*

Ya desde hacía tiempo se había desarrollado una literatura burguesa, caracterizada por su realismo, el sentido de lo concreto y por cierta vulgaridad de lenguaje y sentimientos en oposición al ideal cortés [24]. Estas características se acentuaron mucho más en nuestra época con los *fabliaux*, los fárragos *(fatras)* [25], las farsas y *soties* de los barqueros, así como cuentos y novelas rimadas de Italia, muy de moda en Toscana, cuyo héroe sin gloria era el mercader ladino, dotado de sentido común y sin grandes escrúpulos. Formada por intrigas corrientes de torpe dinamismo y moral fácil, esta literatura, muy alegre, jovial de aspecto y siempre satírica, atacaba sobre todo a la mujer y, en ocasiones, a la gente de iglesia [26].

La ciudad ofrecía unos espectáculos de otra inspiración que traducían otras corrientes del alma popular: el misticismo y el gusto

todavía por lo maravilloso y por los grandes cuadros sonoros y brillantes. Los orígenes de los *Misterios* [27] son muy complejos: herencia de las procesiones italianas mimadas por los penitentes de las cofradías, de las representaciones bizantinas o de las grandes ceremonias litúrgicas donde música y danza tenían un lugar importante. Sin duda, eran decorados sencillos pero que servían de pretexto a grandes cortejos de gente disfrazada, a cantos y bailes donde el pueblo encontraba nobles distracciones que conmovían y excitaban la imaginación. El misterio era uno de los momentos esenciales en la vida colectiva de las ciudades.

En Inglaterra se desarrollaron grandes festivales anuales cuyos diferentes papeles eran interpretados por miembros de las *gilds* o incluso por monjes: por ejemplo, los *York plays* (48 piezas diferentes que datan de la mitad del siglo XIV), los *Chester plays*, los *Towneley plays* (interpretados por los canónigos agustinianos de Woodkirk en el Yorkshire) y los *Coventry plays* [28].

Desde el punto de vista artístico, E. Mâle ha mostrado muy bien que, si bien el teatro no ha creado todas las escenas de la iconografía cristiana, por lo menos fijó sus formas y definió sus atributos [29]. Más tarde, el teatro proporcionó también a los pintores sus decorados y repertorios. *El martirio de Santa Apolina*, miniatura de Jean Fouquet contenida en las *Horas* de Étienne Chevalier, reproducía exactamente la escena de un misterio. En el centro, en medio de los verdugos y de los comparsas, un director de escena, con una batuta en una mano y un libro abierto en la otra, dirigía a los actores. G. R. Kernodle afirma que todos los accesorios de los pintores italianos del *Quattrocento*, aquellos objetos «románticos» (fuentes y grutescos, por ejemplo), pertenecían a los decorados del teatro [30]. P. Francastel va todavía más lejos: los pintores florentinos reproducían los telones del escenario, dibujando palacios imaginarios y no, como muchos han creído con demasiada ligereza, los de su ciudad que, en su mayoría, aún no habían sido construidos [31].

Por fin, los historiadores del arte subrayan cada vez más y con justicia el papel desempeñado por las cofradías religiosas en la vida de la ciudad, mostrando las capillas cargadas de oro y estatuas [32], las devociones particulares que introducían temas nuevos y la influencia de los mercaderes y de los gremios. Hablan también de la importancia que, al lado del mármol y la piedra, adquirieron las estatuas de madera que se paseaban cuando las procesiones y que son tan numerosas todavía en la catedral de Valencia y, sobre todo, en el Museo de Valladolid. Nos encontramos aquí ante un arte popular, muy original e indudablemente muy próximo a la masa, el cual merecería muchos más estudios.

Con gran frecuencia, la canción popular nació de los cánticos religiosos y si no de la liturgia, por lo menos de la «paraliturgia» latina. En la plaza pública, en las tabernas y con ocasión de los

Oficios caprichosos de los Locos o del Asno, verdaderas cofradías de clérigos más o menos vagabundos —los *Carmina burana* de Baviera o los *goliardos* —adaptaban los tropos de las ceremonias religiosas al gusto del pueblo, haciendo de ellos muy pronto unas canciones báquicas. De esta tradición de las improvisaciones orales o de aquella otra, más culta, de los trovadores, así como también de la moda del rondó en la corte surgió la canción popular, cuya «edad de oro» en Francia fue, al parecer, el siglo XV [33]. Eran coplas para beber o bailar [34], diálogos de enamorados, quejas de malcasadas donde encontramos el folklore del campo, o coplas descriptivas que, con los *cris* de París, respondían a las *chasses* y a las *batailles* de la música de la corte [35].

B) La corte

a) *Ciudades de corte y castillos*

Hacia 1360 la influencia de la corte se ejercía sobre todo en París. La vida de la corte, bajo los primeros Valois prendados del lujo y, más tarde, bajo Carlos V, coleccionista muy curioso de libros y obras de arte, conoció entonces un notable esplendor. El rey abandonó las exiguas viviendas de la Cité o Vincennes, construyendo Saint-Pol, el castillo de Beauté y embelleciendo el Louvre. Los príncipes, sobre todo de Borgoña, le imitan y también los consejeros, dueños de una fortuna nueva y demasiado insegura. Fue de París desde donde irradió el apetito de lujo de las cortes de Occidente. La vida del rey y de sus allegados, todavía ciudadana, se desarrollaba en el interior de los palacios, en medio de una decoración hasta entonces desconocida: ventanas con vidrieras, maderas talladas, tapices, muebles, chucherías y objetos artísticos, libros y colecciones. El lujo del mobiliario parecía ser el elemento esencial y nuevo de este medio parisiense. Ello provocó, en la ciudad, el auge de una industria muy variada que tenía garantizada una rica clientela y, pronto, un excelente mercado de exportación: libros, pinturas, miniaturas, marfiles, bordados e instrumentos de música.

Más tarde, las cortes europeas multiplicaron en provincias aquellos hogares de vida refinada y brillante, atrayendo dinero y artistas a ciudades que hasta entonces habían permanecido desconocidas o al margen de los grandes negocios. Después de la victoria del partido de Borgoña (1418), el delfín Carlos se estableció en Bourges; a partir de entonces, la corte se instaló a lo largo de todo el siglo

en las regiones del centro de Francia, en los castillos del valle del Loira y del Orleanesado a la Turena; se desarrolló entonces una vida más abierta, menos confinada, que escapaba con mayor facilidad a la ciudad y creaba su propio estilo. La corte francesa, la de Berry y la de Borbón regresaron a las residencias señoriales, cerca de los grandes bosques, lugar indispensable para las cacerías que servían de pretexto a fastuosas diversiones. Se forjó otro estilo de castillo que, conservando todavía el aspecto general de una fortaleza [36], utilizaba ya los elementos de defensa como ornamentos (torrecillas, matacanes y murallas almenadas), ampliaba los ventanales, levantaba escaleras monumentales en los patios interiores y cuidaba sus jardines. Con todo, Bourges, Moulins, Tours, Angers y Aix se aprovecharon también de la presencia o la vecindad del soberano: residencias de los nobles, capillas y auge del comercio de lujo atestiguado por las nuevas ferias y la llegada de tejedores italianos para el trabajo de la seda; y ello sin hablar ya de los talleres de miniatura y pintura.

Por la misma época, la corte de Borgoña [37] se instaló en Dijon y, después, en Gante y Bruselas. Cerca de Dijon, Felipe el Atrevido hizo construir la Cartuja de Champmol, el Saint-Denis de la dinastía, donde Claus Sluter esculpió las sepulturas del duque y la duquesa. Más tarde, el canciller Rollin dio trabajo a Juan Van Eyck (la *Madona* del Louvre) e hizo tejer los treinta tapices de Beaune. Aunque más «provinciana», la corte de Borgoña se configuró sin embargo como uno de los grandes focos artísticos del momento, difundiendo hacia el sur las técnicas e invenciones de Flandes.

En el Mediodía, Aviñón acogía a los pintores italianos en los palacios de los papas y en las mansiones de los cardenales: Paulo de Siena y Duccio bajo Benedicto XII, después Simone Martini y, por fin, Matteo Giovanetti de Viterbo que, bajo Clemente VI, pintó en los muros del Guardarropa los árboles, frutos y flores, los jardines y las delicias de la vida señorial. Más tarde, fue Aix-en-Provence, donde brilló el rey Renato, figura de príncipe artista muy atrayente y famosa en su propia época; indudablemente era un mal poeta aunque pintor de una invención y fantasía asombrosas, mecenas a la manera de Italia y coleccionista de piedras preciosas, joyas y animales exóticos.

Es verdad que, fuera del reino de Francia, la vida cortesana no conoció tan gran esplendor ni tanta variedad. Sin embargo, Carlos de Luxemburgo atrajo a Praga a artistas y humanistas italianos; de su época datan el nuevo puente, la Universidad (el *Carolinum*), el castillo real y, sobre todo, las iglesias: catedral de San Vito, Santa María de las Nieves y Santa María de Tyn. Praga se benefició de un extraordinario auge económico como lo atestiguan el viejo Ayuntamiento (1388) y su famoso reloj, barrios enteros poblados de obre-

ros y el propio barrio judío; pero, esencialmente, se trataba de una ciudad real y de corte equivalente en todo el Imperio.

Si, en Italia, los Médicis (especialmente Cosme) [38] rehusaron interpretar el papel de grandes señores en sus palacios florentinos o sus grandes *villas* de campo, prefiriendo ser ante todo mercaderes, otras familias hacían entonces ostentación de un lujo asombroso, rodeándose de una fastuosa corte y elevando monumentos a su propia gloria. Así, por ejemplo, los Scaligeri en Verona, a partir del siglo XIV; en Milán, Gian Galeazzo Visconti, fundador de la cartuja de Pavía, y después los duques Sforza [39]; en Ferrara, la casa de Este; Segismundo de Malatesta (1417-1468) en Rímini y los Anjou y aragoneses en Nápoles.

En Urbino, Federico de Montefeltro (1444-1482) atrajo a su Corte a poetas, músicos y pintores: Piero della Francesca, Paolo Uccello, Melozzo da Forlí, Pisanello, el sienés Francesco di Giorgio, el flamenco Justo de Gante y el español Pedro Berruguete quien, en 1477, pintó los retratos de los filósofos antiguos. Hizo construir un palacio ducal «que no parecía un palacio, sino una auténtica ciudad», y reunió una de las más ricas bibliotecas de Italia. Artista, humanista y conocedor del griego y del latín, Federico se consideraba también un guerrero, célebre capitán que enseñaba el arte de la guerra a los hijos de sus vecinos. Fue él quien, más tarde, sirvió de modelo a Castiglione cuando escribió *El Cortesano*, tratado del perfecto gentilhombre.

b) *La vida de corte; las formas del arte*

La moda de entonces evolucionaba primeramente hacia un lujo escandaloso, apropiado para disipar el aburrimiento y excitar la imaginación. La vida de la corte exigía fiestas y desfiles; todo servía de pretexto para los grandes espectáculos: torneos, recepciones, bailes, entradas de los soberanos extranjeros y visitas a las ciudades reales. Las largas comidas salpicadas de entremeses, donde se mostraban grandes pasteles amoldados, naves de mesa, fortalezas y fuentes, donde venían a tocar los músicos y a bailar los juglares disfrazados, exigían cuidadosas preparaciones escenográficas. También se celebraban fiestas nocturnas: bailes de disfraces y veladas musicales a la luz de grandes candelabros.

El vestido conoció entonces una especie de revolución, con los trajes ajustados, entallados y cerrados con botones; la moda transformó por completo la silueta de los hombres. Pero la corte buscaba lo insólito y necesitaba tonos chillones en aquellos trajes bicolores: rojo y morado o azul y amarillo; el vestido

se convirtió en un signo distintivo de los nobles, en una señal de reconocimiento. Por medio de la corte de Chipre llegaban de Oriente otras novedades que eran acogidas con entusiasmo y llevadas hasta lo absurdo: los altos peinados desmesurados, el capirote de las mujeres y los caperuzones de los hombres, los vestidos de cola y las anchas mangas que llegaban al suelo, los zapatos de paño de color intenso, afilados y elevados en largas puntas interminables, *à la poulaine*. Este tipo de vestido tenía sus ridiculeces pero traducía también una nueva preocupación de la estética femenina, una nueva concepción de la mujer, la aparición de la sensualidad. En ocasiones, también ocurría así con los burgueses, con las esposas de los mercaderes; ¿no iban acaso en Rouen «endomingadas» con «vestidos escarlatas»?

La corte viajaba incesantemente. En cuanto arte mobiliario y arte de la corte, el *tapiz* anunciaba un nuevo confort. Los de Arras y otras ciudades del Norte como Brujas, Gante y Amberes, se entregaban en varios paneles, formando una *habitación* y recubriendo los muros de una o varias salas; eran fácilmente desmontables, se transportaban en grandes rollos y podían ser colgados en las paredes de las tiendas de campaña; por ello, seguían al príncipe por doquiera que fuese. En estos paneles el artista podía desarrollar largas series, alegorías, escenas de costumbres, motivos religiosos o la vida señorial y sus pasatiempos; en el castillo de los Baux, encontramos las aventuras de Alejandro y Darío, la conquista de Palermo y las hazañas de Olivier y Fierabrás; para Luis de Anjou fue realizada la asombrosa serie del *Apocalipsis*, obra maestra del arte francés (confeccionada en 1370 por Hennequin de Brujas y Nicolas Bataille).

En cuanto artes mobiliarios, también la orfebrería y la miniatura daban otras expresiones de la vida de la corte. Cerca de los soberanos franceses y borgoñones se desarrollaron la riqueza, las invenciones técnicas y las audacias de color y dibujo de los grandes miniaturistas del momento [40]. También aquí se manifestaba el arte parisiense con Jean Pucelle (de 1319 a 1327), sus estudios de perspectiva, de sombras y luces, sus fantasías inesperadas y su sentido de la farsa, que nos recuerdan las invenciones de Flandes y las sátiras del *Roman de Fauvel*, obra francesa de la misma época. Después venían los pintores de Carlos V, del duque de Berry o del duque de Borgoña; eran, por tanto, artistas franceses e italianos, pero sobre todo del Norte, como los hermanos de Limburgo, André Beauneveu de Valenciennes y Jacquemart de Hesdin. París y Francia acogieron todas las influencias y forjaron un estilo nuevo cuyas lecciones serán aprendidas en seguida por toda Europa, hasta Praga. Este arte francés encontró su más perfecta expresión, con Carlos VII, en los pintores del valle del Loira y en Fouquet.

El *retrato*, uno de los grandes descubrimientos del momento, debía indudablemente más a la corte que a la ciudad. En Praga, Carlos IV hizo esculpir todos

los retratos de su familia en el triforio de la catedral por artistas procedentes de Francia. Pero, sobre todo los sepulcros, composiciones asombrosamente complejas y grandiosas, enormes piezas de orfebrería, donde se mezclaban todas las decoraciones góticas, arcos apuntados, pináculos, baldaquines trabajados y frisos de hojas y flores; así, por ejemplo, las tumbas de los Scaligeri en Verona. Pero, al parecer, ninguna escuela alcanzó la maestría del arte parisiense o borgoñón. Todavía impregnado de cierto idealismo en la primera parte del siglo XIV, el retrato fúnebre alcanzó en Dijon y en Champmol[41], con la llegada de artistas flamencos un vigoroso realismo que, ya más suave y teñido de cierto amaneramiento, volvemos a encontrar en las regiones del Loira (Agnès Sorel en Loches) y del Mediodía.

El soberano tenía además otras exigencias. A lo largo del año era necesario escribir la música de los oficios religiosos, ordenar los cánticos y las procesiones, las danzas y las diversiones para las fiestas. La principal escuela de música no era ya la catedral de París, sino la corte de los duques de Borgoña.

Al igual que los pintores y los escultores, los músicos venían del Norte. Por ejemplo, con Felipe el Bueno, Giles Binchois (1400-1460), hijo de un burgués de Mons, y Jean Ockeghem (nacido en 1434); más tarde, con Carlos el Temerario, Antoine Busnois, músico profano antes que de iglesia, y autor de numerosísimas canciones polifónicas, Obrecht de Berg-op-Zoom (nacido en 1450) y el inglés Morton.

La corte tenía también sus poetas: Eustache Deschamps (1346-1406), que escribió más de 1500 poemas, baladas, lays, virolays y rondós en la corte de Carlos V y, después, en la de Carlos VI; poeta indudablemente cortés pero marcado ya, como todos los de su época, por un tinte de realismo burgués y de práctico sentido común. Más tarde, Carlos de Orleans (1394-1465) reanudó la tradición de los grandes señores letrados. Después de Azincourt y de su larga cautividad en Inglaterra, instaló en Blois una corte brillante donde acogió, con Villon, a otros muchos poetas; sus versos tenían acentos conmovedores para pintar la naturaleza, el tedio del país y todavía el amor cortés: arte preciosista, a veces alegórico, elegante y realmente digno de la refinada civilización de las cortes francesas de aquella época.

c) *La inspiración: el ideal cortés*

En el círculo de los soberanos se mantenía, como una herencia gótica, el ideal caballeresco que dejó su huella en todo el estilo francés. Encontramos una afición por el desfile y un respeto a las antiguas tradiciones precisamente cuando el caballero era derrotado en el campo de batalla por los arqueros a pie y las tropas de infan-

tería y cuando su castillo ya no podía resistir los ataques de la artillería. Había llegado para los señores la era de la vanidad. Regulaban los torneos según reglas muy precisas, con sutiles órdenes de prelación y se encerraban en un rígido formalismo.

El ideal cortés y caballeresco encontró siempre su expresión en las novelas de aventuras; por ejemplo, las escritas en la corte de Luis II y Luis III de Provenza [42]: novelas de *Pierre de Provence et la belle Maguelonne* o de *Paris et Vienne*, tan famosa esta última que se hicieron traducciones al francés, latín, inglés, alemán e incluso al armenio. Pero, sin duda alguna, la más conocida fue *Le Petit Jehan de Saintré* cuyo autor, Antoine de La Salle, encarnaba a la perfección el héroe de la nobleza, caballero errante proclive a todas las aventuras. Nacido en 1371 de un jefe de *routiers* gascones, pasó al servicio de Luis II y compartió su vida entre Italia y Flandes, sin contar las expediciones más aventureras que realizó a las islas Lípari, estando presente además en la toma de Ceuta en 1415. *Veguer* de Arles en 1429, se fijó en Provenza, en la corte del rey Renato, donde se ocupaba del hijo de éste, Juan de Calabria. El dinamismo de estas novelas de aventuras no había variado mucho: combates y peripecias múltiples en busca de la hazaña por el amor de la dama. Pero, en ocasiones, el relato se teñía de ironía o de franca sátira, haciendo hincapié en situaciones inverosímiles y ridículas. El poeta caballero no se lo tomaba todo en serio. *Le Petit Johan de Saintré*, con cierta melancolía pero evidente libertad de espíritu, insiste en las vanidades de la vida caballeresca. Anunciaba ya a *Don Quijote*.

Los temas del ideal cortés se encontraban también en las grandes imágenes de la época. Los tapices y los frescos se inspiraban en las escenas de la caballería y consagraban a la vida señorial grandes espacios: torneos, cacerías, desfiles y, sobre todo diversiones, donde, bajo los follajes de bosques y vergeles, evolucionaban al son de la música nobles personajes vestidos de cortesanos. Como, por ejemplo, las «reuniones corteses» del palacio de los papas o de la casa de Sorgues y los grandes frescos del castillo de la Manta en la Italia septentrional, cerca de Saluzzo; en este caso, el arte de las cortes francesas se desarrollaba plenamente con toda su gracia y sus artificios.

C) Corrientes espirituales y artísticas

a) *El misticismo*

Las expresiones artísticas de la época muestran muy bien la búsqueda de una religión más humana. Las esculturas de las fachadas de las iglesias acuñaban una sensibilidad absolutamente nueva.

Se multiplicaron entonces los episodios de la vida de María en escenas llenas de ternura y de sencillo amor: por ejemplo, la Virgen y el Niño de las estatuas parisienses, flamencas o alemanas así como de las pinturas italianas; la *Visitación* y la *Anunciación* fueron, al parecer, las escenas predilectas de todos los artistas. Se desarrollaron entonces cierta facilidad, un amaneramiento y una sensiblería demasiado afectada; la sonrisa de las vírgenes no tenía en Estrasburgo la misma calidad que en Reims. Esta búsqueda condujo igualmente a mostrar un interés constante y algo pueril por los objetos familiares que evocaban la vida cotidiana y que colocaban a Dios y a la Virgen en el plano humano: jarrones de flores, detalles del mobiliario, vestidos y animales domésticos.

En el extremo opuesto debemos situar otro aspecto del misticismo, ahora violento y mórbido. El artista adoptaba para ello una serie de temas patéticos; de aquí las numerosas escenas de la *Pasión*. En Italia, el dolor conservaba todavía cierta mesura y, como pudorosamente, se teñía de resignación y de melancolía; pero, en el retablo de Isenheim de Grünewald, este dolor alcanzó un patetismo violento y un realismo agresivo que recurría a los colores dramáticos, a las actitudes brutales e incluso al sentido de lo horrible [43].

Las escenas dolorosas llegaron hasta un realismo exagerado. Así, por ejemplo, las *Danzas de la Muerte* [44] en los frescos del cementerio de Saints-Innocents en París (desde 1424), en La Chaise-Dieu (hacia 1460), en Ennezat (Auvernia), en La Ferté-Loupière (Borgoña) y hasta en el Norte, en Santa María de Lübeck, en Bretaña y en los grabados alemanes, siempre como una expresión espectacular, entre tantas otras, de aquella proximidad —y de aquel miedo— a la muerte, tan presente en el hombre [45]. Otras imágenes de esta época, de las que E. Mâle ha hecho preciosos análisis, estaban impregnadas de un mal gusto excesivo, como la fuente de la sangre y el lagar místico, cuya moda no persistió.

El gusto por lo macabro y por lo fantástico se encuentra también en la obra de pintores y grabadores alemanes o flamencos, entre los que sobresale Jerónimo Bosch (1450-1516) con su *Tentación de San Antonio* y su *Juicio Final*. Su inspiración, a menudo desconcertante, se alimentaba de lo fantástico oriental, de las prácticas y simbología de la hechicería popular y de los mitos, cuentos y leyendas del Norte, con sus aquelarres de brujas y los exorcismos del demonio; también de las prácticas, más cultas, de los alquimistas; y todo ello expresado con una inspiración burlona, incisiva y con un firme sentido rústico del ridículo y de los defectos del hombre [46].

Indudablemente, las tendencias que expresaba el arte quedaban mucho más acá de lo que, con un evidente talento de escritor, afirmaba

J. Huizinga en una célebre obra que presentaba una evocación magistral, pero excesivamente trágica, del clima de la época [47]. Observemos ante todo que la exasperación de la angustia y la búsqueda de lo insólito y lo tenebroso que conducían a las tentativas más extrañas, fuera de la mesura y de la razón, predominaban sobre todo en los países del Norte, mientras que los del Mediodía permanecían mucho más fieles a cierto equilibrio y a las formas tradicionales del pensamiento y de la imagen. Por otra parte, resulta excesivo concluir demasiado aprisa, generalizando lo que sugieren determinados tipos de obras, originales y significativas, pero mucho menos numerosas que otras.

b) *La herencia gótica*

El flamígero [48]. Se exasperaron la búsqueda del vacío y el impulso hacia arriba. En el interior de las iglesias, el *triforio* desaparecía completamente y los altos ventanales se unían con las grandes arcadas de la nave. Todo servía de pretexto para la ornamentación. Las nervaduras y los arcos terceletes formaban estrellas, abanicos y composiciones complejas y caprichosas: bóvedas de seis, doce partes y aún más. La clave de la bóveda alcanzó un asombroso desarrollo; de ser al principio un medallón con una figura en relieve, cabeza de ángel o alegoría, comenzó a descender más hacia abajo como una estalactita de encajes. En este momento se desarrollaron también los arcos rebajados y los conopiales.

La ventana, muy alta, se coronaba con rosetones o llamas. En el exterior se multiplicaron con profusión los campaniles y los pináculos, los arbotantes de dos o tres pisos y las galerías de piedra adornadas con figuras o con letras recortadas. En la fachada, el gablete ganaba continuamente en altura comiéndose el rosetón, mientras las grandes composiciones esculpidas para la enseñanza de los fieles desaparecían absolutamente de las portadas.

Por otra parte, el flamígero no conoció en todas las regiones de Occidente idéntica fortuna ni apareció en el mismo instante. En el Norte, las nuevas formas se desarrollaron de manera muy clara. Inglaterra mostró la primera versión del nuevo gótico en el *curvilinear* de Berley y Exeter (coro, 1273-1292) por ejemplo. Más tarde, encontramos el estilo *decorated* hacia 1350 en Canterbury, York (bóvedas octogonales) y Winchester (bóvedas romboidales). En Francia, estas características no se desarrollaron realmente hasta mucho más tarde, hacia 1375 y, al principio, en las capillas laterales o en

las capillas de los castillos (Vincennes y Pierrefonds). Después, Saint-Maclou de Rouen, la Trinité de Vendôme y la iglesia de Brou fueron sus expresiones más típicas [49]. Mientras tanto, en el mismo momento Inglaterra encontraba una manera más sobria en el estilo *perpendicular*, donde los haces de columnas y los bastidores de piedra estriaban la fachada (Exeter, Gloucester y Wells) [50].

Pero ciertos países mediterráneos permanecieron bastante alejados de esta fantasía arquitectónica. Cataluña conservaba todavía la sobriedad del gótico mediterráneo, aquella severidad y nobleza que caracerizaban el arte del reino de Mallorca [51]. Santa María del Mar, en Barcelona, y la catedral de Palma, de hermosa audacia en sus proporciones, constituían todavía obras maestras de equilibrio y de mesura. En los grandes mercados de la Lonja de Mallorca y Valencia, sólo dos filas de pilares sostenían las finas nervaduras; sus arranques se insertaban directamente en los muros laterales sin capiteles ni sobrecarga.

En ciertos países, el arte experimentó influencias extrañas que le dieron gran originalidad. La influencia de Oriente prevalecía en Venecia.

En Castilla, tales influencias procedían evidentemente de las ciudades del Sur: Toledo, Sevilla y Córdoba. También el *mudéjar* se limitaba sobre todo a los elementos de la decoración: arcos de herradura, lujosos techos de curiosos artesonados, bóvedas estrelladas, muros cubiertos de yesos y estucos pintados de vivos colores, cincelados en delgados encajes o cargados de bordados. Este arte floreció principalmente en la época de Pedro el Cruel (Alcázar de Sevilla). Las influencias árabes procedían a menudo de las comunidades israelitas que emplearon, después de la reconquista cristiana, a artistas musulmanes en las sinagogas de Toledo, Santa María la Blanca y el Tránsito. Pero, por otra parte, todas las ciudades de Castilla llamaron también a los arquitectos y escultores de Francia, de Flandes o, en ocasiones, de Italia. De aquí el carácter tan misceláneo del estilo español, llamado a veces el *estilo Isabel:* asombrosa riqueza en la fachada de Valladolid, esculturas y estatuas en las capillas de Burgos y arcos polilobulados en el claustro de San Juan de los Reyes en Toledo. Más tarde, tales tendencias se exasperarían aún más, teñidas a veces de italianismo, en el *plateresco* cuyo nombre evoca justamente las finas decoraciones de un trabajo de orfebrería; y, en Portugal, con numerosos temas sin duda tomados de la vida del mar y de la epopeya colonial, en el *manuelino,* última interpretación, resplandeciente y exótica, del gótico medieval.

El «gótico» y el arte italiano. La herencia gótica se conservó durante mucho tiempo en Italia, donde algunos autores han querido buscar de forma prematura, los síntomas de un arte decididamente nuevo.

Se traducía ante todo en la preocupación por el detalle y en el deseo de relatar, y de llenar los cuadros con masas de gente, de animales o de objetos familiares; sentido, pues, de lo concreto y de la anécdota. Tales lecciones las volvemos a encontrar en los escultores que, siendo al mismo tiempo orfebres, aplicaban al trabajo del mármol las técnicas y el cuidado meticuloso que ponían al confeccionar los relicarios y los grandes cofres de reliquias.

«La orfebrería toscana absorbía los programas de la escultura», y el tabernáculo polícromo de Or San Michele, de Orcagna (1351 a 1359) llevaba al reverso un «tímpano gótico hábilmente trabajado con la minuciosidad de la orfebrería» [52].

Por la misma época, la música (sobre todo, la de París) experimentaba también una clara tendencia al «flamígero» y al recargamiento decorativo. La música profana abandonaba cada vez más las piezas nobles a la manera de Eustache Deschamps, adoptando gustosamente un estilo descriptivo muy ornamental. Por ejemplo, las *Cacerías* o los *Cantos de la golondrina*, donde el artista mezclaba con profusión las imitaciones de pájaros, fanfarrias y ruido de caballos así como las asimetrías y los falsos ritmos; auténtica «exasperación del *ars nova*», este nuevo gótico hacía pensar en algunas composiciones ricas y excesivamente sobrecargadas de las miniaturas de la época [53].

Los pintores sieneses Duccio (*Maestà* de 1311) y Simone Martini conservaron por mucho tiempo la técnica de la miniatura gótica [54]: colores ricos y fondos de oro en paneles de madera, pliegues ceñidos de pesadas sederías con ricos brocados, formas de las ventanas y de los baldaquinos; y, en definitiva, aquella especie de facilidad graciosa, de emoción siempre contenida y algo amanerada. Los hermanos Lorenzetti, sobre todo Ambrogio que pintó los frescos del palacio de Siena (1339), multiplicaban sin motivo los detalles pintorescos de las calles y de los campos toscanos. En el norte de Italia, a las influencias francesas respondían las de Alemania y de Conrad Witz (iglesias de Turín, Verceil, Tirol y Venecia). Y así, la escuela de Verona, alrededor de Tommaso da Verona (hacia 1360), recogía todas las tradiciones de Borgoña, de Flandes y de Alemania; las transmitió en seguida a Gentile da Fabriano, más tarde a Antonio Pisano (Pisanello, 1397-1451) y, por medio de él, a Paolo Uccello, cuyas escenas guerreras ofrecían un perfecto ejemplo de estudio de masas y de caballos. Sin duda, también Benozzo Gozzoli experimentó directamente la influencia de las *Adoraciones* francesas y de sus cortejos de Reyes Magos en los frescos que pintó en el palacio Médicis.

A las tradiciones de los miniaturistas y de los pintores antiguos no escaparon tampoco los primeros períodos de Fra Angélico (en Cortona hacia 1415 e incluso en Toscana hacia 1430) ni los primeros arquitectos de la misma época; en sus comienzos, Brunelleschi utilizaba siempre numerosos procedimientos de la Edad Media, románica, bizantina o gótica.

En efecto, el arte italiano de entonces no se alejaba demasiado de las tradiciones góticas.

Es verdad que Donatello (1386-1466), «personalidad de excepción» y el artista más significativo de esta nueva tendencia, desarrolló el primer gran arte de la estatuaria en Italia: el *San Juan Evangelista* de la catedral de Florencia (1413), el *David* de bronce (1440), el condottiero *Gattamelata*, gran estatua ecuestre de Padua (1444-1449) y, poco antes de su muerte, la *María Magdalena* del baptisterio de Florencia. Todas sus obras están impregnadas de una extraordinaria expresión dramática, conmoviendo de manera directa e inmediata sin símbolos ni alusiones; aquí «el esquematismo gótico desapareció» [55]. Nos encontramos verdaderamente ante un arte nuevo.

Pero Donatello, que quizá había enseñado a Masaccio el sentido del volumen, no tuvo casi ningún seguidor en Florencia. En la misma época, otro arte, más tradicional, contaba con numerosos partidarios: por ejemplo, el de Ghiberti, el «orfebre escultor». En 1424, la preocupación por el detalle se afirmaba plenamente en la Puerta del Paraíso del baptisterio de Florencia, donde se apretujaban masas de campesinos y burgueses a la manera de las miniaturas o de los retablos flamencos. Los recuadros de las ventanas se adornaban con «campiñas», ramos de follaje donde saltan ardillas y tienen sus nidos los pájaros del campo. Si exceptuamos quizás a Jacopo della Quercia en la tumba de Ilaria del Carretto en Lucca (1407) y la fuente Gaia (1409-1419), toda la escultura de esta época [56] hasta 1430 aproximadamente permanecía aún muy ligada al «conformismo gótico». De nuevo, la escultura florentina «se preocupaba poco de la gran estatuaria». La lección de Donatello no dará sus frutos hasta bastante más tarde.

Indudablemente, la búsqueda del volumen poderoso y sólido interesaba más a los pintores que a los escultores [57]. Ello podemos observarlo en los artistas toscanos de los años 1420: Andrea del Castagno, Paolo Uccello, a veces Fra Lippi y, sobre todo Mazzolino y Masaccio (1401-1428) quien, en los frescos del Carmine de Florencia, desarrolló plenamente una plástica nueva. La misma tendencia predomina también en la segunda época de Fra Angélico, representada por los frescos del convento de San Marcos, realizados

hacia 1435. Pero, también en este caso, Masaccio nos aparece como un precursor cuya influencia fue, en su época, muy limitada.

La primera renovación italiana se manifestó también por la imitación de la Antigüedad[58].

Entonces se multiplicaron los préstamos. Al igual que los frisos y los follajes, Michelozzo adoptó en el palacio Riccardi el patio rectangular con pórticos y arcos de medio punto. En toda Italia se levantaron fachadas más regulares inspiradas en cánones antiguos. Pero esta imitación se limitaba a las formas exteriores, a motivos ornamentales y no siempre a los más clásicos. Ello originó un estilo suelto, más bien florido, libre. También en escultura, Ghiberti se limitó a pedir «escasos préstamos a lo antiguo, llamando «griego» a todo lo que le parecía exquisito»[59].

Búsqueda de nuevas técnicas y toma de posesión del espacio, búsqueda de la iluminación o interés por las lecciones de la Antigüedad romana, las nuevas escuelas italianas de Masaccio, Donatello o Michelozzo, en torno a los años 1420-1430, no suponían todavía cambios considerables en el espíritu y las formas del arte italiano.

c) *Un nuevo arte italiano*

Sólo pasado el umbral de los años 1440 se desarrolló una nueva manera, absolutamente diferente, que tomó nota de los trabajos de eruditos y humanistas. La Antigüedad ya no era sólo objeto de curiosidad, sino de serios estudios realizados con profundidad; ello ocurrió después de la llegada de los patriarcas orientales a los concilios de Ferrara y Florencia (1438-1439) pero, más todavía, tras la caída de Constantinopla, cuando se negociaban en las plazas de Génova y Venecia cajas enteras de manuscritos salvados de las bibliotecas bizantinas.

Ciertos sabios impusieron entonces sus reglas a los artistas. Alberti (1404-1472) realizó profundos estudios de matemáticas, prosiguió por su cuenta doctos cálculos sobre las relaciones entre los sonidos musicales y publicó tres libros esenciales: el *De statua*, la *Pittura* (1436) y el *De re aedeficatoria* (1452, impreso en 1485). En ellos mostraba el deseo de ordenarlo todo según unas proporciones definidas de antemano, de calcular incesantemente las relaciones y de hacer del artista, ante todo, un hombre culto. El propio artista debía haber estudiado mucho, saber calcular, conocer la hisoria y las obras de la Antigüedad y conocer también al hombre.

La influencia de Alberti fue considerable aunque menos sensible,

sin duda alguna, en la escultura, pues los florentinos de los años 1460 a 1480 eran todavía orfebres (Agostino di Duccio, Verrochio, Pollaiuolo), que en la arquitectura, donde dicha influencia se ejerció plenamente. Alberti, como arquitecto, construyó el templo Malatesta de Rímini (1447-1468); tras ello, la planta de cruz griega con cúpula sobre el crucero se difundió extraordinariamente en Italia. Y lo mismo en lo que se refiere a la pintura. El artista del segundo *Quattrocento* italiano dominó entonces el dibujo a la perfección, las perspecivas más difíciles, los escorzos, los trampantojos, los puntos de vista y la iluminación del cuadro; seguía fielmente a Alberti cuando afirmaba que los colores no eran ornamentos, sino que servían para indicar las formas y los volúmenes. Los pintores abandonaron los tonos vivos de las miniaturas góticas o de las tablas bizantinas y sienesas para tratar sus temas con más sobriedad. Simplicidad de la composición, gran serenidad de las formas y de los volúmenes, sobriedad de los colores, tales fueron las sólidas y pálidas virtudes de los frescos de Piero della Francesca en la catedral de Arezzo y, más tarde, las de su discípulo Melozzo da Forlí (1438-1494). Por lo que respecta a Botticelli, en cierta manera su inspiración se sitúa en un plano excepcional; utilizó símbolos cultos y alegorías [60] y llevó la búsqueda de la línea ideal hasta la abstracción, afinando los cuerpos e intentando con frecuencia inscribir todos sus personajes en un universo de líneas simples. Otro pintor culto impregnado del espíritu antiguo fue Mantegna, inventor de audaces perspectivas, que mostraba además aquel conocimiento de la anatomía humana que constituiría otra novedad del arte italiano de esta época. Verrochio, pero sobre todo Signorelli en los frescos de Orvieto nos brindan extraordinarios ejemplos de la búsqueda de la belleza humana y del estudio de desnudos.

Sin embargo, esta nueva manera italiana del *Quattrocento* no llegó a todos los hogares artísticos en aquel preciso momento. A veces, se mantenían todavía las antiguas tradiciones o apuntaban nuevas corrientes. Aunque Venecia, en el palacio Vendramín y en las fachadas de varias iglesias, adoptó el arco de medio punto, conservaba aún cierta fidelidad a las formas góticas; sus pintores, muy influidos por el arte flamenco y el pintoresquismo familiar, gustaban de los colores vivos y ricos, del oro y las gemas, de todo el lujo oriental; así, por ejemplo, Giovanni Bellini y sus Madonas, pintadas bajo un dosel de rico tejido de tapiz, y su hermano Gentile que gustaba pintar los palacios y los canales e incluso escenas familiares; pero, sobre todo, Crivelli, e incluso Carpaccio, ya a finales de siglo.

Así pues, no toda Italia, sino Toscana, Roma y, de manera ge-

neral, las provincias del centro, conocieron a partir de 1460 aproximadamente un arte plástico nuevo, en parte bajo la influencia de los humanistas y de Alberti: hallazgos técnicos, dominio del dibujo, de la perspectiva y del volumen, interpretación más racional y conocimiento más profundo de la Antigüedad, que ya no se limitaba sólo a los simples préstamos de motivos decorativos. Era la expresión de una nueva civilización, donde el artista escapaba a su medio artesanal y donde la corte predominaba absolutamente sobre la ciudad. La Italia de los grandes burgueses, que había recibido y asimilado tantas influencias diversas, cedía ahora el paso a la Italia de los príncipes que impuso a todo Occidente su propio estilo.

NOTAS DEL CAPÍTULO VI

1. M. Coletti, *I primitivi*, Novara, 1956; R. Offner, Giotto non Giotto (*Burlington Magazine*, 1939), que concluye en contra de los autores italianos.
2. *Il maestro dell'Osservanza*, en Proportioni, 1948, t. II, págs. 75-88, 35 láms.
3. Pierre du Colombier, *Les chantiers des grands cathédrales*, París, 1953, y M. David, La fabrique et les manoeuvres sur les chantiers des cathédrales (*Études Le Bras*, 1965).
4. V. Mortet y P. Deschamps, *Recueil de textes relatifs à l'histoire de l'architecture et à la condition des architectes en France au Moyen Age*, París, 1911-1924, 2 vols.
5. Esta práctica se realizaba igualmente en Provenza, en la misma época, por medio de los contratos notariales llamados de *prix-faits*.
6. *L'art religieux* [541].
7. J. M. Clark, *The Dance of Death in the M. A.*, Glasgow, 1950.
8. *Réveils et prodiges. Le gothique fantastique*, París, 1960.
9. *Wild men in the M. A.: a study in art, sentiment and demonology*, Harvard y Londres, 1952, 224 págs.
10. *Perspectives theory on the Age of Humanism; Architectural Principles in the Age of Humanism*, Londres, 1949.
11. Cambridge, U. P., Mass.
12. P. Francastel, *Peinture et société*, Lyon, 1951, 2.ª ed., París, 1967; *La figure et le lieu, l'Ordre visuel du Quattrocento*, París, 1967. Véase también P. Burke, *Culture and Society in Renaissance Italy, 1420-1540*, Londres, 1972.
13. *Florentine painting and its Social Background*, Londres, 1948.
14. Sobre ello, véase L. Martinies, *The Social* [543].
15. *Painting in Florence and Sienna after the Black Death*, Princeton, 1951, 195 páginas.
16. Y. Renouard, *A.E.S.C.*, 1950.
17. París, 1959.
18. Del mismo autor, *L'art florentin et l'humanisme platonicien*, París, 1954.
19. Y. Renouard, Affaires et culture à Florence au XIVᵉ et au XVᵉ siècle (*Il Quattrocento*, Florencia, 1954).
20. M. Martens, Bruxelles en 1321 (*Cahiers bruxellois*, 1959).
21. Cf. *supra*, págs. 260, 261.
22. Ph. Thibault, *Martin de La Planche* (cf. *supra*, nota 9 del capítulo primero de la tercera parte).
23. H. Th. Musper, *Gotische Malerei nordlich der Alpen*, Colonia, 1964.

24. G. COHEN, *La vie* [518].
25. L. C. PORTER, *La fatrasie et le fatras*, Ginebra, 1960.
26. G. COHEN, *Recueil* [517].
27. C. J. STRATMAN, *Bibliography* [557]; R. B. DONOVAN, *The Liturgical* [523]; G. CONTINI, *Teatro religioso del Medioevo fuori d'Italia del secolo VII al secolo XV*, Milán, 1949; sobre los misterios en el mundo rural de Francia, véase R. VAULTIER, *Le folklore* [560], págs. 210-215.
28. Cf. también M. ROSE, *The Wakefield Mystery Plays*, Londres, 1961.
29. E. MÂLE, *L'art religieux* [541].
30. G. R. KERNODLE, *From art to teather*, Chicago, 1944.
31. P. FRANCASTEL, *Peinture et Société* [528], pág. 66.
32. Cf. sobre todo las decoraciones ejecutadas por los pintores venecianos para las cofradías de su ciudad (las *scuole*), como Carpaccio para la Scuola di San Giorgio.
33. J. CHAILLEY, La chanson populaire française au Moyen Age (*Annales de l'Université de Paris*, 1956).
34. P. M. MASSON, *Chants de carnavals florentins*, París, 1913.
35. A. LARREA PALACÍN, *La canción* [539].
36. G. FOURNIER, *Châteaux, villages et villes d'Auvergne d'après l'armorial de Guillaume Revel*, París, 1973.
37. O. CARTELLIERI, *La Cour* [513].
38. A. CHASTEL, *Art et humanisme* [516].
39. E. PELLERIN, *La bibliothèque des Visconti et des Sforza, ducs de Milan, au XVe siècle*, París, 1955.
40. R. M. TOWELL, *Flemish artists of the Valois courts*, Londres, Oxford, U. P., 1950; M. MEISS, *French Painting* [544].
41. P. QUARRÉ, *Jean de La Huerta et la sculpture bourguignonne au XVe siècle*, Dijon, 1972.
42. A. COVILLE, *La vie intelectuelle* [520].
43. A. M. VOGT, *Grünewald: Mathis Nithart, Meister gegenklassischer Malerei*, Zurich, 1957.
44. J. M. CLARK, *The Dance of Death in the M. A.*, Glasgow, 1950.
45. A. TENENTI, *La vie et la mort dans l'art du XVe siècle*, París, 1952; *Il senso della morte et l'amore della vita nel Rinascimento*, Turín, 1957.
46. J. COMBE, *J. Bosch*, 1946; J. DE BOSCHÈRE, *J. Bosch*, Bruselas, 1947.
47. J. HUIZINGA, *La fin du Moyen Age* [536].
48. F. CALI, *L'ordre flamboyant* [512].
49. R. SANFAÇON, *L'architecture flamboyante en France*, Quebec, 1971. Véase también M. RICHARD-RIVOIRE, *Les églises flamboyantes du Vexin français*, París, 1959.
50. L. PROPHÉTIE, *Le style perpendiculaire dans l'architecture gothique en Anglaterre*, París, 1944; L. F. SALZMAN, *Building* [552].
51. M. DURLIAT, *L'art dans le royaume de Majorque*, Toulouse, 1962.
52. A. CHASTEL, *L'art italien* [515], pág. 158.
53. A. PIRRO, *Histoire de la musique de la fin du XIVe siècle à la fin du XVIe siècle*, París, 1940; J. CHAILLEY, *Histoire* [514]; A. HARMAN, *Mediaeval* [533]; K. VON FISCHER, *Studien* [527]; W. APEL, *French secular* [507];

W. T. MARROCCO, *Fourteenth Century Cacce*, Cambridge (Mass.), 1942; N. BRIDGMAN, *La vie musicale* [511].

54. S. VAGACCINI, *La miniatura fiorentina*, Milán, 1952; M. SALMI, *L'enluminure italienne*, Milán, 1954.
55. A. CHASTEL, *L'art italien* [515], pág. 202; H. W. JANSON, *The sculpture of Donatello*, rec. de A. CHASTEL en *Revue critique*, 1958.
56. J. POPE HENNESSY, *Italian Renaissance sculpture*, Londres, 1958.
57. J. WHITE, *The birth* [563].
58. A. CHASTEL, L'«etruscan revival» du XVe siècle (*Revue archéologique*, 1959).
59. A. CHASTEL, *L'art italien* [515], pág. 158.
60. Y. BATARD, *Les dessins de Sandro Botticelli pour la Divine Comédie*, París, 1952.

LIBRO II

PROBLEMAS Y DIRECTRICES PARA LA INVESTIGACIÓN

Capítulo primero

Historia cifrada. La coyuntura

Con frecuencia, el historiador intenta «medir» la evolución de la coyuntura y quiere concluir rotundamente, con cierta conciencia de certidumbre, frente a sus cuadros y sus curvas. De esta forma, podría conocer las variaciones profundas de la economía, determinar las fases de expansión o de contracción y establecer una cronología tan exacta como la de los acontecimientos de orden político o militar. A partir de ahí, podría construir una explicación de los hechos sociales, ligando toda la vida de una época a las fluctuaciones de esta coyuntura.

¿Es posible realizar balances tan seguros y expresivos para la Edad Media? Las dificultades, aunque considerables, no han desalentado a los investigadores. Con todo, los resultados son parciales y, con mucha frecuencia, discutibles.

1) La producción y las actividades

A) Las fuentes

Una de las maneras más seguras de definir las variaciones de la coyuntura sería precisar el volumen de la producción. Desde el principio, somos conscientes de las dificultades que entraña tal empresa para un período en que las cifras nunca fueron expresadas de manera racional y sistemática.

Las variaciones de la producción agrícola presentan una evidente originalidad: la de estar sometidas a las fluctuaciones climáticas.

J. Titow ha utilizado los archivos del obispado de Westminster, recogiendo todas las indicaciones relativas al clima, particularmente las calamidades atmosféricas y los largos períodos de mal tiempo que impidieron a los campesinos efectuar los trabajos habituales en la época deseada [1]. Sus numerosas observaciones se refieren a 50 *manors* diferentes y abarcan los años comprendidos entre 1209 y 1350; por lo demás, corresponden exactamente a las proporcionadas por M. M. Postan para la abadía de Glastonbury. Estudiando, por otra parte, la curva de la producción de cereales, el autor observa que toda producción inferior a la normal (de 15 %) correspondía a un año de mal tiempo [2]. De aquí la importancia de los cambios del clima, aunque éstos sean relativamente mínimos. Por desgracia, los conocemos muy mal.

En efecto, el estudio arqueológico de los climas es una ciencia absolutamente nueva [3]. Los ensayos de «cronología climática» [4] se limitan sobre todo a una serie de exposiciones metodológicas sin que sus resultados parezcan utilizables para la historia de la población y de la economía. Por el momento, resulta imposible confeccionar unos cuadros exactos de las variaciones atmosféricas en la Edad Media.

Una vez dicho esto, añadamos que los documentos económicos con que contamos no permiten a menudo el establecimiento de estadísticas. Dejemos a un lado, desde el principio, los documentos notariales pues, aunque sean muy numerosos y aparezcan agrupados en series aparentemente continuas, en ningún caso deben ser utilizados para las estadísticas, ya que ignoramos qué representa exactamente la masa documental que se nos ha conservado con relación a la que fue redactada en la época. El acta notarial proporciona indicaciones muy preciosas para el estudio de las técnicas y de las estructuras pero no para el de la coyuntura.

Aunque los registros aduaneros son mucho más interesantes, de su estudio resulta más fácil extraer una descripción que una medida exacta del comercio.

La investigación de dichos fondos debe partir primeramente de un profundo examen de la naturaleza del impuesto y de la forma de llevar las cuentas, a menudo complejas, y ordenadas según unas normas que correspondían a las necesidades y preocupaciones del momento y que nosotros, ahora, no comprendemos muy bien. Por ejemplo, mediante la práctica del arrendamiento, entonces muy extendida, el arrendatario se convertía en dueño del impuesto; podía conceder tantos privilegios como quisiera, siguiendo en ocasiones una política muy decidida para suscitar nuevos comercios o frenar una crisis demasiado sensible. Ello provocaba una serie de exenciones sistemáticas que, muy mal conocidas, hacían desaparecer de los registros importantes comercios durante un tiempo más o menos largo. Por ello, todas las listas y cuentas de aduanas deben ser abordadas con una prudencia siempre alerta e incluso con cierto escepticismo.

Otra grave dificultad deriva de la escasez o, por lo menos, de la insuficiencia de los registros aduaneros. Frente a la admirable

serie de los *Customs Accounts* y de los *Port Books* de Londres y Southampton, muchos puertos sólo nos ofrecen una documentación dispersa y extraordinariamente pobre. Por ejemplo, Venecia, Florencia y Génova.

En el momento actual, parece que los inventarios de fuentes para la historia económica deben constituir la base de todas las nuevas investigaciones [5]. Es verdad que, en Italia y España, donde el documento escrito desempeñó siempre un considerable papel y donde las comunidades eclesiásticas, municipales y familiares preservaron mejor sus archivos, la documentación es de tal riqueza que puede desalentar a las voluntades mejor dispuestas. Sin embargo, se ha intentado —y llevado a buen puerto— la realización de inventarios parciales; particularmente los contenidos en la serie de publicaciones de la Direzione degli Archivi di Stato en Italia [6]. Tales catálogos hacen más cómoda la tarea del investigador; deseemos que se multipliquen, enriquecidos con buenos índices de nombres propios y de las principales materias.

B) Pesos y medidas

Sin embargo, ¿merece la pena realmente multiplicar las investigaciones y las estadísticas mientras no se hayan resuelto ciertos problemas de método? El manejo de todas esas cuentas exigiría un buen conocimiento de las unidades utilizadas. Pero nos hallamos muy lejos de ello [7]. Tales problemas siguen siendo muy mal conocidos [8]. En el momento actual, el historiador de la economía, siempre en busca de nuevos documentos, no dispone de un instrumento de trabajo a primera vista indispensable: una lista de las principales medidas utilizadas en la Edad Media con sus equivalencias modernas.

Es verdad que esta inmensa tarea puede desalentar por su propia complejidad. La idea de un sistema de medidas coherente y simple era absolutamente extraña a los individuos de aquella época. Las diferencias se manifestaban, en ocasiones, de una aldea a otra, mostrándose en este caso el particularismo local de manera desconcertante.

Recordemos al respecto la advertencia hecha por lord Beveridge [9], quien insistía en la necesidad de tener en cuenta las medidas locales; por ejemplo, según los *Pipe Rolls* de Winchester, entre 1318 y 1354 los celemines utilizados por la abadía eran con frecuencia diferentes a los empleados por la Corona en los mismos lugares; esta diferencia aumentó con los años y bastaría para explicar, por sí misma, ciertas fluctuaciones de los precios.

En cualquier caso, sería un error extender a toda la comarca las medidas utilizadas en la capital. Basta consultar la relación de medidas del reino de Francia para los líquidos y los granos, dada por Du Cange en su *Dictionnaire* en la palabra *modius (modio)*, para tener una idea exacta de la complejidad de los sistemas de la época. En primer lugar, aparecen las medidas de las cuatro bailías de Sens, Orleans, Bourges y Vermandois, cuyas innumerables pequeñas ciudades y aldeas tenían cada una sus diferentes modios, sextarios, toneles, celemines, cuartos y picheles; a continuación viene la lista de los modios de Ile-de-France, Normandía, Turena, Maine y Anjou: en total, ¡190 medidas diferentes!

Sólo algunas grandes medidas ligadas a los tráficos internacionales se empleaban en vastas regiones como, por ejemplo, la *salma* de Sicilia para los granos y especialmente el *tonel* bordelés [10]. Incluso en el interior de una misma ciudad se utilizaban varios sistemas simultáneamente, los cuales respondían a antiguas tradiciones que hoy nos parecen ilógicas y caprichosas: *pesos ligeros* (*libbra sotile* de Venecia) para los productos de Oriente, sobre todo las especias, y *pesos pesados (libbra grossa)* para los artículos de Occidente. Y ello sin referirnos ya a los pesos particulares para tal o cual tráfico local más importante: la sal, el aceite o incluso el mercurio en el Mediterráneo.

En ocasiones, las medidas evolucionaban muy rápidamente; ello sucedía a menudo por no haber otro remedio: desgaste de los recipientes y costumbre de llenar más o menos (medidas llamadas *rasas* o *colmadas*); pero, todavía con más frecuencia, por un deseo de simplificación. Según las necesidades y a merced de los nuevos itinerarios que aportaban nuevos productos, el puerto debía acoger otras unidades extranjeras. Y así, se podría escribir toda una historia y una geografía de las medidas que sería paralela a las de ciertos circuitos comerciales: Nápoles impuso la *botte di mena* a todos los puertos del Tirreno, no sólo para medir los vinos sino también —a veces, hasta en Venecia— los tonelajes de las grandes naves [11].

De aquí que debamos recurrir a los interesantísimos *Manuales* escritos en aquel momento para el uso de los mercaderes y que recogen con amplitud las diversas equivalencias entre los principales sistemas de pesos y medidas. Tales correspondencias ofrecen para cada plaza una idea de los tráficos esenciales así como las principales preocupaciones del mercader.

El estudio crítico de estos libros tropieza con dificultades de todo tipo. Ante todo, los conocemos muy mal y rara vez son objeto de publicación. Sólo seis manuales están a nuestra disposición:

Giovanni di Bernardo da Uzzano di Pisa, *Pratica della Mercatura* (1442), que se encuentra en G. F. Pagnini, *Della decima e delle gravezze;* edit. por P. Dal Ventura, Lisboa, Lucca, 1765, t. IV.

Tarifa zoé noticia dy pexi e mexure di luoghi e tere che s'adovra mercadantia per il mondo, edit. por Cessi y Orlandi, Venecia, 1925.

G. Chiarini, *El Libro di Mercatantie e usanze de' Paesi*, edit. por F. Borlandi, Turín, 1936.

Francesco di Balduccio Pegolotti, *La Pratica della Mercatura*, edit. por A. Evans, Cambridge (Mass.), 1936.

Saminiato de' Ricci, *Il Manuale di Mercatura*, edit. por A. Borlandi, Génova, 1963.

La Pratica di mercatura datiniana (sec. XIV), edit. por C. Ciano, Biblioteca Economia e Storia, Milán, 1965.

De todas maneras, numerosos documentos aduaneros, incluso contables, o, de forma general, la correspondencia mercantil y los convenios privados no empleaban las unidades de medida o de peso sino preferentemente los recipientes y los embalajes: las *cargas* (de camello en las caravanas de Oriente), o los *pesos (pondi)*, los *panes* y las *cajas*. Para las mercancías transportadas a lomo de mulos, los escribanos utilizaban generalmente la *carga (somme)* que comprendía dos *balas*, una a cada lado del animal. La misma dificultad encontramos en los granos y los líquidos; tanto más cuanto que los toneles, de dimensiones muy variables, según especiales condiciones de transporte y, más aún, tradiciones muy sólidas, llevaban con frecuencia el mismo nombre que la propia unidad de medida: el *tonel*, la *bota* de Nápoles, la *vegete* y la *millerolle* de Génova y Marsella designaban a la vez medidas, esto es, unidades de cuenta muy bien determinadas y, al contrario, una serie de recipientes con diversas capacidades.

La longitud de las *piezas* de paño variaba según su procedencia o calidad. Por ejemplo, para los tejidos importados a Florencia, los manuales de mercadería proporcionaban largas listas donde aparecían mencionadas las dimensiones de las diferentes telas. Por tanto, evaluar en *piezas* un tráfico relativamente complejo y general es ilusorio. Más todavía si se evalúa en *fardos* o en *balas*, que comprendían un número de *piezas* muy variable según las necesidades del mercader.

Estos son los obstáculos: fuentes demasiado escasas o mal conocidas, dificultades de interpretación numérica que detienen al historiador de la Edad Media cuando intenta confeccionar una estadística exacta, capaz de definir la coyuntura del momento.

No cabe duda de que algunos comercios esenciales son, en la actualidad, muy bien conocidos y «medidos»: el tráfico inglés, gracias a los *Customs Accounts* [12] y el comercio de ciertas ciudades de la Hansa [13]. Pero cabe preguntarse si las conclusiones presentan por fuerza un interés general. Examinando las exportaciones de lanas inglesas, a pesar de ser uno de los más importantes negocios de la

época, E. Carus-Wilson ha observado que las vicisitudes locales de la guerra y de la política amenazaron o arruinaron los mercados principales [14]. Y es que el comercio exterior dista mucho de reflejar siempre las variaciones de la producción; en ocasiones, era más sensible a las condiciones accidentales que a los movimientos de fondo de la coyuntura. De aquí surge la necesidad de confrontar sus resultados con otras cifras y otras curvas, particularmente con las curvas de las fluctuaciones demográficas y las de los precios.

2) Estudios demográficos

La demografía medieval sigue siendo una ciencia absolutamente nueva que no puede avanzar tan de prisa y tan exactamente como quisieran los historiadores de la economía, impacientes por utilizar unos resultados «definitivos».

Es cierto que, desde hace algún tiempo, los historiadores de la población han intentado renovar sus estudios: análisis riguroso de las fuentes [15], audacia de los métodos [16], novedad de los fines perseguidos y de las conclusiones. La demografía medieval quiere alinearse junto a la de los períodos más recientes. Por ejemplo, consideremos los trabajos de J. C. Russell que aplica al estudio «dinámico» de la población inglesa después de la peste negra las inquietudes y los métodos de las investigaciones modernas [17]. En otro ámbito, G. Fourquin ha intentado definir las diferentes densidades humanas del campo de la Cuenca de París, número de fuegos, delimitación y extensión de las parroquias, utilizando métodos estadísticos y cartográficos [18].

Pero tales estudios no deben hacernos olvidar las dificultades del trabajo en todos los ámbitos que se investiguen.

A) Fuentes y métodos

Igual que las cifras de los ejércitos, las de las ciudades han sido expresadas con frecuencia sin ningún control, acrecentándolas desmesuradamente para exaltar el poder y la riqueza de la ciudad; o porque el maravillado viajero tendiese a exagerar los esplendores de sus descubrimientos para excitar a sus lectores. Por tanto, se trata de cifras casi legendarias que todos están de acuerdo en rechazar. Sin embargo, a veces se yerra. Ya sabemos que, para el hombre de negocios italiano, la preocupación por la información exacta e incluso por las

precisiones estadísticas se convirtió en una auténtica obsesión. Hace más de cuarenta años, A. Sapori subrayaba el valor real de los datos cifrados recogidos por Giovanni Villani [19]. Su crónica, como los escritos de Bouvesin della Ripa para Milán, de Marino Sanudo para Venecia y muchos otros autores sagaces y curiosos de su época, tienen más posibilidades de captar de cerca la realidad que ciertas construcciones elaboradas a partir de documentos incompletos, de utilización atrevida, e incluso invocados en nombre de reglas uniformes que disfrazan la diversidad de los medios sociales.

Ciertos trabajos recientes nos muestran muy bien toda la riqueza y el interés de los verdaderos recuentos de habitantes [20] y, en Italia, de los catastros, que indicaban la composición de las familias [21]. Pero, hasta entonces, los estudios de este tipo eran poco numerosos y los autores utilizaban documentos mucho más inseguros: cuadernos de los impuestos de la ciudad, registro de la talla, registros de *fogaje* [22] y de la *avaria* en las ciudades italianas. Además de los problemas comunes a todos los documentos fiscales (naturaleza exacta del impuesto, exenciones, privilegios, manera de tasar el impuesto, favores y fraudes), tales cuentas presentan serias dificultades de interpretación. En efecto, el impuesto se repartía generalmente por cabezas, por unidades fiscales difíciles de definir. En el impuesto sobre las personas, por ejemplo la talla, dicha unidad era el *fuego*. En el impuesto territorial que se efectuaba en las ciudades era la *casa*. Fuego y casa, he aquí dos nociones aún muy imprecisas.

Aquí reside el principal obstáculo: precisar estas unidades. Todos los autores han sido conscientes de su dificultad; pero no parece que esté en camino de resolverse, si es que puede llegar a serlo un día.

Varios historiadores han intentado realizar estudios de conjunto sobre la demografía medieval en tal o cual país [23] e incluso para la totalidad del Occidente medieval [24]. Pero todos estos trabajos se apoyan en el mismo método, utilizando un coeficiene general e idéntico para traducir el número de fuegos o de casas en cifras de habitantes. Tal método nos parece totalmente discutible y conduce a resultados con frecuencia erróneos [25].

El fuego no tenía el mismo valor en todos los lugares; los datos obtenidos en diversas zonas lo muestran con amplitud. De 3 a 4 individuos por fuego son las cifras corrientemente aceptadas. Pero aplicarlas sistemáticamente en todas las regiones a todo recuento fiscal es con toda certeza un pésimo método; porque supone admitir que ciertos medios sociales caracterizados por niveles y géneros de vida muy diferentes, por actividades económicas diversas y por civilizaciones materiales y espirituales igualmente muy variadas, tuviesen entonces idéntica estructura social y las mismas tradiciones familiares.

En realidad, no hay nada de ello. La oposición entre ciudad y campo era manifiesta. Incluso para el campo ya observaba Marc Bloch, en sus *Caractères*, que la cifra de 5 habitantes por fuego podía resultar, en determinados casos, demasiado escasa. J. Krause critica el coeficiente de 3,5 habitantes adoptado por Russell en su estudio de la población inglesa medieval y pensaba que la verdad, bastante diversa, debía situarse, según los casos, entre 4,3 y 5,2 [26]; esta rectificación pone evidentemente en duda las cifras absolutas dadas por el primer autor. Una averiguación de 1531, pero que utiliza a menudo registros anteriores, ofrece a la vez el número de fuegos y el de personas de la comarca de Génova; de una aldea a la otra, los coeficientes variaban en proporciones considerables, de 2,6 a 9,7. De esta forma, una serie de aldeas vecinas, igualmente alejadas de la gran ciudad, manifestaban desde este punto de vista estructuras muy diversas [27].

Lo mismo sucedía a veces en el interior de una ciudad. Estudiando la población de Carpentras en 1473, R.-H. Bautier mostraba claramente cómo variaba el fuego según el medio social, religioso y las estructuras familiares muy difíciles, sin duda, de definir. La media de 5,2 entre los cristianos, descendía a 4,3 entre los judíos; diferencia considerable también entre los fuegos de los medios populares (menos de tres personas) y los de los ricos, cuya media era de 7,7 y donde se inscribían familias de hasta 25 personas. Este estudio, muy exacto, subraya las oposiciones fundamentales entre los diferentes medios y, por tanto, las dificultades del método [28].

El empleo de un coeficiente general conduce casi siempre al error por lo que, incluso para estudios de conjunto, sólo debe ser admitido como último recurso. E. Carpentier y J. Glénisson decían justamente que, por el momento, sería necesario relegar el estudio de una cifra media por fuego a la condición de «problema inútil», pues «cada caso es un caso especial» [29]. El historiador puede contentarse con el número de fuegos o dedicarse a estudiar cada uno de los casos que le ofrece una documentación tan insegura como variada [30].

Por otra parte, resulta evidente que, en casi todos los casos, los registros fiscales sólo citan una parte relativa de los hogares efectivamente instalados en la aldea o en la parroquia. ¿No es sorprendente comprobar que la lista de nombres establecida a partir de registros judiciales o, sobre todo, a partir de las actas notariales (a pesar de ser, por su propia naturaleza, una fuente muy incompleta) sea siempre diferente y más numerosa que la suministrada por los impuestos? Éste es el caso de los *fogajes* y, *a fortiori*, el de los *Libros de la talla*, particularmente los de París que son tan famosos [31]. Por ello, los historiadores tienen un interés evidente en utilizar otros recuentos como, por ejemplo, los becerros señoriales, al parecer bastante más completos. El estudio de los becerros de la veguería de Beziers, alrededor de 1320, nos pone de manifiesto la existencia de elevadísimas densidades rurales en ciertas aldeas: de 100 a 110 habitantes por kilómetro cuadrado; en una de estas aldeas, la lista señorial cita a 150 cabezas de familia mientras la lista del veguer sólo computaba 88 fuegos [32].

B) Pestes y fluctuaciones demográficas

El estudio de los índices de natalidad y de mortalidad da la impresión de que nos encontramos ante una población marcada por las incertidumbres de la vida, sometida a las desgracias de la época y a fortísimas fluctuaciones, por lo menos accidentales.

Los trabajos de J. Kulischer dejan constancia, para Alemania, de una natalidad muy elevada, de 39 a 42 ‰, y también un fuerte índice de mortalidad: 36 ‰ [33]. Para Inglaterra, el estudio de M. Postan y J. Titow [34] confirma esta última cifra. Sin embargo, todos estos autores insisten bastante en la grave incertidumbre biológica que pesaba constantemente sobre esta población, sometida a las desgracias de la época, a las epidemias y, por tanto, a fortísimas fluctuaciones demográficas.

Tales fluctuaciones fueron provocadas sobre todo por las hambres y las epidemias, ambas muy estrechamente ligadas en algunos casos. La gran peste, conocida con el nombre de peste negra, de 1348 constituyó en este sentido uno de los acontecimientos más catastróficos de nuestra historia [35]. Procedente de Crimea, se transmitió con una rapidez espeluznante alcanzando todo Occidente. Primeramente, resultaron afectadas las regiones mediterránas, las islas, Italia, España y después Francia; en 1349, alcanzó la Europa central, Alemania, los países germánicos, Flandes y el sur de Inglaterra; y, por fin, en 1350, el norte de Inglaterra, Escocia, las llanuras bálticas y los países escandinavos [36]. En todas estas regiones, esta peste bubónica fue mucho más grave que todas las restantes epidemias ya soportadas [37]. Todas las crónicas, durante mucho tiempo después, trazaron horribles cuadros de ciudades azotadas y reducidas a la nada, de gentes aterrorizadas, de cadáveres en las casas o en los hospitales improvisados y de los muertos que no se podían enterrar.

No resulta fácil cifrar con exactitud las pérdidas. En algunos *manors* de la abadía de Westminster, de 24 defunciones en 1346, 54 en 1347 y 1348 se pasó bruscamente a 707 en 1349 [38]. Pero tales cifras exactas no se encuentran fácilmente por lo que, con más frecuencia, el historiador debe atenerse a testimonios indirectos como los registros de fuegos [39]. Por otra parte, parece que la violencia de la epidemia varió mucho según las regiones y, más aún, según los medios. La promiscuidad agravaba el peligro; las ciudades y las comunidades eclesiásticas (acerca de las cuales, bien es verdad, estamos mucho mejor informados) fueron más duramente castigadas que el campo. Parece incluso que ciertas comarcas rurales escaparon por completo a la epidemia.

Incluso en el interior de una ciudad o un barrio, la peste no afectó de igual manera a todos los individuos; la resistencia física, la edad, la alimentación y las condiciones higiénicas desempeñaron sin duda alguna un papel determinante. R. Cazelles insiste bastante en el hecho de que la epidemia de 1348 fue esencialmente «proletaria e infantil» [40]. En Pistoia, de los 3234 cuerpos consignados en el *Libro di Pestilenzia* del año 1400, debemos concluir que alrededor de 70 % eran niños o bebés [41].

Por si no hubiesen sido graves de por sí, las pérdidas fueron aumentadas por la multiplicación de las «recurrencias de la peste» que, una vez tras otra, a veces con intervalos muy reducidos, impedían toda recuperación demográfica y provocaban una disminución en el número de matrimonios y de nacimientos. Todavía durante mucho tiempo, la peste hizo estragos en estado endémico [42]; seguía estando presente en la mente, aumentando el sentimiento de angustia y de miseria. Muy a menudo, los magistrados de las ciudades o los oficiales del rey daban la alarma; fueron incontables las falsas alertas y las prohibiciones de circular hacia tal o cual ciudad y, por tanto, también las interrupciones brutales de importantes comercios. La epidemia afectaba gravemente la economía, vida política, seguridad y vida privada de los habitantes, a sus creencias y a sus reacciones afectivas [43]. Era la indiscutible señora de aquella época.

Dejando aparte estos graves accidentes, no siempre resulta fácil definir, ni siquiera de manera aproximada, las fluctuaciones accidentales o fundamentales. Todo estudio debe tener en cuenta las circunstancias especiales del medio social [44].

En cualquier caso, parece imposible ponerse de acuerdo en la cronología y en la gravedad de tales movimientos y, por tanto, en la línea general de la evolución demográfica.

Lo importante sería poder precisar, en diferentes medios sociales, el vigor de la recuperación demográfica después de la o de las grandes pestes. En Inglaterra, en la región de Essex, el número de niños por pareja era de 0,54 en 1420-1435 y de 1,18 en 1480-1492; en la región de San Albano, la media era de 0,29 en la misma ciudad y de 0,42 en el campo [45]. Una recuperación demográfica más rápida e intensa explicó, sin duda alguna, la expansión de los países mediterráneos [46], Italia, España y Portugal. Por tanto, sería necesario realizar el estudio concreto de los casos particulares, el cual debería conducir a una especie de cuadro comparativo de las fluctuaciones de la demografía en algunas regiones y medios urbanos de Occidente. Pero tal estudio no está ni siquiera esbozado. Además, parece poco verosímil que desemboque en resultados concordantes o paralelos.

3) Estudio de los precios

A) Bienes de consumo

También en este caso las dificultades arrancan de la escasez de fuentes y, más todavía, de la dificultad de su interpretación.

Es verdad que los archivos guardan numerosísimos datos sobre las cotizaciones de tal o cual artículo: actas notariales, cuentas públicas o privadas y registros aduaneros. Pero tales documentos, de naturaleza muy diferente, suministran los precios en circunstancias diferentes y en diferentes estadios del mercado. Hemos de tener en cuenta los gastos de transporte, de almacenaje, los múltiples impuestos indirectos y los diversos beneficios o comisiones de los varios intermediarios. De aquí la necesidad de disponer de una serie importante de documentos de idéntica naturaleza y referidos al mismo lugar. Por supuesto, no todas las fuentes tienen el mismo valor. A menudo, las aduanas eran en extremo complacientes, como las estimaciones de los oficiales públicos eran en ocasiones artificiales y demasiado esquemáticas cuando no tendenciosas. Entre los documentos más seguros creo que debemos citar las cuentas privadas.

Por otra parte, ¿se debe aplicar a la coyuntura de determinado medio las conclusiones obtenidas utilizando los precios recogidos en otros lugares? Por ejemplo, ¿se debe hablar de los ingresos de la gente del campo, propietarios y campesinos, según las curvas del trigo obtenidas en el mercado de las ciudades vecinas? Rotundamente no: dicho estudio debe llevarse a cabo a partir de las cuentas privadas de las explotaciones; así lo han hecho los historiadores ingleses para sus *manors* y, desde hace poco, ciertos autores para Francia y Bélgica[47]. Observamos, además, grandes diferencias en el precio del trigo de una aldea a otra, por lo que nunca debemos perder de vista la extraordinaria «compartimentación del mercado de los cereales»[48]. Eran las costumbres las que explicaban tales diferencias, en ocasiones, muy apreciables. Los precios consuetudinarios, *comunes*, parecían ser más sensibles a las tradiciones que a las fluctuaciones de la coyuntura económica. En 1348 ciertos *manors* de la abadía de Westminster vendían el trigo una tercera parte más caro que otros; en 1240, tales diferencias iban de uno al doble.

Sabemos también —y esta observación tiene su importancia— que no todos los precios reaccionaban de la misma manera a las variaciones de la coyuntura; accidentes, fluctuaciones estacionales y ciclos cortos se traducían con más claridad en los productos de consumo, cuya producción era muy irregular mientras la demanda

era siempre imperiosa, que en los objetos manufacturados, objetos de lujo e incluso las especias, cuyo consumo podía ser disminuido y moderado durante los años malos y cuyas curvas nos aparecen, por tanto, mucho más estables. Incluso sin salirnos de los cereales, el precio del trigo variaba mucho más que el del centeno, cebada o avena.

Esta sensibilidad, más o menos acusada, puede ser en sí misma objeto de estudios muy ricos en enseñanzas. En su obra sobre la economía de Toulouse, Ph. Wolff no extrae conclusiones demasiado definitivas sobre la evolución de la coyuntura a pesar de reunir varias series importantes de cifras; llega incluso a creer que ciertos trabajos realizados sobre este particular han sido llevados a cabo con una documentación insuficiente, lo que puede comprometer los resultados. Pero el examen de los coeficientes de variación —añade— es igualmente precioso porque, en última instancia, permite captar los problemas del momento, la gravedad de las escaseces y sus repercusiones sociales así como seguir de cerca y comprender la angustia de las gentes [49].

Añadamos que el historiador debe dedicarse a precisar esta jerarquía de los precios, puesto que atestigua muy bien las condiciones de vida de una época: presupuestos familiares de diferentes medios sociales y diversos capítulos de gastos como casa, vestido y alimentación. Sería preciso, para cada región y cada medio social, encontrar una definición del lujo así como ubicar el nivel donde éste se manifiesta y, sobre todo, cómo se manifiesta: ¿los mejores vinos o simplemente el vino?, ¿ciertas carnes?, ¿el azúcar?, ¿los paños de lana? A veces, también las piezas de seda, los esclavos o la sirvienta de la familia. Ver igualmente qué fracción de la sociedad puede alcanzarlo. Sería necesario poder estudiar el gusto por el ahorro y el deseo de amasar dinero o, por el contrario, las amplias generosidades y los grandes gastos para las fiestas religiosas o profanas y para las ceremonias solemnes.

En este ámbito, queda mucho por hacer todavía; por lo menos, sería deseable que se reuniesen los numerosos datos dispersos que ya poseemos. Las comparaciones entre los precios de diferentes ciudades en el mismo año y para un mismo artículo ofrecen también mucho interés, puesto que permitirían iluminar las condiciones propias de cada medio económico, las facilidades de avituallamiento, los problemas y los estilos de vida. J. Day nos ha brindado un magnífico ejemplo al estudiar los valores de los principales productos alimenticios en los grandes puertos de toda la cuenca mediterránea durante el año 1382 [50].

B) Valores mobiliarios

La mayor parte de las grandes plazas mercantiles organizaron una auténtica bolsa de valores mobiliarios más o menos perfeccionada, donde encontramos participaciones en sociedades mercantiles o financieras, en arriendos de impuestos o títulos de la deuda pública. Especialmente estos últimos eran objeto de transacciones extraordinariamente numerosas, según cotizaciones muy exactas que variaban en momentos difíciles varias veces por día, en Barcelona o Valencia, en Génova *(Casa di San Giorgio)* y en Florencia (*Monte* de la ciudad). Todos los habitantes seguían estas cotizaciones con mucho interés. Los contemporáneos veían en ellos una especie de barómetro de las actividades y de la prosperidad de la ciudad.

Por desgracia, no siempre resulta fácil reunir series importantes de tales cotizaciones. Los archivos barceloneses permiten estudiar la organización del mercado más que las variaciones de los valores. Sin embargo, para Génova he logrado reunir numerosos datos, prácticamente ininterrumpidos, para un período de tiempo bastante largo: de 1447 a 1490. Ello ha permitido confeccionar una curva general a gran escala que muestra las variaciones de conjunto, permitiendo así definir la coyuntura en el interior de la ciudad; por otra parte, se han podido trazar curvas más concretas referentes a ciertos años, que ilustran el mecanismo del mercado y las fluctuaciones estacionales o los accidentes[51]. Parece que los títulos de San Giorgio fueron más sensibles a las variaciones de la coyuntura local que a los movimientos generales de Occidente. De todas formas, otras curvas de la participación en la deuda pública, en otras ciudades, permitirían útiles comparaciones.

C) Alquiler del dinero

He aquí otro signo de la coyuntura: el tipo de interés del dinero, sobre el cual, sin embargo, estamos todavía muy mal informados para este período. Casi siempre debemos contentarnos con indicaciones dispersas. Para explicar esta carencia, los historiadores han afirmado durante mucho tiempo que el crédito jugaba un papel poco importante en la economía del momento. Pero ello es absolutamente erróneo. Los hombres de negocios también pedían prestado capitales, más importantes, por más tiempo y, con frecuencia, sin más garantía que su crédito y su palabra. Tales *préstamos de negocios* eran frecuentes. Basta con analizar su mecanismo para conocer el tipo de interés. Desgraciadamente, esta documentación, cuando existe, es muy poco utilizada. En Génova tuve ocasión de reunir unas cifras exactas de 1448 a 1462[52].

Ante todo, el alquiler del dinero tenía sus propias limitaciones que es necesario conocer. Los manuales de mercadería explican muy bien en qué momento del año el «dinero es caro» en tal o cual lugar: este o aquel suceso regulaba la economía de las ciudades, el precio del dinero y el valor de los cambios. En Venecia eran los convoyes de galeras, en Génova la llegada de los grandes navíos, en Nápoles las vendimias y las ferias, en Florencia los alquileres de tierras, en otros lugares eran también las ferias, en el Languedoc el esquileo de las ovejas, la seda en Valencia o el azafrán en Barcelona. Se trataba de fluctuaciones temporales cuya amplitud reflejaba las necesidades más o menos grandes de capitales así como el volumen de las inversiones.

D) Mutaciones monetarias y coyuntura

Nos queda, por último, el precio de las monedas cuyas fluctuaciones merecen evidentemente un atento examen.

Los primeros estudios se referían, al parecer, a los países mediterráneos. En primer lugar, el libro de E. J. Hamilton, conocido particularmente por los precios de los artículos de consumo que recoge y por sus cuadros de las cotizaciones de la moneda de oro en Barcelona, Valencia y en el reino de Navarra [63]. Sin embargo, tales cifras, aunque numerosas, proceden sobre todo de fuentes oficiales sin que el conjunto ofrezca, a mi entender, más de una idea general de las variaciones de la época. El estudio de C. M. Cipolla sobre los cambios internos en la Italia del centro y del norte al final de la Edad Media [64] permite enfocar mejor los movimientos de la coyuntura económica, aunque sean ahora discutibles ciertas conclusiones sobre la utilización de las pequeñas monedas de plata y a pesar de que sus curvas —a veces fundadas en cifras oficiales— no fuesen todas ellas confeccionadas sobre documentos de primera mano. El precio de la moneda de oro, evaluado en unidades de cuenta, se estudia aquí como el de un artículo de consumo. Una lenta ascensión de las cotizaciones atestiguaba la presencia de un período de prosperidad; las fases B, de contracción, se traducían, al contrario, en un descenso más brutal o en cierta estabilidad. Fuera de estos ciclos a largo plazo, C. M. Cipolla distingue e identifica unos ciclos más cortos cuya periodicidad resulta bastante sorprendente.

Pero estas curvas, ¿reflejan únicamente una coyuntura económica general? Decididamente no, puesto que debemos tener en cuenta otros factores a nivel local o regional, tales como la situación interior de los Estados o de las ciudades, su política monetaria, las guerras, los disturbios, los desórdenes y las dificultades financieras [65]. A este respecto, la comparación entre la inestabilidad francesa durante la guerra de los Cien Años y la solidez de la moneda inglesa es bastante significativa [66]. Inglaterra sólo conoció un período de incertidumbre, entre 1335 y 1350 (devaluación de 20 % en 15 años); seguidamente, la moneda de plata permaneció estable durante todo el siglo. Por el contrario, en Francia, las mutaciones hicieron estragos, con frecuencia en varias ocasiones durante un

año, provocando dificultades considerables, particularmente entre 1350 y 1360, cuando el marco de plata pura osciló entre 4 o 5 libras tornesas y 15 libras tornesas.

Las mutaciones dependían también, por un lado, de las estructuras de los diferentes medios económicos. Marc Bloch afirmaba justamente que una de las causas esenciales de las devaluaciones era la penuria de los metales preciosos. Cuando aumentaba el volumen de los negocios, los mercaderes multiplicaban los medios de pago dando a cada moneda de oro o de plata un valor nominal más elevado. Pero M. Bloch pensaba que esta situación sólo había terminado con la llegada del oro del Brasil y, sobre todo, con la utilización de diversos medios de pago que economizaban las monedas. Ahora bien, a partir de nuestra época, el uso de las letras de cambio, de las transferencias de cuentas y del endoso de los títulos de crédito estaba ampliamente extendido en ciertos medios de Europa, sobre todo en las ciudades italianas. Ello explica que estas grandes ciudades mercantiles hubiesen conocido una relativa estabilidad monetaria.

Parece increíble que los historiadores de la economía medieval, buscando una manera de precisar la coyuntura, no hayan intentado un estudio de los cambios externos. En realidad, se trataría de un estudio doble. Por una parte, el de los beneficios obtenidos gracias a la operación ahora bien conocida de la resaca [57]; este beneficio era el alquiler del dinero y los resultados obtenidos podrían ser confrontados con el tipo de las restantes formas de préstamos con interés. Por otra parte, sería un estudio de las variaciones del cambio entre dos o varias ciudades. Reunir todas estas cifras sería una preciosa introducción a la geografía de los cambios en toda Europa occidental. En cualquier caso, tal análisis merece ser intentado. Los libros de cuentas dan casi siempre las cotizaciones de las operaciones de cambio. Los hombres de negocios de Venecia, Florencia o Génova terminaban todas sus cartas mercantiles indicando las principales cotizaciones del día.

Esta laguna fue en parte colmada por una primera obra de R. De Roover quien, gracias sobre todo a las cotizaciones ofrecidas por la correspondencia de Francesco Datini, pudo establecer las curvas exactas de los cambios de Brujas con Londres, Barcelona, París, Génova y Venecia a principios del siglo XV [58].

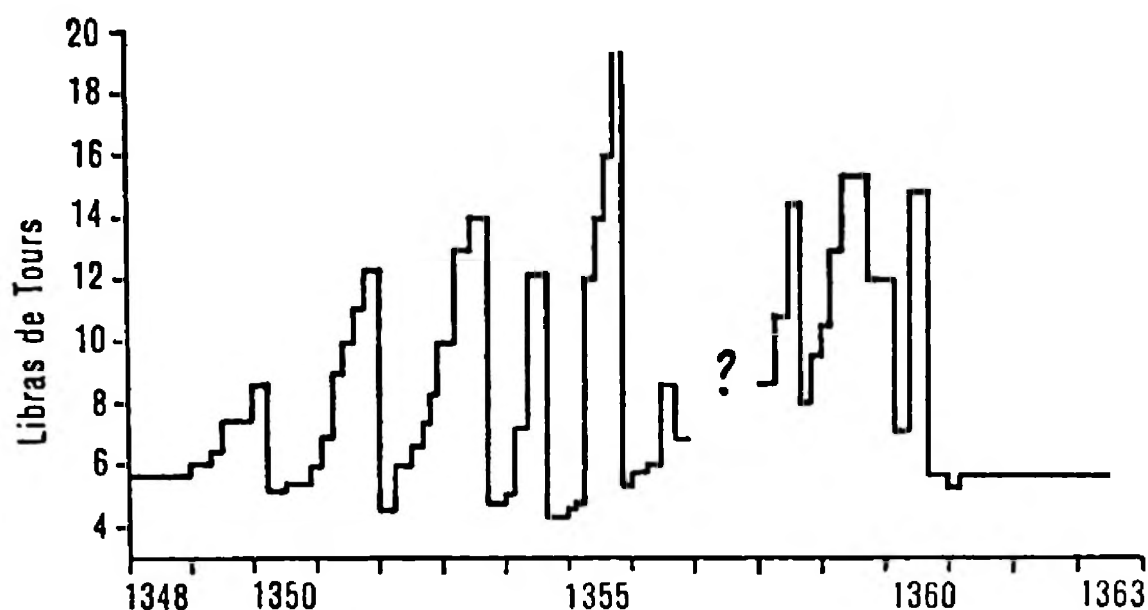


Fig. 13. ***Francia***

Curso del marco de plata en unidades de cuenta

(Según G. Fourquien, *Les campagnes* [191], pág. 256)



Fig. 14. ***Inglaterra***

Curso de la libra-peso de plata

4) ¿Crisis, contracción o mutaciones?

Como vemos, los elementos de evaluación no faltan. Sin embargo, no es cierto que estemos ya en condiciones de reunirlos e interpretarlos de manera firme, indiscutible y... serena, sin ninguna idea preconcebida o reserva mental.

Todavía permanece fuertemente arraigado un apriorismo: el de una decadencia muy sensible de la economía occidental al «final de la Edad Media»; decadencia con frecuencia catastrófica, agravada por las grandes pérdidas demográficas de las pestes a partir de 1348, pero debida a menudo a desequilibrios anteriores, a «crisis» de todo tipo. Hasta muy recientemente, esta imagen predominaba en todas las obras de síntesis y en todos los manuales. Aunque su origen es incierto, su fortuna ha sido considerable. Generalmente, los puntos controvertidos sólo afectaban a cuestiones de detalle o, sobre todo, a la fecha y la rapidez de la «recuperación del siglo XV» [59].

Sin embargo, ni todos los hechos, ni todos los testimonios ni tampoco, ahora, todas las interpretaciones concuerdan.

Así, por ejemplo, observemos el caso de los despoblados, uno de los fenómenos evocados con más frecuencia.

Es cierto que, en muchas regiones, los campesinos y, en ocasiones, los señores, huyeron del campo y abandonaron sus tierras. Las crónicas hablan de campos desaparecidos bajo los bosques, las zarzas o las hierbas; nadie se cuidaba ya de los caminos, ni de los setos, ni de los diques situados a lo largo de los canales y de los ríos. En Alemania, numerosos bosques atestiguan todavía con sus nombres aquella invasión y desaparición de los campos cultivados: *Ackerterrassen, Hochäcker* (*Acker* = campo labrado) o *Haferfelder, Altwiesen.* En Mecklemburgo, de 81 aldeas estudiadas, más de la mitad carecían de hombres para mantener los canales y diques o para luchar contra el mar; un texto de 1425 decía que «las tierras ya no se cultivaban o estaban arruinadas por el agua salada» [60].

La aldea despoblada, empequeñecida, incapaz de luchar contra los pastores de los rebaños trashumantes o contra la extensión de los prados cercados, acabó por desaparecer completamente y fue tachada del paisaje. Sólo las fotografías aéreas [61] o las excavaciones arqueológicas en Inglaterra [62] y más recientemente en Francia [63] y en Bélgica [64] permiten estudiar sus vestigios. El fenómeno de los *despoblados* [65], *lost villages* y *Wüstungen* tuvo extraordinaria amplitud en toda la Europa occidental, trastornando profundamente los paisajes tradicionales y la distribución de las poblaciones rurales. En Alemania, de 170 000 aglomeraciones rurales calculadas en el año 1300 (según las fronteras de 1933), alrededor de

40 000 desaparecieron en el espacio de dos siglos, esto es, 23 %. Una investigación del año 1419 mostraba que, en los países de la Orden Teutónica, 6000 de las 32 000 *Hufen* ya no tenían campesinos; en 1439, 42 % del suelo antaño cultivado aparecía abandonado en Pomerelia, y 80 % en la encomienda de Schwetz, la más afectada. El porcentaje de *Wüstungen* alcanzó 20 % en Würtemberg y 44 % en Hesse. El mapa confeccionado por W. Abel indica que vastas regiones contaban con más de 40 % de despoblados: Hesse, Silesia, Moravia, valles de Sajonia y Turingia, planicies de Suabia y Franconia, llanuras de Mecklemburgo y Brandeburgo [66].

R. Boutruche ha mostrado de manera penetrante la extensión de las regiones devastadas en el Bordelés: iglesias destruidas o desiertas, lugares *pauvres*, o *en ruynes, vacants, déserts;* y ello sucedía en las regiones de buenas tierras de cultivo o de viñedos, sobre todo, en el Entre-deux-Mers y al norte de Dordoña [67]. También el abandono de los campos alcanzó cifras impresionantes en las regiones mediterráneas: 50 % de las aldeas se perdió en Cerdeña y Sicilia, 25 % en la región de Roma y 10 % en Toscana [68].

Sin embargo, estas cifras deben ser interpretadas y algunas de ellas se prestan a confusión. Resulta, por ejemplo, que el abandono de una aldea, caserío o granja, no implicaba por fuerza el abandono de todos los campos, ni siquiera de una parte de ellos, sino que podía tratarse de un reagrupamiento de la población por razones diversas: estructuras sociales reforzadas, necesidad de seguridad y búsqueda de mejores rendimientos. Por otra parte, L. Génicot insiste en la necesidad de distinguir muy bien los abandonos definitivos de los abandonos temporales, ligados a dificultades pasajeras, particularmente el reclutamiento de mano de obra [69]. De otro lado, numerosos abandonos indicaban más bien una profunda transformación de la economía rural, incluso una especie de modernización; ello vale, en determinados casos, para las *enclosures* inglesas y, de manera más general, para todas las regiones de nuevos bocajes. A partir de 1957, algunos autores explicaban las deserciones en Alemania por la teoría «de la intensificación»: los campesinos explotaban mejor sus buenas tierras y, por tanto, abandonaban los campos y después las casas situadas demasiado lejos. Por fin, es cierto que tales abandonos, muy desiguales según los países, traducían las más de las veces catástrofes locales, constituyendo indicios de dificultades locales o regionales antes que de una coyuntura general que afectase a todo Occidente.

De la misma manera, los análisis concretos de las cuentas y de los precios conducen a conclusiones variadas y matizadas. Los resultados obtenidos descu-

bren con frecuencia diferencias considerables según los medios, los tipos de economías y las regiones. L. Génicot demuestra claramente que, en el Namurois, sólo los señores de rango medio, en total muy poco numerosos, habían podido sufrir por la evolución de la coyuntura; ni los campesinos, favorecidos por el mantenimiento de unos precios estables del trigo, ni los grandes propietarios sufrieron sus consecuencias. Para G. Sivery, al término de un largo estudio de los precios y salarios, aparece claro que el crecimiento económico de Hainaut, más concretamente el de las regiones cerealistas, entre 1330 y 1375 aproximadamente, estaba en buena parte ligado al aumento de una demanda exterior relativamente próxima, la de los mercados flamencos y neerlandeses; después, fue la clausura de dichos mercados flamencos para Hainaut, y no las dificultades coyunturales de todo Occidente, la que provocó una crisis de la economía cerealista; sin embargo, ésta se vio compensada entonces por el desarrollo de la ganadería, la cual garantizó nuevas fortunas [70].

De esta forma, nos encontramos ante conclusiones con frecuencia mucho más complejas y más ricas de aspectos diversos que el simple reflejo y la simple confirmación de una evolución general. Cada medio conoció su propia fortuna económica mereciendo por tanto una atención y quizá también unos métodos especiales. Esto obligaba a decir, de manera muy oportuna, a R. De Roover que «los economistas tienen desgraciadamente la tendencia a querer restringir el ámbito de la historia económica a los únicos problemas de crecimiento o de *economic growth*, basándose principalmente en estadísticas o modelos que, en el fondo, sólo son hipotéticas abstracciones» y que «el historiador de la vida social y económica debe ser el único juez de los métodos que conviene emplear y que variarán con la naturaleza de su objeto y la penetración de su propia inteligencia» [71].

En último lugar, la propia imagen de una depresión general de todo Occidente no puede seguir siendo mantenida. Los países meridionales, sobre todo España y Portugal, conocieron entonces una auténtica prosperidad y, en cualquier caso, se beneficiaron de una fuerza expansiva lo suficientemente grande como para lanzarse a la conquista de los mares. Las ciudades de la Hansa se manifestaron como otra fuerza conquistadora y, a partir de los años 1430-1450, las de Alemania meridional «rebosaban de oro».

En la propia Inglaterra las opiniones varían desde hace mucho tiempo y resulta muy curioso que sólo hayan prevalecido las pesimistas.

En 1909, J. E. Thorold Rogers afirmaba que la peste negra sólo había supuesto una interrupción pasajera del crecimiento demográfico inglés. Otros autores, como la señorita A. Levett en 1916, afirmaban que este crecimiento no había conocido ninguna interrupción. Todas estas ideas han sido repetidas por historiadores modernos. A. R. Bridbury afirmaba que Inglaterra conoció, al final de

la Edad Media, un período de prosperidad [72]. Otros historiadores ingleses y, concretamente W. G. Hoskins, muestran que las bonificaciones de las marismas de Kent se prosiguieron, al igual que las roturaciones de los bosques del Hertfordshire o del Buckinghamshire; invocan también la transformación de las economías rurales como, por ejemplo, el desarrollo de la pesca en alta mar que provocó la construcción de nuevos establecimientos humanos al pie de los acantilados de Cornualles, allí donde antaño sólo existían algunos *cottages* (por ejemplo, en New Quay, Bude y sobre todo Clovelly) [73].

En Francia, muchos males pueden explicarse simplemente por las guerras, y además no todas las regiones fueron afectadas de la misma manera.

La idea de una «crisis» al final de la Edad Media nació quizá del deseo de exaltar la «recuperación», «el RENACIMIENTO», el «arranque», se dice también, de la época moderna. Son apriorismos condenables y bastante pueriles. Por ello, más vale hablar de una «Edad de las Mutaciones» [74] y concluir con G. Fourquin que «la historia no da saltos», y que «la idea de un hiato entre dos períodos de la historia en general y de la historia económica en particular se debe menos al orgullo algo ingenuo de los hombres del siglo XVI que creyeron haberlo inventado y cambiado todo, que a la excesiva especialización de los historiadores» [75].

En resumidas cuentas, es probable que algunos hayan esperado demasiado del estudio cifrado de la economía medieval. Esto vale, sobre todo, para los que sólo ambicionaban una precisión de la coyuntura. Pero este estudio cifrado presenta, en sí mismo, su propio interés en cuanto ilumina ciertas estructuras y algunos aspectos esenciales de la vida material y social.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. Evidence of Weather in the Account Rolls of the Bishopric of Westminster, 1209-1350 (*E.H.R.*, 1960, págs. 360 y ss.). No cabe duda de que este método no nos permite tener en cuenta el tiempo invernal, período en que no se efectuaba ninguna faena agrícola.
2. Cf. también para un ámbito geográfico muy diferente, A. KAHAN, Natural Calamities and their Effect upon the Food Supply of Russia (*Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 16, 1968, págs. 353-377).
3. Estado de la cuestión en G. BEAUJOUAN, Le temps historique, en *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961.
4. Ed. LE DANOIS, *Le rythme des climats dans l'histoire de la terre et de l'humanité*, París, 1950; C. E. BRITTON, A meteorological chronology to A. D. 1450 (*The Scandinavian Economic History Review*, 1955); G. UTTERSTRÖM, *Climate fluctuations and population problems in early modern history* (*Ibíd.*, 1955).
5. De aquí el excepcional interés de la obra emprendida por R.-H. BAUTIER y J. SORNAY, cuyos dos primeros volúmenes rinden ya un inapreciable servicio: *Les sources* [83].
6. Por ejemplo: *Vita mercantile italiana. Rassegna di documenti degli Archivi di Stato d'Italia*, Roma, 1956.
7. A. MACHABEY, *Catalogue de l'exposition des poids et mesures du Languedoc et des provinces voisines*, Toulouse, 1953; F. MAURE, Monnaies, poids et mesures en usage en Corse du XVI° au XVIII° siècle (*Corse historique*, 1953).
8. De aquí el interés de P. BURGUBURU, *Essai d'une bibliographie métrologique universelle*, París, 1932, que necesita una puesta al día.
9. En *Journal on Economic and Business History*, 1929, y *E.H.R.*, 1931.
10. Y. RENOUARD, La capacité du tonneau bordelais au Moyen Age (*Annales du Midi*, 1953).
11. Para el mundo rural y los tráficos por vía terrestre véase el notable estudio realizado, con mapas explicativos, por G. SIVERY sobre la evolución de las medidas agrarias en Hainaut y, concretamente, sobre el papel desempeñado por los señoríos (las grandes abadías), el poder condal y las ciudades, *Structures* [252], págs. 101-114.
12. Cf. la obra de E. CARUS-WILSON, *England's Export Trade* [280].
13. Por ejemplo, H. NIRRNHEIM, *Das Hamburgische Pfundzollbuch* [18], y G. LECHNER, Die hansischen Pfundzollisten des Jahres 1368 (*Quellen und Darstellungen zur hansischen Geschichte*, t. X, Lübeck, 1935).

14. Trends in the export of english woolens in the XIVth century (*E.H.R.*, 1950).
15. A. ARNOUD, *Les dénombrements de foyers dans le comté de Hainaut aux XIVᵉ-XVIᵉ siècles*, Bruselas, 1956; A. BOCQUET, *Recherches sur la population rurale de l'Artois et du Boulonnais pendant la période bourguignonne (1384-1477)*, Arras, 1969, 197 págs.; A. LEGUAI, Démographie médiévale dans le duché de Bourgogne: Sources et méthodes (*La démographie* [81], páginas 73-88).
16. J.-F. BERGIER y L. SOLARI, Histoire et élaboration statistique. L'exemple de la population de Genève au xvᵉ siècle (*Mélanges A. Badel*, Ginebra, 1963, tomo I, págs. 197-225); K. LUNDEN, Four Methods of Estimating the Population of a Norwegian District on the Eve of the Black Death (1349-1350) (*The Scandinavian Economic History Review*, 1968, págs. 1-18).
17. *British Medieval Population*, Albuquerque, 1948; *Late Ancient and Medieval Population*, Filadelfia, (Penns.), 1958, y *Recent Advances* [131].
18. La population de la région parisienne aux environs de 1328 (*Le Moyen Age*, 1956, págs. 63-91).
19. L'attendibilità di alenne testimonianze cronistiche dell'econmia medievale, (*Archivio Storico Italiano*, 1929, págs. 19-30).
20. P. DESPORTES, La population de Reims au xvᵉ siècle (*Le Moyen Age*, 1966, páginas 463-509).
21. Como el ordenado por Florencia, en 1427, para el conjunto de sus posesiones: B. CASINI, *Il catasto* [2]; D. HERLIHY, *Medieval* [451]; P. MONTANARI, *Documenti* [122]; CH. KLAPISCH, Sources et méthodes de la démographie médiévale, le «Catasto» florentin de 1427-1430 (*La démographie médiévale* [81], págs. 53-61).
22. R. S. SMITH, Fourteenth-Century Population Records of Catalonia (*Speculum*, 1944); J. J. URANGA, Fuegos de la Marindad de las Montañas en 1350 (*Príncipe de Viana*, t. 15, 1954, págs. 251-294); B. KIRCHGASSNER, *Wirtschaft und Bevölkerung der Reichstadt Esslingen im Spättmittelalter.* Nach den Steuerbüchen, 1360-1460, Esslingen, 1964.
23. J. C. RUSSELL, *op. cit.* en la nota 17, pág. 386; E. KEYSER, *Bevölkerungsgeschichte Deutschlands*, 3.ª ed., 1943; H. REINCKE, Bevölkerungsprobleme der Hansestädte (*H.G.*, 70, 1951); K. J. BELOCH, *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, Berlín, 1937-1961, 3 vols.; F. LOT, *Recherches sur la population et la superficie des cités remontant à la période gallo-romaine*, París, 1945-1946, 3 volúmenes.
24. R. MOLS, *Introduction à la démographie des villes d'Europe du XIVᵉ au XVIIIᵉ siècle*, Lovaina, 1954-1956, 3 vols.
25. J. HEERS, *Les limites* [103].
26. The medieval house: large o small? (*E.H.R.*, 1957).
27. J. HEERS, *Les limites* [103].
28. Feux, population et structures sociales au milieu du xvᵉ siècle: l'exemple de Carpentras (*A.E.S.C.*, 1959, págs. 225-268).
29. La démographie médiévale (*A.E.S.C.*, 1962).
30. Cf., por ejemplo, PH. DOLLINGER, Instructions pour le recensement de Strasbourg en 1444 (*Revue d'Alsace*, 1961).

31. R. CAZELLES, La population de Paris avant la Peste Noire (*Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. Comptes rendus*, 1966, págs. 539-550); J. FAVIER, *Les contribuables* [9].
32. M. GRAMAIN, Un exemple de démographie médiévale: la viguerie de Béziers dans la première moitié du XIVe siècle (*La démographie médiévale* [95], páginas 33-38).
33. J. KULISCHER, *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte* [112]; cf. también W. ABEL, *Die Wüstungen* [139] y, para un medio diferente, el estudio de 364 esqueletos del cementerio de Westerhus en Suecia, de 1100 a 1350: W. G. GEJVALL, *Westerhus. Medieval Population and Church in the Light of Skeletal Remain*, Lund, 1960.
34. *Heriots and Prices* [241].
35. Estado de la cuestión en Y. RENOUARD, Conséquences et intérêt démographique de la Peste Noire de 1348 (*Population*, 1948). H. KLEIN, Das Grosse Sterben von 1348-1349 und seine Auswirkung auf die Besiedlung der Ostalpenländer (*Mitteilungen der Gesellschaft für Salzburger Landes Kunde*, 1960); A. LÓPEZ DE MENESES, *Documentos acerca de la peste negra en los dominios de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1956; La peste negra en las Islas Baleares, *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Cagliari, 1957; V. RAU y cols., *Para o Estudo da Pesta Negra em Portugal*, Braga, 1963; F. GRAUS, Autour de la Peste Noire au XIVe siècle en Bohême (*A.E.S.C.*, 1963); E. CARPENTIER, *Une ville* [427]; G. SIVERY, Le Hainaut et la Peste Noire (*Mém. et Publ. de la Soc. des Sciences, Arts et Lettres du Hainaut*, 1965, págs. 431-447); R. W. EMERY, The Black Death of 1348 in Perpignan (*Speculum*, 1967, págs. 611-623); J. GAUTHIER-DALCHÉ, La Peste Noire dans les États de la Couronne d'Aragon (*Mélanges M. Bataillon*, 1962, páginas 65-80).
36. Estado de la cuestión sobre el conjunto del tema con un mapa en E. CARPENTIER, Famines et épidémies dans l'histoire du XIVe siècle (*A.E.S.C.*, 1962).
37. CH. F. MULLETT, *The bubonic* [123]; G. C. COULTON, *The Black Death*, Nueva York, 1930. Sobre las características de la peste, las circunstancias climáticas y sus efectos: D. HERLIHY, *Medieval and Renaissance Pistoia* [451], págs. 104-105 (rica bibliografía).
38. M. M. POSTAN y J. TITOW, *Heriots* [241].
39. R. BARATIER, *La démographie* [81], pág. 81; y MLLE. JOUGLAS, La vie rurale dans le village de Jonquières, en *Provence historique*, 1958.
40. R. CAZELLES, La peste de 1348 en langue d'oïl, épidémie prolétarienne et infantile (*B.P.H.*, año 1962 (1965), págs. 293 y ss.); véase también sobre este punto M. MOLLAT, Notes sur la mortalité à Paris au temps de la Peste Noire d'après les comptes de l'oeuvre de Saint-Germain-l'Auxerrois (*Le Moyen Age*, 1963, págs. 505-527).
41. D. HERLIHY, *Medieval and Renaissance Pistoia* [451], págs. 85 y 109.
42. M. BOUDET y R. GRAND, Documents inédits sur les grandes épidémies. Étude de la peste en haute Auvergne, XIVe-XVIIIe siècle (*Revue de la haute Auvergne*, 1902, págs. 44-71, 129-181 y 267-318); R. FAVREAU, Epidémies à Poitiers (*B.E.C.*, 1967, págs. 349-398). Sobre la frecuencia y gravedad de las epidemias véase R. FAVREAU, Epidémies à Poitiers et dans le Centre-Ouest

à la fin du Moyen Age (*B.E.C.*, 1967, págs. 349-398); sobre los diferentes tipos de epidemias y sus efectos en varias regiones rurales, véase G. SIVERY, La Peste Noire et l'épidémie de 1400-1401 (*Annales de la Société belge d'Histoire des Hôpitaux*, 1966, págs. 51-65).

43. E. CARPENTIER, *Une ville* [427]; H. DUBLED, Conséquences économiques et sociales des mortalités du XIV° siècle, essentiellement en Alsace (*Revue d'Histoire économique et sociale*, 1959); W. M. BOWSKY, The Impact of the Black Death upon Sienese Government and Society (*Speculum*, 1964, páginas 1-34).
44. H. DUBOIS, L'histoire démographique de Chalon-sur-Saône à la fin du XIV° siècle et au début du XV° siècle d'après les «Cherches de Feux» (*La démographie médiévale* [95], págs. 89-102); Y. RENOUARD, Conjoncture sur la population du duché d'Aquitaine en 1316 (*Le Moyen Age*, 1963).
45. S. L. THRUPP, The Problem of Replacement-Rates in Late Medieval English Population (*E.H.R.*, 1965, págs. 101-119).
46. J. C. RUSSELL, L'évolution démographique de Montpellier au Moyen Age (*Annales du Midi*, 1962).
47. Son ejemplos notables de estudios realizados a partir de tales series contables: L. GÉNICOT, *Crise agricole* [197]; G. SIVERY, *Structures* [252], páginas 468 y ss.; H. NEVEUX, Cambrai et sa campagne de 1420 à 1450: pour une utilisation sérielle des comptes ecclésiastiques (*A.E.S.C.*, 1972).
48. G. DUBY, *L'économie rurale* [181], págs. 353 y 358.
49. PH. WOLFF, *Commerces et marchands* [502], págs. 430-431.
50. J. DAY, Prix agricoles en Méditerranée (*A.E.S.C.*, 1961).
51. J. HEERS, *Gênes au XV° siècle* [449], gráficas en apéndice.
52. J. HEERS, *Gênes au XV° siècle* [449], págs. 260 y ss., cuadro y gráfica en apéndice.
53. E. J. HAMILTON, *Money, Prices* [389].
54. C. M. CIPOLLA, *I movimenti dei Cambi* [379].
55. Sobre este punto véanse: E. B. FRYDE, *Edward III's War Finances;* A. BOSSUAT, *Études* [376]; M. MOLLAT, *Recherches* [401]; F. HUMBERT, *Les finances municipales de Dijon du milieu du XIV° siècle à 1477*, París, 1961; J. RICHARD, Finances princières et banquiers au XIV° siècle (*Annales de Bourgogne*, 1955); J. BROUSSOLE, Les impositions municipales de Barcelone, de 1328 à 1462 (*Estudios de Historia Moderna*, 1955, págs. 1-164); *Finances et comptabilité urbaine du XIII° au XVI° siècle, Actes du Colloque de Blankenbergue*, 1964; M. REY, *Les finances* [407] y *Le domaine* [408]; A. BOSSUAT, Études sur les emprunts royaux au début du XV° siècle (*Rev. hist. de Droit français et étranger*, 1950, págs. 351-371); J. FAVIER, *Les finances* [388].
56. Cf. figs. 13 y 14, pág. 344.
57. Cf. *supra*, pág. 184.
58. *The Bruges* [385]; R. DE ROOVER concluía, poco antes de su repentina muerte, un trabajo paralelo sobre el mercado monetario de París.
59. A los trabajos ya citados, añadir: C. M. CIPOLLA, L'economia milanesa. I movimenti economici generali, 1300-1500, en *Storia di Milano*, 1957; Y. S. BRENNER, Prices and Wages of England, 1450-1550 (*Bull. Inst. of Historical*

Research, 1961); y los estados de la cuestión de F. Lutge, Das 14. und 15. Jahrhundert in der Sozial Wirtschaftsgeschichte (*Jahrbuch für Nationalökonomie und Statistik*, 1950); W. Abel, Wüstungen und Preisfall im spätmittelalterlichen Europa (*ibid.*, 1953); W. C. Robinson, Money, population and economic change in the late medieval Europe (*E.H.R.*, 1959); J. M. W. Bean, Plague, population and economic decline in the later Middle Ages (*E.H.R.*, 1963); A. Verhulst, L'économie rurale de la Flandre et la dépression économique du bas Moyen Age (*Studia Historica Gandensia*, 1964, páginas 64-80).

60. W. Abel, *Geschichte* [141].
61. M. W. Beresford, J. K. S. Saint-Joseph, *Medieval England* [153].
62. K. Allison, The Lost Villages of Norfolk (*Norfolk Archeology*, XXXI, fascículo 1); K. Allison, W. Beresford, J. C. Hurst, *The deserted villages of Oxfordshire*, Leicester, 1965; M. W. Beresford, *The lost villages* [152], y en *Villages désértés* [265].
63. Excavaciones llevadas a cabo bajo la dirección de l'École Pratique des Hautes Études en Saint-Jean-le-Froid (Dordoña) y en Dracy (Côte-d'Or) (J. M. Pesz).
64. *L'archéologie du village médiéval*, Lovaina, 1970.
65. *Villages désertés* [265].
66. W. Abel, *Die Wüstungen* [140], y en *Villages désertés* [265]. En 1474, un caballero sajón, Friedrich Brand, decía que su hermano y él poseían 27 aldeas abandonadas y cubiertas por la landa (W. Abel, *Geschichte* [141]).
67. R. Boutruche, *Crise d'une société* [160]; *La dévastation des campagnes pendant la guerre de Cent Ans et la reconstruction agricole de la France*, Estrasburgo, 1945.
68. J. Day, Ch. Klapisch-Zuber, en *Villages désertés* [265].
69. L. Génicot, *Crise agricole* [197].
70. G. Sivery, *Structures* [252], págs. 561-757; para D. Herlihy, *Santa Maria Impruneta* [205], la depresión agraria en Toscana sólo afectó al señor; la suerte del campesino, en cambio, se vio claramente mejorada.
71. R. de Roover, Le marché monétaire au Moyen Age et au début des temps modernes. Problèmes et méthodes (*Revue historique*, 1970, págs. 5-40), página 40.
72. *Economic Growth* [89].
73. *The Making* [217], pág. 97.
74. Idea expresada en 1955 en el Congreso internacional de Ciencias históricas (Roma) por R.-H. Bautier y repetida por él mismo en «Les mutations agricoles des xiv° et xv° siècles et les progrès de l'élevage» (*B.P.H.*, 1969, páginas 1-27).
75. G. Fourquin, *Histoire économique* [100], pág. 430.

CAPÍTULO II

Conflictos sociales. Levantamientos populares

Todos los historiadores de la sociedad insisten bastante en la frecuencia y gravedad de las revueltas populares que, tanto en la ciudad como en el campo, se produjeron en todas las regiones de Occidente al final de la Edad Media. Este interés parece haber aumentado últimamente, apareciendo el estudio de estos levantamientos como una de las direcciones de trabajo fundamentales y, en verdad, prometedoras. Una serie de obras de síntesis o generalmente de orientación atraen asimismo la atención de un sector de público más amplio. Citemos, por ejemplo, limitándonos a los libros de lengua francesa que abordan el conjunto del problema para todos los países de Europa, el de M. Mollat y Ph. Wolff [1] y el de G. Fourquin [2].

1) Interés complejidad y dificultad del estudio

Sin embargo, como observa de manera muy firme y juiciosa este último autor, nuestros conocimientos sobre tal aspecto de la vida política y social de Occidente son basante rudimentarios. Con frecuencia, la exposición sólo es descriptiva, los análisis poco profundos y las conclusiones, siempre las mismas, sin matices. Generalmente, el estudio no suele llevarse a cabo de manera científica.

Ello se debe en parte a la fuerza persuasiva y paralizante de ciertos conceptos impuestos *a priori* y a la propia dificultad de la investigación.

Ante todo, ¿es cierto que tales revueltas fueron más numerosas y más graves en esta época que en períodos precedentes? Rotundamente, no: los antagonismos sociales e incluso los conflictos sociales violentos son de todas las épocas, de todos los países y de todos los sistemas; los contemporáneos hablaban de ellos con más o menos soltura y los historiadores siguen sus pasos con demasiada fidelidad.

La imagen de los disturbios del final de la Edad Media y de una sociedad constantemente atacada y ensangrentada por las revueltas populares debe mucho a los relatos de unos cronistas mucho más exactos, más interesados en esos problemas y, sobre todo (en Francia, por ejemplo) mucho menos dispuestos que sus predecesores a exaltar la buena administración, la justicia y la paz del soberano; ni Joinville ni los restantes autores de su época hablaron de revueltas en los tiempos de Luis IX. Pero oponer los siglos de disturbios del final de la Edad Media a un «siglo XIII» de equilibrio, de paz y de estabilidad sociales es evidentemente mostrar poco discernimiento.

La idea de una sociedad turbada en los años 1340-1430 aproximadamente sigue también de cerca a la creencia en una intensa depresión económica. Se imponen entonces dos postulados: que las revueltas fueron debidas esencialmente a las «crisis» (?) económicas y que este período fue, más que ningún otro, una «época de crisis». Ninguna de las dos proposiciones ha sido demostrada.

Por otra parte, la propia naturaleza de estos conflictos no ha sido definida con la necesaria precisión. De manera general, los contemporáneos primero, y después los historiadores, ponen de relieve ante todo los dramas y las violencias, despreciando por ello mismo las restantes formas de oposición y de luchas. En esta época, y desde mucho tiempo atrás, los hombres se enfrentaban unos con otros haciendo valer sus derechos o sus pretensiones con ocasión de los procesos; naturalmente, las querellas y las guerras judiciales eran mucho más frecuentes y ocupaban mayor lugar en la vida de entonces que los combates armados o las sediciones; con gran frecuencia fue por la vía de la justicia, antes que por el camino de las revueltas, como las comunidades campesinas o urbanas obtuvieron bienes, privilegios, manumisiones e hicieron valer sus derechos. Tales procesos y, de manera general, los procedimientos jurídicos son muy mal conocidos.

Los mismos conflictos violentos se etiquetan muy a menudo de manera uniforme y, por ello, muy imprecisa. G. Fourquin ha hecho un gran servicio a los futuros investigadores denunciando al respecto varios abusos o facilidades de vocabulario [3]; la palabra «revolución» conoce en nuestros días una curiosa fortuna, siendo utilizada a cada paso y casi siempre sin venir a cuento. Ningún levantamiento medieval ha provocado una revolución social. De hecho, sólo algunos jefes de la gran revuelta inglesa de 1381 parecen haber tenido y proclamado un auténtico programa revolucionario. Pero todos los restantes se limitaron a exhibir unas ambiciones muy limitadas y se atuvieron a cuestiones de detalle o meramente circunstanciales en el

seno del mismo sistema económico y social; a veces incluso parece que exigían, no un cambio absoluto de las estructuras, sino una simple sustitución de jefes, de señores o de dueños.

Por tanto, es preciso desterrar el término de revolución, equívoco y mal adaptado a las realidades, y hablar más bien, según los casos, de revueltas, de levantamientos e incluso, para emplear las palabras de la época, de *conmociones*, *pavores* o *terrores*.

Por fin, y ante todo, quedarían por determinar los auténticos orígenes y por precisar de manera científica y específica las causas de estos levantamientos populares. También en este punto, la mayor parte de los autores se limitan en la mayoría de los casos, incluso en nuestros días, a enunciar una serie de fórmulas prefabricadas que se aplican a todos los casos sin discernimiento ni matices. No siempre distinguen los orígenes profundos de una revuelta de sus circunstancias y efectos. Generalmente hablan de luchas sociales e incluso de «lucha de clases», expresión estereotipada y vacía de todo sentido para esta época, sin que, por otro lado, intenten determinar la composición de esas «clases» más o menos míticas. En ciertos libros, todo levantamiento queda reducido a un conflicto entre pobres y ricos, entre oprimidos y poseedores. Nos hallamos en este caso ante una formulación simplista y perezosa, ante una construcción esquemática preconcebida, muy pobre, a menudo sin relación con la realidad y siempre incompleta; en cualquier caso, significa negarse a un análisis profundo que permitiría subrayar la extrema complejidad de tales movimientos sociales, privando así al historiador de un campo de investigación apasionante.

En resumidas cuentas, los levantamientos populares, ya sean rurales o urbanos, sólo en raras ocasiones nos aparecen como el resultado de un único objeto de descontento o de un único factor; casi todos presentan muchos aspectos diferentes; sobre ellos actuaron varios haces de causas muy diversas, más o menos profundas, o de circunstancias accidentales [4]; intentar aislarlas parece necesario pero trae consigo, evidentemente, una parte de artificio.

2) Aspectos económicos y financieros

A) Las hambres

Evidentemente, la revuelta pudo ser provocada por una situación económica juzgada como intolerable. Sin embargo, sólo en raras ocasiones lo fue por la miseria o por las hambres.

Es cierto que esta época, como tantas otras, sufrió graves escaseces. Las crónicas hablaban muy a menudo de los estragos causados por el mal tiempo. ¿Debemos suponer que a una larguísima serie de años favorables sucedió entonces un clima más frío o más inestable? Ciertos indicios, concretamente el retroceso de la viña en Alemania y en Inglaterra —aunque en este caso merecen atención las circunstancias económicas y sociales— y, con más seguridad, el retroceso en altura de los bosques en los macizos boscosos de Europa central, permiten, sin que quepa duda, concluir en tal sentido [5]. Tampoco debe ser rechazada la posibilidad de una auténtica «revolución climática».

El hombre vivía constantemente bajo el temor de las heladas, de las tormentas y de largas sequías contra las que nada podía hacer. Y es que la agricultura contaba con medios muy pobres, siendo extraordinariamente vulnerables las especies cultivadas. Los estudios de M. M. Postan y J. Titow sobre los campesinos de la abadía de Winchester (de 1245 a 1350) subrayan el carácter precario de este equilibrio humano donde cada descenso notable de las cosechas, en unos campos superpoblados, provocaba un elevado número de muertes [6].

Otra circunstancia agravante: los víveres, especialmente los cereales, viajaban poco; sólo el tráfico por mar o por los ríos parecía ser el único aceptable para largas distancias. Las aldeas y ciudades del interior vivían de los recursos locales ya que el transporte a lomos de mulo resultaba bastante oneroso. En Toulouse, los burgueses producían sus cereales en sus campos y el comercio de los granos desempeñaba un papel muy desdibujado [7]. Durante los años difíciles, se intentaba a veces traerlo de Inglaterra, a través de Burdeos; pero transportarlo desde Rodez, aunque estaba muy próximo, era una auténtica aventura. Cuando se obtenían malas cosechas, el hambre adquiría proporciones catastróficas. Los campos, los simples mercados rurales y las ciudades situadas en el interior de las tierras estaban mucho más amenazadas e indefensas ante las escaseces que algunas grandes ciudades, las cuales recibían en cada momento su pan por mar o por los ríos. Cuando la gran hambre de 1316 en Flandes, la ciudad de Brujas, que podía aprovisionarse más fácilmente por los puertos del estuario, sufrió relativamente menos que Ypres.

El estudio de los precios lo prueba: de todos los productos vendidos en el mercado, el trigo conocía las variaciones estacionales más acusadas, en ocasiones realmente dramáticas [8].

En Toulouse, de noviembre de 1374 a abril de 1375, hubo un aumento de 300 % aproximadamente; después, de noviembre a abril, se produjo un descenso de 500 %. Las variaciones de un año a otro subrayaban también las dificultades de aprovisionamiento en el interior del territorio. En Toulouse[9], de 1360 a 1450 los índices de los productos «industriales» variaron relativamente poco: de 50 a 140 aproximadamente para el pastel, de 76 a 125 para la cera, de 64 a 130 para la leña y de 63 a 129 para los paños ingleses; en el mismo momento, los vinos oscilaban de 23 a 222 y los cereales de 22 a 712. Pero esto no se observa en los grandes puertos que recibían con facilidad los cargamentos procedentes de países lejanos; ni en Génova, ni en Venecia y ni siquiera en Valencia; en estos lugares, las variaciones eran mucho más débiles y un aumento de 100 % era ya catastrófico. Lo mismo sucedía en Ragusa donde, al final de la Edad Media, los precios del trigo mostraban una asombrosa estabilidad[10].

Por todas estas razones sobrevinieron brutales períodos de hambre, a menudo considerablemente mortíferas. La de 1315-1316 arruinó toda la Europa septentrional, «de los Pirineos a las llanuras de Rusia y de Escocia a Italia»[11].

Después de unas lluvias persistentes, comenzó realmente un período muy grave: mortalidad, disturbios, mala resistencia de los supervivientes y todo un ciclo de desgracias. En Brujas y en Ypres el número de muertos por semana (15 y 16 en época normal) alcanzó las cifras de 150 y 190 respectivamente en el peor momento. En total, desde el 1 de mayo al 30 de octubre de 1316, hubo cerca de 2000 muertos en Brujas y 2800 en Ypres, o sea, en el primer caso quizá 5,5 % de la población y en el segundo 10 %[12]. Las gentes, sobre todo los pobres, morían realmente en las calles de hambre e inanición[13]. Sin duda alguna, la situación fue más dramática en el interior, en Brabante, menos rico y peor abastecido por el gran comercio.

En la alta Provenza, «unos diez años antes de la peste numerosas comunidades [...] debieron enfrentarse a serias dificultades económicas que determinaron un empobrecimiento general y un descenso demográfico»[14].

Sin embargo, las hambres, al igual que las «crisis» económicas, sobre todo las del empleo, el paro prolongado y, por tanto, la miseria, no coincidieron con los levantamientos populares; sólo en raras ocasiones, y siempre con carácter excepcional, provocaron ciertas reacciones inmediatas, por lo que las hambres se nos aparecen ante todo como causas lejanas a las revueltas o circunstancias agravantes.

Mucho más cargados de consecuencias parecen los descontentos económicos o financieros profundos, especialmente aquellos que amenazaban las situaciones adquiridas y atentaban contra ciertas ventajas o libertades. Por esta razón, los revoltosos en el mundo rural eran

con gran frecuencia campesinos libres y relativamente acomodados que luchaban contra toda reacción señorial, toda acción real y toda mutación económica perjudicial a sus intereses, antes que individuos pobres desprovistos de todo.

B) Luchas contra las acciones señoriales

Las revueltas campesinas que ensangrentaron los campos parisienses en 1358 fueron presentadas casi siempre como unos movimientos espontáneos provocados por la miseria, las devastaciones y los pillajes de la gente de armas. Pero G. Fourquin ha hecho un análisis más matizado de este levantamiento. La jacquerie no estuvo limitada, como se creía, a reducidas comarcas: alrededor de Pontoise, de Méru y planicie de Thelle; otros disturbios muy violentos sacudieron la llanura de Ile-de-France al norte de París (Taverny, Cormeilles-en-Parisis, Montmorency) e incluso, al sur, las regiones de Corbeil, Arpajon y Longjemeau. Sobre todo, la jacquerie respondió a un descontento profundo, provocado por las dificultades económicas y la reacción de los señores que, para hacer frente a sus problemas, exigían más a sus campesinos [15]. Por tanto, fue un movimiento bastante complejo animado por reivindicaciones sociales aunque éstas son muy mal conocidas.

Aunque más breve y quizá menos violenta, la revuelta de los campesinos de Inglaterra en 1381 dio muestras de cierta organización [16]. Partiendo del este y del sur (Kent y Essex), los campesinos tomaron ciudades, castillos y conventos; las bandas de Wat Tyler penetraron en Londres, se apoderaron de su Torre y asesinaron al canciller Sudbury. Aunque fue aplastada muy pronto, la revuelta indicó sin embargo el revuelo y desasosiego existente en el campo inglés.

Como causa de este extraordinario levantamiento, que en un segundo momento logró aglutinar a los obreros de las ciudades, hemos de invocar antes que la «crisis», la lucha contra las pretensiones señoriales para agravar la condición campesina; resulta muy significativo que la revuelta se produjese al principio en los condados del East Anglia, es decir, en los territorios más ricos, allí donde los campesinos libres se reunían en comunidades muy sólidas y donde, por ejemplo, las guildas campesinas eran más numerosas.

En la Corona de Aragón, los levantamientos campesinos, los hombres *de remensa*, iban también dirigidos contra los reglamentos reales favorables a los señores [17]. En Cataluña, había una legislación que prohibía a los campesinos establecerse en las ciudades, entonces en pleno auge; ello ocasionó los primeros movimientos de 1409-1413.

Después, en 1462, los campesinos se alzaron contra los señores que querían reforzar sus derechos de uso y aumentar sus rentas, y estos levantamientos se transformaron en una auténtica guerra, sólo apaciguada en 1486 por el arbitraje del rey. Encontramos los mismos conflictos en la isla de Mallorca, donde las revueltas campesinas contra la aristocracia y los censos demasiado elevados sólo cesaron con la llegada de las tropas de Alfonso V (1451-1454).

C) Luchas contra el impuesto real

El impuesto percibido por los agentes del soberano aparecía siempre como una detestable novedad. Mal comprendido, este impuesto disgustaba profundamente por su carácter demasiado general, poco flexible y ciego; afectaba, a menudo de manera bastante uniforme, a hombres de todas condiciones; con demasiada claridad se manifestaba como la intervención de un poder lejano y extraño, por lo que las revueltas contra las tasas reales se teñían a menudo, agravándose, de un vivo particularismo regional y de una intensa oposición al gobierno central.

En Francia, a partir de 1360, las *ayudas ordinarias*, impuesto anual que se percibía sobre el conjunto de la población, sustituyeron a la antigua ayuda percibida por el señor; se trataba de una fiscalidad muy pesada, atendida por una legión de agentes[18].

En todos los países, el impuesto fue una de las grandes plagas de la época junto a las hambres, la peste y la guerra; mal adaptado, agravado por las exigencias de los inspectores y, con frecuencia, repartido de forma inconsiderada, el impuesto agobiaba al campesinado.

En 1308, la tentativa de imponer un fogaje en Montbrison había provocado un tumulto fiscal contra los oficiales reales; después, las comunidades de Forez rehusaron el impuesto atacando en varias ocasiones a los comisarios a los gritos de «¡Muerte para los bribones de Royaux! ¡Muerte!»[19].

En Escandinavia, la aparición de un impuesto regular muy fuerte provocó una auténtica revolución en las costumbres y en el vocabulario de los campesinos, que no hablaban ya del antiguo manso, el *bol*, ligado al antiguo sistema de la comunidad aldeana, sino más bien de una unidad fiscal con un valor y una renta muy particular; decían la *tierra de un marco* en Dinamarca, el valor de una vaca en Noruega o el *alimento de un mes* en la costa, para designar la superficie de las parcelas[20]. He aquí el síntoma de una nueva mentalidad de la que, en gran parte, fue responsable la fiscalidad. Por fuerza tuvo que provocar revueltas contra los agentes del rey o los extranjeros a quienes hacían responsables: tumultos en el norte de Jutlandia (1411), razzia llevada a cabo por las gentes de Amund Sigurdsson Bolt contra la feria de Oslo en 1436 y, por fin, en Finlandia, donde un tal David se proclamó rey de los campesinos (1438).

Los movimientos populares que expresaban la oposición al impuesto, se multiplicaron entonces [21]. Así, por ejemplo, en el Flandes marítimo de 1323 a 1328; al principio fue un tumulto rural, pero después se vio animado por los artesanos de las ciudades pañeras que buscaron aliados en el campo de los alrededores [22].

Incluso en aquellos países donde el gobierno real y central se habían afirmado con mayor precocidad, todo aumento del impuesto, especialmente todo cambio importante en su repartición y base tributaria, provocó vivas cóleras. En Inglaterra, la famosa y siniestra *poll-tax* de 1380, que afectaba por igual a cada campesino, parece haber provocado directamente la Gran Revuelta de 1381.

D) Las mutaciones económicas

También es verdad que las malas cosechas y las «depresiones» económicas crearon a veces situaciones difíciles, exasperando los descontentos. En este sentido, la «crisis» o la «depresión» aparece como una causa inmediata del movimiento de antagonismo social [23].

Pero el malestar o la hostilidad se debían a razones más profundas, ligadas a su vez a las mutaciones económicas que comprometían un relativo equilibrio mantenido desde antiguo. Por ejemplo, las transformaciones profundas de la economía rural por el desarrollo de la ganadería.

En las montañas del Mediodía, la ganadería era casi siempre trashumante y el paso de las bestias suscitaba violentos conflictos entre los pastores que habían bajado durante el invierno y los agricultores de la llanura preocupados en proteger sus bienes.

Una serie de querellas, a veces muy violentas, oponían en el suroeste de Francia los montañeses del valle de Ossau a los habitantes de la región de Pau, desposeídos poco a poco de sus derechos de uso en las landas y las colinas, en ocasiones hasta despojados, y siempre imposibilitados de extender sus campos cultivados en los terrenos de paso del ganado. La trashumancia invernal impedía la labranza, comprometía gravemente la explotación del suelo y explicaba la existencia de paisajes todavía medio salvajes [24].

En toda la Italia del centro y del sur, la ganadería trashumante estaba muy ligada a la extensión de los grandes dominios, los *latifundia;* los nuevos *barones* atacaban los derechos de las comunidades rurales prohibiéndoles coger madera en los bosques y llevar sus animales a los *monti.* Ello provocó serios conflictos entre los campesinos y estos propietarios (por ejemplo, los Chiaramonte, cerca de Agrigento) y auténticas revueltas, como la de la *università* de Calanna (Calabria) contra Carlo Ruffo, conde de Sinopoli [25].

En las regiones de llanura, el malestar campesino se vio agravado cuando se extendieron los cercados. Así sucedió especialmente en Inglaterra, donde el extraordinario auge de la ganadería ovina en ciertos condados (sobre todo, en los Cotswolds) favoreció la gran influencia de los mercaderes en el campo [26]. Los londinenses, los *woolmen*, intermediarios especializados, *merceros* y *pañeros*, compraban la lana a conventos, *manors*, labradores o ganaderos de los Cotswolds, controlando a veces los talleres de tejido. Éste era también un comercio muy bien organizado: venta por muestra, amplio crédito y estimación exacta de las diversas calidades por una serie de expertos *(wool-packers)* que sellaban los sacos. Una intensa animación reinaba en los campos ingleses: grandes aldeas con hermosas y amplias iglesias y grandes casas. En definitiva, una vida rural muy marcada por la influencia de la ciudad y de sus mercaderes, por una mentalidad de hombres de negocios [27] y por unas condiciones propicias al fortalecimiento de la gran propiedad rural y de los *manors* señoriales.

Ello ocasionó evidentemente una demanda mucho menor de mano de obra rural, ya que la vigilancia de los animales exigía bastante menos brazos que el cultivo regular de los cereales, y también el abandono de las aldeas. Un acta del Parlamento de 1489 decía que «allí donde 200 personas trabajaban el suelo sólo hay ahora uno o dos pastores» [28].

El estudio muy detallado de M. W. Beresford sobre la cronología del despoblamiento de las *enclosures* en las diferentes regiones de Inglaterra [29] permite subrayar la coincidencia del desarrollo de la ganadería ovina con el abandono del pueblo. El despoblamiento fue especialmente precoz en ciertas regiones de las márgenes del este (Norfolk, Suffolk, Yorkshire), en el propio East Riding y, más al norte, en el Lincolnshire. Pues bien, en tales condados, los rebaños de ovejas eran muy numerosos desde el siglo XIII. De las tierras despobladas entre 1450 y 1520, algunas lo fueron de manera muy limitada: Middlesex, Berkshire, Hampshire y Derbyshire por ejemplo; es decir, las márgenes de los Midlands, la zona de Chiltern Hills, donde la ganadería se desarrolló muy moderadamente y casi siempre asociada a los cereales. Por el contrario, en el Northamptonshire, Leicestershire y Oxfordshire hubo un despoblamiento considerable correspondiendo, en esta región de los Cotswolds Hills, a una auténtica ocupación —a veces, brutal— del suelo por los grandes rebaños de ovejas.

Contrariamente a la opinión admitida desde hace tiempo, el movimiento de las *enclosures* no fue señorial de manera exclusiva. Los *lords* afirmaban que, incluso antes de su intervención, una fracción importante de los terrenos ya había sido convertida por los campesinos en herbajes y que las aldeas se encontraban ya mucho menos pobladas. De hecho, la ganadería campesina conoció un gran auge a partir de la década de 1380 [30]; los campesinos habían comenzado a cercar sus campos y a repartirse las tierras comunales; en varias regiones, se veía evolucionar el paisaje de *open-field* con la concentración y, después, el cercado de las parcelas dispersas [31]. Con todo, estas *enclosures* campesinas eran muy limitadas y desi-

guales, afectando únicamente a campos de mediocres dimensiones. Por el contrario, los cercados señoriales, con frecuencia impuestos de manera autoritaria y en ocasiones sistemática, aplicados en todo un bloque *manorial* o incluso en todo un terreno aldeano, provocaron un completo trastorno del paisaje; agravaron el despoblamiento de los campos y multiplicaron los *lost villages*, tan característicos del campo inglés, cuyas ruinas se pueden contemplar todavía bajo las hierbas, con sus calles, sus antiguos huertos en torno a las casas y el dibujo regular de sus campos.

Nos hallamos sin duda alguna ante la más total de las revoluciones agrarias provocadas por la reconversión del suelo, bastante general en Europa.

«Vuestras ovejas —escribía más tarde Tomás Moro— son tan glotonas y salvajes que han acabado por esquilar e incluso por devorar a los hombres. Destruyen, devoran y engullen los campos y las casas de las aldeas. Observad en qué regiones del reino se produce la lana más dulce y, por tanto, la más cara: es allí donde nobles y gentilhombres [...] ya no se contentan con las rentas y los beneficios que sus antepasados y predecesores tenían la costumbre de obtener de sus tierras y, no limitándose ya a la satisfacción de vivir tranquilamente en los placeres, no dejan sitio a las labores [...]. Transforman todo en pastos, echan abajo las casas, arrasan las aldeas y sólo dejan en pie la iglesia de la que, supongo, harán un aprisco»[12].

Tales cercados privaron a numerosos campesinos de trabajo y también de los derechos de uso en las tierras consideradas como comunales. Trastornaron antiguas tradiciones provocando así unos dramas de adaptación cargados de consecuencias sociales.

3) *Vendette*, facciones y partidos

Otros conflictos no se debían a antagonismos de origen económico sino, en cada ciudad, a querellas de familias, de facciones y de partidos cuyos jefes arrastraban consigo a clientes de toda condición para servir sus intereses, ambiciones o rencores. Tales movimientos, aunque de aspecto «popular», estaban con frecuencia emparentados con *vendette* y ajustes de cuentas privados. En el origen de ciertos disturbios y desórdenes llamados sociales jugaron ciertamente un papel esencial las solidaridades verticales. El hecho de que los jefes de las revueltas populares fuesen con mucha frecuencia aristócratas y miembros de grandes familias no deja de ser muy significativo. Es preciso extraer de ello todas sus consecuencias. Tales

individuos no eran amargados ni tránsfugas sino, más bien, jefes de clanes y de facciones.

El papel decisivo de las querellas de clanes y de familias en la génesis e incluso en el desarrollo de los levantamientos llamados populares ha sido puesto de manifiesto de manera oportuna por G. A. Brucker refiriéndose a la célebre revuelta de los *Ciompi* en Florencia (1378) [33]. Su análisis, que se apoya en el estudio minucioso de textos, atestados y, sobre todo, en el de las actas notariales que permiten definir con mucha exactitud las condiciones sociales de los jefes y de los revoltosos, contradice seriamente el análisis, ya antiguo pero desgraciadamente «clásico», de N. Rodolico [34] que sólo citaba como causa el conflicto entre artes mayores y artes menores y, después, el descontento de los obreros; tal análisis contradice también los esquemas habituales que veían en este acontecimiento el resultado de una lucha de clases provocada por el hipotético paso de la pequeña *botega* a la gran empresa de tipo «capitalista».

G. A. Brucker muestra muy claramente que los *Ciompi* no eran en absoluto obreros miserables, sino pequeños patronos (tintoreros, cardadores, lavadores de lana o de paños, fabricantes de peines). Estos individuos, una vez llegados al poder, practicaron una política claramente conservadora, dedicándose a mantener sus posiciones sin tener en cuenta ningún programa de revolución económica, social o incluso política.

Además, G. A. Brucker sostiene que los verdaderos jefes e instigadores de los tumultos fueron grandes aristócratas: Salvestro de Medici y, aunque menos conocidos por los cronistas, mucho más poderosos y sin duda alguna más seguidos, Benedetto Alberti, Tommaso Strozzi, Giorgio Scali y Giovanni Dini. Estos individuos, hostiles al partido de la paz que reinaba indiscutiblemente en Florencia, intentaron imponer su política por medio de un golpe de fuerza; podían contar con la ayuda de todos los suyos y de sus parientes que, muy numerosos, ejercían diversas profesiones, en ocasiones modestas (en efecto, varios miembros de estas grandes familias estaban a la sazón inscritos entre el *Popolo Minuto*). Además, lograron reunir en torno suyo toda una clientela de tenderos, artesanos y obreros, tanto en el campo como en la ciudad.

De esta forma, la «revolución» de los *Ciompi* nació de una lucha entre partidos de aristócratas y del deseo de proseguir la *vendetta* y vengar los exilios. Tales objetivos se manifestaron a lo largo de la crisis. Todavía en agosto de 1378, centenares de hombres marchaban en pos de un aventurero de familia alta y, después, aceptaban por jefes a otros tres magnates muy poderosos; lo mismo un

año más tarde, en agosto de 1379. Las peticiones presentadas entonces no atestiguan la existencia de ninguna inspiración ideológica, sino que eran solicitudes de beneficios para personas expresamente designadas y sanciones contra otras; en definitiva, reparaciones y ajustes de cuentas.

4) Aspectos religiosos

Muy a menudo, la exasperación del sentimiento religioso llevaba a la intolerancia, al odio hacia el extranjero, el no cristiano o, de manera más general, el impuro. En este sentido, las revueltas populares y las violencias se justificaban por una especie de búsqueda de una pureza colectiva o por el deseo de castigar o excluir de la comunidad a los responsables de la ira divina, de las desgracias de la época y de las catástrofes. Fue sobre todo en épocas de epidemia cuando la caza de los impuros alcanzaba dramáticas dimensiones. Después de las pestes, en especial después de la de 1348-1349, los leprosos y los judíos se vieron acusados de haber envenenado los pozos, por lo que estos últimos fueron víctimas de sangrientas matanzas en muchos lugares.

Asimismo, los extranjeros, especialmente los israelitas, eran culpables, ante la masa, de las miserias, de las malas cosechas y de todo tipo de diturbios: era una reacción tradicional y casi espontánea que se veía todavía más agravada por las predicaciones populares, como, por ejemplo, la de los frailes mendicantes y, particularmente, Francisco Javier en España *.

Por esta misma razón, la fiesta religiosa que, por sus procesiones, sus sermones, sus himnos y sus milagros, provocaba perfectamente una toma de conciencia comunitaria y una exaltación colectiva era, a menudo, el origen de desórdenes más o menos graves, de violentos conflictos y de todo tipo de exacciones [85].

De la misma manera, ciertas formas de ideal religioso marcaron profundamente numerosos movimientos sociales, inspirados y llevados a cabo por predicadores, religiosos, monjes o falsos profetas laicos. La mayor parte de las veces, estos individuos invocaban el «retorno» a un modo de vida igualitario, a una sociedad sin ricos ni pobres y, por otra parte, a una iglesia llamada primitiva que ellos veían sin jerarquía ni poderes.

* Debe referirse, sin duda, a S. Vicente Ferrer (1350-1419), cuyos sermones ejercieron una profunda influencia a nivel de las mentalidades colectivas. Han sido publicados por la Biblioteca de Autores Cristianos (n.° 153) (N. del T.).

La Gran Revuelta campesina inglesa de 1381 atestigua la existencia de un ideal campesino claramente afirmado, de raíz igualitaria, mantenido y dirigido en ocasiones por las predicaciones de monjes viajeros y también por las de los lollardos. Este ideal se vuelve a encontrar en los misterios.

En cualquier caso, los jefes afirmaban que había llegado el momento de expulsar a los malos señores, los malos jueces, los legistas hostiles al bien común y volver a los días en que todos los hombres vivían iguales: «Cuando Adán layaba y Eva hilaba, ¿quién era entonces gentilhombre?».

Otros conductores de masas invocaban con extraordinario éxito el día del Juicio Final y el Apocalipsis, el retorno de Cristo a la tierra o el de un profeta escondido, dormido (como el emperador Federico Barbarroja) y la venida de una edad de oro; querían dirigir la lucha contra el Anticristo y contra todos los que se oponían o retardaban la llegada de aquel día bendito: los impíos, los impuros, los poderosos y los ricos, a menudo también los habitantes de las ciudades, culpables de todos los vicios. Este mesianismo más o menos virulento marcó de manera profunda casi todos los levantamientos sociales de la época [36].

Y así, el vínculo entre vida religiosa o herejía y oposición social o política se estableció muy fuertemente.

Desde hacía mucho tiempo, los *Umiliati* italianos, monjes que vivían en el siglo, compartían los trabajos y las miserias de la plebe. Varias ciudades les debían la introducción o el auge de la industria de la lana. Están todavía por precisar las circunstancias y las condiciones económicas o sociales de esta implantación de los monjes tejedores y, especialmente, sus consecuencias a nivel de las ideas religiosas y morales sobre el respeto a la jerarquía de valores y sobre la paz de los espíritus. Después, haría falta estudiar la agitación de la plebe urbana en Toscana, principalmente en Florencia a partir de 1350, a instigación de los Fraticelos; se trataba de una desviación del franciscanismo que rozaba la herejía y que se nos aparece como exclusivamente popular, dirigida contra los mercaderes pero también contra la Iglesia establecida cuyos oficios no seguían. Esta agitación, ante todo urbana, era capaz de prestar a los obreros de la lana una apariencia de organización [37]. Idénticas aspiraciones y también una severa crítica de la jerarquía y de las fortunas caracterizaban a los goliardos, monjes errantes muy numerosos que recorrían ciudades o campos en calidad de juglares, monjes o bufones [38].

Con los flagelantes, los beguinos [39] y las sectas del norte de Francia [40], los *disciplinati* de la Italia del norte y centro [41] y los valdenses [42] se completa, durante varios siglos, todo un ciclo de herejías que encontraron amplia audiencia en los medios más desheredados. Todas ellas eran partícipes de los movimientos

de pobreza que, en toda Europa, exigían entonces una Iglesia nueva: Juan Hus en Bohemia, que se apoyaba en los obreros de la reciente industria textil, los *no acaparadores* en Rusia, Arnaldo de Brescia en Italia y, por supuesto, Wicliff en Inglaterra. Estos movimientos hostiles a la jerarquía no siempre eran revueltas esporádicas; algunas establecieron entre sí lazos estrechos como, por ejemplo, entre Bohemia y los hermanos valdenses de Lyon o de Italia [43].

Es verdad, como recientemente han afirmado los historiadores de la Iglesia, que la herejía se situaba ante todo en el plano espiritual, por cuanto reclamaba una reforma de la Iglesia y el retorno a la vida apostólica [44]. Las reivindicaciones de carácter social (por ejemplo, aumento de salarios) no siempre se expresaban con claridad; el aspecto religioso y místico era casi siempre primordial. Numerosos adeptos de los taboritas, en Bohemia, abandonaron sus tierras y se reunieron en las colinas para esperar la llegada de Cristo. Pero, una vez dicho esto, hemos de afirmar también que la actitud general era la oposición a los ricos, al dinero y a los diversos signos del poder y del lujo.

Tabor, ciudad creada en 1420 al sur de Bohemia por una serie de campesinos amotinados, había puesto a punto un programa religioso, político y social muy avanzado: por supuesto, abolición de los impuestos y de la servidumbre, pero también reparto de las tierras y vida comunitaria; exhibieron asimismo un programa claramente antijerárquico: la humanidad ya no obedecería más a la ley divina, sino a una ley escrita *en el corazón de cada uno* [45].

Todos los movimientos campesinos, las herejías religiosas y políticas tan frecuentes y violentas en la Alemania media, especialmente en Turingia y Renania, atacaban no sólo a la Iglesia y a los señores, sino también a los burgueses. Para los peregrinos reunidos en Niklashausen a la llamada de Hans Böhm, pastor y «tamborilero» (1476), para los campesinos del *Bundschuch* que seguían una bandera con la efigie de Cristo crucificado velado por un campesino en oración y la frase «La justicia de Dios y nada más» y para los revoltosos de la región de Spira (1502) la ciudad aparecía como un lugar de injusticia y de perdición así como el mal que se debía combatir. En estas luchas, los campesinos encontraron a menudo el apoyo de los pequeños nobles, preocupados por escapar a la influencia financiera de los burgueses enriquecidos, prestamistas y compradores de tierras [46].

Sin embargo, la persecución de tal ideal religioso e igualitario no implicaba forzosamente la pertenencia a una categoría social ni a un nivel de fortuna muy determinados. La expresión «herejía popular» entraña una lamentable confusión. De hecho, los heréticos e incluso los miembros de las sectas mesiánicas eran hombres de

todas condiciones; en ocasiones, sus jefes fueron miembros de cierta aristocracia; como, por ejemplo, caballeros y pequeños nobles entre los husitas de Bohemia.

En este caso, el ideal y los motivos religiosos predominaban sobre los restantes.

5) Miedos colectivos y psicología de las masas

Los levantamientos populares fueron con mucha frecuencia auténticos terrores colectivos suscitados por el temor y el odio al extranjero, al nómada y a todos los que vivían al margen de los marcos sociales habituales.

Tales hostilidades se explican ante todo por la considerable amplitud de las migraciones humanas. La reconquista del suelo después de las guerras, los disturbios y las devastaciones se acompañaba muy a menudo de un intenso «movimiento» de las poblaciones rurales, que ha sido puesto perfectamente de manifiesto por las investigaciones de R. Boutruche [47] y de Ch. Higounet [48] para el Mediodía aquitano. Los nombres del Bordelés, del Agenais y del bajo Quercy subrayaban la importancia de la repoblación emprendida por las comunidades de lengua *d'oïl* (gentes de Poitiers, bretones) o procedentes del Macizo central (Périgord, Rouergue, Limousin).

En Cataluña, los tumultos agrarios fueron a menudo auténticas movilizaciones de gentes alzadas contra los extranjeros, gascones y franceses, amenazados con cruces levantadas y fosos cavados al borde de los campos.

Los campesinos temían ante todo a los errantes, a los vagabundos; encontramos aquí, por un conflicto de intereses o un terror irracional, el antagonismo básico que levanta al sedentario contra el nómada, contra los errantes y vagabundos sin techo fijo, contra todos estos individuos peligrosos. Por ejemplo, contra los mendigos, contra los gitanos, que aparecieron entonces en Europa occidental [49] y, todavía más, contra los hombres de los bosques, trabajadores de la madera, de las minas y de las fraguas, a menudo identificados con bandidos y a quienes, en ocasiones, diversas ordenanzas obligaban a trabajar apartados de las ciudades [50].

Evidentemente, tales terrores se exasperaban en los momentos difíciles, cuando las epidemias [51], guerras y disturbios. En Francia, aunque también en Alemania [52] y en Inglaterra [53], la guerra extranjera o civil mantuvo durante largos años un clima de terror y de inseguridad, agravado desde luego por las fechorías de un bando-

lerismo más o menos crónico. Los campos, en Francia, Alemania y muy a menudo en todas las montañas de Italia, se erizaron de fortalezas, *burgs*, *rocche*, que vigilaban los valles; desde estas guaridas inatacables, los señores y los capitanes de compañías de hombres armados exigían peajes abusivos, multiplicaban las exacciones, exigían rescate de los viajeros y se lanzaban sobre la llanura, llevándose consigo cosechas y animales, y dañando las economías de los campesinos. La propia región parisiense estaba cubierta de estos reductos en todos los meandros de los ríos y en los cruces de caminos [54]. En Alemania, los pequeños señores se contentaban con pobres botines pero se asociaron en *Fehden* que tenían su propio derecho y sus costumbres, imponiendo por doquier una dramática inseguridad; con todo, ciertos personajes poderosos no desdeñaban tampoco los beneficios del pillaje: así, en 1364, el conde de Tecklenburgo regresó de una larga *razzia* enriquecido con 250 marcos, 95 caballos, 227 vacas, 50 cerdos y un millar de ovejas [55].

Los campesinos y los mendigos armados se adueñaban en ocasiones de comarcas enteras que recorrían sembrando el terror. A las grandes compañías de mercenarios extranjeros y a los señores bandidos respondían a veces las bandas de los pobres; de mendigos se convertían muy de prisa en bandidos. Tal bandolerismo de individuos pobres y no de soldados fue entonces un signo evidente del desequilibrio de las estructuras económicas así como de la ruptura de los tradicionales lazos sociales o familiares.

Al margen de ciertos itinerarios importantes los mercaderes se exponían a trágicos reveses. Los bandidos ocupaban también las aldeas y sus pobres cosechas. Las hazañas de los *Gueux (Pordioseros)* fueron tristemente célebres; tropas famélicas de *Ecorcheurs (Desolladores)* que vivían fuera de la ley, se daban a menudo nombres e incluso distintivos propicios a excitar la imaginación y suscitar el terror: *Chaperons Blancs (Caperuzas Blancas)* en Normandía, *Tuchins* en Languedoc y Auvernia; más tarde, los *Coquillards* en Borgoña, los *Tard-venus* en el centro, bandidos de camino real que eran también falsificadores de moneda, y los *Caimanes* de Ile-de-France. En Languedoc, en las bandas de errantes armados habían muchos campesinos que huían del impuesto, trabajadores modestos y pequeños bandidos a la zaga de las grandes compañías, que se echaban al monte —la *toûche*—, prestaban juramento y se organizaban en tropas poderosas.

Estas fechorías incitaban a los campesinos a refugiarse en las ciudades o a reconstruir antiguas fortalezas señoriales [56], lo que agravó aún más los movimientos de población. Provocaron también

terrores, *effrois*, reacciones de defensa espontáneas y la organización de bandas de campesinos, armadas a su vez, y responsables asimismo de desórdenes y exacciones.

Por último, quedaría por determinar en qué medida tales levantamientos populares, en sus orígenes o en sus prolongaciones, no se podían explicar muy a menudo por el simple comportamiento afectivo de las masas, por la exasperación de una necesidad de conflicto y de acción violenta. Dicho estudio, que afecta ya al terreno de las mentalidades, sólo puede ser esbozado en forma de una mera aproximación [67].

En cualquier caso, parece claro que todo levantamiento llamado «popular», fenómeno social de extraordinaria complejidad, no puede reducirse a un esquema simple. Ver en él sólo una consecuencia de la evolución de las estructuras económicas y del paso de una mítica sociedad «feudal» a una sociedad «capitalista» o «precapitalista» significa dar pruebas de un conformismo que todos los trabajos precisos, científicos éstos, contradicen.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. *Jacques* [472].
2. *Les soulèvements populaires au Moyen Age*, París, 1973.
3. G. Fourquin, *Soulèvements* (cf. *supra*, nota 2).
4. Cf., por ejemplo, R. Fédou, Una révolte populaire à Lyon au xve siècle: la Rebeyre de 1436 (*Cahiers d'histoire*, 1958, págs. 129-149).
5. A. Steensberg, Archeological dating of the climatic change in North Europe about A. D. 1300, en *Natura*, 1951.
6. *Heriots* [241].
7. Ph. Wolff, Le commerce des céréales à Toulouse aux xive et xve siècles (*Association Marc Bloch*, Toulouse, 1951).
8. El precio del trigo era mucho más variable que los del centeno, cebada o avena.
9. Ph. Wolff, *Commerces et marchands* [502], págs. 410 y ss.
10. J. Tadič, Les archives économiques de Raguse (*A.E.S.C.*, 1961).
11. H. S. Lucas [232].
12. H. Van Wervecke, La famine de l'an 1316 en Flandre et dans les régions voisines (*Revue du Nord*, 1959); L. y R. Fossier, Aspects de la crise frumentaire en Artois et en Flandre gallicante au xive siècle (*Recueil de travaux offerts à Clovis Brunel*, t. I, París, 1955); cf. también, para otra región, P. Capra, Au sujet des famines en Aquitaine au xive siècle (*Revue historique de Bordeaux*, 1955); M. J. Larenaudie, Les famines en Languedoc aux xive et xve siècles (*Annales du Midi*, 1952).
13. También en los campos ingleses la escasez afectaba sobre todo a los pequeños terrazgueros y a los *cottagers*, mientras que las epidemias afectaban de manera más uniforme (M. M. Postan y J. Titow [241]).
14. R. Baratier, *La démographie* [81], pág. 81.
15. G. Fourquin, *Les campagnes* [191], págs. 232-240.
16. B. Wilkinson, *The Peasant's Revolt* [269]; P. Lindsay y R. Groves, *The Peasant's Revolt* [231].
17. J. Vicens Vives, *El gran sindicato* [264].
18. E. Perroy, La fiscalité royale en Beaujolais aux xive et xve siècles (*Le Moyen Age*, 1928).
19. E. Fournial, *Les villes* [441], págs. 292 y 374-377. Estas recaudaciones fiscales pesaban mucho: M.-A. Arnould, L'incidence de l'impôt sur les finances d'un village à l'époque bourguignonne: Boussoit-sur-Haine, 1400-1555 (*Contributions à l'histoire économique et sociale*, t. I, Bruselas, 1962, páginas 41-105).
20. L. Musset, *Les peuples* [124], pág. 276.
21. A. Leguai, Emeutes et troubles d'origine fiscale pendant le règne de

Louis XI (*Le Moyen Age*, 1967, págs. 447-488); J. B. Henneman, The Black Death and Royal Taxation in France, 1347-1351 (*Speculum*, págs. 405-428).
22. H. Pirenne, *Le soulèvement* [239].
23. K. F. Helleiner, Populations Movements and Agrarian Depression in the Later Middle Ages (*Canadian Journal. Econ. and Pol. Sciences*, 1950); G. Franz, *Die agrarischen* [193].
24. P. Tucoo-Chala [260].
25. J. Day, Ch. Klapisch-Zuber, en *Villages désertés* [265]. Lo mismo en España: J. R. Molina, La Mesta de Jaén y sus conflictos con los agricultores (1278-1359) (*Cuadernos de Estudios Medievales*, 1973, págs. 67-82).
26. E. Power, *Medieval* [320].
27. Sobre los conflictos entre ciudades y campos provocados por la intervención de los burgueses en los mercados rurales, véase D. M. Nicholas, Town and Country side: Social and Economic Tensions in XIVth century Flanders (*Comparative Studies in Society and History*, 1968, págs. 458-485).
28. R. H. Hilton, *A Study* [211].
29. M. W. Beresford, *The lost* [152].
30. Las cuentas *manoriales* de Kingston (Warwickshire, 1393-1394) muestran que más de la mitad de los ingresos señoriales procedían de la *venditio pasture et herbagii*, derecho pagado por los campesinos para conducir sus animales a los prados, a las landas o incluso a los surcos de tierra del *open-field*.
31. A. R. H. Baker, Open-field... (*E.H.R.*, 1964).
32. Citado por R. Grand, *L'agriculture* [171], págs. 730-731.
33. G. A. Brucker, *The Ciompi* [425].
34. N. Rodolico, *Il popolo minuto e il Tumulto dei Ciompi*, conferencia dada en 1943 y publicada en *Saggi di Storia medievale e moderna*, Florencia, 1963, páginas 102-121.
35. Análisis de las circunstancias y acontecimientos que provocaron el asalto a la *morería* de Valencia en 1455, en M. Gual Camarena, Los mudéjares valencianos en la época del Magnánimo (*Actas y Comunicaciones*, t. I, del *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Mallorca* [1955], 1959).
36. N. Cohn, *Les fanatiques* [519].
37. Sobre los fraticelos, véase L. Oliger, Beiträge zur Geschichte der Spiritualen Fratizellen und Clarerer (*Zeitschrift für Kirchengeschichte*, 1926); D. Donie, *The Nature and the effect of the Heresy of the Fraticelli*, Manchester, 1932; N. Rodolico, *I Ciompi* [425], 1945.
38. O. Dobiache-Rojdesvensky, *Les poésies des goliards*, París, 1930; A. Hilka y O. Schumann, *Carmina Burana*, Heidelberg, 1930.
39. E. Mac Donnell, *The Beguines and Beghards in medieval culture with special emphasis on the Belgian scene*, New Brunswick U. P., 1954.
40. M. Grisart, Les Cathares dans le nord de la France (*Revue du Nord*, 1967).
41. *Il Movimento dei Disciplinati nel VII centenario dal suo inizio*, Perugia, 1962.
42. Vaudoi languedociens et pauvres catholiques (*Cahiers de Fanjeaux*, 3, Toulouse, 1967).
43. Obra de conjunto: S. Runciman, *Le manichéisme médiéval*, París, 1949; cf. también J. Marx, *L'Inquisition en Dauphiné. Étude sur le développement*

*et la répression de l'hérésie du XIVe siècle au début du règne de François Ier*, París, 1914. Véase igualmente T. Manteuffel, *Naissance d'une hérésie* [542] y *Hérésies et sociétés* [535].

44. R. Morghen, *Medioevo* [546] y Problèmes sur l'hérésie au Moyen Age (*Revue historique*, 1966, págs. 1-16).
45. A. Fichelle, L'aspect social du mouvement hussite d'après les derniers travaux des historiens tchécoslovaques (*Rev. Histoire économique et sociale*, 1953, págs. 225-235); E. Werner, *Der Kirchenbegriff* [562].
46. D. M. Nicholas, *Town and Countryside* (cf. *supra*, nota 27).
47. En *A.E.S.C.*, 1935, págs. 13-37 y 124-154.
48. *Ibídem*, 1953. Cf. también A. Bouton, *Le Maine* [424], pág. 731: desplazamiento de poblaciones rurales del Maine para repoblar la ciudad de Arras.
49. Ch. V. Aubrun, Note sur l'arrivée des gitans en Espagne (*Bulletin hispanique*, 1942).
50. A. Plaisse, *La baronnie* [240], pág. 88.
51. R. Baehrel, Epidémie et terreur: histoire et sociologie, en *Annales d'histoire de la Révolution française*, 1951, y La haine de classe en temps d'épidémie (*A.E.S.C.*, 1952); A. Siegfried, *Itinéraires de contagion et idéologies*, París, 1960. Cf. también un ejemplo de terror colectivo en el Maine, donde los campesinos creían que se habían envenenado los pozos: A. Bouton, *Le Maine* [424], pág. 37.
52. En 1411, el comendador de los teutones en Westfalia afirmaba que todas las tierras sufrían por la gente de armas y «cada día perdían mucho con los pillajes y el incendio pues el país no está nunca sin guerra». Cf. W. Abel, *Geschichte* [141], pág. 126.
53. En Inglaterra, la multiplicación de las guerras privadas significó un retorno a las casas y castillos fortificados, por ejemplo, el famoso torreón de Ashby de la Zouch (Leicestershire) construido por William, lord Hastings, en 1475-1480; éste hizo construir también muy cerca de allí una casa de ladrillos fortificada. Cf. W. G. Hoskins, *The Making* [217], págs. 100 y ss.
54. El centro de Francia escapó durante largos años al control real. Diversos jefes de bandas, puestos al margen de la ley como consecuencia de querellas privadas, ocupaban sólidas posiciones: Hutin de Vermelles, Thomas de La Marche, y, sobre todo, Arnaud de Gervole que, poco después de Poitiers, fundó una especie de gobierno rebelde al que los agentes del Châtelet de París no osaban acercarse (P. Timbal, *La guerre de Cent ans*, París, 1961; véase también E. Fournial, *Les villes* [441], págs. 325-336, y A. Bouton, *Le Maine* [424], págs. 17-18, 26-33, 59-61, 68 y ss.
55. W. Abel, *Geschichte* [141].
56. G. Fournier, La défense des populations rurales pendant la guerre de Cent ans en basse Auvergne (*Actes du XC^e^ Congrès national des Sociétés savantes* [sección Arqueología], Niza, 1965, págs. 157-199).
57. Algunas obras, muy antiguas, abordaron este tema; por ejemplo: G. Le Bon, *Psychologie des foules*, París, 1895; S. Sighele, *La foule criminelle. Essai de psychologie collective*, París, 1901. Indicaciones interesantes en: L. Martines, *Violence and Civil Disorder in Italian Cities, 1200-1500*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1972.

Conclusión

Durante mucho tiempo, los historiadores de la era «moderna» rehusaron admitir que las técnicas, las mentalidades y las economías «capitalistas» se habían desarrollado en la Europa occidental antes del siglo XVI. Sin embargo, esta idea era desmentida por todos los trabajos de historia económica sobre las ciudades italianas, alemanas o incluso inglesas. El gran «capitalismo» había nacido ya mucho antes de aquella fecha y la idea de un umbral entre el «siglo XV» y el «siglo XVI» no podía seguir siendo mantenida. Se produjeron entonces ciertos esfuerzos para determinar la aparición de este «capitalismo», lo que ocasionó un nuevo corte cronológico. De esta forma, varios autores incorporaban el siglo XV al «mundo moderno» y a las civilizaciones «capitalistas», señalando el final de la «Edad Media» hacia 1350 e incluso hacia 1300.

Por supuesto, todos estos son problemas inútiles y meras cuestiones de vocabulario. La «Edad Media» es un término para la enseñanza, un artificio pedagógico que sólo permite introducir una división, evidentemente convencional, en las épocas pasadas. Por otra parte, parece que intentar a toda costa determinar cronológicamente y de manera exacta el paso de una «sociedad feudal» a una «sociedad capitalista» es un pasatiempo bastante pueril. La primera es un ente de razón y la expresión nos parece singularmente vaga y vacía de sentido. No sabemos muy bien lo que era el «feudalismo»; hablar de «sociedad feudal» resulta ser un abuso de lenguaje, una facilidad o una complacencia. Mucho antes de 1400, o 1350 o 1300 ciertas prácticas «capitalistas» habían penetrado profundamente en la economía, tanto rural como urbana. Y ello resulta todavía más evidente en lo que respecta a las mentalidades. Por ejemplo, la tradición histórica decía que los préstamos de dinero eran absolutamente desconocidos en el mundo «medieval» cuando nosotros sabemos que se practicaban, más o menos abiertamente, en todos los medios. También aquí el historiador debe aprender a desprenderse de imágenes preconcebidas, frutos del conformismo o de la pereza, y buscar una verdad infinitamente más concreta, más compleja y más matizada.

LIBRO TERCERO

DOCUMENTACIÓN

No es posible presentar una bibliografía exhaustiva sobre la vida económica y social de Occidente en esta época. Las páginas que siguen sólo recogen los libros o artículos esenciales. En primer lugar, he reunido las obras recientes que contienen un último enfoque de la cuestión y que se refieren a los trabajos anteriores. Por otra parte, me ha parecido conveniente citar sobre todo aquellas que estaban redactadas en una de las lenguas occidentales más usuales; para las restantes, sólo he indicado los principales títulos o los estudios seguidos de un resumen en alemán, inglés o francés.

En cuanto a la publicación de las fuentes, no se trataba, por supuesto, de establecer una especie de repertorio ni siquiera aproximado. La lista que sigue sólo es una selección, forzosamente muy reducida y, a veces, arbiraria, que se limita a dar una orientación general con algunos ejemplos significativos de las principales categorías de documentos. Todos tienen su interés, pero la manera de abordarlos y de interpretarlos es naturalmente muy diferente. He recogido aquí:

1. *Los documentos oficiales establecidos por los Estados o los Municipios.* Son, ante todo, los libros de cuentas y los registros fiscales de los Estados o de las ciudades y, por otro lado, los registros aduaneros de los puertos o de las ciudades mercantiles.

2. *Los documentos privados.* Las actas notariales valen casi exclusivamente para los países del Mediodía; ya sabemos qué clase de confidente y de intermediario obligado era el notario en las ciudades de Italia, de Provenza o de España; todos los historiadores de la economía y de la sociedad se han felicitado al enconrar un testigo tan necesario como indiscreto. Sin embargo, la documentación es tan abundante para nuestra época, que no podemos pensar en emprender una publicación íntegra de las actas notariales, ni siquiera para un lugar de segundo orden.

Las cuentas de explotación, los libros de caja e incluso las cartas comerciales ofrecen unos datos de primerísimo orden pero, desgraciadamente, las publicaciones son poco numerosas y los inventarios muy incompletos. Dejando aparte algunos fondos privilegiados, ignoramos la riqueza de los archivos municipales, eclesiásticos o privados.

I.—Publicación de fuentes

A) DOCUMENTOS OFICIALES. REGISTROS ADUANEROS CATASTROS.

[1] BASTIAN (F.), *Das Runtigerbuch (1383-1407) und verwandtes Material zum Regensburger-südostdeutschen Handel und Münzwesen*, 3 vols., Ratisbona, 1935-1944.

[2] CASINI (B.), *Il Catasto di Pisa del 1428-1429*, Pisa, 1964.

[3] CHAPMAN (A. B. W.), *Black book of Southampton (1388-1503)*, Southampton, 2 vols., 1912.

[4] COBB (H. S.), *The load Port Book of Southampton (1439-1440)*, Southampton, 1961.

[5] COLEMAN (O.), *The Brokage Book of Southampton (1443-1444)*, 2 vols., Southampton, 1961.

[6] DAY (J.), *Les douanes de Gênes, 1376-1377*, 2 vols., París, 1964.

[7] ESPINAS (G.), PIRENNE (H.), *Recueil de documents relatifs à l'industrie drapière en Flandre*, 4 vols., París, 1906-1924.

[8] FAGNIEZ (G.), *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, 2 vols., París, 1900.

[9] FAVIER (J.), *Les contribuables parisiens à la fin de la guerre de Cent Ans. Les rôles d'impôts de 1421, 1423 et 1428*, Ginebra, París, 1970.

[10] FAWTIER (R.), *Recueil des historiens de France, Documents financiers: Comptes royaux (1285-1314)*, 3 vols., París, 1953-1956.

[11] FOURQUIN (G.), *Le domaine royal en Gâtinais d'après la prisée de 1332*, París, 1963.

[12] GILLIODTS-VAN SEVEREN (L.), *Cartulaire de l'ancien Consulat d'Espagne*, t. I: *1280-1550*, Brujas, 1901.

[13] GILLIODTS-VAN SEVEREN (L.), *Cartulaire de l'ancienne étaple de Bruges*, Brujas, 1904-1905, 2 vols.

[14] HAUSER (E.), SCHNYDER (W.), *Die Steuerbücher von Stadt und Landschaft Zürich des 14. und 15. Jahrhunderts*, Zurich, 1952.

[15] HIGOUNET-NADAL (A.), *Les comptes de la taille et les sources de l'histoire démographique de Périgueux au XIVe siècle*, París, 1965.

[16] JONES (P. E.), *Calendar of Plea and Monumenta Rolls preserved among the archives of the Corporations of London (1458-1462)*, Cambridge, U.P., 1961.

[17] LAURENT (H.), Choix de documents inédits pour servir à l'histoire commerciales des Pays-Bas en France au Moyen Age, en *Bulletin de la Commission Royale de Belgique*, t. XCVIII, Bruselas, 1934.

[18] LECHNER (G.), Die hansischen Pfundzollisten des Jahres 1368, en *Quellen und Darstellungen zur hansischen Geschichte*, t. X, Lübeck, 1935.

[19] MOLLAT (M.), *La comptabilité du port de Dieppe au XVe siècle*, París, 1950.
[20] NIRRNHEIM (H.), *Das Hamburgische Pfundzollbuch von 1369*, Hamburgo, 1910.
[21] NIRRNHEIM (H.), *Das Hamburgische Pfundzollbuch von 1399 und 1400*, Hamburgo, 1930.
[22] NOTO (A.), *Liber datii mercantie communis Mediolani*, Milán, 1950.
[23] PARMENTIER (A.), *Indices op de Brugsche Poorterboeken*, Brujas, 1938, 2 vols.
[24] QUINN (D. B.), *Port Books of Southampton (1469-1483)*, Southampton, 1937-1939, 3 vols.
[25] SAGHER (H. E. de), *Recueil de documents relatifs à l'histoire de l'industrie drapière en Flandre*, 2 vols., Bruselas, 1951.
[26] SCHÄFER (D.), Das Buch des Lübeckischen Vogts auf Schonen, en *Hansische Geschichtsquellen*, t. IV, Lübeck, 1927.
[27] SEVILLANO COLOM (F.), *Valencia urbana a través del oficio de Mustaçaf*, Valencia, 1957.
[28] STEINMANN (P.), *Quellen zur ländlichen Siedlungs-Wirtschafts-Rechts-und Sozialgeschichte Mecklemburgs im 15. und 16. Jahrhundert. Amt Crivitz*, Schwerin, 1962.
[29] URANGA (J. J.), *Fuegos de la Marindad de las Montañas en 1350. Documentos medievales relativos a población*, col. «Príncipe Viana», t. 15, Pamplona, 1954.
[30] VEALE (E. W. W.), *The Great Red Book of Bristol*, Bristol, 1937.
[31] WITTMER (Ch.), MEYER (J.-Ch.), *Le livre de la bourgeoisie de la ville de Strasbourg (1440-1530)*, 2 vols., Estrasburgo, 1938-1954.
[32] *Hansische Geschichtsquellen*, ed. Verein für hansische Geschichte, Lübeck, 7 vols., 1875-1894.
[33] *Quellen und Darstellungen zur hansischen Geschichte*, Lübeck, t. 1-4, 10, 1900-1935.
[34] *Hansisches Urkundenbuch*, ed. K. W. HÖHLBAUM y col.; Hamburgo, 11 vols. publicados (975-1500), 1876-1939.
[35] *Hanserecesse*, ed. K. KOPPMANN (1256-1430), 8 vols., Hamburgo, 1870-1897; ed. G. von der ROPP (1431-1476), 7 vols., Hamburgo, 1876-1892; ed. D. SCHÄFER (1477-1530), 9 vols., Hamburgo, 1881-1913.
[36] *Urkundenbuch der Stadt Lübeck*, Lübeck, 2 vols., 1843-1932.

B) DOCUMENTOS PRIVADOS. LIBROS DE CUENTAS. CARTAS MERCANTILES. NOTARIOS

[37] BERTELE (T.), DORINI (U.), *Il Libro dei conti di Giacomo Badoer*, Roma, 1956.
[38] BIGWOOD (G.), GRUNZWEIG (A.), *Les livres de comptes des Gallerani*, Bruselas, 1961, 2 vols.
[39] BISCARO (C.), Il banco Borromei e Compagni di Londra (1436-1439), en *A.S.L.*, 1913.
[40] BLAS (R.), *Ein Tiroler Teilbuch aus dem Jahre 1350*, Innsbruck, 1952.
[41] BLANC (A.), *Le livre de comptes de Jaime Olivier (Narbonne, 1381-1392)*, París, 1899.
[42] CAMERANI (G.), *I Documenti commerciali del fondo mediceo*, Florencia, 1951.

[43] DAVIS (N.), *Paston letters and Papers in the XVth Century*, part. I, Oxford, 1971.
[44] DAY (J.), I conti privati della famiglia Adorno (1402-1408), en *Miscellanea di Storia Ligure*, Génova, 1958.
[45] DOEHAERD (R.), *Les relations commerciales entre Gênes, la Belgique et l'Outremont d'après les archives notariales génoises aux XIIIe et XIVe siècles*, 3 vols., Buselas-Roma, 1941.
[46] DOEHAERD (R.), KERREMANS (Ch.), *Les relations commerciales... de 1400 à 1440*, Bruselas-Roma, 1953.
[47] DUALDE SERRANO (M.), Inventario de la documentación notarial del Archivo Municipal de Valencia (Siglos XIV y XV), en *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 1952.
[48] FAVIER (J.), *Cartulaire et actes d'Enguerrand de Marigny*, París, 1965.
[49] FÉDOU (R.), *Le terrier de Jean Jossard (1430-1463)*, París, 1967.
[50] FORESTIÉ (E.), Les livres de comptes des frères Bonis... (Montauban, 1347-1368), en *Archives historiques de la Gascogne*, XX, XXIV, XXV, 1890-1893.
[51] GRUNZWEIG (A.), *Correspondance de la filiale à Bruges des Médicis*, Bruselas, 1931.
[52] GUASTI (C.), *Lettere di un notaio a un mercante del secolo XIV con altre lettere e documenti*, Florencia, 1881, 2 vols.
[53] HEERS (J.), *Le livre de comptes de Giovanni Piccamiglio, homme d'affaires génois (1456-1460)*, París y Aix-en-Provence (Fac. Letras), 1960.
[54] KOPPMAN (K.), *Johann Tölners Handlungsbuch von 1345-1350*, Rostock, 1885.
[55] KUSKE (B.), *Quellen zur Geschichte des Kölner Handels und Verkehrs im Mittelalter*, t. IV, Bonn, 1934.
[56] LAWSON-TANCRED (T.), *Records of a Yorkshire Manor (Aldborough)*, Londres, 1937.
[57] LAZZARESCHI (E.), *Libro della communità dei mercanti lucchesi in Bruges*, Milán, 1947.
[58] LEWISS (E. A.), The Count Rolls of the Manor of Broniarth (1429-1464), en *Bull. of Celtic Studies*, XI, I.
[59] LIAGRE - DE STURLER (L.), *Les relations commerciales entre Gênes, la Belgique et l'Outremont d'après les archives notariales génoises (1329-1400)*, Bruselas-Roma, 1969, 2 vols.
[60] LOEB (I.), Deux livres de commerce au XIVe siècle, en *Revue des Etudes juives*, 1884.
[61] MANDICH (G.), SAPORI (A.), *Il Libro giallo dei Covoni*, Milán, 1973.
[62] MOLLAT (M.), Choix de documents pour servir à l'histoire du commerce maritime, XVe-XVIe siècle, en *Mélanges de la Société historique de Normandie*, 16e serie, 1958, págs. 109-174.
[63] MOLLWO (C.), *Das Handlungsbuch von Hermann und Johann Wittenberg*, Leipzig, 1901.
[64] MÜLLER (K. O.), *Welthandelsbräuche (1480-1540)*, de PAUMGARTNER, Stuttgart, Wiesbaden, 1962.
[65] NIERMEYER (J.-F.), *Bronnen voor de economische geschiedenis van het Beneden-Maasgebiet, 1104-1399*, La Haya, 1968.
[66] NIRRNHEIM (H.), *Das Handlungsbuch Vickos von Geldersen*, Hamburgo-Leipzig, 1895.
[67] NORDMANN (C.), Die Veckinchusenschen Handelsbücher *(H.G.)*, 66, 1942.
[68] PETRUCCI (A.), *Il libro di Ricordanze dei Corsini (1362-1467)*, Roma, 1965.

[69] PIAZZO (M. Del), Protocolli del carteggio di Lorenzo il Magnifico 1473-1474, 1477-1492 *(Deputazione di Storia patria per la Toscana. Documenti di Storia italiana)*, s. II, vol. II, 1956.
[70] PISTARINO (G.), *Bartolomeo Lupoto e l'arte libraria a Genova nel Quattrocento*, Génova, 1958.
[71] POSTHUMUS (N. W.), *De Oosterse handel te Amsterdam het oudst bewaarde Koopmanboek van een amsterdamse venootschap betreffende de handel op de Oostzee, 1485-1490*, Leiden, 1953.
[72] RICHARDS (G. R. B.), *Florentine Merchants in the Age of the Medici: letters and documents from the Selfridge Collection of Medici's Manuscripts*, Cambridge (Mss.), 1932.
[73] RILEY (T. R.), *Munimenta Gildhallae Londonensis; Liber Albus, Liber Custumarum et Liber Horn*, Rolls, serie, 1859-1862, 3 vols.
[74] SAPORI (A.), *I libri della ragione bancaria dei Gianfigliazzi*, Milán, 1946.
[75] SAPORI (A.), *I libri degli Alberti del Giudice*, Milán, 1952.
[76] SCHNEIDER (J.), *Le livre de comptes de merciers messins Jean le Clerc et Jacquemin des Moyeuvre (1460-1461)*, Metz, 1951.
[77] SEARK (E.) y ROSS (B.), *Accounts of the Cellarers of Battle Abbey, 1275-1513*, Sydney, 1967.
[78] SMIT (H. J.), *Bronnen tot de Geschidenis van den Handel met Engeland, Schotland en Ireland, 1150-1485*, 2 vols., La Haya, 1928.
[79] STOLZ (O.), *Quellen zur Geschichte des Zollwesens und Handelverkehrs in Tirol und Vorarlberg vom 13. bis 18. Jahrhundert*, Wiesbaden, 1955.

II.— Trabajos

A) BIBLIOGRAFÍAS. MANUALES. OBRAS GENERALES. GLOSARIOS. DEMOGRAFÍA

[80] ARUP (E.), LARSEN (O. H.), OLSEN (A.), *Dänische Wirtschaftsgeschichte*, Jena, 1933.
[81] BARATIER (E.), *La démographie provençale du XIIIe au XVIe siècle*, París, 1961.
[82] BAUTIER (A.-M.), Contribution à un vocabulaire économique du Midi de la France, *Bulletin Du Cange*, 1956-1960.
[83] BAUTIER (R.-H.) y SORNAY (J.), *Les sources de l'histoire économique et sociale du Moyen Age;* t. I: *Provence, Comtat Venaissin, Dauphiné, Etats de la Maison de Savoie;* vol. I: *Archives des principautés territoriales et archives seigneuriales*, París, 1968; vol. II: *Archives ecclésiastiques, communales et notariales. Archives des marchands et des particuliers*, 1971.
[84] BECHTEL (H.), *Wirtschaftgeschichte Deutschlands von der Vorzeit bis zum Ende des Mittelalters*, Munich, 1951.
[85] BLOM (G. A.) (y col.), *Det nordiske Syn pa Forbindelsen mellem Hansestaederne og Norden*, Aarhus, 1957.
[86] BOSSUAT (R.), *Manuel bibliographique de la littérature du Moyen Age*, 3 vols., Melun, París, 1951-1961.
[87] BRAUDEL (F.), *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949. 2.ª ed., París, 1965. Trad. española, México, 1953.
[88] BRAUDEL (F.), *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe-XVIIIe siècle)*, t. I, París, 1967. Trad. española, Barcelona, 1974.

[89] Bridbury (A. R.), *Economic Growth England in the Later Middle Ages*, Londres, 1962.
[90] Bruns (F.) y Weczerka (H.), *Hansischer Handelsstrassen*, Colonia, 3 vols., 1963.
[91] *Cambridge Economic History of Europe*, 3 vols., Cambridge, 1942-1963.
[92] Carus-Wilson (E.), *The Medieval Period*, en T. S. Ashton, *An Economic History of England*, Londres, 1961.
[93] Daenell (E.), *Die Blütezeit der deutschen Hanse. Hansische Geschichte von der zweiten Hälfte des XIV. bis zum letzten Viertel des XV. Jahrhunderts*, 2 vols., 2.ª ed., Bonn, 1905.
[94] Delumeau (J.), *La civilisation de la Renaissance*, París, 1967.
[95] La démographie médiévale. Sources et méthodes *(Annales de la Faculté des Lettres et Sciences humaines de Nice*, n.º 17*)*, París, 1972.
[96] Dollinger (Ph.), *La Hanse (XII°-XVII° siècle)*, París, 2.ª ed., 1970.
[97] Dufourcq (Ch.-E.), *L'Espagne catalane et le Maghrib aux XIII° et XIV° siècles*, París, 1966.
[98] Edler de Roover (Fl.), *Glossary of Medieval Terms of Business (1200-1600)*, Cambridge (Mss.), 1934.
[99] *The Fontana Economic History of Europe. The Middle Ages*, Londres-Glasgow, 1972.
[100] Fourquin (G.), *Histoire économique de l'Occident médiéval*, 3.ª ed., 1973.
[101] Gama Barros (H. de), *Historia de administracão publica em Portugal*, Lisboa, reed. por Torquedo Brochado de Sousa Soares, 11 vols., 1954-1964.
[102] Hecksher (E. F.), *Svensklarbete och liv från medeltiden till nutiden*, Estocolmo, 1941.
[103] Heers (J.), Les limites des méthodes statistiques pour les recherches de démographie médiévale, *Annales de Démographie historique*, París, 1969.
[104] Herlihy (D.), Population, Plague and Social Change in Rural Pistoia, 1201-1430 (*E.H.R.*, 1965).
[105] Hilton (R. H.), The Content and Sources of English Agrarian History before 1500, *Agriculture Historical Review*, 1955.
[106] Hodgett (G. A. S.), *A Social and Economic History of Medieval Europe*, Londres, 1972.
[107] Imbert (J.), *Histoire économique (des origines à 1789)*, París, 1965.
[108] Jaccard (P.), *Histoire sociale du travail de l'Antiquité à nos jours*, París, 1960.
[109] Jacob (E. F.), *The Fifteenth Century (1399-1485)* (*Oxford History of England*, 1961).
[110] Johnsen (O. A.), *Norwegische Wirtschaftsgeschichte*, Jena, 1939.
[111] Jutikkala (E.) y Suolahti (G.), *Suomen Kulttuurhistoria*, t. I, Helsinki, 1933.
[112] Kulischer (J.), *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit*, 2 vols., Berlín, 1954.
[113] Kumlien (K.), *Sverige och hanseaterna*, Lund, 1953.
[114] López (R. S.) y Raymond (I. W.), *Medieval trade in the Mediterranean world*, Nueva York, 1955.
[115] Luzzatto (G.), *Storia economica d'Italia*, t. I, Roma, 1949.
[116] Mackisak (M.), *The Fourteenth Century (1307-1399)* (*Oxford History of England*, 1959).
[117] Mélis (F.), *Documenti per la Storia economica dei secoli XIII-XVI*, Florencia, 1972.

[118] MISKIMIN (H. A.), *The Economy of the Early Renaissance Europe, 1300-1460*, New Jersey, Prentice Hall, 1969.
[119] MITRE FERNÁNDEZ (E.), *Evolución de la Nobleza en Castilla bajo Enrique III (1396-1406)*, Valladolid, 1968.
[120] MOLLAT (M.), Les temps difficiles, dan *Histoire des Civilisations*, t. III: *Le Moyen Age*, por E. PERROY y col., París, 5.ª ed., 1967.
[121] MOLS (R.), *Introduction à la démographie des villes d'Europe du XIVº au XVIIIº siècle*, 3 vols., Lovaina, 1954-1956.
[122] MONTANARI (P.), *Documenti sulla popolazione di Bologna alla fine del Trecento*, Bolonia, 1966.
[123] MULLETT (Ch. F.), *The bubonic plague and England; an essay in the history of preventive medecine*, Lexington, 1956.
[124] MUSSET (L.), *Les peuples scandinaves au Moyen Age*, París, 1951.
[125] NUÑES DIAS (M.), *O Capitalismo Monàrquio Portuguès (1415-1549). Contribuição para o estudo des origines do capitalismo moderno*, Coimbra, 2 vols., 1963-1965.
[126] OLIVEIRA MARQUES (A. H. de), *A sociedade medieval portuguesa*, Lisboa, 1964.
[127] PAGEL (K.), *Die Hanse*, 3.ª ed., Berlín, 1963.
[128] PIRENNE (H.), *Histoire économique de l'Occident médiéval*, 3.ª ed., París, 1971.
[129] RENOUARD (Y.), *Études d'histoire médiévale*, 2 vols., París, 1968.
[130] RÖRIG (F.), *Wirtschaftskräfte im Mittelalter*, Colonia, 1959.
[131] RUSSELL (J. C.), Recent Advances in Mediaeval Demography, *Speculum*, 1965.
[132] SAPORI (A.), *Studi di Storia economica medievale*, 3 vols., Florencia, 1946-1967.
[133] VICENS VIVES (J.), *Historia social y económica de España y América*, t. II: *Patriciado Urbano*, Barcelona, 1957.
[134] VICENS VIVES (J.), SUÁREZ FERNÁNDEZ (L.), CARRERE (Cl.), *La economía de los países de la Corona de Aragón en la Baja Edad Media*, Madrid, 1957.
[135] VICENS VIVES (J.), *Manual de Historia económica de España*, t. I, Barcelona, 1959.
[136] WOLFF (Ph.), *Le Moyen Age*, en *Histoire générale du Travail*, t. II, París, 1960.
[137] ZIEGLER (P.), *The Black Death*, Londres, 1969.

B) EL CAMPO

[138] *L'archéologie du village médiéval*, Lovaina, 1967.
[139] ABEL (W.), *Die Wüstungen des ausgehenden Mittelalters*, Stuttgart, 1955.
[140] ABEL (W.), Wüstungen und Preisfall im spämittelalterlichen Europa, *J.N.S.*, 1953.
[141] ABEL (W.), *Geschichte der deutschen Landwirtschaft von frühen Mittelalter bis zum 19. Jahrhundert*, t. II de la *Deutsche Agrargeschichte* por G. FRANZ, Stuttgart, 1962.
[142] ALLIX (A.), *L'Oisans au Moyen Age. Étude de géographie historique de haute montagne*, París, 1929.
[143] ASHTON (T. H.), The english manor (*Past and Present*, 1956).
[144] AUBENAS (C.), *Chartes de franchises et actes d'habitation*, Cannes, 1943.
[145] AUBENAS (C.), *Cours d'Histoire du Droit privé dans les anciens pays de*

droit écrit (XIIIe-XVIe siècle), t. IV: *Autour de la propriété foncière*, Aix-en-Provence, 1955.
[146] AULT (W. O.), Manor Court and Parish Church in xvth Century England. A Study of Village By-Laws (*Speculum*, 1967).
[147] AULT (W. O.), *Open-Field Farming in Medieval England*, Londres-Nueva York, 1972.
[148] BADER (K. S.), *Das mittelalterliche Dorf als Friedens- und Rechtsbereich*, Weimar, 1957.
[149] BADER (K. S.), Dorfgenossenschaft und Dorfgemeinde, im Zeitalter von Naturrecht und Aufklärung (*Fetschrift für K. G. Hugelmann*, Aix-la-Chapelle, 1959, t. I, págs. 1-36), 1962.
[150] BEAN (J. M. W.), *The estates of the Percy family (1416-1537)*, Londres-Oxford, 1958.
[151] BELOW (G. von), *Geschichte der deutschen Landwirtschaft des Mittelalters in ihrem Grundzügen*, Berlín, 1937.
[152] BERESFORD (M. W.), *The lost Villages of England*, Nueva York, 1954.
[153] BERESFORD (M. W.), y SAINT-JOSEPH (J. K. S.), *Medieval England, an aerial survey*, Cambridge, 1958.
[154] BEZARD (Y.), *La vie rurale dans le sud de la région parisienne de 1450 à 1560*, París, 1929.
[155] BISHKO (Ch.), El Castellano, hombre de llanura. La explotación ganadera en el área fronteriza de la Mancha y Extremadura durante la Edad Media (*Estudios de Historia Moderna*, 1959).
[156] BLOCH (M.), *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, t. I, París, 2.ª ed., 1953; t. II, suplemento por R. DAUVERGNE, París, 1956.
[157] BLOCH (M.), *Seigneurie française et manoir anglais*, prólogo y bibliografía de G. DUBY, París, 1960.
[158] BOUTRUCHE (R.), Aux origines d'une crise nobiliaire: donations pieuses et pratiques successorales en Bordelais du XIIIe au XVIe siècle, *A.E.S.C.*, 1939.
[159] BOUTRUCHE (R.), *Une société provinciale en lutte contre le régime féodal: l'alleu en Bordelais et en Bazadais du XIe au XVIIIe siècle*, París, 1947.
[160] BOUTRUCHE (R.), *La crise d'une société: seigneurs et paysans du Bordelais pendant la Guerre de Cent Ans*, París, 2.ª ed., 1963.
[161] CASINI (B.), Patrimonio e consumi di Giovanni Maggiolini, mercante pisano nel 1428 (*Economia e Storia*, 1960).
[162] CECCHINI (G.), Saturnia, l'opera di colonizazione senese nel secolo XV, (*S.F.*, II).
[163] CHIBNALL (A. C.), *Sherington, Buckinghamshire*, Cambridge, 1965.
[164] CONTI (E.), *La formazione della struttura agraria moderna nel contado fiorentino*, vols. I y III, Roma, 1965.
[165] DARBY (H. C.), *The medieval Fenland*, Cambridge, 1940.
[166] DARBY (H. C.), *A Geographical History of England*, Cambridge, 1936.
[167] DAVENPORT (F. G.), *The economic Development of a Norfolk Manor, 1086-1565*, Londres, reimpresión, 1967.
[168] DEBIEN (G.), En haut Poitou: défricheurs au travail (XVe-XVIIIe siècle) (*Cahiers des Annales*, n.° 7, París, 1952).
[169] DEFFONTAINES (P.), *Les hommes et leurs travaux dans les pays de la moyenne Garonne*, Lille, 1932.
[170] DEFFONTAINES (P.), *La vie forestière en Slovaquie*, París, 1932.
[171] DELATOUCHE (R.) y GRAND (R.), *L'agriculture au Moyen Age, de la fin de l'empire romain au XVIe siècle*, París, 1950.

[172] DELATOUCHE (R.), Agriculture médiévale et population (*Les Études sociales*, 1955).
[173] DEVÈZE (M.), *La vie des forêts françaises au XVI*e *siècle*, París, 1961.
[174] DEVÈZE (M.), Forêts françaises et forêts allemandes (*Revue historique*, 1966).
[175] DION (R.), *La part de la géographie et celle de l'histoire dans l'explication de l'habitat rural du Bassin parisien*, Lille, 1946.
[176] DION (R.), *Histoire de la vigne et du vin en France*, Doullens, 1959.
[177] DU BOULAY (F. R. H.), Who were farming the English Demesnes at the End of the Middle Ages? (*E.H.R.*, 1965).
[178] DU BOULAY (F. R. H.), *The Lordship of Canterbury*, Londres, 1966.
[179] DUBY (G.), Techniques et rendements agricoles dans les Alpes du Sud en 1338 (*Annales du Midi*, 1958).
[180] DUBY (G.), La seigneurie et l'économie paysanne dans les Alpes du Sud (*Études rurales*, 1961).
[181] DUBY (G.), *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, 2 vols., París, 1962.
[182] DYER (Chr.), A Redistribution of Incomes in the XIVth Century England (*Past and Present*, 1968, págs. 11-33).
[183] ELLIOTT-BINNS (E.), *Medieval Cornwall*, Londres, 1953.
[184] FAUCHER (D.), A propos de l'araire (*Annales de la Faculté des Lettres de Toulouse*, 1956).
[185] FAVIER (J.), Un territoire cauchois au début du XIVe siècle: le domaine de Longueil (*Annales de Normandie*, 1963).
[186] FERRÁN NÚÑEZ (J.), *Castilla dividida en dominios según el libro de las Behetrías*, Madrid, 1958.
[187] FINBERG (H. P. R.), *Tavistock Abbey: A study on social and economic history of Devon*, Cambridge, 1952.
[188] FIRBAS (F.), *Spät- und nacheiszeitliche Waldgeschichte Mitteleuropas nördlich der Alpen*, 2 vols., Jena, 1949-1952.
[189] FLATRÈS (P.), La structure agraire ancienne du Devon et du Cornwall, et les enclosures des XIIIe et XIVe siècles (*Annales de Bretagne*, 1949).
[190] FLATRÈS (P.), *Géographie rurale de quatre contrées celtiques: Irlande, Galles, Cornwall, Man*, Rennes, 1960.
[191] FOURQUIN (G.), *Les campagnes de la région parisienne à la fin du Moyen Age*, París, 1964.
[192] FOURQUIN (G.), Les débuts du fermage. L'exemple de Saint-Denis (*Études rurales*, n.os 22-24, 1966).
[193] FRANZ (G.), *Die agrarrischen Unruhen des ausgehenden Mittelalters*, Marburgo, 1930.
[194] GABOTTO (F.), *L'agricoltura nella regione saluzzese dal secolo XI al XV*, Turín, 1901.
[195] GÉNICOT (L.), *L'économie rurale namuroise au bas Moyen Age (1199-1429)*, 2 vols., Namur, 1943, Lovaina, 1960.
[196] GÉNICOT (L.), *Atlas historique du Namurois. Cartes du bas Moyen Age. Atlas et notices*, 2 vols., Namur, 1964.
[197] GÉNICOT (L.), *La crise agricole du bas Moyen Age dans le Namurois*, Lovaina, 1969.
[198] GUENÉE (B.), *Tribunaux et gens de justice dans le bailliage de Senlis à la fin du Moyen Age*, París, 1963.
[199] GUÉRIN (I.), *La vie rurale en Sologne aux XIV*e *et XV*e *siècles*, París, 1960.

[200] Harley (J. B.), Population trends and agricultural developments from the Warwickshire hundred Rolls of 1279, *E.H.R.*, 1958.

[201] Harvey (P. D. A.), *A Medieval Oxfordshire Village, Cuxham 1240-1400*, Oxford, 1965.

[202] Hatcher (J.), *Rural Economy and Society in the Duchy of Cornwall, 1300-1500*, Cambridge O.P., 1970.

[203] Hatcher (J.), A diversified economy: Later Medieval Cornwall (*E.H.R.*, 1969).

[204] Haudricourt (A. G.), Brunhes-Delamarre (M.), *L'homme et la charrue à travers le Monde*, París, 1955.

[205] Herlihy (D.), Santa Maria Impruneta: A rural Commune in the late Middle Ages (*Florentine Studies*, ed. N. A. Rubinstein, Londres, 1968, págs. 242-276).

[206] Higounet (Ch.), Observations sur la seigneurie rurale et l'habitat en Rouergue du ixe au xive siècle (*Annales du Midi*, 1950).

[207] Higounet (Ch.), Les «terre nuove» florentines du xive siècle (*S.F.*, III).

[208] Higounet (Ch.), *La grange de Vaulerent. Structure et exploitation d'un terroir cistercien de la plaine de France. XIIe-XVe siècle*, París, 1965.

[209] Hilton (R. H.), *The economic development of some Leicestershire Estates in the XIVth and XVth centuries*, Londres, 1947.

[210] Hilton (R. H.), Peasant Movements in England before 1381 (*E.H.R.*, 1949).

[211] Hilton (R. H.), A Study in Pre-History of the English Enclosure in the xvth century *(S.A.S.)*.

[212] Hilton (R. H.), *A Medieval Society: The West Midlands at the End of the XIIIth century*, Nueva York, 1966.

[213] Hilton (R. H.), *The Decline of Serfdom in Medieval England*, Londres, 1969.

[214] Hodgett (G. A. J.), *Agrarian England in the Later Middle Ages*, Londres, 1966.

[215] Holmes (G. A.), *The Estates of the Higher Nobility in the XIVth century England*, Cambridge, 1957.

[216] Hoskins (W. G.), *Midland England*, Batsford, 1949.

[217] Hoskins (W. G.), *The Making of English Landscape*, Londres, 1955.

[218] Hoskins (W. G.), *Midland Peasant. The Economic and Social History of a Leicestershire Village*, Londres, 1965.

[219] Howe (G. M.), *Wales from the Air: a Survey of the Physical and Cultural Landscape*, Cardiff, 1957.

[220] Imberciadori (I.), *Mezzadria classica toscana con documentazione inedita del IX al XIV secolo*, Florencia, 1951.

[221] Jones (P. J.), Per la Storia agraria italiana nel Medioevo, *Rivista Storica Italiana*, 1964.

[222] Jones (P. J.), From manor to mezzadria: a tuscan case-study in the medieval origins of modern agrarian society (*Florentine Studies*, ed. N. A. Rubinstein, Londres, 1968, págs. 193-241).

[223] Klein (J.), *The Mesta; a study of spanish economic history*, Cambridge (Mss.), 1920. Trad. española, Madrid, 1936.

[224] Kötzschke (R.) y Ebert (W.), *Geschichte der ostdeutschen Kolonisation*, Leipzig, 1937.

[225] Kühn (W.), *Geschichte der deutschen Ostsiedlung in der Neuzeit*, Colonia, 1955.

[226] LAMOTTE (P.), Baux emphythéotiques et mise en valeur des biens ecclésiastiques en Corse du XIIIe au XVIIIe siècle, *Études corses*, 1955.
[227] LATOUCHE (R.), *La vie en bas Quercy du XIVe au XVIIIe siècle*, Toulouse, 1923.
[228] LEBEL (G.), *Histoire administrative, économique et financière de l'abbaye de Saint-Denis dans la province de Sens (1151-1346)*, París, 1935.
[229] LE LANNOU (M.), *Pâtres et paysans de la Sardaigne*, París, 1941.
[230] LE ROY LADURIE (E.), *Les paysans du Languedoc*, 2 vols., París, 1966.
[231] LINDSAY (P.) y GROVES (R.), *The Peasants' Revolt of 1381*, Londres, 1950.
[232] LUCAS (H. S.), The great European famine of 1315, 1316 and 1317, *Speculum*, 1930.
[233] MAYER (Th.), *Adel und Bauern im deutschen Staat des Mittelalters*, Leipzig, 1943.
[234] MEYNIER (A.), *Les paysages agraires*, París, 1958.
[235] MORTENSEN (H.), Die mittelalterliche deutsche Kulturlandschaft und ihr Verhältnis zur Gegenwart (*V.S.W.*, 1958).
[236] PASSMORE (J. B.), *The English Plough*, Oxford, 1930.
[237] PERROY (E.), Wage labour in France in the Later Middle Ages (*E.H.R.*, 1955).
[238] PETOT (P.), Les fluctuations numériques de la classe servile en France du XIe au XIVe siècle (*C.S.H.*, Roma, 1955: *Relazioni*).
[239] PIRENNE (H.), *Le soulèvement de la Flandre maritime de 1323-1328*, Bruselas, 1900.
[240] PLAISSE (A.), *La baronnie du Neubourg*, París, 1961.
[241] POSTAN (M. M.) y TITOW (J.), Heriots and prices in Winchester Manors (*E.H.R.*, 1959).
[242] RAFTIS (J. A.), *The Economy of the Estates of Ramsey Abbey, 1240-1440*, Toronto, 1957.
[243] RAFTIS (J. A.), *Tenure and Mobility. Studies in the social History of the Mediaeval English Village*, Toronto, 1971.
[244] *Recueils de la Société Jean-Bodin*, t. III: *La tenure*, Bruselas, 1938; t. IV: *Le domaine*, Bruselas, 1949.
[245] REDONNET (L.), *El Latifundia y su formación en la España medieval*, *Estudios de Historia Social*, 1949.
[246] RUBNER (H.), Die Landwirtschaft Münchener Ebene und ihre Notlage im 14. Jahrhundert (*V.S.W.*, 1964).
[247] SCLAFERT (Th.), *Cultures en haute Provence*, París, 1959.
[248] SICARD (G.), *Le métayage dans le Midi toulousain à la fin du Moyen Age*, Toulouse, 1957.
[249] SICARD (G.), Les techniques rurales du pays toulousain aux XIVe et XVe siècles d'après les contrats de métayage, *Annales du Midi*, 1959.
[250] SIMPSOM (J.), *Church, Manor and Plough. The History of South Warnborough in Hampschire*, t. I, Winchester, 1946.
[251] SIVERY (G.), Recherches sur l'aménagement des terroirs des plateaux du Hainaut-Cambrésis à la fin du Moyen Age (*Revue du Nord*, 1969).
[252] SIVERY (G.), *Structures agraires et vie rurale dans le Hainaut à la fin du Moyen Age*, tesis multicopiada, Lille, 1973, 2 vols.
[253] SLICHER VON BATH (B. H.), *The agrarian history of Western Europe. A.D. 500-1850*, Londres, 1963.
[254] SOBREQUÉS (S.), Orígenes de la revolución catalana del siglo XV, *Estudios de Historia Moderna*, 1952.

[255] SPUFFORD (M.), *A Cambridgeshire Community: Chippenham from Settlement to Enclosure*, Leicester, 1965.
[256] STEINBACH (F.), *Ursprung und Wesen der Landgemeinde nach rheinischen Quellen*, Colonia, 1960.
[257] TIMM (A.), *Die Waldnützung in Nordwestdeutschland im Spiegel der Weistümer. Einleintende Untersuchungen über die Umgestaltung des Stadt-Land Verhältnisses im Spätmittelalter*, Colonia, 1960.
[258] TIMM (A.), *Studien zur Siedlungs- und Agrargeschichte Mitteldeutschland*, Colonia-Graz, 1956.
[259] TOUBERT (P.), Les statuts communaux et l'histoire des campagnes lombardes au XIVᵉ siècle (*Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École française de Rome*, 1960).
[260] TUCCO-CHALA (P.), *Gaston Fébus et la vicomté de Béarn (1343-1391)*, Burdeos, 1960.
[261] TYRELL (J. M.), *A history of the estates of Poitou*, La Haya-París, 1968.
[262] VAILLANT (P.), *Les libertés des communautés dauphinoises des origines au 5 janvier 1355*, París, 1951.
[263] VERHULST (A.), Les recherches d'histoire rurale en Belgique depuis 1959, *Revue historique*, 1968, págs. 411-428.
[264] VICENS VIVES (J.), *El gran sindicato remensa*, Madrid, 1954.
[265] *Villages désertés et histoire économique (XIᵉ-XVIIIᵉ siècle)*, París, 1965.
[266] Le Vin, production et consommation (*Actes du second Colloque de la Société des Historiens médiévistes de l'Enseignement public*, Grenoble, 1971).
[267] WIESSNER (H.), *Beiträge zur Geschichte des Dorfes und der Dorgemeinde in Osterreich*, Klagenfurt, 1946.
[268] WREDER (G.), Die mittelalterliche Ausbausiedlang in Nordwestdeutschland, *Blätter für deutsche Landesgeschichte*, 1956.
[269] WILKINSON (B.), The Peasant' Revolt of 1381 (*Speculum*, 1940).

C) COMERCIO

[270] AMMANN (H.), *Die Diesbach-Watt-Gesellschaft*, Saint-Gall, 1928.
[271] AMMANN (H.), Von der Wirtschaftgeltung des Elsass im Mittelalter (*Alemanisches Jahrbuch*, 1955).
[272] ABATS (A.), *Der hansische Baienhandel*, Heidelberg, 1904.
[273] BARATIER (E.) y REYNAUD (F.), *Histoire du commerce de Marseille*, t. III: *1291 à 1480*, París, 1951.
[274] BERGIER (J.-F.), *Genève et l'économie européenne de la Renaissance*, París, 1963.
[275] BRAUN (A.), *Der Lübecker Salzhandel bis zum Ausgang des 17. Jahrhunderts*, Hamburgo, 1923.
[276] BRÉSARD (M.), *Les foires de Lyon aux XIVᵉ et XVᵉ siècles*, París, 1914.
[277] BRIDBURY (A. R.), *England and the Salt Trade in the Later Middle Ages*, Oxford, 1955.
[278] CARRÈRE (Cl.), Le droit d'ancrage et le mouvement du port de Barcelone au milieu du XVᵉ siècle (*Estudios de Historia Moderna*, 1953).
[279] CARUS-WILSON (E. M.), The Overseas Trade of Bristol (*S.E.T.*, Londres, 1954).
[280] CARUS-WILSON (E. M.) y COLEMAN (O.), *England's Export Trade, 1275-1547*, Londres, 1962.
[281] COMBES (J.), Les foires en Languedoc (*A.E.S.C.*, 1958).

[282] Coornaert (E.), Caractères et mouvements des foires internationales au Moyen Age et au xvi° siècle (*S.A.S.*, 1957).
[283] Coornaert (E.), *Les Français et le commerce international à Anvers (fin du XV°-XVI° siècle)*, París, 1961.
[284] Craeybeckx (J.), *Un grand commerce d'exportation: les vins de France aux anciens Pays-Bas (XIII°-XVI° siècle)*, París, 1959.
[285] Christensen (A.), Scandinavia and the advance of the Hanseatics (*Scandinavian Economic History Review*, 1957).
[286] Christensen (A.), Les foires de Scanie, *Recueils de la Société Jean-Bodin*, t. V: *La foire*, Bruselas, 1953.
[287] Dubois (H.), *Les foires de Châlon-sur-Saône et le commerce dans la vallée de la Saône à la fin du Moyen Age (vers 1280-vers 1430)*, tesis dactilografiada, París, 1972.
[288] Gade (J. A.), *The Hanseatic control of Norwegian commerce during the late Middle Ages*, Leiden, 1951.
[289] Gandilhon (R.), *La politique économique de Louis XI*, París, 1941.
[290] García de Cortázar (J. A.), *Vizcaya en el siglo XV, Aspectos económicos y sociales*, Bilbao, 1966.
[291] Gascon (R.), Nationalisme économique et géographie des foires, la querelle des foires de Lyon (1484-1494) (*Cahiers d'Histoire*, 1956, págs. 253-287).
[292] Geremek (B.), Le commerce de Novgorod avec l'Occident au Moyen Age (*A.E.S.C.*, 1964).
[293] Heyd (W.), *Histoire du commerce du Levant au Moyen Age*, 2 vols., 2.ª ed., Amsterdam, 1959.
[294] Ibarra (E.), *El problema cerealista en España durante el reinado de los Reyes Católicos*, Madrid, 1949.
[295] Johansen (P.), Umrisse und Aufgaben der hansischen Siedlungsgeschichte und Kartographie (*H.G.*, 1955).
[296] Ketner (F.), *Handel en Scheepvaart van Amsterdam in de 15 eeuw*, Leiden, 1946.
[297] Kirkbridge-James (M.), *Studies in the Medieval Wine Trade*, Oxford, 1971.
[298] Lane (F. C.), *Andrea Barbarigo, merchant of Venice*, Baltimore, 1944.
[299] Lane (F. C.), Fleets and Fairs: the Functions of the Venetian Muda (*S.A.S.*).
[300] Le Mené (M.), La comptabilité de Jacquet du Boyle, marchand d'Angers (1441-1449) (*Centre de Recherches sur l'Histoire de la France Atlantique. Enquêtes et Documents*, t. I, Nantes, 1971, págs. 9-51).
[301] López (R. S.), Majorcan and Genoese on the North Sea Route in the xiiith century (*R.B.H.*, 1951).
[302] Luzzatto (G.), Le vicende del porto di Venezia dal primo medio Evo allo scoppio della guerra 1914-1918 (*Studi di Storia economica veneziana*, Venecia, 1955).
[303] Malowist (M.), Pologne, Russie et commerce occidental aux xv° et xvi° siècles (*Past and Present*, 1958).
[304] Mélis (F.), *Aspetti della vita economica medievale (Studi nell'Archivio Datini di Prato)*, t. I, Siena, 1962.
[305] Menéndez Pidal (G.), *Los caminos en la historia de España*, Madrid, 1951.
[306] Mira (G.), *La fiere lombarde nei secoli XIV-XVI*, Como, 1955.
[307] Mollat (M.), *Le commerce maritime normand à la fin du Moyen Age*, París, 1952.

[308] MOLLAT (M.) (y col.), *Les affaires de Jacques Cœur, Journal du procureur Dauvet*, 2 vols., París, 1952-1953.
[309] NORDMANN (C.), *Oberdeutschland und die Hanse, Pfingsblätter des Hansischen Geschichtvereins*, Hamburgo, t. 26, 1939.
[310] OLECHNOWITZ (K. F.), *Der Schiffbau der hansischen Spätzeit. Eine Untersuchung zur Sozial- und Wirtschaftgeschichte*, Weimar, 1962.
[311] OLIVEIRA MARQUES (A. H. de), *Hansa e Portugal na idade média*, Lisboa, 1959.
[312] PAZ (J.) y ESPEJO (G.), *Las antiguas ferias de Medina del Campo*, Valladolid, 1912.
[313] PETINO (A.), *Aspetti e momenti di politica granaria in Sicilia nel Quattrocento*, Catania, 1951.
[314] PETINO (A.), *Lo zafferano nell'economia del medio evo*, Catania, 1952.
[315] PETRY (L. P.), *Die Popplau. Eine Schlesische Kaufmannsfamilie des XV. und XVI. Jahrhunderts*, Breslau, 1935.
[316] PILES ROS (L.), El comercio valenciano a fines de la Edad Media (*Ciencias*, 1956).
[317] POPELKA (M.), Die Alpenstrassen im Mittelalter (*Zeitung des historischen Vereins für Steinmark*, 1956).
[318] POSTAN (M. M.), The economic and political Relations of England and the Hanse from 1400 to 1475 *(S.E.T.)*.
[319] POWER (E.) y POSTAN (M.), *Studies in English Trade in the Fifteenth Century*, Londres, 1933.
[320] POWER (E.), *Medieval English Wool Trade*, Londres, 1941.
[321] RAU (V.), *Subsidios para o Estudo das Ferias medieval portuguesas*, Lisboa, 1953.
[322] RAU (V.), *A exploração e o Comercio do Sal de Setubal*, Lisboa, 1951.
[323] RENKEN (F.), *Der Handel der Königsberger Grosschäfferei des Deutschen Ordens mit Flandern um 1400*, Weimar, 1937.
[324] RENOUARD (Y.), *Les relations des papes d'Avignon et des compagnies commerciales et bancaires de 1316 à 1378*, París, 1942.
[325] RENOUARD (Y.), *Recherches sur les compagnies commerciales et bancaires utilisées par les papes d'Avignon avant le Grand Schisme*, París, 1942.
[326] RENOUARD (Y.), *Les hommes d'affaires italiens au Moyen Age*, 2.ª ed., 1968.
[327] *Le rôle du sel dans l'histoire*, París.
[328] RUDDOCK (A. A.), *Italian merchants and shipping in Southampton (1270-1600)*, Southampton, 1951.
[329] SAPORI (A.), *La Compagna dei Frescobaldi in Inghilterra*, Florencia, 1947.
[330] SAPORI (A.), *Le marchand italien au Moyen Age*, París, 1952.
[331] SHERBORNE (J. W.), *The Port of Bristol in the Middle Ages*, Bristol, 1965.
[332] SCHULTE (A.), *Geschichte des Mittelalterlichen Handels uns Verkehrs zwischen Westdeutschland une Italien, mit Ausschluss von Venedig*, 2 vols., Leipzig, 1900.
[333] SCHULTE (A.), *Geschichte der grossen Ravensburger Handelsgesellschaft (1390-1530)*, 3 vols., Stuttgart-Berlín, 1923.
[334] SIVERY (G.), *Les comtes de Hainaut et le commerce du vin au XIVe et au début du XVIe siècle*, Lille, 1969.
[335] THIELEMANS (M. R.), *Bourgogne et Angleterre. Relations politiques et économiques entre les Pays-Bas bourguignons et l'Angleterre. 1435-1467*, Bruselas, 1968.

[336] THRUPP (S. L.), *The Merchant Class of Medieval London, 1300-1500*, Chicago, 1950.
[337] TOUCHARD (J.), *Le commerce maritime breton à la fin du Moyen Age*, Nantes, 1967.
[338] TROCMÉ (E.), y DELAFOSSE (M.), *Le commerce rochelais de la fin du XVe au début du XVIIe siècle*, Paris, 1953.
[339] TYLER (J. T.), *The alpine Passes in the Middle Ages*, Oxford, 1930.
[340] UYTEN (R. VAN), Die Bedeutung des Kölner Weinmarktes im 15 Jahrhundert (*Rheinische Vierteljahrsblätter*, 1965).
[341] VAN HOUTTE (J. A.), La genèse du grand marché international d'Anvers à la fin du Moyen Age (*R.B.H.*, 1940).
[342] VON WINTERFELD (L.), Hildebrand Veckinghusen (*Hansische Volkshefte*, n.° 18, Bremen, 1929).
[343] VEALE (E. M.), *The English Fur Trade in the Later Middle Ages*, Oxford, 1966.
[344] WETKI (M.), Studien zum Hanse-Norwegen Problem (*H.G.*, 1951).

D) INDUSTRIA

[345] AMMANN (H.), Deutschland und die Tuchindustrie Nordwesteuropas im Mittelalter (*H.G.*, 72, 1954).
[346] AUBIN (G.) y KUNZE (H.), *Leinerzeugung und Leinenabsatz im östlichen Mitteldeutschland zur Zeit des Zunfkaüfe*, Stuttgart, 1940.
[347] BONASSIÉ (P.), L'organisation du travail à Barcelone à la fin du XVe siècle (*Estudios de historia Moderna*, 1960).
[348] BRAUNSTEIN (Ph.), Les entreprises minières en Vénétie au XVe siècle (*Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome*, 1965, págs. 529-607).
[349] BRAUNSTEIN (Ph.), Le commerce du fer à Venise au XVe siècle (*Studi Veneziani*, VIII, 1966, págs. 267-302).
[350] COORNAERT (E.), Draperies rurales, draperies urbaines. L'évolution de l'industrie flamande au Moyen Age, et au XVIe siècle (*R.B.H.*, 1950).
[351] DE ROOVER (R.), Labour conditions in Florence about 1400: Theory, Policy and Reality (*Florentine Studies*, ed. N. RUBINSTEIN, Londres, 1968, págs. 277-313).
[352] DIDIER (Ph.), Les contrats de travail en Bourgogne aux XIVe et XVe siècles d'après les archives notariales (*Revue Hist. Droit français et étranger*, 1972, págs. 13-70).
[353] DUBOIS (H.), L'activité de la saunerie de Salins au milieu du XVe siècle (*Le Moyen Age*, 1964).
[354] EDLER DE ROOVER (Fl.), Lucchese Silks (*Ciba Review*, 1950).
[355] ESPINAS (G.), *La draperie dans la Flandre française au Moyen Age*, 2 vols., París, 1925.
[356] GEREMEK (B.), *Le salariat dans l'artisanat parisien aux XIIIe-XVe siècles. Étude sur le marché de la main-d'œuvre au Moyen Age*, París, 1969.
[357] JOHANSEN (P.), *Geschichte des Eisens*, Hamburgo, 1953.
[358] KOVACEVIC (D.), Dans la Serbie et la Bosnie médiévales: les mines d'or et d'argent (*A.E.S.C.*, 1960).
[359] LAURENT (H.), *Un grand commerce d'exportation au Moyen Age: la draperie des Pays-Bas en France et dans les pays méditerranéens (XIIe-XVe siècle)*, París, 1935.

[360] MÉLIS (F.), La formazione dei costi nell'industria laniera alla fine del Trecento (*Economia e Storia*, 1954).
[361] NEF (J. U.), Silver production in Central Europe (1450-1618) (*The Journal of Political Economy*, 1941).
[362] POERCK (G. de), *La draperie médiévale en France et en Artois; technique et terminologie*, 3 vols., Brujas, 1951.
[363] POSTUMUS (N. W.), *De Geschiedenis van de Leidsche Lakenindustrie*, La Haya, 1908.
[364] SABBE (E.), *Histoire de l'industrie lainière en Belgique*, Bruselas, 1945.
[365] SPRANDEL (R.), *Das Eisengewerbe im Mittelalter*, Stuttgart, 1968.
[366] SPRANDEL (R.), Die Handwerker in den nordwestdeutschen Städten des Spätmittelalters (*H.G.*, 1968).
[367] THURSK (J.), Industry in the Countryside (*Essays in Honour of R. H. Towney*, ed. F. J. FISCHER, Cambridge, 1971).
[368] VAN DERVEEGHDE (D.), *Le domaine du Val Saint-Lambert de 1202 à 1387. Contribution à l'histoire rurale et industrielle du Pays de Liège*, París, 1955.
[369] VERHULST (A.), La laine indigène dans les anciens Pays-Bas entre le XIIe et le XVIIe siècle. Mise en œuvre industrielle, production et commerce (*Revue Historique*, 1972, págs. 281-322).
[370] VIELAND (F.), *Das Konstanzer Leinengewerbe*, Constanza, 1950.
[371] ZANGGER (M.), *Contribution à la terminologie de la draperie en ancien français, attestée dans les textes français, provençaux, italiens, allemands et latins*, Viena, 1945.

E) TÉCNICAS COMERCIALES Y FINANCIERAS. MONEDA. BANCA

[372] BALLESTEROS (A.), *La marina cantábrica y Juan de la Cosa*, Santander, 1954.
[373] BERNARD (J.), *Navires et gens de mer à Bordeaux (vers 1400-vers 1550)*, 3 vols., París, 1968.
[374] BLANCHET (A.) y DIEUDONNÉ (A.), *Manuel de numismatique française*, t. II: *Monnaies royales françaises depuis Hugues Capet jusqu'à la Révolution*, París, 1916.
[375] BOITEUX (L.-A.), *La Fortune de Mer. Le besoin de sécurité et les débuts de l'assurance maritime*, París, 1968.
[376] BOSSUAT (A.), Études sur les emprunts royaux au début du XVe siècle (*Revue d'Histoire du Droit français et étranger*, 1950).
[377] CESSI (R.), *Studi sulle Maone medievali*, Roma, 1935.
[378] CIPOLLA (C. M.), *I movimenti dei cambi in Italia dal secolo XIII al XV*, Pavía, 1948.
[379] CIPOLLA (C. M.), *Money, Price and Civilisation in the Mediterranean World, Vth to XVIIth century*, Cincinnati, 1956; edición italiana: Venecia, 1957.
[380] DEL TREPPO (M.), Assicurazioni e commercio a Barcellona nel 1428-1429 (*Rivista Storica Italiana*, 1957-1958).
[381] DE ROOVER (R.), *Money, Banking and Credit in Medieval Bruges*, Cambridge (Mss.), 1948.
[382] DE ROOVER (R.), *L'évolution de la lettre de change (XIVe-XVIIIe siècle)*, París, 1952.

[383] DE ROOVER (R.), *The Rise and Decline of Medici Bank, 1397-1494*, Cambridge (Mss.), 1963.
[384] DE ROOVER (R.), Le marché monétaire au Moyen Age et au début des temps modernes. Problèmes et Méthodes (*Revue Historique*, 1970, págs. 5-40).
[385] DE ROOVER (R.), *The Bruges Money Market about 1400*, Bruselas, 1968.
[385 *a*] Finances et comptabilités urbaines du XIIIº au XVIº siècle (*Colloque international*, Blankenberge, 1962; Bruselas, 1964).
[386] FANFANI (A.), *Le origini dello spirito capitalistico in Italia*, Milán, 1933.
[387] FARRÉS (O. Gil), *Historia de la Moneda Española*, Madrid, 1959.
[388] FAVIER (J.), *Les finances pontificales à l'époque du Grand Schisme d'Occident, 1378-1409*, París, 1966.
[389] HAMILTON (E. J.), *Money, Prices and Wages in Valencia, Aragón and Navarra, 1351-1500*, Cambridge (Mss.), 1936.
[390] HEERS (J.), Liaisons et concurrences des voies maritimes et des voies terrestres, *Les grandes voies maritimes dans le monde*, París, 1965.
[391] HEINSIUS (P.), *Das Schiff der hansischen Frühzeit, Quellen und Darstellungen zur hansischen Geschichte*, Weimar, 1956.
[392] LANE (F. C.), *Venetian ships and shipbuilders of the Renaissance*, Baltimore, 1934.
[393] LUZZATTO (G.), Per la storia delle costruzioni navali a Venezia (*Studi di storia economica veneziana*, Venecia, 1955).
[394] LUZZATTO (G.), Il debito pubblico nel sistemo veneziano dei secoli XIII-XV (*Studi di storia economica veneziana*, Venecia, 1955).
[395] MALLETT (M. E.), *The Florentine Galleys in the XVth Century*, Oxford, 1967.
[396] MANDICH (G.), *Le pacte de ricorsa et le marché italien des changes au XVIe siècle*, París, 1953.
[397] MÉLIS (F.), *Storia della Ragionaria*, Bolonia, 1950.
[398] MÉLIS (F.), *Note di storia della banca pisana nel Trecento*, Pisa, 1955.
[399] MÉLIS (F.), *I primi secoli delle assicurazioni (secoli XIII-XVI)*, Roma, 1965.
[400] MÉLIS (F.), Werner Sombart e i problemi della navigazione nel Medio Evo (*L'Opera di W.S. nel centenario della nascita*, Milán, 1964).
[401] MOLLAT (M.), Recherches sur les finances des ducs Valois de Bourgogne (*Revue historique*, 1958).
[402] NORSA (P.), *I Norsa; contributo alla storia di une famiglia di banchieri. Parte prima. sec. XIV-XV*, Milán, 1959.
[403] O'BRIEN (G.), *An Essay on Medieval Economic Teaching*, Londres, 1920.
[404] POSTAN (M. M.), Credit in Medieval Time (*E.H.R.*, 1928).
[405] POSTAN (M. M.), Private Financial Instruments in Medieval England (*V.S.W.*, 1930).
[406] ROLLAND (H.), *Monnaies des comtes de Provence (XIIe-XVe siècle); histoire monétaire, économique et corporative*, París, 1956.
[407] REY (M.), *Les finances royales sous Charles VI (1388-1413)*, París, 1965.
[408] REY (M.), *Le domaine du roi et les finances extraordinaires sous Charles VI (1388-1413)*, París, 1965.
[409] SAPORI (A.), Economia e morale alla fine del Trecento, *Studi di Storia economica medievale*, t. I, Florencia, 1940.
[410] SAYOUS (A. E.), Les méthodes commerciales à Barcelone au XVe siècle (*Revue d'Histoire du Droit français et étranger*, 1936).

[411] SICARD (G.), *Aux origines des sociétés anonymes. Les moulins de Toulouse au Moyen Age*, París, 1953.
[412] SINGER (Ch.), HOLMYARD (E. J.), HALL (A. R.), WILLIAM (T. J.), *A History of Technology*, t. I: *The Mediterranean Civilisations and the Middle Ages*, Oxford, 1956.
[413] SIEVEKING (H.), *Studio sulle finanze genovesi nel Medioevo e in particolare sulla Casa di San Giorgio*, Génova, 1906.
[414] SOTTAS (J.), *Les messageries maritimes de Venise aux XIVe et XVe siècles*, París, 1938.
[415] STEFANI (G.), *L'assicurazione a Venezia dalle origini alla fine della Serenissima*, 2 vols., Trieste, 1956.
[416] TORRE (A. de la Engracia), Viajes y transportes en tiempo de los Reyes Católicos, *Hispania* (Madrid), 1954.
[417] *Travaux des Colloques internationaux d'Histoire maritime*, París, 1957, 1959, 1960, 1962, 1965, 1967, 1969.
[418] USHER (P.), *The early history of Deposit Banking in Mediterranean Europe*, Cambridge, 1943.
[419] VAN DILLEN (J. G.) (y col.), *History of principal Publics Banks accompanied by extensive bibliographies of the History of Banking and Credit*, La Haya, 1934.

F) LA CIUDAD. PAISAJES. SOCIEDADES

[420] ARAGONESES (J.), *Los movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media*, Madrid, 1948.
[421] BAER (F.), *Die Juden im christlichen Spanien: Aragonien und Navarra*, Berlín, 1929.
[422] BAUTIER (R.-H.), Feux, population et structures sociales au milieu du XVe siècle: l'exemple de Carpentras (*A.E.S.C.*, 1959, págs. 225-268).
[423] BERESFORD (M.), *New Towns of the Middle Ages. Town Plantation in England, Wales and Gascony*, Londres, 1967.
[424] BOUTON (A.), *Le Maine, Histoire économique et sociale*, t. II, Le Mans, 1972.
[425] BRUCKER (G. A.), The Ciompi Revolution (*Florentine Studies*, ed. N. A. RUBINSTEIN, Londres, 1968).
[426] CARANDE (R.), Sevilla fortaleza y mercado, *Anuario de Historia del Derecho español*, t. II, 1924.
[427] CARPENTIER (E.), *Une ville devant la peste. Orvieto et la Peste Noire de 1348*, París, 1962.
[428] CARRÈRE (Cl.), *Barcelone, centre économique à l'époque des difficultés, 1380-1462*, 2 vols., París, 1967.
[429] CHARLES (J.-L.), *La ville de Saint-Trond des origines à la fin du XIVe siècle*, París, 1965.
[430] COORNAERT (E.), *Les corporations en France avant 1789*, París, 1941.
[431] COORNAERT (E.), *Les compagnonnages en France du Moyen Age à nos jours*, París, 1966.
[432] CRISTIANI (E.), *Nobiltà e Popolo nel Comune di Pisa*, Nápoles, 1962.
[433] *Deutsches Städtebuch. Handbuch städtischer Geschichte* (ed. E. KEYSER), 10 vols., Stuttgart, 1939-1971.
[434] DUPRÉ-THESEIDER (E.), *Roma dal Comune del popolo alla Signoria pontifica, 1252-1377*, *Storia di Roma*, t. XI, Bolonia, 1952.

[435] *Elencus fontium historiae urbanae* (ed. C. VAN DE KIEFT y J. F. NIERMEYER), Leyden, 1967.
[436] ENNEN (E.), *Die europäische Stadt des Mittelalters*, Göttingen, 1972.
[437] ESPINAS (G.), *Les origines de l'association dans les villes de l'Artois et de la Flandre française jusqu'au début du XVIe siècle*, 2 vols., Lille, 1942.
[438] FEDOU (R.), *Les hommes de loi lyonnais à la fin du Moyen Age*, Lyón, 1964.
[439] FIETIER (R.) y REY (M.), *Histoire de Besançon des origines à la fin du XVIe siècle. Le Moyen Age du XIIe au XVe siècle*, Besançon, 1965.
[440] FIUMI (E.), *Demografia, movimento urbanistico e classi sociali in Prato dell' età comunale ai tempi moderni*, Florencia, 1968.
[441] FOURNIAL (E.), *Les villes et l'économie d'échange en Forez aux XIIIe et XIVe siècles*, París, 1967.
[442] GAIER-LHOEST (J.), *L'évolution topographique de la ville de Dinant au Moyen Age*, Bruselas, 1964.
[443] GANSHOF (F. L.), *Étude sur le développement des villes entre Loire et Rhin au Moyen Age*, París, 1943.
[444] GEREMEK (B.), La lutte contre la vagabondage à Paris aux xive et xve siècles (*Ricerche Storiche ed Economiche in Memoria di Corrado Barbagallo*, Nápoles, 1970, págs. 213-236).
[445] GIOFFRÉ (D.), *Il Mercato degli Schiavi a Genova*, Génova, 1971.
[446] GODDING (Ph.), Le droit foncier à Bruxelles au Moyen Age (*Cahiers Bruxellois*, 1962).
[447] GOURON (A.), *La réglementation des métiers en Languedoc au Moyen Age*, Ginebra, 1958.
[448] GUILLEMAIN (B.), *La Cour pontificale d'Avignon (1309-1376), Étude d'une société*, Ginebra, 1958.
[449] HEERS (J.), *Gênes au XVe siècle. Activité économique et problémes sociaux*, París, 1961.
[450] HERLIHY (D.), *Pisa in the Early Renaissance. A Study of Urban Growth*, New Haven, 1958.
[451] HERLIHY (D.), *Medieval and Renaissance Pistoia*, New Haven, Londres, 1967.
[452] *International Bibliography of Urban History. Denmark, Finland, Norway, Sweden*, Estocolmo (Swedish Institute for Urban History), 1960.
[453] JORIS (A.), *Recherches sur le Patriciat urbain du Huy au Moyen Age*, Huy, 1950.
[454] JORIS (A.), *La ville de Huy au Moyen Age; des origines à la fin du XIVe siècle*, París, 1959.
[455] KEYSER (E.), *Städtegründungen und Städtebau in Nordwestdeutschland im Mittelalter*, 2 vols., Remagen, 1958.
[456] KNOOP (D.) y JONES (G. P.), *The Medieval Mason*, Londres, 1933.
[457] LAFON (J.), *Régimes matrimoniaux et mutations sociales. Les époux bordelais (1450-1550)*, París, 1972.
[458] LANE (F. C.), *Venice and History*, Baltimore, 1966.
[459] LAVEDAN (P.), *La représentation des villes dans l'art du Moyen Age*, París, 1954.
[460] LEHOUX (F.), *Le bourg de Saint-Germain-des-Prés depuis ses origines jusqu'à la fin de la Guerre de Cent Ans*, París, 1951.
[461] LESTOCQUOY (J.), *La vie sociale et économique d'Arras du XIIe au XVe siècle*, Arras, 1941.

[462] LESTOCQUOY (J.), *Les villes de Flandre et d'Italie sous le gouvernement des patriciens (XIº-XVº siècle)*, París, 1952.
[463] LOBO (J. de S. S. COSTA), *Historia da sociedade em Portugal no seculo XV*, Lisboa, 1904.
[464] LOT (F.), *Recherches sur la population et la superficie des cités remontant à la période gallo-romaine*, 3 vols., París, 1953.
[465] LUNDBERG (E.), *Herremannens Bostad (L'habitation seigneuriale*; resumen en francés), Estocolmo, 1935.
[466] MADURELL MARIMÓN (J. M.), Los seguros de vida de esclavos en Barcelona (1453-1523), Documentos para su Estudio (*Anuario de Historia de Derecho español*, 1955).
[467] MARQUANT (R.), *La vie économique de Lille sous Philippe le Bon*, París, 1940.
[468] MARTENS (M.), *Le censier ducal de Bruxelles de 1321*, Bruselas, 1958.
[469] MARTENS (M.), Les survivances domaniales du castrum carolingien de Bruxelles à la fin du Moyen Age (*Le Moyen Age*, 1963).
[470] MASCHKE (E.), Verfassung und soziale Kräfte in der deutschen Stadt des späten Mittelalters, vornehmlich in Oberdeutschland (*V.S.W.*, 1959).
[471] MASCHKE (E.), Continuité sociale et histoire urbaine médiévale (*A.E.S.C.*, 1960).
[472] MOLLAT (M.) y WOLFF (Ph.), *Ongles bleus, Jacques et Ciompi. Les révolutions populaires en Europe aux XIVº et XVº siècles*, París, 1970.
[473] MOSSE (A.), *Histoire des Juifs d'Avignon et du Comtat Venaissin*, París, 1934.
[474] MUSSET (L.), Les villes du Danemark, origines et évolution, *Annales de Géographie*, 1948.
[475] ORIGO (I.), The domestic enemy: the eastern Slaves in Tuscany in the xivth and xvth centuries, *Speculum*, 1955.
[476] *Paris, croissance d'une capitale*, París, 1961.
[477] *Paris, fonction d'une capitale*, París, 1962.
[478] PASCHINI (P.), *Roma nel Rinascimento (1377-1514)*, *Storia di Roma*, XII, Bolonia, 1940.
[479] PLANITZ (H.), *Die Deutsche Stadt im Mittelalter*, Graz, Colonia, 1954.
[480] POLIAKOV (L.), *Les Banchieri juifs et le Saint-Siège*, París, 1965.
[481] QUENEDEY (R.), *L'habitation rouennaise. Étude historique de géographie et d'architecture urbaine*, Rouen, 1926.
[482] *Recueils de la Société Jean-Bodin*, t. VI y VII: *La ville*, Bruselas, 1954 y 1955.
[483] RILEY (H. T.), *Memorial of London and London Life in the XIII-XIV-XV centuries A.D., 1276-1419*, Londres, 1868.
[484] RÖRIG (F.), *Der Markt von Lübeck*, en RÖRIG (F.), *Wirtschaftskräfte im Mittelalter*, Colonia, 1959.
[485] ROSLANOWSKI (T.), *Recherches sur la vie urbaine et en particulier sur le patriciat dans les villes de la moyenne Rhénanie septentrionale*, Varsovia, 1964.
[486] SCHNEIDER (J.), *La ville de Metz aux XIIIᵉ et XIVᵉ siècles*, Nancy, 1950.
[487] SCHINDLER (M.), Buxtehude, Studien zur mittelalterlichen Geschichte einer Gründungsstadt (*V.S.W.*, 1959).
[488] SIVERY (G.), Histoire économique et sociale (*Histoire de Lille*, Lille, ed. G. FOURQUIN, 1970, t. I, págs. 113-270).
[489] STALEY (E.), *The Guilds of Florence*, Chicago, 1906; reed. Nueva York, 1967.

[490] Tenenti (A.), *Florence à l'époque des Médicis; de la cité à l'Etat*, París, 1969.
[491] Torres Balbás (L.), *Resumen histórico del urbanismo en España*, Madrid, 1954.
[492] Tout (F.), *Medieval Town Planing*, Manchester, 1934.
[493] Unwin (G.), *The Gils and Companies of London*, 4.ª ed., Nueva York, 1964.
[494] Van der Wee (H.), *The growth of the Antwerps market and the European economy (XIVth-XVIth centuries)*, 3 vols., Lovaina, 1963.
[495] Van Houtte (J. A.), *Bruges, essai d'histoire urbaine*, Bruselas, 1967.
[496] Vercauteren (F.), *Les luttes sociales à Liège (XIIIe-XIVe siècle)*, Lieja, 1946.
[497] Vercauteren (F.), Conception et méthodes de l'histoire des villes médiévales au cours du dernier demi-siècle (*C.S.H.*, Viena, 1965, Commission de l'Histoire des villes).
[498] Verlinden (Ch.), *L'esclavage dans l'Europe méditerranéenne*, t. I, Brujas, 1955.
[499] Wilda (W. E.), *Das Gildenwesen im Mittelalter*, Darmstadt, 1964.
[500] Williams (G. A.), *Medieval London from Commune to Capital*, Londres, 1963.
[501] Wyffels (C.), *Hanse, grands marchands et patriciens de Saint-Omer*, Saint-Omer, 1962.
[502] Wolff (Ph.), *Commerces et marchands de Toulouse (vers 1350-vers 1450)*, París, 1954.
[503] Wolff (Ph.), *Les estimes toulousaines des XIVe et XVe siècles*, Toulouse, 1956.
[504] Wolff (Ph.), *Histoire de Toulouse*, Toulouse, 1959.

G) VIDA ESPIRITUAL, INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

[505] Alazard (J.), *L'art italien des origines à la fin du XIVe siècle*, París, 1949.
[506] Alazard (J.), *L'art italien au XVe siècle*, París, 1951.
[507] Apel (W.), Linker (W.), Holmes (U. T.), *French secular music of the late XIVth Century*, Cambridge (Mss.), 1950.
[508] Barfucci (E.), *Lorenzo de' Medici e la società artistica del suo tempo*, Florencia, 1945.
[509] Bec (Chr.), *Les marchands écrivains. Affaires et humanisme à Florence (1375-1434)*, París, 1967.
[510] Braufels (W.), *Mittelalterliche Stadtbaukunst in der Toskana*, Berlín, 1953.
[511] Bridgman (N.), *La vie musicale au Quattrocento*, París, 1964.
[512] Cali (Fr.), *L'ordre flamboyant*, París, 1967.
[513] Cartellieri (O.), *La Cour des ducs de Bourgogne*, París, 1946.
[514] Chailley (J.), *Histoire du Moyen Age*, París, 1950.
[515] Chastel (A.), *L'art italien*, t. I: *Du Moyen Age à la Renaissance*, París, 1956.
[516] Chastel (A.), *Art et humanisme à Florence au temps de Laurent le Magnifique*, París, 1959.
[517] Cohen (G.), *Recueil des farces françaises inédites du XVe siècle*, Cambridge (Mss.), 1949.
[518] Cohen (G.), *La vie littéraire en France au Moyen Age*, París, 1953.
[519] Cohn (N.), *Les fanatiques de l'Apocalypse*, París, 1964.

[520] COVILLE (A.), *La vie intellectuelle dans les domaines d'Anjou-Provence de 1360 à 1435*, París, 1941.
[521] DEHIO (G.), *Geschichte der deutschen Kunst*, t. I, II, III, Berlín, 1930-1931.
[522] DELARUELLE (E.), LABANDE (E. R.), OURLIAC (P.), *L'Église au temps du Grand Schisme et de la crise conciliaire*, en *Histoire générale de l'Église* (FLICHE y MARTIN), t. XIV, 2, París, 1964.
[523] DONOVAN (R. B.), *The Liturgical Drama in Medieval Spain*, Toronto, 1958.
[524] ERBSTÖSSER (M.), WERNER (E.), *Ideologische Probleme des mittelalterlichen Plebejertums*, Berlín (D.D.R.), 1960.
[525] EVANS (J.), *English Art (1307-1461)*, Oxford, 1949.
[526] FIERENS (P.), *Histoire de la peinture flamande*, 3 vols., París, 1927-1930.
[527] FISCHER (K. von), *Studien zur italienischen Musik des Trecento und frühen Quattrocento*, Berna, 1956.
[528] FRANCASTEL (P.), *Peinture et Société*, 2.ª ed., París, 1967.
[529] GABRIEL (A. L.), *Student Life in Ave Maria College Mediaeval Paris*, Notre-Dame (Indiana), 1955.
[530] GABRIEL (A. L.), *Skara House and the Mediaeval University of Paris*, Notre-Dame (Indiana), 1960.
[531] GARIN (E.), *Il Rinascimento, significato e limiti*, Florencia, 1953.
[532] GILMORE (M.-P.), *Le monde de l'humanisme (1453-1517)*, París, 1955.
[533] HARMAN (A.), *Mediaeval and Early Renaissance Music*, New Jersey, 1958.
[534] HEERS (J.), *Fêtes, jeux et joutes dans les sociétés d'Occident à la fin du Moyen Age*, Montreal-París, 1971.
[535] *Hérésies et sociétés dans l'Europe préindustrielle (XIe-XVIIIe siècle)* (ed. J. LE GOFF), París, 1968.
[536] HUIZINGA (J.), *Le déclin du Moyen Age*, París, 2.ª ed., 1969.
[537] KRISTELLER (P. O.), *Studies in Renaissance thought and letters*, Roma, 1956.
[538] LEFRANÇOIS-PILLON (L.) y LAFOND (J.), *L'art du XIVe siècle en France*, París, 1954.
[539] LARREA PALACÍN (A.), *La canción popular en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1952.
[540] LEFF (G.), *Paris and Oxford Universities in the XIIIth and XIVth Centuries: an institutional and intellectual History*, Nueva York, Londres, Sydney, 1968.
[541] MALE (E.), *L'art religieux à la fin du Moyen Age en France*, 3.ª ed., París, 1925.
[542] MANTEUFFEL (T.), *Naissance d'une hérésie. Les adeptes de la pauvreté volontaire au Moyen Age*, París, 1970.
[543] MARTINIES (L.), *The social World of the Florentine Humanists*, Londres, 1963.
[544] MEISS (M.), *French painting in the time of Jean de Berry; the late XIVth century and the patronage of the Duke*, Londres, Nueva York, 1967.
[545] MONNIER (Ph.), *Le Quattrocento, essai sur l'histoire littéraire du XVe siècle italien*, 2 vols., París, 1901.
[546] MORGHEN (R.), *Medioevo cristiano*, 3.ª ed., Bari, 1962.
[547] PIPONNIER (Fr.), *Costume et vie sociale: la Cour d'Anjou (XIVe-XVe siècle)*, París, 1970.
[548] RENAUDET (A.), *Dante humaniste*, París, 1952.
[549] RENAUDET (A.), *Préréforme et humanisme*, París, 1954.
[550] RICKERT (M.), *Painting in Britain, the Middle Ages*, Londres, 1954.

[551] ROQUES (M.), *Les apports néerlandais dans la peinture du sud-est de la France, XIVᵉ, XVᵉ et XVIᵉ siècles*, Burdeos, 1963.
[552] SALZMAN (L. F.), *Building in England down to 1540, a documentary history*, 2.ª ed., Oxford, 1966.
[553] SARAIVA (A. J.), *Historia da cultura em Portugal*, I y II, Lisboa, 1950-1952.
[554] SAXI (F.), *Ilustrated Mediaeval Encyclopedies, Lectures*, I, II, Londres, 1957.
[555] SELVI (A. M.), *Folklore of other lands: folks tales, proverbs, songs, rhymes and games of Italy, France, the Hispanic world and Germany*, Nueva York, 1956.
[556] STELLING-MICHAUD (S.), L'histoire des Universités au Moyen Age et à la Renaissance au cours des vingt-cinq dernières années (*C.S.H.*, Estocolmo, *Rapports*, I, 1960).
[557] STRATMAN (C. J.), *Bibliography of Medieval Drama*, Berkeley y Los Ángeles, 1954.
[558] TOUSSAERT (J.), *Le sentiment religieux en Flandre à la fin du Moyen Age*, París, 1963.
[559] VAGAGGINI (S.), *La miniatura florentina*, Milán, 1952.
[560] VAULTIER (R.), *Le folklore pendant la Guerre de Cent ans d'après les Lettres de Rémission du Trésor des Chartes*, París, 1965.
[561] VENTURI (A.), *Storia dell'arte italiana*, t. IV a VII, Milán, 1906-1913.
[562] WERNER (E.), Der Kirchenbegriff bei Jan Hus, Jakoubek von Mies, Jan Zelivsky und den Linken Taboriten, *Sitzungsberichte der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin* (D.D.R.), 1967, págs. 5-73.
[563] WHITE (J.), *The birth and rebirth of pictorial space*, Londres, 1957.
[564] WILKINS (E. H.), *Studies in the Life and Works of Petrarch*, Cambridge (Mss.), 1955.

Bibliografía complementaria sobre España

Dada la amplitud cronológica y, sobre todo, temática de la obra de HEERS, la selección bibliográfica que sigue sólo incluye algunos de los numerosos trabajos publicados sobre aspectos económicos y sociales del mundo hispánico cristiano entre 1960 (salvo algunas excepciones) y 1973. Para mayor comodidad del lector, hemos agrupado los títulos bajo los mismos epígrafes que utiliza el profesor HEERS en su *Documentación.* Sin embargo, no se han repetido las obras sobre tema español citadas por el autor en su selección bibliográfica o a pie de página.

El lector interesado en ampliar la bibliografía sobre esta época, deberá consultar la obra de B. SÁNCHEZ ALONSO, *Fuentes de la Historia española e Hispanoamericana*, vol. I, 3.ª ed., Madrid, 1952 y, sobre todo, el *Índice Histórico Español*, Barcelona (Centro de Estudios Históricos Internacionales) que se publica cuatrimestralmente desde 1955. Por su vinculación con el periodo que nos ocupa, remitimos también al Apéndice bibliográfico contenido en B. GUENÉE, *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados*, Barcelona, Labor, 1973 (n.° 22 de esta misma colección); dicho apéndice complementa al que a continuación presentamos.*

Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ
Barcelona, diciembre, 1974

* Se ha consultado, para su confección, el *Repertorio de Medievalismo Hispánico*, obra elaborada por el Departamento de Estudios Medievales del C.S.I.C. (Barcelona) y actualmente en prensa.

A) BIBLIOGRAFÍAS. MANUALES. OBRAS GENERALES. GLOSARIOS. DEMOGRAFÍA

Véase Bibliografía: [420], [421], [47], [97], [119], [29], [135] y [134].

ABADAL, Ramón d', *Pedro el Ceremonioso y los comienzos de la decadencia política de Cataluña*, «Historia de España», dir. por R. Menéndez Pidal, XIV, Madrid, 1965, págs. IX-CCIII (trad. catalana, Barcelona, 1972).

ALFAU DE SOLALINDE, Jesusa, Nomenclatura de los tejidos españoles del siglo XIII, Anejos del *Boletín de la Real Academia Española*, anejo XIX, Madrid, 1969.

ALTISENT, Agustí, *L'almoina reial a la cort de Pere el Cerimoniós*, Abadia de Poblet, 1969.

ARAGÓ, Antoni M.ª, La col·lecta del bovatge del 1327, *Estudis d'Història Medieval*, III, 1970, págs. 41-51.

ARRAIZA FRAUCA, Jesús, Los fuegos de la merindad de Estella en 1427, *Príncipe de Viana*, Pamplona, XXIX, 1968, págs. 117-147.

ARROYO ILERA, Fernando, Estructura demográfica de Segorbe y su comarca en el siglo XV, *Hispania*, Madrid, XXIX, 1969, págs. 287-313.

CABESTANY FORT, J.-F., Los estudios de Edad Media española de 1956 a 1965, *Índice Histórico Español*, XI, 1965, págs. XIII-LII (bibliografía).

CAMBRILLANA, Nicolás, La crisis del siglo XIV en Castilla: La peste negra en el obispado de Palencia, *Hispania*, XXVIII, 1968, págs. 245-258.

CAPMANY Y MONPALAU, Antonio de, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*. Reedición anotada y revisada por E. Giralt y C. Batlle, Barcelona, 1961-1963, 3 vols. (amplio repertorio bibliográfico).

CARANDE, Ramón, *La economía y la expansión ultramarina bajo el gobierno de los Reyes Católicos*, en «Siete estudios de Historia de España», Barcelona, 1969, págs. 7-53.

CARRASCO PÉREZ, J., *La población de Navarra en el siglo XIV*, Pamplona, 1973.

CARRIAZO, Juan de Mata, *Asiento de las cosas de Ronda. Conquista y repartimiento de la ciudad por los Reyes Católicos (1485-1491)*, «En la frontera de Granada», Sevilla, 1971, págs. 371-496.

CUVILLIER, J.-P., La population catalane au XIVe siècle. Comportements sociaux et niveaux de vie d'après les actes privées, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, París, 1969, págs. 159-187.

DOÑATE SEBASTIÀ, J., Salarios y precios durante la segunda mitad del siglo XIV, *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1962, págs. 417-506.

DUFOURCQ, Ch. E.-GAUTIER-DALCHÉ, J., Économies, sociétés et institutions de l'Espagne chrétienne du moyen age, *Le Moyen Age*, LXXIX, 1973, págs. 73-122 y 285-319.

FELIU MONFORT, Gaspar, La població del territori de Barcelona en el segle XIV, *Estudis d'Història Medieval*, I, 1969, págs. 61-73.

FELIU MONFORT, Gaspar, *Bibliografía de historia económica de Cataluña (1950-1970)*, Barcelona, 1971 (Edad Media: págs. 29-55).

FONT RIUS, José M.ª, Las instituciones de la Corona de Aragón en la primera mitad del siglo XV, *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Palma de Mallorca, 1959, 19 págs. (Ponencias, 4).

GARCÍA GONZÁLEZ, J. José, *Vida económica de los monasterios benedictinos en el siglo XIV*, Valladolid, 1972.

GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis, *Curso de historia de las instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media*, Madrid, 1968; 2.ª ed. corregida y aumentada: 1970 (amplio repertorio bibliográfico).

GARULO SANCHO, Julio, La población de Aragón en el siglo XV, *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, I, Palma de Mallorca, 1959, págs. 301-323.

GUAL CAMARENA, Miguel, *Vocabulario del comercio medieval. Colección de aranceles aduaneros de la Corona de Aragón (siglos XIII y XIV)*, Tarragona, 1968.

IGLESIES, Josep, El «fogatge» de 1365-1370 (Contribución al conocimiento de la población catalana en la segunda mitad del siglo XIV), *Memorias Real Acad. Ciencias y Artes Barcelona*, n.° 694, 1962, págs. 110-113.

LACARRA, José M.ª, *Aragón en el pasado*, Zaragoza, Banco de Aragón, 1960, págs. 125-343 (nueva edición, Madrid, 1972, con la adición de un apéndice bibliográfico).

LACARRA, José M.ª, Los estudios de Edad Media española de 1952 a 1955, *Índice Histórico Español*, II, 1955, págs. IX-XXXI (repertorio bibliográfico).

LADERO QUESADA, Miguel A., *La Hacienda Real de Castilla en el siglo XV*, La Laguna, 1973.

LADERO QUESADA, Miguel A., La repoblación del reino de Granada anterior al año 1500, *Hispania*, XXVIII, 1968, págs. 489-563.

LADERO QUESADA, Miguel A., *Milicia y economía en la guerra de Granada: el cerco de Baza*, Valladolid, 1964.

LADERO QUESADA, Miguel A., La población de Andalucía en el siglo XV. Nota provisional, *Anuario de Historia Económica y Social*, 2, 1969-1972, págs. 479-496.

LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José E., Aspectos demográficos de Vélez-Málaga. La nómina de huérfanos de 1426, *Cuadernos de Estudios Medievales*, I, Granada, 1973, págs. 93-104.

MACKAY, Angus, Popular movements and pogroms in fifteenth century Castile, *Past and Present*, 55, 1972, págs. 33-67.

MADRAZO, Santos, *Las dos Españas. Burguesía y Nobleza. Los orígenes del precapitalismo español*, Algorta, 1969.

MITRE, Emilio, Los judíos y la Corona de Castilla en el tránsito al siglo XV, *Cuadernos de Historia* (Anejos de la revista *Hispania*), III, 1969, págs. 347-368.

MITRE, Emilio, Algunas cuestiones demográficas en la Castilla de fines del siglo XIV, *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 1970, págs. 615-621.

MOXÓ, Salvador de, *La alcabala. Sobre sus orígenes, concepto y naturaleza*, Madrid, 1963.

Moxó, Salvador de, De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media, *Cuadernos de Historia* (Anejos de la revista *Hispania*), 3, 1969, págs. 1-210.

Moxó, Salvador de, Los señoríos. En torno a una problemática para el estudio del régimen señorial, *Hispania*, XCIV-XCV, 1964, págs. 185-236 y 399-430.

Moxó, Salvador de, Los judíos castellanos en la primera mitad del siglo xiv, *Simposio «Toledo Universitario»*, I, Toledo, 1972, págs. 77-103.

Nieto Cumplido, Manuel, La crisis demográfica y social del siglo xiv en Córdoba, *Anales del Instituto «Luis de Góngora»*, Córdoba, III, 1973, págs. 25-34.

Pastor de Togneri, Reyna, Historia de las familias en Castilla y León (siglos x-xiv) y su relación con la formación de los grandes dominios eclesiásticos, *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, XLIII-XLIV, 1967, págs. 88-118.

Pastor de Togneri, Reyna, En los comienzos de una economía deformada: Castilla, en *Conflictos sociales y estancamiento económico en la España Medieval*, Barcelona, 1973, págs. 173-195.

Pons Guri, Josep M., Un fogatjament desconegut de l'any 1358, *Bol. Real Acad. de Buenas Letras de Barcelona*, XXX (1963-1964), págs. 323-498.

Renouard, Yves, Les principaux aspectes économiques et sociaux de l'histoire des pays de la Couronne d'Aragón aux xii, xiii et xiv° siècles, *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Barcelona, 1962, págs. 231-264.

Riu Riu, Manuel, Aspectes socioeconòmics de la història monàstica (Notes de metodologia), *II Colloqui Hist. Monaquisme Català*, Poblet, 1972, págs. 27-50.

Riu Riu, Manuel, Una posible fuente para la estadística demográfica medieval: los «cartells» de cofradías de laicos, *Homenaje a J. Vicens Vives*, Barcelona, 1965, I, págs. 591-606.

Roca Traver, F. de A., Cuestiones de demografía medieval, *Hispania*, XIII, 1953, págs. 3-36.

Santamaría Arández, Álvaro, La deuda pública en la parte foránea de Mallorca al finalizar el siglo xv, *Anuario de Estudios Medievales*, 8, 1972-1973, págs. 257-304.

Santamaría Arández, Álvaro, La Peste Negra en Mallorca, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II: «La Corona de Aragón en el siglo xiv», vol. I, Valencia, 1969, págs. 103-132.

Shneidman, J. Lee, *The rise of the Aragonese-Catalan Empire, 1200-1350*, Nueva York-Londres, 1970, 2 vols.

Sobrequés Vidal, Santiago, La nobleza catalana en el siglo xiv, *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 1970-1971, págs. 513-531.

Sobrequés Vidal, S.-Sobrequés Callicó, J., *La guerra civil catalana del segle XV*, vol. I: *Causes i desenvolupament de la crisi* y vol. II: *La societat catalana durant el conflicte*, Barcelona, 1973.

Sobrequés Callicó, Jaume, La Peste Negra en la Península Ibérica, *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 1970-1971, págs. 67-102.

Suárez Fernández, Luis, *Historia de España. Edad Media*, Madrid, 1970 (amplio repertorio bibliográfico).

Torres Fontes, Juan, El ordenamiento de precios y salarios de Pedro I al reino de Murcia, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXX, 1964, págs. 281-292.

Torres Fontes, Juan, La vida en Murcia en 1442-1444. Precios y salarios, *Anuario de Historia económica y social*, I, 1968, págs. 691-714.

VALDEÓN BARUQUE, Julio, La crisis del siglo XIV en Castilla. Revisión del problema. *Revista de la Universidad de Madrid*, 79, 1972, págs. 261-284.
VALDEÓN BARUQUE, Julio, Aspectos de la crisis castellana en la primera mitad del siglo XIV, *Hispania*, XXIX, 1969, págs. 5-24.
VICENS VIVES, Jaime, El «redreç» de la economía catalana de 1481. Orígenes del mercantilismo en España, *Studi in onore di Armando Sapori*, Milano, 1957, II, págs. 897-909.
VILAR, Pierre, El declive catalán de la Baja Edad Media. Hipótesis sobre su cronología, en *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona, 1964, págs. 325-430.
VOLTES BOU, Pedro, Nombres de antiguos tejidos de seda, *Boletín de la Real Acad. de la Hist.*, CLXIII, n.° 2, 1968, págs. 217-228.
WOLFF, Philippe, Reflexions sur les troubles sociaux dans les pays de la Couronne d'Aragon au XIVe siècle, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, 1, Valencia, 1969, págs. 95-102.
WOLFF, Philippe, The 1391 pogrom in Spain. Social crisis or not?, *Past and Present*, 50, 1971, págs. 4-18.
ZABALO ZABALEGUI, F. J., Algunos datos sobre la regresión demográfica causada por la peste en la Navarra del siglo XIV, *Miscelánea ofrecida al Ilmo. Dr. D. José M.ª Lacarra*, Zaragoza, 1968, págs. 485-491.

B) EL CAMPO

Véase Bibliografía: [155], [186], [223], [245], [254], [264] y [294].

ALTISENT, Agustí, *Les granges de Poblet al segle XV. Assaig d'història agrària d'unes granges cistercenques catalanes*, Barcelona, 1972.
ALTISENT, Agustí, L'estructura econòmica del monestir de Poblet el 1460, *Scriptorium Populeti* (Abadía de Poblet), 3, 1970, págs. 267-332.
CUVILLIER, J. P., La propiété de l'eau et l'utilisation des ouvrages hydrauliques dans la Catalogne médiévale (XIIIe et XIVe siècles): essai d'histoire économique et sociale, *Scriptorium Populeti* (Abadía de Poblet), 3, 1970, págs. 243-257.
CUVILLIER, J. P., Les communautés rurales de la Plana de Vich (Catalogne) au XIIIe et XIVe siècles, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, París, 1968, IV, págs. 73-103.
GARCÍA FERNÁNDEZ, Jesús, Champs ouverts et champs cloturés en Vieille Castille, *Annales E.S.C.*, XX, 1965, págs. 692-718.
GIRALT RAVENTÓS, Emilio, Los estudios de historia agraria en España desde 1940 a 1961, *Índice Histórico Español*, V, 1959, págs. IX-LXXIX (bibliografía).
GLICK, Th. F., *Irrigation and society in Medieval Valencia*, Cambridge (Mass.), 1970.
GOLOBARDES VILA, Miquel, *Els remences, dins el quadre de la pagesia catalana fins el segle XV*, Gerona, 1970-1973, 2 vols.
GUAL CAMARENA, Miguel, La institució ramadera del «lligalló»: unes ordenances desconegudes del segle XIV, *Estudis d'Història Medieval*, II, 1970, págs, 69-84.
LADERO QUESADA, Miguel A., Los cereales en la Andalucía del siglo XV, *Revista de la Universidad de Madrid*, XVIII, 1969, págs. 223-240.

López de Coca Castañer, José E., Bezmiliana. Un despoblado en tierras malagueñas (siglos xv-xvi), *Cuadernos de Estudios Medievales*, Granada, I, 1973, págs. 33-63.
Pastor de Togneri, Reyna, Una contribución de la aerofotointerpretación a la investigación de los pueblos abandonados: Masegoso, aldea de la tierra soriana, *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, XLI-XLII, 1965, págs. 326-335.
Polaino Ortega, Lorenzo, Las Mestas en el Adelantamiento, en *Estudios sobre el Adelantamiento de Cazorla*, Jaén, 1967, págs. 135-158.
Riu Riu, Manuel, El manso de «La Creu de Pedra» en Castelltort (Lérida), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18, 1972, págs. 183-196.
Santacana i Mestre, Joan, Calafell en temps de l'aixecament remença del segle xv, *Scriptorium Populeti* (Abadía de Poblet), 3, 1970, págs. 333-341.
Segret, M.-Riu, M., Una villa señorial catalana en el siglo xv: Sant Llorenç de Morunys, *Anuario de Estudi s Medievales*, 6, 1969, págs. 141-185.
Torres Fontes, Juan, *Los cultivos murcianos en el siglo XV*, Murcia, 1971.
Verlinden, Ch., La condition des populations rurales dans l'Espagne médieval, *Recueil de la Société Jean Bodin*, II: «Le servage», 2.ª ed., Bruselas, 1959, págs. 169-200.
Vicens Vives, Jaime, *Historia de los remensas en el siglo XV*, Barcelona, 1945.
Vicent Cortina, Vicente, Los trabajadores del campo en la Valencia del siglo xv, *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1970, págs. 99-113.

C) EL COMERCIO

Véase Bibliografía: [278], [290], [305], [312] y [316].

Batlle Gallart, Carmen, Notas sobre la familia de los Llobera, mercaderes barceloneses del siglo xv, *Anuario de Estudios Medievales*, 6, 1969, págs. 535-551.
Canellas, A., *Algunas proyecciones económicas y comerciales del reino de Aragón en el siglo XV: la renta de aduanas*, Zaragoza, 1957.
Carlé, M.ª del Carmen, Mercaderes en Castilla (1252-1512), *Cuadernos de Hist. de España*, Buenos Aires, XXI-XXII, 1954, págs. 146-328.
Carrère, Claude, Les importacions a Montsó en 1445-1446: un exemple de relacions econòmiques entre Catalunya i el «Somontano» aragonés. *Estudis d'Història Medieval*, II, 1970, págs. 85-99.
Carrère, Claude, La vie privée du marchand barcelonais dans la première moitié du xvᵉ siècle, *Anuario de Estudios Medievales*, 3, 1966, págs. 235-261.
Casas Homs, Josep M.ª, Galeres catalanes trescentistes. Enrolament de llur tripulacions, *Cuadernos de Historia Económica de Cataluña*, VII, 1972, págs. 9-95.
Casa Homs, Josep M.ª, L'heretatge d'un mercader barceloní. Darreries del catorzén segle, *Cuadernos de Historia Económica de Cataluña*, 1969-1970, págs. 9-112.
Coll Julià, Nuria, Aportación al estudio de los patrones y de la propiedad de las naves en Cataluña en la Baja Edad Media, *Homenaje a J. Vicens Vives*, I, Barcelona, 1965, págs. 377-393.
Coll Julià, Nuria, Aspectos del corso catalán y del comercio internacional en el siglo xv, *Estudios de Historia moderna*, IV, 1954, págs. 157-187.

CUVILLIER, J. P., La noblesse catalane et le commerce des blés aragonais au début du XIVe siècle (1316-1318), *Mélanges de la Casa de Velázquez*, París, 1970, págs. 113-130.

DEL TREPPO, Mario, Politica e commercio dei grani nei paesi della Corona d'Aragona nel secolo XV, *Alti Accad. Scienze Morali e Politiche*, LXX, 1959, págs. 3-61.

DURLIAT, M.-PONS I MARQUÉS, J., Recerques sobre el moviment del port de Mallorca en la primera meitat del segle XIV, *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1959, págs. 345-363.

GUAL CAMARENA, Miguel, El comercio de telas en el siglo XIII hispano, *Anuario de Historia Económica y Social*, Madrid, I, n.º 1, 1968, págs. 85-106.

GUAL CAMARENA, Miguel, Arancel de lezdas y peajes del reino de Valencia (siglo XV), *Anuario de Historia Económica y Social*, Madrid, II, 1969, págs. 597-657.

GUAL CAMARENA, Miguel, La feria de Cervera y sus privilegios (siglo XIV), *Martínez Ferrando, archivero. Misc. de Est. dedicados a su memoria*, Barcelona, 1968, págs. 181-196.

GUAL CAMARENA, Miguel, Un manual catalán de mercadería, *Anuario de Estudios Medievales*, 1, 1964, págs. 431-450.

GUAL CAMARENA, Miguel, Para un mapa de la sal hispana en la Edad Media, *Homenaje a J. Vicens Vives*, I, Barcelona, 1965, págs. 483-498.

LADERO QUESADA, Miguel A., Almojarifazgo sevillano y comercio exterior de Andalucía en el siglo XV, *Anuario de Historia Económica y Social*, 2, 1969-1972, págs. 69-116.

LÓPEZ DE MENESES, Amada, Los consulados catalanes de Alejandría y Damasco en el reinado de Pedro el Ceremonioso, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VI, 1953-1955, págs. 83-183.

MADURELL MARIMÓN, José M.ª, Quiebras en la vida mercantil catalana. Notas históricas documentales (1300-1761), *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXIX, 1969, págs. 577-670.

MANCA, Ciro, *Aspetti dell'espansione economica catalano-aragonese nel Mediterraneo occidentale. Il commercio internazionale del sale*, Milán, 1966.

MARINESCO, Constantin, Les affaires commerciales en Flandre d'Alphonse V d'Aragon, roi de Naples (1416-1458), *Revue Historique*, CCXXI, 1959, págs. 33-48.

MARTÍN, José Luis, Nacionalización de la sal y aranceles extraordinarios en Cataluña (1365-1367), *Anuario de Estudios Medievales*, 3, 1966, págs. 515-524.

MELIS, Federigo, Malaga nel sistema economico del XIV e XV secolo, *Economia e Storia*, II, 1956, págs. 19-59 y 139-163.

MOLÉNAT, J.-P., Chemins et ponts du nord de la Castille au temps des Rois Catholiques, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, París, 1971, VII, págs. 115-162.

MORENO BOX, M.ª Dolores, En torno a una forma económica de la primera mitad del siglo XV. Tabla Bilbilitana, 1445-1446, *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1970, págs. 117-138.

PÉREZ-EMBID, Florentino, Navegación y comercio en el puerto de Sevilla en la Baja Edad Media, *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, XXV, 1968, págs. 43-93.

PILES ROS, Leopoldo, La vida comercial valenciana en la primera mitad del siglo XV, *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1970, págs. 139-194.

PLADEVALL FONT, Antonio, *Una familia de mercaderes de pieles en Vich, a fines del siglo XIV*, Vich, 1972.
PUTZULU, Evandro, Sardegna, Italia e commercio marittimo mediterraneo negli archivi di Valenza e di Palma di Maiorca, *Archivio Storico Sardo*, XXV, 1957, págs. 457-512.
REGLÀ, Juan, El comercio entre Francia y la Corona de Aragón en los siglos XIII y XIV y sus relaciones con el desenvolvimiento de la industria textil catalana, *Actas del Primer Congreso Intern. de Pirenecistas*, Zaragoza, 1950, 22 págs.
RENOUARD, Yves, Un sujet de recherches: l'exportation de chevaux de la Péninsule Ibérique en France et en Angleterre au Moyen Age, *Homenaje a J. Vicens Vives*, I, Barcelona, 1965, págs. 571-577.
RINCÓN DE ARELLANO, M.ª Isabel, Contribución al estudio de la economía valenciana del siglo XV. El tráfico de artículos vedados y su impuesto, *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1970, págs. 35-47.
ROMESTAN, Guy, Les marchands languedociens dans le royaume de Valence pendant la première moitié du XIVe siècle, *Bull. Philol. et Hist. Comité des Travaux Histor. et Scientifiques*, París, 1972, págs. 115-192.
ROMESTAN, Guy, La création de la foire de Cardona (1406), *Miscelánea de Textos Medievales*, 1, 1972, págs. 179-188.
ROMESTAN, Guy, Les relations commerciales entre Montpellier et Valence dans la première moitié du XIVe siècle, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, III, Valencia, 1973, págs. 243-254.
RUIZ DE LA PEÑA, José I., Notas sobre la actividad comercial en las poblaciones de la costa asturiana (siglos XIII y XIV), *Bol. del Inst. de Est. Asturianos*, XXI, 1967, págs. 101-112.
RUIZ DE LA PEÑA, José, I., GONZÁLEZ GARCÍA, I., La economía salinera en la Asturias Medieval, *Asturiensia Medievalia*, 1, 1972, págs. 11-155.
SEVILLANO COLOM, Francisco, Cautivos sardos en Mallorca (siglo XIV), *Studi di Sardi*, Cagliari, XXI, 1971, págs. 147-174.
SEVILLANO COLOM, Francisco, De Venecia a Flandes (vía Mallorca y Portugal, siglo XIV), *Bol. Soc. Arqueol. Luliana*, 1968, págs. 1-33.
SEVILLANO COLOM, Francisco, Mercaderes y navegantes mallorquines (siglos XIII-XV), *Historia de Mallorca*, IV, Palma, 1971, págs. 431-520.
SOBREQUÉS CALLICÓ, Jaume, La lleuda de Cotlliure de 1317, *Cuadernos de Historia económica de Cataluña*, 1969-1970, págs. 65-85.
SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Navegación y comercio el en golfo de Vizcaya. Un estudio sobre la política marinera de la Casa de Trastamara*, Madrid, 1959.
TORRES FONTES, Juan, *Relaciones comerciales entre los reinos de Mallorca y Murcia en el siglo XIV*, Murcia, 1971.
VOLTES BOU, Pedro-VILLACAMPA, V., *Repertorio de documentos referentes a los cónsules de Ultramar y al Consulado de Mar, conservados en el Instituto Municipal de Historia de Barcelona*, Barcelona, Ayuntamiento, 1964.
ZUNINO, S. M.-DASSORI, N., *Genova e Spagna nel XV secolo: il «Drictus Catalanorum» (1421, 1453, 1454)*, Génova, 1970.

D) INDUSTRIA

Véase Bibliografía: [347].

ASENSIO SALVADOR, Eduardo, El gremio de tejedores de Barcelona a fines del siglo XIV, *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, I, Barcelona, 1964, págs. 407-416.

CABESTANY FORT, J.-F., Els mestres sabaters i la Confradia de Sant Marc (segle XIV), *Homenaje a J. Vicens Vives*, II, Barcelona, 1967, págs. 75-84.

CARRÈRE, Claude, Protectionisme industriel et peuplement à Valence en 1343, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Valencia, 1969, págs. 211-217.

FORT I COGUL, Eufemià, La minería a la Selva en el segle XIV, *Analecta Selvatana*, 16, La Selva de Camp, 1959.

FREITAG, Robert, Die katalanischen Handwerkerorganisationen unter königsschutz im Mittelalter, insbesondere Aufbau und Aufgaben im 14. Jahrhundert, *Gesammelte Aufsätze zur kulturgeschichte Spaniens*, Münster, XXIV, 1968, págs. 41-226.

GARZÓN PAREJA, M., *La industria sedera en España. El arte de la seda en Granada*, Granada, 1972.

GUAL CAMARENA, Miguel, Para un mapa de la industria textil hispana en la Edad Media, *Anuario de Estudios Medievales*, 4, 1967, págs. 109-168.

GUAL CAMARENA, Miguel, El hierro en el Medievo hispano, *La Minería hispana e ibero-americana. Contribución a su investigación histórica. Estudios*, I, León, 1970, págs. 275-292.

MITJÀ, Marina, El comercio y la industria alemanes en Barcelona de 1410 a 1420, *Homenaje a J. Vincke*, I, Madrid, 1962-1963, págs. 285-329.

PILES ROS, L., *Estudio sobre el Gremio de Zapateros*, Valencia, 1959.

RIU RIU, Manuel, Aportación a la organización gremial de la industria textil catalana en el siglo XIV, *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1964, págs. 547-559.

SERRA RÁFOLS, Elies, Oficis i cines al segle XIV, *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1964, págs. 563-575.

SEVILLANO COLOM, Francisco, Artesanía textil mallorquina (s. XIV-XV), *Bol. Soc. Arqueol. Luliana*, 1971, págs. 157-178.

TORRES FONTES, Juan, Las obras de la catedral de Murcia en el siglo XV y sus maestros mayores, *Murgetana*, XXX, 1969, págs. 5-45.

TORRES FONTES, Juan, Ordenanzas de tintoreros murcianos en el reinado de los Reyes Católicos, *Industria y comercio*, XXVII, 1955, págs. 18-21.

TORRES FONTES, Juan, Ordenanza murciana de paños en el siglo XV, *Industria y Comercio*, XXVIII, 1955, págs. 22-26.

TORRES FONTES, Juan, Ordenanza de zapateros murcianos en el reinado de los Reyes Católicos, *Industria y Comercio*, XXIX, 1955, págs. 18-24.

VOLTES BOU, Pedro, El establecimiento y el utillaje de los antiguos sederos barceloneses, *Cuadernos de Historia Económica de Cataluña*, 1968-1969, págs. 43-59.

VOLTES BOU, Pedro, Les associacions de seders medievals barcelonins, *Anuario de Estudios Medievales*, 5, 1970, págs. 483-494.

E) TÉCNICAS COMERCIALES Y FINANCIERAS. MONEDA. BANCA

Véase Bibliografía: [372], [380], [387], [389], [410] y [416].

BELTRÁN, Pío, Introducción al estudio de las monedas medievales hispano-cristianas desde la invasión de los árabes en el 711, *Numisma*, XII, 1963, págs. 9-50.

CALICÓ, F. X., *Florines de Aragón*, Barcelona, 1966.

COLL JULIÀ, Nuria, Una compañía barcelonesa para el comercio de paños (1400-1484), *Anuario de Estudios Medievales*, 5, 1968, págs. 339-408.

GARCÍA, Arcadi, Els orígens del dret canviari català, *Scriptorium Populeti*, 3, 1970, págs. 215-235.

GARCÍA, Arcadi, Ordinacions inèdites de Barcelona i Perpinyà sobre assegurances marítimes (s. XV), *Estudis d'Història Medieval*, IV, 1971, págs. 121-141.

LAPEYRE, Henri, Alphonse V et ses banquiers, *Le Moyen Age*, LXVII, 1961, págs. 93-136.

LAPEYRE, Henri, Contribution à l'histoire de la lettres de change en Espagne du XIVe au XVIIIe siècle, *Anuario de Hist. Económica y Social*, I, 1968, págs. 107-125.

LAPEYRE, Henri, La «Taula de Canvis» dans le cadre de l'histoire générale de la Banque, *I Congreso de Historia del País Valenciano*, I, Valencia, 1973, págs. 175-186.

MADURELL MARIMÓN. José M.ª, Contabilidad de una compañía mercantil trescentista barcelonesa (1334-1342), *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXV, 1965, págs. 421-525 y XXXVI, 1966, págs. 457-546.

MADURELL MARIMÓN, José M.ª, Los seguros marítimos y el comercio con las islas de la Madera y Canarias (1495-1506). Documentos para su historia, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 5, 1959, págs. 485-567.

MADURELL MARIMÓN, José M.ª-GARCÍA SANZ, A., *Comandas comerciales barcelonesas de la Baja Edad Media*, Barcelona, 1973.

MARTÍNEZ GIJÓN, J., La comenda mercantil, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXVI, 1966, págs. 379-456.

MATEU LLOPIS, Felipe, Sobre el curso legal de la moneda en Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca. Siglos XIII y XIV, *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1962, págs. 517-528.

MATEU LLOPIS, Felipe, *Bibliografía de la historia monetaria de España. Con suplementos referentes a los países con ella más relacionados*, Madrid, 1958.

MATEU LLOPIS, Felipe, El «florí d'or d'Aragó», de 1374 a 1393, *Numisma*, VII, 1957, págs. 39-51.

MATEU LLOPIS, Felipe, La estructura monetaria de la Corona de Aragón durante Fernando I (1412-1416), *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1970, págs. 203-213.

SÁNCHEZ MARTÍNEZ, Manuel, Operaciones de los Peruzzi y los Acciaiuoli en la Corona de Aragón en el primer tercio del siglo XIV, *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 1970-1971, págs. 285-311.

VALDEÓN BARUQUE, Julio, Las reformas monetarias de Enrique II de Castilla, *Homenaje al prof. Alarcos García*, II, Valladolid, 1966-1967, págs. 829-845.

F) LA CIUDAD. PAISAJES. SOCIEDADES

Véase Bibliografía: [426], [428], [466], [491] y [498].

BASSEGODA MUSTÉ, Pedro J., *Huerto y viñedo de Barcelona (la guerra de los laudemios). Contribución al estudio de la historia del urbanismo en la ciudad condal*, Barcelona, 1971.

BATLLE GALLART, Carme, Un exemple de la hipersensibilitat popular (Barcelona, Corpus, 1370), *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Valencia, 1969, págs. 91-101.

BATLLE GALLART, Carme, *La crisis social y económica de Barcelona a mediados del siglo XV*, Barcelona, 1973, 2 vols.

BENITO RUANO, Eloy, *Hermandades en Asturias durante la Edad Media*, Oviedo, 1971.

CABESTANY FORT, J.-F.-SOBREQUÉS CALLICÓ, J., La construcció del port de Barcelona al segle XV, *Cuadernos de Historia Económica de Cataluña*, VII, 1972, págs. 41-113.

CABESTANY FORT, J.-F., Els fogatges, font per a l'estudi de la topografia econòmica i social de la Barcelona del segle XIV, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, vol. I, Valencia, 1969, págs. 133-140.

CABRILLANA, Nicolás, Salamanca en el siglo XV: nobles y campesinos, *Cuadernos de Historia* (Anejos de la revista *Hispania*), Madrid, III, 1969, págs. 255-295.

CORTÉS, Vicenta, *La esclavitud en Valencia durante el reinado de los Reyes Católicos*, Valencia, 1964.

DURÁN I SAMPERE, Agustí, El dret de veïnatge a Cervera, *Estudis d'Història Medieval*, III, 1970, págs. 75-83.

GAUTIER-DALCHÉ, J., Sepúlveda à la fin du Moyen Age: évolution d'une ville castillane de La Meseta, *Le Moyen Age*, LXIX, 1963, págs. 805-828.

GONZÁLEZ RUIZ-ZORRILLA, Atilano, La resistencia al dominio señorial: Sepúlveda bajo los Trasramaras, *Cuadernos de Historia* (Anejos de la revista *Hispania*), III, 1969, págs. 297-320.

GUAL CAMARENA, Miguel, Una cofradía de negros libertos en el siglo XV, *Estudios de Edad Media de la Cor. de Aragón*, V, 1952, págs. 457-466.

LACARRA, José M.ª, Orientation des études d'histoire urbaine en Espagne entre 1940 et 1957, *Le Moyen Age*, LXIV, 1958, págs. 317-339.

MADURELL MARIMÓN, José M.ª, Los antiguos seguros de vida en Barcelona, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXIX, 1958, págs. 889-1134.

MADURELL MARIMÓN, José M.ª, La contratación laboral judaica y conversa en Barcelona (1349-1416). Documentos para su estudio, *Sefarad*, XVI, 1956, págs. 33-71, 369-398 y XVII, 1957, págs. 73-100.

MARCHENA HIDALGO, Rosario, Economía sevillana en la Baja Edad Media. Una crisis de subsistencia, *Archivo Hispalense*, LIV, 1971, págs. 190-204.

MARTÍNEZ DÍEZ, S. I., Gonzalo, La cofradía alavesa de Arriaga (1258-1332), *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLII, 1972, págs. 5-74.

MOREU-REY, Enric, Antropònims a Barcelona als segles XIV i XV, *Estudis d'Història Medieval*, III, 1970, págs. 111-120.

MUT REMOLÀ, Enrique, *La vida económica en Lérida de 1150 a 1500*, Lérida, 1956.

SANTAMARÍA ARÁNDEZ, Álvaro, *Aportación al estudio de la economía de Valencia durante el siglo XV*, Valencia, 1966.

Serra i Ràfols, Elies, Urbanisme a les ciutats catalanes del segle xiv, *VIII Conreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Valencia, 1969, págs. 165-174.
Sobrequés Callicó, Jaime, Aspectos económicos de la vida en Barcelona durante la guerra civil catalana de 1462-1472 (Los gastos municipales de 1462-1465), *Cuadernos de Historia Económica de Cataluña*, Barcelona, 1969-1970, págs. 215-286.
Valdeón Baruque, Julio, Una ciudad castellana en la segunda mitad del siglo xiv: el ejemplo de Murcia, *Cuadernos de Historia* (Anejos de la revista *Hispania*), III, 1969, págs. 211-254.
Vilaseca Anguera, Salvador, *Hospitals medievals de Reus*, Reus, 1958.
Wolff, Philippe, L'épisode de Berenguer Oller à Barcelone en 1285. Essai d'interprétation sociale, *Anuario de Estudios Medievales*, 5, 1968, págs. 207-222.

G) VIDA ESPIRITUAL, INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

Véase Bibliografía: [539].

Ainaud de Lasarte, J., *Jaime Huguet*, Madrid, 1955.
Alomar, Gabriel, *Guillem Sagrera y la arquitectura gótica del siglo XV*, Barcelona, 1970.
Anglés, Higinio, *Historia de la música medieval en Navarra*, Pamplona, 1970.
Anglés, Higinio, El «Llibre Vermell» de Montserrat y la danza sacra de los peregrinos durante el siglo xiv, *Anuario Musical*, X, 1955, págs. 45-78.
Anglés, Higinio, La música en la corte real de Aragón y de Nápoles durante el reinado de Alfonso V el Magnánimo (1416-1458), *Cuadernos de la Escuela española de Hist. y Arqueol. en Roma*, XI, 1961, págs. 83-141.
Beltrán de Heredia, Vicente, *Cartulario de la Universidad de Salamanca (1218-1600)*, vol. I, Salamanca, 1970.
Benito Ruano, Eloy, Lope de Stúñiga. Vida y Cancionero, *Revista de Filología Española*, LI, 1968, págs. 17-109.
Caldera, Ermanno, Retorica, narrativa e didattica nel conde Lucanor, *Miscellanea di Studi Ispanici*, Pisa, 1967, págs. 5-120.
Camón Aznar, J., *Pintura medieval española*, Madrid, 1966 (amplio repertorio bibliográfico).
Carriazo, Juan de Mata, Los relieves de la guerra de Granada en el coro de Toledo, *En la frontera de Granada*, Sevilla, 1971, págs. 311-369.
García Ballester, Luis, Aproximación a la Historia social de la Medicina bajomedieval en Valencia, *Cuadernos de Historia de la Medicina española*, Salamanca, VIII, 1969, págs. 45-78.
Glick, T. F.-Pi Sunyer, O., Acculturation as an Explanatory concept in Spanish History, *Comparative Studies in Society and History*, Londres, 11, 1969, págs. 136-154.
Ivars Castelló, J. F.-Rausell Boizas, H., La catedral de Valencia, ¿iglesia real o para una incipiente burguesía? Algunos porqués. *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Valencia, 1969, págs. 191-202.
Llompart, Gabriel, La fiesta del Corpus y representaciones religiosas en Zaragoza y Mallorca (s. xiv-xvi), *Analecta Sacra Tarraconensia*, XLII, 1969, págs. 181-209.
Llompart, Gabriel, Cortejos luctuosos y patrióticos en la Mallorca medieval, *Bol. Soc. Arqueol. Luliana*, Palma, XXXIII, 1971, págs. 314-331.

LLOMPART, Gabriel, Penitencias y penitentes en la pintura y en la piedad catalanas bajomedievales. Un estudio de folklore retrospectivo, *Revista de Dialectología y tradiciones populares*, Madrid, XXVIII, 1972, págs. 229-249.

LLOMPART, Gabriel, Aspectos populares del purgatorio medieval (Mallorca), *Revista de Dialectología y tradiciones populares*, XXVI, 1970, págs. 257-274.

MADURELL MARIMÓN, José M.ª, El pintor Lluis Borrassà. Su vida, su tiempo, sus seguidores y sus obras, *Anales y Bol. de los Museos de Arte de Barcelona*, VII, 1959, págs. 7-325; VIII, 1952, págs. 7-378 y X, 1957, págs. 9-365.

MARAVALL, J. A., Franciscanismo, burguesía y mentalidad precapitalista: la obra de Eiximenis, *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Valencia, 1969, págs. 285-306.

MARAVALL, J. A., *El mundo social de «La Celestina»*, Madrid, 1968.

MARTÍNEZ FERRANDO, J. E.-SOLSONA CLIMENT, F., San Vicente Ferrer y la Casa Real de Aragón. Documentos conservados en el Archivo Real de Barcelona, *Analecta Sacra Tarraconensia*, XXVI, 1953, págs. 1-143.

MARTÍNEZ ORTIZ, J., Relaciones entre San Vicente Ferrer y el municipio valenciano, *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1970, págs. 571-631.

MITJÀ, Marina, L'Orde de la Mercè en crisi en el regnat de Joan I, *Cuadernos de Arqueol. e Hist. de la Ciudad*, Barcelona, IX, 1966, págs. 61-89.

PANIAGUA, J. A., *El maestro Arnau de Vilanova, médico*, Valencia, 1969.

RIESCO TERRERO, A., *Proyección histórico-social de la Universidad de Salamanca a través de sus colegios (s. XV y XVI)*, Salamanca, 1970.

RIQUER, Martín de, Medievalismo y humanismo en la Corona de Aragón a fines del siglo XIV, *VIII Congreso de Hist. de la Corona de Aragón*, II, Valencia, 1969, págs. 219-239.

RIQUER, Martín de, *Vida caballeresca en la España del siglo XV*, Barcelona, 1965.

RIQUER, Martín de, *Obras de Bernat Metge*, Universidad de Barcelona (Biblioteca de Autores barceloneses), Barcelona, 1959.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, La crisis de la Baja Edad Media catalana y la poesía de la época, *De la Edad Media a la Edad conflictiva*, Madrid, 1972, págs. 252-265.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, *Fray Íñigo de Mendoza y sus «Coplas de Vita Christi»*, Madrid, 1968.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, *Poesía de protesta en la Edad Media castellana. Historia y Antología*, Madrid, 1968.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, Eiximenis y Mendoza: literatura y sociedad en la Baja Edad Media peninsular, *De la Edad Media a la Edad conflictiva*, Madrid, 1972, págs. 13-54.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, El «Libro de la Consolación de España»: una meditación sobre la Castilla del siglo XV, *De la Edad Media a la Edad conflictiva*, Madrid, 1972, págs. 189-212.

RUBIÓ I BALAGUER, J.-DE LA TORRE, A., *Documentos para la Historia de la Universidad de Barcelona*, vol. I: *Preliminares (1298-1451)*, Barcelona, 1971-1972.

SAUGNIEUX, Joël, *Les dances macabres de France et d'Espagne et leurs prolonguements littéraires*, París, 1972.

SEBASTIÁN, Santiago, La iconografía de Ramón Llull en los siglos XIV y XV, *Mayurqa*, I, 1968, págs. 25-62.

SEBASTIÁN, Santiago, El programa simbólico de la catedral de Palma, *Mayurqa*, II, 1969, págs. 3-18.
SEBASTIÁN, Santiago, Arquitectura del protorrenacimiento en Palma, *Mayurqa*, VI, 1971, págs. 5-33.
SEVERIN, Dorothy Sh., *Memory in «La Celestina»*, Londres, 1970.
SORIA, Andrés, *Los humanistas de la Corte de Alfonso el Magnánimo*, Granada, 1956.
VENY I CLAR, Joan, *«Regiment de preservació de pestilència» de Jacme d'Agramont (s. XIV)*, Tarragona, 1971.
WEBSTER, J., *Francesc Eiximenis. La societat catalana al segle XIV*, Barcelona, 1967.

Índice alfabético*

*Los nombres de autores figuran impresos en *cursiva*

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - BOGOTÁ - CARACAS LISBOA - MÉXICO - MONTEVIDEO QUITO - RIO DE JANEIRO